

Charlotte Link

Ecos
del
pasado

Lectulandia

Cerca de la isla escocesa de Skye, en el mar del Norte, un carguero embiste a una pequeña embarcación y la envía a pique en cuestión de segundos. Los náufragos, Livia y Nathan Moor, son rescatados con vida y acogidos provisionalmente por Frederic y Virginia Quentin, que, con su hija de siete años, forman una familia estable y muy avenida que está a años luz de imaginarse que acaba de franquearle la entrada a un peligroso germen que minará los cimientos de su acomodada existencia.

Por un lado, Nathan sacará a la luz las miserias individuales y el secreto entramado de culpas, remordimientos y frustraciones que conforma en realidad la vida de los Quentin. Y por otro, la amenaza de un asesino de niñas surge precisamente cuando, a imagen y semejanza de aquella embarcación, su matrimonio zozobra peligrosamente.

Lectulandia

Charlotte Link

Ecos del pasado

ePub r1.0
lenny 23.04.15

Título original: *Das Echo der Schuld*
Charlotte Link, 2006
Traducción: Beatriz Galán Echevarría
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Abril de 1995

En sueños, veía al niño frente a él. Ojos vivaces, sonrisa radiante, boca desdentada. Pecas que se marchitaban en invierno y florecían en primavera, cuando el sol calentaba. Pelo oscuro, grueso y alborotado, a su aire.

Incluso podía oír su voz, aquel registro tan peculiar e inconfundible. Y su aroma. Nunca había sabido describirlo con exactitud; era demasiado singular. Una mezcla, quizá, de la sal que el viento arrastra a veces desde el mar y sólo puede percibirse levemente, y del olor a raíces que el sol libera al pie de los árboles. Y de las hierbas que en verano crecen a los lados del camino.

En alguna ocasión había hundido la nariz en el pelo del pequeño para aspirar ese aroma.

Ahora volvió a hacerlo, en sueños, y el cariño que sentía por él le resultó casi insoportable.

Entonces su imagen empezó a palidecer y fue reemplazada por otras muy distintas.

El asfalto gris de una calle. Un cuerpo sin vida. Un rostro blanco como el papel. El sol en un cielo azul, narcisos en flor, primavera.

Se incorporó sobresaltado en la cama, completamente despierto, empapado en sudor. El corazón le latía con violencia. Le sorprendió que sus latidos no despertaran a la mujer que dormía junto a él. Pero aquello le pasaba todas las noches desde el accidente. No comprendía que ella pudiera dormir tan plácidamente mientras a él lo torturaban las imágenes hasta el punto de arrancarlo del sueño. Siempre las mismas imágenes: la calle, el cuerpo, el cielo azul, los narcisos, la primavera. En cierta manera, que fuera primavera lo empeoraba todo. Tenía la absurda sensación de que las imágenes le resultarían más soportables si la calle estuviera nevada, pero sabía que no era verdad. Seguramente le resultarían insoportables de cualquier modo.

Se levantó en silencio, fue hasta el armario y cogió una camiseta limpia. Se quitó la que llevaba, empapada en sudor, y la arrojó al suelo. Tenía que cambiarse de camiseta todas las noches. Y ella nunca se enteraba.

La ventana del dormitorio no tenía persianas y la luna brillaba en el cielo, de modo que pudo ver bien su rostro delgado y de expresión astuta, y su pelo largo y rubio esparcido sobre la almohada. Respiraba suave y acompasadamente. La observó con ternura y se hizo la misma pregunta que se hacía cada noche sin dormir: ¿Quería tanto a aquel niño porque no había logrado el amor de ella? ¿Se había dejado cautivar por la sonrisa del pequeño porque ella ya no le sonreía?

«Quizá jamás logre dar con las respuestas», pensó.

Porque el niño moriría. Por las noches lo veía claro. De día recurría a la razón y se decía que al final se recuperaría, o al menos que nadie podía asegurar lo contrario. Pero de noche, en cuanto despertaba de sus sueños, no era su raciocinio el que hablaba, sino una voz que le llegaba del subconsciente, y no se dejaba acallar con

facilidad:

«El niño morirá. Y será por tu culpa.»

Empezó a sollozar quedamente. Lloraba todas las noches.

No quiso despertar a la bella rubia que dormía en su cama. Ella nunca se fijaba en sus lágrimas, ni en los latidos de su corazón ni en su respiración agitada. Hacía tanto tiempo que había dejado de interesarse por él que no volvería a hacerlo sólo porque se avecinara una catástrofe.

Unas noches atrás, no sabía cuántas, se había preguntado qué pasaría si se marchaba sin más. Si dejaba atrás su vida actual: la casa, el jardín, sus amigos, su promisoría carrera. La mujer que había dejado de interesarse por él. Quizá incluso su nombre, su identidad. Todas sus posesiones. Y sobre todo las imágenes que tanto lo atormentaban. Aunque a este respecto no se hacía demasiadas ilusiones: precisamente ellas no lo dejarían en paz. Lo seguirían a todas partes como su propia sombra, irían allá donde fuera. Aunque quizá las soportara mejor si estuviera siempre en movimiento, si no se detuviera demasiado en ningún sitio, si no se demorara, si no echara raíces.

Uno no puede huir de su culpa.

Pero puede correr muy rápido para no verse obligado a mirar atrás y ver continuamente su desfigurado rostro. Quizá fuera buena idea. Cuando el niño muriera, se marcharía de allí.

PRIMERA PARTE

Domíngo 6 de agosto de 2006

Rachel Cunningham vio al hombre tras doblar la esquina de la calle principal y entrar en el callejón sin salida que daba a la iglesia y, algo más allá, a la casa parroquial. Llevaba un periódico bajo el brazo, se cobijaba a la sombra de un árbol y miraba alrededor con cierta indiferencia. De no haber sido porque el domingo pasado lo había visto en el mismo sitio, apenas le habría llamado la atención. Ahora, en cambio, pensó: «Ahí está ése otra vez.»

Desde la iglesia le llegaron los acordes del órgano y el canto de los feligreses. Bien, la misa ya había empezado. Aún le quedaba tiempo antes del servicio religioso infantil. El encargado de celebrarlo era Donald, un afable estudiante de Teología. Rachel estaba colada por Don, como le llamaban los niños, y por eso le gustaba llegar pronto y asegurarse un sitio en el primer banco. Don celebraba su servicio religioso en la casa parroquial. Los que se sentaban en primera fila, había descubierto Rachel, podían ayudarlo y encargarse de varias tareas: limpiar el altar o ayudar con el proyector de diapositivas. Dado su enamoramiento, Rachel se moría por esta clase de ocupaciones. Su amiga Julia, en cambio, opinaba que a sus ocho años Rachel era demasiado joven para un adulto y no sabía nada del verdadero amor.

«¡Como si ella pudiera saberlo!», pensaba Rachel. Rachel iba todos los domingos a la misa infantil, menos cuando sus padres planeaban algo con los niños. El próximo domingo, por ejemplo, era el cumpleaños de la hermana de mamá, y todos saldrían pronto hacia su casa, en Downham Market. Suspiró. No habría Don, sino un día aburrido y monótono con muchos parientes que se pasarían el rato hablando de cosas que no le interesaban.

Y después se marcharían de vacaciones, casi dos semanas, a alguna casucha absurda en la isla de Jersey.

—¡Hola! —le dijo el desconocido cuando ella pasó junto a él—. Dime, ¿qué te ha puesto de malhumor?

Rachel dio un respingo. No sabía que sus pensamientos podían reflejarse de forma tan clara en su expresión.

—Ah, nada —dijo, y se dio cuenta de que se sonrojaba.

El hombre sonrió. Parecía simpático.

—Está bien, no se debe hablar con extraños. Dime, ¿vas a la iglesia?, porque llegas algo tarde...

—Voy al servicio religioso para los niños —dijo Rachel—, que empieza cuando acaba la misa.

—Mmm... entiendo. El que se encarga de celebrarlo es... ay, ¿cómo se llama?

—Donald.

—Donald. Exacto. Lo conozco. Coincidimos en un par de ocasiones... Soy pastor evangélico, ¿sabes? De Londres.

Rachel se preguntó si hacía bien quedándose ahí con un desconocido. Sus padres

siempre le decían que no les hiciera caso y que siguiera caminando si alguno le dirigía la palabra. Pero aquel hombre le resultaba simpático y la situación no parecía nada peligrosa. Un día claro y soleado. Cánticos en la iglesia. Gente paseando por la calle principal. ¿Qué podía pasarle?

—¿Sabes? —le dijo el hombre—, la verdad es que esperaba encontrarme con alguien que fuera a la misa infantil. Alguien que pudiera ayudarme. Y tú pareces muy espabilada. ¿Crees que puedes guardarme un secreto?

Desde luego que podía. Julia le había confiado muchos y ella nunca le había fallado.

—Claro que sí —respondió.

—Es que me gustaría dar una sorpresa a mi viejo amigo Donald —dijo el hombre—. Él no tiene ni idea de que vuelvo a estar por aquí. He pasado mucho tiempo en la India. ¿Conoces la India?

Rachel sabía que se trataba de un país muy lejano y que la gente que venía de allí tenía la piel más oscura que los ingleses. En su clase había dos niñas indias.

—Nunca he estado allí —dijo.

—¿Y te gustaría ver fotos? De los niños en sus pueblos, de lo que hacen y a lo que juegan, de sus colegios... Qué, ¿no te parece guay?

—Sí.

—¿Lo ves? Yo tengo muchas diapositivas de la India. Me gustaría enseñároslas en el servicio infantil, pero necesito alguien que me asista.

Rachel no conocía aquella palabra.

—¿Y eso qué es?

—Bueno, alguien que me ayude a ir colocando las cajitas de las diapositivas. Y a colgar la pantalla. ¿Podrías hacerlo tú?

Ésa era la clase de tarea que a Rachel le encantaba. Se imaginó la sorpresa que se llevaría Don cuando ella apareciera allí con su viejo amigo y le enseñara las diapositivas de un país lejano. ¡Julia se moriría de envidia!

—¡Pues claro que podría! ¡Desde luego! ¿Dónde están?

—Bueno —repuso el hombre—, no las he traído conmigo. No esperaba encontrarme con alguien tan inteligente y amable como tú. ¿Qué tal el domingo que viene?

Rachel palideció. ¡Precisamente el domingo que viene! El que iban a pasar con su tía en Downham Market, justo antes de las vacaciones en Jersey...

—¡Oh, qué rabia! ¡El domingo que viene no estaré aquí! Mis padres...

—Bueno, entonces tendré que buscarme otro ayudante —la interrumpió el hombre.

Ésa fue una idea casi insoportable.

—Por favor —suplicó Rachel—, ¿no podría... —calculó tan rápido como pudo— no podría esperar tres semanas? Es que nos vamos de vacaciones. Pero cuando vuelva lo ayudaré encantada. ¡Se lo prometo!

—Mmm... Tres semanas es mucho tiempo...

—Por favor —insistió la niña.

—¿De verdad crees que podrás guardar el secreto durante tantos días?

—Por supuesto. ¡No se lo diré a nadie! ¡Palabra de honor!

—No puedes decirle nada a Donald, porque la sorpresa es para él. Y tampoco a tu mamá o tu papá, ¿de acuerdo?

—Tampoco pensaba decirles nada, a ellos no les importo.

Eso no era cierto, y lo sabía. Pero desde hacía tres años, desde que Sue, la hermanita que Rachel nunca quiso, vino al mundo todo había cambiado. Antes ella lo era todo para sus padres. Ahora el mundo giraba en torno a esa pesada que tenía que estar vigilada continuamente.

—¿Y a tu mejor amiga? —se aseguró el hombre—, ¿tampoco le dirás nada?

—No; se lo juro.

—Bien, te creo. A ver, nos encontraremos dentro de tres domingos cerca de mi casa. Iremos hasta allí y me ayudarás a meter las cosas en el coche. ¿Vives en King's Lynn?

—Sí. Aquí en Gaywood.

—Bien. Entonces conocerás Chapman's Close, ¿no?

Lo conocía. Un barrio nuevo con casas plurifamiliares aún sin acabar. Chapman's Close terminaba en un camino vecinal. Una zona bastante aislada. Rachel y Julia paseaban a veces por allí en bicicleta.

—Sé dónde está.

—Dentro de tres domingos. ¿A las once y cuarto?

—Sí. Allí estaré.

—¿Sola?

—Pues claro. En serio, puede confiar en mí.

—Lo sé —dijo él, y rió con simpatía—. Eres una jovencita muy sensata.

Ella se despidió del hombre y siguió andando hacia la casa parroquial, rebotando de orgullo. «Una jovencita muy sensata.» Tres largas semanas. Apenas podía esperar.

Lunes 7 de agosto

El 7 de agosto desapareció la única hija de Liz Alby.

Era un despejado día de verano; tan caluroso que más bien parecía propio de Italia o España, no de Inglaterra. Y eso que a Liz siempre le habían molestado las despectivas observaciones sobre el clima inglés. En realidad no era tan malo, pero la gente solía ceñirse a los clichés. Sólo se trataba de un asunto de regiones. En el oeste se acumulaban las nubes que viajaban cientos de kilómetros por el Atlántico, y aquello sí que era humedad, igual que al norte, en Yorkshire y Northumberland, donde llovía mucho. Pero al sur, en Kent, los campesinos pasaban muchos veranos quejándose de la sequía, y lo mismo sucedía en el hogar de Liz, East Anglia, donde podían estar todo el verano bañados en sudor. A Liz le gustaba Norfolk, y eso que le costaba encontrar algo agradable en su vida. Y más aún desde que Sarah había venido al mundo, hacía cuatro años y medio.

Quedarse embarazada a los dieciocho años es una tragedia. Sobre todo si sucede por una tontería: por confiar en un tipo que te promete que «tendrá cuidado». Estaba claro que Mike Rapling no tenía ni idea de lo que significaba tener cuidado, porque en el primer encuentro sexual mantenido con Liz hizo diana de pleno. Después, Mike se dedicó a despotricar y decir que ella lo había embaucado para obligarlo a casarse, pero que por nada del mundo renunciaría a su juventud y se dejaría cazar tan pronto.

Liz derramó mares de lágrimas.

«¿Y qué pasa con mi juventud? —pensaba—. ¡A mí sí has podido cazarme! ¡Ahora tendré una hija que me arruinará la vida!»

Como era de esperar, aquello no preocupó demasiado a Mike. Se negó en redondo a contraer matrimonio, e incluso exigió un test de paternidad cuando nació la pequeña y se le planteó la cuestión de la pensión alimenticia. A partir de ahí, su condición de progenitor no dejó lugar a dudas. Pagaba contra su voluntad y con cierta irregularidad, y tras dos o tres breves visitas perdió todo interés por la niña.

Tampoco es que Liz tuviera demasiado interés en Sarah, pero no le quedó más remedio que cuidar de ella. Había creído que su madre, con quien aún vivía, la ayudaría con la niña, pero Betsy Alby se quedó tan sorprendida al enterarse de que pronto habría un bebé llorando en su minúsculo piso del desolador barrio de King's Lynn, que le dejó bien claro a su hija que no contara con ella.

—¡Es tu hija! ¡Y ha sido tu estúpida lujuria la que te ha metido en este lío! Así que no esperes ninguna ayuda para salirte de esta mierda. Y mucho menos de mi parte. ¡Puedes estar contenta de que no te ponga de patitas en la calle, joder!

Perjuró y maldijo, y ni siquiera más adelante, cuando la pequeña llegó al mundo, fue capaz de mostrar el menor afecto por ella. Se mantuvo firme en su amenaza de «no dejaré que esa chiquilla me mire una sola vez a los ojos». Se pasaba el día en casa, frente al televisor, comía patatas chips y a media tarde (aunque cada vez más pronto, más hacia el mediodía) empezaba a consumir cantidades ingentes de alcohol

barato. Ni siquiera cuando Liz salía a comprar le permitía dejar la niña en casa: la pobre tenía que recorrer el supermercado arrastrando el voluminoso cochecito y con el bebé berreando. De modo que a Liz no le cabía ninguna duda: ella era la única que estaba pagando los platos rotos por aquella ligereza cometida una noche de abril.

A veces se sentía incapaz de seguir adelante. Pero al poco se rehacía como podía y se juraba que no iba a permitir que le destrozaran la vida. Era joven y guapa. En algún lugar tenía que haber un hombre capaz de imaginarse la vida con ella pese al lastre que arrastraba.

Si de algo estaba segura, era de que no quería vivir para siempre con su madre en aquel lúgubre agujero, en el que hasta en los soleados días de verano se bajaban las persianas para poder ver mejor la tele y no dejar entrar ni una pizca de ese calor al que Betsy, la sudorosa Betsy, temía como el diablo teme el agua bendita. Liz soñaba con tener un piso bonito con un pequeño balcón para plantar flores. Esperaba dar con un buen hombre que de vez en cuando le regalara algún detalle, una bonita prenda o un perfume, y que llegara a sentirse como el verdadero padre de Sarah. Y que tuviera un sueldo lo suficientemente bueno para que ella dejara de trabajar de cajera en la droguería a cambio de un salario ridículo. Los fines de semana saldrían los tres juntos de *picnic* o darían paseos en bicicleta. Había tantas familias felices que disfrutaban haciendo cosas juntos mientras ella deambulaba sola con su pequeña, huyendo siempre del estruendoso televisor de su casa y de la mirada errática de su madre, que con apenas cuarenta años aparentaba ya los sesenta y era el más escalofriante ejemplo de una vida echada a perder...

Ya a primera hora de la mañana aquel día de agosto prometía ser especialmente caluroso. La guardería a la que iba Sarah estaba cerrada por vacaciones y Liz se vio obligada a cogerlas ella también. Había pensado pasar el día en la playa de Hunstanton, tomar el sol, bañarse y lucir un poco su espléndida figura, a la espera de que alguien se quedara tan fascinado al verla que no se detuviera a considerar un impedimento la llorosa criatura de cuatro años que la acompañaba. Incluso se atrevió a pedirle a su madre que se quedara con Sarah aquel día, sólo aquel día. Pero Betsy Alby le respondió sin inmutarse, sin apartar los ojos del televisor y sin detener su trajín con la bolsa de patatas:

—No.

Así pues, Liz y Sarah cogieron el autobús. Traqueteó por todos los pueblos de las cercanías de King's Lynn y tardaron una hora larga en llegar a Hunstanton, pero Liz estaba tan ilusionada que no le importó. A cada kilómetro que recorrían le parecía que olía el mar un poco mejor, aunque eso era imposible: lo único que olía a su alrededor era el carburante diesel que quemaba el autobús. Pero Liz amaba el mar, tanto que su nariz lo percibía aun antes de que fuera posible. Y cuando al fin apareció ante sus ojos, tan amplio y centelleante bajo el sol, sintió una repentina e intensa felicidad. Por un instante sólo fue consciente de sí misma y su juventud, de que tenía toda la vida por delante. Y olvidó el lastre que iba sentado a su lado.

Sea como fuere, Sarah no tardó en devolverla a la cruda realidad. El bus avanzaba por el enorme aparcamiento de New Hunstanton, situado junto a la playa, con todos sus chiringuitos, sus tiendas de *souvenirs*, su tióvivo y sus vendedores de helados, y la pequeña se puso a chillar de emoción al ver aquel caballito de madera al que los niños podían subir para dar dos vueltas a cambio de una libra.

—No —dijo Liz, que no tenía ninguna gana de gastar en una tontería el poco dinero que llevaba—, ni lo sueñes. Si te dejas dar una vuelta querrás dar otra y luego otra y otra, y al final llorarás igual. Vamos a buscar un buen sitio en la arena antes de que se llene demasiado.

Era época de vacaciones, no sólo en Inglaterra sino prácticamente en toda Europa, y tanto nativos como turistas acudían en masa a la playa. Liz quería extender sus pertenencias en la medida de lo posible para asegurarse algo de espacio y no quedarse aprisionada entre dos familias numerosas. Pero Sarah plantó los pies en el suelo y se puso a llorar, desconsolada.

—Mamá... quiero... ¡caballito!

Liz cogió con una mano su bolsa de playa, la cesta en que llevaba una botella de agua mineral, un par de bocadillos y la pala con que esperaba que Sarah jugara y cavara, y con la otra intentó arrastrar a su hija, que se resistía, terca como una mula.

—¡Vamos, construiremos un castillo! —intentó convencerla.

—¡Caballito! —se obstinó Sarah.

A Liz le habría gustado darle una bofetada, pero había demasiada gente por allí, y hoy en día una madre con los nervios destrozados ya no tiene derecho a defenderse de su hijo...

—Quizá a la vuelta, ¿vale? —dijo—. Vamos, Sarah, sé buena.

Pero Sarah no tenía la menor intención de ser buena. Gritó y pataleó, y Liz sólo pudo arrastrarla centímetro a centímetro, haciendo un esfuerzo descomunal. En cuestión de segundos estaba empapada de sudor y su buen humor había desaparecido. El maldito Mike le había destrozado la vida. Jamás encontraría pareja. Si algún tío la veía de aquel modo, seguro que la evitaría a toda costa. Y no era para menos. La cesta se le cayó de la mano. Un hombre se agachó para recogerla, y le pareció que la miraba con compasión. Después se le cayó la pala, y esta vez fue una señora quien la ayudó. Una vez más, comprobó que los hijos de los demás se portaban mucho mejor que la suya; ella era la única madre que luchaba de aquel modo. Recordó el tiempo en que había considerado la opción del aborto. No era religiosa, pero matar a la criatura que llevaba en el vientre le provocaba un miedo inesperado, un pavor indescriptible a algún tipo de venganza del destino. Aquel día, no obstante, mientras arrastraba a su hija con tanto esfuerzo, deseó con toda su alma haberlo hecho.

«¡Ojalá hubiese tenido valor! —se dijo—. ¡Seguro que mi castigo no habría sido peor que esto!»

En algún momento llegaron a un sitio que a Liz le pareció adecuado. Extendió su toalla y la de Sarah y empezó a construir un castillo de arena para que su hija se

tranquilizara de una vez. Y así fue. La pequeña dejó de llorar y se puso a construir el castillo con ella. Liz respiró hondo. Quizá la pequeña acabara olvidando aquel condenado caballito. Quizá tuvieran, al fin, un buen día. Se había puesto su biquini nuevo, consciente de que le quedaba fenomenal. Lo había comprado de rebajas, pese a que aun así seguía siendo demasiado caro para su sueldo, pero no había podido resistirse. No podía dejar que su madre lo viera, evidentemente, porque se pondría a gritar como una loca y a exigir que trajera más dinero a casa, dado que podía gastárselo en prendas de lujo como aquélla. ¡Como si aún pudiera, utilizar su viejo bañador de una pieza, que tenía ya cuatro años! Si pretendía encontrar a un hombre que la sacara de la miseria, tenía que invertir algo en el proyecto. Pero intentar hablar del tema con su madre era una pérdida de tiempo. Sarah seguía construyendo el castillo con entusiasmo. Liz se tendió en su toalla y cerró los ojos.

Debió de quedarse dormida un buen rato, pues cuando los abrió de nuevo el sol estaba ya muy alto; sería casi mediodía. La playa estaba mucho más llena que por la mañana; había gente por todas partes. Muchos se limitaban a tomar el sol; otros jugaban al badminton o al fútbol, o se metían en el agua. Los niños gritaban y reían, y el mar se mecía suavemente. A lo lejos se oía el vago zumbido de un avión. Era un día perfecto.

Le ardía la cara; había tomado demasiado sol y ni siquiera se había puesto protección. Por suerte tenía una piel muy resistente. Se dio la vuelta y vio que Sarah también se había quedado dormida. Los llantos y el castillo debían de haberla agotado, porque yacía recogida en su toalla, respiraba profunda y regularmente y tenía la boca entreabierta.

«Gracias a Dios», pensó Liz. Aquél era el momento en que su hija le parecía más encantadora: cuando dormía. Sintió hambre, pero no le apetecieron sus bocadillos de margarina y queso, que sabían siempre a jabón. Justo al lado de la parada del autobús había un chiringuito donde vendían deliciosas *baguettes* con mucho tomate y mozzarella. A Liz le encantaban, y a Sarah también. Y si le añadía una Coca-Cola fría en lugar del agua caliente de su cesta... Se levantó y rebuscó en su monedero. Miró brevemente a su hija dormida. Si la despertaba y la llevaba consigo, la niña vería el tiovivo y volvería a berrear.

«Si me doy prisa —pensó—, volveré enseguida y ella ni se dará cuenta. Duerme tan profundamente...»

Y había tanta gente alrededor... ¿Qué podría pasarle? Aunque se despertara y se metiera en el agua, sería imposible que se ahogara con tanta gente por allí.

«Sólo serán unos minutos», se dijo, y salió corriendo.

El trayecto era más largo de lo que recordaba. Al final Sarah y ella habían recorrido un buen trecho de playa. Pero le sentó bien moverse un poco, y no le pasó por alto que muchos hombres la seguían con la mirada. Tenía muy buen tipo pese a

haber dado a luz en una ocasión, y el biquini le sentaba perfectamente. Ya lo había notado en la tienda. Nadie que la viera así pensaría que arrastraba una pequeña y llorona mochila. Sí, no era más que una joven de veintitrés años, atractiva y digna de admiración. Intentó devolver las miradas con alegría y optimismo. Desde el nacimiento de Sarah había llorado mucho, y tenía miedo de que le salieran bolsas en los ojos y arrugas en los labios. Era muy importante que nadie se diera cuenta de lo infeliz que solía ser la mayor parte del tiempo.

En el chiringuito tuvo mala suerte: había todo un equipo de balonmano haciendo cola, y la mayoría de ellos no tenía idea de lo que quería tomar. Algunos chicos empezaron a flirtear con Liz, y ella les respondió encantada y con la vivacidad que la caracterizaba. ¡Qué agradable era encontrarse entre hombres guapos y morenos, y sentir la atracción que ejercía en ellos! Estaba empezando a pensar cómo solucionaría el problema de Sarah si uno de los chicos le proponía una cita, cuando el entrenador acabó con el alboroto de sus chicos y los obligó a irse de allí. En cuestión de segundos Liz se quedó sola en el chiringuito, y por fin pudo pedir sus *baguettes* y su refresco.

Mientras volvía advirtió que ya habían pasado veinticinco minutos desde que dejó a Sarah. Y aún tardaría unos diez más en llegar. No tenía que haber tardado tanto. Rezó para que la niña no se hubiera despertado y estuviera llorando como una posesa. Se imaginaba las miradas de reproche de todo el mundo. Estaba claro que una buena madre no se comportaba así; no se pierde de vista a un hijo para darse un capricho. En realidad, una buena madre no tiene caprichos. Sólo vive por y para su hijo; para que él esté bien.

«¡Y una mierda! —pensó Liz—. ¡No tienen ni idea!»

Ahora ya no andaba tranquilamente entre hombres que la admiraban; ahora corría. La Coca-Cola rezumaba de la botella, sujetaba los panecillos con fuerza. Jadeaba. Le entró flato. Correr por la arena era agotador. No entendía cómo podía haberse confundido tanto al calcular las distancias.

Ahí estaba su toalla. Su bolsa. La pala. El castillo de arena construido con Sarah. La toalla de Sarah, azul claro y con mariposas amarillas.

Sólo faltaba Sarah.

Liz se detuvo, respirando con dificultad, algo doblegada por el flato, pero enseguida se irguió y empezó a mirar en derredor. Hacía nada estaba ahí tumbada, tomando el sol, adormilada. Hacía nada.

Bueno, nada no. Ya habían pasado casi cuarenta minutos.

¡Cuarenta minutos!

Pero no podía andar muy lejos. Se había despertado, había tenido miedo porque mamá no estaba y ahora daba vueltas por ahí, buscándola. ¡Ojalá no hubiese tanta gente! Y parecía que cada vez llegaba más. ¿Cómo iba a encontrar a una niña tan pequeña entre tantas piernas?

Dejó las *baguettes* y la botella sobre su toalla, pero siguió con el monedero en la

mano. Ya no tenía ni pizca de hambre. Al contrario, sentía ganas de vomitar. Sería incapaz de tragar una miga.

¿Dónde demonios estaba su pequeña?

Desesperada, se dirigió a la vecina de sitio, una mujer bastante gorda, con cuatro niños revoloteando a su alrededor.

—Perdone, ¿ha visto usted a mi hija? Es más o menos así de alta —dijo, indicando con la mano—. Pelo oscuro, ojos oscuros... Llevaba pantalones cortos de color azul y una camiseta de rayas...

La gorda la miró.

—¿La niña que estaba aquí durmiendo?

—Sí, sí, ésa. Dormía profundamente y yo... he ido a buscar una cosa, muy rápido, pero acabo de volver y...

Era evidente que la gorda desaprobaba su comportamiento.

—¿Has dejado aquí a tu hija y te has ido al chiringuito?

—He tardado poquísimo —mintió Liz.

—La última vez que la miré estaba durmiendo. Pero después me he despistado porque mi Denis se encontraba mal. Demasiado sol.

Denis estaba acucillado en la arena; la verdad es que se lo veía pálido y parecía enfermo. Pero al menos estaba allí.

—No puede andar muy lejos —dijo Liz, intentando convencerse a sí misma.

La gorda se dirigió a una conocida que estaba una toalla más allá.

—Oye, ¿has visto a la niña morena que dormía aquí al lado? Su madre se ha ido al chiringuito y la pequeña ha desaparecido.

Por supuesto, la conocida no pudo evitar dirigirle una mirada estupefacta al enterarse de su comportamiento.

—¿Tan lejos? ¡Por Dios, yo no dejaría a mi hijo solo tanto rato!

«¡Idiota!», le espetó Liz en su fuero interno.

El caso es que nadie había prestado demasiada atención a Sarah. Ni la gorda ni su conocida, ni ninguno de los que estaban por ahí cerca y a los que Liz fue preguntando, cada vez más angustiada y desesperada. Fue ampliando el círculo, pero a cada minuto que pasaba iba haciéndose más improbable que alguien pudiera darle alguna indicación concreta. Anduvo hasta la orilla. Tampoco allí había rastro de Sarah.

Era imposible que se hubiese ahogado. Ningún niño podría ahogarse entre tanta gente.

¿O sí?

De pronto se le ocurrió que Sarah podía haber vuelto al tiovivo, y sintió una pizca de esperanza. Al fin y al cabo le encantaba, ¿no? Así que recorrió de nuevo el camino hacia el autobús. Una vez allí, vio infinidad de niños en los caballitos, pero a Sarah no.

Preguntó al propietario.

—Llama la atención —le dijo—. Tiene el pelo largo y moreno, y los ojos muy oscuros. Lleva un pantalón azul y una camiseta de rayas.

El hombre se quedó pensativo.

—No —dijo al cabo de unos instantes—. No, hoy no he visto a ninguna niña así. Estoy bastante seguro.

Volvió a la playa. Por el camino se echó a llorar. Aquello era una pesadilla. Había sido una irresponsable y ahora recibía el peor de los castigos. Un castigo que lo abarcaba todo, un castigo por todo: por haber pensado en abortar, por las lágrimas de amargura que derramó cuando le pusieron a Sarah en los brazos tras el parto, por la cantidad de veces que había deseado que su hija no existiera, por todas sus quejas y maldiciones. Por su falta de instinto maternal.

Sarah seguía sin aparecer cuando Liz llegó a su sitio. La imagen de la pequeña toalla le dolió tanto que las lágrimas que había logrado reprimir afloraron de nuevo. Junto a ella, la bolsa de papel con las malditas *baguettes* y la Coca-Cola. ¡Qué insignificantes le parecían ahora! Y cuánto le habían apetecido apenas una hora antes, hasta el punto de llevarla a descuidar la seguridad de su hija...

La gorda, que seguía en el mismo sitio, la miró con compasión.

—¿No la encuentras? —le preguntó.

—No, no la encuentro.

—¿Por qué no me pediste que la vigilara? ¡Lo habría hecho encantada mientras ibas a buscar los tentempiés!

Sí, ¿por qué no lo había hecho? Absurdo. Nada habría sido más fácil que pedir a otra madre que le echara un vistazo a su hija mientras dormía...

—No lo sé —murmuró—, no lo sé...

—Tienes que avisar a la policía —dijo la conocida de la gorda, entrometiéndose. Parecía consternada, pero era evidente que aquel día de playa le estaba resultando de lo más emocionante—. Y a los socorristas. Quizá... —No se atrevió a acabar la frase.

Liz la miró indignada.

—¿Cómo va a ahogarse aquí? ¡Al menos hay cien personas en el agua! ¡Una niña gritando y pataleando tendría que haber llamado la atención de alguien!

La gorda le puso la mano en el brazo. Su compasión parecía sincera.

—De todos modos, lo mejor será que vayas a la caseta de los socorristas. Ellos te dirán lo que debes hacer. Quizá puedan llamar a tu hija por algún altavoz o algo así. Seguro que no es la primera vez que un niño se extravía entre tanta gente. ¡No pierdas la esperanza!

La amabilidad de aquellas palabras la desarmó por completo y perdió definitivamente los nervios. Rompió a llorar desconsoladamente, se dejó caer en la arena y se dobló hacia delante. Era incapaz de pronunciar palabra. No le quedaba ni pizca de energía.

La gorda suspiró. Se inclinó hacia ella y la cogió de la mano.

—Vamos, yo te acompaño. Elli vigilará a mis hijos. Estás agotada. ¡Pero no te

rindas!

Liz se dejó llevar, medio desmayada.

En aquel momento tuvo la inexplicable sensación de que no volvería a ver a Sarah.

Miércoles 16 de agosto

Cuando él le dijo que zarparían al día siguiente, bajo la lluvia, no supo si alegrarse o entristecerse. Las islas Hébridas no eran precisamente el lugar en que le apetecía quedarse varias semanas más; el clima la deprimía sobremanera, y echaba de menos los colores que creaba el sol. Allí, en la isla de Skye, hasta agosto era fresco y ventoso. Llovía a menudo, el mar y el cielo se fundían en un azul metálico y las olas, que en los días de tormenta estallaban contra el malecón y esparcían su espuma, dejaban un aire frío en los labios. Mientras tanto, en algún lugar era de verdad verano y agosto se presentaba pleno e indolente, con fruta madura, noches cálidas, estrellas fugaces y rosas tardías. No podía olvidar la sensación de la hierba mojada bajo los pies descalzos. A veces, la añoranza de todo aquello le anegaba los ojos de lágrimas.

Zarpar de nuevo ofrecía la posibilidad de llegar a zonas más cálidas. Querían ir hacia las islas Canarias, abastecerse de provisiones y emprender la travesía del Atlántico. Nathan tenía pensado pasar el invierno en el Caribe, y su apremio por marchar ahora se debía a su intención de llegar allí antes de que empezara la temporada de huracanes.

A ella, en cambio, le daba miedo salir de Europa; la perspectiva de pasar semanas navegando por el Atlántico la hacía estremecerse. El Caribe le parecía un destino insólito y lejano y le provocaba un inexplicable temor. Ella habría preferido mil veces pasar el invierno en las islas Canarias o en Jersey o Guernsey, pero Nathan dijo que en aquellos destinos el invierno era suave pero muy lluvioso. Y que un barco no era el lugar más cómodo para pasar varios días bajo la lluvia, con esa niebla impenetrable que emergía del agua y nublaba la vista a tal punto que desde la borda de estribor no se alcanzaba a ver la de babor.

Apenas habían pasado una semana en Skye, pero ya había empezado a acostumbrarse a la isla, pese al mal tiempo. Y aquello era lo que la entristecía al pensar en su marcha. Por lo que a ella respectaba, el proyecto de dar la vuelta al mundo no era más que un impedimento a su necesidad de encontrar un hogar seguro, un medio de vida estable. Ansiaba poder comprar cada día en el mismo supermercado, tener algún camino fijo por el que pasear y relacionarse con un entorno social formado siempre por los mismos amigos y conocidos. Quería comprar el pan por las mañanas y que el panadero le preguntara si ya se encontraba mejor de su resfriado; y quería ir a un peluquero al que sólo tuviera que decirle «como siempre, por favor». La simetría de las cosas le parecía extraordinariamente importante. Y desde que la había perdido, aún más.

Como no podía pasarse todo el día en el Dandelion, anclado en el golfo de Portree, durante los seis días que pasaron allí se dedicó a hacer algo de *footing*. En realidad, Nathan y ella habían acordado que buscarían trabajo en cada uno de los puertos por los que fueran pasando. Su economía estaba prácticamente en bancarrota porque Nathan había invertido todos sus ahorros en la compra del barco. Sin

embargo, y por algún extraño motivo, a su marido no parecía preocuparle la necesidad de ganar dinero.

—Skye me parece una extraordinaria fuente de inspiración —le había dicho—. Tengo que sacarle el máximo partido.

El clima, le dijo también, era justo lo que necesitaba. Entre cuatro y cinco nudos de viento del noroeste, nubes corriendo sobre las montañas de la isla, la lluvia repiqueteando sobre su impermeable. Cada día la llevaba hasta la costa con la barca de remos y luego regresaba al barco para rodear la isla y perderse en aquella bahía junto a Loch Harport. Lo que allí hacía era un misterio para ella. En una ocasión dejó de llover y se dedicó a hacer escalada por los Black Cuillins, según le dijo. Pero del resto de los días no soltó prenda; nunca lo hacía.

A veces, cuando cogía el autobús para volver a Portree por la tarde, se preguntaba si él estaría allí, esperándola, o si se habría marchado con el barco para siempre, sin ella. No tenía claro si aquella idea la asustaba o si, en el fondo, deseaba que pasara.

Había encontrado trabajo en la segunda residencia de una familia inglesa, en Dunvegan, bastante lejos de la capital de la isla, pero de muy fácil acceso en autobús. La familia había colgado un anuncio en la tienda de ultramarinos del puerto, solicitando una asistenta para la casa y el jardín durante el tiempo que pasaran allí de vacaciones, porque la mujer de la limpieza que acostumbraba ayudarlos estaba enferma. Llamó enseguida. Nathan no quería que lo hiciera, porque pensaba que el trabajo de asistenta estaba por debajo de su nivel, pero como no se le ocurrió otro modo de ganar dinero acabó por aceptar.

La casa, algo alejada de Dunvegan, tenía una maravillosa vista sobre la bahía y era muy cómoda y espaciosa. Se había sentido muy a gusto en ella. Buena gente con la que podía hablar y un trabajo sencillo incluso en el jardín, que era grande y bonito. El tiempo había sido realmente malo —los habitantes de la zona decían que era un verano inusualmente lluvioso—, y durante los días que pasó en la isla no dejó de preguntarse cómo podía alguien querer pasar sus vacaciones en aquel lugar. Sea como fuere, enseguida notó que para ella era muy diferente estar en tierra firme, con un jardín rodeado por un muro, una chimenea y un orden en todas las cosas. Le encantaba ir a aquella casa, limpiar los poyetes de las ventanas, frotar las baldosas de la cocina hasta dejarlas brillantes, poner flores frescas en un jarrón, sobre la enorme mesa de madera de la sala de estar. Cuando dejaba de llover, plantaba hiedra en la cara sur de la casa y cortaba el césped de la parte trasera del jardín. Nunca se había sentido mejor.

Hasta que llegaba la tarde y volvía al barco.

Era el barco. No eran las islas Hébridas ni las del Canal. Era el barco. Y todo seguiría igual en los mares del Sur, en las playas de arena blanca con palmeras. No estaba hecha para la vida nómada. Detestaba los puertos. Detestaba las tablas que oscilaban bajo los pies. Detestaba la eterna humedad. La estrechez. Detestaba no tener un hogar.

Zarpaban al día siguiente.

Jueves 17 de agosto

Nathan se puso cómodo en la cabina del piloto del Dandelion, apoyado contra el tabique del camarote. Las nueve y media de la noche. La cara ropa interior térmica que llevaba lo protegía allí en el norte, incluso en agosto. Sólo sentía la fría brisa marina en la nariz y las mejillas. Se le iba pasando el enfado y empezaba a sentirse mejor.

Se había peleado con Livia y, aún peor, consigo mismo, por haber transigido una vez más. Transigía a menudo, sólo para librarse de los lacrimosos monólogos de ella. Nathan se había propuesto zarpar de Portree por la mañana, hacia las seis, apenas una hora después de la marea alta, para cruzar el pasaje del Sound of Harris con luz de día asegurada, pero Livia, que no había dejado de quejarse del mal tiempo desde que llegaron a la isla de Skye, empezó a lamentar su marcha con la misma intensidad con que lamentó su estancia, aunque lo lógico habría sido que se alegrara. Nathan pensaba a menudo que lo que de verdad le gustaba era, simplemente, quejarse. Que se disgustaba si no había nada que reprochar.

Al final le dijo que había dado su palabra de ir una vez más a la casa donde limpiaba desde hacía una semana, y que ahora no podía desaparecer así, sin más. Y como amenazaba con desesperarse por culpa de aquella tontería, acabó retrasando su partida. Hasta la tarde. Él estaba seguro de que sólo quería ganar unas horas en tierra firme, pero eso era algo difícil de demostrar...

Había ido al bar del hotel Pier, adonde acudían principalmente pescadores y trabajadores portuarios, y se puso a leer un periódico comprado en el puerto. Tardó bastante en advertir que se trataba de una edición muy antigua, de febrero de aquel año, y que nada de lo que leía era ya actual. Pero ¿a quién le importaba? En las islas Hébridas los relojes funcionaban de otro modo, la vida tenía un ritmo distinto al resto del mundo. Durante el tiempo que pasó allí no dejó de preguntarse cómo podían vivir así sus habitantes. Había tomado muchos apuntes al respecto; escribió fragmentos, plasmó reflexiones. Había muchas e interesantes observaciones que hacer al respecto. En su opinión, era fascinante echar un vistazo a los entresijos de las vidas ajenas.

Por fin, hacia las cinco de la tarde se marcharon de aquel lugar.

Desde el día anterior la BBC (en la radio) y la presión atmosférica (en el barómetro del barco) anunciaban altas presiones. Había sacado e izado la vela de proa, el foque, para conseguir al menos dos nudos de fuerza mientras trazaba una línea diagonal marcando la trayectoria desde el faro de Rodel. Quizá aún tuvieran tiempo de cruzar el estrecho con luz diurna. Se preguntó si Livia había retrasado su partida para obligarlo a tomar el camino directo hacia el sur que queda entre las islas de Uist y Skye, en lugar de dirigirse al Atlántico. También habían discutido varias veces por eso. Lo peor era el miedo que Livia tenía al agua.

Pese a todo, estaba decidido a coger el camino que los alejaba de las Hébridas.

Poco antes de las nueve había dejado atrás el paso más crítico. Hacía rato que su mujer había desaparecido en el camarote. Le había dicho que estaba cansada y tenía dolor de cabeza. A él no le había importado quedarse sólo. Su mirada de gatita malherida le ponía los nervios a flor de piel.

Desde el Atlántico llegaba el viejo mar de fondo del oeste. Estaban metidos de lleno en una corriente de marea que los empujaba en dirección opuesta a la del rumbo que Nathan deseaba seguir. «No importa —pensó—, un nudo de corriente en contra y dos que avanza el barco a favor; nos queda un nudo para ir tirando hacia el sudoeste.»

Quizá ni siquiera tendría que detenerse en el puerto de Youghal, al sur de Irlanda, como había planeado, y podría seguir directamente hasta La Coruña. No quería retrasarse más. Quería salir de Europa. Navegar al fin por el Atlántico. El Caribe. Playas de arena blanca, sol, palmeras. La atmósfera casi mítica de Skye, su lluvia y su niebla, lo habían fascinado, pero para el invierno le apetecía más un destino cálido. Mucho más.

Se sentó en la cabina del piloto, disfrutó de la paz y la claridad de la noche y se quedó absorto en sus pensamientos.

Vio las luces perfectamente. Se le acercaban por la popa, dos luces verdes, una roja y otra blanca por encima. Sin duda un buque de carga que llevaba el mismo curso que él. Estaba seguro de que lo veían. Había encendido las luces de navegación y el radar reflector colocado en la punta del mástil tenía que emitir un eco inequívoco. No tenía que preocuparse. Tras dejar atrás el Sound of Harris había activado el piloto automático, que ahora cumplía su misión zumbando levemente.

El cuerpo le resultaba cada vez más pesado. En una ocasión dio una cabezada hacia delante y se despertó de golpe. Bostezó. ¿Por qué demonios tenía tanto sueño? Era un ave nocturna, por lo general se sentía mejor a partir del atardecer. Pero la elevada humedad de los últimos días, la espera larga e iracunda, la partida, la dificultad de cruzar el Canal a esas horas habían minado sus fuerzas. La barbilla se le hundía en el pecho. Estaba tan cansado que casi parecía absurdo evitarlo, enfrentarse a su cansancio. En cierto momento se durmió. Más adelante, al reconstruir los hechos, decidió que no habían sido más que unos minutos. Pero decisivos.

Se despertó con la misma brusquedad con que se había dormido.

No sabía si lo había despertado el sonido del casco contra el agua o los golpes de la escota mayor sucumbiendo al viento de alta mar. Pero no, seguramente no había sido ninguna de esas cosas, sino más bien aquel sonido extraño y fuerte que recordaba a un enorme martillo golpeando con fuerza una plancha de acero.

Parpadeó y vio que el foque sólo se movía con el mar de fondo. El viento había remitido por completo.

Aquel ruido... el martillo que golpeaba el acero...

«Las luces», pensó.

En ese mismo instante vio que ya sólo había tres luces: una roja, una verde y, encima, una blanca. Y vio también que, como mucho, estaban a unos cientos de metros del Dandelion. Y que avanzaban directas hacia ellos.

Dio un respingo.

¡Joder! ¿Es que no nos ven?

Corrió al timón y desconectó el piloto automático. Tenía que encender el motor y conseguir que el Dandelion se desplazara por lo menos cien metros a babor, tan rápido como fuera posible. De no ser así, chocarían. ¡Maldita sea, no tenía que haberse dormido! El mar estaba demasiado transitado en aquella zona como para permitirse una cabezada durante la guardia nocturna.

¿Por qué no se encendía el motor? ¡Ni siquiera podía con el motor de arranque! Lo intentó una vez más, y otra, en vano.

Ante sus ojos apareció la proa de un barco enorme. Parecía la fachada de un rascacielos acercándose a una velocidad alarmante. Aquel barco se dirigía directamente hacia el suyo, que de pronto parecía apenas una cáscara de nuez, y estaba claro que no podría evitar la colisión; que en cuestión de dos o tres minutos el Dandelion no sería más que un montón de chatarra.

Por la escalera de cámara apareció la cabeza de Livia. Vio su pelo revuelto, sus ojos como platos, su expresión de pánico. A esas alturas el motor del enorme buque de carga profería ya un ruido infernal.

—¡Nathan! —gritó, pero se quedó petrificada, mirando cómo se les acercaba aquel monstruo.

Con un solo movimiento Nathan sacó el bote salvavidas de debajo del asiento del piloto.

—¡Salta! —bramó—. ¿Me oyes, Livia? ¡Salta inmediatamente del barco!

Ella no se movió.

—¡Salta, joder, salta! —gritó de nuevo, y, al ver que ella dudaba, la cogió del brazo, la arrastró escaleras arriba y la empujó con todas sus fuerzas por la borda.

Acto seguido lanzó el bote salvavidas y por fin, en el último segundo, saltó él también.

Sintió unos terribles y dolorosos pinchazos, como si le clavaran cientos de agujas. El agua estaba helada. Por unos segundos pensó que el frío le había parado el corazón, pero constató que seguía con vida, así que debía de seguir latiendo. Emergió a la superficie tosiendo y jadeando. Por suerte llevaba puesto el chaleco salvavidas, como siempre.

Ahora aquel martilleo monstruoso estaba justo encima de él. Una ola enorme lo empujó varios metros a un lado. El casco del enorme barco pasó a su lado a cámara lenta. Lo tenía tan cerca que casi podía tocarlo.

El Dandelion fue embestido por la proa del carguero y se hundió inmediatamente.

Se le saltaron las lágrimas. ¡A él! Jamás pensó que volvería a pasarle. Nunca lloraba. La última vez que lo hizo era aún un niño y tenía frente a sí el ataúd de su

madre. Después de aquello no había vuelto a llorar ni una sola vez. Pero el espectáculo de aquella colisión había sido demasiado duro, y quizá también demasiado rápido. Hacía apenas unos minutos estaba sentado ante el timón, soñando, porque se había quedado dormido unos pocos e imperdonables segundos. Y ahora estaba flotando en las gélidas aguas del mar del Norte, viendo cómo desaparecía lo que más quería en el mundo. Lo que daba sentido a su vida.

El bote salvavidas que había lanzado al agua también tenía que haber sido empujado por la ola que formaba la proa del buque. Ahí estaba, con la lona desgarrada, dando vueltas en el torbellino provocado por el barco. Muy cerca de él pudo ver a Livia. Acababa de levantarse de la cama, así que no llevaba puesto su chaleco salvavidas. La llamó a gritos, pero no reaccionó. Nathan nadó con fuerza y la alcanzó.

—¡Muévete, Livia! —la apremió—. ¡Vamos, muévete de una vez! ¡Tenemos que llegar al bote salvavidas!

Pero ella no dio muestra de querer llegar a ningún lado. Se movía de manera mecánica, inconsciente, para mantenerse a flote, pero tenía los ojos abiertos como platos y fijos en un punto indeterminado, y parecía incapaz de reaccionar. Nathan se puso boca arriba, cogió a Livia por las axilas y la arrastró hacia el bote. Jadeó, tragó mucha agua. Al menos ella no oponía resistencia. La soltó y subió al bote haciendo un esfuerzo infinito. Entonces se dio la vuelta y logró auparla a ella también. No se rindió, pese a que en un par de ocasiones creyó que se derrumbaba. En cuanto la hubo subido y puesto a salvo, se desmayó. Estaba agotado.

Tardó un buen rato en recuperar la conciencia y pensar de nuevo con claridad.

Lo habían logrado. No se habían ahogado, el mar no los había tragado. Por un momento sintió cierto agradecimiento. Habían sobrevivido. Eso sí, su vida ya no valía nada. No les quedaba más que lo que llevaban puesto: ella, un pijama azul claro compuesto por unos pantalones cortos y una parte de arriba gastada; él, sus tejanos, unos calzoncillos, un suéter de lana y unos calcetines. Había perdido los zapatos al saltar por la borda.

«Y un bote salvavidas —pensó con un deje de sarcasmo—, también tenemos un bote salvavidas. Nunca se sabe cuándo lo vas a necesitar.»

La noche aún era clara, las estrellas brillaban en el cielo. Indiferente, miró hacia el agua oscura. Su mente se negaba a pensar. Ya ni siquiera sentía la desesperación que minutos antes lo había hecho llorar. Solo le quedaba el vacío. Un vacío profundo y exhausto, en cierto modo hasta misericordioso.

Sábado 19 de agosto

1

Virginia Quentin se enteró del accidente marítimo ocurrido la noche del jueves, no muy lejos de las Hébridas, a primeras horas del sábado 19. En las islas había una pequeña emisora que se encargaba de radiar las noticias que podían resultar interesantes para sus habitantes. En general se hablaba del clima, que allí arriba, con tanta gente viviendo de la pesca, resultaba de vital importancia. Evidentemente, de vez en cuando se anunciaba una catástrofe: algún que otro marinero que no regresaba a su casa, o alguna violenta tormenta de invierno formada sobre el mar del Norte y que llegaba a la costa arrancando tejados, o incluso, en una ocasión, haciendo que una mujer se precipitara por el arrecife. Lo que nunca se había dado, al menos que Virginia supiera, era un siniestro grave que afectara a extranjeros.

Se había despertado de madrugada y había salido a correr, como siempre, por la meseta junto al mar. Adoraba la calma y la claridad del amanecer; no le importaba levantarse antes de las seis de la mañana y dejarse embriagar por la frescura y la pureza del nuevo día.

En su hogar, en Norkfolk, también salía a correr por las mañanas, pero allí en Skye era una experiencia muy especial. En su opinión, una copa de champán bien frío no era tan estimulante, tan excitante, tan especial como inspirar el viento que llegaba a la costa acariciando el mar.

También le parecía que allí tenía más aguante que en su casa, lo cual se debía sin duda a la concentración de oxígeno en el aire. Sea como fuere, estaba en muy buena forma. Corría con paso ligero y zancadas largas, se balanceaba en su propio ritmo, lograba un equilibrio perfecto entre cuerpo y respiración. El ejercicio matinal era algo que sólo le pertenecía a ella y le daba fuerzas para el resto del día. Nunca dejaba que la acompañaran. Disfrutaba de la soledad, y en la magnífica y solitaria isla de Skye lo hacía de manera especial.

En casa se duchaba y se sentaba a la mesa del salón, con la cabeza envuelta en una toalla, para tomarse su café con leche y escuchar la radio. De aquel modo se sentía fuerte y relajada, y se decía que aunque su matrimonio con Frederic le resultaba aburrido en muchos aspectos, al menos le había proporcionado dos magníficos regalos: su hija de siete años, Kim, y aquella casa en Dunvegan.

Estaba ensimismada en sus pensamientos y apenas escuchaba la radio como sonido de fondo, pero aguzó el oído cuando el locutor informó sobre el accidente nocturno que había involucrado a un matrimonio alemán. Se habían puesto en la línea de navegación de un carguero que literalmente los había arrasado después de que una

serie de desafortunados acontecimientos les impidiera esquivarlo. Su embarcación había desaparecido. Sus piezas yacían en el fondo del mar, por esa zona muy profundo. El nombre del buque que provocó la desgracia, así como su nacionalidad, eran desconocidos. El turista alemán no fue capaz de detallar su posición en el momento de la desgracia. Unos pescadores descubrieron un bote salvavidas cuando salieron a faenar y rescataron al matrimonio. La mujer, se dijo, estaba en estado de *shock*. Ambos sufrían hipotermia tras haber caído al agua y aguantar casi doce horas en un bote salvavidas. Los había examinado un médico y en la actualidad se encontraban en un *bed and breakfast* cerca de Portree.

«Por Dios, ¿no serán...?», se dijo Virginia para sus adentros, pero no acabó el pensamiento. ¿Cuántos matrimonios alemanes dispuestos a dar la vuelta al mundo en una embarcación debía de haber por aquel entonces en las Hébridas?

Oyó los pasos de Frederic en la escalera, se levantó automáticamente, cogió otra taza y puso café y leche. En vacaciones se concedían el lujo de pasar las mañanas con un café y una charla. Hablaban del tiempo, de las novedades del pueblo, a veces también de amigos o conocidos. Se conducían con mucho cuidado y evitaban por todos los medios hablar de sí mismos o de su relación, aunque no parecía haber ningún motivo para ello.

Aquella mañana precisamente, aunque a veces también en Norfolk, Virginia sintió un estremecimiento de paz y agradecimiento al verse a sí misma junto a Frederic y la pequeña Kim, tan bonita y adorable, y al pensar en su vida sin preocupaciones materiales en un mundo ordenado y cómodo, quizá algo estrecho pero al mismo tiempo libre de peligros, miedos y demonios. De vez en cuando, muy de vez en cuando, tenía el convencimiento de que su mundo no era del todo real, y se sentía ansiosa. Pero eso sucedía en breves momentos aislados.

Frederic apareció en el marco de la puerta. Cuando estaban en casa casi siempre llevaba americana y corbata, pero a ella le encantaba verlo como ahora: con tejanos y un suéter gris de cuello alto, descansado y relajado, sin aquel gesto algo avinagrado que solía poner debido a su trabajo y sus planes profesionales, que siempre le exigían excesiva tensión.

—Buenos días —dijo él, y, aunque la respuesta era obvia, añadió—: ¿Ya has ido a correr esta mañana?

—Ha sido fantástico. ¿Cómo puede haber gente que viva prácticamente sin moverse?

Le ofreció su taza de café, y él se sentó y bebió un sorbo.

—Hoy es el último día —le dijo—. Mañana tenemos que volver. ¿O prefieres quedarte con Kim un poco más?

Faltaban aún dos semanas para el inicio del colegio. A ella le encantaba estar allí, y a Kim también. Sin embargo, negó con la cabeza.

—Nos vamos contigo. ¿Crees que voy a dejarte solo?

Él rió. En realidad siempre estaba solo, al menos sin su familia. Salía de casa a las

siete y media de la mañana y no solía volver antes de las diez o las diez y media de la noche. Y pasaba días enteros en Londres, donde estaba la sede de su banco. De hecho, sólo estaba en Norfolk cuando su actividad política lo requería en su distrito electoral. Muchas veces ni siquiera veía a su hija entre semana, y a su mujer sólo de pasada o por la noche, cuando ella lo esperaba para estar diez minutos juntos antes de que él cayera rendido en la cama.

No es que él apreciara especialmente esa situación. De hecho, hasta hacía dos años todo había sido muy distinto. Por entonces Virginia y Kim vivían con él en Londres y eso ayudaba a que se sintiera mucho más parte de una familia que ahora. Y eso que Virginia apenas salía de su elegante piso en South Kensington. Prefería vivir retirada del mundo, protegida del exterior. No tanto por miedo, le parecía, cuanto por melancolía. Al menos eso creía él. Virginia vivía envuelta en un halo de melancolía; a veces la oprimía con fuerza, rozando la depresión, y otras con más suavidad. Sin duda controlaba mejor su enfermedad —Frederic se refería a ella en secreto como enfermedad— cuando estaba sola. Por eso se mostró de acuerdo cuando ella decidió irse a vivir a la vieja y más bien sombría casa señorial de los Quentin, en Norfolk, aunque aquello los condujo al extraño estilo de vida familiar que tenían ahora.

Ella se había sentado frente a él. Sus mejillas estaban sonrosadas por el aire fresco de la mañana.

—¿Recuerdas a aquella joven alemana que nos ayudó la semana pasada a limpiar la casa y el jardín? —le preguntó—. Livia, se llamaba.

Asintió. La recordaba, aunque ahora apenas sería capaz de reconocer su cara. Una chica más bien pálida en todos los sentidos, poco llamativa, poca cosa.

—Sí, la recuerdo. Ya se ha marchado, ¿no?

—Tenían pensado zarpar el jueves. Y acabo de escuchar en la radio que han rescatado a un matrimonio alemán que iba a la deriva en un bote salvavidas, no demasiado lejos de la costa. Su embarcación fue arrollada por un carguero.

—¡Por Dios! Pues han tenido suerte de salir con vida, ¿no? ¿Y crees que se trata de... Livia?

—En la radio no han dado nombres, pero creo que podría ser ella. Las fechas coinciden, y yo no he visto más alemanes en toda la isla.

—Pero eso no significa nada. Hay mucha gente por aquí que no conocemos.

—Lo sé. Pero aun así creo que se trata de ella.

—Bueno... Querían dar la vuelta al mundo, ¿no? Pues parece que se les ha acabado la historia.

—Livia me dijo que lo habían vendido todo para comprarse el barco. Eso significa que se habrán quedado sólo con lo puesto.

—Pues espero que tuvieran un buen seguro, porque si un buque les ha hundido su embarcación no creo que puedan recuperarla.

Virginia asintió.

—Los han llevado provisionalmente a Portree. A un *bed and breakfast*. Quizá

podría ir a verlos. Seguro que les viene bien que alguien les dé ánimos.

Aquella pareja lo dejaba absolutamente indiferente, descontando el hecho de que no entendía que alguien pudiera querer dar la vuelta al mundo y ser tan estúpido como para desprenderse de todas sus posesiones para comprar un barco, pero de pronto tuvo un mal presentimiento. Una intuición. Una corazonada.

—No sé —dijo—, quizá sería mejor que no los visitaras.

—¿Por qué?

—Porque... mira, quizá no tengan seguro y... —Dejó la frase en el aire.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Y?

—La gente ahorra para sus seguros. En general es así. Sin duda firmaron el seguro obligatorio a terceros, confiando en que a ellos no les pasaría nada. Es muy probable que esa pareja se haya quedado sin nada. Quizá no tengan ni un penique, ni casa ni nada. Exigirán una indemnización por daños y perjuicios, pero...

—Por lo visto nadie sabe el nombre del buque —lo interrumpió Virginia—. Ni siquiera su nacionalidad.

Frederic suspiró.

—¿Lo ves? Peor aún. Ni siquiera saben a quién acusar, así que, aunque al final reciban una compensación, el proceso puede durar años.

Virginia seguía sin entender.

—Ya, pero ¿por qué no quieres que vaya a verlos?

—Porque... porque entonces serás, o mejor dicho seremos, el único clavo ardiendo al que podrán agarrarse. Antes de que te des cuenta los tendremos colgados del cuello. Echarán mano de todo aquello (y de todo aquel) que pueda ayudarlos.

—Seguro que en Alemania tienen parientes que se ocuparán de ellos. Sólo pretendo consolar un poco a Livia. Esa chica me caía bien. Y me daba la impresión de que no era demasiado feliz, así que imagínate ahora...

—Ten cuidado —le advirtió él.

—De todos modos, nos vamos mañana.

—Ya, pero ellos tampoco se quedarán aquí para siempre.

—Exacto. Volverán a su país.

—Suponiendo que tengan a donde ir. O que lo encuentren.

Virginia rió.

—¡Eres un pesimista empedernido! Sólo considero que es mi deber visitar a Livia. Quizá pueda llevarle algo de ropa. Creo que somos más o menos de la misma talla.

Frederic no lograría hacerla cambiar de opinión, estaba claro. Quizá era cierto que se había mostrado demasiado pesimista. Tenía tendencia a ver el mundo como una realidad hostil, aunque no le provocaba ningún miedo. Sabía cómo coger el toro por los cuernos, pero para eso primero tenía que saber dónde estaban los cuernos. Y Virginia estaba engañándose a sí misma en todo aquello.

En fin. Había algo en que tenía razón: al día siguiente se marcharían de allí.

2

No le costó nada descubrir el lugar al que habían llevado a la pareja alemana. El accidente estaba en boca de todos y se sabía hasta el más mínimo detalle.

Preguntó al dueño de la tienda de ultramarinos del puerto de Portree y éste le dio las señas que necesitaba.

—Están en casa de los O'Brian. Dios, qué mala suerte, ¿eh? Es decir, en realidad no es tan fácil colisionar con otro barco en alta mar. Tienen que darse muchas casualidades. La señora O'Brian ha estado antes aquí, comprando, y me ha dicho que la chica está conmocionada. ¡Imagínese! ¡No le queda nada más que su pijama! ¡Es durísimo, caray!

Virginia estaba segura de que aquel día el tendero explicaría a todos sus clientes las lamentables condiciones en que se hallaba la joven alemana, y sin duda la señora O'Brian se dedicaría a difundir escrupulosamente por toda la isla la información que tuvieran a bien darle sus invitados. De pronto sintió lástima por aquella pareja, pero desde otra perspectiva. No era sólo que habían pasado por una experiencia horrible (algo que quizá les provocaría pesadillas para el resto de su vida), sino que además estaban completamente desprotegidos, a merced de los demás: tanto de la compasión obligada como del cotilleo malicioso.

Los O'Brian vivían a las afueras de Portree. Virginia podría haber ido a pie hasta allá, pero de pronto le dio pereza cruzarse con más gente por el camino y tener que hablar con todos sobre el accidente. De modo que cogió el coche. Pocos minutos después aparcó frente a la pintoresca casa de ladrillos con su puerta lacada en rojo y sus ventanas blancas. A la señora O'Brian le apasionaba la jardinería. Pese a las adversas condiciones climáticas de las Hébridas había logrado crear, como por arte de magia, un exuberante jardín de flores que era la envidia de propios y extraños. Virginia avanzó entre unos ásteres grises y unos gladiolos de tonalidades brillantes. El otoño anunciaba su llegada inminente. En el norte comenzaba pronto. A finales de septiembre había que contar ya con las primeras tormentas fuertes, y después llegaba la niebla, que se quedaba meses enteros en la isla. A Virginia le encantaba aquella atmósfera, aunque seguramente porque no vivía allí, y, al contrario de lo que les sucedía a los habitantes de la isla, no tenía que soportar un frío y gris invierno desde octubre hasta abril. Sólo una vez logró convencer a Frederic para pasar allí las vacaciones de Navidad y Año Nuevo, pero a él le había parecido tan horrible que no quiso repetir la experiencia.

«No hay muchas cosas en el mundo capaces de hacer que me deprima —le había dicho—, pero sin duda el invierno en Skye es una de ellas.» «Qué pena —había pensado entonces ella—, pues a mí me encantaría volver aquí en noviembre o

diciembre.»

Llamó varias veces a la puerta, pero nadie salió a recibirla, así que accionó el pomo y pasó al estrecho recibidor. Se trataba de un gesto muy normal en la isla: nadie cerraba las puertas con llave y si un visitante llamaba pero no le oían, podía entrar sin ningún problema. Todo el mundo se conocía lo suficiente y la familia Quentin era considerada una más entre los oriundos, porque tanto el padre como el abuelo de Frederic llevaban años veraneando allí.

—¡Señora O'Brian! —llamó Virginia a media voz.

Pero no obtuvo respuesta. La puerta de la cocina, al final del pasillo, estaba cerrada. Quizá la señora estuviera ahí dentro y no la oyera.

Pero cuando entró titubeando en la espaciosa cocina con suelo de piedra y numerosas ollas de cobre brillante colgadas de las paredes, vio que la mujer que estaba allí sentada no era la de la casa, sino Livia. Estaba a la mesa, frente a una taza grande y un calentaplatos con una tetera encima. Su taza estaba vacía, pero no parecía tener intención de llenarla. Miraba su plato con apatía. Cuando Virginia entró, la otra levantó la cabeza, pero sus ojos no manifestaron la menor expresión.

—¡Livia! —dijo Virginia, impresionada—. Dios mío, he oído lo que les ha pasado a usted y su marido y... —Avanzó hacia la mujer y la abrazó—. He pensado que tenía que venir a verlos.

Por la ventana pudo ver a la señora O'Brian tendiendo la ropa en el jardín. Ojalá siguiera con eso un buen rato. Prefería estar a solas con Livia.

Se sentó frente a ella y la miró. Llevaba una bata que evidentemente pertenecía a la señora O'Brian: estampado con cuadros escoceses de colores chillones y demasiado corta. La señora O'Brian era bastante bajita y Livia, alta y muy delgada.

—Le he traído algo de ropa. He dejado la bolsa fuera, en el coche. Luego se la doy. Tenemos más o menos la misma talla. Y la ropa de la señora O'Brian le queda pequeña.

Livia habló al fin:

—Gracias.

—Faltaría más. ¿Está bueno el té? Porque en tal caso, debería beber un poco más. Eso ahora es muy importante.

No sabía exactamente por qué había dicho aquello, pero en las situaciones complicadas un té caliente le parecía siempre importante. Cogió una taza para ella, sirvió té para las dos y echó un poco de azúcar. Livia parecía petrificada. Virginia tuvo la sensación de que tenía que hacer todos los movimientos por ella.

—¿Quiere hablar de ello?

Livia parecía indecisa.

—Fue... fue tan... horrible —alcanzó a decir—. El... agua... estaba tan fría.

—Sí, sí, puedo imaginarlo. Lo siento muchísimo. Lamento que le pasara algo así. Y no pudo... ¿rescatar nada?

—Nada. Nada en absoluto.

—Bueno, sí, su vida. Y eso es lo más importante.

Livia asintió, aunque no parecía demasiado convencida.

—Ahora... no tenemos nada más.

Virginia repitió:

—Están vivos. —Pero al mismo tiempo pensó que era fácil decirlo. Si ella hubiese perdido cuanto poseía, seguramente tampoco se consolaría pensando que seguía con vida. Recordó las palabras de Frederic y le preguntó con tacto—: ¿Tienen... tienen un seguro?

Livia negó con la cabeza.

—No para nosotros. Sólo a terceros —respondió, arrastrando las palabras. Entonces bajó la mirada hacia la bata horrible y chillona que llevaba puesta, y los ojos se le humedecieron—. ¡Esto es lo único que tengo! ¡Esta cosa! ¡Es terrible! ¡Odio tener que llevarla!

Virginia sabía que en ese momento Livia tenía problemas más importantes que la ropa, pero entendió aquel pronto. Aquella bata fea y corta equivalía a todo lo que había perdido y era la muestra de su actual desamparo. De su pobreza. De su absoluta dependencia de la caridad de los demás.

—Ahora mismo le traeré esas cosas —dijo Virginia.

Ya estaba a punto de levantarse cuando Livia gritó, al parecer presa del pánico:

—¡No! ¡No se vaya!

Virginia volvió a sentarse.

—Vale. Me quedaré todo el tiempo que quiera. Puedo ir a buscar la bolsa después. —Miró alrededor y añadió—: ¿Y dónde está su marido?

—Arriba, en nuestra habitación. Hablando por teléfono con un abogado alemán, pero... ¿a quién vamos a denunciar? ¡Si ni siquiera sabemos quién fue!

—Quizá aún lo descubran. Seguro que el guardacostas sabe quién pasa por estas aguas y a qué hora. Yo no entiendo del tema, pero... ¡Vamos, Livia, no se rinda! Imagino que ahora está desesperada y conmocionada, pero...

Livia la interrumpió en voz baja:

—Ni siquiera podemos pagar esto. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la señora O'Brian—. Seguro que en algún momento nos pedirá que le pagemos la habitación, la comida y el teléfono. O sea —dijo, volviendo a llorar—, ¡le he dicho a Nathan que no llame, pero lleva una hora hablando con vaya a saber quién, con todo el mundo, y además al extranjero! ¡Es una locura! La señora O'Brian no nos regalará nada. ¡Pero es que no tenemos dinero! ¡Nada!

—¿No tienen una cuenta en Alemania?

—Nathan las anuló todas. Se refirió a aquello como «libertad absoluta». Vivir sin dinero, sobrevivir gracias a los trabajos temporales que realizábamos en cada puerto. Vendió la casa, que estaba muy deteriorada y tenía una importante hipoteca, pero no nos dieron demasiado. Cogió el dinero de las cuentas y compró el barco. Al menos conseguí que siguiéramos empadronados en casa de unos amigos y nos hiciéramos un

seguro de enfermedad en el extranjero. Pero, por lo demás... como única reserva contábamos con las joyas que yo heredé de mi madre. Eran muy valiosas. Y ahora están en el fondo del mar.

—Quizá los submarinistas...

Livia se secó las lágrimas con el dorso de las manos.

—Nathan ya se informó de eso en la comisaría. Es que primero nos llevaron allí, ¿sabe? Los pescadores no sabían qué hacer con nosotros. Pero el policía se limitó a reír. Ni siquiera sabemos el lugar exacto donde se hundió el Dandelion; además, estará todo muy desperdigado y el lecho marino es rocoso y está lleno de grietas y fallas... Dijo que estaba seguro de que los submarinistas no encontrarían nada, y además cobraban una fortuna por cada día de trabajo. Contratarlos habría sido una estupidez... —Miró a Virginia, desconsolada—. Habría sido una estupidez —repitió.

Virginia pensó que Frederic había mostrado una especial clarividencia aquella mañana al comentar el tema del seguro. A ella le había parecido cuando menos peculiar hablar de dinero justo después de que alguien salvara la vida por los pelos, pero ahora que se encontraba frente a aquel saco de despojos comprendió lo profunda que resultaba también la tragedia material de aquella gente. ¿Cómo iban a vivir si lo habían perdido todo, absolutamente todo en este mundo? ¿Si no les quedaba nada y ni siquiera tenían la esperanza de recuperar al menos parte de lo perdido?

Reflexionó.

—¿No tienen parientes? ¿Padres, hermanos? ¿Alguien que pueda acogerlos hasta que... se recuperen?

Livia sacudió la cabeza.

—Nathan perdió a sus padres cuando era pequeño, y no tiene más familia. Creció en varios orfanatos. Y a mí sólo me quedaba mi padre, que murió en septiembre del año pasado. —Sonrió levemente. Una sonrisa triste y amarga—. Ahí empezó nuestra desgracia, en cierto modo...

Virginia iba a preguntarle qué quería decir con aquello cuando se abrió la puerta de la cocina y entró un hombre. Debía de ser Nathan. Estaba muy moreno, aunque su rostro mostraba también cierta palidez, principalmente en sus labios, que daba a entender que no se encontraba tan bien como podía parecer a primera vista. Era, alto, delgado y musculoso. El típico marino. Excepto por el rostro, que parecía más bien de intelectual, pensó Virginia.

—Livia, he... —empezó, pero reparó en Virginia—. Perdón —dijo en inglés—, pensé que estabas sola.

—Nathan, ésta es Virginia Quentin —dijo Livia—, la mujer en cuya casa he estado trabajando. Virginia, él es mi marido Nathan.

—Nathan Moor —dijo él, tendiéndole la mano—. Mi mujer me ha hablado mucho de usted.

—Siento muchísimo lo que les ha sucedido —dijo ella—, es una verdadera desgracia.

—Sí, lo es —convino él.

Parecía trastocado, pero no tanto como su mujer. Aunque a veces, pensó Virginia, este tipo de impresiones tenía mucho que ver con el aspecto externo. Livia parecía especialmente deprimida porque llevaba la horrible bata de la señora O'Brian. En cambio, Nathan llevaba seguramente su propia ropa: tejanos y un jersey. Estaban arrugados y maltrechos por la sal del mar, pero eran de su talla, y eran suyos. Ese tipo de detalles sin importancia contribuyen en gran manera a estabilizar —o desestabilizar— psicológicamente a las personas.

—¿Qué dice el abogado? —preguntó Livia a su marido, aunque no daba la impresión de que la respuesta le interesara realmente. Parecía que no consideraba la opción de una respuesta que la tranquilizara y le devolviera la confianza.

—Dice que será difícil —respondió Nathan con contenido optimismo en la voz—. Sobre todo si no logramos identificar el carguero. Y además tenemos que demostrar que nos arrolló.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Encontraré el modo. Dame tiempo. A mí también me sacaron ayer del agua. Necesito un margen para superar el trauma... —Parecía algo irritado.

—Si puedo ayudarlos de algún modo... —se ofreció Virginia.

—Es usted muy amable —repuso Nathan—, aunque no sabría cómo... —Levantó las dos manos en gesto de impotencia.

—Nathan, no podemos quedarnos a vivir aquí. La señora O'Brian querrá que le paguemos y...

—Bueno, me parece que no es el mejor momento para hablar de esto —la increpó él.

Virginia tuvo entonces la impresión de que molestaba. Estaba claro que Nathan no quería hablar de su desoladora situación económica frente a desconocidos.

Se levantó rápidamente.

—Bueno, yo tenía que marcharme de todos modos. Livia, voy a buscarle la ropa en un momento y ya me voy.

De camino al coche tuvo una idea. No estaba segura de lo que pensaría Frederic al respecto —o mejor dicho, estaba bastante segura de que no le gustaría nada—, pero de momento decidió aparcar aquel detalle.

Cuando regresó a la cocina, Nathan estaba hablándole a su mujer en un tono bastante elevado y, según le pareció, con impaciencia, casi con agresividad. Pero como hablaba en alemán no entendió lo que decía.

—Se me acaba de ocurrir una cosa —les dijo, haciendo ver que no se había dado cuenta de la tensión que reinaba en el ambiente—. Miren, mi marido y yo nos marchamos mañana de la isla. Volvemos a casa. Así que la casita de Dunvegan se quedará vacía. ¿Por qué no se instalan allí mientras estén aquí y... y resuelvan sus asuntos?

—No podemos aceptarlo —respondió Nathan—. No tenemos modo de pagarles.

—Lo sé. Pero podrían ocuparse de la casa y el jardín, ¿no? Tranquiliza saber que se quedará alguien aquí. En serio, a menudo preguntamos a amigos y conocidos si desean pasar una temporada en la casa.

Nathan sonrió.

—Es usted muy amable, señora Quentin, pero los amigos y conocidos son otra cosa. Nosotros somos unos completos desconocidos, los supervivientes de un naufragio... Y nadie debería acoger a desconocidos, lo sabe usted bien.

Ella hizo caso omiso de su tono jocoso.

—Ustedes piénsenlo. Al menos su esposa, señor Moor, no me parece una desconocida. Pero la decisión es suya, por supuesto.

Dejó la bolsa con la ropa junto a la mesa y repitió:

—Como les he dicho, mañana nos marchamos. Lo único que tienen que hacer es pasarse antes a recoger las llaves.

Acarició el brazo de Livia, dedicó un breve gesto a Nathan y salió de la cocina. Había visto que la señora O'Brian estaba a punto de acabar sus labores en el jardín y regresar a la casa, y, por algún motivo, no tenía ganas de cruzarse con ella. Quizá porque de pronto estaba muy preocupada. Evidentemente, los Moor aceptarían su propuesta; no les quedaba otra opción. Se resistirían por educación, o por orgullo, pero seguro que a lo largo del día, o a más tardar por la mañana, irían a pedirles la llave.

«Antes de que te des cuenta los tendremos colgados del cuello», le había dicho Frederic. Ahora tendría que darle la razón; las cosas habían ido exactamente como había vaticinado.

Aunque... ¿por qué iba a molestarle todo aquello? Ellos estarían en Norfolk y seguirían con su vida, todo sería normal. Y los Moor se quedarían en la isla una o dos semanas, hasta arreglar su fatídica situación.

Eso era todo. Frederic no tenía motivos para enfadarse. Sin embargo, algo le decía que se avecinaba una tormenta...

3

En su círculo de amigos y conocidos, Frederic Quentin estaba considerado un tipo amable aunque algo taciturno y hasta hermético, un hombre entregado a su trabajo y que no dedicaba demasiado tiempo o energía a su vida privada. Pocos eran capaces de imaginárselo pensando alguna vez en sí mismo o en su esposa, o en su relación conyugal. Pero lo cierto era que sí lo hacía, de vez en cuando, y su vida familiar no lo dejaba en absoluto indiferente.

Frederic era consciente de que no pasaba el tiempo suficiente con su mujer y su hija, y a veces se proponía esforzarse por que Virginia no estuviera tan sola, aunque en realidad no le parecía algo necesariamente negativo. No obstante, debía admitir

que no era normal que una mujer pasara casi todo el tiempo aislada, sin más compañía que su hija de siete años, en una casa de campo excesivamente grande, lindante con un bosque inmenso cuyos árboles parecían acercarse hasta las habitaciones y aprisionarla en ellas. Ferndale House, la finca de los Quentin en Norfolk, era algo sombría y distaba mucho de ser el lugar perfecto para una mujer de treinta y seis años que debería estar disfrutando de la mejor etapa de su vida.

Se decía a menudo que debía ocuparse de descubrir qué entristecía a su mujer, lo que tantas veces la hacía parecer deprimida. Seguramente habría ayudado que hablara con ella, pero Frederic no estaba acostumbrado a indagar en los complicados recovecos del alma de los demás. De hecho, solía sentir un temor indescriptible al pisar un terreno que le era extraño y del que no sabía qué le depararía.

Además, en ese preciso momento disponía de poquísimos tiempo.

Frederic Quentin iba a presentarse a las elecciones para la Cámara de los Comunes, y sabía que tenía muchas posibilidades de salir elegido.

El pequeño y selecto banco privado que había fundado su abuelo y ahora dirigía él con gran éxito no sólo le proporcionaba unos ingresos considerables, sino que le había facilitado el contacto con muchas de las personalidades más influyentes y adineradas del país. El Harold Quentin & Co se consideraba la mejor opción para los ciudadanos de clase alta, y Frederic Quentin siempre había intentado ser para sus clientes no sólo un banquero respetable y prudente, sino también un amigo que los invitaba a espléndidas fiestas en su casa de campo, participaba en torneos de golf y organizaba salidas en velero, manteniendo sus contactos justo en el lugar en que podían resultarle útiles. Se había forjado un trampolín de primera clase hacia el Parlamento. Y con cuarenta y cuatro años estaba a sólo un paso de conseguir cuanto se había propuesto.

Lo último que necesitaba en aquel momento era una conversación profunda con Virginia, que, por lo demás, seguro que sólo serviría para empeorarle el ánimo.

Pero le quedaban remordimientos de conciencia respecto a su mujer.

Cuando, a la hora de comer, ella le dijo que pretendía alojar a la pareja alemana en su casa de campo, o, mejor dicho, que ya lo había hablado con ellos y casi los había obligado, estuvo a punto de indignarse y espetarle en qué demonios estaba pensando al ofrecer graciosamente una casa que no sólo le pertenecía a ella, y peor aún porque era justamente lo contrario de lo que él le había aconsejado. Pero hizo un esfuerzo por contenerse y evitar ese tipo de comentarios.

«Las mujeres que pasan demasiado tiempo solas hacen cosas extrañas —pensó con resignación—. Algunas acogen de pronto veinte perros vagabundos en su casa, y otras convierten su hogar en refugio de naufragos desconocidos. Debería alegrarme de no haberme topado aún con ningún niño drogadicto rescatado de vete a saber dónde. Supongo que por el momento no me puedo quejar.»

—De todas formas, ándate con ojo —le advirtió.

Ella lo miró.

—Son buena gente, de verdad.

—¡Pero si no los conoces de nada!

—Sé catalogar a la gente. Siempre acierto.

Él suspiró.

—No lo niego, pero... en una situación como la suya pueden engancharse como garrapatas. No importa lo simpáticos que sean. Al menos tenlo presente. — Frederic tuvo la sensación de que su mujer suspiraba. No se oyó nada, pero la expresión de su cara no dejaba lugar a dudas.

—Si vienen, será mañana. Y nosotros nos iremos a la hora que teníamos prevista, así que no veo el problema.

—¿Han perdido su barco para siempre? —preguntó Kim, que jugueteaba con sus espinacas con evidente desgana.

—Para siempre —respondió Frederic—. Son pobres como las ratas.

—¿Como las ratas? —se sorprendió la niña.

—No es más que una expresión —le dijo Virginia—. Quiere decir que lo han perdido todo. Pero eso no los convierte en malas personas.

—Hombre, ahora ya tienen algo —dijo Frederic con ironía—: una vivienda gratis por tiempo indefinido. ¡Yo diría que no está nada mal!

—¿Cómo que por tiempo indefinido? ¿Quién ha dicho eso? Sólo estarán aquí mientras aclaren su situación y...

—Virginia —la interrumpió él—, a veces eres realmente ingenua. ¿Has hablado con ellos del tema? ¿Les has dado una fecha de salida?

—Claro que no. Les he...

—Pues entonces el alojamiento en nuestra casa es por tiempo indefinido. Es así de sencillo. Y así de complicado. Por lo que a ellos respecta, da igual si se marchan de la isla hoy o mañana o dentro de tres meses.

Virginia no respondió. Él se preguntó si lo consideraba un insensible.

—Y además —añadió—, ¿ya habéis solucionado la cuestión de sus ingresos? ¿De qué van a vivir tus nuevos amigos? —La expresión de ella le indicó que ni siquiera había pensado en ese punto—. Es decir —continuó—, ahora ya tienen un techo para cobijarse, pero también tendrán que beber o comer alguna cosa, ¿no? Nuestra despensa no da mucho de sí. Así que ve haciéndote a la idea de que acabarán pidiéndote dinero. No tienen opción.

—Tampoco nos arruinaremos si les damos algo de dinero —repuso Virginia—. Estoy segura de que harán cuanto esté en su mano para devol... —Se interrumpió.

Acababan de llamar a la puerta; unos golpes no muy fuertes pero perfectamente audibles.

—Podrían ser ellos —dijo—. Quizá vengan a buscar la llave.

Frederic dejó el tenedor sobre la mesa y se reclinó en la silla.

—He perdido el apetito —dijo.

Efectivamente, en la puerta estaban Nathan y Livia. Ella tenía mucha mejor cara que por la mañana. Llevaba unos tejanos y una sudadera de Virginia y se había peinado y lavado el pelo. Aún parecía desesperada, pero ya no completamente perdida. En la mano llevaba la bolsa de ropa que Virginia le había dado.

—No, no; puede quedarse con todo —le dijo—. ¡No hace falta que me lo devuelva!

Livia se sonrojó y miró el suelo.

—Es... esto nos resulta muy desagradable, pero... —dijo Nathan—. Bueno, no venimos a devolverle sus cosas. Las hemos traído porque... Es decir... ¿podríamos dormir aquí esta misma noche? Es una impertinencia por nuestra parte molestarlos en su último día de vacaciones, pero no podemos pagar a la señora O'Brian y una noche más en su hostel significaría... —Se limitó a hacer un gesto de impotencia con las manos, como diciendo que no veían más salida que la de humillarse y pedir ayuda a unos desconocidos.

A Virginia le pareció una ironía del destino ver con qué rapidez y precisión se confirmaban todas las profecías de Frederic. No es que hubiese dicho que la pareja fuera a instalarse en su casa antes de lo previsto, pero sí que las cosas irían mucho más rápido de lo previsto. Ahora Nathan y Livia estaban allí, con sus escasas posesiones, y... Pero ¿cómo iba a negarles la entrada?

—Claro que pueden quedarse esta noche —dijo—. Siento no haber pensado yo misma en ello...

Lo pensó, evidentemente, pero no les dijo nada porque creyó que a Frederic le molestaría menos si se instalaban después de que ellos se hubiesen marchado.

Nathan pareció leerle el pensamiento.

—¿Su marido está de acuerdo? —preguntó.

—No se preocupe —dijo ella, restando importancia al asunto, aunque tuvo la impresión de que aquel desconocido comprendía de sobra que su marido no estaba en absoluto de acuerdo.

Livia también pareció entenderlo. Daba la impresión de estar a punto de romper a llorar. Virginia la cogió del brazo y la hizo entrar.

—Os enseñaré vuestra habitación —dijo.

En el primer piso tenían una espaciosa habitación para invitados, pero quedaba justo al lado del dormitorio de Frederic y Virginia, con el que compartían baño, y ella se imaginó la expresión que pondría su marido. Se sentía entre la espada y la pared.

«Sólo medio día más —pensó—; medio día y una noche, y todo se calmará.»

Cuando bajó a decir a Frederic que la pareja estaba en el piso de arriba, instalándose, se dio cuenta de que tenía dolor de cabeza. Como cabía esperar, Frederic se puso hecho una furia.

—¡No puedo creerlo! ¿De verdad los has dejado entrar? ¿Y los has instalado junto a nuestro dormitorio?

—¿Y qué querías que hiciera? Frederic, esta gente...

Él se había levantado y caminaba de un lado a otro de la habitación. Virginia comprendió que estaba intentando controlarse.

—¡Esta gente nos importa un comino! Me parece fantástico que hayas encontrado tu lugar en el mundo, tu vocación de samaritana, pero ya ves lo que se consigue con eso. Las cosas se te escapan de las manos. ¡Ya empiezan a cambiarse los planes! ¡Estoy seguro de que este asunto no hará más que empeorar!

—Creo que no deberíamos... —empezó Livia, pero se interrumpió porque en aquel momento apareció Nathan en el comedor, seguido de Livia.

Desde el primer momento quedó claro que Frederic y Nathan no iban a llevarse bien, y Virginia tuvo la extraña sensación de que aquello no guardaba relación con la situación en que ambos hombres se encontraban: la que había convertido a uno de ellos en pedigüeño y al otro en mecenas a regañadientes. Si los hubiesen presentado en una fiesta o una cena tampoco se habrían soportado. Seguramente ninguno de ellos podría decir a qué se debía, pero el caso es que no tenían nada en común. En circunstancias normales se habrían saludado breve y fríamente y cada uno habría seguido su camino. Aquel día, en cambio, se vieron obligados a darse la mano y, en cierto modo, a soportarse mutuamente.

—Siento mucho lo que le ha sucedido, señor Moor —dijo Frederic educadamente—, y por supuesto también a usted, señora Moor.

—Gracias —susurró Livia.

—Todo un cúmulo de desgraciadas coincidencias que nos ha conducido a esta situación catastrófica —dijo Nathan—. Quedarte sin nada, perder hasta tu última posesión en este mundo, es una sensación de lo más extraña.

—Ya. Para evitar este tipo de situaciones se inventaron los seguros —objetó Frederic en tono muy educado pero sin ocultar su malestar.

Virginia contuvo el aliento. Le pareció ver un brillo de odio en los ojos de Nathan, pero el alemán supo contenerse.

—Tiene usted toda la razón —dijo, tan educadamente como el propio Frederic—, y puede creerme si le digo que jamás me perdonaré haber querido ahorrar en esa cuestión. Fue una tontería y una irresponsabilidad. No se me ocurrió pensar en una desgracia de semejante magnitud.

—Nadie piensa que pueda sucederle algo así —terció Virginia.

Esperaba que Frederic no insistiera con lo del seguro. Nathan Moor no estaba en disposición de empezar una discusión con ellos, y tampoco había necesidad de humillarlo más. En su opinión, la vida ya lo había castigado bastante.

—¿Y qué van a hacer a partir de ahora, señor Moor? —preguntó Frederic—. Imagino que no querrán quedarse para siempre en Skye, ¿no?

El final latente de la frase, «y seguir gorroneando en nuestra casa», quedó flotando en el aire.

—Por ahora no lo tenemos demasiado claro —respondió Nathan—, aunque en estos momentos lo más importante sería encontrar el carguero que colisionó con

nuestro barco. Sólo entonces podríamos conseguir una indemnización por los daños causados.

—Me parece que eso va a ser extraordinariamente complicado —dijo Frederic—. Si le interesa mi opinión... —vaciló.

—Por supuesto que me interesa —dijo Nathan, en un tono frío como el hielo.

—Yo le aconsejaría que no perdiera tiempo en la isla. No le servirá de nada. No solucionará ninguno de sus problemas. Regrese lo antes posible a Alemania e intente recuperar su antigua vida. Seguro que aún le queda algún contacto, ¿no? Su antiguo trabajo, por ejemplo. ¿A qué se dedicaba?

«Está interrogándolo», pensó Virginia con creciente malestar. Vio que Livia contenía el aliento.

—Soy escritor.

Frederic pareció sorprendido.

—¿Escritor?

—Sí. Escritor.

—¿Y qué ha publicado?

«No tienes derecho a hablarle así», pensó Virginia.

—Señor Quentin —dijo Nathan—, su mujer ha sido muy amable al ofrecernos cobijo, pero llegados a este punto tengo más que claro que usted no comparte en absoluto su decisión. ¿Por qué no se limita a decirnos que nos vayamos? No tenemos que hacer las maletas porque no tenemos maletas, ni otra cosa, así que podríamos abandonar su casa en menos de tres minutos.

Virginia sabía que Frederic se moría de ganas de echar a la pareja, pero que sus buenos modales le impedirían desautorizar de tal modo a su esposa.

—Si mi mujer les ha ofrecido alojamiento en nuestra casa —dijo—, es evidente que lo tendrán. Por favor, considérense nuestros invitados.

—Es usted muy amable —repuso Nathan.

«Si las miradas pudieran matar —pensó Virginia—, ninguno de los dos estaría ya en este mundo.»

Como adoraba Skye jamás había deseado que llegara el día de su marcha, pero en esta ocasión anhelaba con toda su alma que pasaran las veinte horas siguientes y se encontraran ya en el puente que llevaba a Lochalsh, en tierra firme.

Martes 22 de agosto

Desde la desaparición de su hija, la vida de Liz Alby se había convertido en una pesadilla. Dado que la foto de Sarah apareció en el periódico y la policía había publicado una nota de prensa solicitando la colaboración ciudadana, todos y cada uno de los vecinos se habían enterado de la noticia. Cautelosamente, se decía que el triste hecho había acontecido «durante una breve ausencia de la madre», pero Liz notaba perfectamente el desprecio con que se la juzgaba. «Una breve ausencia de la madre» en una playa atiborrada de gente era un comportamiento imperdonable, y más teniendo en cuenta que quienes la conocían sabían que no era precisamente la madre cariñosa y amantísima que todos habrían deseado para la niña. Ésta pasaba casi todo el día en la guardería mientras Liz trabajaba como cajera en una droguería, y cuando llegaba a su casa por la tarde, con la niña cogida de la mano, parecía malhumorada y harta, como si aquellos escasos veinte minutos con su hija le resultaran ya excesivos. A menudo Liz había pillado al vuelo observaciones del tipo «¡Qué poca paciencia tiene con la pequeña!» o «¡Hay mujeres que no deberían tener hijos!», pero nunca se había preocupado mucho. Estaba demasiado ocupada pensando en su miserable situación, como para tener que preocuparse encima por lo que pudieran pensar los demás. También estaba acostumbrada a las cejas arqueadas y los murmullos sarcásticos. Antes de que naciera Sarah ya había sido a menudo blanco de los cotilleos de los vecinos, tanto por sus minúsculas faldas como por su peculiar manera de maquillarse.

Pero ahora, desde aquel horrible día en la playa, sentía en la espalda el aguijonazo de las miradas que la atravesaban como flechas ardientes, y la hostilidad de la gente le resultaba inauditamente dolorosa. Todos bajaban la voz cuando ella pasaba, pero las pocas frases entrecortadas que lograba captar resonaban con fuerza en sus oídos: «Tenía que sucederle algo así... Jamás se responsabilizaba de la niña... La peor madre que te puedas imaginar... Habría sido mejor que la pequeña no hubiese nacido...»

«¡Qué malos son! —pensó Liz—. ¡Qué mala intención tienen! ¡Esto también podía haberles pasado a ellos!»

Pero algo en su interior le decía precisamente que aquello no podía pasarle a cualquiera. Otros padres habían perdido a sus hijos: los secuestraban de camino al colegio o se topaban con algún perturbado en el parque, pero siempre eran trágicas coincidencias, terribles golpes del destino por los cuales los padres no podían reprocharse nada, salvo estar las veinticuatro horas del día controlando a los niños y no perderlos de vista ni un segundo, lo cual habría sido un impedimento para su desarrollo. En cambio, una niña de cuatro años en la playa, junto al mar, y con una madre que se ausenta cuarenta minutos...

Cuarenta minutos.

En la infinidad de entrevistas que mantuvo con la policía, Liz intentó desviar la

atención de aquellos cuarenta minutos, esconderlos en la medida de lo posible, pero era evidente que entre su toalla y el chiringuito había un buen trecho. Mucho más de lo que ella había pensado. Además, el hombre del chiringuito la recordaba perfectamente por su atractivo, y había informado que la había hecho esperar un buen rato porque estaba atendiendo a un equipo de deportistas.

—La joven estaba de muy buen humor —declaró—, y flirteaba descaradamente con los chicos. Es decir, ahora eso me sorprende. Si pienso que había dejado sola a su hija... Bueno, tendría que haber estado más intranquila, ¿no?

En cierto modo la imagen de la madre frívola e imprudente se había asentado también entre los policías.

Liz tuvo que hacer continuos esfuerzos para contener las lágrimas. ¡Era todo tan injusto! Desde luego, Sarah había sido cualquier cosa menos deseada, y es posible que se hubiera mostrado ruda o impaciente con ella en muchas ocasiones, pero la había cuidado. Jamás la había dejado sola en ningún sitio, y eso precisamente era lo que ahora todos dudaban.

¡Una vez! ¡Sólo una vez! ¡Y tuvo que desaparecer sin dejar rastro!

La policía peinó los alrededores y no encontró nada. Se interrogó a los veraneantes en la playa, pero nadie había visto a una niña sola en el agua. Estaba claro que Sarah no había llamado la atención de nadie. Los perros rastreadores recorrieron la zona durante días, pero no dieron con ninguna pista. Era como si la tierra se la hubiese tragado. Así, sin más. Como si de pronto hubiese ocurrido lo que Liz había deseado tantas veces en su fuero interno, y algunas incluso expresado en voz alta. Sarah ya no estaba allí.

—Tenía que pasar algo así —fue el comentario de Betsy Alby al respecto—. Desde el primer día supe que eras demasiado estúpida para cuidar a un hijo. ¿Y ahora? Tienes la moral por los suelos, ¿no?

Liz no era tonta en absoluto, y tenía muy claro que los policías la consideraban también una de las principales sospechosas. Nadie se lo dijo directamente, pero ciertas preguntas no dejaron lugar a dudas. Sabían de sobra lo infeliz que se había sentido al ser madre contra su voluntad. Y evidentemente Mike Rapling, el padre de la criatura, estaba también en el punto de mira de los investigadores.

—Algunos padres raptan a sus hijos porque quieren pasar más tiempo con ellos —le dijo a Liz una empleada con la que habló el segundo día después de la desaparición de Sarah.

Aquello hizo reír a Liz por primera vez desde la desgracia (en su mente se refería a aquello como «la desgracia», pues era mucho más soportable que «mi fracaso»), aunque no se trató de una risa alegre.

—¡Bueno, en el caso de Mike pueden ustedes olvidarse de eso! Ha visto a Sarah como mucho cuatro veces en su vida, y sólo porque le insistí. Podría haberla tenido con él cada fin de semana; yo se lo supliqué. Pero no tenía ningunas ganas de estar con su hija. ¡No se habría ocupado de Sarah aunque le hubiese pagado!

Aun así interrogaron a Mike, quien tenía una coartada perfecta para aquel día: había estado en una comisaría, porque lo habían detenido conduciendo borracho. Además, la entrevista con él confirmó la imagen que Liz había dado. Mike Rapling había invertido todas sus energías en evitar que «le encasquetaran» a la pequeña Sarah, según su propia expresión. Jamás se le habría ocurrido secuestrarla.

—¡Liz habría estado encantada de dármele para siempre! —dijo—. Pero yo no soy tonto, tío, ni siquiera me llevé a Sarah durante una hora; jamás. ¡Me daba pánico que Liz no volviera a buscarla!

En cada conversación que mantenía con la policía, Liz notaba cómo aumentaba el desprecio por parte de los agentes. Y la imagen que se formaron de Sarah era simplemente terrible: la niña a la que nadie quería, la rechazada desde el primer minuto de vida por todos cuantos la rodeaban. Su madre, su padre, su abuela. La pequeña que se había interpuesto en los caminos de todos ellos, y de cuyo bienestar nadie se había sentido responsable. «No tienen ni idea», pensó Liz.

Habían pasado dos semanas, y en ese tiempo Liz apenas había dormido y ya había perdido cinco kilos. Se atormentaba con sus propios reproches y se preguntaba dónde estaría su niña, y si ésta podía estar buscando a su madre muerta de miedo y desesperación. ¡Cuántas veces había deseado que Sarah desapareciera! ¡Y ahora lo había hecho realmente! ¿Era el castigo por sus malos pensamientos, por la cantidad de veces que había gritado e insultado a Sarah sin motivo?

«Si vuelve, todo será diferente —se juró a sí misma—. Seré amable con ella. Iremos a Hunstanton y le dejaré dar muchas vueltas en el tiovivo. ¡No volveré a quitarle el ojo de encima!»

El cuarto día tras la desaparición de Sarah había llamado a Mike, porque creyó que se volvería loca si no oía alguna palabra de consuelo en toda aquella situación. De su madre era imposible esperar algo así: la mujer no hacía más que poner el grito en el cielo y decir que era imposible que todo aquello acabara bien. Lo que no quedaba claro era a qué se refería con «todo aquello».

Para sorpresa de Liz, Mike se puso al teléfono inmediatamente.

—Soy yo. Solo quería... no estoy nada bien, ya sabes.

—¿Alguna noticia de Sarah? —preguntó Mike, y bostezó sin disimulo.

Eran ya las once y media, pero estaba claro que acababa de despertarse.

—No. Nada. Ni rastro. Y yo... Mike, no puedo dormir ni comer. Estoy hecha una mierda. ¿Crees que podríamos vernos?

—¿Para qué? ¿Qué ganarías con eso? —preguntó Mike.

—No lo sé, pero... oh, Mike, por favor, ¿no tienes un poco de tiempo? ¡Por favor!

Al final se dejó convencer para ir a Hunstanton y dar un paseo, aunque enseguida le advirtió que ya no tenía carnet de conducir: el día que desapareció Sarah él había salido a dar una vuelta con unas copas de más y la poli lo había pillado. Así que no podían ir en coche. Tendrían que coger el autobús, la misma línea que pocos días

antes había llevado a Liz y su hijita hasta la playa. Hacía tiempo que no veía a Mike, y le conmovió ver el gran parecido que tenía con Sarah. Hasta entonces no había reparado en ello, pero ahora le parecía evidente: Sarah era el vivo retrato de su padre. Es cierto que tenía el pelo y los ojos oscuros de ella, pero la nariz, la boca, la sonrisa... todo era de Mike. Pero se veía mucho más descuidado. Ya no era el chico guapo del que se había enamorado y con el que concibió una vida en un momento de descuido. Tenía el pelo largo y alborotado, llevaba días sin afeitarse y las bolsas de los ojos dejaban claro que el alcohol lo acompañaba asiduamente.

«No habría podido ocuparse de Sarah o de mí», se dijo Liz.

Era un día frío y ventoso, y había muy poca gente en la playa. Liz tuvo que hacer un esfuerzo por contener las lágrimas al bajar del autobús y encontrarse con el tiovivo. El último deseo de Sarah.

—¡Si la hubiera dejado dar un par de vueltas! Ahora al menos tendría la sensación de que hizo algo bonito antes de...

—¿Antes de qué? —preguntó Mike.

—Antes de marcharse —respondió ella con un hilo de voz.

Era lo único que podía pensar y pronunciar. Que Sarah se había marchado. Que se trataba de una travesura, de una temeridad infantil. Sarah se había marchado trotando de allí, quizá en busca de ella, quizá del tiovivo. Pero se había equivocado de dirección, y después no había dado con el camino de vuelta. Se había perdido. Aquello era muy malo, terrible, pero en algún momento alguien se fijaría en la niña perdida, y entonces iría a la policía, Sarah volvería a casa y el drama habría acabado. Que se había marchado significaba que no se había ahogado. Que no la habían secuestrado.

Que se había marchado significaba esperanza.

—Bueno, tres o cuatro vueltas en el tiovivo tampoco cambiarían nada —dijo Mike, pragmático.

Sacó un cigarrillo del bolsillo de su chaqueta y tuvo que intentarlo varias veces antes de lograr encenderlo. Hacía demasiado viento.

—¡Vaya mierda, a quién se le ocurre venir a la playa! —se quejó—. ¡En Inglaterra hace siempre un frío de cojones! Estoy pensando en irme a España.

—¿Y de qué vivirías?

—Siempre se puede encontrar algún trabajo. En España no necesitas demasiada ropa porque siempre hace calor. Y en caso de necesidad puedo dormir al aire libre. En serio, tengo frío. O nos volvemos o caminamos un rato.

Liz quiso caminar. Pensaba en las funestas casualidades de la vida. Si no le hubiesen dado fiesta durante las vacaciones de Sarah... Si no hubiese hecho tanto calor... Si Sarah no se hubiese quedado dormida...

Si, si, si.

—Si hubiésemos formado una familia desde el principio, una de verdad, Sarah aún estaría aquí.

—¡Ey, un momento! —dijo Mike. Dio una calada al cigarrillo—. ¿De verdad crees que si nos hubiésemos casado y jugado a esa mierda burguesa de la familia y los hijos las cosas habrían sido diferentes?

—Sí.

—¡Vaya chorrada! ¡Otra de tus típicas fantasías! También podrías haber ido a la playa con Sarah sin que yo os acompañara por motivos de trabajo...

«Ésta sí que es buena», pensó Liz.

—... y tú la habrías dejado sola igual, y... ¡mierda! ¡Una puta mierda, lo mires como lo mires!

Liz se detuvo.

—Fue aquí. Mira, ahí está incluso su castillo.

—¿Cómo sabes que es su castillo?

—Porque lo hice con ella. ¿Y ves este agujero en la pared? Lo hizo Sarah. Aquí metió sus sandalias. Dijo que era un cajón secreto. —Se le quebró la voz. Las lágrimas pugnaban por salir—. Últimamente le interesaban mucho los secretos, ¿sabes?

Mike miró el castillo que el viento se empeñaba en deshacer. Un día más y apenas podría reconocerse. Tiró el cigarrillo a la arena.

—Joder —masculló.

Entonces dejaron de hablar. Se quedaron en silencio, mirando el lugar donde había desaparecido su hija. Después, Liz pensaría que aquel instante en Hunstanton, en un ventoso día de agosto, fue el único en que estuvo realmente cerca de Mike, aparte de la noche de su encuentro sexual. Y en ambos casos el tema había sido Sarah. En la primera ocasión la concibieron. En la segunda, se despidieron de ella.

Ahora, dos semanas después de la desaparición de la niña, Liz volvió a Hunstanton. Recorrió toda la playa con la esperanza de encontrar al menos restos del castillo de arena construido por Sarah. No sabía por qué aquello le parecía de pronto tan importante. El castillo se había convertido en la última señal de vida de su hija. Era algo a lo que agarrarse.

Pero el viento ya había borrado toda huella del mismo. Liz ya ni siquiera logró reconocer a ciencia cierta el lugar donde habían estado. Se quedó de pie, observando la arena, estremecida por el viento y observando el mar casi con indiferencia. Un mar que aquel día era casi tan gris y sombrío como el cielo que lo cubría.

Cuando regresó a casa vio de lejos que un coche de policía se estacionaba justo delante de su edificio. Corrió los últimos metros, sobrecogida y esperanzada. Quizá se la habían traído. Quizá Sarah estuviera ya arriba, en el piso, tomando unas galletas de chocolate o jugando con sus Barbies.

Subió la escalera de dos en dos. Se dio cuenta de que las puertas de los vecinos se abrían unos centímetros al oír la pasar. Todos habían visto el coche de policía. Todos se morían por tener novedades.

Las manos le temblaban tanto que falló dos veces antes de dar con la llave en la

cerradura. Oyó la voz de su madre —sobre el ruido de fondo de la tele, por supuesto — diciendo:

—Creo que ahora llega.

Dos agentes le salieron al paso en el minúsculo pasillo. Venían del salón. De pronto parecían una multitud, y Liz sintió que apenas podía respirar. Algo le oprimía la garganta. Quizá se debía a que los dos hombres eran extraordinariamente altos y frente a ella se alzaban como dos montañas. Pero no era sólo eso. La expresión de sus rostros no le gustó. No sabría explicar por qué, pero le dio miedo. Sí, eso le quitó la respiración y de pronto sintió un miedo horrible.

—Señorita Alby —dijo uno de los hombres, y carraspeó.

Ella miró alrededor.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Sarah?

Ahora fue el otro gendarme el que tomó la palabra:

—Señorita Alby, tiene que acompañarnos...

Ella lo miró fijamente. Entre los dos hombres quedaba una pequeña franja por la que se veía el salón con el estruendoso televisor al fondo. Su madre estaba sentada en su sofá, con sus eternas patatas chips junto a ella. Pero esta vez Betsy Alby no miraba la pantalla, lo cual era muy poco corriente; por lo general no se perdía un segundo de ningún programa. Ahora miraba a su hija. En su rostro observó una expresión que también le infundió miedo.

—¿Acompañarlos? —preguntó con dificultad—. ¿Adónde quieren que los acompañe?

Ni siquiera había cerrado la puerta del piso. Uno de los hombres pasó junto a ella y la cerró.

—Señorita Alby, quiero advertirle que quizá no se trate de su hija —dijo—, pero esta mañana hemos descubierto el cuerpo de una niña. Según la descripción, podría tratarse de Sarah. Han pasado dos semanas y el cuerpo ha sufrido considerablemente, así que no le pediremos que la identifique, pero queremos enseñarle la ropa.

A la sensación de ahogo se le añadió ahora la de un mareo insoportable. El cadáver de una niña... No podía ser Sarah. Imposible.

—¿Cómo...? —Su voz sonó como si viniera de muy lejos—. Quiero decir... ¿cómo ha muerto esa niña? ¿Se ha... ahogado? —Era imposible que una niña se ahogara en una playa llena de gente. Ya sólo por eso era imposible que se tratara de Sarah.

—Aún no sabemos nada con seguridad, pero al parecer se trata de un crimen violento. Fue violada y... —La mirada de los dos hombres estaba teñida de preocupación—. Señorita Alby, ¿quiere un vaso de agua?

Había palidecido como el papel. Lo notaba.

—No —dijo con voz ronca.

—¿Quiere que la acompañe el padre de la criatura? Si lo desea podemos ir hasta su casa.

—Mi... El padre de Sarah duerme a estas horas. Yo... no, no hace falta que venga.

Los policías no le preguntaron si quería que Betsy Alby la acompañara. Aunque no la conocían, comprendieron instintivamente que aquella mujer no se alejaría de su televisor por nada del mundo.

—¿Cree que podrá hacerlo?

Asintió. De todos modos no era Sarah. Sólo se trataba de confirmarlo.

«Los pobres padres de esa niña —pensó, y una vez más sintió que el suelo temblaba bajo sus pies—. ¡Qué cosa más horrible! ¡Violada y asesinada!»

—Vamos —dijo.

Jueves 24 de agosto

Ferndale House llevaba varias generaciones en posesión de la familia Quentin, pero en realidad hacía más de un siglo que nadie utilizaba aquella espaciosa construcción en East Anglia como primera residencia. Durante muchas décadas no había sido más que un lugar de vacaciones, lo cual se debía, principalmente, a que el Harold Quentin & Co, el banco que daba de comer a los Quentin, tenía su sede en Londres y a nadie le pasaba por la cabeza obligarse a viajar en coche varias horas diarias por haber fijado la residencia en un lugar tan lejos de la capital.

Por otra parte, Ferndale House no resultaba precisamente un destino tentador. Fuera quien fuese el que diseñó y construyó aquel pesado y oscuro edificio de piedra, su espíritu debía de ser melancólico, o el de alguien dispuesto a provocar la melancolía en los demás. Los techos barnizados de madera oscura presionaban hacia el interior todas las habitaciones y hacían juego con los suelos de mármol negro. Las ventanas eran tan pequeñas que apenas dejaban pasar la luz, y los árboles, que algún jardinero poco previsor había plantado demasiado cerca de la casa, se habían convertido en monstruos de anchas copas y varios metros de altura que interceptaban concienzudamente hasta el más mínimo rayo de sol que pretendiese entrar en cualquiera de las habitaciones.

Para sorpresa de Frederic Quentin, Virginia pareció acostumbrarse sin problemas a la escasa luz de la casa que ella misma había escogido como primera residencia. Cuando, dos años antes, ella empezó a pedirle cada vez con mayor insistencia que se marcharan de Londres para instalarse allí, él había propuesto talar los árboles que quedaban directamente junto a la casa, para no tener la sensación de estar siendo absorbidos por ellos.

—No —le había dicho Virginia—. Me gusta como quedan.

El servicio no vivía en la casa. Desde hacía casi quince años contaban con la ayuda de un matrimonio que habitaba una casita justo a la salida del terreno, a diez minutos andando desde la casa principal. Grace y Jack Walker tenían ambos casi sesenta años y eran gente muy reservada, sencilla y trabajadora. De vez en cuando Jack hacía algún trayecto para Trickle & Son, una empresa de transportes en la que había estado empleado muchos años, pero la mayor parte del tiempo se encargaba de que los jardineros se contrataran a tiempo para que el jardín, que se perdía en el bosque, estuviera en orden, y los desperfectos de la casa se repararan lo antes posible. Muchos trabajos los realizaba él mismo, pero, si no, sabía dónde conseguir ayuda. Grace limpiaba la casa, o al menos la parte que habitaba la familia Quentin. Toda un ala del edificio estaba vacía porque Virginia consideraba que no tenía sentido pasearse durante el día por cinco salones y pelearse durante la noche para decidir en cuál de los cuatro comedores podían cenar. De modo que había cerrado la mayor parte de la casa y sólo la abría una vez al mes, cuando Grace la recorría con una brigada de limpieza que quitaba el polvo, aireaba las habitaciones y decidía si en

algún lugar era precisa la diestra intervención de su marido. Los Quentin habitaban la parte oeste; una cocina grande y bonita en la que Virginia cocinaba personalmente, una sala, una biblioteca que en las reuniones sociales hacía las veces de comedor y cuatro dormitorios. Desde la cocina podían salir directamente al jardín. Allí, en uno de los pocos rincones soleados de la casa, Kim jugaba con su columpio y Virginia secaba la ropa. Era un mundo sombrío y abarcable. Cada día se parecía al anterior. Si existía algún peligro en el mundo, estaba claro que no se encontraba allí, sino más lejos, más allá de los muros que rodeaban el terreno. Más allá de las pequeñas aventuras que Kim vivía en la escuela, de las preocupaciones que Grace compartía con Virginia —y que en su mayoría tenían que ver con el elevado nivel de colesterol de su marido—, o de lo que Jack Walker opinaba sobre la política mundial.

Nada provocaba inquietud.

Era la vida que Virginia Quentin había escogido para sí.

La mañana del 24 de agosto, Frederic estaba preparando sus cosas para irse a Londres. Era jueves, un día poco habitual para hacer las maletas, pero tenía que asistir a dos compromisos muy importantes para el fin de semana y el día del Summer Bank Holiday, festivo, que ese año caía en lunes.

Virginia estaba descansada y de buen humor. Se alegraba de que estuviese a punto de comenzar septiembre y de que su cercanía no dejase lugar a dudas. Le gustaba la época en que el verano se despedía lentamente y la gente empezaba a pensar en el fuego del otoño, los largos paseos por campos cubiertos de niebla, las bayas rojas y las hojas multicolores, y las largas tardes junto a la chimenea, mientras fuera las tormentas aullaban alrededor de la casa.

El otoño era su estación preferida.

Kim aún dormía. Virginia ya había salido a correr, como de costumbre, y se había dado mucha prisa para poder desayunar tranquilamente con Frederic, como despedida. Le había preparado un buen plato de huevos con beicon y una taza de café. Era el desayuno que más le gustaba, y ella se alegraba de poder hacer algo que le pusiera de buen humor. Se lo tomaron en la cocina. En la ventana, más allá de los árboles, se intuía un sol matinal de color dorado, pero Virginia ya había comprobado que fuera las mañanas empezaban a ser frías de verdad.

«Ya está aquí el otoño», pensó.

En la cocina se estaba muy bien. Frederic leía el periódico; Virginia revolvía su café. Como casi siempre, la atmósfera era pacífica y agradable. No solían pelearse. Su mayor discusión desde que se conocían había sido la del fin de semana anterior, motivada por aquellos náufragos alemanes que Virginia acogió en su casa. Y ni siquiera eso, pensó Virginia, podía considerarse una verdadera pelea.

Estaba preguntándose si era posible enfadarse con Frederic —si habría alguien capaz de hacerlo— cuando él rompió el silencio.

—Qué horror —dijo—, aquí dice que han matado a una niña de King's Lynn.

Virginia volvió al mundo real.

—¿Una niña? ¿Quién? ¿Sus padres?

—No; un desconocido. Por lo visto la raptaron en la playa de Hunstanton en un despiste de la madre.

—¿Cuándo fue eso?

—Cuando aún estábamos en Skye. La pequeña tenía cuatro años.

—¡Qué horrible! ¿El nombre de esa gente te dice algo?

Frederic meneó la cabeza.

—La pequeña se llamaba Sarah Alby.

Virginia reflexionó unos segundos.

—No, no conozco ningún Alby.

—Desapareció hace dos semanas en Hunstanton, y el martes la encontraron cerca de Castle Rising. Violada y asesinada.

Aquello era inconcebible. Miró fijamente a su marido.

—¿Violada? ¿Una niña de cuatro años?

—Los que tienen predisposición a estas salvajadas son capaces de abusar hasta de bebés —dijo Frederic—. Unos miserables.

—¿Saben quién lo hizo?

—No. Según este artículo, la policía no cuenta con la más mínima pista.

—Le diré a Kim que se limite a jugar cerca de casa, donde yo pueda verla, al menos hasta que atrapen a ese tipo.

—No te preocupes. No creo que un sujeto de tal calaña sea de los que se cuelan en propiedades privadas. Secuestró a la niña en una playa llena de gente. Está claro que no se dedica a recorrer los bosques, sino que se mezcla con la gente y allí busca sus víctimas.

Virginia sintió un escalofrío.

—Busca sus víctimas... Suena como si creyeras que va a volver a hacerlo.

Él apartó el periódico.

—¿Y tú no? Acabas de decir que vigilarás más a Kim.

Tenía razón. Ella también lo pensaba. Era evidente que se trataba de un perverso sexual, y todo el mundo sabe que éstos necesitan alimentarse continuamente.

—Espero que lo encuentren pronto —dijo, de todo corazón—, y que lo encierren para el resto de su vida.

—Hoy en día casi nadie es condenado a cadena perpetua —observó Frederic—; siempre puede encontrarse algún psicólogo comprensivo que al cabo de dos años asegure que te has reformado por completo.

Estaba a punto de levantarse para irse, pero cambió de opinión.

—Hay otra cosa...

Virginia, que seguía pensando en el terrible asesinato, se estremeció de nuevo al decirle:

—¿Qué?

—Yo... —Pareció que le costaba decir lo que estaba pensando—. Bueno, ya sabes que aspiro a un escaño en la Cámara de los Comunes, y que tengo muchas posibilidades de conseguirlo. De todos modos, no es nada positivo que vaya solo siempre a todos los actos. La gente sabe que estoy casado y se preguntan por qué nunca han visto a mi mujer...

—Pero...

—... lo cual conduce a especulaciones sobre nuestro matrimonio. Muchos piensan que no estamos bien.

—¡Tenemos una hija de siete años!

—¡Pero nuestra economía no es precisamente precaria! Todo el mundo sabe que podríamos permitirnos una canguro a tiempo completo, o por lo menos una que viniera algunas noches. ¿Lo entiendes? ¡Decir que no me acompañas porque te has quedado en casa cuidando de la niña podría sonar a excusa! —Hizo una pausa y continuó—: Eso es lo que sucede, que suena a excusa.

—Ah, ¿sí? ¿Eso te han dicho?

—Me lo han insinuado, sí.

Ella ni siquiera lo miró.

—¿En tu partido te han dicho que tienes menos posibilidades de ganar si se rumorea que tu matrimonio no funciona?

—Así son las cosas entre los conservadores, sí. —Se levantó de su asiento. Estaba alterado, algo que habría querido evitar a toda costa—. ¿Lo entiendes? Un escaño en la Cámara Baja no es moco de pavo. No se regala precisamente.

—¿Así que es necesario contar con una familia ideal? Pues mira, no tenía ni idea.

Frederic pensó que aquella ironía estaba fuera de lugar y no entendió a qué se debía el tono airado de Virginia.

—Pero... ¿cuál es el problema? Al fin y al cabo somos una familia ideal. Tenemos un matrimonio armonioso. Tú eres una mujer atractiva e inteligente. ¿Por qué no quieres acompañarme?

Ella también se levantó. De pronto no tenía ganas de acabarse el café.

—¿Tenemos que hablar de eso ahora? ¿Justo diez minutos antes de que te vayas de casa por una semana? Me parece que no es precisamente el momento... Me has cogido por sorpresa. No me das opción a pensar con serenidad y hablar con calma.

Él suspiró. Durante sus vacaciones en Skye había pensado varias veces en aprovechar el descanso y la calma de los días que se sucedían lenta y plácidamente para mantener esta conversación. Estaba claro que eso habría sido mejor que proponer el tema a toda prisa, y por desgracia a partir de ahora sólo tendrían conversaciones a toda prisa, pero lo había pospuesto porque no quería romper la paz de aquellos días; y tenía la impresión de que aquel tema traería complicaciones.

«Pero ¿por qué? —se preguntó entonces—. ¡Si al menos pudiera entender cuál es el problema en todo este asunto!»

—De eso se trata precisamente —le dijo—: no tenemos tiempo para hablar con calma. Pasamos demasiado tiempo separados, y eso a la larga no puede ser bueno.

—¡No es culpa mía que pasemos tanto tiempo separados!

—Pero tampoco exclusivamente mía. Tú sabías desde el principio que tendría que pasar tiempo en Londres por culpa del banco, y aun así quisiste venir a vivir aquí, al campo. Ya te dije que eso provocaría altibajos en nuestra vida.

—El único altibajo que veo se deriva de tu adscripción a la política.

Tenía razón, y él lo sabía.

—Pero eso no puedo cambiarlo —dijo, con cierta torpeza. Ella vació su café en la pila.

—Jamás te lo he echado en cara. Jamás he intentado que cambiaras de idea.

—Y siempre te he estado agradecido. Pero... pero ahora necesito más. Necesito que me apoyes. Te necesito a ti.

Se dio cuenta de que Virginia habría querido desaparecer en ese mismo instante. No quería tener aquella conversación. No quería que él insistiera. El problema no era «hablar con calma», sino hablar de ese tema, en cualquier circunstancia.

—Tengo que irme —añadió entonces—. Jack estará aquí en cualquier momento.

Jack iba a llevarlo a la estación de tren en King's Lynn. Por lo general iba en coche hasta Londres, pero esta vez quería aprovechar el tiempo para estudiar un montón de actas y expedientes.

—Quizá tengas tiempo para pensar en ello —le dijo—. Con calma. Hazlo por mí. Y quiero que sepas... —dudó; no estaba acostumbrado a mostrar sus sentimientos— quiero que sepas que te quiero. Siempre. Sin importar cómo respondas a mi petición.

Ella asintió. Pero él percibió cierta contrariedad en su rostro. Aquella última frase no hacía sino presionarla aún más.

«No importa —se dijo—, le he dicho lo que pensaba.»

Salió de la habitación y oyó un coche que se acercaba. Jack llegaba para recogerlo. Ya iba siendo hora de ponerse la chaqueta, coger sus papeles y partir hacia Londres.

Pensó en volver sobre sus pasos para darle un beso de despedida a Virginia, como hacía siempre, pero algo le dijo que esta vez era mejor contenerse. Quizá aquella expresión aún bailaba en sus ojos.

—Hasta pronto —dijo.

—Hasta pronto —respondió ella.

Sábado 26 de agosto

Aquel fin de semana, el verano regresó a East Anglia. Las mañanas y las noches no podían ocultar que el otoño quedaba ya muy cerca, pero durante el día hacía tanto calor que la gente se agolpaba en las piscinas y la playa. El cielo era azul celeste, y las flores de los jardines ostentaban todos los colores. Parecía un último y maravilloso regalo de despedida. Para la semana siguiente los meteorólogos habían anunciado lluvias y frío.

A media tarde, Virginia acompañó a Kim a casa de una compañera de clase que celebraba su cumpleaños con una «fiesta de pijamas». Había invitado a casi toda la clase a dormir en su casa, con la condición de que cada uno llevara su saco. La celebración acabaría el domingo a mediodía, comiendo *pizza*.

Las madres que en ese momento estaban dejando a sus hijos hablaban sobre el asesinato de Sarah Alby, que había conmocionado a toda la población. Una de las mujeres conocía a alguien que conocía a la madre de Sarah, «sólo un poco», según dijo.

—Gente bastante insociable —informó—. El padre, un vago sin trabajo que nunca se ocupó de su hija. La madre, muy joven, loca por divertirse y también poco interesada en la niña. Y había también una abuela que por lo visto se llevaba la palma. Completamente acabada.

—Qué terrible —dijo otra mujer—. He oído que la madre dejó a la niña sola en la playa durante bastante tiempo. Fue a reunirse con un hombre en un chiringuito y la dejó sola. Desde luego... ¡una niña de cuatro años!

Todas se mostraron igual de indignadas. Virginia, que como siempre en esas situaciones prefirió mantenerse al margen, estaba de acuerdo en que era difícil comprender cómo podía una madre abandonar a su hija en la playa, pero por otra parte sentía repulsa ante la vanidad de aquellas mujeres. Todas pertenecían a la clase alta, estaban bien casadas —o, cuando menos, bien divorciadas— y en todos los casos contaban con el apoyo humano y económico del padre de la criatura. Sus embarazos habían sido deseados y no intempestivos, como si se tratara de una enfermedad. Quizá la joven madre de Sarah había tenido que enfrentarse a más problemas, miedos y esperanzas frustradas de las que esas mujeres podían imaginar.

—Ah, señora Quentin —dijo una de ellas cuando advirtió la presencia de Virginia—, acabo de leer una entrevista que le han hecho a su marido en el Times. ¿Aspira a un escaño en la Cámara Baja?

Todas las miradas se dirigieron a Virginia. Ella odiaba que la observaran.

—Sí —se limitó a decir.

—Debe de estar pasando una etapa agotadora, ¿no? —preguntó otra—. Una cosa así involucra a toda la familia.

Virginia se sintió como un animal acosado por los depredadores.

—Dejo que las cosas sigan su curso —respondió.

—Yo me alegro de que mi marido no tenga ambiciones en ese sentido —dijo otra madre—. La tranquilidad familiar me parece algo sagrado.

—¡Ya, bueno, su marido no es el dueño de un banco privado, y no tienen una casa de campo!

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¡Pues todo, querida, todo! Cuanto más alto sea el puesto político al que se aspira, más importantes son el dinero y los contactos.

—El dinero y los contactos siempre son importantes, ¿no cree? En mi opinión...

Virginia tuvo la sensación de que aquella charla se le venía encima y la asfixiaba. De pronto le costaba respirar. Como tantas otras veces, tuvo la sensación de que la gente que la rodeaba estaba demasiado cerca.

—Tengo que irme —dijo—. Espero invitados esta noche y aún debo preparar muchas cosas.

Se despidió de Kim, que estaba tan divertida jugando con los demás niños que apenas la saludó con la mano. Al salir del jardín tenía claro que todas las miradas estaban fijadas en ella y que, en cuanto se alejara, empezarían a criticarla. Se había marchado casi con pánico, seguro que lo habían notado. No había actuado como una mujer que tiene prisa, sino como una que sufre un ataque de ansiedad.

«Caray —pensó al llegar a su coche, apoyándose unos segundos en el capó, que estaba ardiendo—, ¿por qué no puedo disimularlo?»

Mientras ponía el coche en marcha se preguntó a qué se refería exactamente con aquello. ¿Qué era lo que le costaba tanto disimular?

Fuera lo que fuese, sólo le pasaba cuando estaba acompañada, especialmente cuando se convertía en el centro de la atención y las preguntas o comentarios que le hacían adoptaban una relativa insistencia o intensidad. En esos momentos era incapaz de mantenerse indiferente, de mirar las cosas con distancia. El pulso se le aceleraba y le costaba respirar. Y sólo podía pensar en marcharse. En huir. Nada más.

«Fantástico —se dijo—, soy la compañera perfecta para la carrera política de cualquier hombre. Seguro que los ataques de pánico son lo más adecuado para ese tipo de vida.»

Empezó a respirar mejor en cuanto enfiló la calle que conducía a la puerta del bosque de Ferndale House. Era de nuevo su mundo, al que regresaba. La solitaria mansión, el extenso terreno, la ausencia de otras personas, salvo el matrimonio administrador, que dada su posición social mantenía una distancia prudencial. Cuando estaba allí, con Kim, apenas sentía ningún tipo de pánico, y hasta era capaz de olvidar su problema. Se sentía joven y viva, una mujer que madrugaba y estaba en forma y salía a correr por el campo, que cuidaba de su hija y llevaba la casa, que mantenía alegres y vivaces conversaciones telefónicas con su marido, a menudo ausente. Entonces todo iba bien.

Lo único que debía evitar era pensar si aquél era el tipo de vida que correspondía a una mujer de treinta y seis años.

Se detuvo frente a la casa, bajó del coche y, en contraste con el chorro de aire frío del aire acondicionado, disfrutó de la calidez de aquella tarde estival. Se pondría cómoda y disfrutaría un poco más del suave aire. Eran algo más de las seis, buena hora para beber algo. Decidió prepararse un combinado. Algo colorido, dulce y con mucho hielo, y sentarse en la terraza que quedaba detrás de la cocina, leer el diario y dejar que el día se consumiera. Aunque adoraba a su hija Kim, le gustaba disfrutar de vez en cuando de la soledad, sin tener que escuchar su constante cháchara y la infinidad de preguntas que no se cansaba de hacer. Aquella noche era sólo para ella. Algunas personas se habrían sentido solas en su situación, pero ella no. Ella sólo sentía paz.

En la cocina, cogió una copa y empezó a mezclar Blue Coração con zumo de limón. Por costumbre, casi sin darse cuenta, encendió el televisor que había sobre el bufete. Emitían un programa sobre padres que habían perdido a sus hijos. Iba a cambiar de cadena porque no tenía ganas de oír hablar sobre un tema tan triste, cuando escuchó el nombre de Sarah Alby y se detuvo. Era el nombre que llevaba días alimentando la prensa; el de la niña de cuatro años violada y asesinada.

Según comprobó, Liz Alby, la madre de Sarah, era una de las invitadas al programa. Se trataba de una mujer muy joven, casi una niña, muy atractiva y muy aturdida. Daba la impresión de no entender aún del todo lo que le había sucedido. Indudablemente, no estaba en condiciones de aparecer ante una cámara de televisión, pero por lo visto nadie se había sentido obligado a impedir su aparición. El presentador le preguntaba en un tono especialmente indiscreto, haciendo ver que respetaba el estado conmocionado en que se encontraba la joven, pero aprovechándose en realidad de su desamparo para hurgar en sus pensamientos y sentimientos más íntimos. Y Liz Alby contestaba a todo de buena gana, sin darse cuenta de la falta de compasión con que estaba siendo tratada.

«Ahora uno se arrepiente de todas las discusiones que tuvo con su hijo, ¿no? —preguntó el presentador—, y eso que todos nos peleamos con los nuestros de vez en cuando. ¿No la agobian los recuerdos de su pequeña Sarah llorando porque mamá se ha enfadado con ella y le ha gritado, o porque no tiene tiempo para jugar?»

Aquellas preguntas le resultaban tan dolorosas como heridas de cuchillo.

—¡No puede hacer eso! ¿Cómo se atreve? —espetó Virginia al televisor.

«No puedo dejar de pensar en el tiovivo», dijo Liz en voz baja. El presentador la miró con compasión y al mismo tiempo animándola a seguir hablando.

«Háblenos de ello, Liz», le pidió.

«El día que... que Sarah desapareció —balbuceó la joven—, estábamos en Hunstanton, en la costa.»

«Eso ya lo sabemos —le recordó el presentador con suavidad—, y estoy seguro de que nuestros telespectadores se hacen cargo de la cantidad de veces que se habrá usted arrepentido de ir allí.»

«Hay un tiovivo —continuó Liz— y mi... mi hija me suplicó que la dejara

montar. Ella... lloró cuando le dije que no.»

«¿Le dijo que no porque tenían prisa? ¿O porque era muy caro? ¿O por qué?»

—¡Y a ti qué te importa! —dijo Virginia, indignada.

«Yo... no lo sé —dijo Liz—. Era... fue... por todo un poco. No tengo mucho dinero, pero tampoco me apetecía quedarme ahí plantada, esperando. Yo sabía que cada vez me pediría una vuelta más y que de cualquier modo acabaría llorando, así que...»

Levantó los brazos, derrotada.

«¿Y ahora lo lamenta?»

«No puedo... no puedo dejar de pensar en ello. A todas horas. El tiovivo. Sé que no es lo más importante, pero no puedo dejar de pensar por qué no la dejé dar un par de vueltas. Por qué no accedí a... darle una última alegría...» Liz escondió la cara entre las manos y empezó a llorar. La cámara se acercó sin piedad para ofrecer un primer plano de su rostro.

—Esto es vergonzoso —se dijo Virginia en voz alta, y apagó el televisor.

Cuando se hizo el silencio oyó unos enérgicos golpes en la puerta principal.

Deseó que fueran Grace o Jack, aunque éstos solían entrar por la puerta de la cocina. ¡Por Dios, que no fuera ninguna visita! Aquélla era su tarde, su noche. Durante unos segundos se planteó aparentar que no estaba en casa, pero de ese modo se pasaría el resto del día con la inquietud de que alguien la sorprendiera en la terraza.

Dejó su copa y dio un suspiro.

El hombre que estaba ante su puerta era Nathan Moor, y ella se quedó tan sorprendida que al principio fue incapaz de articular palabra.

—Oh —dijo él al fin—, ya pensaba que no había nadie. Llevo un buen rato llamando...

—No lo había oído —repuso Virginia cuando recuperó el habla—, estaba viendo la tele.

—¿Molesto?

—No, no; quería... bueno, de todos modos ya la había apagado.

—Tendría que haberla llamado, pero... —Dejó la frase sin concluir, así que Virginia se quedó sin saber qué le había impedido llamar.

—Disculpe —le dijo—, pero es que estoy bastante sorprendida. Pensaba que aún seguían en Skye.

—Es una historia muy larga —respondió Nathan, y Virginia comprendió que no le quedaba más remedio que invitarlo a entrar.

—Pase. Vayamos a la terraza. Acabo de prepararme una copa. ¿Quiere otra?

—No, gracias, sólo agua —dijo él, y la siguió.

Cuando se sentaron en la terraza, Virginia con su brillante Curaçao verde cardenillo y Nathan con su vaso de agua, ella le preguntó:

—Y dígame, ¿dónde está su mujer?

—En el hospital. Es por eso que nos fuimos de Skye. El médico de la zona no me inspiraba demasiada confianza para su caso.

—¿Qué le pasa?

—Es difícil de decir. Probablemente se trata de una conmoción por culpa del accidente. O de una depresión aguda, no lo sé. De un día para otro dejó de hablar, de comer y beber. Parecía... parecía sumida en su propio mundo, y yo ya no podía llegar a ella. El miércoles comprendí que si no hacía nada mi mujer se moriría de hambre y sed. Así que el jueves de madrugada nos marchamos de Dunvegan.

—Tendríamos que haberlo imaginado —dijo Virginia—. Después de lo sucedido, deberíamos haberla llevado inmediatamente a un psicoanalista.

Él asintió.

—Es culpa mía. No me di cuenta de lo que le pasaba.

—Cuando la vi en casa de la señora O'Brian se comportaba como una sonámbula —dijo Virginia—. No me sorprendió, después de... de su terrible historia, pero está claro que debí haber prestado más atención. ¿Y ahora está aquí, en el hospital de King's Lynn?

Una vocecita interior la instó a preguntar por qué no habían vuelto a Alemania, pero ahora no tenía tiempo de enfrentarse a esa voz. Se limitó a pensar en la suerte que tenían de que Frederic no estuviera allí.

—Es terrible. Mañana mismo me pasaré a visitarla.

—No reacciona a nada ni a nadie. Pero me alegraría mucho que lo hiciera. Quién sabe, quizá logre darle un empujoncito... Usted le cae muy bien, contaba maravillas de usted.

Tenía que preguntárselo.

—¿Cómo... cómo me ha encontrado?

—¿Por qué hemos venido? Virginia, espero que no se sienta acosada. La verdad es que no teníamos suficiente dinero para volver a Alemania. Y como usted fue tan amable con nosotros...

Virginia arrugó la frente.

—Sólo pudimos pagarnos el viaje en tren hasta aquí —continuó él—. Fue un trayecto horrible, con una mujer tan débil y abúlica... Un amable turista nos llevó en coche hasta Fort William, pero allí nos quedamos solos. Tuvimos que hacer transbordo en Glasgow y desde allí pasar de una estación a otra hasta llegar a Stevenage, un lugar del que jamás había oído hablar. Allí pasamos media noche a la espera del tren que venía a King's Lynn. Llegamos el viernes por la mañana. Ayer dormí en un hostel escalofriante junto a la clínica, y así se acabó mi reserva económica. Ya no me queda nada. Nada.

—Pero ¿cómo...?

—En uno de los cajones de su casa de veraneo había una carta dirigida a usted, y allí constaba esta dirección. Pensé que...

Virginia notó que empezaba a dolerle la cabeza. Lo cual estaba íntimamente relacionado con Frederic.

Igual que en Skye, Nathan hizo gala de una sutil intuición.

—A su marido no le hará mucha ilusión encontrarme aquí, ¿no?

—Está en Londres. Pero vuelve esta misma semana.

—No le gustamos —dijo Nathan—, no confía en nosotros. Y no se lo reprocho. Debe de pensar que somos una carga, unos pesados. Y ahora aparecemos también aquí... Virginia, lo peor es que no nos queda otra salida. De no haber sido así, jamás se me habría ocurrido volver a molestarla. Pero yo... nosotros... no tenemos nada. Literalmente. Ni un centavo. Esta agua —señaló el vaso que tenía frente a sí—, es lo único que he tomado en todo el día. Y esta noche seguramente dormiré en un banco del parque. No tengo ni idea de lo que pasará. Y usted es la única persona que conozco en todo el país.

Virginia recordó algo que había dicho Frederic en el trayecto de regreso a Skye y que fue motivo de otra disputa en relación con aquellos alemanes: «Podrían acudir a la embajada de su país en Londres —respondió él cuando Virginia le habló de la desesperada situación en que se encontraban—. Su deber es ayudar en estos casos. Organizan el viaje de vuelta y todo lo que debe hacerse. ¡No tienen por qué aferrarse a nosotros!»

Aquél habría sido el momento perfecto para decirle eso a Nathan Moor. Hablarle de esa vía razonable, darle algo más de dinero para pasar aquel trance y comunicarle amablemente que la familia Quentin ya no se sentía responsable de ellos.

Tiempo después, al recordar aquella noche, se preguntaría por qué no lo había hecho. Quizá porque había visto reflejada su propia e interna soledad. Y por el modo en que Nathan la miraba. Sin curiosidad. Sólo con un interés cálido e intenso.

—Bueno, las noches ya no son precisamente cálidas como para pasarlas en un banco del parque —dijo con tono afable para ocultar su angustia—. ¿Quiere quedarse en nuestra habitación de invitados? Y ahora prepararé algo para cenar, o dentro de poco yacerá usted junto a su mujer en la clínica por inanición.

—La ayudaré —dijo él, y se levantó.

Mientras se dirigía a la cocina, Virginia tuvo la inquietante sensación de que estaba metiéndose en un problema del que iba a costarle mucho librarse.

Pero, curiosamente, no volvió a echar de menos sus planes de pasar a solas aquel atardecer.

Domingo 27 de agosto

1

Rachel Cunningham decidió por su cuenta asistir cada domingo al servicio religioso infantil entre once y media y doce y media. Nadie en su familia era demasiado religioso. Su mejor amiga, Julia, que iba a la iglesia regularmente con sus padres, llevaba un año y medio pidiéndole que la acompañara, al menos una vez, y a Rachel le habían encantado las historias que se explicaban, los cantos compartidos y los rezos. Y por supuesto Don. Insistió mucho para que sus padres la dejaran ir cada domingo, y Claire y Robert Cunningham habían aceptado encantados: el servicio religioso les parecía una buena alternativa al aburrimiento de aquellas mañanas de domingo en que Rachel no dejaba de pedirles que la dejaran sentarse a ver la tele.

Hasta el principio de las vacaciones, uno de los dos había acompañado siempre a su hija hasta la iglesia, pero en verano ella insistió en que la dejaran ir sola. Al fin y al cabo ya tenía ocho años. A Claire no le había gustado demasiado la voluntad de independencia de su hija, pero Robert le había dicho que para los niños era importante ir independizándose y que era bueno no reprimirlos en ese sentido.

Aquel domingo volvía a hacer mucho calor y Robert le dijo que quería ir a la playa con Sue, la hermana pequeña de Rachel.

—¿Quieres venir con nosotros, Rachel? ¡Seguramente es nuestra última oportunidad de ir a la playa este año!

Pero Rachel negó con la cabeza. Claire la observó con cierta preocupación. Desde el nacimiento de Sue, Rachel solía negarse a hacer cosas en familia. Desde el primer momento se había mostrado fría con su hermana pequeña. Tenía celos de la atención que le prestaban sus padres, y estaba triste por tener que compartir algo que hasta entonces sólo había sido para ella. A veces se quedaba sola, se apartaba voluntariamente, y otras hacía lo posible por llamar la atención de sus padres portándose mal o contestándoles con grosería. Como aquella mañana. Había bajado la escalera en pijama y descalza, aunque Claire le había dicho cientos de veces que se pusiera las zapatillas antes de pisar las frías baldosas del pasillo y la cocina. Por supuesto, volvieron a enfadarse al respecto, y Claire habría jurado que Rachel lo hizo a propósito, no por simple descuido.

Robert ya se había ido con Sue a la playa cuando Rachel se dispuso a salir hacia el servicio religioso. Volvía a estar de buen humor.

—Estás radiante —le dijo su madre.

La niña asintió.

—Es que hoy viene... —dijo, pero se mordió el labio.

—¿Quién? —le preguntó Claire, distraída, mientras pensaba en lo que tenía que hacer en cuanto la casa quedara vacía.

—Un pastor... Un pastor de Londres que nos enseñará diapositivas de la India. — Le dio un beso a su madre y añadió—: ¡Hasta luego, mami!

Claire respiró hondo. A veces disfrutaba de la soledad. Trabajaba por libre en un periódico y aquel domingo tenía que escribir una crítica de teatro sobre una obra que había visto el día anterior por encargo del Lynn News. Se sentó a su escritorio, dispuesta a aprovechar hasta el último minuto esa paz tan poco corriente que reinaba en la casa.

Avanzó bastante en su trabajo. El teléfono no sonó ni una sola vez, la habitación se mantuvo fresca pese a la subida de la temperatura exterior, y en las calles y los jardines de Gaywood, un barrio típicamente familiar de King's Lynn, reinaba una tranquilidad dominical. Sólo se oía el canto de los pájaros y los ladridos aislados de un perro. Era el ambiente de trabajo ideal.

A Claire le había gustado la obra, y le resultó fácil escribir la crítica. Sabía que disponía aproximadamente de una hora y media: Rachel había salido poco después de las once y volvería poco antes de la una. Después del servicio religioso estaba siempre más calmada —lo cual se debía a su cariño por el fabuloso Don— y con muchas ganas de contárselo todo. Claire era incapaz de decirle que no tenía tiempo para escucharla. Así que se enteraría con pelos y señales de todo lo que Don había dicho y hecho. Después irían juntas a comprar comida rápida en la tienda del final de la calle, y la tomarían en algún banco del parque. A Rachel le encantaba estar con alguno de sus padres, aunque sólo fuera para pasar un rato en el parque. Siempre que podía, Claire intentaba hacer algo en este sentido y ofrecer a su primogénita la máxima atención.

Estaba tan concentrada en el trabajo que no se dio cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo. Cuando tecleó la última palabra en el ordenador dio un suspiro y se reclinó en la silla. Ahora sólo tenía que releerlo una vez más y enviarlo por *e-mail* a la redacción. Era increíble lo rápido que lo había escrito.

Miró el reloj y se quedó pasmada: ¡era la una! Y Rachel aún no había vuelto.

Normalmente no se demoraba por el camino. Y si después del servicio se quedaba un rato con Julia, lo cual sucedía algunas veces, la madre de Julia la llamaba enseguida.

¿Se habría olvidado?

Claire, que de pronto se sintió muy inquieta, fue al piso de abajo, donde estaba el teléfono, y marcó el número de Julia. Se sintió aliviada cuando la madre de ésta contestó al segundo tono.

—Hola, soy Claire Cunningham. Sólo quería asegurarme de que Rachel está allí. Por favor, dígame...

—Rachel no está aquí —la interrumpió la madre de Julia.

Claire notó que se le secaba la garganta.

—¿No? ¿Y Julia?

—Hoy no ha ido al servicio infantil. Le dolía la garganta.

—Es que... es que Rachel no ha vuelto a casa. Y ya es la una. ¿Puede estar con otros niños?

—Hace un tiempo estupendo —dijo la mujer para tranquilizarla—. Quizá alguna madre ha invitado a los niños a un helado, y ahora están encantados tomando el sol, sin pensar en la hora que es y en que sus padres pueden estar preocupados.

—Sí, probablemente —repuso, pero en realidad no lo creía. Rachel era muy sensata. Casi nunca se retrasaba. ¿O quería provocarlos? Sin embargo, se había marchado tan contenta...—. Iré a la iglesia a echar un vistazo —añadió.

Se dio cuenta de que su voz sonaba diferente. Colgó sin despedirse. Tenía miedo. Un miedo terrible. Notó que el corazón le latía a toda prisa.

Sólo cogió las llaves de casa y se lanzó a la calle. No vio ni rastro de Rachel.

Corrió el camino que la separaba de la iglesia. El servicio religioso infantil se celebraba en la casa parroquial. Pero cuando llegó la puerta ya estaba cerrada, y por la zona no se veía ni un alma. Ni niños ni padres. La misa normal había acabado hacía una hora y media. La plaza adoquinada que quedaba frente a la iglesia estaba desierta y silenciosa bajo el ardiente sol del mediodía.

—No puede ser verdad —susurró—. ¡Dios mío, por favor, ayúdame a encontrarla pronto!

Intentó recordar cómo se llamaba el hombre que celebraba el servicio para los niños. Aquel del que Rachel no dejaba de hablar. Don, por supuesto, pero ¿cuál era su apellido? ¿Lo había mencionado su hija alguna vez?

«Tranquilízate —se dijo, e intentó respirar hondo—. Tranquilízate y piensa. Tienes que conservar la calma.»

Era muy importante que hablara con Don. Si alguien podía decirle algo de la niña, sin duda era él. Quizá la madre de Julia supiera su apellido y cómo encontrarlo.

Cinco minutos después estaba ante la puerta de casa de Julia. Había corrido, pero apenas era consciente de que tenía todo el cuerpo sudoroso. Jadeaba.

La madre de Julia abrió la puerta y comprendió inmediatamente que Claire no había encontrado aún a su hija.

—Pase —le dijo—. ¿No estaba en la iglesia?

—No. Allí no queda nadie.

—Bueno, no se ponga nerviosa, seguro que hay una explicación lógica para todo esto. Ya lo verá.

—Quisiera llamar al profesor —le respondió Claire—. A Don. ¿Sabe cómo se apellida? ¿O cuál es su número de teléfono?

—Donald Asher. Y también tengo su número. Venga, lo llamaremos desde aquí mismo.

Dos minutos después Claire tenía a Donald Asher al teléfono. Pero sus palabras le hicieron flaquear las rodillas y le provocaron un súbito vértigo; creyó que iba a

desmayarse.

—Rachel no ha estado en la iglesia —dijo Donald—, y su amiga Julia tampoco. Pero faltaban muchos niños. Como hace tan buen tiempo no me sorprendió.

—¿Que no ha estado? —susurró Claire—. Pero si ha salido de casa a la hora de siempre...

Esto sorprendió a Donald, pero intentó tranquilizar a la desesperada madre.

—Quizá Julia y ella hayan preferido...

—Julia está en cama, con dolor de garganta —lo interrumpió Claire—. Rachel y ella no se han visto. Suelen quedar en la parroquia, porque Julia va antes a la iglesia con sus padres.

—Bueno, no piense lo peor —repuso Donald—. Los niños no son conscientes del miedo que sentimos cuando los perdemos de vista. Ni se lo imaginan. Quizá esté en un parque jugando y haya olvidado lo tarde que es.

No. Imposible. Claire conocía bien a su hija y sabía que no era de las que se iban a jugar a un parque. Si por algún motivo hubiese decidido no ir al servicio dominical, habría vuelto a casa. Habría jugado en el jardín o habría incordiado a su madre hasta que ésta la dejara sentarse frente a la tele.

Colgó el teléfono sin despedirse y se dirigió a la madre de Julia.

—¿Me permite que llame a mi marido? Está en la playa con Sue y...

—Por supuesto. —A esas alturas la madre de Julia también estaba nerviosa. Detrás de ella aparecieron sigilosamente su marido y Julia, muy asustada y con una bufanda al cuello pese al calor—. Llame usted todo lo que quiera.

Llamó al móvil de Robert. Al fondo se oían las voces y risas de la gente en la playa, y los lloriqueos de Sue.

—Robert, por favor, vuelve inmediatamente. Rachel ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Cómo que desaparecido?

—¡Desaparecido! ¿Es que no lo entiendes? ¡No está! —Pese a sus esfuerzos por contenerse, rompió a llorar—. ¡Ven rápido, por favor!

Él aún dijo algo más pero ella no lo oyó. El auricular se le escurrió de las manos. Tiritaba. La madre de Julia la sostuvo y la condujo hasta el sofá. Se sentó sin decir nada, encogida, y notó que alguien —era el padre de Julia— le acercaba un vaso con licor a los labios. El ardor que sintió en la lengua la hizo reaccionar. Pero estaba petrificada, y mantuvo la mirada fija en la pared.

Agotada, vacía y helada. Incapaz de moverse.

2

Nathan Moor no apareció en la cocina hasta la una y media del mediodía del domingo. Virginia estaba sentada a la mesa, tomando un yogur y hojeando una revista. Tres horas antes había hablado con Frederic, quien le explicó cómo le había

ido la cena del día anterior y las personalidades con que había hablado.

—¿Y qué tal tu sábado? —le había preguntado al fin.

Ella le había respondido con un hilo de voz:

—Tranquilo. Kim se quedó a dormir en casa de una amiga que organizaba una fiesta, y yo me quedé sola por fin. Me apetecía.

Él se había reído.

—¡No conozco a nadie a quien le guste tanto la soledad como a ti!

Desde el principio había tenido claro que no le diría nada sobre el alemán. Sólo habría servido para que se enfadara y le dijera que ya se lo había advertido. Si se hubiera enterado de que Nathan estaba durmiendo en la habitación de invitados... Virginia no tenía ningunas ganas de discutir. Se dijo que, en última instancia, al no decir nada estaba protegiendo los nervios de Frederic. Cuando regresara el miércoles, el alemán ya se habría marchado y él no se enteraría de aquella visita.

—Buenos días —dijo Nathan, y ella no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Es la una y media! ¡Ha dormido una eternidad!

—¡Dios mío! ¿Ya es la una y media? —Lanzó una mirada al reloj de la cocina—. ¡Pues sí! Supongo que se debe al viaje con Livia hasta aquí. Me dejó agotado. Estaba muerto de cansancio.

—¿Quiere un café?

—Gracias.

Se sentó a la mesa y observó cómo Virginia ponía el café en el filtro y encendía la cafetera. La noche anterior había pasado exactamente lo mismo. Ella había cocinado y él se había quedado sentado, mirándola, cosa que no la molestaba. Prefería que los invitados no se metieran en su cocina. Él le había hablado de su barco y había utilizado un montón de expresiones náuticas que ella desconocía. Cuando se sentaron a cenar, le preguntó sobre lo que realmente le interesaba.

—Dijo que era escritor. ¿Qué es lo que escribe?

—Novelas policíacas.

—Oh, ¿de verdad? Eso es... bueno, a mí me encanta leer novelas policíacas.

Él se había acabado todo lo que tenía en el plato.

—Cocina usted muy bien, Virginia. Hacía tiempo que no probaba nada que me gustara tanto.

—Seguramente es porque estaba usted famélico. Apuesto a que esta noche todo le habría sabido a gloria.

—No, no lo creo. —Nathan cambió de tema—. A mucha gente le gustan las novelas policíacas, por suerte para mí.

—¿Así que es usted un escritor de renombre?

—Podríamos decirlo así, sí.

—¿Y no han traducido sus obras al inglés?

—Por desgracia aún no. ¿Y usted no sabe leer en alemán?

—No. —Rió—. Ni una palabra.

Quería preguntarle otra cosa y estaba buscando el mejor modo de hacerlo, cuando él la miró de aquel modo tan directo e inquietante y adivinó una vez más qué estaba pensando.

—Sin duda se pregunta cómo es posible que un autor de *best sellers* esté en la bancarrota, ¿no?

Se encogió de hombros, algo ruborizada.

—Bueno, yo...

—Mire... Por desgracia no soy de esa clase de gente que se preocupa por el futuro. Siempre he vivido un poco en todas partes, y he gastado lo que ganaba. Viajes, buenos hoteles, regalos para Livia, restaurantes caros... El dinero iba y venía. Y además... lo que aún nos quedaba lo vendimos para comprarnos el barco que ahora se encuentra en algún lugar del fondo del mar. Habíamos pensado costearnos el viaje haciendo trabajos esporádicos aquí y allá. Teníamos algunas joyas para vender en caso de necesidad, pero evidentemente también han desaparecido.

—Y esa vuelta al mundo...

—Iba a ser la base de un nuevo libro.

—¿Otra novela de misterio?

—Sí.

—Pero sus libros todavía se venden en Alemania, ¿no? Así que...

Fue muy amable al responder también aquella pregunta indiscreta.

—Así que pronto volveré a tener dinero, sí. Virginia, no es que esté acabado. Sólo que por ahora no tenemos casa ni muebles ni nada, y nuestras cuentas bancarias están vacías. Volverán a llenarse, pero no de manera inmediata.

Cuentas bancarias vacías... Podía imaginarse lo que Frederic habría opinado de un comportamiento tan irresponsable. Desde luego, era una suerte que no estuviera allí aquel fin de semana.

Tras la cena, Nathan se había ido a dormir. Ella había notado lo cansado que estaba. Apenas podía sostenerse de pie y sus ojos estaban enrojecidos.

Ahora, apenas quince horas después, era un hombre completamente nuevo. Descansado y relajado. Su piel morena no parecía tan pálida como la noche anterior.

—Hacía tiempo que no dormía tan profundamente —comentó él—. Desde el accidente.

Ella sirvió el café en una taza, se la ofreció y se sentó frente a él.

—Me alegro de que se encuentre mejor. Hoy irá a ver a Livia, supongo.

—Sí, tenía pensado ir después. ¿Quiere acompañarme?

—Tengo que ir a buscar a mi hija a una fiesta de cumpleaños —se excusó Virginia—. He pensado que quizá vaya mañana.

—Bien. Se pondrá muy contenta. —Echó un vistazo a la cocina—. ¿Qué hace usted durante el día, Virginia? ¿Y más aún cuando su marido no está? Como le dije ayer, es usted una cocinera fantástica, pero supongo que no se pasa todo el día en la cocina, ¿me equivoco?

La pregunta la pilló por sorpresa. Por un instante se preguntó si él se estaba tomando confianzas excesivas. Pero los ojos de Nathan reflejaban un interés amable y educado.

—No, aquí en la cocina no. Pero paso mucho tiempo aquí. En la casa, en el bosque. Me gusta esto.

—Con su hija.

—Sí. Kim me necesita. Como su padre pasa poco tiempo en casa...

—¿Su marido es político?

Se sorprendió de que lo supiera.

—Está empezando en ese mundo, sí, pero ¿cómo...?

—En el tren leí algo sobre él. Una entrevista en el periódico. Se postula para un escaño en los Comunes.

—Podría obtenerlo.

—Pero entonces usted pasará mucho más tiempo sola.

—No me siento sola.

—¿No se siente sola en compañía casi exclusiva de una niña de siete años?

—Pues no. —De pronto tuvo la sensación de estar justificándose. Y de que no quería seguir hablando del tema.

—Su hija crecerá. Algún día tomará su propio camino. Entonces estará usted cada vez más sola en esta casa tan grande. Rodeada de este terreno tan vasto y de esos árboles que apenas dejan ver el cielo.

Ella rió sin ganas.

—Está usted exagerando. Yo... —Volvió a sentir que le faltaba aire. Como el día anterior, entre todas aquellas madres. Él se le acercaba demasiado. Demasiado.

Nathan buscó en su bolsillo y sacó algo. Al principio Virginia no supo lo que era, pero pronto comprendió que se trataba de una fotografía. Una foto arrugada.

—Ayer encontré esto en el último cajón de su cómoda, en la habitación de invitados. Hay un montón de fotos metidas en sobres.

Virginia tardó unos segundos en digerir la absoluta ligereza con que aquel desconocido decía aquello.

—¿Acostumbra mirar siempre en los cajones de las casas? —replicó al fin.

Él no respondió, sino que se limitó a decir:

—Ésta es usted hace... ¿quince años, quizá? Debe de tener unos veinte años, calculo.

Le enseñó la foto. En ella había una joven con una falda larga hasta los tobillos, como de gitana, y una camiseta deshilachada en los bajos y las mangas. El pelo, largo hasta la cintura, le caía sobre el pecho. Iba descalza y sonreía. Estaba sentada en la escalinata de la *piazza* de España, en Roma, entre una multitud. Sus ojos brillaban y reflejaban una alegría especial.

—Veintitrés —le dijo—. En esa foto tenía veintitrés años.

—Roma —dijo él—. Roma en verano.

—En primavera. —Tragó saliva. No quería pensar en Roma. Quería que aquel hombre se marchara inmediatamente y la dejara en paz. Apartó su silla—. Nathan, yo...

Él se inclinó sobre la mesa y le quitó la foto con suavidad.

—No puedo dejar de mirarla —le dijo—. Y desde ayer por la noche no hago otra cosa que preguntarme dónde estará aquella joven indómita y llena de vida. Y por qué habrá desaparecido.

Estaba indignada, pero en el fondo no quería que aquella indignación se convirtiera en verdadera rabia. Él había ido demasiado lejos, de eso no había duda. Consiguió su dirección sacándola de un sobre que estaba en un cajón de su casa de Skye, y ahora se presentaba allí, ingresaba a su mujer en la clínica más cercana y contaba con que ella le dejara pasar la noche en su casa, como al fin sucedió. Lo tenía todo calculado. Y en cuanto logró alojamiento, empezó de nuevo a husmear en los armarios y hacer preguntas que quizá habrían sido procedentes para un buen amigo de toda la vida, pero desde luego no para un completo desconocido. Con su sonrisa y despreocupación, Nathan estaba atacando sus fronteras.

Y todo por haberse mostrado demasiado blanda al principio.

¿Fue así? ¿Fue cosa suya? Tenía la impresión de que se había limitado a mostrarse amable y dispuesta a ayudar al prójimo; a una pareja en apuros. Livia había trabajado una semana en su casa, le había parecido una mujer agradable y había sentido la necesidad de ayudarla porque lo necesitaba. Y desde luego Livia no se había comportado de un modo tan molesto. Agradeció la ropa que le llevó y se instaló también en su casa, pero no se dedicó a curiosear ni a perseguir a sus benefactores hasta Norfolk. De ser por ella, seguramente haría tiempo que habrían vuelto a Alemania.

Era de Nathan de quien no lograba librarse.

¿Así que Frederic tenía más instinto que ella? El Frederic que conocía era un hombre siempre dispuesto a ayudar, incapaz de dejar al prójimo en la estacada. Pero en el caso de aquella pareja se había mostrado escéptico desde el principio, incluso reacio a colaborar. Y estaba claro que había dado en el clavo.

No había respondido a Nathan. En lugar de eso, se levantó y adujo que tenía que ir a recoger a Kim. Él había sonreído. Ella quería decirle que se marchara de su casa, pero por algún extraño motivo no fue capaz de articular aquella frase. De modo que subió al coche y dejó a Nathan en su casa, como si fuera un viejo conocido en el que confiara plenamente.

«A saber lo que pescará esta vez en los cajones», se dijo mientras recorría el camino. Ya que no lo había echado, al menos debería haberlo llevado consigo, pero no habría querido ir con él en coche por nada del mundo. En aquel momento necesitaba distanciarse lo más posible.

Que hubiese encontrado precisamente aquella foto de Roma no era más que una absurda casualidad, pero le había afectado profundamente. Ya ni siquiera sabía dónde

estaban aquellas fotos, lo había olvidado, había preferido eliminar en cierto modo su existencia y con ello también la del pasado...

Pero estaban en el cajón de la habitación de invitados.

En cuanto tuviera tiempo, las tiraría todas a la basura, por supuesto sin mirarlas. En el salón tenía un buen número de álbumes de cuero perfectamente ordenados por fechas e incluso con alguna referencia a su contenido: «Semana Santa en Skye 2001», o «Quinto aniversario de Kim». En el primer álbum se leía «Boda Frederic/Virginia. 1997». Con él empezaba la serie. Antes de la boda no había ningún álbum. Oficialmente, ninguna foto. Si fuera posible, de algún modo, ningún recuerdo.

A no ser que apareciera alguien como Nathan, capaz de hurgar y cotillear, investigar y hacer preguntas absolutamente inapropiadas.

Para librarse de él, Virginia había salido demasiado pronto de casa. Estaba previsto que los padres recogieran a sus hijos a las tres y media, y sabía que si se presentaba allí demasiado pronto sólo complicaría las cosas. Ella también había organizado fiestas para niños y sabía el esfuerzo que suponía para los padres tenerlo todo controlado, así que lo último que se necesitaba era una madre que apareciera demasiado pronto y echara al traste la organización. Barajó la posibilidad de ir a ver a Livia, pero tuvo miedo de encontrarse allí también con Nathan.

«Empiezo a comportarme como una loca —pensó—, cambio demasiado rápido de opinión, y todo por culpa de un hombre que hasta hace poco ni siquiera conocía. Debería enviarlo a freír espárragos.»

Se detuvo un momento y compró cigarrillos en una máquina de tabaco que había en la acera. Llevaba una eternidad sin fumar —desde que conoció a Frederic, para ser exactos, porque a él no le gustaban las mujeres fumadoras—, pero de pronto sentía la apremiante necesidad de encender un cigarrillo. En el coche tenía demasiado calor, así que empezó a caminar de un lado a otro de la calle, fumando con nerviosismo. Se encontraba en un barrio bastante venido a menos, con bloques de edificios de aspecto descuidado y desolado, sólo mejorado por el brillante cielo azul de agosto y la calidez del sol. Unas pocas tiendas y una lavandería tan dejada que resultaba difícil imaginar que alguien quisiera asear allí su ropa. La típica calma dominical. En algún lugar se escuchaba una radio.

Tenía una sensación de angustia que relacionó con lo inesperado de aquella situación. En aquel momento se sentía como si fuera otra persona. No Virginia Quentin, la mujer del adinerado banquero Frederic Quentin, que quizá no tardaría en convertirse en una destacada personalidad del escenario político de su país. Virginia Quentin, la de la casa de campo con un enorme jardín y un matrimonio a su servicio, una segunda residencia en la isla de Skye y un piso en Londres. Aquella Virginia no tenía por costumbre perderse por los peores barrios de la ciudad. No recorría cualquier acera fumando. Su vida seguía una trayectoria que no contemplaba aquel desvío.

Entonces, para colmo, lanzó la colilla al asfalto, la pisó con el tacón de su zapato

caro y encendió otro cigarrillo.

De pronto le volvieron a la cabeza las preguntas de Nathan: «¿Dónde estará aquella joven indómita y llena de vida? ¿Y por qué habrá desaparecido?»

La mujer que había desaparecido fumaba. Deambulaba por calles que una chica decente habría evitado. Había probado el hachís y la cocaína, a veces bebía demasiado y a menudo se despertaba en camas desconocidas junto a hombres desconocidos, sin saber exactamente cómo había ido a parar allí. La mujer que había desaparecido tenía unas ganas extraordinarias de vivir y aquello la había hecho ser a menudo temeraria y poco precavida. Veía el riesgo que corría, pero esquivarlo habría supuesto renunciar a cosas, y ella lo quería todo. Todo, sin limitaciones.

Cualquier otra forma de vida le parecía el equivalente a estar muerta.

Lanzó al suelo su segundo cigarrillo, aunque sólo había fumado la mitad, y lo pisó tan fuerte y con tanto interés que parecía estar chafando algo que amenazaba con emerger para destruirla.

Pese al calor, se metió en el coche y cerró puertas y ventanas. Todavía era demasiado pronto. Aún no podía recoger a Kim. Cruzó los brazos sobre el volante e inclinó la cabeza hacia delante. Quiso llorar, pero no pudo.

Pasó tanto tiempo en el coche que hasta se le hizo tarde para recoger a Kim. Los demás invitados ya se habían ido, y la homenajeadada y Kim estaban jugando felices en el jardín. Cuando la pequeña comprendió que su última invitada estaba a punto de marcharse, empezó a llorar.

—Qué difícil es para un niño aceptar que su fiesta se ha acabado, ¿eh? —dijo su madre—. Oiga, señora Quentin, ¿qué le parece si Kim se queda con nosotros hasta mañana? Así el final no será tan brusco y las niñas podrán jugar hasta caer rendidas. Al fin y al cabo, está a punto de comenzar la última semana de vacaciones...

En circunstancias normales, Virginia habría asentido encantada, pero dada la situación en que se encontraba no le pareció nada bien. Nathan Moor aún estaba en su casa y ella no sabía cuándo pensaba marcharse. No quería seguir estando sola con él, y la presencia de la pequeña Kim la ayudaría a sentirse más relajada. Claro que no podía decirle aquello a la mujer que tenía delante, y no se le ocurría ninguna excusa. Además, si se llevaba a Kim tendría otro inconveniente, quizá el peor: ya no podría ocultar a Frederic que Nathan se había instalado en su casa.

Quedaron en que pasaría a recoger a Kim al día siguiente, por la tarde, y las niñas se pusieron a dar gritos de alegría. Virginia fue invitada a tomar una taza de té, pero rehusó educadamente. En realidad no tenía ninguna prisa por volver, pero quedarse con aquella mujer tan amable y conservadora, cuya vida parecía ir a las mil maravillas, tomar un té y charlar de cosas insignificantes le resultaba una idea insoportable. Pero cuando estuvo de nuevo en el coche se reprochó una vez más su tendencia a catalogar a la gente por su aspecto. ¿Cómo podía saber si la vida de

aquella mujer iba bien o mal? ¿Sólo porque vivía en un bonito chalet adosado en cuyo jardín las flores estaban ordenadas por colores? ¿Porque se hacía la permanente y tenía unos dientes algo salidos? ¿Porque sobre su cabeza no parecía pender una espada de Damocles recordándole que tenía que convertirse en esposa de un político?

Se preguntó qué imagen proyectaría ella en los demás. ¿Amable pero inaccesible? Quizá la consideraran simplemente una arrogante. Nunca participaba en las actividades del resto de las madres, aduciendo siempre «otras obligaciones». Como acababa de hacer ahora mismo, al rechazar el té. La mujer cuya vida parecía estar en orden se había quedado algo triste. Quizá se sintiera sola. ¿Dónde estaba su marido aquel domingo? Virginia no lo había visto.

Se encontró con Nathan en la terraza. Se había tumbado en una hamaca y estaba hojeando un libro. Debió de cogerlo de la biblioteca, sin preguntar, pero Virginia se dijo que no pasaba nada. Que no estaba obligado a quedarse quieto y aburrido. Mientras no volviera a husmear en sus cajones...

—¡Ah, aquí está! —dijo él—. Lleva fuera mucho tiempo. Empezaba a preocuparme.

—¿Qué hora es? —preguntó Virginia.

—Casi las cuatro y media. —Se levantó y se le acercó—. Ha fumado —constató.

A Virginia le molestó aquella observación, aunque no habría sabido decir por qué. De ahí que hiciera caso omiso y comentara:

—Kim ha querido quedarse un día más con su amiga. Volverá a dormir fuera. Yo he estado con la madre, tomando un té.

Quería quitarle de la cabeza la impresión de que era una mujer solitaria que llevaba una vida retirada. Quería que viera que hacía cosas normales. Y al mismo tiempo se preguntaba por qué demonios le importaba lo que él pensara de ella.

Tuvo la sensación de que Nathan no la creía —lo cual la hizo sentirse aún más insegura—, aunque probablemente eran sólo imaginaciones suyas.

—Me gustaría ir a visitar a Livia al hospital —dijo él entonces—. ¿Sería tan amable de prestarme su coche? Cuando vine hice el camino a pie, pero debo admitir que no me veo capaz de recorrerlo cada día.

Virginia le tendió las llaves del coche, consciente de que Frederic habría vuelto a tirarse de los pelos.

Como si hubiese sabido lo que pensaba, Nathan añadió:

—Por cierto, su marido ha llamado.

—¿Frederic? —exclamó, y se quedó sin aliento. ¡Frederic había llamado y Nathan se había puesto al teléfono!—. ¿Ha hablado usted con Frederic?

Él levantó las manos en señal de negación y sonrió.

—Pero bueno, ¿por quién me toma? Nunca cojo el teléfono en casa ajena. Saltó el contestador y oí lo que decía. De todos modos no fue mucho, sólo que le devuelva la llamada.

Ella inspiró aliviada.

—Vale. Ahora lo llamaré.

—¿No quiere venir conmigo a ver a Livia?

—No.

Habría sido lógico que lo hiciera, y más ahora que no estaba Kim, pero ni en sueños se sentaría a su lado en el coche. No quería estar cerca de él, de ningún modo.

—¡Bueno, pues hasta luego!

Se dio la vuelta para irse. Tenía un aspecto desenfadado, con sus tejanos manchados y su camiseta blanca no demasiado limpia. No era la vestimenta más adecuada para ir a un hospital, pero seguramente le daba igual. O quizá —pensó Virginia de pronto— ni siquiera pensara ir al hospital. Quizá se diera una vuelta por el barrio y entrara en un bar a tomar algo.

Curiosamente, en ningún momento le pasó por la cabeza que pudiera desaparecer con el coche. Le parecía un personaje sospechoso, oscuro, pero no un ladrón.

Estaba a punto de perderlo de vista tras la esquina de la terraza cuando lo llamó:

—¡Nathan!

—¿Sí? —Se detuvo y se dio la vuelta.

Quería pedirle que intentara esquivar a los Walker, pero de pronto le pareció una preocupación absurda. ¡Qué manera de darle importancia! Y ella misma parecería una colegiala que tiene miedo de que la pillen haciendo algo prohibido. No tenía nada que esconder, no había sucedido nada que Frederic no pudiera saber. Los Walker podían enterarse de que tenía visita.

Sin embargo, deseaba con toda su alma que no lo vieran.

—Yo... Nada —dijo al fin—. Olvídelo.

Él sonrió y desapareció. Al poco oyó cómo ponía en marcha su coche.

Inmediatamente respiró aliviada. Empezaría por darse una ducha. Después llamaría a Frederic y se tomaría una copa de vino. Tenía que hacer lo posible por vencer esa sensación de agobio que la oprimía.

3

Encontró a Frederic enseguida, y para su alivio no tuvo que mentir ni ocultar nada porque él ni siquiera le preguntó cómo le había ido el día. En lugar de eso se dedicó a hablar sin parar: tenía muchas novedades que contarle, y se moría de ganas de hacerlo.

—Virginia, querida, ¿te enfadarías si me quedara en Londres unos días más? He conocido a personajes muy importantes que han mostrado interés en conocerme. Debería acudir a dos cenas y...

Ella hizo lo de siempre: fue comprensiva y lo aceptó todo. Y como siempre, no le supuso el menor esfuerzo.

—Claro, claro, quédate. No hay problema. Aquí está todo controlado.

—Vale, entonces me quedaría hasta el viernes... —Vaciló.

—¿Y bien? —Tuvo la sensación de que Frederic quería decirle algo más, y de que por algún motivo le costaba encontrar las palabras adecuadas.

—Bueno, las cenas son el martes y el miércoles; pero después, el viernes, hay una fiesta en casa de *sir* James Woodward. —El nombre no le dijo nada a Virginia, pero en su interior se encendió una señal de alarma—. *Sir* Woodward es miembro de la Cámara Baja —añadió Frederic—. Es uno de los hombres más influyentes del momento. Que te invite a una fiesta en su casa es... bueno, es lo más importante que me puede pasar, y...

Todo era siempre tan importante... Lo más importante. Lo más extraordinariamente importante. Y ella sabía perfectamente lo que él estaba a punto de pedirle.

—No, Frederic —dijo.

—¡Virginia, cariño, sólo esta vez! ¡No puedo presentarme allí sin mi esposa! Ya me he visto obligado a dar demasiadas explicaciones y empiezo a tener la sensación de que nadie me cree. O tienes la gripe o la niña está enferma o estamos haciendo obras en casa y quieres supervisarlas... Estoy quedándome sin excusas, de verdad.

—Pues invéntate algo más lógico, como un trabajo. ¡Una mujer trabajadora no puede permitirse el lujo de viajar a Londres al ritmo que marquen las ambiciones políticas de su marido!

—Vamos, te lo he explicado cientos de veces. En... en estos círculos las mujeres trabajadoras se involucran también en las carreras de sus maridos. Nadie habla del trabajo de ella.

—Entiendo. El trabajo de él es el trabajo de ella.

—Virginia...

—Se trata de un concepto de la mujer algo antediluviano, ¿no?

—En los partidos conservadores...

—¿En los partidos conservadores? Pues dime, ¿no es posible que estés en el bando equivocado? —lo interrumpió.

Él suspiró, pero no con resignación. Virginia lo conocía demasiado bien como para malinterpretarlo. Aquel suspiro escondía un gran enfado.

—Ahora no quiero discutir sobre esto —dijo, intentando contenerse—. Estoy justamente en el partido con cuyos conceptos y valores me identifico. Aspiro a una carrera en este bando. Estoy en mi derecho. Y si tú no te pasaras el día pensando en ti misma y en tus estados de ánimo quizá podrías sentirte orgullosa de mí, aunque sólo fuera por una vez, o incluso intentar apoyarme.

Sintió un creciente dolor en la nuca. Pequeñas agujas en la piel. Pronto tendría una fuerte jaqueca.

—Frederic...

Él no la dejó hablar. Estaba enfadado y frustrado.

—¡Y precisamente ahora se te ocurre sacar eso de antediluviano! Si hubieses

querido trabajar y abrirte camino por ti misma quizá tendrías derecho a quejarte, pero no has hecho nada desde que acabaste los estudios. Quiero decir profesionalmente. A lo sumo trabajillos temporales. Nada de importancia. ¡Y en ningún caso fue por mi culpa o la de mi abominable y retrógrado partido! Si hiciste algo, fue porque querías. Dime, ¿a qué dedicas todo el día? Educas a nuestra hija y sales a correr por las mañanas. ¡Eso es todo! ¡Así que no te las des de mujer emancipada!

El dolor se agudizó. Tendría que tomarse una pastilla de inmediato para evitar lo peor, pero por algún motivo se vio incapaz de decirlo, colgar el teléfono e ir al lavabo. Tenía los pies clavados al suelo y escuchaba las iracundas palabras de su marido con plejidad.

Guardaron silencio unos instantes. Frederic respiró profundamente. Ella sabía que en realidad no había querido decirle aquello y que probablemente ya estaba arrepintiéndose, pero en el fondo acababa de decirle justo lo que pensaba.

—No quiero pelearme contigo —dijo, ya más calmado—, y siento si te he herido, pero insisto en que me acompañes a la fiesta del viernes. No hay otra opción. Por favor, ven a Londres.

—Pero Kim...

—Se quedará la noche del viernes con los Walker. Los quiere mucho y ellos la tratarán como a una princesa. No hay ningún problema. ¡Virginia, por el amor de Dios, se trata sólo de una noche!

Se trataba de mucho más, pero ¿cómo explicárselo?

—Me duele mucho la cabeza —dijo por fin—, necesito tomarme una pastilla.

—Te llamaré mañana —dijo Frederic, y colgó.

Ninguna despedida. Ningún «te quiero». Estaba realmente enfadado. Frederic no solía disgustarse. Casi nunca se molestaba. Que ahora lo hubiese hecho era señal inequívoca de que su actitud lo había irritado mucho.

Porque aquella fiesta era en realidad algo «muy importante».

El dolor empezó a expandirse por su cabeza como una ola. Se arrastró hasta el baño, rebuscó en el botiquín, y cuando se acercó a la pila del lavabo observó su imagen en el espejo. Estaba blanca como el papel y sus labios tenían un tono grisáceo. Parecía un fantasma.

«Mi marido me ha pedido que lo acompañe a una fiesta que para él es muy importante. Y sólo por eso me ha entrado migraña y tengo el aspecto de un fantasma.» ¿Con esas palabras plantearía su problema a un psicoanalista? ¿Estaba preparada para una psicoterapia?

Se tragó dos pastillas, se tambaleó hasta el salón y se dejó caer en el sofá. Habría sido mejor ir hasta el dormitorio, tumbarse en la cama y bajar las persianas, pero no lo hizo porque Nathan Moor habría comprendido inmediatamente que algo iba mal. La observaba de cerca, con intensidad, y le hablaba de cosas de las que ella no quería hablar. No quería ni imaginar lo que sucedería si la veía en un estado tan lamentable.

De todos modos, enseguida se dio cuenta de que sería incapaz de fingir que se

encontraba bien. El dolor le retumbaba en la cabeza y parecía empeorar en lugar de suavizarse. O había tardado demasiado en tomarse las pastillas o se había acostumbrado ya a sus efectos. En cualquier caso, no la aliviaban como antes. Además, su desesperación aumentaba minuto a minuto; la angustiada sensación de haberse convertido en una fracasada, en un ser sin valores de verdad.

«¿A qué dedicas todo el día? Educas a nuestra hija y sales a correr por las mañanas.»

Era la primera vez que su marido le hablaba con tanta dureza, con tan poco tacto; la primera vez que le ponía delante un espejo tan cruel y que le devolvía una imagen humillante de sí misma. No tenía trabajo ni estudios, ni siquiera un proyecto de beneficencia en el que invertir tiempo y energía. Pasaba los días en aquel caserón enorme ocupándose de una niña que en un plazo no muy lejano —¿quién se lo había dicho hacía poco?, ¿Nathan Moor?— dejaría de necesitarla como hasta ahora. Paseaba por el jardín y cuando otras madres la invitaban a tomar el té se excusaba diciéndoles que tenía asuntos importantes que atender. Se negaba a apoyar la carrera política de su marido y se oponía rotundamente a todos los favores que él le pidiera en ese sentido. En los últimos tiempos, lo único que había logrado hacerla reaccionar era aquella pareja de náufragos alemanes, y, según parecía, se trataba de una nueva equivocación. Ya no se librarían de Nathan Moor, tal como había pronosticado Frederic, y eso que ella lo había acusado de insensible cuando él se lo advirtió. Ahora Moor había dormido en su casa y estaba dando un paseo por el barrio en su coche. Estaba claro: si se decidía a hacer algo para salir de su agujero, las cosas se torcían.

En algún momento empezó a llorar. Sabía que las lágrimas eran fatales para el dolor de cabeza, pero fue incapaz de reprimirlas por más tiempo. El dolor se expandió por los cojines en forma de sollozos. Hacía mucho que no lloraba; años, quizá; ya ni siquiera recordaba el motivo. Desde que estaba con Frederic jamás había sentido la necesidad de hacerlo. Todo era predecible y pacífico, rutinario y calmo, todo estaba libre de miedos y preocupaciones. Jamás se peleaban, él jamás la presionaba por nada.

Hasta ahora.

De pronto tenía exigencias. Y la hería al notar su renuencia. Le provocaba dolor de cabeza y un sentimiento de culpabilidad. Y eso apenas unas horas después de que Nathan Moor la atacase con sus preguntas y la obligase literalmente a marcharse de su propia casa. Pocas horas después de que se detuviera en un barrio depauperado y se fumara un par de cigarrillos.

¿Qué demonios le estaba pasando?

No sabía cuánto tiempo había estado ahí tumbada, llorando, pero de pronto oyó su coche, que se acercaba a la casa. Nathan Moor. Se incorporó a toda prisa y ahogó un grito de dolor. Parecía tener la cabeza llena de agujas. Intentó peinarse el pelo con las

manos, pero estaba claro que no lograría ocultar lo mal que se encontraba. Debía de tener un aspecto horrible.

Entró por la cocina —típico de él no llamar a la puerta educadamente, sino entrar en la casa como si todo aquello fuera suyo— y enseguida se plantó en el salón. Tenía buen aspecto. Parecía alegre y relajado.

O Livia se encontraba mejor o a él le importaba un comino su mujer. O ni siquiera había ido a verla.

—¿Qué hace aquí dentro? —preguntó sorprendido—. Fuera hace un tiempo fantástico y...

Se detuvo. A la luz del atardecer no le había visto la cara, pero ahora comprendió que algo no iba bien.

—¡Virginia! —dijo, y ella observó, sorprendida, que parecía asustado. Como si en realidad estuviera preocupado por ella—. ¿Qué le ha pasado? Algo va mal, ¿no? —La observó atentamente—. Ha estado llorando —añadió.

Ella se frotó los ojos como si aún estuviera a tiempo de esconderle algo.

—Me duele mucho la cabeza.

—¿Migraña?

—Algo así. Me pasa de vez en cuando. Y... —intentó esbozar una sonrisa, aunque notó que su efecto fue más bien lamentable— volví a tomarme las pastillas demasiado tarde. A veces es sólo cuestión de segundos.

Él la miró con curiosidad.

—¿Y cuándo siente esos dolores?

—Cuando cambia el tiempo, por lo general. Dicen que a partir de mañana hará más frío. Quizá sea por eso.

—Claro. Quizá. —No parecía demasiado convencido. Y volvió a darle una muestra de su clarividencia al preguntarle—: ¿Ya ha llamado a su marido?

—Mi dolor de cabeza no tiene nada que ver con él.

—¿Empezó en la nuca?

—Sí.

—¿Puedo?

Sin esperar respuesta, se plantó detrás del sofá, se inclinó y empezó a hacerle un masaje en el cuello y los hombros. Tenía manos fuertes y rugosas, pero sus movimientos eran suaves y expertos. Parecía saber perfectamente qué puntos tocar y cómo hacerlo. A veces ella sentía un ligero dolor, pero nada que no pudiera soportar. Y la tensión de la espalda, la contracción de su nuca, pareció remitir un poco.

—¿Quién le ha enseñado a hacer esto?

—Nadie. Sigo mi instinto. ¿Le duele menos?

Ella estaba sorprendida.

—Sí, la verdad es que sí.

Nathan continuó con el masaje.

—Sus músculos empiezan a distenderse. ¿Qué la ha puesto tan tensa? ¿Por qué se

ha angustiado tanto?

—El tiempo, que está a punto de cambiar.

Él rió en voz baja.

—Desde luego, el cambio de tiempo le viene que ni pintado, ¿eh? Le presionó un punto del cuello que esta vez le hizo daño de verdad.

—¡Ay! —se quejó.

—Ése era el peor nudo —dijo él—, el que la hizo llorar.

Siguió tocando esa zona, ahora más suavemente, y Virginia notó que unos tenues escalofríos le recorrían la cabeza, se condensaban en el cuello y descendían por la columna vertebral. Algo estaba desapareciendo. No era sólo que sus músculos se relajaran, sino algo que... algo diferente... Para su desespero, y sin la menor posibilidad de evitarlo, las lágrimas volvieron a resbalarle por las mejillas.

«¡No! —pensó presa del pánico—, ¡ahora no!»

Pero ya era demasiado tarde. Lloró a mares, más que antes, como si en algún lugar se hubiese roto un dique y las aguas de algún río se hubiesen desbordado. Se hundió en el sofá, sacudida por sus propios sollozos, y notó que Nathan Moor se le acercaba y la abrazaba.

—Ya está —le dijo suavemente—, ya pasó todo. Llore, Virginia, llore usted cuanto quiera. Es importante que lo haga. Llevaba tiempo sin permitirselo, ¿eh? Demasiado tiempo.

Le acariciaba el pelo lenta, suavemente. De su cuerpo emanaba una gran fuerza, al tiempo que una ternura especial.

—Lo lamento —dijo ella.

—No diga eso. ¿Qué lamenta? ¿Qué es lo que lamenta, Virginia?

Levantó la cabeza y lo miró con los ojos anegados en lágrimas.

—Michael... —dijo, y en ese mismo segundo se preguntó muerta de miedo cómo podía haber dicho aquello, por qué había pronunciado el nombre de Michael.

Nathan no dejó de acariciarle el pelo.

—¿Quién es Michael, Virginia?

Ella se libró de su abrazo y se precipitó hacia la pila de la cocina, donde llegó por los pelos.

Él la siguió. Le sostuvo la cabeza y le apartó el pelo para que no se le ensuciara mientras vomitaba como si nunca fuera a dejar de hacerlo.

Cuando al fin paró y se incorporó, las piernas le temblaban. Estaba tan débil que no se veía capaz de separarse del mármol y llegar hasta una de las sillas que rodeaban la mesa de la cocina.

Sabía que estaba a punto de hablarle de Michael.

Cuando tenían siete años juraron que se casarían. Cualquier otra cosa era impensable. Se querían tanto que parecía imposible que algún día fueran capaces de amar a otro.

A los doce renovaron su promesa de un modo más solemne y ceremonioso. A esas alturas ya les habían explicado que los primos de sangre no deberían casarse entre sí, y sospechaban que los adultos pondrían ciertas dificultades en su camino, lo cual no hacía sino volverlo todo más romántico y emocionante. La llamada alta sociedad nunca los aceptaría, serían repudiados por su propia familia, y sus conocidos cambiarían de acera al verlos pasar. Podían pasarse horas imaginándose su vida como repudiados, tiñéndola de los colores más tétricos y angustiosos, y sentían un agradable cosquilleo al pensar en el otro. Porque lo mejor de todo aquello era la certeza de que, pasara lo que pasase, jamás estarían solos. Se tenían el uno al otro, para siempre. Era una isla en medio de un mar enemigo.

¿Qué podría pasarles?

Nacieron el mismo año, con pocos meses de diferencia. Virginia Delaney llegó al mundo un 3 de febrero, y Michael Clark un 8 de julio. Sus madres eran hermanas, tenían una relación muy estrecha, y sus proyectos vitales les habían permitido siempre la opción de no separarse demasiado. Pudieron instalarse con sus maridos en dos casas vecinas, en Londres, y tener a sus hijos el mismo año, muy cerca el uno del otro. Habían deseado que Michael y Virginia crecieran como hermanos y ello implicaba que desarrollaran un amor fraternal recíproco. Nadie pensó que aquel amor pudiera ser tan intenso y desmesurado, y las hermanas sentían algo de angustia al verlo, el eco de una amenaza, pero se tranquilizaban diciéndose que no eran más que unos niños y que en la pubertad todo se pondría en su lugar.

La infancia que Michael y Virginia compartieron fue maravillosa. Iban juntos al colegio, hacían juntos los deberes y se protegían mutuamente de los niños más fuertes, mayores o camorristas. Para ser exactos, era Virginia la que protegía a Michael. No sólo por la edad, sino por la seguridad en sí misma, la fuerza y la dificultad para asustarse. Michael, siempre algo más débil y dócil, tenía dificultades con los demás niños. Nunca lo tomaban en serio y se reían de él diciéndole que era un niño de mamá. El hecho de que siempre estuviera acompañado por su prima, que no dudaba en liarse a puñetazos con todo aquel que se metiera con él, no ayudaba precisamente a librarlo de aquella etiqueta, aunque sí evitaba que lo insultasen sin más. Nadie quería tener que vérselas con Virginia Delaney. Como sabían hasta los más fuertes, aquella niña podía ser muy desagradable. Michael Clark era su protegido. Su etapa de estudiante fue difícil y estuvo llena de humillaciones y bromas pesadas, pero gracias a Virginia, al menos, sólo le quedaron los cuchicheos y algunas miradas provocativas que con el tiempo aprendió a soslayar.

Eran carne y uña. El pequeño jardín que quedaba detrás de sus casas era el escenario de sus fantásticos y maravillosos juegos, llenos de aventuras y peligros. Eran indios y piratas, príncipes y princesas. En verano patinaban por los parques de

Londres y en otoño recorrían la ciudad cogidos de la mano, buscando cosas desconocidas. Preparaban galletas de Navidad y admiraban el escaparate de la juguetería de Harrod's; y ambos ahorraban lo que podían para regalar al otro lo que más quería. En las vacaciones de verano iban con sus padres a visitar a sus abuelos a Cornwall, en la costa, y aquellas semanas de total libertad eran lo que más esperaban todo el año. Los abuelos tenían una casita rodeada de un jardín enorme y descuidado; y si saltabas la verja de la parte de atrás y recorrías un camino entre arbustos de retama y saúco, llegabas al mar. En el jardín de los abuelos había manzanos y cerezos a los que podían trepar y tomar toda la fruta que quisieran, hasta que les doliera la barriga. Evidentemente, Virginia y Michael tenían su propia casa en un árbol, y allí guardaban todos los tesoros que recopilaban en sus vacaciones: conchas y piedras de extrañas formas y colores, flores secas, libros llenos de arena y de marcas y dobleces, notitas que se habían escrito mutuamente en un código secreto que sólo ellos sabían descifrar... Durante las vacaciones no tenían un horario fijo para comer, y nadie les decía a qué hora tenían que irse a dormir o cuántas veces debían lavarse los pies. Al anoecer tenían que aparecer por casa, pero no les resultaba difícil escaparse del pequeño dormitorio que compartían, saltar al tejado del cobertizo y luego al bidón con agua de lluvia y perderse por fin en la oscuridad de la noche. A ambos les encantaba zambullirse en el mar a la luz de la luna y nadar en aquel espacio oscuro, impresionante y amenazador, sabiendo que el otro estaba a su lado. Lo hacían a menudo, y después se tumbaban en la arena aún caliente a charlar, o a dormir un rato, y a veces volvían a casa cuando ya estaba amaneciendo.

Fue una de aquellas claras noches de verano, en su bahía secreta, cuando Michael besó a Virginia por primera vez. Fue uno de aquellos besos que se mencionaban en los libros, no uno de los otros, ingenuos y fraternales, que por supuesto se habían dado miles de veces. Hacía cuatro semanas que Michael había cumplido catorce años. Virginia lo había hecho antes, en febrero. Aquel año ella había dejado de leer libros sobre caballos e internados, y había empezado con las novelas «de verdad», en concreto con aquellas que a su madre no le habría gustado encontrar en su habitación. Bonitas mujeres y hombres fuertes, y todas las cosas que hacían entre sí. Ya había hablado a Michael de todo aquello, pero le pareció que él, que por entonces leía a Robinson Crusoe y Tom Sawyer, no entendía su fascinación por aquellas novelas. Aunque algo sí había comprendido: que su amada se encontraba en un punto de su vida que él ni siquiera conocía, pero del que sabía intuitivamente que no tardaría en llegar. Ella le había contado lo suficiente como para que él supiera la clase de beso que deseaba, y lo hizo lo mejor que pudo.

Para Virginia fue el primer beso de verdad. La primera vez que se quedó desnuda en la arena y un hombre se inclinó sobre ella, le introdujo la lengua en la boca y se fundió con ella en un beso que duró varios minutos. Era exactamente aquello que había leído tantas veces.

Cuando acabaron, Virginia supo que Michael no iba a ser el hombre que

despertara en ella los sentimientos que tendrían que haber brotado en aquel instante.

Lo amaba con todo su corazón.

Pero su cuerpo no reaccionó a las caricias.

A partir de entonces ya nada fue igual. No hablaron del tema —fue la primera vez que no hablaron de algo que les preocupaba a los dos—, pero ambos supieron lo que pasaba. En una especie de acuerdo tácito y sobrentendido, jamás volvieron a mencionar el matrimonio. Y a partir del otoño siguiente, justo después de aquel verano decisivo, empezaron a tomar caminos diferentes. Michael siguió siendo el joven introvertido y tímido de siempre, volcado en su propio mundo y amante de los libros y la música, pero Virginia descubrió el mundo que la rodeaba. Y cuanto más veía, más le gustaba. Se maquillaba, llevaba minifaldas y se integró en una pandilla alegre y escandalosa que recorría los bares y discotecas de todo Londres. Tuvo muchas y fuertes discusiones con su madre, que consideraba que iba siempre demasiado provocativa, pero al final se salía siempre con la suya porque no daba el brazo a torcer. Disfrutó a tope del invierno, adelgazó mucho y bajó su rendimiento en el colegio, pero tuvo muchas citas e infinidad de admiradores.

Un brumoso día de enero, Michael se presentó en su casa sin avisarle y la descubrió en su habitación fumando un cigarrillo. Al abrirse la puerta Virginia creyó que se trataba de su madre y lo apagó a toda prisa, lo cual no dejaba de ser una tontería, porque la habitación estaba llena de humo.

—Ah, eres tú —dijo cuando vio la cabeza de Michael—. ¡Vaya susto me has dado!

—Perdona —dijo él.

Entró y cerró la puerta. A aquellas alturas ya no iban al mismo colegio, así que Virginia llevaba tiempo sin verlo. Estaba muy alto, aunque demasiado delgado, y tenía las mejillas hundidas. Le preocupó su mal aspecto.

—¿Qué pasa? —le dijo—. ¿Estás enfermo?

—¿Conque ahora fumas? —replicó él, indignado, en lugar de responderle.

—A veces.

—Seguro que todos tus nuevos amigos fuman.

—La mayoría.

—Mmm.

No le parecía bien, lo supo de inmediato, pero Michael jamás la habría criticado abiertamente. Se sentó junto a ella en la cama y se quedó mirando la pared.

—Mis padres van a separarse —dijo de pronto.

—¿Qué?

—Me lo dijo mi madre. Ayer. Aunque ya me lo esperaba.

—Pero... ¿cómo? Quiero decir... ¿qué ha pasado?

—Mi padre ha conocido a otra mujer. Está con ella desde el año pasado, desde

octubre. Mi madre lleva llorando desde entonces. Ha pasado días sin dormir en casa. —Se encogió de hombros—. Ya ves, por lo visto ha ganado la nueva.

—¡Madre mía! ¿La conoces?

—No. Sólo sé que es norteamericana y que papá quiere irse con ella a San Francisco.

—¿Tan lejos?

Michael asintió.

—Por supuesto, yo me quedaré con mamá. Es muy duro para ella. No hace más que llorar.

Sintiéndose culpable, Virginia pensó en lo poco que se había preocupado por la familia últimamente. No se había enterado de que los Clark, justo en la casa de al lado, vivían una tragedia. Incluso era posible que sus padres tampoco lo supieran, porque nadie le había dicho nada.

—Ay, Michael —dijo con cierta torpeza, y por primera vez sintió vergüenza al abrazarlo—, lo siento mucho. De verdad. ¿Seguro que tu padre no va a volver?

—No creo. De hecho ya vive más con ella que con nosotros. Y por lo visto ha empezado a hacer gestiones en Estados Unidos por cuestiones laborales. Lo único que quiere es marcharse de aquí.

Virginia se preguntó cómo era posible abandonar a un hijo tan bueno como Michael y a una mujer tan agradable como su tía, pero no cabía duda de que el comportamiento de los hombres a menudo venía determinado por otros criterios. Se sintió indignada con su tío por poner tan triste a Michael. Pero entonces pensó que quizá lo hubiesen movido los mismos motivos que a ella la habían llevado a romper tácitamente el compromiso con su primo: la ausencia del erotismo necesario en la relación. Por muy superficial que pareciera, a aquellas alturas sabía la fuerza que tenía la sexualidad y la melancolía que acompañaba a su ausencia. Quizá la norteamericana le daba algo que su matrimonio había dejado atrás hacía tiempo.

Compadeció a Michael, que pasó una primavera espantosa y atormentada intentando animar a su llorosa y desconsolada madre, pero tampoco sufrió demasiado porque tenía su propia vida llena de nuevas experiencias y acontecimientos. A principios de marzo, justo después de cumplir quince años, se acostó por primera vez con un chico. Él tenía diecinueve y era el guapo y algo engreído hijo de una adinerada familia londinense. Lo había conocido en una discoteca y le había dicho que tenía diecisiete años, cosa que él, por lo visto, creyó. Nicholas tenía su propio coche, y su asiento trasero se convirtió en el escenario de su encuentro sexual. Virginia lo encontraba extraordinariamente atractivo, aunque no demasiado simpático, y desde luego no lo quería ni de lejos como había querido a Michael, pero comprendió que, en contra de lo que le decía siempre su madre, el sexo y el amor no tenían que ir necesariamente ligados. Por cuanto hacía a Nicholas, su cuerpo parecía provocarle todos esos síntomas de la pasión y el deseo sobre los que tanto había leído. Era fantástico acostarse con él. Era una delicia besarle. Mecerse lentamente

hasta fundirse con él en una pista de baile levemente iluminada. Deambular por la ciudad estrechamente abrazados. Al principio todo le parecía poco. Salieron juntos un año y medio, salvo una crisis que duró un mes a raíz de que él supo que Virginia le había mentado con la edad. Estuvo enfadado una temporada, pero estaba demasiado encaprichado con aquella chiquilla guapa y rubia como para querer cortar con ella realmente. Juntos vivieron cosas emocionantes, Nicholas disponía siempre de mucho dinero para gastar. Iban a las discotecas más lujosas y más de moda, cuya entrada habría sido prohibitiva para la paga de Virginia, a restaurantes caros, a ver partidos de tenis en Wimbledon y carreras de caballos en Ascot. Para ella era una vida nueva, un mundo nuevo, y lo disfrutó todo lo que pudo.

Mientras tanto, el padre de Michael se marchó definitivamente de casa y hasta pidió el divorcio, a lo que la madre de Michael, por entonces profundamente depresiva, no tuvo fuerzas para negarse. En la época que Virginia, por entonces ya de dieciséis años, se separaba de Nicholas —el dinero y el *glamour* habían perdido su atractivo inicial y entre ellos nunca había habido amor verdadero—, la madre de Michael estaba psicológicamente tan enferma que su hijo se convirtió en una especie de enfermera. En lugar de dedicarse por fin a vivir su propia vida —o a descubrir al menos en qué consistía—, tuvo que acompañar a su madre a sus terapias y pasarse fines de semana enteros escuchando pacientemente la historia de su matrimonio y su separación. Dos años después, cuando murió de un ataque al corazón provocado por una sobredosis de medicamentos que nadie supo si ingirió voluntariamente o por error, el joven Michael, con dieciocho años recién cumplidos, pasó una buena temporada sin saber con qué llenar el repentino vacío de su vida. Fue la época en que comenzaron sus propias depresiones.

La única que le quedaba era Virginia, la compañera de su infancia. Ella acababa de prometerse con un joven y adinerado canadiense de veinte años y se había marchado a Vancouver. Pero un año antes de su boda lo abandonó y volvió a Inglaterra. Era un joven demasiado agresivo. Después de aquello, Virginia también pasó una mala temporada. Necesitaba algo a lo que agarrarse, y fue casi inevitable que ambos se lanzaran de nuevo uno al otro con los brazos abiertos. Agotados y frustrados como estaban, hablaban a menudo por teléfono, se veían casi a diario, redescubrieron viejos sentimientos y recuperaron aquella intimidad que habían tardado años en construir. Cuando Virginia se matriculó en Cambridge para estudiar Literatura, dieron por sentado que Michael también iría allí. Él quería cursar Historia e intentar acceder a una cátedra.

Se instalaron en un piso minúsculo, sólo una habitación y una pequeña cocina con barra americana. Tenían muchos amigos y una agradable vida social. A remolque de Virginia, Michael perdió algo de su tendencia a mostrarse como un tipo raro, más bien huraño, y se volvió más abierto y divertido. Virginia, por su parte, no tardó en recuperar su alegre vitalidad, aunque, debido a sus estudios, procuraba llevar una vida más ordenada.

También cambió externamente. Los vestidos de marca y los zapatos de tacón que llevó en Vancouver cayeron en el olvido, y en su lugar aparecieron los tejanos gastados, los jerséis negros, la bisutería de plata y un maquillaje más bien oscuro. Fumaba bastante y formaba parte de los círculos literarios de la universidad. Por fin leyó los libros que había dejado de lado durante la pubertad, ocupada como estaba en mantener efímeras relaciones amorosas.

Asistía a muchas fiestas, bebía demasiado y no dormía lo suficiente, y a veces flirteaba con otros hombres, lo cual era motivo de sonadas disputas con Michael. Todo lo sonadas que éste era capaz de soportar. Michael lloraba y se quejaba, y Virginia se ponía agresiva. Le aburría acostarse con él, pero no intentó hacerlo con nadie más. Se sentía protegida, y durante un tiempo no quiso echar a perder aquella agradable sensación por culpa de un lío esporádico.

Hasta que conoció a Andrew Stewart. Entonces, como sucediera aquel verano hacía muchos años, cuando su maravillosa infancia junto a Michael se acabó de pronto, su vida cambió por completo una vez más.

Acababa de encontrar el amor de su vida.

5

Había oscurecido de tal modo que apenas podían reconocerse entre las sombras. Fuera, tras la ventana, llovía a mares. Había llegado el anunciado cambio de tiempo. El verano se había acabado.

Después de vomitar varias veces tuvo que esperar un buen rato para poder moverse con normalidad. Había ido al baño, se había lavado la cara y cepillado los dientes a fondo para eliminar el sabor ácido que se le había quedado en la boca. Su rostro pálido y sus ojos abiertos como platos seguían pareciéndole los de una extraña.

«¿Qué me ha pasado? —se preguntó—. ¡Si todo iba bien!»

Pero aquello no era cierto. Nada iba bien, y lo sabía perfectamente. Pero hasta entonces había logrado reprimir lo que guardaba dentro, mantener dormido lo que no había logrado superar. De algún modo, había sido capaz de pasar años sin pensar en Michael. Sin pensar en nada que le recordara al tiempo previo a su boda con Frederic Quentin. Y sin embargo, desde que aquella pareja de alemanes se había cruzado en su camino, sobre todo Nathan...

Tendría que haber hecho caso a Frederic y dejar las cosas como estaban. Desde luego, él no podía saber el alud que provocaría todo aquello, pero parecía haberlo intuido de algún modo. Le había aconsejado que se estuviera quieta con más vehemencia que nunca.

«Tendría que ir al comedor y decirle a Nathan Moor que desaparezca de una vez por todas —pensó—. Para siempre.»

Evidentemente, aquello no habría bastado para resolver sus problemas. Moor no

era el único que le creaba dificultades. Su dolor de cabeza, sus nervios a flor de piel, habían sido provocados por el propio Frederic. Su paciencia, su valoración positiva de todo lo que ella hacía o dejaba de hacer, eran la piedra angular de su proyecto de represión y olvido. Al exigirle, al enfadarse con ella, al reclamar su lealtad, había desestabilizado el edificio de sus sentimientos. El desplome era inminente. Ya no podría evitarlo.

Volvió a la cocina, pero Nathan ya no estaba allí. Lo encontró en el salón, sirviéndose un Sherry con tanta naturalidad como si viviese allí hacía años. Con absoluta despreocupación. Pero esta vez Virginia no se enfadó. Al contrario, aquella actitud le proporcionó cierta seguridad.

—¿Está mejor? —preguntó él.

Ella asintió con la cabeza, pero rehusó tomar un Sherry.

—No, gracias. Me temo que mi estómago no lo soportaría.

—Quería hablarme de Michael —dijo él, sin andarse por las ramas.

Ella se sentó en el sofá y levantó las piernas, doblándolas ante sí como un escudo protector y rodeándolas con los brazos. Esperaba que en esta ocasión Nathan no se sentara junto a ella, como antes, cuando le dio el masaje en la nuca. Y él pareció notarlo, porque escogió un sillón frente a ella, al otro lado de la baja pero amplia mesilla de madera que había junto al sofá.

Al principio no supo cómo empezar, y estuvo a punto de rogarle que se olvidara de todo y simulara que nunca había oído el nombre de Michael, pero sólo de pensar en echarse atrás volvió a tener dolor de cabeza, un dolor suave pero penetrante, y su cuerpo se contrajo de nuevo.

Nathan se inclinó y la miró directamente a los ojos.

—Yo diría que debería librarse de lo que la oprime —dijo muy serio—. Desahóguese o enfermará. Sea lo que sea, Michael es un tema pendiente que domina su vida. No tiene que contármelo si no quiere, pero al menos búsquese un psicólogo en quien confiar. No podrá con ello si está sola.

Hacía dos o tres años, Frederic también le había recomendado que fuera a un psicólogo. Fue una época en la que sus ataques de pánico se sucedían con frecuencia. La palabra «psicólogo» la había horrorizado de tal modo que Frederic se retractó inmediatamente y nunca volvió a mencionarlo. Una vez más, ella levantó ambos brazos en señal de negación.

—No, no necesito un psicólogo. En realidad todo va bien, es sólo...

—Michael —la interrumpió él con dulzura—. Es sólo Michael, ¿no? Pues bien, ¿qué pasa con Michael? ¿Quién es Michael?

Le había dado un punto de apoyo, algo para comenzar: quería saber quién era Michael. Bueno, podría empezar con su infancia. Con la suya y la de Michael. Eso era soportable, no le provocaría dolor. Empezó a hablar entrecortadamente, tartamudeando, haciendo un gran esfuerzo, pero cada vez con más fluidez y franqueza. La creciente oscuridad la ayudó a sincerarse. Eso y el hecho de que

Nathan la detuviera cuando hizo amago de encender una lámpara. Él estaba ahí; podía ver su silueta, oír su respiración. Pero no tenía la obligación de ver las muecas que iban reflejándose en su cara. En algún momento de su relato, la lluvia se añadió como suave música de fondo. Se vio capaz de hablar de cosas que jamás había confiado a nadie: su juventud libre y desenfrenada, sus ganas de vivir, su ligereza, su desconsideración, su curiosidad. Pudo hablar de los hombres que tuvo y rechazó, de los errores cometidos, de los malos vicios cultivados. Nathan no la interrumpió ni una vez, pero ella sentía que la escuchaba atentamente. Y sobre todo lo que decía flotaba la palabra «joven».

Ella era joven. Todo se perdonaba porque era tan joven...

Se detuvo cuando apareció Andrew Stewart, porque a partir de aquel momento había dejado de ser joven. Desconocía el motivo de que aquella dura inflexión vital hubiese ocurrido precisamente entonces, pero lo cierto es que lo sentía así. Quizá fuese sólo eso, un sentimiento. Con Andrew Stewart se hizo adulta. No dejó de ser desenfrenada ni imprudente, pero sí joven.

—¿Qué edad tenía cuando conoció a Stewart? —preguntó Nathan.

Era la primera vez que rompía su silencio en varias horas. Había seguido unos minutos callados después de que ella pronunciara sus últimas palabras, pero entonces había comprendido que ella no pensaba añadir más por el momento.

—Veintiuno —respondió—. Tenía veintiún años.

—Una estudiante de veintiún años que ya había vivido mucho, ¿eh?

Asintió, aunque él no pudo verla. Pero lo intuyó.

—La chica que me ha descrito —dijo— es la que aparece en la fotografía de Roma. Era usted guapísima, Virginia. ¡Y estaba llena de vida!

—Sí. De vida. Cuando echo la vista atrás eso es lo primero que me viene a la cabeza. La vida. He vivido tanto, y tan intensamente...

—¿Andrew Stewart también estudiaba?

—No. Ya había acabado la carrera y trabajaba como abogado. Empezaba a abrirse camino en un conocido bufete de Cambridge. Su padre lo ayudó a entrar. Los Stewart tenían muy buenos contactos. Nos conocimos en la fiesta de una amiga de él, que a su vez conocía a un amigo de Michael. Pero yo fui sola a la fiesta porque Michael tenía gripe. Empezamos a hablar y... mi vida cambió por completo.

Oyó que Nathan se levantaba. Se movía con seguridad, sin tropezarse, por la oscura habitación. Encendió la lámpara junto a la ventana. La luz brilló de un modo tan repentino que Virginia tuvo que cerrar los ojos un instante. Pero se trataba de una iluminación suave y agradable que no le molestó.

—No tenemos que estar a oscuras, ¿no? —dijo Nathan.

Se veía alto y oscuro junto a la ventana. Un desconocido. Un completo desconocido. «¿Por qué explico a este hombre tantas cosas sobre mí?», se preguntó ella.

Dio unos pasos hacia ella, pero no volvió a sentarse.

—¿Fue amor a primera vista? —le preguntó. Ella asintió.

—Por lo que a mí respecta, sí.

—¿Para él no?

—Sí, pero...

—¿Pero?

Ella añadió en voz baja:

—Después cambió.

—¿Habló usted a Michael de Andrew? ¿Se separó de él?

—No. Michael no se enteró de nada. Y yo no me separé de él. Todo siguió igual entre nosotros. Sólo que...

—Sólo que usted tenía al mismo tiempo otra relación.

—Así es.

—Qué extraño. ¿En un amor a primera vista? ¿Por qué lo mantuvieron en secreto? ¿Por qué se callaron? ¿Andrew Stewart estaba de acuerdo en que siguiera usted viviendo con su novio?

Se sintió atacada.

—¿Qué quiere que le diga?

Él levantó las manos en son de paz.

—Nada. Nada que no quiera decirme.

Había sido un error hablar con él. Había sido un error preocuparse por ellos tras su naufragio. Llevaba días cometiendo errores, una cosa llevaba a la otra y al final todo iba mal.

—Creo que me voy a dormir —dijo—. Estoy agotada.

Salió de la habitación sin desearle buenas noches. Fuera, en la escalera, se presionó las sientes, en las que el pulso le latía con fuerza. Ojalá no volviera el dolor de cabeza. Ya tenía suficiente con todas esas recurrentes imágenes y recuerdos del pasado.

Llevaban tanto tiempo reprimidos... Quizá fuera mejor dejar las cosas como estaban. Jamás había hablado de aquello con nadie.

¿Por qué hacerlo precisamente con un extraño?

Lunes 28 de agosto

1

A la mañana siguiente, mientras Virginia bajaba la escalera tras una noche de pesadillas e inquietudes dando vueltas en la cama, sonó el teléfono. No eran aún las siete y media, y por lo general nadie llamaba a horas tan intempestivas. Por un instante jugó con la idea de no hacer caso de los timbrazos. Era un día festivo, y era una incorrección llamar a alguien tan pronto. De todos modos, estaba casi segura de que se trataba de Frederic. Aunque aquel día muchos establecimientos permanecían abiertos, los bancos estaban tradicionalmente cerrados, así que no tenía que ir a trabajar. Fue al salón y cogió el teléfono.

—¿Sí? —dijo en voz baja.

—Soy yo, Frederic. Espero no haberte despertado...

—No, ya me había levantado.

—¿Se te ha pasado el dolor de cabeza de ayer?

—No.

Él calló unos segundos.

—Lo siento —le dijo—. No esperaba molestarte tanto.

—No pasa nada. Ahora ya está.

—Virginia... —Era evidente que le costaba importunarla de nuevo—. Virginia, te juro que no quiero presionarte pero... ¿has reflexionado sobre lo que te pedí ayer?

Desde luego, no pensaba que el asunto estuviera zanjado, pero de algún modo había creído que Frederic dejaría pasar más tiempo antes de volver a sacar el tema.

—He tenido una jaqueca terrible —dijo—; no he podido pensar en nada.

Él suspiró.

—No logro entender qué hay en esto que te exija tanta reflexión, la verdad.

No quería enfadarse, pero su voz sonó muy fría al responder.

—¡Y yo no logro entender por qué no puedes hacer tú solito tu carrera, la verdad!

Sabía que él habría podido colgarle sin más, pero por lo visto necesitaba su colaboración porque, haciendo alarde de un tono especialmente calmado que evidenciaba su autocontrol, le respondió:

—Vamos, no nos peleemos. Creo que te he dejado bien claro por qué te necesito. ¿Por qué no lo intentas, al menos una vez? Lo único que tienes que hacer es meter un vestido bonito en la maleta y coger el tren a Londres, o pedirle a Jack que te traiga en su coche. Iremos juntos a la fiesta, y te prometo que si después sigue pareciéndote algo horrible no volveré a pedirte nada igual.

Lo hacía bien, Virginia tenía que admitirlo. Se mostraba dócil y amable y

aprovechaba para informarle que no pensaba agobiarla continuamente con esa clase de cosas.

«¿Por qué no lo intentas, al menos una vez?», se dijo. Se sentía tan miserable, tan injusta... no debería negarse más, pero el mero hecho de imaginarse en una fiesta rodeada de desconocidos que sin duda la mirarían de arriba abajo sin ningún reparo, y quizá también la juzgarían arqueando las cejas, le producía un pavor insuperable y el riesgo de volver a tener dolor de cabeza.

—Me lo pensaré —dijo—. Te lo prometo. De verdad. Me lo pensaré.

Aquella no era la respuesta que él esperaba, pero pareció comprender que en ese momento no iba a lograr nada más.

—Avísame cuando te decidas —dijo, y colgó.

«¡Hace mucho que me he decidido y lo sabes! —pensó ella—. ¿Por qué no me dejas tranquila? ¿Por qué me haces sentir como si fuera alguien horrible?»

Fue a la cocina. Le llegó un olor a café recién hecho y huevos revueltos con beicon. Nathan estaba junto a la encimera, sacando de la tostadora dos rebanadas de pan levemente doradas y poniéndolas en la panera.

—Buenos días —le dijo—. ¿Ya se ha despertado?

—Ya era hora.

Con cierta desconfianza, observó la naturalidad con que él se movía por su cocina. Llevaba tejanos y una camiseta algo estrecha.

Tenía los hombros anchos y los brazos musculosos. Al mirarla más de cerca, se dio cuenta de que la camiseta era de Frederic, menos atlético que él. Nathan habría necesitado una talla más.

—Tendría que llevar camisetas de su talla —le dijo.

—¿Cómo? —Bajó la vista y se miró—. Ah. Es que no es mía. La encontré en su lavadero, en un montón de ropa para planchar. Mis cosas estaban muy sucias y pensé que... Espero que no le importe.

—No; está bien.

El lavadero estaba en el sótano. ¿Por qué había bajado hasta el sótano? ¿Por qué andaba por su casa con tanta desfachatez? De pronto se sintió angustiada al pensar que ella había estado en su cama, durmiendo, mientras aquel hombre recorría y observaba toda su casa. Aquella noche cerraría todas las puertas, suponiendo que él siguiera allí.

Claro que seguiría allí, pensó con resignación. A no ser que lo echara, él no se marcharía sin más.

—En realidad quería ir a correr un rato —dijo—, pero me he quedado dormida. Nunca me pasa.

—Ayer por la tarde hizo usted un gran esfuerzo emocional. Es normal que estuviera cansada. Y sobre el *footing*... no lo lamente demasiado, porque fuera llueve a cántaros y hace bastante frío.

Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que la cocina estaba más

sombría de lo normal. Vio la lluvia cayendo como una cortina por la ventana.

—El otoño ha llegado de golpe —dijo.

—Ya casi estamos en septiembre —respondió Nathan—. Aún tendremos algunos días buenos, pero después de esto el ambiente refrescará y ya no habrá calor.

De pronto ella se sintió triste y sorprendentemente débil.

Él lo notó.

—Venga. Lo que ahora necesita es un buen café. Y una tostada con huevos revueltos. La verdad es que me salen bastante buenos.

Con gran esmero le sirvió el desayuno en un plato. Virginia se dejó caer en una silla, junto a la mesa, admirada de lo agradable que resultaba que alguien cuidara de ella, y tomó un sorbo de café. Estaba perfecto. Fuerte y con cuerpo, pero no amargo.

—También le sale bueno el café.

Él rió.

—En casa soy el encargado de la cocina. Se adquiere experiencia con el paso de los años.

La mención de su casa hizo reaccionar a Virginia.

—¡Oh! Ayer ni siquiera se lo pregunté. ¿Cómo está Livia?

—Ni mejor ni peor. —No se encogió de hombros al decirlo, pero sonó como si lo hiciera. Con bastante indiferencia.

—Pero ¿fue a verla? —Nathan había regresado tan alegre y relajado de su visita al hospital que ella había barajado la posibilidad de que ni siquiera hubiese ido.

La miró divertido. Había tomado asiento frente a ella y se había servido otro café. Pero no probó los huevos ni la tostada.

—¿Y por qué no habría de haber ido? Para eso le pedí el coche, ¿no?

Se sintió ridícula.

—Es sólo que pensé... parecía usted tan tranquilo... Creo que si mi marido estuviera en el hospital con una conmoción, yo estaría muy deprimida.

—Pero eso no cambiaría nada.

—No, claro que no. —Y con sobriedad deliberada añadió—: ¿Qué dicen los médicos? Habrá hablado con alguno, ¿no? ¿Cuándo empezará a mejorar su mujer?

Esta vez Nathan sí se encogió de hombros.

—Son bastante cautos con los pronósticos. Para empezar, es importante reanimarla físicamente. Para la mente será necesario ingresarla en otro tipo de clínica.

—¿Quiere decir que tendrá que ir a un psiquiátrico?

—Es posible. Yo no lo descartaría. Psíquicamente siempre ha sido bastante... inestable. Y lo del barco ha representado una catástrofe para ella.

Virginia se puso a pensar en el mejor modo de plantear el tema «regreso a Alemania». Quizá podría preguntarle por las clínicas «alemanas»... O hablarle directamente de la embajada alemana... O preguntarle sin más reparos cuándo tenía pensado volver a su país...

Pero mientras pensaba en todo eso y se enfrentaba a sus escrúpulos, él, sin venir a

cuento, dijo:

—Ha vuelto a desaparecer una niña de la zona.

—¿Qué?

—Tenía la tele encendida mientras preparaba el desayuno. Han dado la noticia de que hace poco, en esta zona, raptaron a una niña que después apareció muerta, y ayer desapareció otra.

—¡Dios mío! —Lo miró petrificada y olvidó por completo sus intenciones de librarse de él—. ¿Una niña de King's Lynn?

—Sí. Han dicho su nombre, pero ya no lo recuerdo. Salió de casa para ir al servicio religioso, pero no llegó a la parroquia. Y desde entonces no han vuelto a verla.

—¡Qué horror! ¡Qué horror para los padres! —Se llevó de nuevo el tenedor a la boca, pero no pudo tragar a gusto aquellos huevos, aunque antes le habían gustado—. No debería perder de vista a mi hija ni un segundo.

—En casa de otra familia y acompañada de otra niña no le pasará nada —le dijo Nathan, tranquilizándola—, y en su casa tampoco. Pero no debería dejarla sola por la zona.

—Desde luego que no. —Apartó el plato—. Nathan, sus huevos revueltos estaban buenísimos, pero me temo que se me ha cerrado el estómago...

Él la miró preocupado.

—No debería habérselo contado.

—Me habría enterado igualmente.

—¿Qué va a hacer esta mañana? ¿Qué suele hacer en una mañana tan fría y lluviosa?

—No lo sé. Esta tarde iré a King's Lynn a comprar. Luego iré a visitar a Livia y a recoger a Kim.

Él asintió.

—Buen plan.

Ella sujetó con fuerza su taza de café. La porcelana estaba caliente y el calor parecía extenderse desde sus manos a todo el cuerpo. Un sentimiento consolador y tranquilizador. El cambio de tiempo la deprimía. De pronto su casa, su adorado y conocido refugio, le parecía oscuro y frío. Y si le añadía la noticia de la niña desaparecida, la insistencia y susceptibilidad de Frederic, la sensación de que se había equivocado en algo con Nathan y Livia y estaba perdiendo el control... Sí, el único consuelo que tenía era aquella taza de buen café, y el calor que aún salía del horno después de que Nathan hubiera puesto los huevos en él.

Él se inclinó hacia delante. Sus ojos reflejaban preocupación y verdadero interés.

—No se encuentra bien, ¿verdad?

Ella respiró hondo.

—Sí, no es nada. Sólo tengo algún problema, no hay por qué preocuparse.

—¿Algún problema? Pues debe de ser muy grande. De lo contrario no tendría un

aspecto tan alicaído.

Algo irritada le contestó:

—¡Son mis problemas!

—¡Perdón! —Él se echó hacia atrás y recuperó la separación inicial entre ambos—. No pretendía meterme donde no me llaman...

—No pasa nada, es que...

Se detuvo de nuevo. Era un buen momento. Él había utilizado la expresión «meterme donde no me llaman». Era la introducción perfecta. ¡Vamos, díselo!, se ordenó. Dile que no puede quedarse aquí para siempre. Dile que debe volver a su país, que las cosas no se hacen así, que no puede meterse en tu casa y conducirse como si fuera suya, que ni siquiera dé la impresión de estar haciendo algún plan. Dile que...

Él interrumpió sus pensamientos antes de que ella fuera capaz de pronunciar todas aquellas frases elaboradas en su subconsciente.

—¿Sabe en qué pienso desde ayer? —le preguntó—. No hago más que darle vueltas a lo que debió de pasar. Porque pasó algo, ¿no? Algo que le impedía abandonar a Michael, el eterno calzonazos. Algo que le hizo mantener en secreto su relación con Andrew Stewart. Y... ¿por qué está hoy casada con Frederic Quentin y no con Andrew Stewart?

2

Michael

Unas seis semanas después de su primer encuentro, Virginia se enteró de que Andrew Stewart estaba casado.

Fue en diciembre, poco antes de Navidad, y él la había invitado a pasar un fin de semana largo en la casa de campo de un amigo suyo, en Northumberland. Virginia tenía pensado hablar largo y tendido con Michael a su regreso, contarle su relación con Andrew, pedirle que la comprendiera y cortar definitivamente con él. Llevaba semanas aplazando aquella charla; le costaba muchísimo afrontarla, y cuando Andrew le propuso que hicieran juntos aquel viaje se alegró de contar con un motivo para hacerlo.

Le dijo algo de un fin de semana en un centro de belleza con una amiga, y cuando Michael le preguntó de qué amiga se trataba le respondió que era alguien de sus tiempos locos en Londres. Alguien que él no conocía. Se sintió bastante miserable al decir aquello y se juró que acabaría con las mentiras en cuanto regresara. Michael tenía derecho a saber la verdad, y además tenía ganas de hacer oficial su relación con Andrew.

Aquel verano apenas nevó en Northumberland, pero sí hubo mucha lluvia y niebla. El mundo parecía una masa fría y húmeda. La casa quedaba apartada de todo,

y de camino hacia allá se quedaron atascados en un lodazal y tuvieron que apearse bajo la lluvia y apartar el barro de la rueda con sus propias manos, lo cual los tuvo ocupados hasta que empezó a oscurecer. Estaban helados y entraron en el viejo caserón calados hasta los huesos. Allí los esperaba un ambiente más bien húmedo y desde luego frío. El amigo de Stewart había estado allí en Semana Santa, pero en todo el verano y el otoño no había ido nadie, así que la casa había estado vacía y desatendida.

—Quizá no haya sido buena idea venir —dijo Andrew, al ver que tenía que ir por leña para encender la única chimenea mientras Virginia tiritaba y se hundía en uno de los sofás, doblando las rodillas y abrazándose el cuerpo, por lo visto incapaz ya de decir o hacer nada razonable.

—Nnno... ha sido una... fan... tástica idea —dijo, y estornudó.

Por suerte a Andrew le quedaban más fuerzas y al cabo de un rato, ya plena noche, pudieron disfrutar de un buen fuego y un chupito que los calentó por dentro. Virginia hizo una sopa de tomate en una cazuela enorme que encontró en la antigua y preciosa cocina. Una sopa con la que se alimentaron los dos días siguientes. Ella se había resfriado con el asunto de la rueda y pasó todo el fin de semana intentando que no fuera a peor. No se quitó la bufanda de lana y chupó infinidad de caramelos de eucalipto, pero, en cualquier caso, nada de aquello pudo con su felicidad. Ataviados con botas de agua y chubasqueros dieron largos paseos por los páramos y los valles mojados. Pasaban horas sin cruzarse con nadie, sólo alguna oveja de vez en cuando, con la lana empapada y desgredada, pastando. Acostumbrada como estaba a la metrópolis londinense y a la ajetreada vida estudiantil de Cambridge, Virginia jamás había pensado que pudiera sentirse tan bien en el sobrio y desierto norte de Inglaterra. No había ningún lugar en varios kilómetros a la redonda al que acudir en busca de entretenimiento o diversión. El pueblo más cercano estaba a diez kilómetros. Allí compraban pan y mantequilla, en una tiendecita, y una noche se pasaron por el único bar. Bebieron cerveza negra, observaron a los escasos parroquianos, todos mayores y ocupados en discutir sobre política, y volvieron a casa cogidos de la mano y rebosantes de felicidad.

Virginia no echaba nada de menos: ni ir de fiesta, ni conocer gente nueva ni dejarse deslumbrar por el *glamour*. Lo único que importaba era estar con Andrew. Compartir con él las largas y oscuras noches de diciembre, cargadas de ternura, y los breves y lluviosos días, que parecían encantados.

La última mañana en Northumberland pensó brevemente en Michael. Estaba en pijama frente a la chimenea, en el salón, tomando una taza de café, cuando al fin empezaron a caer copos de nieve al otro lado de la ventana. En la radio sonaban los villancicos de Navidad. Andrew, también en pijama, estaba tumbado en el sofá y advirtió que Virginia pasaba varios minutos mirando por la ventana.

—¿Qué sucede? —le dijo—. Te has ido muy lejos...

Ella se dio la vuelta.

—Estaba pensando en Michael. Voy a decírselo antes de Navidad. Me cuesta mucho, ¿sabes? Siempre ha dependido de mí, yo he sido su único apoyo, su protectora... Pero es terrible tener que mentirle siempre. Por otra parte, me angustia que tenga que pasar la Navidad solo. Su madre ha muerto y con su padre no tiene ningún contacto. Quizá pueda ir a casa de mis padres, pero ahora pasan la mayor parte del año en Menorca. Casi no le queda...

Andrew no dijo nada. Ella pensó que quizá no entendía por qué se preocupaba tanto por el bienestar de su predecesor.

—Se las apañará —dijo, con una despreocupación que no sentía—. Y tengo claro que quiero pasar las vacaciones contigo, no con él.

Andrew siguió sin decir nada. Se levantó del sofá, fue hasta la chimenea y puso otro tronco en el fuego.

—¿Andrew? —preguntó ella con cierta vacilación.

Él miró las llamas, que se alimentaban del recién llegado, crepitando.

Virginia dejó su café.

—Andrew, ¿qué te pasa?

Él no la miró.

—Respecto a las fiestas... —dijo—, Virginia, cariño, no podremos celebrarlas juntos.

—¿Por qué no?

Él respiró hondo.

—Por Susan —dijo—. Mi mujer. Vendrá a Cambridge el veintitrés de diciembre.

Un profundo silencio siguió a aquellas palabras, pero en él resonó el eco de la barbaridad que acababa de escucharse.

—¿Cómo dices? —preguntó Virginia al cabo, desconcertada y perpleja.

Andrew se dio la vuelta y reunió el valor necesario para mirarla a los ojos. Parecía muy preocupado, pero al mismo tiempo aliviado, como quien decide emprender una tarea que lleva aplazando mucho tiempo.

—Lo siento, Virginia. Tendría que habértelo dicho. Estoy casado.

—Pero... —Se llevó las manos a la cabeza, como si aquel gesto pudiera ordenar el caos que surgía en su interior.

—He estado a punto de hacerlo muchas veces en las últimas semanas, pero al no hacerlo el primer día, que habría sido lo correcto, ninguna situación me parecía adecuada. He sido un cobarde, Virginia. Esperaba que se diera una buena oportunidad, pero está claro que en estos casos no existe algo así. Y cada día que pasaba lo hacía todo más difícil...

—Tu mujer...

—Por el momento vive en Londres. Es profesora en un colegio. Yo tuve la oportunidad de viajar a Cambridge para colaborar en un bufete muy importante y no quise dejarla pasar. Evidentemente, para Susan no se dio una oportunidad semejante al mismo tiempo, así que se quedó en Londres. Pero en septiembre se trasladará a un

colegio de Cambridge.

Fue como si le dieran un golpe en la cabeza.

—No puedo creerlo —musitó.

Andrew se acercó a ella, se acuclilló a su lado y le cogió las manos.

—Virginia —le dijo—, hablaré con Susan. Le hablaré de ti. Lo... lo pondré todo en orden.

Ella lo miró a los ojos, paralizada.

—¿Qué significa poner todo en orden?

—Le pediré el divorcio —dijo Andrew.

Tiempo después, Virginia pensó muchas veces que se había comportado exactamente como aquellas mujeres de las que había oído hablar y sobre las que había leído. Y a las que había despreciado. Mujeres a las que se daba largas y a las que se acallaba con argumentos más que falsos.

Efectivamente, al principio no sucedió nada. Virginia pasó la Navidad con Michael, y Andrew con Susan, y nadie habló con nadie. Virginia no quiso confesar a Michael que se había liado con un hombre casado y que estaba esperando a que él acabara con su matrimonio. Así que de momento todo siguió igual: Susan Stewart volvió a Londres a principios de enero, y Virginia y Andrew volvieron a salir juntos. Pero en lugar de aclararse, las cosas empezaron a teñirse de un secretismo cada vez mayor. Andrew ya no quería que Virginia fuera a su casa, como a principios de la relación, porque ahora todos los vecinos sabían que estaba casado. Y el piso de Virginia, que sólo tenía una habitación, era impensable. De modo que trasladaron su relación a pensiones en el campo u hotelitos en otras ciudades. Ambos sentían una atracción irresistible y juntos pasaron horas llenas de pasión y ternura, pero al mismo tiempo se vieron arrastrados a una especie de estancamiento. Virginia sufría los fines de semana que Susan pasaba en Cambridge, pero se decía que Andrew también debía de pasarlo mal por la continua presencia de Michael. Por supuesto, le preguntó muchas veces si ya había hablado con ella. Y Andrew siempre le daba largas.

—En Navidad y Año Nuevo no pude hacerlo —le dijo después de las fiestas—. No tuve valor. Diciembre es un mes demasiado sentimental...

Después de aquello, la excusa más recurrente fue el estrés de Susan.

—Está agotada. Tiene unas clases horribles, y hasta le cuesta reunir fuerzas para ir a trabajar por las mañanas. Tiene que tomar tranquilizantes. Creo que se hundirá si ahora le hablo de divorcio.

Virginia había esperado que Andrew hablara con su mujer en febrero, en cierto modo como regalo de cumpleaños para ella, pero tampoco fue así. En cambio, le prometió un viaje a Roma en primavera. A Virginia le hizo ilusión, aunque sabía que aquello no era suficiente para su relación.

Nunca había estado en la Ciudad Eterna y se enamoró de ella a primera vista. La

vida que rezumaban todas sus calles y rincones, el sol brillante, el calor, el hecho de caminar sobre un suelo empapado de historia, no sólo la fascinó, sino que la hizo sentirse especialmente ligera, feliz, como si hubiese bebido champán. Estaban cruzando el puente de San Angelo, el que da al castillo de San Angelo, cuando tuvo que detenerse un momento para respirar hondo. Quería asegurarse de que aquello era cierto, de que no estaba soñando. Sin embargo, al ver frente a sí el magnífico castillo, tuvo de pronto una insólita y nueva sensación: miedo. En cuestión de segundos sintió algo muy parecido al pánico y tuvo que respirar hondo varias veces más, pero esta vez porque apenas le llegaba aire a los pulmones. Era como si algo le oprimiese el pecho.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Andrew, que no paraba de hacer fotos. Bajó la cámara y la miró—. ¡Estás pálida!

—No sé...

—Es el sol. Vamos, volvamos y sentémonos a la sombra. Hoy hace un calor de justicia y...

—No, no es el sol. —La presión remitió algo. Sintió que el color regresaba a sus mejillas—. Me ha parecido que... he sentido como...

—¿Qué? —dijo él.

—¡Es tan absurdo! —Se pasó la mano por la frente perlada de sudor—. Me ha parecido saber, estar completamente segura, de que todo esto acabará pronto. Que nunca más volveré a ser feliz.

—¿Qué es lo que acabará pronto?

—La felicidad. La ligereza. Hacía tiempo que no me sentía tan ligera como en esta ciudad. En esta primavera. Contigo. Me parece que éste es el punto álgido de mi vida. Aquí empieza la caída.

—Vamos, cariño, qué tontería dices. No son más que imaginaciones tuyas.

La tomó entre sus brazos. Ella apoyó la cabeza en el pecho de él y escuchó atentamente sus palabras.

—Sólo tienes veintitrés años. «La caída», como la llamas, no puede empezar aún. Te esperan momentos maravillosos, ya lo verás.

Le pareció muy extraño que dijera te esperan momentos maravillosos, en lugar de nos esperan. Se lo dijo, y él se molestó.

—¡Por Dios, Virginia! ¿Tienes que analizar cada una de mis palabras? Estamos hablando de ti, ¿no? A veces eres muy complicada...

Miró hacia arriba, al castillo, y después hacia abajo, a la oscura corriente del río.

Quizá él tuviera razón. Quizá ella sopesaba demasiado sus palabras. Se sorprendió a sí misma. Con lo feliz, indómita y vital que era, jamás se había perdido en cavilaciones de aquel tipo ni había analizado las palabras no pronunciadas de otras personas. Así pues, ¿por qué lo hacía en ese momento, precisamente en aquel maravilloso y soleado día, sobre el Tíber, a los pies del castillo de San Angelo?

«Porque la situación en que me encuentro, la falta de explicaciones, me angustia

más de lo que estoy dispuesta a admitir», se dijo, pero inmediatamente, llena de espanto, volvió a apartar aquel pensamiento con todas sus consecuencias.

Nada estropearía aquella mágica semana con Andrew en Roma.

Por la tarde volvieron a la escalinata de la *piazza* de España. Iban allí casi cada tarde, porque el pequeño y acogedor hotel en que estaban instalados quedaba a sólo unos minutos. Como la temperatura era muy agradable hasta bien entrada la noche, en la plaza había siempre cientos de personas. Era divertido sentarse simplemente en la escalera y observar lo que sucedía alrededor, escuchar las voces de la gente y las bocinas de los coches. Noche tras noche, el cielo aparecía libre de nubes, como un manto de terciopelo negro plagado de estrellas. Andrew hacía fotos de Virginia. En todas aparecía con los ojos brillantes y expresión de felicidad.

Ninguna foto anterior o posterior logró retratarla con aquella expresión.

La felicidad concluyó el día de su marcha.

Era de madrugada. Las primeras luces del alba se colaban por las celosías de madera de su habitación. Silenciosa y vacilante, la ciudad empezaba a despertar. Virginia y Andrew hicieron el amor con la intensidad y entrega propia de las despedidas. A mediodía partirían hacia Londres. Aquella noche ella cenaría de nuevo con Michael, observaría sus casi ceremoniosos movimientos a la hora de prepararse un bocadillo y le oiría decir, en un tono siempre ligeramente lloroso, cuánto la había echado de menos y lo solo que se había sentido. Y ella le hablaría de su viaje de estudios a Roma. Al principio le había costado convencerlo de que quería ir sola. Bueno, para ser exactos no llegó a convencerlo, pero al final no le quedó más remedio que acatar su voluntad. La había llamado cada mañana al hotel para saber si estaba mejor sola que con él. Algunos días la puso tan nerviosa que tuvo que hacer un esfuerzo para no chillar.

Y aquella última mañana, acurrucada junto a Andrew y agotada pero al mismo tiempo confortada por su unión amorosa, había pensado: «No podemos seguir así. Es indigno y horrible.»

Se incorporó.

—Andrew, por favor, no podemos seguir así para siempre —dijo.

Él abrió los ojos y la miró.

—¿A qué te refieres?

—Pues a todo. A las mentiras. A los secretos. A estar a menudo separados. A acostarnos en hoteles. Al principio era emocionante, pero ahora empieza a... incomodarme. Me cuesta. Y me parece algo... feo.

Él suspiró y también se incorporó. Se frotó los ojos con la mano derecha. De pronto parecía muy cansado.

Virginia notó una ligera opresión en el pecho, parecida a la que había sentido sobre el puente de San Angelo. Algo no iba bien. Andrew parecía destrozado.

—Andrew —musitó—, hablarás pronto con Susan, ¿verdad? No podemos seguir así.

Él la miró sin verla y luego se quedó observando una esquina de la habitación, donde no había nada más que la oscuridad de la noche que se acababa.

—He intentado decírtelo desde el principio —repuso en voz tan baja como ella—, pero no he podido. No encontraba las palabras, ni la fuerza...

Le entró frío. Empezó a tiritar y se cubrió con la sábana.

—¿Qué? ¿Qué querías decirme?

—Que las cosas han cambiado. Es que... no puedo decírselo a Susan. Ya no.

—¿Por qué?

—Porque... —no podía mirarla a los ojos; tenía la mirada fija en aquella esquina oscura y vacía— porque espera un hijo.

Fuera, en la calle, alguien gritó. Después se oyeron unos golpes y un ruido, como si se hubiera caído la carga de un camión. Dos hombres empezaron a pelearse, y una mujer con voz estridente terció.

Virginia apenas los oyó. Le parecían sólo un lejano eco en la distancia, algo irreal, proveniente de otro mundo.

—¿Qué? —preguntó, inmóvil como una estatua.

—Me lo dijo a finales de febrero.

—Pero ¿cómo... es decir... cuándo...?

—En septiembre. Nacerá a mediados de septiembre. Estaba mareada.

Tuvo que sujetarse a la robusta cabecera de la cama.

—En septiembre —dijo—. Así que fue en diciembre...

Andrew parecía desear que se lo tragara la tierra.

—Sí, en diciembre —le confirmó—. Cuando Susan estuvo en Cambridge. Habíamos bebido, era Navidad... simplemente pasó...

Ella había comprendido enseguida cómo estaban las cosas, pero de algún modo, más allá de la razón, había esperado que todo fuera diferente.

—Siempre decías que llevabais más de un año sin...

—Y era cierto. Fue sólo esa vez. Las fiestas, el champán... Yo mismo no lo entiendo.

—¿Estás seguro de que el bebé es tuyo?

—Sí —dijo Andrew.

El mareo era cada vez mayor. Abrió la boca para gritar, pero fue incapaz de emitir ningún sonido.

3

Janie Brown odiaba la siesta a que la condenaban cada día de vacaciones, después de comer. Le parecía una espantosa pérdida de tiempo, y además no le encontraba el sentido: durante el curso no tenía que hacerla, entre otras cosas porque no volvía a casa hasta la tarde.

Pero mamá siempre le exigía aquella media hora de siesta, aunque Janie le asegurara una y mil veces que no estaba cansada. Una vez, en medio de una de sus continuas discusiones sobre el tema, mamá le había dicho: «¡Es que necesito algo de tiempo para mí!» Desde entonces, Janie se quejaba de que la enviaran a dormir sólo para que su madre no tuviera que ocuparse de ella. Ella, su madre, se sentaba en el salón, o en verano salía al balconcito y fumaba compulsivamente cinco o seis cigarrillos seguidos. Era su modo de relajarse, según le explicó a Janie en una ocasión. Mamá tenía que trabajar mucho. Tenía un empleo en una lavandería, donde lavaba y planchaba la ropa de otros, y siempre estaba agotada. Normalmente se quedaba en el trabajo durante el mediodía, pero cuando Janie estaba de vacaciones y no podía comer en el cole, iba corriendo a casa para preparar la comida. Aunque ella apenas probaba bocado.

«Me alimento de cigarrillos», solía decir, pero Janie creía que no la alimentaban lo suficiente, porque estaba extraordinariamente delgada. A las dos tenía que marcharse de nuevo y no volvía hasta la noche. A veces Janie se sentía muy sola. Las madres de sus amigas estaban en casa, jugaban con sus hijos, les preparaban chocolate y les daban panecillos con mermelada. Claro que aquellos niños no eran tan autosuficientes como ella. Una vez, Janie oyó que la madre de su amiga Sophie le decía a la suya: «¡No deja de sorprenderme lo autosuficiente que es su hija!»

A veces, cuando estaba triste o se sentía sola, pensaba en aquellas palabras y se sentía reconfortada. Claro que también escuchó alguna cosa más, y no tan buena. Sabía que los demás llamaban a su mamá «madre soltera», y que a mucha gente aquello le provocaba desprecio o compasión. En una ocasión la señora Ashkin, que vivía dos pisos por encima de ellas, dijo a su vecina que nadie sabía quién era el padre de Janie, y añadió: «¡Seguro que muchos podrían serlo!»

Janie no entendió qué significaba aquello, pero el tono y la expresión de la señora Ashkin le dejaron claro que mamá tenía que haber vuelto a hacer algo que provocaba el desprecio de la gente.

Janie siempre había deseado tener un padre. Bueno, quizá no siempre, pero sí desde el momento en que comenzó a entender que su vida era algo distinta de la del resto de los niños de su edad. Desde la guardería, cuando empezó a ir a casa de otros niños y recibir invitaciones de cumpleaños. Fue entonces cuando se enteró de que en las demás familias también había un papi. Los papis eran geniales. Durante la semana trabajaban, ganaban dinero y se aseguraban de que las mamis pudieran quedarse en casa y ocuparse de sus hijos. Y los fines de semana iban a nadar con los niños, daban paseos en bicicleta o los llevaban a patinar. Arreglaban los juguetes que se rompían, ponían las cadenas de las bicis, contaban chistes y ayudaban a construir cabañas en los árboles. Acompañaban a la familia al zoo o a tomarse una *pizza*. No estaban nerviosos ni medio muertos de hambre y no se pasaban el día diciendo que necesitaban descansar. Muchas veces hacían justo las cosas que las mamis prohibían hacer, por ejemplo, navegar en una barquita de goma por uno de los afluentes del

Great Ouse. Eso lo hizo el padre de Katie Mills con cinco niños a bordo, y Janie apenas podía creer que ella hubiese sido uno de los cinco privilegiados. Bueno, al final no les salió del todo bien, pero el único problema fue que acabó calada hasta los huesos y muerta de risa. Lo pasaron mejor que nunca.

Janie no podía imaginarse a su madre haciendo algo parecido. Meterse en una barca con cinco niños el fin de semana... ¡Qué va, imposible! Mamá, siempre nerviosa y con dolor de cabeza, incapaz de pasar más de diez minutos de su tiempo libre sin fumar. A mamá ni siquiera le gustaba que los sábados o domingos invitara a casa a alguna amiga. Y nunca la dejó organizar una verdadera fiesta de cumpleaños, en septiembre.

—Puedes invitar a una amiga —le decía—, y os daré dinero para que os compréis una ración de pastel.

Eso era todo. Ojalá tuvieran un papi... Ojalá mamá conociera a un hombre y se casara con él...

Y pronto volvería a ser el día. Estaban a 28 de agosto. El viernes siguiente comenzaría septiembre. Y el 17 era su cumpleaños, el de Janie. Nueve años. Un único domingo. ¡Sería tan maravilloso si pudiera invitar a todas sus amigas! Escribiría sus nombres en esas tarjetitas en las que ponía:

«Querida... Me haría mucha ilusión que vinieras a mi fiesta de cumpleaños, que se celebrará el día... a las...

»Con cariño...»

Hasta había escogido las tarjetas de la papelería. Eran de color verde lima y tenían dibujados escarabajos de la suerte y tréboles de cuatro hojas. También tenía claro quién recibiría la invitación. Había hecho una lista y la guardaba en el cajón de su escritorio. Había escogido los pasteles que ofrecería, los juegos que propondría y los regalitos que ganarían sus invitados. Todo era perfecto... Pero su madre no estaría de acuerdo. Eso ya lo sabía.

Fuera llovía a cántaros. De ahí que aquel día la siesta no le pareciera tan horrible como el domingo anterior, que había hecho mucho sol. Además, la señora Ashkin había asegurado que faltaba poco para que llegara el mal tiempo. A Janie le habría encantado pasarse el día jugando en el patio, donde el casero había colgado un columpio. Pero había tenido que quedarse en casa, observando la suave luz del sol que se colaba a través de la cortina amarilla.

Ese día estaba todo gris, la habitación más oscura.

Pensó en el hombre que se había encontrado el viernes pasado en la papelería, cuando pasó un buen rato frente a las tarjetitas de invitación, indecisa y melancólica. Él le dirigió la palabra y fue muy simpático. Y ella tuvo la sensación de que la entendía perfectamente. Parecía ponerse de su parte pero sin criticar a mamá, cosa que ella jamás le habría permitido.

—¡Pero es normal que desees una fiesta de cumpleaños! —le había dicho—. ¡Todas las niñas que conozco quieren una! ¿Has escogido tú las invitaciones? ¡Pues

son chulísimas, de verdad!

Parecía tan simpático... Amable, cariñoso y comprensivo. Desde entonces se preguntaba si tendría niños. Le parecía que debía tenerlos. Tenía un aire de papi. Como un colega, pero también como alguien en quien apoyarse. Alguien que te consolara si te caías y te pelabas las rodillas, y que no se enfadara si se te rompían los tejanos. Alguien que te dijera que no importaba. Al contrario que mami, que se ponía histérica cada vez que se rompía algo. Se disgustaba tanto que hasta se olvidaba de consolarla por la caída.

Pero sobre todo pensó en algo que aquel hombre le había dicho:

—¡Me encantaría ayudarte con esa fiesta! ¿Sabes que soy el mejor organizador de fiestas del mundo? ¡He hecho tantas que ya soy un experto!

—Pero mi mamá no me dejaría —había respondido ella—. Dice que nuestra casa es demasiado pequeña para hacer algo así, y que si alborotamos seguro que romperemos algo. Mi mamá no tiene mucho dinero, ¿sabe? Por eso tiene siempre tanto miedo a que algo se rompa.

El hombre lo había entendido perfectamente.

—Claro, claro. Quizá vuestra casa no sea el mejor lugar para la fiesta.

Fue entonces cuando le propuso aquello.

—Oye, ¿por qué no organizas la fiesta en mi casa? Es muy grande y tiene jardín. Si hiciera buen tiempo podríamos celebrarla fuera, y si lloviera tampoco pasaría nada. Tengo una habitación enorme en el sótano que es perfecta para este tipo de cosas.

Por supuesto, sonaba demasiado bonito para ser cierto. El hombre le propuso que fuera con él a ver su casa, pero a ella le dio miedo llegar tarde a comer. Mamá odiaba la impuntualidad y le ponía castigos drásticos si la hacía esperar: le prohibía salir de casa, o ver la televisión, o la dejaba sin semanada. Y Janie no quería arriesgarse.

Pero entonces él le había hecho la otra oferta:

—¡Aún queda tiempo hasta tu cumple! Piénsatelo. Pero prefiero que veas antes mi casa para que puedas planearlo todo. Mira, te diré lo que haremos. Yo suelo venir aquí cada lunes a comprar revistas de motos. Hoy es una excepción. Y haré otra en tu honor. Mañana volveré a la misma hora, ¿vale? ¿Qué te parece? ¿Puedes?

Salvo algunas excepciones, mamá también trabajaba los sábados, sólo hasta las cuatro, pero eso bastaría.

—Vale, bien. Pero a esta hora no, porque tengo que comer.

Él se mostró muy amable y comprensivo al contestar:

—¿Sabes? En realidad me da igual una hora que otra. ¿A ti cuándo te iría bien?

Lo pensó. Mamá se iba de casa poco antes de las dos. Si ella se levantaba justo después, se vestía y salía corriendo, podría estar a las dos y diez en la papelería. Pero mejor que dejara cinco minutos de margen para estar segura.

—A las dos y cuarto podría estar aquí.

—Las dos y cuarto me va genial —le aseguró el hombre—. Te esperaré aquí y hasta entonces tienes tiempo de pensar si quieres venir o no.

—Es usted muy amable —murmuró ella.

Él sonrió.

—Eres una niña muy guapa, Janie, y además inteligente y simpática. Es un placer poder ayudarte. —Hizo una pausa y luego dijo—: Oye, Janie, creo que por el momento deberíamos mantener en secreto nuestro plan. No me sorprendería que tu madre se enfadara si supiera que quieres organizar una fiesta sin ella.

Sí, claro, ella también se lo imaginaba.

—¡Pero sospechará si el día de mi cumpleaños me marcho sin más!

—Claro que sí. Antes de tu cumple se lo diremos todo. Si quieres, ya lo haré yo. Pero para entonces tenemos que haberlo planificado todo perfectamente. Es decir, tenemos que saber a quién invitarás, a qué jugaremos y qué haremos en cada momento. Quizá podríamos poner farolillos en el jardín o decorar el sótano, ¿no? ¡Cuando oiga o incluso vea lo que nos hemos esforzado, seguro que le parecerá genial!

No conocía a mami. Janie nunca la había oído decir que algo fuera genial. Pero quizá valiera la pena intentarlo.

—Y tampoco se lo digas a tus amigas, ¿vale? —añadió el hombre—. Puede que al final la cosa no salga y quedes en ridículo.

—¿Por qué no iba a salir? —preguntó sorprendida.

—No sé, quizá tu madre se oponga finalmente. ¡O no te guste mi casa!

La última opción le parecía imposible. Pero la primera, muy probable.

—Sí, tiene razón.

—¿Me lo prometes? —pidió él—. ¿No se lo dirás a nadie?

—No abriré la boca. Le había pasado la mano por la cabeza.

—Celebraremos el mejor cumpleaños de tu vida, Janie —le dijo.

Y entonces pasó aquello tan horrible.

El sábado, dos días antes.

Después de comer apenas un par de mordiscos, como siempre, mamá, que ya por la mañana se había levantado muy pálida, empezó a vomitar. Dijo que se encontraba fatal y que no se veía capaz de ir a la lavandería. Janie sabía que era cierto, porque su madre nunca faltaba al trabajo. Volvió a vomitar, y entonces llamó a la lavandería, se disculpó y luego se tumbó en el sofá. Dijo que estaba a punto de morir. Janie se había quedado muy preocupada, en gran parte también por lo que pensaría el hombre de la papelería. A las dos y cuarto iría a esperarla. Preguntó a su madre si podía ir a casa de su amiga Alice, lo cual le habría dado una oportunidad de correr hasta la tienda, pero su madre se enfadó mucho.

—¡Por una vez que estoy enferma! ¡Por una vez que necesito que me cuides, y tú sólo quieres irte! ¡Mira qué bien, qué amable!

Así que se quedó, le preparó un té y una manzana rallada, y se sintió la niña más desdichada del mundo. Seguro que el hombre estaría muy enfadado con ella y no volvería a verlo más.

Al día siguiente, su madre se encontró mucho mejor, pero no tenía sentido ir a la papelería en domingo, así que Janie deambuló por la casa como un alma en pena. Rezaba para que estuviera allí el lunes. Para comprar sus revistas de motos.

Por suerte mamá no recayó, y pese a que era día festivo fue a trabajar. Como muchos empresarios de la zona, su jefe pagaba el doble por ser día festivo, y mamá le había dicho que necesitaba el dinero. Volvió de la sala, donde había fumado y mirado fijamente la pared. Arrastraba los pies, como de costumbre. Janie se preguntó cómo era posible que alguien estuviese siempre tan cansado.

Entonces cogió su chubasquero del armario. Se lo puso. Se miró en el espejo y se pasó la mano por el pelo una vez más. Suspiró. Siempre suspiraba antes de marcharse a la lavandería. En una ocasión le había dicho que su trabajo era peor de lo que cabía imaginar.

El llavero tintineó suavemente cuando lo sacó de la cómoda y se lo metió en el bolso. Entonces abrió la puerta de casa y la cerró de nuevo tras de sí. Sus pasos resonaron en la escalera.

El corazón le latía a toda prisa cuando apartó la sábana. ¿De verdad podría...? No era fácil hacer algo que disgustaría a su madre, pero volvió a pensar en las tarjetitas de invitación con escarabajos de la suerte y tréboles de cuatro hojas, en los farolillos en el jardín y la parrillada con sus amigas, y sintió que tenía que hacerlo.

Rápida como el rayo, se puso los tejanos y la sudadera, sacó un par de calcetines limpios del armario y se calzó las zapatillas. Se peinó y se apartó el pelo de la cara con un clip. Quería estar guapa y pulcra. Esperaba no desarreglarse demasiado antes de llegar a la papelería. Salió de su habitación y se puso la capa.

Cuando llegó a la calle creía que el corazón iba a explotarle.

Y sabía por qué. Le daba un miedo horrible pensar que quizá él no estuviese allí.

4

Faltaba poco para las dos y media del mediodía cuando Virginia aparcó su coche en la Tuesday Market Place de King's Lynn, aquella plaza situada en el centro de la ciudad que siglos atrás fue el reiterado escenario de ahorcamientos y quema de brujas. Aunque seguía lloviendo con fuerza y las nubes pendían densamente sobre la ciudad, se sentía mejor que en los días anteriores. No sabía por qué, pero tenía la inexplicable sensación de que podía estar relacionado con haber empezado a hablar de Michael. Durante años se había prohibido hasta pensar en él, y ahora en cambio pasaba horas hablando de él con un desconocido. De él y de su historia en común.

Aunque no todo. Estaba decidida: Nathan Moor no lo sabría todo.

Quería ir a visitar a Livia al hospital y luego pasar a recoger a Kim, pero antes... lo que la había llevado a la plaza del mercado era la insospechada decisión que había tomado justo antes de coger el coche: se compraría un vestido nuevo, y por la tarde

llamaría a Frederic y le diría que podía contar con ella en la fiesta del viernes.

Su valor hacía que el corazón le latiera con fuerza, y tuvo que repetirse varias veces que aún no tenía por qué estar nerviosa. Esa noche, cuando se lo dijera a Frederic, todo se volvería ineludible.

Pero todavía no. Por ahora era la única que conocía el plan. Podía jugar con él, barajarlo, deshacerlo, tirarlo a la basura. Lo que quisiera.

«Así que no empieces ya a angustiarte —se dijo—, entra ahí y cómprate el vestido. No significa nada. En el peor de los casos, no habrás hecho más que malgastar un poco de dinero.»

Salió del coche y se dirigió presurosa al otro lado de la plaza. Había que ser idiota para olvidarse del paraguas. En fin. En la pequeña y refinada *boutique* que había detrás de la plaza la atenderían solícitamente aunque apareciera calada hasta los huesos.

A medio camino se detuvo y entró en una papelería para comprarle algunas revistas o libros de bolsillo a Livia. También podría hacerlo en el vestíbulo del hospital, así que tuvo que admitir el verdadero motivo de su parada: quería aplazar la compra del vestido, aunque sólo fuera unos minutos. Daba igual lo que se dijera: entrar en la *boutique* significaba dar el primer paso en un camino que le producía pavor.

La papelería estaba sorprendentemente atiborrada de gente que al parecer sólo quería resguardarse de la lluvia. El dueño, un hombre canoso que llevaba gafas de montura metálica, lo había advertido y miraba a todos con gesto malhumorado. Virginia pensó que era una reacción lógica.

La tienda ofrecía también prensa internacional, y Virginia vio dos revistas alemanas que, aunque no eran el último número, seguramente pondrían a Livia de buen humor. Suponiendo que se enterara de algo. Si lo que decía Nathan era cierto, en aquel momento nadie era capaz de romper su coraza.

Buscó también un libro de pintura para Kim y luego se abrió paso entre la gente para llegar a la caja. El hombre canoso pareció encantado de tener por fin un cliente real.

—Lo único que hacen es entorpecer el paso y esperar a que deje de llover —gruñó—. ¿Parece esto un refugio o qué?

—Es que fuera está diluviando —dijo Virginia, mientras buscaba su monedero.

Se llevó un buen susto cuando el hombre de pronto gritó:

—¡Ya está bien! ¡Es la última vez que te lo digo! ¡Haz el favor de marcharte de aquí!

Todos se dieron la vuelta para mirar, sorprendidos por la ira del hombre. En la parte de atrás de la tienda, una niña de capa azul estaba junto a la estantería de las tarjetas: cumpleaños, pésames, felicitaciones de boda, invitaciones... La niña se sonrojó y tuvo que hacer un esfuerzo por no llorar.

—¡No hace más que manosear las tarjetas de cumpleaños! —exclamó el hombre

—. ¡Ya se lo he advertido varias veces! Escucha, chiquilla, si no vas a comprar una tarjeta ahora mismo, ya estás apartándote de ahí. ¡O te enterarás!

—No es más que una niña —terció Virginia, intentando calmarlo.

Él la miró indignado.

—¡Los niños son los peores! ¡Lo rompen todo! Se sorprendería al ver lo que me encuentro a veces, después de que los estudiantes hayan pasado por la tienda. Lo tocan todo, destrozan libros, cartas y recuerdos. Y si te descuidas te roban hasta la camisa. Mire, en estos tiempos todo es muy difícil, y a mí me hacen perder un dinero que no tengo.

Virginia lo entendía muy bien, pero sin duda se equivocaba al reñir a aquella niña, que ya tenía lágrimas en las mejillas. Parecía incapaz de romper o estropear algo voluntariamente.

Pagó las revistas y salió de la tienda. La lluvia no había remitido un ápice, y seguiría así hasta bien entrada la tarde. Ya no tenía ninguna excusa: iba a comprarse el vestido.

Antes de que volviera a asaltarle el pánico echó a correr hacia la *boutique*, cubriéndose la cabeza con la bolsa de las revistas. Como siempre, encontró un gran surtido de vestidos de cóctel. Se decidió por uno azul marino, cerrado por delante y con un escote muy atractivo, aunque no provocador, en la espalda. Podría ponerse el zafiro que le había regalado Frederic con ocasión del nacimiento de Kim.

«Muy elegante —pensó. E irónicamente añadió—: ¡y suficientemente conservador para la ocasión y la compañía!» Eran ya las tres y cuarto. Hora de visitar a Livia.

Livia Moor estaba en una habitación con otras dos mujeres. Su cama quedaba justo al lado de la ventana, y ella permanecía completamente inmóvil, mirando hacia el otro lado. Las otras dos mujeres manipulaban fruta y libros y charlaban animadamente, pero se callaron al ver a Virginia. Cuando llegó a la cama de Livia, notó que sus miradas de curiosidad se le clavaban en la espalda.

—Livia —dijo en voz baja—, ¿puedes oírme? Soy yo, Virginia.

La impresionó el mal aspecto que presentaba la joven. En Skye le había parecido que andaba como una sonámbula, sin duda conmocionada por los acontecimientos, pero el suave moreno de su piel y su melena al viento le habían proporcionado una imagen saludable, al menos físicamente. Ahora sus mejillas estaban hundidas y pálidas, casi amarillentas. Sus manos, apoyadas sobre la manta de la cama, se contraían levemente cada poco, como crispadas, y podían verse venitas suaves y azules pulsando en sus sienes. ¿Siempre había tenido la nariz tan puntiaguda? ¿Los dedos tan frágiles? ¿El cuello tan nervudo?

Abrió los ojos al oír la voz de Virginia, pero no volvió la mirada hacia ella. Parecía contemplar la lluvia que caía al otro lado de la ventana, aunque daba la

sensación de que ni siquiera se enteraba del tiempo que hacía. O del trozo de hierba húmeda que a duras penas absorbía el agua.

—Livia, te he traído algo para leer. —Sacó las revistas de la bolsa, también húmeda, aunque comprendió que aquella pobre chica no iba a leerlas—. Pensé que estarías aburrida...

Livia siguió inmóvil. Sólo sus manos se movían, temblorosas.

—¡Ésa tendría que ir al psiquiatra! —murmuró una de las mujeres detrás de Virginia—. ¡No sé qué hace aquí!

Estaba claro que Livia no era muy apreciada en esa habitación. Sus compañeras eran mujeres robustas y, por su aspecto saludable, seguro que les faltaba poco para salir de allí. Sin duda habrían preferido a otra cotorra como ellas, alguien que animara la convalecencia con nuevos temas de chismorreos. En cambio, les habían traído aquel amasijo de huesos que no decía palabra y lo único que movía eran las manos. Parecían agobiadas por su presencia.

—Primero hay que cuidarla y alimentarla para que se recupere —dijo Virginia. Habría preferido ignorar a aquellas mujeres, pero quiso pedirles un poco de comprensión para Livia—. De su mente ya se ocuparán después.

—Ni siquiera se ha quejado una vez desde que ha llegado —dijo la otra—. ¡Y no deja de contraer las manos! ¡Te pones nerviosa sólo de mirarla!

Virginia se volvió hacia Livia y le pasó la mano por el pelo.

—Todo volverá a ser como antes —le dijo en voz baja—, no te preocupes. —Ojalá pudiera oírla y comprender lo que le decía—. Nathan está viviendo en nuestra casa —añadió.

Dijo «nuestra» a propósito, para que Livia no malinterpretara nada. No hacía falta que supiera que Frederic estaba en Londres. Aunque quizá esas cosas ni siquiera le interesaran. Parecía perdida en un distante estado de semiconciencia.

Se quedó un rato más y le acarició varias veces las temblorosas manos, pero al final Livia volvió a cerrar los ojos y Virginia consideró innecesario seguir allí.

Cuando se levantó, una de las cotillas le preguntó:

—¿Es cierto que estuvo a punto de ahogarse allá en las Hébridas?

—Su embarcación colisionó con un carguero —confirmó Virginia.

—Su marido es guapísimo —dijo la otra—. ¡Por amor de Dios, cuando lo vi aparecer ayer habría pagado por ser veinte años más joven! Es muy sexy... ¡Tener un marido así y estar aquí metida sin enterarse de nada! Desde luego, yo lo pasaría fatal...

La otra dejó escapar una risita nerviosa.

—¿Quieres decir que él aprovecha el tiempo para...?

—¡Pues claro! Un hombre así seguro que tiene oportunidades cada día. Con esa cara bonita y ese cuerpazo... ¡Seguro que las mujeres se lo disputan!

Ambas rieron. Virginia murmuró unas palabras a modo de despedida y se marchó a toda prisa. El encuentro con Livia la dejó conmovida, y el parloteo de sus

compañeras de habitación, indignada. Se detuvo. Apoyó la espalda contra la pared y respiró hondo. ¿Era posible que Nathan Moor ejerciera ese efecto devastador en las mujeres? ¿Lograba que se convirtieran en niñas tontas con la risa floja, como aquellas dos?

«¿Ejerce en mí tal efecto?», se preguntó.

Evidentemente, ella también había advertido lo guapo que era cuando lo vio por primera vez en la cocina de la señora O'Brian, en Skye. Había entrado por la puerta y, aunque él también había burlado la muerte por los pelos y desde el accidente no le quedaba más que lo puesto, irradiaba una energía, una confianza en sí mismo sorprendente e inquebrantable. De piel morena y pelo oscuro y algo largo que se apartaba con desenfado de la cara, podría haber sido un turista despreocupado y sin problemas, recién llegado de un paseo por la playa, y no un hombre que acababa de perder todas sus pertenencias en el fondo del mar. Recordó el aspecto de Nathan aquella misma mañana: sus anchos hombros, que apenas cabían en aquella camiseta de Frederic.

«No debería pasar tanto tiempo a solas con él en casa», pensó.

Se alegraba de que Kim volviese ya. Incluso era bueno que ella misma, Virginia, se marchara a Londres el viernes, aunque la idea siguiera provocándole dolor de estómago. Quizá así Nathan se marcharía. ¿O acaso creería que podía quedarse en su casa mientras ella estaba en Londres con su marido? Si se lo permitía, Frederic se pondría hecho una furia, y con razón. Pero ahora, después de ver el penoso estado de Livia, le parecía que Nathan lo tenía realmente complicado para volver a Alemania. ¿Podrían trasladarla? ¿Soportaría otro viaje?

Decidió comentarlo con él aquella misma tarde. Si quería seguir en King's Lynn por Livia, tendría que hacerlo en un hotel. Pero ¿cómo iba a pagarlo? Bueno, ella siempre podría prestarle algo más de dinero, aunque... ¿no debería recurrir a sus editoriales? Si efectivamente era un autor de *best sellers*, tendrían que estar haciéndole ingresos continuamente. O concederle un adelanto sin rechistar. Así pues, ¿cuál era el problema?

Salió del hospital a paso rápido. Como siempre, cuando pasaba más de un minuto pensando en Nathan Moor, se ponía nerviosa. Porque acababa dando con piezas que no encajaban. Estudiada más de cerca, su actual situación de desamparo —por más que él no pareciera en absoluto desesperado, sino más bien tranquilo y despreocupado— resultaba muy dura, sí, pero no exenta de soluciones. El mayor problema lo constituía su traumatizada mujer. Pero ¿era lo mejor para Livia estar ingresada en un hospital inglés? Aparte de su marido —que pasaba poquísimo rato con ella—, los médicos y enfermeras que intentaban curarle su enajenación mental lo hacían en un idioma extranjero. Livia hablaba un inglés bueno y fluido, pero Virginia estaba segura de que, dado su estado, hablarle en su propio idioma sería mucho más beneficioso para ella. He aquí otro punto para comentar con Nathan. Si es que encontraba el valor para hacerlo.

«Tendrá que ser él quien saque el tema —se dijo irritada cuando subió al coche, cuyos cristales se empañaron en un santiamén debido a la humedad que entró con ella—. No debería forzar la situación hasta obligarme a ponerlo de patitas en la calle. Cuando le diga que el viernes iré a Londres, él tendrá que responderme que para el viernes ya se habrá marchado de mi casa.»

Pero tenía buenos motivos para sospechar que las cosas no irían así. ¿Cómo lo había llamado Frederic? Garrapata. Qué palabra más fea. No es nada fácil librarse de una garrapata. Ya puedes sacudirte o rascarte, que ellas no se sueltan. Siguen enganchadas a su fuente de alimento. Sólo se sueltan voluntariamente cuando ya están satisfechas, tan llenas de sangre que parece que vayan a explotar. Caen al suelo, pesadas y gordas, no sin antes haber traspasado a sus víctimas alguna enfermedad que puede llegar a costarles la vida.

«Vale, ya basta —se ordenó mientras se incorporaba a la circulación que, debido al mal tiempo, fluía con cierta dificultad—. No es justo pensar así de nadie. No es una garrapata. No está chupándome la sangre.

»Pero entonces... ¿qué es lo que quiere de mí?»

Se preguntó si era cuestión de dinero. Ya le había aceptado un préstamo y sin duda volvería hacerlo, pero no se trataba de cantidades significativas. Nada por lo que valiera la pena esforzarse demasiado. Y nunca le pedía más. Un hombre ávido de dinero habría aprovechado la ausencia de Frederic para pedirle un buen préstamo. Podría haber inventado mil excusas, como un pago adelantado al hospital o algo así. Pero nada de eso había sucedido.

Así que se repitió la pregunta: «¿qué es lo que quiere?»

Pensó en la mañana del día anterior, aunque parecía haber pasado una eternidad, en la que apareció con su foto en la mano. «Dónde estará aquella joven salvaje y llena de vida. Y por qué habrá desaparecido.»

Él la había escuchado. Y esta mañana otra vez, durante varias horas. Le había prestado toda la atención del mundo, no se había despistado ni un segundo, no había dado ni una muestra de cansancio o aburrimiento. ¿Por qué?

«Me quiere a mí. Ésta es la respuesta. Me quiere a mí.»

La idea la impresionó de tal modo que a punto estuvo de pisar el freno bruscamente y provocar un accidente de tráfico. Consiguió contenerse a duras penas, pero no pudo evitar dar un volantazo y meterse en el carril contiguo. Los cláxones sonaron con indignación y ella volvió a su carril tan deprisa como pudo. El conductor del vehículo con que estuvo a punto de chocar pasó a su lado y le enseñó el dedo corazón con agresividad. Lo vio con el rabillo del ojo, pero le dio igual. Tenía otros problemas en que pensar.

Cuando giró hacia Gaywood Road, la calle que conducía al pequeño barrio donde Kim se encontraba desde el viernes, casi volvió a pisar el freno. En la esquina había una pequeña cafetería y al pasar por delante vio a un hombre cruzando la plaza adoquinada, abriéndose paso entre los paraguas abiertos y las mesas y sillas de los

restaurantes apiladas. Sólo lo vio por detrás, pero lo habría reconocido entre miles: esa figura alta y esbelta, ese pelo largo y oscuro y esos hombros tan anchos en una camiseta demasiado estrecha... Era Nathan. Tenía que serlo. ¿Qué hacía allí? ¿Y por qué? Cuando ella se marchó de casa no le dijo nada al respecto; más bien parecía que fuera a...

¿A qué? En realidad, no parecía que fuera a hacer nada. Simplemente, ella había supuesto que se quedaría en casa, que daría quizá un paseo por el parque y que se sentaría después en el sofá a leer un libro. Pero lo cierto es que aquella teoría tenía tan poca base como cualquier otra. Quedaba la pregunta del cómo. Evidentemente, podía haber llegado a pie, pero aquello le habría supuesto una caminata de casi una hora, algo que, dado el diluvio que estaba cayendo, resultaba de todo menos lógico o atractivo. Quizá se había topado con Jack a la salida de casa y éste se había ofrecido para traerlo a la ciudad. La idea no le gustó en absoluto, entre otras cosas porque significaría que los Walker se habían enterado de que un hombre pernoctaba en su casa mientras Frederic estaba fuera. Por supuesto, todo se haría público en cuanto Kim volviera con ella, pero no quería que nadie supiera que Nathan estaba allí desde el sábado.

A punto estuvo de meter el coche en el aparcamiento detrás de la cafetería e ir a comprobar si realmente se trataba de él, pero pensó que el encuentro sería de lo más embarazoso. No tenía derecho a controlarlo ni a pedirle cuentas de lo que hacía. Nathan podía pasarse el día sentado en una cafetería si le daba la gana. Se limitaría a mencionarle de pasada que le había parecido verlo en la ciudad. Y seguro que él le daría una explicación razonable, o bien se lo desmentiría. Quizá le daba vergüenza admitir que había estado tomándose un café tranquilamente en lugar de haber ido a visitar a su mujer al hospital. Algo que, por otra parte y sorprendentemente, no parecía apetecerle demasiado.

«Pero su matrimonio tampoco es de mi incumbencia», se dijo Virginia.

Al final resultaría que no era él.

Ya ni siquiera estaba segura de haberlo visto.

Martes 29 de agosto

1

Cuando tres policías llamaron a la puerta de su casa el martes a las siete y cuarto de la mañana, Claire Cunningham supo que traían novedades sobre Rachel. Los rostros de los tres hombres no eran nada halagüeños, pero aun así, durante unos segundos, Claire se aferró a la idea, a la desatinada esperanza, de que venían a comunicarle que habían encontrado a la pequeña y que en ese mismo momento estaba siendo examinada por un médico.

«Todo va bien, señora Cunningham. Cosas de niños. De pronto les entran ganas de vivir alguna aventura, y salen corriendo sin prestar atención al camino que toman. Luego, en cuanto se dan cuenta, ya se ha hecho de noche y no saben cómo regresar a casa.»

Llevaba dos días y dos noches sin dormir, a excepción de una breve cabezada el lunes a mediodía, por puro agotamiento, tras la que se despertó enseguida, sobresaltada y en absoluto fortalecida o descansada. La lluvia del día anterior le había producido tal ataque de pánico que en dos ocasiones tuvieron que llamar al médico para que le inyectara tranquilizantes.

—¿Ves cómo llueve? ¿Ves cómo llueve? —había gritado, una y mil veces.

Luego había caído de rodillas y golpeado el suelo con los puños, buscando provocarse un dolor físico que por unos instantes aliviara su suplicio interior.

Robert, su marido, había intentado en vano evitar que se hiciera daño.

—¡Mi niña está ahí fuera! ¡Mi niña está fuera, bajo la lluvia! Había repetido aquella frase hasta quedarse afónica de tanto gritar. Y cuando empezó a arañarse la cara con las uñas, Robert tuvo que llamar de nuevo al médico, que ya había estado allí por la mañana, la primera vez que Claire perdió los nervios. Tras la inyección se había quedado más tranquila, pero para Robert la expresión desesperada de sus ojos, su dificultad para moverse y sus intentos de articular frases que al final era incapaz de pronunciar, resultaron mucho más dolorosos, más difíciles de soportar, que sus ataques de ira. El lunes por la mañana se había presentado en casa una psicóloga de la policía para ofrecerles ayuda, y en aquel momento Robert también se había derrumbado.

—¡Nuestra hija lleva un día desaparecida! —espetó a la mujer—. Avisamos a la policía ayer, a primera hora de la tarde. Llevamos treinta y dos horas intentando cargar con esta tragedia completamente solos. ¿Y ahora, cuando mi mujer balbucea como un bebé por culpa de los sedantes, precisamente ahora les parece oportuno enviarnos una psicóloga?

—¡Vamos, tranquilícese! —le dijo la psicóloga con voz enérgica, pero entonces había visto a Claire, cuyo aspecto era deprimente.

Tenía la cara llena de arañazos y costras. Manos y muñecas llenas de hematomas que abarcaban todo el abanico de colores entre el azul oscuro y el lila chillón. Intentaba decir algo, pero no lograba convertir sus pensamientos en palabras. Tenía dormido el labio inferior y parecía incapaz de controlarlo.

—¡Por el amor de Dios! ¡El estado de su mujer es deplorable!

Agotado y pálido, Robert se frotó la cara y recuperó la compostura.

—Discúlpeme —dijo—. Me alegro de que haya venido, aunque sea tarde. Sí, Claire está muy mal. Tiene continuos ataques de pánico. El domingo aún lograba controlarlos, pero desde que llueve y hace frío...

—Entiendo —dijo la psicóloga.

—Al menos he podido evitar que se corte con un cuchillo. El médico le ha dado algo para calmarla, pero es... es... —Le tembló la voz.

No pertenecía a aquella generación de hombres que habían aprendido a no llorar en ninguna circunstancia, pero parecía decidido a no dar rienda suelta a sus lágrimas, al menos no todavía, probablemente porque Claire estaba muy mal y él consideraba que tenía que ser fuerte. O quizá porque intuía que si empezaba a llorar, todo su dolor y su miedo estallarían y acabaría tan desesperado y hundido como Claire.

«Además, no quiero que cuando nuestra hija vuelva a casa se encuentre con unos padres que balbucean en lugar de hablar —había pensado—. ¡No, no puedo llorar!»

—¿Dónde está su otra hija? —preguntó la psicóloga. Estaba claro que se había informado—. Tienen una niña más pequeña, ¿no?

—Sí, se llama Sue. Está en Downham Market, en casa de mi cuñada. Preferimos que no estuviera aquí para que no viese...

—Perfecto. Muy razonable.

La psicóloga, que se llamaba Joanne, preparó unos bocadillos y obligó a Robert a comer. Fuera empezaba a anochecer. Seguía lloviendo a mares. La segunda noche sin Rachel. La segunda noche sin saber dónde estaba. Robert casi se había odiado a sí mismo por estar a cubierto y comiendo. Sólo había tomado dos copas de vino; el único consuelo que había encontrado en aquel día terrible.

Pero le reconfortó hablar con una persona tranquila y centrada. Joanne era buena en su trabajo y había logrado aportarle algo de paz. Habían hablado sobre la posibilidad de un secuestro.

—¿La policía considera esta opción? —le preguntó, y Robert suspiró profundamente, con tristeza.

—A estas alturas no excluyen ninguna posibilidad. Pero lo cierto es que hasta ahora no hemos recibido carta ni llamada de ningún secuestrador. Y, la verdad...

—¿Sí?

—Me cuesta imaginar que alguien haya escogido precisamente mi familia para conseguir dinero. Somos cualquier cosa menos ricos. Nos quedan muchos años de

hipoteca. Yo vendo programas de informática a las empresas, los instalo y enseño su manejo a los trabajadores. Cobro a comisión, y los tiempos que corren no son demasiado buenos. Claire se ocupa básicamente de las niñas y de vez en cuando gana algún dinero escribiendo críticas de teatro para el Lynn News. No nos podemos quejar, pero... —De algún modo estaba seguro de que nadie quería pedirles dinero—. ¿Sabe?, aparte de que daría mi vida por que Rachel estuviera aquí con nosotros, y de que mi esperanza es que Rachel se ha perdido y será encontrada por una persona decente que nos la traerá a casa, le juro que no me importaría saber que alguien la ha secuestrado para pedir dinero. Quizá el secuestrador se equivocó de objetivo, qué sé yo. Porque de ese modo al menos tendríamos una oportunidad de recuperarla. Sin embargo... —era horrible pronunciar aquello; vio la compasión en los ojos de Joanne y tuvo que hacer un nuevo esfuerzo para no llorar— lo peor sería que haya caído en manos de algún perturbado. Como le pasó a aquella niña de King's Lynn. Cuando pienso que quizá ahora mismo está siendo... —Emitió un gemido y se cubrió los ojos con una mano.

Joanne le tocó el brazo.

—No lo piense. No se atormente con ideas terribles. Ya sé que es fácil decirlo desde fuera, pero no le servirá de nada angustiarse de ese modo. Debe mantener la calma. Tiene que ser fuerte.

Habían hablado un rato más sobre Rachel. Él le enseñó fotos y le contó de la pequeña. Joanne se marchó hacia las once. Robert se fue a su despacho y estuvo navegando por Internet sin orden ni concierto. Hacia las tres de la mañana oyó a Claire abajo, yendo de un lado a otro del salón. El efecto de los sedantes debía de estar remitiendo. En algún momento se encendió el televisor.

«Vale, la tele está bien —había pensado Robert—. El ordenador está bien. La psicóloga ha estado bien. Tenemos que sobrevivir. Tenemos que pasar la noche. ¡Dios, por favor, impide que pasemos demasiadas noches como ésta!»

Y ahora había tres policías en el salón de su casa, y se veía a la legua que en ese momento detestaban su profesión. Robert miró a Claire. Llevaba su bata blanca y se había peinado, pero su aspecto era desolador, con las muñecas moradas y arañazos en la cara.

—¿Qué le ha sucedido a Rachel? —preguntó.

La voz y los músculos de la cara la obedecían de nuevo.

Un agente carraspeó.

—Bueno, debo decirles que no sabemos si se trata de su hija, pero...

«Y si no lo sabéis —pensó Robert—, ¿por qué habéis venido?»

El policía les dio una descripción perfecta de Rachel. Altura, peso, color de pelo y de ojos, además de la ropa que llevaba el domingo. Si habían encontrado una niña con esos rasgos, no quedaba demasiado margen de duda.

—Un hombre que hacía *footing* ha encontrado el cuerpo de una niña esta madrugada. —El oficial se las compuso para hablar sin mirarlos a la cara—. Podría...

podría ser que se tratara de Rachel.

Claire había leído acerca de personas que pasaban por situaciones semejantes. En los libros, en los periódicos. Había visto documentales al respecto. La semana pasada, sin ir más lejos, había visto un programa en el que la madre de Sarah Alby, la niña que acababa de ser asesinada, hablaba sobre la tragedia en que se había convertido su vida. Y cada vez que Claire se había enterado de la pérdida de un niño a manos de un asesino o violador, se había identificado plenamente con los padres, había compartido su dolor y se había preguntado cómo era posible que alguien sufriera un golpe semejante y tuviera fuerzas para seguir viviendo. Siempre había creído que tenía que ser imposible: uno podía seguir respirando, durmiendo, despertándose, comiendo y trabajando, pero no viviendo. Se perdía una parte demasiado importante de la vida. Se moría lo más importante.

Y ahí estaba ahora, un frío y nublado día de agosto, en el salón del confortable hogar que había logrado construir con Robert, en un mundo que resultaba idílico para los dos pero que estaba a punto de dejar de serlo, obligada a vivir en carne propia aquel momento que consideraba insoportable. Pero lo hizo. Lo soportó. Algo ida, como distante de sí misma. Era al mismo tiempo testigo pasivo y partícipe activo de los sucesos.

Tiempo después pensaría que aquel distanciamiento fue lo que evitó que se volviera loca.

Oyó que Robert preguntaba:

—¿Dónde fue... encontrada...?

—Cerca del castillo Sandringham. Casi en pleno aparcamiento —dijo uno de los policías que hasta el momento no habían abierto la boca.

—Pero Sandringham queda bastante lejos de aquí... —repuso Robert.

—No estamos seguros de que se trate de su hija —insistió de nuevo el primer oficial—. Nos sería de ayuda si ambos, o al menos uno de ustedes, fuera tan amable de acompañarnos para una identificación.

—¿Cómo la mataron? —se oyó preguntar a sí misma.

—Todavía no disponemos de los informes definitivos del forense, pero ciertas pistas nos llevan a pensar que fue estrangulada.

—¿Y también la...? ¿Fue...?

—¿Violada? Como les he dicho, debemos esperar al informe forense. ¿Creen que... podrán acompañarnos?

A Robert le habría gustado preguntar por Joanne. En cierto modo le había hecho bien hablar con ella, y de pronto pensó que todo le resultaría más soportable si la psicóloga lo acompañara, pero no se atrevió a decirlo. Se limitó a asentir.

—Iré yo. Claire, tú quédate aquí. —Miró a los oficiales—. ¿Alguno de ustedes podría quedarse con mi mujer hasta que yo vuelva?

—Por supuesto.

Miró a Claire.

—Vuelve pronto —le rogó ella.

Tenía claro que a su vuelta, su marido sería un hombre distinto. Y ella otra mujer. Y sabía que el cuerpo que iban a enseñarle era el de su hija Rachel.

2

Michael

Las semanas siguientes al viaje a Roma fueron para Virginia angustiosas y desoladoras. Asistió a la universidad cada día, pero las clases le entraban por un oído y le salían por el otro sin enterarse de nada. Pasó largas y tristes horas en el campus y se distanció de sus amigos. Prefería escaparse hasta la orilla del río y observar la corriente mientras intentaba borrar de su mente a Andrew Stewart y el tiempo pasado con él. Había sido su gran amor, o al menos eso había creído, pero estaba claro que la intensidad de sus sentimientos no contaba para nada. No habría sabido decir qué le dolía más: si haberlo perdido y tener que renunciar a toda esperanza de un futuro en común, o saber que él le había mentado. Recordó aquel largo y maravilloso fin de semana en Northumberland. Diez días después, él había engendrado un hijo con Susan.

Cada vez que pensaba en ello la devoraban la perplejidad y el dolor.

Con Michael se mostró malhumorada y lunática, y él reaccionó como lo hacía siempre: con paciencia y tristeza. Jamás se enfadaría por nada de lo que hiciera ella. Incluso se dejaría maltratar, si era preciso. Le daba pánico perderla y no quería hacer nada que pudiera disgustarla hasta el punto de querer cortar con él.

Hacia finales de verano, y por primera vez después de su infancia, Michael empezó a hablar de matrimonio. Una tarde la acompañó a dar un paseo por los jardines del King's College, aunque al principio Virginia se había negado:

—Michael, la verdad es que prefiero pasear sola.

—Pero tengo que decirte algo.

Se mostró más testarudo que de costumbre, y por fin ella había aceptado que la acompañara. Era una tarde maravillosa. Olía a hierba mojada y el cielo estaba teñido de la luz rojiza del atardecer, que daba un aspecto cobrizo a las olas del río y los muros de la universidad. Había gente por todas partes, alumnos y profesores. El aire límpido estaba impregnado de risas, gritos y charlas animadas.

Virginia andaba ensimismada y cavilosa, como en los últimos meses. Caminaba tan absorta en sí misma que casi olvidó la presencia de Michael, y se sobresaltó cuando éste le dirigió la palabra. Habían llegado a un puente y estaban inclinados sobre la barandilla, observando el agua que pasaba bajo sus pies.

—¿Quieres casarte conmigo? —le preguntó Michael, repentina y ceremoniosamente.

Ella lo miró casi con pavor.

—¿Qué?

Él rió, algo cortado.

—Bueno, quizá estoy siendo demasiado directo, pero... vaya, es lo que siempre hemos querido y...

—¡Pero éramos unos niños!

—Mis sentimientos no han cambiado.

—Michael...

—Ya lo sé —la interrumpió él—. Seguramente no soy el hombre de tus sueños, pero... es decir, ese canadiense con el que te prometiste seguro que era mucho más excitante... —Ella nunca había vuelto a pensar en él, pero por lo visto Michael creía que sí—. Pero está claro que tenía muchas cosas negativas. Te maltrataba y bebía mucho... Conmigo jamás te pasará algo así.

Lo miró. «No —pensó—, lo malo es que contigo jamás me pasará nada en absoluto. Será como si durmiera el resto de mi vida.»

—Mira —continuó él—, el año que viene empezaré a trabajar y me gustaría tener pronto un hogar para los dos. No podemos seguir más tiempo en nuestro pisito. Quiero una casa con jardín. Así nuestros... —Se interrumpió.

—¿Nuestros qué?

—Así nuestros hijos tendrán sitio para jugar —acabó Michael, y carraspeó—. No quiero forzarte a nada, Virginia, pero me encantaría tener hijos. Adoro los niños. Me gustaría tener una familia de verdad. ¿Qué me dices?

Todo iba demasiado rápido. Casarse, alquilar una casa, tener hijos. Y todo con un hombre al que quería, pero que ni en el mejor de los sueños sería capaz de despertar en ella los sentimientos que descubrió con Andrew. Pensó en las noches con él, en todo lo que habían compartido, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Apartó la cara para que Michael no lo notara.

Ya era bastante duro darse cuenta de que era cualquier cosa menos feliz.

Él le acarició el brazo con torpeza.

—Lo siento. Me parece que te he agobiado con tantos planes. Es sólo que... ¡te quiero tanto!

Unos días después, Virginia se cruzó con Andrew en la calle, en pleno centro de Cambridge. Iba acompañado de una mujer atractiva y rubia con una enorme barriga de embarazada. Susan.

Andrew la miró intensamente un instante, pero luego apartó la vista y siguió caminando. Virginia se sintió tan turbada que cruzó la calle con las rodillas temblorosas, entró en la primera cafetería que encontró, se derrumbó en una silla y ni siquiera logró ver al camarero cuando éste le preguntó qué iba a tomar. Susan, el fantasma, tenía de pronto un rostro. Y sobre todo un cuerpo que transportaba en su interior el fruto de la infidelidad de Andrew. O de su fidelidad, para ser exactos. Al recordar la expresión de sorpresa en los ojos de él y el rápido movimiento con que se alejó de ella, las mejillas le ardieron de vergüenza. Con aquel hombre había

imaginado un futuro. A aquel hombre le había perdonado mentiras y excusas durante meses. Y ahora tenía que soportar que fingiera no conocerla.

Aquella misma tarde le dijo a Michael que estaba preparada para formar un hogar con él. Sólo le puso una condición: que no fuera en Cambridge.

Ya era suficientemente duro tener que ir a la universidad allí. Quería vivir en otro sitio. No quería encontrarse con Andrew, Susan y un cochecito de bebé la próxima vez que fuera a la panadería o al supermercado.

Se mudaron a St. Ives, suficientemente cerca para trabajar en Cambridge y suficientemente lejos para no toparse con Andrew y su familia feliz cada vez que saliera a la calle. Michael le había pedido con delicadeza que no se fueran tan lejos de la universidad, porque a principios de año iba a empezar a trabajar como profesor adjunto, así que le iría muy bien ahorrarse el viaje diario, pero Virginia siguió en sus trece sin darle ninguna explicación, y él se sentía tan feliz por haberla convencido que no quiso arriesgarse a que ella se retractara. De modo que accedió a sus deseos pese a no comprenderlos.

No tenían mucho dinero y la casita de St. Yves era muy pequeña, pero aquél fue su primer hogar real. En la estrechez de aquel apartamento de un solo ambiente nunca habían llegado a sentirse cómodos.

Ahora tenían un salón con chimenea, una cocina en la que cabía una mesa, y otras dos habitaciones que daban al jardín de atrás. Amueblaron una como dormitorio y la otra como estudio. Compraron muebles baratos y disimularon su sencillez con cojines de colores y unas telas con las que Virginia cosió (más mal que bien) unas cortinas para las ventanas. Replantaron el jardín y, tras pedir permiso al casero, quitaron la cerca del frente a fin de que la parcela pareciera más grande. Como la casa estaba construida en una pendiente, la parte frontal daba a un despeñadero a cuya derecha había una escalera que subía hasta la puerta principal. Por el otro lado estaba la entrada al garaje, pero, como Virginia y Michael aún no tenían coche, el garaje hacía las veces de cobertizo y trastero. Pronto estuvo lleno de toda clase de herramientas, macetas de terracota y cajas de semillas. Virginia se dedicó al jardín con una pasión que sorprendió a todos, incluso a ella misma. Nunca había mostrado el menor interés por remover la tierra o plantar flores o arbustos. Pero ahora tenía la impresión de haber encontrado inconscientemente una terapia. El trabajo al aire libre, el olor a tierra y hierba, la alegría de ver crecer y brotar las flores a su alrededor la ayudaron a superar el dolor por el amor perdido. Cada día se encontraba un poco mejor. También le fue bien el alejamiento de Cambridge. Es cierto que todos los días viajaba a la universidad y al final hasta aceptó un trabajo como ayudante en la biblioteca, pero apenas salía del recinto universitario y tenía muy pocas posibilidades de cruzarse con Andrew y su familia por la calle. Y en St. Yves no había problema. Daba largos paseos, salía a correr con regularidad, se hizo amiga de los vecinos, gente algo

aburguesada pero simpática.

Por primera vez en muchos años, su vida adquirió una cadencia pacífica. Cada día era reflejo del anterior, todo era tranquilo y predecible.

El único problema seguía siendo Michael. Durante un tiempo dejó de sacar a colación el tema del matrimonio, pero desde principios de año no dejaba de hablar de ello, cada vez con más insistencia. Familia, hijos... parecía que aquélla fuera su única preocupación.

—Todavía no quiero tener hijos —le respondía Virginia, irritada.

Y él contraatacaba:

—Pues no deberíamos esperar demasiado. El tiempo pasa volando y de pronto nos daremos cuenta de que ya es demasiado tarde.

—¡Vamos Michael, por amor de Dios! ¡Acabo de estrenar los veinte años! ¡Tengo tiempo de sobra!

—¿Que los acabas de estrenar? ¡Pero si ya tienes casi veinticinco!

—Bueno, ¿y qué? ¡Aún estoy estudiando!

—Podrías acabar los estudios este año, y entonces...

—Y entonces dedicarme a tener hijos, ¿no? ¡Venga ya, no estoy loca! Para eso no habría hecho falta que estudiara.

Eran discusiones estériles que a veces acababan en enfados y a veces en silencios envenenados.

—¿Y por qué no nos casamos, por lo menos? —preguntaba Michael.

—¿Para qué? ¿Qué cambiaría?

—Para mí sería importante. Sería como... otra manera de llamarnos, de conocernos.

—Yo no necesito llamarte de ningún otro modo —replicaba Virginia.

Pero en realidad, ella lo sabía perfectamente, tenía que haber dicho que no necesitaba que él la llamara de ningún otro modo.

Fue entonces cuando llegó una familia joven al vecindario, y Michael forjó con ellos una buena amistad. Especialmente con el hijo, Tommi, de siete años.

—Me gustaría tener un hijo como él —solía decir a Virginia, hasta que un día ella explotó y le gritó, crispada:

—¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz? ¡Si lo que quieres es una vaca de reproducción ya puedes ir buscándote a otra!

Durante un tiempo dejó de insistirle, pero el tema seguía flotando en el aire y Virginia empezó a preguntarse cuánto más podría aguantar una relación de esas características. Para ser sincera, estaba convencida de que abandonaría a Michael en cuanto cicatrizaran las heridas que le había hecho Andrew y recuperase la confianza en sí misma y la alegría de vivir que le eran propias. A veces sentía remordimientos, pero entonces se decía que Michael tenía que haber notado hacía tiempo que ella sólo le correspondía a medias, con una entrega muy limitada. No era culpa suya que él se empeñara en creer lo que no era.

Tommi, el hijo de los vecinos, no tardó en convertirse en un invitado diario. Muchas tardes, cuando volvían de la universidad, lo encontraban a la puerta de casa, esperándolos.

—¡Michael! —exclamaba entonces—, ¡Michael! —Y Michael corría hacia él, lo cogía en brazos y lo lanzaba al aire.

Entraban juntos en la cocina y Michael permitía que el pequeño lo ayudara con la cena. Solían organizar verdaderos caos, además de ver la tele o jugar con el ordenador. En verano, cuando Michael pudo comprarse un coche con el dinero ahorrado, Tommi no quiso hacer otra cosa que montar en él. Pasaban horas dentro del vehículo, Tommi en el asiento del conductor con los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas. A veces Michael le dejaba encender el motor y el niño jugaba a ser un famoso piloto de Fórmula Uno que acababa de superar a todos sus rivales en la carrera de Monza o Montecarlo.

Algo molesta, Virginia se daba cuenta de que Michael seguía comportándose con tanta exageración y desmesura como siempre. Cuando le gustaba alguien, se aferraba a él y lo encerraba en su jaula de oro. Eso era lo que intentaba hacer con ella desde hacía años, y también lo que estaba haciendo con el niño de la casa de al lado. Era como si quisiera encadenar para siempre a cuantos le llegaban al corazón.

«Qué desproporcionado —pensó—, qué inmaduro puede llegar a ser.»

No obstante, el entusiasmo de Michael con Tommi le proporcionó cierto margen de movimientos, cierta libertad. En los ratos que él pasaba con el niño, ella podía dedicarse a sus asuntos sin la angustia de que en cualquier momento se le acercara para proponerle matrimonio. Además, esperaba que el tema de la descendencia se viera relativamente satisfecho al poder expresar su pasión por los niños de aquella manera. Así que no dijo nada y lo dejó hacer, aunque para sus adentros reprochaba rotundamente aquella actitud.

Un día Michael le dijo:

—Me gustaría hacer sitio en el garaje para meter el coche. Tommi está como loco con él y me da miedo que un día se suba cuando yo no esté y quite el freno de mano. Con este desnivel saldría disparado cuesta abajo.

Por aquel entonces Virginia tenía el garaje lleno de utensilios de jardinería.

—Imposible. ¿Dónde voy a meter mis cosas?

—Pero...

—Tú has hecho que el niño adore el coche de ese modo. Ahora no me hagas pagar a mí los platos rotos.

Como siempre, Michael no quiso arriesgarse a una discusión, así que le respondió:

—Vale, vale. Pero debemos asegurarnos de que el coche se quede siempre cerrado para que no tengamos un disgusto.

—De acuerdo —dijo Virginia, más calmada—. Tendré cuidado. Te lo prometo.

Le gustaba Tommi. No con el fanatismo de Michael, pero había llegado a querer a

aquel niño tan alegre.

Michael sonrió.

—Me encanta vivir aquí, contigo.

Ella lo miró y pensó: «¡Cuánto me aburres!»

3

—Sí —dijo Virginia—, así fue. Vivíamos en St. Yves, en un pueblecito burgués donde Michael empezó a sentirse muy a gusto... sin contar con mis continuas negativas a casarme o tener un hijo. Yo pensaba mucho en Andrew. Al final me obsesioné con la jardinería y alimenté unos remordimientos crónicos.

Estaban en la cocina, bebiendo la cuarta o quinta taza de café. Era temprano y Nathan se había ofrecido a prepararle el desayuno, pero Virginia había dicho que no tenía hambre y él no insistió. Aunque había dejado de llover, la temperatura era más bien otoñal. Las empapadas copas de los árboles no dejaban pasar ni un rayo de sol y de pronto parecían más cerca de las ventanas, más densas y apretadas. Virginia había salido a correr por el jardín a las seis de la mañana y a su regreso, capeando el frío con su suéter de lana y sus gruesos calcetines, se preguntó si había llegado el momento de encender la calefacción. Pero aún estaban en agosto.

Nathan había aparecido justo cuando ella ponía el café en la cafetera, y curiosamente se alegró de verlo. Por lo general no le importaba estar sola en la cocina, tomando un café sumida en sus pensamientos, pero en los últimos días algo había empezado a cambiar. Y no necesariamente para mejor. Estaba más inquieta, llevaba peor la soledad, se pasaba las noches dando vueltas en la cama, y los días acosada por los recuerdos e imágenes del pasado.

El motivo era evidente: ya no llevaba a Michael encerrado en su interior, ni a Tommi, el niño que Michael había querido tanto. Había empezado a abrir la presa de su memoria y la corriente había resultado más fuerte y potente de lo que intuía. Tanto si le gustaba como si no, ya no había marcha atrás.

Nunca había querido volver a hablar de Michael, pero acababa de hacerlo, con Nathan como interlocutor, a aquella hora temprana de la mañana fría y gris, sorprendida de que aquel completo desconocido despertara en ella tal confianza. ¿O quizá se lo explicaba a él precisamente porque era un desconocido? No, no era sólo por eso. Tenía que ver con él, con su persona. Nathan había despertado en ella algo que no sabía explicar. Algo que prefería no descubrir. Algo sobre lo que era mejor no pensar.

—En cierto modo, su situación de entonces se parecía a la de ahora —dijo Nathan de pronto.

Como en ese momento estaba pensando en él y no en su propio pasado, Virginia necesitó unos segundos para comprender de qué estaba hablando.

—¿Por qué lo dice? —preguntó.

—Bueno, en cierto modo me recuerda usted a la Virginia de hace unos doce años. No del todo feliz con la relación que tiene, pero con una sensación de protección y comodidad. De todos modos... no es eso lo que usted busca.

Ella toqueteó su taza. ¿Era eso cierto? Y, por lo demás, ¿debía permitir que aquel hombre se enterase de tantas cosas de su vida? «La culpa es mía por haber empezado —pensó—. Ahora no puedo enfadarme.»

La puerta se abrió y Kim, descalza y en pijama, entró en la cocina con el teléfono en una mano.

—¡Es papá! —anunció.

Virginia no lo había oído sonar. Estaba demasiado concentrada en otra época. Habría dado lo que fuera por preguntar a su hija si había hablado de Nathan a su padre, pero no había tiempo.

—Hola, ¿Frederic? —preguntó.

La tarde anterior no la había llamado, y ella tampoco a él. La fiesta en Londres se había convertido en un problema entre los dos.

—Buenos días —dijo Frederic con cierta frialdad—. ¿Has dormido bien?

—Sí, más o menos. Yo...

—No te llamé ayer para no agobiarte más.

—Frederic, yo...

—Kim acaba de contarme algo realmente inaudito —continuó él—. ¿Es cierto que ese tal Moor, el alemán, está viviendo en casa?

Estaba claro que Kim se lo comentaría. Virginia sólo esperaba que hubiese sido más tarde...

—Sí —admitió—, temporalmente. Él...

—¿Desde cuándo?

No quería mentir a su marido. No por Nathan, y mucho menos en presencia de éste.

—Desde el sábado.

Notó que Frederic cogía aire.

—¿Desde el sábado? ¿Y no pensabas decírmelo?

—Conozco tu opinión al respecto.

—¿Y qué pasa con su mujer?

—Está en King's Lynn, en el hospital. Tiene una conmoción. En Skye no podían tratarla.

—Ya. ¿Y en Alemania tampoco?

¿Qué podía decirle? En el fondo ella tampoco lo entendía...

—De hecho quería darte una buena noticia —se apresuró a decir, aunque no era cierto: no tenía ningunas ganas de confirmarle que iría a Londres. En cuanto él lo supiera ya no podría echarse atrás, estaría condenada a hacerlo—. Ayer por la tarde me compré un vestido —continuó—, porque he decidido ir a la fiesta del viernes.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

Más que sorprendido, Frederic tardó una eternidad en responder:

—¿En serio?

—Sí, y... —Vaciló, preguntándose si se atrevería a hacerlo, pero de algún modo sabía que tenía que actuar deprisa: tenía que irse con Frederic, cuanto antes mejor—. Iré el jueves, si te parece bien. Es decir, pasado mañana. Pienso que será menos estresante que si llego el mismo viernes.

Una vez más, Frederic no pudo reaccionar enseguida. Pero cuando al fin logró articular palabra, su voz sonó tan alegre que Virginia casi sintió vergüenza. No era más que una tontería, pero su marido estaba rebosante de felicidad.

—Cariño —le dijo en voz baja—, no te imaginas cuánto me alegro.

—Yo también, Frederic —mintió. Evitó la mirada de Nathan. Seguro que él advertía lo tensa que estaba y lo falsa que sonaba su voz.

—¿Vendrás en tren?

—Sí, ya te informaré de los horarios.

—Perfecto —dijo él.

Su marido estaba contentísimo y así lo reflejaba su voz. Y al parecer no sólo se alegraba por la fiesta, sino también por verla a ella.

—Es fantástico que vengas un día antes —añadió—. Iremos a dar un paseo los dos solos. Una buena cena y luego quizá una copa, ¿qué te parece? Hace siglos que no vamos a bailar.

—Es... es una buena idea —respondió ella, y pensó: «Por favor, que deje ya de hacer planes. No quiero volver a tener dolor de cabeza.»

—¿Kim se quedará con Grace?

—Aún no he hablado con ella, pero no creo que haya ningún problema. Grace la quiere con locura.

—Pues entonces nada puede salir mal —dijo Frederic. La frase sonó a súplica.

«Ahora estará nervioso hasta que me suba al tren el jueves», pensó Virginia. Tenía un nudo en la garganta.

—Ya te llamaré —le dijo.

—Virginia... —empezó él, pero se arrepintió—. Va, nada. Sólo que tengas cuidado. Y que te quiero.

Sin duda iba a preguntarle algo sobre Moor, sobre cómo pensaba desembarazarse de él antes del jueves, pero aquél era un asunto espinoso y ahora su prioridad era mantener la concordia con su mujer. Nathan Moor había pasado a un segundo plano en las prioridades de Frederic.

«Además, seguro que piensa que no estoy tan loca como para dejar que se quede aquí durante mi ausencia —pensó mientras colgaba—. Seguro que cree que ni siquiera yo sería capaz de algo así.»

—¿Podré dormir en casa de Grace y Jack? —exclamó Kim mientras empezaba a saltar a la pata coja—. ¿Eh, mamá, podré?

—Si ellos quieren sí.

Kim lanzó un grito de alegría. Grace preparaba unos pasteles deliciosos y le dejaban mirar la tele mucho más que en casa y podía tomar chocolate caliente hasta quedar ahita. Sólo había pasado una o dos noches con ellos, pero le habían parecido maravillosas.

—¿Se marcha a Londres pasado mañana? —preguntó Nathan entonces.

—Así es. —Respiró hondo y continuó—. Lo cual significa que deberá buscarse otro alojamiento, Nathan. A partir del jueves.

—Claro. A partir del jueves.

Se miraron. Los ojos de Nathan le dijeron algo que la hizo sonrojarse. Sintió una oleada de calor por todo el cuerpo. Con un gesto algo torpe, se apartó el pelo de la frente. Aquel hombre tenía algo que no lograba expresar con palabras. Quizá la intensidad que se escondía en todo lo que hacía, en el modo en que miraba, en las palabras que decía, en la manera que tenía de tocarla, aunque sólo fuera por casualidad. «Es muy sexy», decían las insoportables vecinas de Livia en el hospital. Desde luego, tenía un incuestionable carisma sexual. Cuando acariciaba la espalda de una mujer —recordó de pronto la escena del salón y el modo en que hizo remitir sus lágrimas y su migraña— era casi como si le hiciera el amor.

—Mami, ¿puedo ir ya a ver a Grace para preguntárselo? —preguntó Kim.

Virginia rió.

—Venga, vete. Pero dile que yo también iré a hablar con ella después. ¡Y vístete antes de salir!

Kim salió disparada hacia su habitación.

—¿De verdad quiere ir a Londres?

—Sí, por supuesto. —Se esforzó por dotar de convicción sus palabras y su gesto, aunque le pareció que fracasaba en ambos puntos—. Acompañaré a mi marido a una fiesta.

—Qué bien. Qué ilusión, ¿no?

—Pues sí, claro.

En aquel momento sintió unas ganas terribles de fumar un cigarrillo. O de hacer cualquier cosa que la ayudara a calmarse. El cálido humo, la nicotina extendiéndose por su cuerpo... ¿Dónde había dejado el paquete que...?

No la sorprendió que Nathan se llevara la mano al bolsillo del pantalón y sacara un paquete de cigarrillos más bien arrugado.

—Tenga. A veces ayuda.

Ella sacó un pitillo y esperó a que Nathan le diera fuego. Observó su elegante encendedor de plata y el calor que emanaba de sus fuertes manos. Cuando sus dedos se rozaron se le puso piel de gallina.

—¿De dónde ha sacado estos cigarrillos? —le preguntó.

—Los compré ayer en King's Lynn —respondió él.

Virginia se había olvidado por completo de preguntarle si había ido a la cafetería

el día anterior. Al llegar a casa habían cocinado y cenado juntos, y después se habían quedado a la mesa de la cocina, jugando con Kim. Lo habían pasado tan bien, había sido tan divertido, que ella ni siquiera había recordado lo perpleja y consternada que se había sentido poco antes.

Pero ahora lo recordaba.

—Ayer lo vi en una cafetería, en la ciudad —le dijo—, y me quedé muy sorprendida. No me había dicho que...

Él sonrió.

—Vaya, no sabía que debía informarle de todo.

Ella dio una calada rápida al cigarrillo.

—No tiene que hacerlo, es evidente, pero... bueno, es sólo que me sorprendí de verlo allí.

—Estaba aburrido y decidí ir a algún sitio un par de horitas y leer el diario. Me gusta hacerlo de vez en cuando, ¿sabe?

—Pero es un trayecto muy largo, sin coche.

—Me gusta caminar.

—¿Bajo la lluvia?

—No me molesta la lluvia. En absoluto. —Se encendió un cigarrillo, y sin venir a cuento añadió—: Voy a mi habitación a trabajar un poco.

—¿A escribir?

—Es mi trabajo, sí. Me temo que he de volver a pensar en ganar algo de dinero.

—¿Sobre qué está escribiendo?

—Sobre una vuelta al mundo.

—Pero...

—Creo que empezará con el hundimiento de un barco. A veces las vueltas al mundo se producen de un modo... caprichoso.

—No podrá hacer solo el viaje, ¿verdad?

Él miró más allá de ella y respondió:

—No como lo había planeado. Pero haré otro viaje. Uno muy diferente.

—Quizá algún día pueda leer el libro —dijo Virginia.

—Quizá.

Acabaron sus cigarrillos en silencio. El humo oscilaba por la cocina. Oyeron a Kim salir de casa a toda prisa. Fuera, los árboles parecían acariciar los muros de la casa.

«Creo que talaré algunos árboles —pensó Virginia—. Tiene que ser bonito poder ver el cielo también. —Y al instante se dijo—: No quiero ir a Londres. ¡No quiero!»

—Acabo de oírlo en la radio. Hace apenas media hora —dijo Grace—. ¡Es terrible!

Estaba en su pequeña y agradable cocina, con cortinas floreadas en las ventanas y un viejo sofá en una esquina, sobre el que dormía un gato enorme. De las paredes

colgaban ramilletes de lavanda puestos boca abajo para que se secaran, y en las estanterías pintadas de blanco Grace tenía dispuesta una impresionante colección de tazas con el retrato de la familia real. El príncipe de Gales sonreía justo al lado de su madre la reina, y a su lado se veía a un niño, el príncipe Guillermo cuando tenía tres años. Habría unas cincuenta tazas. Grace les sacaba el polvo a diario con sumo cuidado; un trabajo minucioso que dejaba a Virginia muda de asombro cada vez que lo presenciaba.

De Jack sólo se veía una pierna. Estaba tumbado de espaldas en el suelo, bajo el antiguo fregadero, medio tapado por la cortina que cubría el desagüe. Maldecía en voz baja.

—No sé qué diantres tiras aquí cada vez, Grace. ¡Al menos una vez por semana me obligas a tirarme al suelo y desatornillar la maldita cañería porque has vuelto a embozarlo todo!

En el fregadero, el agua espumosa llegaba casi hasta el borde.

—Es que los tubos son demasiado viejos —explicó su mujer—. Ya casi ni me atrevo a lavar. Siempre hay algo que se queda incrustado, y entonces se emboza todo.

—Grace dice que puedo quedarme con ella, mami —terció Kim, que estaba de cuclillas frente al sofá y observaba cómo dormía el gato.

—¿Seguro que no hay problema, Grace? —preguntó Virginia—. Sólo sería de jueves a sábado por la tarde.

—Por supuesto, faltaría más. ¡Ya sabe que Jack y yo queremos mucho a la niña!

Jack emitió un gruñido de aquiescencia.

Virginia bajó la voz.

—Después de lo que acaba de contarme, preferiría que no la perdiera de vista ni un segundo. No quiero que se aleje de su casa, ni siquiera por el jardín.

Grace lo había oído hacía media hora en la radio: la niña desaparecida, Rachel Cunningham, había sido encontrada muerta detrás del aparcamiento del castillo de Sandringham. Asesinada. La policía no dijo si había sido violada.

—¿Creen que su asesino fue el mismo que mató a Sarah Alby? —preguntó Virginia.

Seguía hablando en voz baja, aunque Kim había empezado a rascar la barriga del gato, que ronroneaba de placer, y estaba completamente despistada.

—Están siendo muy discretos —dijo Grace—, pero dos niñas en King's Lynn con tan pocos días de diferencia... al menos da que pensar, ¿no cree? Si a Rachel Cunningham también la violaron, ¡yo apostarí a que tenemos por la zona un asesino perverso!

—Sarah Alby tenía cuatro años y Rachel Cunningham, ocho.

—¿Y qué? No son más que cuatro años de diferencia. Si un tipo está lo suficientemente enfermo como para fijarse en las niñas pequeñas, seguro que no le importa si son algo mayores o menores.

Seguramente Grace tenía razón, pensó Virginia.

Kim tenía siete años. Estaba segura de que Grace y Jack la cuidarían con todo el cariño del mundo, pero ya no eran precisamente jóvenes, y Kim era un torbellino. Estaba acostumbrada a jugar en el inmenso terreno, trepar a los árboles, dar de comer a las ardillas y construir cabañas secretas entre los arbustos, para sus muñecas. El bosque estaba rodeado por un muro que desde luego no estaba pensado para impedir el acceso de nadie. Cualquiera podía saltarlo sin dificultad. Bastaba con que Kim se alejara un poco de la casa y, si se encontrara con algún desalmado, ni Grace ni Jack se enterarían de nada.

Y justo ahora le daba por irse a Londres.

Bueno, en realidad no lo había escogido ella. Al contrario. Iba prácticamente obligada. ¿Y si llamaba a Frederic? ¿Y si le hablaba de ese segundo asesinato y le pedía que comprendiera su angustia y su deseo de quedarse? No, no lo entendería. Porque él, como ella, conocía bien a los Walker y sabía que nadie cuidaría tan bien de Kim como ellos.

Grace pareció intuir lo que estaba pensando Virginia, y le pasó la mano por el brazo.

—No se preocupe. Jack y yo nunca permitiríamos que la pequeña corriera algún peligro. No la perderemos de vista, descuide.

Jack profirió un gemido y salió a rastras de debajo de la lavadora.

—En serio, señora Quentin, ¿alguna vez le hemos dado motivos de queja? ¡Por el amor de Dios, nosotros somos los primeros interesados en que no suceda nada malo! Si descubro a algún sujeto por el terreno le meteré una descarga de perdigones por el trasero y le cortaré los...

—¡Jack, por favor! —lo interrumpió Grace—, que está aquí la niña.

Él farfulló algo para sus adentros, cogió una llave inglesa y volvió a desaparecer tras la cortina, bajo el fregadero. Kim acarició al gato.

Grace se quedó allí de pie, oronda y tranquila entre la multitud de caras sonrientes de la familia real.

Una imagen apacible en aquella agradable habitación.

Virginia sabía que no tenía que preocuparse por Kim. Y que no encontraría ninguna excusa creíble para cancelar su viaje a Londres.

El jueves 31 de agosto, a las cuatro y cuarto de la tarde, Frederic la recogería en la estación de King's Cross, en Londres.

De pronto le entraron tantas ganas de llorar que se despidió rápidamente de los Walker, cogió a Kim de la mano y salió de la casa como si huyera de algo. Echaba de menos su propia cocina, en la que los espesos árboles impedían que entrara la luz solar, y con ella todo amago de felicidad.

Miércoles 30 de agosto

1

Liz Alby se preguntó si había sido un error pedir la baja. El médico, que conocía su historia, no le había puesto ningún impedimento.

—Necesita tiempo para asimilar este golpe —le había dicho—, y no me parece mal que deje de trabajar por un tiempo. De todos modos, no debería usted pasar demasiado tiempo en casa lamentándose o atormentándose. Necesita ayuda profesional.

Le había dado una lista de nombres y direcciones de varios psicoanalistas especializados en víctimas de crímenes violentos, en su mayoría dedicados a trabajar con padres que habían perdido a sus hijos. La madre de Liz se había reído con acritud cuando ésta le dijo que estaba pensando en seguir una terapia.

—¿Quieres que te trate uno de esos curanderos? ¡No dicen más que chorradas y a cambio te despluman! En serio, Liz, no pensaba que fueras tan idiota.

—Pero quizá puedan ayudarme, mamá. Cada noche sueño con Sarah. Y tampoco... —tenía los ojos anegados en lágrimas otra vez— tampoco puedo dejar de pensar en el tiovivo, y en que no la dejé subir.

Betsy Alby resopló.

—¡Jesús bendito! ¡Deja ya de hablar del jodido tiovivo! ¿Crees que no estaría muerta si la hubieses dejado dar tres vueltas en esa cosa?

«No lo sé», quiso responder Liz, pero las lágrimas le impidieron articular palabra. Se ponía a llorar cada vez que alguien hablaba del tiovivo. Del último deseo de Sarah que ella le negó. Por algún extraño motivo, se reprochaba más no haberla dejado subir al caballito que haberla dejado sola para ir hasta el chiringuito.

Su madre no la consoló, aunque tampoco esperaba que lo hiciera. No es que el horrible asesinato de su nieta hubiese dejado indiferente a Betsy Alby, sino que la amargada mujer intentaba superarlo a su manera: aumentó su dosis de alcohol diario y tuvo la tele encendida a todas horas. A veces Liz se despertaba a las tres de la madrugada y comprobaba que su madre ya se había plantado delante del aparato, o bien que aún seguía allí desde el día anterior. Antes no era así. Antes, por lo menos, Betsy dormía profundamente toda la noche, roncando con suavidad.

Liz y su terrible historia tuvieron su cuarto de hora en los medios, lo que le hizo adquirir cierta fama que le permitió colarse sin problemas en la agenda de dos psicoanalistas. Del primero se libró rápidamente, porque el facultativo, un hombre muy joven e idealista, parecía obsesionado con su problemática relación paternal, la de Liz, aunque ella ni siquiera recordaba a su padre y no le parecía que su relación

fuese digna de ser analizada. El segundo la hacía sentarse en un sofá, abrazarlo a él, al psicoanalista, y gritar con todas sus fuerzas. A Liz le costaba mucho chillar lo suficiente, lo que al parecer era una reacción sospechosa, y tampoco le apetecía pasarse varios meses gritando y abrazando a un hombre al que le olía el aliento y se mostraba descontento con su actitud. Así que arrugó la lista y la lanzó a la papelera.

Entonces sucedió aquello de lo que el médico la había prevenido: se quedó en casa lamentándose. La imagen de su madre fue el remedio más eficaz contra el alcohol como posible medio para ahogar las penas, y también contra la tele y el atontamiento que provocaba su continuo bombardeo de imágenes. Pero tampoco la ayudó pasarse el día mirando por la ventana y recordando detalles de la breve vida de su hija. Sarah de recién nacida, cálida y confiada, acurrucada en los brazos de su madre, berreando sin parar. Sarah dando sus primeros e inseguros pasos. Sarah balbuceando sus primeras palabras. Sarah gritando «¡Maaaaami!» cada vez que se caía en el parque, y ella —su madre— consolándola muy pocas veces. Porque estaba agobiada, harta. En honor a la verdad, había odiado cada segundo que la niña le había robado. Pero ahora se daba cuenta de que entre ella y su hija había un lazo mucho más fuerte e intenso de lo que había sospechado.

La echaba mucho de menos. La echaba de menos todos y cada uno de los minutos del día.

«Si al menos pudiera hablar con alguien —pensaba—, sólo hablar. Contarle lo que hice, los errores que cometí.»

Pero, precisamente la mañana en que empezó a preguntarse si no sería mejor recuperar su trabajo en la droguería, al menos para distraerse un poco, se le ocurrió otra idea. El día anterior se había quedado horrorizada al leer en el periódico sobre la muerte de la pequeña Rachel Cunningham, también de King's Lynn. La policía había anunciado que daría una rueda de prensa al mediodía, pero los medios no habían dejado de barajar la posibilidad de que el caso estuviera relacionado con el de Sarah Alby. Todavía no se había hecho público que se tratara de un psicópata sexual, pero los periodistas no parecían dudarle ni un segundo. «¿Quién será la próxima víctima?», se leía en un titular. Y en otro: «¿Están a salvo nuestros hijos?»

La foto de la pequeña Rachel aparecía en todos los medios. Una niña preciosa de pelo largo y expresión alegre.

«La madre de Rachel sabrá entender cómo me siento —pensó Liz—. Si pudiera hablar con ella...»

La idea empezó a obsesionarla. Por una parte sabía que era demasiado pronto para ponerse en contacto con la señora Cunningham, que apenas hacía veinticuatro horas que se había enterado de la muerte de su hija, pero por la otra temía que más adelante no le resultara tan fácil. Todos los medios intentarían acceder a la vida de los Cunningham, que antes o después dejarían de coger el teléfono o se cambiarían de número.

Cogió el listín y se encerró con el teléfono en la habitación de su hijita muerta.

Betsy miraba la tele y no se enteró de nada, para variar. Liz pasó las páginas. Había infinidad de Cunningham, pero sabía por el periódico que el padre de Rachel se llamaba Robert. Encontró un «R. Cunningham» y un «Cunningham, Robert», y probó con este último. Tenía las manos heladas.

«Puedo colgar en cualquier momento», pensó.

Sonó varias veces y, justo cuando iba a colgar, oyó una voz masculina.

—¿Sí? —Hablaba en voz baja, con cierta contención.

—¿Señor Cunningham?

—¿Quién es?

—Soy Liz Alby.

Esperó. Le dio tiempo para que comprendiera con quién estaba hablando.

—Oh —dijo al fin—, señorita Alby...

Liz hizo acopio de valor y continuó:

—¿Hablo con el padre de... de Rachel Cunningham?

Él mostró aún cierta desconfianza.

—¿Es usted realmente Liz Alby? ¿No es una periodista?

—No, no, de verdad que soy Liz Alby. Sólo... sólo quería decirles cuánto lo lamento. Por su hija, me refiero.

—Gracias.

—Sé cómo se siente. No sirve de nada que se lo diga, claro, pero quería hacerlo.

La voz de Robert Cunningham sonó infinitamente cansada cuando dijo:

—Sí que sirve, señorita Alby. En cierto modo sirve para ayudarnos...

—Te sientes tan desconcertado, tan... Y ya no puedes hacer nada bien. Ya no te sale. Al menos a mí me pasa eso. Soy incapaz de hacer nada en todo el día.

—Nosotros también estamos desconcertados —respondió Robert. Hizo una pausa y continuó—: Mi mujer está enferma. Tiene que tomar tranquilizantes, y hay momentos en los que apenas está consciente.

—Es terrible. —Liz pensó que a ella no le importaría estar así, apenas consciente. Era menos doloroso que tener que hablar con psicoanalistas o gritarles como una loca—. Bueno, quería decirles que... en fin, que si usted o su mujer necesitan alguien con quien hablar... alguien que haya pasado por lo mismo que ustedes... estoy a su disposición. Llámenme siempre que quieran.

—Es usted muy amable, señorita Alby, aunque por el momento mi mujer es incapaz de pronunciar palabra. Quizá más adelante...

—¿Quiere que le dé mi número?

—Está bien, me encantaría. —Liz oyó los ruidos que hacía al coger papel y lápiz—. Bien, dígame.

Ella le dio el número. Le repitió lo mucho que sentía lo sucedido, y al despedirse le pareció que la voz de él se quebraba.

Tras colgar se quedó mirando el aparato. Los Cunningham le daban mucha pena, pero al menos eran dos. Podían apoyarse mutuamente. Era peor cuando sólo se tenía

a una madre borracha y un ex novio para quien el hijo en común no había sido más que una carga.

No había nadie en el mundo dispuesto a abrazarla. Nadie que le ofreciera un hombro sobre el que llorar.

Se quedó sentada, mirando el teléfono mudo, y deseó con toda su alma que sonara, por más improbable que fuera.

La esperaba un día triste y largo. Tan triste y largo como su vida.

2

Frederic Quentin regresó a su piso a media tarde. Había pasado la mañana en el banco, empalmando reuniones con clientes importantes, y después había comido con un delegado y se había citado con un socio que era dirigente del partido conservador. Estaba muy cansado, pero todo había salido como esperaba. Últimamente parecía tener la suerte de cara. Todo lo que proponía funcionaba, y en cuanto a su carrera política, no dejaban de salirle al encuentro personas y oportunidades de lo más prometedoras. Tenía la sensación de que en aquel momento todo tenía sentido. Había estado en el lugar adecuado y el momento adecuado, y se había encontrado con las personas adecuadas. No creía demasiado en el destino, pero si existía algo así, estaba claro que había decidido favorecerlo a él, a Frederic Quentin, y a su deseo de representar en la Cámara Baja el distrito electoral de Norfolk.

Miró su reloj; las cinco y media, y él siempre se jactaba de no tomar alcohol antes de las seis, pero decidió hacer una excepción. Al fin y al cabo, tenía algo que celebrar: por mucho que le sonriera la diosa Fortuna, jamás la había considerado capaz de lograr que Virginia fuera a Londres. Desde que el día anterior su mujer le había dicho que lo acompañaría en la fiesta del viernes, no hacía más que oscilar entre la euforia y la angustia de que cambiase de idea.

Él había vuelto a llamarla el martes, y también aquel mismo día, por la mañana. No quería presionarla; sólo asegurarse. Habían hablado del tiempo, de Kim, incluso un poco de política. Pese a que le hervía en la sangre, había preferido evitar el tema del alemán gorrón porque Virginia no entendía su posición al respecto y él no quería incomodarla. De todos modos, efectivamente, le parecía de lo más molesto e insólito que aquel desconocido llevara ya cinco días viviendo en Ferndale solo con Virginia, pues por lo visto Kim había dormido dos noches fuera y a la pobre Livia la habían llevado al hospital. No es que tuviera miedo de que entre ellos surgiera algo capaz de amenazar la armonía de su matrimonio, no: confiaba firmemente en Virginia y le parecía impensable que ella renunciara a su vida con él y Kim, pero no soportaba a aquel hombre. Le había caído mal desde el principio. No le inspiraba ninguna confianza y le parecía que mentía más que hablaba. Por lo demás, todo lo que estaba sucediendo no hacía más que reforzar aquella impresión. El muy abusón se había

pegado a Virginia como una lapa, como una garrapata. Incluso se las había arreglado para encontrar su dirección, viajar hasta Norfolk y engancharse de nuevo a ella. Seguro que comía en su mesa y le pedía dinero, le contaba historias sobre su mujer enferma e inventaba excusas para no volver a Alemania.

En el aire quedaba la pregunta de por qué Virginia, con lo inteligente que era, se dejaba manipular de esa manera.

La única explicación era que su mujer se sentía más sola de lo que admitía. Sin duda, la sombría Ferndale House no era el lugar adecuado para una mujer joven cuyo marido debe ausentarse a menudo. Pero ella lo había querido así. Le había dicho que aquél era el único lugar en el que deseaba vivir. El único. Se lo había suplicado. Le había dicho que se había enamorado de aquella casa a primera vista y que precisamente su carácter sombrío era lo que más la atraía.

¿Qué podía hacer? ¿Qué argumentos podía aducir para negarse a sus deseos?

«Y sin embargo, ahora le da por acoger a cualquier gorrón, sólo para no estar sola», pensó.

En ese sentido, el viernes podría ser un buen inicio.

Si hacía un esfuerzo por acudir a eventos de aquel tipo quizá se diera cuenta de que le gustaban y podría empezar a pasar más tiempo en Londres. En su opinión, aquello sólo podía hacerle bien.

Por teléfono, pues, habían hablado de esto y aquello, y sólo al final él le había dicho que se alegraba mucho de que fuera a Londres.

—Yo también me alegro —respondió ella.

No sonó nada convincente, pero parecía una muestra de buena voluntad, una apuesta por el acontecimiento que estaban a punto de celebrar.

Entonces ella le soltó que habían encontrado a otra niña muerta en King's Lynn.

—¡Y ya van dos, Frederic! ¡De verdad me pregunto si es buena idea dejar sola a Kim, precisamente ahora!

A él le entró pánico.

—Virginia, por terrible que sea siempre habrá gente que se dedique a matar niños. Si fuera por eso, no podrías salir de casa.

—Ya, pero no siempre sucede esto en nuestra ciudad.

—Ya sabes cuánto quieren a Kim los Walker. Seguro que no la perderán de vista ni un segundo.

—Pero es que ya no son jóvenes y...

—Y tampoco unos viejos decrepitos. Virginia, no es bueno para el desarrollo de Kim que su madre esté pegada a ella como una sombra. ¿O es que quieres hacer de ella una persona dependiente y tímida, incapaz de dar un paso sin la ayuda de su mamá?

La oyó suspirar.

—¿Tanto te sorprende que me preocupe? —le preguntó.

—No, pero en este caso no hay de qué preocuparse, créeme.

—Iré a Londres, Frederic —susurró ella—, te lo he prometido.

Le habría gustado que mostrara más entusiasmo, pero, tal como estaban las cosas, tendría que conformarse con su capacidad de sacrificarse por él.

Se sirvió un Sherry y anduvo de un lado a otro del piso con el vaso en la mano. Al día siguiente a esa hora Virginia ya estaría con él. Se sentarían en el sofá a tomar una copa y decidir adonde podían ir a cenar. Con un poco de suerte ella le estaría contando que por fin había enviado a freír espárragos a Nathan Moor y después le enseñaría el precioso vestido que se había comprado. Entonces saldrían a cenar y bailar. Se había dejado toda la tarde libre para estar con ella.

Miró la foto de su boda que tenía en la estantería.

Él estaba radiante de felicidad. Ella, algo melancólica, como siempre, pero sonreía. No es que pareciera infeliz, pero tampoco daba la sensación de estar casándose con el hombre de su vida, el que amaba, y que aquel día la había hecho la mujer más feliz del mundo. El día de su boda Virginia se mostró como siempre: ni triste ni contenta; con ese estilo tan personal de indiferencia, como si nada de lo que sucedía tuviese que ver con ella. Aislada de todo, absorta en su mundo. Frederic se había preocupado a menudo por su modo de ser, pero al mismo tiempo había sido una de las cosas que más le atrajeron de ella: su calma, su reflexividad, su aislamiento del mundo... Ninguno de sus conocidos lo habría descrito como un hombre tímido, pero él sabía que con las mujeres lo era. Si se comportaban de un modo demasiado vivaz, coqueto o incluso sexualmente agresivo, se echaba atrás inmediatamente, acobardado. Con Virginia todo había sido distinto; ella fue como la respuesta a todos sus deseos, a lo que esperaba de la vida. Bella, inteligente, culta, discreta, cubierta por un halo de melancolía que lo hacía sentirse como su protector, como la fuerza que ella precisaba para salir adelante. Las concepciones de Frederic respecto a la pareja, al matrimonio, estaban algo obsoletas, pero no por ello resultaban ilegítimas.

Era demasiado listo para no saber que todo tiene un precio. Y en el caso de Virginia, tenía que pagar su dulzura con aquel miedo al mundo que quizá la convirtiera en una mujer incapaz de comportarse como la esposa de un político. Sabía que acompañarlo a la fiesta del viernes la ponía nerviosa y tensa, y que sólo lo hacía porque lo amaba.

Mientras miraba la foto le entraron remordimientos. Quizá la había presionado demasiado.

—Quiero que seas feliz —dijo suavemente a la imagen de ella, con unas palabras surgidas directamente de su alma—. ¡No quiero obligarte a hacer nada que no desees!

La sonrisa tensa y forzada de ella le respondió de pronto, con una dureza casi insoportable, que ni siquiera el día de su boda había sido capaz de conseguirlo.

Livia Moor no supo dónde estaba, y por un momento ni siquiera supo quién era ni qué debía recordar. Todo estaba nublado; todo era como una masa gris e irreal que la envolvía, y ella respiraba y existía, pero no vivía. Vio el techo blanco y mugriento de una habitación, y a los lados unas paredes en el mismo tono. Estaba tumbada boca arriba en una cama y sus dedos jugueteaban con la fina sábana que la cubría. El olor que la envolvía le resultaba desconocido y desagradable. Hizo un esfuerzo por averiguar de qué estaba compuesto. Cera para suelo, desinfectante, comida pasada. «No quiero estar aquí», pensó.

Entonces movió la cabeza hacia un lado, lentamente. Vio un hombre sentado a su lado. Moreno de piel y de pelo. Llevaba una camiseta que le quedaba estrecha en los hombros. La miró sin mostrar ninguna emoción. En aquel momento supo que se trataba de Nathan, su marido, y se reconoció a sí misma.

—Soy Livia Moor —musitó.

Él se inclinó hacia delante.

—Tus primeras palabras desde hace días.

Livia vio a dos mujeres en bata y zapatillas que se encontraban detrás de Nathan y se lo comían con los ojos. Además, parecían dispuestas a no perderse ni una palabra de la escena.

Muy lentamente, su cerebro fue llenándose de imágenes: Nathan y ella. Una casa con jardín. Gente recorriendo las habitaciones como turistas. Luego el barco. Ella pasando su equipaje por encima de la barandilla y oyendo cómo golpeaba el suelo. Después su propio cuerpo siguiendo la misma trayectoria. Lo hizo mordiendo los labios para evitar llorar. Nathan izando las velas. El viento alborotándole el pelo. Un día fresco y claro. Las olas golpeando el casco.

Las olas. El mar.

Se incorporó bruscamente.

—¡Nuestro barco! —Le costó reconocer su voz—. ¡Nuestro barco se ha hundido! Nathan asintió.

—En las islas Hébridas.

—¿Cuándo?

—El diecisiete de agosto.

—¿Y qué día es hoy?

—Treinta de agosto.

—Entonces ocurrió hace poco...

Él volvió a asentir.

—Hace apenas dos semanas.

—¿Dónde estoy?

—En un hospital. En King's Lynn.

—¿King's Lynn?

—Norfolk. Inglaterra.

—¿Aún estamos en Inglaterra?

—No estabas en condiciones de ser trasladada. Ya fue suficiente pesadilla traerte hasta aquí. Estabas casi inconsciente. La gente que nos rodeaba debió de pensar que arrastraba a una moribunda.

Una moribunda... Su mirada deambuló por la horrible habitación. Se topó con las miradas hostiles de las dos mujeres en bata. Nathan y ella hablaban en alemán, y probablemente ellas no entendían ni una palabra. ¿Sería por eso que parecían enfadadas?

—¿Qué me pasó?

Él sonrió con dulzura. Y ella recordó aquella sonrisa. Era lo que le había hecho enamorarse de él, muchos años atrás. A estas alturas la conocía demasiado bien y se estremecía levemente cuando él se la dedicaba.

—Sufiste una conmoción cuando chocó el barco. Estuvo a punto de hundirse contigo. Nos pasamos toda la noche en el bote salvavidas, y desde entonces no has vuelto a ser la misma.

Ella intentó comprender el significado de aquellas palabras.

—¿Pretendes decirme que estoy... que estoy loca?

—Sufres los efectos de una conmoción. No tiene nada que ver con estar loca. Pero dejaste de comer y beber. Estabas completamente deshidratada y tenías alucinaciones. Tuvieron que alimentarte por vía intravenosa.

Poco a poco se recostó de nuevo en la almohada.

—Quiero ir a casa, Nathan.

Él volvió a sonreír con dulzura.

—Ya no tenemos casa, cielo.

Lo dijo con el mismo tono con que habría dicho «Ya no queda mantequilla en la nevera, cielo». Como de pasada, como si no importara. Como si aquella frase no escondiera una tragedia.

Intentó no obsesionarse con la crueldad de esas palabras.

—¿Tú dónde te alojas? —le preguntó.

—En casa de los Quentin. Viven aquí cerca y tuvieron la amabilidad de ofrecerme alojamiento. ¿Recuerdas a los Quentin?

Sí. En ese mismo momento recordó a los Quentin. Su razón, su memoria, trabajaban aún con bastante lentitud.

—Virginia —dijo haciendo un esfuerzo—. Sí, ya sé. Virginia Quentin fue muy amable conmigo.

Les había llevado ropa y los había dejado quedarse en su casa. Aquel lugar tan agradable con chimenea y muebles de madera... y un jardín enorme donde el viento mecía la hierba algo chafada y amarillenta... Livia pudo verse a sí misma en aquella casa, ante la ventana, mirando el mar. Y entonces perdió el hilo. Entre aquella ventana con fantásticas vistas y la horrible habitación en que se encontraba no recordaba nada.

—Puedo quedarme allí hasta que te encuentres mejor y puedas volver a viajar —

dijo Nathan.

Livia intentó esquivar la inquisidora mirada de las dos mujeres.

—No quiero quedarme aquí —susurró, aunque ellas no entendían el idioma—. Esto es horroroso. Esas dos mujeres no me soportan.

—Cariño, sólo hace diez minutos que has recuperado el conocimiento después de toda una semana. Además, no las conoces. ¿Cómo sabes si les gustas o no?

—Lo noto. —Sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos—. Y huele fatal. ¡Por favor, Nathan, no quiero quedarme aquí!

Él le cogió la mano.

—El médico acaba de decirme que como muy pronto te darán el alta el viernes. Tendremos que atenernos a ello.

—¿El viernes? ¿Qué día es hoy?

—Miércoles.

—Pasado mañana...

—No falta tanto. Seguro que lo aguantas.

Ella tenía la impresión de que no aguantaría ni diez minutos, pero percibió la impasibilidad de él, y si había algo que conocía bien era la crudeza que se escondía tras su sonrisa. Nathan no cedería ni iría a hablar con el médico para que la dejara salir antes de lo previsto. La dejaría ahí todo el tiempo que pudiera.

Y entonces...

Desesperada, pensó que no había ningún «y entonces». Ya no tenían casa. Lo único que les quedaba era el barco, y ahora estaba en el fondo del mar. No tenían dinero. No tenían nada.

Las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas, incapaz de contenerlas más tiempo. Él odiaba verla llorar, y seguro que se habría mostrado muy rudo si hubiesen estado solos, pero en esa ocasión tuvo que guardar las formas.

—Todavía sufres los efectos de la conmoción —le dijo con tono comprensivo—. Una conmoción que, para más detalles, fue diagnosticada y tratada demasiado tarde. Es lógico que te sientas mal y lo veas todo negro, pero las cosas mejorarán, créeme.

—Pero... —su voz no era más que un suspiro— ¿adónde iremos?

—De momento podemos seguir viviendo en casa de los Quentin.

—¡Pero no vamos a quedarnos ahí para siempre!

—No, claro que no. —Su voz empezaba a teñirse de impaciencia. Estaba enfadado. No quería hablar del asunto—. Ya encontraremos algo.

—Pero ¿qué podemos encontrar?

Nathan se levantó. Fin de la conversación. Eso era lo peor: que él podía marcharse cuando quisiera. Y ella tenía que quedarse allí, desamparada.

—Nathan, ¿no podrías quedarte un rato más?

Él le dio unas palmaditas en la mano, un gesto que indicaba cualquier cosa menos amor.

—Cariño, le he pedido prestado el coche a Virginia, y tengo que devolvérselo.

—Sólo unos minutos. ¡Por favor!

—Además, he aparcado en zona prohibida. Si no me doy prisa me pondrán una multa, y ya sabes que... —Sonrió de nuevo. Una sonrisa juvenil y encantadora, la que hacía enloquecer a las mujeres—. Bueno, ahora mismo no podría pagarla, ¿recuerdas?

A ella no le hizo ninguna gracia. Antes habría sonreído sólo para agradecerle a él, pero ahora se sentía enferma y agotada.

—¿Volverás mañana? —le preguntó.

—Claro. Pero ahora duerme un poco, ¿vale? Tienes que cuidarte, y el descanso es muy importante.

«Igual que el amor», pensó ella mientras lo veía salir de la habitación. Las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas y las dos mujeres seguían observándola.

Se dio la vuelta y miró el techo.

En su cabeza resonaban las palabras «no tienes casa, no tienes casa». Un *staccato* terrible y durísimo. No tienes casa, no tienescasa, notienescasa notienescasanotienes casa...

4

Janie sólo tenía ganas de llorar. El lunes estuvo en la papelería hasta las cinco, pero el desconocido no apareció. El hombre de la tienda la había reñido por tocar las tarjetas de invitación, y eso que había tenido mucho cuidado de no estropearlas ni ensuciarlas. La tienda estaba llena de gente que se guarecía de la lluvia. La verdad es que llovía a cántaros, y el único consuelo de Janie fue pensar que, con tan mal tiempo, el desconocido había preferido quedarse en casa. Quizá había pensado que ella tampoco iría. Pero también cabía que estuviera enfadado con ella porque no había acudido a su cita la semana anterior. Al fin y al cabo, era ella la que quería algo de él, no al revés.

Hacia las cinco de la tarde seguía junto al expositor de las tarjetas de felicitación, haciendo un esfuerzo por no llorar, y entonces el dueño de la tienda explotó.

—Escucha, señorita —le dijo, enfadado—, esto no es una sala de espera para niños aburridos. ¡O me compras algo ahora mismo o desapareces de mi tienda, pero ya!

Llevaba encima todo su dinero. No era mucho, porque su madre sólo le daba algo cuando tenía calderilla y estaba de buen humor, dos cosas que sucedían en muy contadas ocasiones, así que todo junto sumaba apenas una libra, lo cual daba para cinco tarjetas. Pero ella quería invitar al menos a quince amigos. Además, no tenía sentido comprar ninguna si su benefactor no volvía a aparecer por ahí y ella no podía celebrar la fiesta. Al pensar en eso, las lágrimas volvieron a agolpársele en los ojos, y para colmo el dueño parecía dispuesto a ponerla de patitas en la calle. Así que

susurró:

—Quiero cinco tarjetas, por favor.

Al llegar a casa las escondió en el fondo del cajón, aunque volvió a sacarlas muchas veces para mirarlas. El ofrecimiento de aquel hombre era demasiado tentador como para perder la esperanza de que se cumpliera. El martes también fue a la papelería, porque pensó que quizá aparecería un día después, ya sin lluvia. En esa ocasión se había quedado fuera de la tienda, porque el dueño la tenía fichada y ella ya no se atrevía a entrar, por lo menos sin un penique en el bolsillo. Y también el miércoles se había acercado a la tienda, pero de nuevo en vano. En realidad sólo le quedaba esperar al lunes siguiente, 4 de septiembre. Apenas dos semanas antes de su cumpleaños.

Aquel día, en la cena, hasta su madre —que solía andar perdida en sus propios y sombríos pensamientos— se dio cuenta de que Janie no estaba bien.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. Tienes mal aspecto.

—No lo sé... yo...

—¿Estás enferma? —Doris Brown le puso la mano en la frente—. Fiebre no tienes.

Janie se asustó. Mamá no debía sospechar que estaba enferma, o no la dejaría salir de su habitación.

—No, no; estoy bien —dijo—. Es sólo que... me siento un poco triste porque las vacaciones se acaban.

—¡Bueno, ya has holgazaneado suficiente!

—Mmm.

Dio un mordisco a su bocadillo. Su madre hacía unos bocadillos muy buenos, de jamón, pepinillos y mayonesa, y a ella le encantaban. Aunque aquel día no tenía apetito. Se preguntó si debía hacer un intento.

—Pronto será mi cumple —dijo.

—Lo sé —dijo Doris—, pero si tienes pensado pedirme algo exagerado, te advierto desde ya que lo olvides. Seguro que no podemos permitirnoslo.

—¡No, no pensaba pedirte nada! —se apresuró a responder Janie.

Su madre arqueó una ceja.

—¡Vaya, esto sí que es nuevo!

—Bueno, en realidad sí hay una cosa, una sola, pero no es directamente un regalo... es decir, no es algo que se compra en una tienda...

—Me muero de curiosidad.

—Me gustaría dar una fiesta, mami. Invitar a mis amigos y...

Su madre la interrumpió.

—¡Ya estamos otra vez! El año pasado ya lo hablamos, y hace dos también.

—Lo sé. Pero es que... este año cae en domingo. No tendrías que coger el día libre ni nada, y podríamos prepararlo todo el sábado por la tarde, cuando llegaras a casa, y...

—¿Te crees que una fiesta sale gratis? ¿Qué van a comer todos los niños que invites?

—Podríamos hacer un pastel nosotras.

—¡Janie!

Doris echó la cabeza atrás y cerró los ojos. Janie vio las venitas azules que pulsaban en las sienes de su madre, bajo su blanca piel. Pese a lo joven que era, algunas canas ya se mezclaban con su melena rubia. Parecía tan cansada que Janie perdió todo esperanza. Podría pedírselo y suplicárselo cuantas veces quisiera, pero su madre no aceptaría. Quizá le faltaban realmente las fuerzas para hacerlo.

Doris abrió los ojos y miró a su hijita. De pronto parecía menos irritada e impaciente que de costumbre. En su gesto había casi algo de ternura.

—Janie, lo siento, pero no puedo hacerlo —le dijo en voz baja—. Lo siento en el alma. Tu cumpleaños es un día muy importante también para mí, pero te aseguro que no puedo. Estoy agotada.

Parecía tan triste y cansada que Janie se apresuró a decir:

—No pasa nada, mami. De verdad, no me importa.

Doris volvió a coger su bocadillo. La conversación no había salido como Janie quería, pero aún tenía esperanzas. Mamá parecía tan desolada que tuvo la sensación de que le habría encantado poder concederle aquel deseo. Lo cual a su vez comportaba que quizá no tuviese nada en contra de celebrar la fiesta en el jardín de un desconocido. Así haría feliz a su hija sin tener que consumir una energía que no tenía.

Ahora lo más importante era encontrar a aquel hombre.

Pasó el resto de la tarde pensando cómo podría dar con él.

Jueves 31 de agosto

1

Durante unos momentos contempló incluso la posibilidad de ir a la estación con una rosa roja. No solía ser tan romántico, pero en esta ocasión se trataba de demostrar a Virginia lo mucho que se alegraba de que hubiera ido a Londres. Y de lo mucho que valoraba su esfuerzo, su capacidad de superación, sólo para apoyarlo a él. No obstante, al final había desechado la idea porque a su edad y tras nueve años de matrimonio le parecía un gesto más bien ridículo, y también porque temió que a ella le pareciera falso o demasiado calculado. Quizá lo mejor fuera comportarse del modo más normal posible. Además, ella se pondría menos nerviosa cuanto menos importancia se le diera al asunto. Sí, debía comportarse como si todo fuera de lo más normal del mundo.

Sea como fuere, llegó a la estación de King's Cross media hora antes de lo previsto. Le habría gustado que brillara el sol y que Londres apareciera bañado por una luz alegre y brillante, pero agosto se despedía ya entre tonos grises y parecía que septiembre tenía pensado empezar igual. El cielo estaba cubierto y era difícil divisar algún trocito de azul. En fin, al menos no llovía.

Entró en un bar de la estación y pidió un café que se tomó de pie, mientras veía pasar la gente de un lado a otro. Le gustaban las estaciones. Y los aeropuertos. Le gustaban los lugares que implicaban partidas y llegadas, movimiento, cierta prisa, trajín. Conceptos todos que en aquel momento de su vida parecían venirle como anillo al dedo. Él mismo se encontraba en un momento de cambio, de partida. Quería ir más allá, llegar más lejos. No siempre había sido así. Durante muchos años se había conformado con dirigir el banco heredado, conservar la riqueza de su familia y ser lo suficientemente hábil como para saber multiplicarla. Cuando se casó con Virginia, cuando nació Kim, la familia se convirtió en el centro de su vida, por encima de cualquier actividad u oportunidad laboral. La inquietud se apoderó de él después, cuando Kim cumplió los tres años y pasó a convertirse en rutina, dejando de ser un milagro único y maravilloso. De pronto se le hizo muy cuesta arriba imaginar el resto de su vida en el banco, hablando con los aburridos clientes o bien organizando aburridas fiestas en las que los invitados no hacían más que emborracharse a su costa. Tenía que cortejar a los grandes inversores aunque le parecieran despreciables, y no le parecía que lograra influir lo más mínimo en sus decisiones, y menos aún en las de su país. Se limitaba a hacer lo que habían hecho sus antepasados, pero sin sentirse orgulloso de haber logrado algo por sí mismo. Su bisabuelo había fundado el banco. Su abuelo y su padre lo sacaron adelante. Él se

limitaba a mantener en pie lo que otros habían construido.

Ya en su época de estudiante había militado a favor de los conservadores y había hecho muy buenos contactos, pero los había descuidado durante mucho tiempo. Después, cuando empezó la época de las inseguridades —así llamaba a aquel tiempo, «la época de las inseguridades»—, había empezado a tirar de nuevo de aquellos viejos hilos. No estaba seguro de haber tenido desde el principio una carrera política en mente, aunque probablemente así fue. Quizá siempre había albergado en su fuero interno el deseo de sentarse al menos una vez en un escaño del Parlamento y contribuir al desarrollo de su país.

Echó un vistazo a su reloj. Quedaban aún diez minutos para que llegara el tren. Hacía rato que se había acabado el café. Dejó unas monedas sobre la mesa, junto a su taza, y se dirigió lentamente hacia los andenes.

La primera vez que había visto a Virginia fue también en una estación. No en King's Cross, todo sea dicho, sino en Liverpool Street. Ambos esperaban el tren a Cambridgeshire y Norfolk. Él iba a King's Lynn, porque el encargado de mantener sus tierras, Jack Walker, lo había llamado un par de días atrás. Una espantosa tormenta había causado grandes destrozos en el tejado de la casa, Jack no podía repararlo solo y quería acordar el precio del trabajo con su jefe. Frederic se había quejado. Era diciembre y, como siempre por esas fechas, su agenda parecía a punto de explotar. Pero entendía que no podía cargar a un empleado con el peso de unas decisiones tan importantes y costosas. Mientras esperaba en la estación, helado de frío, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, había barajado seriamente la posibilidad de vender Ferndale House. Tenía claro que él nunca viviría allí. Ni siquiera le gustaba pasar las vacaciones entre aquellos muros sombríos. Ferndale House no era más que un incordio, y además le suponía muchos gastos. Lo único que hasta entonces le había impedido decidirse era su lealtad hacia sus antepasados, para quienes la casa era una especie de punto de reunión familiar.

Virginia se encontraba a pocos pasos de él. Una mujer joven y rubia, muy delgada y algo pálida, envuelta en un abrigo negro para protegerse del frío. La tristeza de su rostro lo había fascinado. Se sorprendió a sí mismo mirándola continuamente, sin poder evitarlo. Hubiera deseado prestarle su abrigo, porque la joven parecía helada. Cuando por fin llegó el tren la siguió como quien no quiere la cosa, y tomó asiento justo delante de ella. No lograba apartar la mirada de ella, pero se sentía impertinente, ridículo y en cierto modo hasta desesperado. Ella había sacado un libro de su bolso y estaba sumida en su lectura, y él observaba la contracubierta, buscando el mejor modo de iniciar una conversación. Cuando por fin ella apartó los ojos del libro y contempló la suave colina de Essex, tras cuyo paisaje cubierto de escarcha empezaba a descender ya el temprano crepúsculo invernal, él no desaprovechó la ocasión.

—Buen libro —dijo—. Yo también lo he leído.

Era mentira. No conocía el título ni al autor. La joven lo miró sorprendida.

—¿Sí?

—Sí, hace... más de medio año. —Se concedió un buen margen de tiempo para tener una excusa si ella le preguntaba algo y no sabía qué responder.

Ella frunció el ceño.

—No puede ser. Este libro se ha publicado hace poco...

Le habría gustado darse cabezazos contra una pared.

—Ah, ¿sí?

Ella pasó las hojas hacia delante.

—Sí, en octubre. Es decir, hace unos dos meses.

—Vaya... —Fingió releer el título con más atención—. Pues debo de haberme equivocado —dijo, y se sintió idiota—. Cierto, no es este libro.

Ella no dijo nada y volvió a sumirse en la lectura.

Lo había estropeado todo, pero ya le había pasado otras veces. Cuando las cosas no podían ir peor, cuando ya no le quedaba nada que perder, recuperaba la audacia perdida.

—En realidad no me he equivocado —le dijo—. Ya sabía que no había leído ese libro.

Ella alzó la vista. Parecía algo molesta.

—Ah.

—Sólo intentaba entablar conversación. Está claro que lo he hecho del peor modo. —Sonrió con torpeza—. Me llamo Frederic Quentin.

—Virginia Delaney.

Pese a todo, le había dicho su nombre. Podría haber pasado de él, pero no lo hizo. No estaba todo perdido.

Se casaron en septiembre del año siguiente, dos semanas después de que *lady Di* muriera en un accidente de coche en París. Recordó que todos los invitados no hacían otra cosa que hablar de aquello; que todos los allí presentes encontraban más emocionante la desgracia de la familia real que el hecho de que dos amigos se dijeran el «sí, quiero». Pero no le importó. Estaba tan feliz que ni siquiera le habría molestado que no hubiese asistido nadie.

Miró de nuevo el reloj. Ya era la hora. Comprobó una vez más si se encontraba en el andén correcto. El corazón le latía más rápido de lo normal, igual que le había sucedido aquel oscuro día de diciembre. Sabía que tras nueve años de matrimonio amaba a Virginia tanto como al principio. Quizá incluso más.

Se moría de ganas de tenerla entre sus brazos.

2

Veinte minutos después estaba completamente desconcertado.

El tren llegó más puntual que nunca, y los viajeros bajaron a borbotones en cuanto se abrieron las puertas. Como no sabía en qué vagón venía su mujer, Frederic

se había colocado en un lugar desde el que podía verlo todo. No parecía posible que se le escapara. Esperó y esperó. Quizá estuviera en uno de los últimos vagones. Habría querido ir a buscarla, pero no se atrevió a dejar su puesto por miedo a no encontrarla. Entretanto la llamó varias veces al móvil, pero no tenía cobertura o no lo oía. En cualquier caso, le saltaba el contestador.

«Éste es el contestador de Virginia Quentin. Por favor, deje su mensaje...»

Cuando el andén estuvo suficientemente despejado como para no correr el riesgo de perderla entre la multitud, Frederic empezó a recorrerlo. Ya nadie descendía del tren, y la mayoría de los que lo esperaban había subido. Sólo quedaban algunos grupos aislados de gente que se saludaba, dos jóvenes excursionistas que arrastraban numerosas maletas y bolsas, y una anciana se esforzaba en doblar un plano que se le resistía. Uno de los trabajadores de la estación recogía los carritos de equipaje dispersos por el andén. Ni rastro de Virginia.

Frederic apretó el paso e intentó mirar por las ventanillas de los vagones. ¿Se habría quedado dormida sin enterarse de que había llegado a su destino? ¿Estaba tan concentrada leyendo que había olvidado cuanto lo rodeaba?

¿Qué había pasado?

¿Dónde estaba Virginia?

«Llego a las cuatro y cuarto», le había dicho. Estaba seguro. A King's Cross; de eso también estaba seguro. Lo había apuntado en un papel y después le había pedido que lo confirmara.

El miedo que lo asaltó no era nuevo: llevaba ya un par de días arrastrándolo, desde el mismo instante en que Virginia le prometió que iría a Londres. Conocía demasiado bien a su mujer. Sabía perfectamente lo nerviosa que la habría puesto aquella promesa. Era probable que en las últimas noches ni siquiera hubiese dormido considerando la posibilidad de echarse atrás en el último segundo. Ella no lo había mencionado, pero él sabía que había tenido que enfrentarse a todos sus miedos.

¿Era posible que ni siquiera hubiese cogido el tren en King's Lynn?

Sea como fuere, no había llegado a Londres. A esas alturas ya no le cabía duda de que no se encontraba en el andén. No podía habersele escapado, no podía haber pasado por su lado sin que él se diese cuenta. El tren continuó su marcha y el andén empezó a llenarse de nuevos viajeros que esperaban el próximo.

Siguió intentando localizarla en el móvil, pero no había caso. Así que le dejó un mensaje.

—Virginia, soy yo, Frederic. Son las cinco menos veinte. ¿Dónde estás? Llámame, por favor.

Si al final resultaba que sí estaba por ahí, en algún lugar de la estación, lo llamaría en cuanto oyera el mensaje. O en cuanto conectara el teléfono. Pero era absurdo. No estaba allí.

Tras dudar unos segundos marcó el número de Ferndale. Dudaba porque temía encontrarla. Porque eso significaría que se había echado atrás.

Pero también allí saltó el contestador, después del sexto tono. No dijo nada. No quería presuponer de aquel modo que se había quedado en casa. Volvió al bar y pidió otro café. Desde su mesa tenía una buena vista de los pasillos, y se dedicó a escrutar cuanto pudo, aunque ya no tenía ninguna esperanza de encontrarla. De estar allí, ella habría intentado localizarlo con el móvil hacía rato, salvo que se lo hubiera dejado en casa. Pero aquello resultaba bastante improbable, ya que era el único modo de comunicarse con Kim. Además, Frederic no creía tanto en las casualidades. En primer lugar, tendría que haber bajado del tren sin que él la viera y sin que ella lo viera a él, cosa harto improbable, y después tendría que haber olvidado el teléfono...

No. Era más sencillo: simplemente se había quedado en casa, y no cogía el teléfono porque sabía que era él quien llamaba.

Sin embargo, una fuerza extraña lo obligaba a no perder la esperanza. Ya no le importaba la fiesta del día siguiente, sino sólo su decepción personal. Le dolía que ella le hubiese dado plantón. Le dolía mucho...

Tras el café fue hasta un cartel que anunciaba los horarios y comprobó que el próximo tren proveniente de King's Lynn llegaba a las 17.50. Sin hacerse demasiadas ilusiones decidió esperarlo. Al fin y al cabo, ya eran más de las cinco.

A las cinco y media no aguantó más y llamó a los Walker. Llevaba rato intentando resistirse, porque no quería que los Walker lo vieran en esa situación tan ridícula, plantado por su mujer, pero ellos eran su única posibilidad de obtener una explicación lógica a lo sucedido, y en el último momento sus nervios vencieron a su orgullo.

Jack contestó al tercer tono.

—Ferndale House —dijo como siempre, en lugar de su nombre.

Frederic sabía que el hombre se sentía orgulloso de trabajar allí.

—Jack, soy Frederic. Estoy en la estación de King's Cross, en Londres, y... —Se rió con cierto apuro, sin entender por qué demonios lo empeoraba todo con una risita fuera de lugar—. Bueno, estoy esperando a mi mujer, pero no venía en el tren que acordamos...

—¿No? —se sorprendió Jack.

—No. Por eso quería preguntarle... Virginia pensaba dejarles a Kim. ¿Lo ha hecho?

—Claro. Al mediodía, como quedamos.

Aquello lo tranquilizó un poco. Al menos en algún momento, su mujer había considerado realmente la posibilidad de ir a Londres.

—¿La ha llevado usted a la estación? —se interesó.

—No, no quiso. —Parecía ofendido—. Me ofrecí a llevarla, por supuesto, pero dijo que cogería su coche y lo dejaría en la estación. Para serle sincero, me pareció muy poco razonable, pero...

Frederic se lo imaginó encogiéndose de hombros con aire agraviado. Lo cierto es que a él también le pareció algo extraño, aunque tampoco demasiado. Seguro que estaba nerviosa, y era más que probable que no tuviese ganas de escuchar uno de los

inevitables monólogos políticos de Jack, que dejaban entrever una visión del mundo extremadamente simple que según el estado de ánimo resultaba difícil de soportar. A Frederic le había pasado muchas veces.

—Me gustaría hablar con Kim —dijo.

—Está fuera, con Grace. Cogiendo bayas. Saldré a ver si están cerca.

Frederic oyó cómo dejaba el auricular y se alejaba. Una puerta crujió. Una voz lejana gritó los nombres de Grace y Kim. Después unos pasos ligeros, rápidos, y la voz emocionada de Kim:

—¿Papá está al teléfono? —Y a continuación gritó al aparato—: ¡Papi! ¡Hemos cogido muchísimas moras! ¡Son enormes y están superdulces!

—Qué bien, tesoro.

—¿Vendrás pronto? Cuando estés aquí te enseñaré dónde encontrarlas. ¡Todavía quedan muchas!

—Pronto —le prometió, y añadió—: Dime, princesa, ¿mamá te comentó que venía a Londres a reunirse conmigo?

—Claro. Y me dijo que volveríais juntos el sábado.

—Ya. ¿Y después no te dijo si iba a hacer otra cosa?

—No. ¿Por qué? ¿Dónde está mamá?

En ese momento Grace y Jack hablaron al fondo.

—¿Qué ocurre? —estaba preguntando Grace—. ¿Cómo que no ha llegado a Londres?

—Pues significa lo que significa —farfulló Jack—. Seguramente ha tomado el tren equivocado. Yo me ofrecí a acompañarla, pero no, ¡prefirió ir sola!

—¿Dónde está mamá? —insistió la niña, preocupada.

—Seguramente se ha equivocado de tren —dijo Frederic, aunque no le parecía probable—. Pero no te preocupes: mamá sabe cuidarse sola. Esperará al siguiente tren y vendrá para aquí.

—Pero ¿puedo quedarme con Grace y Jack?

—¡Sí, claro! Oye —de pronto le vino otra cosa a la cabeza—, ¿qué hay de... cómo se llamaba? ¿Nathan? ¿Qué hay de Nathan Moor?

—Es muy simpático, papi. Ayer fue a dar un paseo conmigo y me enseñó cómo dejar un rastro para encontrar el camino de vuelta a casa. Tienes que...

—Está bien, cariño, prefiero que me lo cuentes cuando esté contigo. Ahora dime si mamá lo ha acompañado hoy a algún sitio. A otra casa, o a la estación...

—No —dijo Kim, sorprendida.

Frederic suspiró. Si Kim estaba con los Walker desde el mediodía, no podía haber visto adonde iba Nathan Moor. O mejor dicho, adonde lo llevaban. Seguro que él ni siquiera había movido un dedo para irse...

Por lo visto, Grace se puso al teléfono, porque en ese momento escuchó su voz:

—Señor Quentin... esto no me gusta nada. ¿No quiere que vaya a la casa a echar un vistazo? ¿Es decir, a comprobar si la señora Quentin se marchó? Quizá...

—¿Sí?

—Bueno, quizá ha tenido un pequeño accidente y no puede moverse o algo así.

No se le había ocurrido esa posibilidad. Desde luego, lo más sensato era que Grace fuera a mirar. Por un instante pensó que Virginia tal vez había cedido y permitido al repulsivo Moor quedarse en su casa durante su ausencia, y se preguntó si debía advertir a Grace de que quizá se topara con un desconocido, pero al final se abstuvo. Por lo visto, los Walker no sabían nada del alemán, así que mejor dejar las cosas como estaban. Era más agradable así.

—Está bien, Grace, es muy amable. Llámeme al móvil en cuanto vuelva, ¿de acuerdo?

Pidió que le pasaran de nuevo a Kim, se despidió de ella y colgó. Eran casi las seis menos cuarto. En menos de diez minutos llegaría el próximo tren. ¿Por qué estaba tan seguro de que Virginia no venía en él?

Pero la siguiente pregunta era más inquietante: si efectivamente no aparecía y Grace tampoco la encontraba en casa, ¿qué iba a hacer? ¿Informar a la policía?

El tren llegó con veinte minutos de retraso. Mientras Frederic esperaba en el andén observando a los viajeros con atención, Grace llamó.

—En su casa no hay nadie, señor —le informó—, y el coche tampoco está. Parece que la señora Quentin sí se ha marchado. Está todo bien cerrado: puertas y ventanas. Ha cerrado hasta los cajones.

Frederic sintió una extraña mezcla de alivio y preocupación. Alivio porque Virginia sí había salido de casa, lo que hacía suponer que pensaba cumplir su promesa... o al menos eso había querido. Porque estaba claro que algo había ido mal. Tampoco bajó del segundo tren. La preocupación empezó a ganarle terreno al alivio.

¿Qué podía haber pasado?

«¿Y qué papel —pensó de pronto— desempeñaba Nathan Moor en la desaparición de Virginia?»

A las nueve de la noche no pudo soportarlo más. Tras esperar el tercer tren de King's Lynn, por fin había vuelto a su piso con la vana esperanza de que Virginia hubiese escogido otro medio de transporte para ir directamente allí. Por supuesto, el piso estaba vacío y silencioso. Sobre la mesa, frente a la ventana, había dos copas alargadas, y en la nevera una botella de champán. Había pensado brindar con ella por su llegada. Incluso había comprado velas rojas y las había repartido por la habitación, y había dejado preparado un mechero. Un romántico idiota, eso era. Tenía que haber sabido que no saldría bien.

«Vamos, ahora no te enfades con ella —se repitió varias veces—. No sabes si se encuentra en un apuro.»

La llamó varias veces al móvil, pero cada vez tenía más claro que ella no quería o no podía cogerlo. Tenía que hacer algo, pero no se le ocurría nada. Dejó dos mensajes

más en el contestador. Era su única posibilidad, por pequeña que fuera, de ponerse en contacto con ella.

¿Debía acudir a la policía? Por lo que sabía, tenía que transcurrir cierto tiempo antes de que la policía empezara a investigar la desaparición de una persona. ¿Cuánto era, veinticuatro horas? ¿O más? No lo sabía. Pero Virginia no llevaba ni cinco horas ilocalizable desde que el tren de King's Lynn había llegado a la estación. Seguro que la policía no podría empezar a buscarla esa misma noche. No obstante, estaba seguro de que se volvería loco si pasaba toda la noche paseándose por el piso.

Lo lógico era esperarla allí, en Londres, pero algo le decía que ella no se encontraba en la ciudad. ¿Dónde y cuándo la habían visto por última vez? En Ferndale, ¿no? Al mediodía, cuando llevó a Kim a casa de los Walker. Pues iría allí, donde fue vista hacía ya nueve horas. El resto de suposiciones sobre su paradero no eran más que simple especulación.

Llamó a casa de los Walker, habló de nuevo con Jack y le informó que salía inmediatamente hacia Norfolk.

—¿No prefiere que vaya a recogerlo mañana por la mañana, señor? —le preguntó Jack—. Al fin y al cabo no tiene coche y...

—No. No quiero esperar tanto. Alquilaré un coche. Si la señora Quentin lo llamase, dígame por favor que llegaré a casa hacia medianoche.

—Está bien, señor.

Frederic decidió coger el metro hasta el aeropuerto Stansted y allí alquilar un coche. El aeropuerto del nordeste de Londres era un buen punto de partida para viajar a Norfolk. Además, de ese modo evitaba el caos de las calles de Londres, tan transitadas incluso a aquella hora.

Poco después de las diez estaba conduciendo un coche por la M11, en dirección Norfolk. En las afueras de la ciudad había un tráfico considerable, pero a medida que se alejaba la carretera se despejó. Sentía un desasosiego terrible. No lograba encontrar una explicación lógica a lo ocurrido. Se suponía que su mujer iba a coger un tren normal a la luz del día y recorrer una distancia perfectamente transitada y transitable, hasta llegar a Londres aún en pleno día. ¿Cómo demonios era posible que hubiese sucedido algo? Había cerrado la casa a cal y canto, había dejado a su hija con los Walker. No había duda de que tenía pensado irse de viaje.

El único interrogante era el trayecto desde su casa hasta la estación de King's Lynn. Según parecía, no había llegado allá. Pero si hubiese tenido un accidente, los Walker ya se habrían enterado...

Los pensamientos de Frederic giraban cada vez más en torno a Nathan Moor. Suponía que Virginia lo había llevado en su coche. ¿Cómo si no iba a marcharse a la ciudad? Quizá Virginia pensaba dejarlo en el hospital en que se encontraba su esposa.

¿Habría llegado?

Lo primero que haría al día siguiente sería visitar a Livia Moor. Quizá ella supiera dónde se encontraba su marido.

Pero ¿y si no? ¿Y si no había vuelto a saber nada de su marido?

Frederic creía tener un buen olfato para catalogar a la gente, y algo le llamó la atención aquel último día de vacaciones en que se vio obligado a compartir la noche con los Moor en su casa de Dunvegan: Nathan Moor no sentía absolutamente nada por su mujer. Fuera lo que fuese lo que en otro momento lo impulsó a casarse con Livia, no cabía duda de que ahora le resultaba del todo indiferente. Frederic estaba seguro de que si la había llevado a la clínica de King's Lynn, había sido sólo para acercarse más a Virginia. Y tuvo la suerte de su parte, porque él, Frederic, se había marchado de viaje.

«¿Qué pretendía de Virginia aquel hombre?», se preguntó.

Quizá sólo dinero. Seguro que había estado pidiéndoselo desde el mismo momento en que llegó a su casa de Skye. No quería saber cuánto le habría sacado en los últimos días. ¡El maldito escritor de *best sellers* que no tenía ni un euro en sus cuentas alemanas!

Y al final le habría pedido hasta el coche, y ahora estaría huyendo con él hacia algún sitio. Pero ¿qué había hecho con Virginia? ¿Cómo se había librado de ella?

Frederic golpeó el volante con el puño y apretó el acelerador, aunque ya iba mucho más rápido de lo permitido. ¡Qué idiota había sido! Tenía que haber montado un escándalo cuando se enteró de que Moor se había instalado en Ferndale House. Al fin y al cabo, en su interior se habían disparado todas las alarmas. Recordó lo estupefacto que se había quedado al enterarse, y el inexplicable miedo que sintió en su fuero más interno. Un miedo que tenía que ver con el desprecio y la desconfianza que Moor le había inspirado desde el principio.

Pero claro, en aquel momento sólo le preocupaba la fiesta del viernes, las ganas de tener a Virginia a su lado. Así que había preferido no arriesgarse a ponerla de mal humor por culpa de una disputa en torno a aquel gorrón. Había sofocado su intuición, acallado la vocecita interior que protestaba indignada, a tal punto que prácticamente se olvidó de ella. Se había concentrado exclusivamente en la fiesta. En Virginia viajando a Londres. En la tarde y la noche que pasarían juntos. Y en que, si todo salía según lo previsto, aquel viaje se convertiría en el punto de partida para que la pareja se consolidara y para reforzar su promisoría carrera política.

Qué idiota había sido. Preocuparse sólo de sí mismo, de aquel momento de su vida, de sus intereses... Y ahí estaba el resultado: Frederic Quentin conduciendo a toda pastilla por una carretera oscura en una noche nublada. Tendría suerte si no lo paraba la policía. Y no sabía qué iba a encontrarse al llegar.

Viernes 1 de septiembre

1

Pasaba de la medianoche cuando divisó la entrada de Ferndale House. El sinuoso camino que conducía hasta ella estaba iluminado por farolas y se veían las frondosas copas de los árboles. Era como conducir por un espeso bosque.

Con los músculos tensos, se apeó dificultosamente del coche de alquiler y hurgó en su bolsillo buscando la llave. Desactivó la alarma y cerró la puerta de entrada. En el pasillo olía levemente al perfume de Virginia. Provenía de sus abrigos y bufandas, que estaban colgados en el guardarropa. Por unos segundos hundió su rostro en una suave chaqueta de angora. Desprendía un olor cálido y reconfortante.

—¿Dónde te has metido? —susurró—. ¿Dónde demonios te has metido?

Encendió las luces y fue a la cocina. El grifo del fregadero goteaba un poco. Lo apretó maquinalmente. La cocina estaba impecable, todos los mármoles y la mesa brillantes. Las plantas de la ventana —principalmente hierbas aromáticas— habían sido regadas y los platos bajo las macetas rebosaban de agua.

Se dirigió al salón, cogió un vaso del armario y la botella de *whisky* del mueble bar y se sirvió un Chevas doble. Se lo bebió de un trago. El alcohol le quemó la garganta y por un momento el ardor se extendió por el estómago, lo cual le resultó agradable. Se sirvió otra copa. No solía ahogar sus problemas en alcohol, pero en aquel momento lo necesitaba para no volverse loco.

Recorrió toda la casa con el vaso en la mano. Todo seguía como siempre. Ni el menor indicio de lo que podía haber sucedido con Virginia. En el dormitorio las camas estaban hechas. Abrió el armario, pero no conocía lo suficiente toda la ropa de su mujer como para saber qué faltaba y qué no. Lo único que le llamó la atención fue la pequeña maleta roja que siempre se encontraba entre el armario y la pared: había desaparecido. Virginia se había marchado con una maleta.

Tras dudar unos segundos fue a la habitación de invitados. Pero tampoco allí encontró ninguna pista. La cama estaba hecha, y el armario vacío. No había nada que hiciera pensar en la presencia de Moor en aquella casa.

«De todos modos, aunque hubiese encontrado un calcetín suyo —pensó—, tampoco me habría servido de nada.»

Volvió a su dormitorio. Se movía a cámara lenta. En el espejo del armario vio reflejado a un hombre cansado, de aspecto gris, exhausto. Sus ojos reflejaban miedo y desesperación. Era una expresión que desconocía. Jamás se mostraba asustado o confuso; de hecho, aquellos sentimientos ni siquiera solían tener cabida en su interior. Claro que nunca había pasado por una situación como aquélla. Nunca había sentido

un nudo en la garganta porque Virginia hubiese desaparecido. Nunca había pasado por nada que alterara tanto su vida.

Se quitó la ropa y se enfundó el albornoz. Impensable intentar dormir: no pegaría ojo. En cuanto amaneciera iría a visitar a Livia Moor. Pero antes tendría que llamar a su secretaria, en Londres. Aquella mañana tenía varias citas concertadas; podría pasar algunas a sus colaboradores. Respecto a la cena y la fiesta de aquella noche (probablemente causa de los acontecimientos a que ahora se enfrentaba), no sabía aún qué pensar. Evidentemente, tenía tiempo para ir a Londres después de comer, y participar en el encuentro, justificando una vez más la ausencia de Virginia con alguna excusa. Pero ¿sería capaz de hacerlo, si a esas alturas seguía sin conocer su paradero? No le parecía posible.

Volvió al salón en silencio y encendió la lamparita que había junto a la ventana. Sobre el sofá yacían los periódicos de los últimos días. El de arriba era el del día anterior. Lo cogió. El asesinato de dos niñas ocupaba la primera plana. «¿Cómo piensa actuar la policía?», se preguntaba el autor del artículo, y a continuación presuponía que ambos crímenes habían sido obra de una misma persona. Ambas criaturas, la pequeña Sarah Alby, de cuatro años, y Rachel Cunningham, de ocho, vivían en King's Lynn. Ambas habían desaparecido en pleno día sin llamar la atención de nadie. Ambas habían sido violadas y después estranguladas. Ambas habían sido encontradas en un lugar apartado pero de fácil acceso en coche. La gente estaba muy intranquila, muy preocupada, y se decía que los padres ya no dejaban que sus hijos salieran a jugar a la calle. Incluso se organizaban grupos para llevarlos al colegio y no dejarlos sin supervisión en ningún momento. La opinión pública había alzado la voz para exigir el nombramiento de una comisión especial que esclareciera aquellos dos terribles asesinatos. Frederic sabía que las comisiones especiales no hacían más que entorpecer los ya de por sí escasos avances de la policía, pero comprendió que había que hacer algo. También comprendió lo decisivo que sería aquel tema tan emocional para las futuras elecciones.

Sólo que en aquel momento tenía otras preocupaciones. Siguió leyendo los periódicos para distraerse un poco. Los recorrió desde la primera hasta la última página, incluida la sección de deportes, que en general no le interesaba demasiado. Cuando los primeros rayos de luz grisácea se colaron por las ventanas anunciando la llegada del nuevo día, Frederic apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y se quedó profundamente dormido. Estaba agotado.

2

Livia había recuperado la memoria completamente, pero no sabía si alegrarse por ello. En realidad habría preferido no recordarlo todo con tanta exactitud. En su mente no dejaba de repetirse la escena en que Nathan la empujaba por encima de la

barandilla del Dandelion. Arriba, el oscuro cielo nocturno; abajo, las negras olas del mar. Y Nathan gritándole: «¡Salta del barco! ¡Salta inmediatamente!»

Había tenido la sensación de saltar hacia la muerte. Nunca le había gustado demasiado el agua, y menos el mar, y mucho menos los barcos. Siempre había tenido pánico a morir ahogada. Ni siquiera podía ver películas sobre naufragios.

Así que tuvo la sensación de que la muerte la miraba a los ojos, la abrazaba, no la soltaba. Supo que había sobrevivido porque Nathan logró subirla al bote salvavidas, sacarla de aquel oscuro, tempestuoso e implacable mar. Porque apareció un barco de pescadores que los subió a bordo. Porque pisó suelo firme en Portree y fue envuelta en una manta de lana y alguien le dio una botella de agua. Supo que estaba viva, pero de algún modo no había logrado sacudirse la sensación de la muerte. Ésta seguía allí, junto a ella, justo a su lado. En forma de olas negras y borboteantes.

—Físicamente ya está usted recuperada —le había dicho el doctor—, y ése era nuestro deber. Ya no podemos hacer más por usted. Pero le recomendamos que recurra a la ayuda de un psicólogo. Una conmoción es algo muy serio.

Desayunó en la cama, pero no fue capaz de beber más de dos sorbos de café y tomar una cucharadita de mermelada. Sus compañeras de habitación habían intentado hablarle varias veces, pero ella simulaba que le costaba entender el inglés —y más aún hablarlo—, y al final habían desistido. Se levantó, se arrastró hasta el baño con las rodillas temblorosas y observó el rostro reflejado en el espejo: tenía las mejillas hundidas y estaba pálida como un fantasma. Sin embargo, ¡podía irse! El médico se lo dijo como si tal cosa. Sólo tenía que esperar a que llegara Nathan; pero, como el día anterior no había pasado a verla, empezó a temer que tampoco apareciera esta vez. Y ahí estaba ella ahora, obligada a abandonar el hospital sin dinero y sin la menor idea de adónde ir. Y teniendo que soportar la mirada cínica de sus dos compañeras de habitación, que sin duda empezaban a comprender que en su matrimonio algo no iba nada bien.

Se lavó por encima. Su pelo estaba oscurecido por la grasa, pero no tenía jabón. En cualquier caso, en aquel momento el pelo grasiento era el menor de sus problemas. Regresó a la habitación y sacó sus cosas del armario. O mejor dicho, las cosas de Virginia Quentin. A ella ya no le quedaba nada. Nada en absoluto.

Los tejanos y el jersey que le habían sentado perfectos ahora le colgaban holgados. Había perdido mucho peso. El pantalón se le caía de las huesudas caderas y en el jersey podía haber metido perfectamente a una persona delgada. Seguro que parecía un espantapájaros.

«Un espantapájaros esquelético», se dijo.

Sea como fuere, el recuerdo de Virginia Quentin le hizo pensar en buscar su teléfono y ponerse en contacto con ella; era el único modo que se le ocurría para dar con Nathan. Él tenía que ocuparse de ella. Rogó que los Quentin aparecieran en la guía telefónica o estuvieran dados de alta en el teléfono de información.

Metió sus escasas pertenencias en la bolsa de lona que Nathan había puesto en el

armario cuando la dejó en el hospital. Respecto a esos días, por cierto, no recordaba nada. Su memoria abarcaba las dos últimas semanas de su vida, pero no tenía ni idea de lo sucedido en Skye; no sabía qué había movido a Nathan a llevarla al hospital; tampoco tenía ninguna imagen del viaje a Norfolk o de su ingreso en aquella horrible habitación. Lo único que la tranquilizaba era pensar que no había sido simplemente un intento de Nathan para librarse cómodamente de ella.

Murmuró unas palabras de despedida a sus compañeras de habitación, que no le respondieron, y salió al pasillo. En la sala de enfermeras se sorprendieron de que quisiera marcharse tan pronto y tan rápido, pero les dijo que su marido la estaba esperando abajo, en la entrada. Al menos se alegró de haber insistido en pagar un seguro por enfermedad antes de salir de viaje, en Alemania. Así los gastos de su estancia en el hospital estaban cubiertos, gracias a Dios.

El vestíbulo estaba casi vacío a aquellas horas de la mañana. La cafetería aún no había abierto. El encargado del quiosco acababa de levantar la persiana y estaba clasificando la prensa. Bostezó exageradamente. No parecía afrontar la jornada con demasiada alegría. Un anciano cubierto con una bata avanzaba lentamente, ayudado por un andador, junto a los escaparates de las pocas tiendas que había en el vestíbulo, pero no parecía interesarse demasiado por nada de lo que veía. La triste atmósfera de hospital de la que creía haberse librado al salir de su habitación se abalanzó de nuevo sobre Livia, con renovada fuerza. Conocía muy bien su peligrosa tendencia a la depresión. Tenía que salir de allí lo antes posible.

En una esquina encontró un teléfono público, y en ella, por suerte, una pila de guías bastante estropeadas. Dejó su bolsa en el suelo y cogió la de arriba. Se sentía algo mareada, y con aquel simple movimiento empezó a sudar. Había estado demasiado tiempo acostada y comiendo muy poco. Estaba claro que si Nathan no iba a buscarla sería incapaz de avanzar más de cien metros.

Además, ¿adónde iba a ir?, pensó, atemorizada.

Acababa de descubrir con espanto que en King's Lynn y sus alrededores había un montón de Quentins, cuando con el rabillo del ojo vio que se abrían las puertas correderas del vestíbulo. Distraída, se dio la vuelta para mirar. El hombre que entraba en el hospital, vestido con pantalones y jersey, despeinado y sin afeitarse, le resultó familiar. Su cerebro necesitó unos momentos para atar cabos. Al parecer, sus movimientos, su memoria y hasta sus sentimientos seguían funcionando con cierta lentitud. Cuando recordó, cerró la guía de golpe e intentó seguir al hombre, que en ese momento se dirigía al ascensor.

—¡Señor Quentin! —llamó—. ¡Señor Quentin, espere! —Sintió un mareo tan agudo que tuvo que apoyarse contra una de las columnas del vestíbulo—. ¡Señor Quentin! —repitió con voz ronca.

Gracias a Dios, por fin la oyó. Se dio la vuelta y la miró. Entonces se acercó a ella en un par de zancadas.

—¡Señora Moor! —se sorprendió, y la miró—. ¡Santo cielo! Está... —Livia supo

que se había asustado de su aspecto deplorable, lo leyó en sus ojos—. ¿Dónde está su marido?

—No lo sé —respondió ella, meneando la cabeza.

Habría querido hablar más alto; vio que Quentin tenía que concentrarse para entenderla, pero ya estaba tan extenuada que sólo era capaz de emitir susurros.

—¿No está... no está en su casa? Me dijo... dijo... que se había instalado allí...

—Bueno, es un poco complicado —dijo él.

Le agradeció que la sujetara por los brazos, porque estaba a punto de desmayarse.

—Escuche, Livia, creo que tendríamos que subir para que la vea un médico...

—¡No! —negó con la cabeza. Sintió una oleada de pánico—. ¡Por favor! ¡Quiero irme de aquí! El médico me ha dado el alta. Le ruego que me ayude a...

—Está bien, está bien —intentó tranquilizarla—. Vamos a salir del hospital, ¿de acuerdo? ¿Tiene usted alguna maleta?

Ella señaló la bolsa que había dejado junto al teléfono.

—Ésa.

Él cogió la bolsa y la ayudó a cruzar el vestíbulo.

—Me parece que si la llevo a una cafetería caerá usted redonda —le dijo—. Será mejor que vayamos a Ferndale. A mi casa. ¿Le parece bien? Allí podrá echarse en el sofá y yo buscaré algún medicamento contra el mareo. ¿Seguro que le han dado el alta?

—Sí.

Le pareció que no la creía del todo, pero al menos no intentó llevarla de nuevo arriba, sino que salieron de allí.

—¿Dice que mi marido no está? —preguntó de nuevo—. ¿No está en su casa?

Frederic apretó los labios hasta convertirlos en una línea. Livia comprendió que estaba enfadado.

—No —dijo—; no está. Y, para serle franco, esperaba que usted me dijera dónde puedo encontrarlo.

Una hora y media después, Livia estaba atónita. Físicamente se encontraba mejor: el mareo se le había pasado y el sudor había cesado. Estaba sentada a la mesa de la cocina de Ferndale House y tomaba su tercera taza de café. Frederic le había preparado una tostada y ella iba dándole pequeños mordiscos. No podía comer rápido porque le entraban náuseas, pero sabía que debía ingerir algo.

El señor Quentin no se había sentado. Con su taza en la mano, se había dedicado a pasearse por la estancia, mientras le contaba la extraña situación en que se encontraba. Había esperado a su mujer en una estación de Londres, en vano, y luego había conducido hasta King's Lynn en plena noche. Su hija estaba en casa de los Walker, como habían quedado con su mujer, y la maleta de ésta no estaba en su sitio. También faltaba su coche, y él había encontrado la casa correctamente cerrada. Y no

había ni rastro de su marido, quien había pasado los últimos días en Ferndale House.

—He hablado con mi hija —añadió—, pero tampoco sabe nada. Su madre le dijo que iba a reunirse conmigo en Londres y que el sábado volveríamos juntos, como estaba previsto. Metieron algo de ropa en una bolsa y fueron a casa de los Walker. En el salón se despidió de su marido, que estaba mirando un programa de deportes en la tele. Mi mujer sólo dijo a la señora Walker que se volvía a casa para preparar la maleta. Rechazó la oferta de Walker de llevarla a la estación, pero nada hacía pensar, ni remotamente, que no fuera a coger el tren.

Livia tragó otro trocito de pan. Tenía la sensación de que se le había cerrado el estómago. Debía hacer un esfuerzo enorme para tragar lenta y cuidadosamente cada miga que se llevaba a la boca.

—No lo entiendo —dijo, aún incrédula—. No dejo de pensar en la última visita de mi marido en el hospital, anteayer. El problema es que me encontraba fatal y no estoy segura de haber entendido correctamente todo lo que me decía. Recuerdo que me prometió ir a verme al día siguiente, pero no lo hizo.

—¿Recuerda alguna otra cosa?

Livia notó que él la habría zarandeado de buen grado para reactivarle la memoria. «Tiene miedo —pensó—, está muerto de miedo por su mujer.»

—Dijo... dijo que el viernes me sacarían de la clínica, y yo le pregunté qué haríamos entonces, adónde iríamos. Me respondió que podríamos pasar una temporada... aquí.

No se atrevía a mirarlo. Por muy lento que funcionara su cerebro, si algo tenía claro era que Frederic Quentin no estaba nada contento con la aparición de los Moor en King's Lynn, y menos aún con la presencia de Nathan en su casa durante su ausencia. Y que ya le habría gustado poder librarse de ellos allá, en Skye, y que maldecía la compasión que su mujer les mostraba.

—Tomó prestado el coche de su mujer —continuó—. Eso también lo mencionó.

—Vaya, se sentía como en su casa, ¿eh? —repuso Frederic con sarcasmo—. ¡Qué bien!

Ella dejó el pan en el plato. Ahora sí no podría dar ni un mordisco más.

—Lo... lo lamento —susurró.

La voz de Frederic adoptó un tono conciliador.

—No es culpa suya, Livia. Discúlpeme si he sido grosero. Es que... estoy muy preocupado. No es propio de Virginia desaparecer sin dejar rastro y sin decir nada. Ni siquiera ha llamado a los Walker para preguntar por Kim y desearle buenas noches. Es tan extraño que... —Dejó su taza, se acercó a la mesa, apoyó los brazos y miró a Livia directamente a los ojos—. Tengo que saber qué pasa con su marido —le dijo—, y le ruego que sea sincera. Aquí hay algo que no cuadra. Se supone que su marido es un escritor de renombre, pero resulta que no tiene ni un penique. Ustedes son ciudadanos alemanes. Su embajada se ocuparía inmediatamente de ustedes, empezando por su repatriación. Pero su marido ni siquiera se ha planteado esa

posibilidad. Prefiere engancharse a mi familia como una lapa. Mi mujer hace las maletas para ir a Londres, compra su billete y desaparece sin dejar rastro, igual que su marido y el coche. Así que dígame, Livia, ¿qué demonios está pasando aquí?

Livia se asustó.

—No lo sé —dijo con voz temblorosa, conteniendo el llanto—. No sé qué está pasando. No sé dónde está mi marido.

—Usted es su mujer. Tiene que conocerlo. Tiene que saber algo de su vida. Es imposible que sepa tan poco como dice.

Ella se encogió de hombros. Habría dado lo que fuera por acurrucarse en el sofá y cubrirse la cara con las manos.

—No sé nada —susurró.

Los labios de Frederic estaban tensos y blancos por la ira.

—No la creo, Livia. No sabe dónde está ahora, eso es posible, pero puede decirme muchas cosas sobre él. Cosas que podrían ayudarme a descubrir el paradero de mi mujer. ¡Maldita sea, dígame todo lo que sepa! ¡Se lo debe a Virginia, a todo lo que ha hecho por ustedes!

Livia empezó a temblar.

—Él... no es mala persona. Nunca... nunca le haría daño...

Frederic se inclinó aún más hacia delante.

—¿Pero?

Ella repuso con un hilo de voz:

—Pero algunas de las cosas que cuenta no son ciertas...

—¿Por ejemplo?

Ahora sí se echó a llorar. Aquello era una pesadilla. Y no había empezado con el hundimiento del Dandelion.

—No es cierto que sea escritor. Es decir, le gusta escribir pero... todavía no le han publicado nada.

—Ya lo imaginaba. ¿Y de qué vivían?

—De... de mi padre. Yo lo cuidaba, y a cambio vivíamos con él y cobrábamos su pensión. Nathan escribía y yo me ocupaba de la casa y el jardín.

Frederic asintió con rabia.

—¡El famoso autor de *best sellers*! Menudo bribón. Me dio mala espina desde el principio. Sabía que algo no encajaba, que algo estaba mal.

—Mi padre murió el año pasado. Yo heredé su casa, pero tenía una hipoteca muy elevada, y además era vieja y estaba muy estropeada. Su venta no nos reportó demasiado dinero, pero bastó para que nos mantuviéramos a flote una temporada. Yo esperaba que en ese tiempo buscara un trabajo y dejara de obsesionarse con ser escritor.

—Pero eso no pasó, ¿no?

Ella movió la cabeza. La embargó el recuerdo de aquellos días fríos y desconsolados. Sus súplicas y lamentos. Sus intentos de encontrar un trabajo, y al

mismo tiempo la evidencia de que él quería marcharse. De que jamás se esforzaría lo más mínimo por formar un hogar, por darle a ella seguridad.

—Nathan nunca ha trabajado. Estudió varias carreras: filología inglesa, alemana, historia... pero no le sirvieron para nada. Ni siquiera lo intentó. En su lugar empezó a hablar de dar la vuelta al mundo. Llevaba años hablándome de eso, pero estaba claro que yo no abandonaría a mi padre. Sin embargo, él había muerto...

—¿Invirtió toda su herencia en un barco? ¿Eso quiere decirme?

Ella asintió.

—Y de pronto no nos quedaba nada. Su idea era sobrevivir a base de sencillos trabajos temporales en los puertos en que fuéramos recalando. Quería escribir su libro. Decía que sería un éxito. Que lo único que tenía que hacer era ampliar sus horizontes. Que la casa, el pueblo, mi padre... todo eso lo había paralizado.

—Así es muy fácil, claro —repuso Frederic con cinismo—. Nada más fácil que culpar a los demás de los propios fracasos.

Ella sabía que era cierto... y que las cosas eran más complicadas aún. Pensó en la vieja y sombría casa, el crujido de su escalera, el olor a moho que no logró eliminar de sus paredes, el viento que se colaba entre sus ventanas, la calefacción que siempre se estropeaba en pleno invierno. Pensó en su tozudo padre, siempre tan tacaño, negándose a gastar un euro en la necesaria renovación de la casa. Negándose incluso a pintarla para eliminar el mal olor e iluminar las habitaciones. Durante los últimos años, vivir con su padre había sido un tormento. En su pueblo, donde todos se conocían, los rumores y cotilleos estaban a la orden del día y cada gesto o palabra eran observados y juzgados por el resto de los habitantes, nadie podía permitirse el lujo de caer en la melancolía ni en la desesperanza. Claro, ella podía aguantarlo, había nacido y crecido en esa tesitura. Lo que Nathan consideraba mortal o paralizante, a ella le parecía lo más normal del mundo. Y por mucho que sufrió tras la muerte de su padre, también fue capaz de comprender que Nathan quisiera poner todo un océano entre ellos y el lugar que durante doce años había sido su hogar.

Suspiró. Estaba agotada y desesperada.

—Ya no tenemos nada. Nada en absoluto. Dice usted que la embajada nos ayudaría a volver. Pero ¿adónde? No tenemos casa ni dinero ni trabajo. ¡Nada, nada, nada! Imagino que por eso Nathan se pegó a su familia. Para tener un techo donde cobijarse. Porque no tiene ningún otro sitio al que acudir.

Frederic se levantó. Lentamente se mesó el pelo hacia atrás.

—¡Maldita sea, qué desgracia! —espetó, refiriéndose al hecho de que hubiese sido justo Virginia la encargada de convertirse en víctima de un soñador fracasado—. Solo quiero saber qué está tramando su marido. ¿Quiere venirse a vivir con nosotros para siempre? ¿O se le ha ocurrido algún modo de solucionar su vida?

—Dijo que pediría una indemnización...

Frederic rió.

—No puede ser tan idiota. Lo más probable es que jamás descubran quién

colisionó con su barco aquella noche. Y en caso de que lo logaran, el proceso judicial podría tardar años en resolverse. ¿Cómo sobrevivirán hasta entonces?

Ella alzó la vista y lo miró.

—No lo sé —admitió—, de verdad que no. He estado muy enferma, estos últimos días no me he enterado de nada. No sé lo que ha pasado. No sé dónde está Nathan. Y no sé dónde está su mujer. Le juro que no tengo ni idea. Sólo le pido que no me eche a la calle. No tengo adónde ir.

La mirada que Frederic le lanzó no era de desprecio, pero Livia pudo ver que contenía un suspiro de impaciencia que se reflejó en su gesto. La sensación de humillación que le produjeron sus propias palabras la llevó a cerrar los ojos un momento. Al menos no iba a echarla a la calle.

SEGUNDA PARTE

Viernes 1 de septiembre

1

Llevaban ya dos horas de viaje cuando se percató del hambre que tenía. Cuando se había despertado en medio de la oscuridad y el frío de las primeras horas de la mañana creyó que nunca podría volver a probar bocado. Le dolían todos los huesos. Tenía el cuello rígido, y cada vez que intentaba mover la cabeza se le escapaba un gemido de dolor. El frío que la rodeaba era húmedo, y pese a la falta de luz pudo ver que una espesa niebla se había asentado sobre la tierra.

«Está claro que soy demasiado mayor para dormir en el coche», se dijo.

Abrió la puerta, se arrastró fuera, se bajó dificultosamente los tejanos y las braguitas y orinó sobre los brezos húmedos del suelo. Estaba oscuro y desde luego no había nadie por allí cerca. Se encontraban en el arcén de una solitaria carretera comarcal que serpenteaba a lo largo del norte de Inglaterra, bien pasado ya Newcastle. No podía quedar mucho para la frontera con Escocia. Pero en algún momento de la noche anterior se habían sentido tan agotados que no habían podido seguir conduciendo. Virginia quería parar en un *bed and breakfast*, pero Nathan había dicho que en el coche dormirían igual de bien. Ella creyó que era porque le daba vergüenza que ella le pagara su habitación. La gasolina ya había corrido de su cuenta, y la cena la sacaron de una pequeña tienda de ultramarinos que encontraron en un pueblecito por el que pasaron. No esperaban encontrar nada comestible en aquel lugar tan perdido en el mundo, pero sorprendentemente había unos bocadillos buenísimos. Los acompañaron con agua mineral y disfrutaron de la soledad y el silencio circundantes, con la única salvedad de unas ovejas curiosas que se acercaron a observarlos. El tiempo era más fresco que en Norfolk. Virginia había sacado de su maleta un jersey bien grueso y se había sentado sobre el capó del coche, masticando su bocadillo y con la mirada perdida en la distancia, en aquel lugar donde las nubes, de un gris oscuro, se difuminaban con los tonos mates de un paisaje nórdico teñido ya de un aire otoñal. Para su propio asombro, se había visto inundada por una paz que no sentía hacía años; por una libertad y una unión consigo misma que recorrieron su cuerpo y le llegaron al alma. Respiró profundamente aquel aire fresco y límpido y consideró que el momento en que la noche empezaba a abrirse paso y la luz del día se iba diluyendo en las sombras, era simplemente un momento mágico. Años atrás había experimentado momentos similares, pero el paso del tiempo le había hecho olvidarlos: momentos en los que se sentía más allá de cualquier cosa y se convertía en parte del presente, sin pasado ni futuro. En el más puro ahora. Recordó sus experiencias con el hachís durante su época de estudiante. Lo que más la cautivaba

era precisamente aquella sensación: la fusión con el instante presente. Y ahora lo había logrado sin drogas. Le bastaron esa luz extraña y contenida, y la paz absoluta que la rodeaba.

Nathan la había dejado sola. Se había ido a dar una vuelta para desentumecer sus doloridos huesos. Una hora después, cuando Virginia lo vio regresar a la luz crepuscular, recordó algo más y notó que se deshacía el hechizo. Recordó qué otra cosa le provocaba el hachís: una conciencia extrema de su sexualidad. Las fiestas en que circulaban los porros o las galletas rellenas de droga solían acabar en increíbles orgías. Virginia recordaba vagamente haberse acostado con unos cuantos hombres de los que ni siquiera llegó a saber el nombre, sólo porque le había apetecido; porque no había sentido ningún tipo de inhibición o escrúpulos.

Nathan se detuvo delante de ella. Olía al aire húmedo del atardecer y en su rostro jugueteaban las primeras sombras. Y ella pensó que era imposible, que no había tomado drogas, pero aun así tuvo ganas de copular en ese mismo instante. Sobre el capó del coche o en el asiento de atrás o directamente en el suelo, allí mismo. Le habría dado igual, con la condición de que fuera inmediato y salvaje. Sin preámbulos ni rodeos. Sólo sexo.

«¡No puede ser! —se dijo—. ¡Estoy tan colocada como si me hubiese fumado media docena de porros!»

Le pareció que él le leía el pensamiento. Sonreía de un modo distinto y seguía mirándola fijamente, a la espera. Con aquella mirada estaba diciéndole que por él encantado, pero que debía decidirlo ella. Eso le dio apuro, porque en aquella etapa de su vida las cosas ya no eran como antes: ahora tenía escrúpulos, al menos algunos. Los suficientes como para bajarse del capó y decirle con voz algo ronca pero fría:

—Deberíamos seguir un poco más antes de que se haga de noche.

—Vale —dijo él simplemente.

Ahora, entre la niebla de la mañana, todos aquellos sentimientos habían desaparecido. Virginia habría llorado de buena gana. El dolor en la nuca era casi insoportable. Echaba de menos una ducha caliente, su cepillo de dientes, un champú fragante y el aire caliente y el ronroneo tranquilizador de su secador. Y después lo más importante: una buena taza de café caliente.

Miró a Nathan de soslayo. Si también le dolían los huesos por la postura tensa e incómoda de aquella noche, no se le notaba. En realidad tenía el mismo aspecto que la noche anterior. Ni siquiera parecía cansado. Estaba concentrado. Miraba al frente, orientándose en la espesa niebla gracias a la línea que quedaba a la izquierda de la carretera. Una línea asfaltada, delgada y húmeda que serpenteaba por un paisaje pantanoso y dejado de la mano de Dios. ¿Dónde demonios iba a conseguir un café?

—Necesito beber y comer algo —dijo al fin—. Tengo frío y me duelen todos los huesos. ¡Te juro que no voy a parar ni una noche más en este coche!

Él no apartó la vista de la carretera.

—No tardaremos en llegar a la autopista —dijo—. Seguro que allí encontraremos

algún área de servicio donde desayunar.

No sabía por qué estaba de tan mal humor.

—Ah, ¿sí? ¡Vaya! ¿Conoces tan bien la zona como para saber todo eso?

—Estudié el mapa antes de salir.

—Pues espero que sepas leer, porque a mí no me da la impresión de que vayamos a encontrar una autopista por aquí. ¡Más bien parece que vayamos directos a una ciénaga o a un pastizal para ovejas!

Nathan la miró por fin.

—Mira que llegas a ser lunática, ¿eh? ¿Qué te pasa?

Ella se frotó la nuca.

—Estoy tensa. Me duele todo. Si no tomo pronto un café me entrará un dolor de cabeza insoportable.

—Tendrás tu café.

Se presionó las sienes con las palmas.

—No me encuentro bien, Nathan. No sé si estoy haciendo lo correcto.

—¿Es que ayer no lo sabías? Desde luego, parecía que lo único que te importaba era ponerte a salvo, irte de allí. Estabas a punto de enloquecer.

—Sí —dijo ella mirando la niebla por la ventanilla—. Sí, a punto.

Se recordó a sí misma tumbada en la cama, en Ferndale. Debajo de ella, arrugado, el vestido nuevo que había querido doblar y meter en la maleta. Había hecho todo lo previsto: comprar el billete, indicar el horario a Frederic, meter las cosas de Kim en una bolsa, llevarla a casa de los Walker, sacar su maleta roja y meter un par de mudas, medias y zapatos... Al final quitó el vestido de la percha y se preguntó si no sería mejor meterlo en una funda y llevarlo en la misma percha para que no se arrugara. Pero decidió que no, que lo mejor sería llevar sólo la maleta. Seguro que en el piso de Londres tendría tiempo para plancharlo por encima si era necesario. Lo extendió sobre la cama, le dobló las mangas y... y de pronto fue incapaz de seguir. Se quedó mirando el vestido y supo que no iba a poder hacerlo. Que no lograría meterlo en la maleta. Que no sería capaz de coger el tren a Londres. Que no podría ir a aquella fiesta y comportarse como la perfecta esposa de un político con voluntad de medrar.

Cuando Nathan fue a verla estaba tendida en la cama, llorando. Sin hacer ruido, casi sin moverse. Con lágrimas silenciosas y aparentemente infinitas.

—No puedo —susurró—. No puedo, no puedo.

Ahora recordaba vagamente que él la había cogido y abrazado. Fue agradable recostar la cabeza en su hombro, pero aquello la llevó a llorar más aún.

—No puedo —repitió—. No puedo.

La boca de él se acercó a su oído.

—Pues no lo hagas. ¿Me oyes? ¡No lo hagas!

No pudo responderle. Sólo podía llorar.

—¿Dónde está aquella mujer indómita y fuerte? —preguntó él en voz baja—.

¿Aquella que sólo hacía lo que quería?

Virginia siguió llorando. Lloraba lágrimas que llevaban años sin salir.

—¿Qué quieres, Virginia? ¿Adónde quieres ir?

Ni siquiera había pensado en eso. Sólo tenía claro adonde no quería ir: a Londres, a la vida junto a Frederic. Levantó la cabeza.

—A Skye —dijo—. Quiero ir a Skye.

—Vale —repuso él con calma—. Vámonos a Skye.

Ella dejó de llorar al punto, por la sorpresa.

—¡Pero es imposible!

—¿Por qué? —preguntó él, sencillamente, y Virginia no supo qué responder.

—Pero a ti te ha venido como anillo al dedo, ¿eh? —le dijo ahora, en el coche—. Ha sido la solución perfecta para todos tus problemas.

Virginia seguía con ganas de pelea. Debía de ser por la inminente migraña que se cernía sobre ella y por la niebla que los rodeaba y apresaba como un muro. Como si pretendiera colarse en el coche.

—Me refiero a que yo no quisiera ir a Londres —añadió. Él se encogió de hombros.

—Eras tú la que estaba en la cama llorando —dijo—. Yo no hice nada.

—Pero podrías haber intentado calmarme y convencerme para que fuera y cumpliera la promesa que le hice a Frederic.

—¡Vaya! —Rió en voz baja—. Pensaba que esa fase ya la habías superado. Que los demás te digan lo que tienes que hacer. Querías ir a Skye, y allí es adonde vamos.

—Ayer estuve a punto de no dejarte subir al coche después de que visitaras a Livia en el hospital. Si lo hubiera hecho no habrías tenido dónde pasar la noche.

—Pues no creo que hubiese sido mucho peor que ésta, la verdad.

—¿A ti también te duele todo?

—Claro. Además, soy bastante más alto que tú. ¿Crees que me ha sido fácil doblar así todos mis huesos?

El malhumor se esfumó con la misma rapidez con que había aparecido.

—Tendría que llamar a Kim —dijo, cansada.

—Hazlo.

Miró el móvil que tenía en la guantera. Estaba desconectado. Imaginaba que Frederic habría estado intentando localizarla a cada minuto desde que la tarde anterior ella no llegara a Londres. Seguro que había hablado ya con los Walker y con Kim. De modo que a esas alturas su hija sabría que su madre se había esfumado.

—¿Y qué voy a decirle? ¿Que me voy contigo a Skye?

—Bueno, yo no lo haría —aconsejó Nathan—, porque entonces tu marido saldrá disparado hacia allí. ¿Es lo que quieres?

—No. —Se encogió de hombros. Estaba helada—. No. Después de esto no creo

que pueda volver a ver a Frederic.

Le entraron náuseas al imaginar lo que él pensaría de ella. Entonces llegaron por fin a la autopista de Glasgow y pudieron avanzar más rápidamente. La niebla se disipó algo.

—Esta noche estaremos en Skye —dijo Nathan.

Le había prometido que pararían en la siguiente área de descanso. Virginia, ansiosa por la idea de que Kim estuviera asustada o angustiada preguntándose adónde había ido su mamá, encendió por fin el teléfono. Como era de esperar, de inmediato apareció en la pantalla la cifra de veinticuatro llamadas perdidas y varios mensajes en el contestador. No tenía la menor intención de escucharlos. Ni siquiera quería oír la voz de Frederic.

Marcó el número de los Walker.

Grace lo cogió al segundo tono.

—¿Sí?

—¿Grace? Soy Virginia. Yo...

Pero no pudo decir nada más. Grace cogió aire ruidosamente y exclamó:

—¡Señora Quentin! ¡Por el amor de Dios! ¡Estábamos todos tan preocupados!
¿Dónde está?

—Eso ahora no importa. Quiero hablar con Kim. ¿Está ahí?

—Sí, pero...

—Quiero hablar con ella. Ahora, por favor.

—El señor Quentin ha venido desde Londres —dijo Grace—. Está aquí, en su casa. Se encuentra muy mal. Él...

Virginia se dirigió a Grace con una dureza desconocida:

—Sólo quiero hablar con Kim.

—Como usted diga —contestó Grace, algo irritada.

Al poco oyó la voz de Kim.

—¡Mami! ¿Dónde estás? Papá está aquí. Ha venido a buscarte.

—Kim, cielo, estoy bien. No tienes que preocuparte por mí, ¿me oyes? No hay ningún problema. Sólo he cambiado de planes.

—¿No quieres ir a Londres con papá?

—No. Ha... Me ha surgido algo. He tenido que ir a otro sitio. Pero volveré muy pronto para estar contigo.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿El lunes, cuando empiece el cole, ya habrás vuelto?

—Lo intentaré, ¿vale?

—¿Mientras tanto puedo quedarme con Grace y Jack?

Virginia dio gracias al cielo de que Kim quisiera tanto a aquella pareja. De no ser así, la niña habría reaccionado de otro modo, seguramente con lágrimas, ante el extraño comportamiento de su madre.

—Pues claro que sí. Pero tendrás que cuidar también de papá, ¿eh? Me has dicho que está ahí.

—Sí, vino esta mañana, muy prontito.

—Está bien, mi vida, pórtate bien y haz todo lo que Grace y Jack te digan, ¿vale? ¡Y no te vayas muy lejos de casa, y no te internes en el bosque! ¿Me has oído?

Kim suspiró.

—Grace no para de decir lo mismo. ¡Sí, te he oído! ¡Ya no soy un bebé!

—Lo sé. Y estoy muy orgullosa de ti. Volveré a llamarte, ¿vale? ¡Hasta pronto! ¡Te quiero!

Colgó inmediatamente para que Grace no volviera a ponerse. Por educación tendría que haber hablado algo más con ella y haberle preguntado si Kim podía quedarse con ellos más tiempo, pero no quería que empezaran a hacerle preguntas y descubrieran adonde se dirigía. Seguro que si Jack estaba por ahí, Grace lo habría enviado corriendo a buscar a Frederic y habría intentado mantenerla al teléfono para ganar tiempo. No quería correr ningún riesgo. No quería hablar con Frederic por nada del mundo.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Nathan.

Ella asintió.

—Sí. Por lo menos, no tan miserable como antes. Aunque... Frederic ha vuelto a casa. Debe de estar hecho polvo.

—Era de esperar. —Señaló al frente—. Un área de descanso. Ahora tendrás tu café.

2

Tras dos tazas de café cargado y una gran porción de huevos revueltos con tostadas, Virginia se sintió infinitamente mejor. El restaurante, de ambiente cálido y agradable, estaba limpio y cuidado. Los lavabos olían bien y no cabía duda de que los limpiaban con regularidad. Estaban vacíos. Virginia se lavó la cara y las manos, se cepilló el alborotado pelo y se pintó los labios. Aquello reforzó su confianza, y cuando regresó junto a Nathan se sentía mucho más segura de sí misma. El área de descanso estaba casi desierta aquella mañana gris, que más hacía pensar en un día de noviembre que en el primero de septiembre. Además de ellos, sólo había otro hombre sentado a una mesa, leyendo el periódico. Se oía música de fondo. Era agradable estar uno frente al otro en aquellas sillas tan cómodas, con las piernas estiradas y sosteniendo unas tazas de café humeante entre las frías manos. Virginia recobró el ánimo y también, poco a poco, los sentimientos de la noche anterior: libertad, aventura, olvido de las preocupaciones mundanas.

Estaba sonriendo.

Nathan arqueó las cejas.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó—. Tienes el aspecto de una gata que ronronea.

—Tendría que estar avergonzada —le respondió—. He dejado plantado a mi marido, me he marchado de casa, he dado un susto de muerte a todo el mundo y sin embargo... me siento de maravilla. Sí... —se detuvo como escuchándose a sí misma — me encuentro realmente bien. ¿No te parece extraño?

—¿Y qué es exactamente lo que sientes? ¿Podrías definirlo?

No tuvo que pensarlo ni un segundo.

—Libertad. Es libertad. Está en lo más profundo de mi alma y se abre camino hacia fuera. Sé que no estoy teniendo ninguna consideración hacia los demás, pero ya no quiero volver. Por nada del mundo.

—Pues no vuelvas —dijo él.

Ella asintió. Lo miró por encima del borde de su taza. Sabía que sus ojos habían empezado a brillar. Fuera empezó a llover.

—Es casi como... —empezó, pero se detuvo.

—¿Casi como qué? —preguntó Nathan.

Ella dejó la taza y respiró hondo.

—Casi como antes de que muriera Tom —dijo.

3

Michael

El 25 de marzo de 1995 fue un día especialmente cálido y más veraniego que primaveral. En el jardín de Virginia florecían las rosas de azafrán, y los narcisos y las ramas de los árboles observaban el mundo más allá del muro del jardín de atrás, balanceándose con el cálido viento.

Aquella mañana Michael estaba bastante malhumorado. Un estado de ánimo muy poco corriente en él. El día anterior había ido a su gimnasio, en St. Yves, y uno de sus amigos, que cumplía años, invitó a todos al bar y empezó a pagar copas. Michael, que volvió a casa en bicicleta, dijo que ni siquiera comprendía cómo había sido capaz de dar con los pedales.

—He estado a punto de llamarte para que pasaras a buscarme en coche —le había dicho a Virginia—, pero al final me ha dado hasta vergüenza.

Ella asintió sin prestarle demasiada atención. ¡Cuántas veces lo escuchaba sólo a medias! A veces Michael no le parecía más que un murmullo de fondo...

—Creo que necesito una aspirina —dijo él mientras cogía un vaso de agua de la cocina.

Cuando llegó al salón se dejó caer en un sofá, vio cómo se deshacía el comprimido en el agua, lentamente, y se quejó de su dolor de cabeza. Virginia sabía el malestar que podía provocar una resaca de tal calibre, pero al poco rato tuvo la

sensación, o más bien la seguridad, de que ya no podría aguantar sus lamentos mucho más tiempo. Las continuas quejas de Michael la sacaban de quicio. El tiempo, el trabajo, la gente... Siempre encontraba pegas a todo. Y también estaba el tema del matrimonio, al que Virginia se negaba, y su voluntad de no quedarse embarazada. Cuando se le acababan los motivos de queja, se remontaba al pasado y filosofaba con aire de tragedia sobre el irresponsable comportamiento de su padre, la separación de sus progenitores o las depresiones y el lamentable fin de su madre.

—Te volverías loco si de pronto no tuvieras nada de qué quejarte —le decía Virginia a veces, y él la miraba, herido.

Pero aquel día no dijo nada. Se fue al jardín tan rápido como pudo y dejó a Michael a solas con su migraña. Era otoño, y en el césped todavía quedaba mucha hojarasca que rastrillar y recoger. Virginia estaba encantada de tener algo en que ocuparse.

Más tarde, mucho más tarde, cuando Michael y ella recordaran aquella mañana y se preguntaran cómo era posible que hubiese sucedido semejante desgracia, ella sería la más sorprendida por no haber notado en ningún momento la presencia de Tommi. El pequeño solía gritar y hacerles señas al entrar en su casa. ¿Por qué no lo había hecho aquella vez? ¿O es que había estado tan sumida en sus pensamientos que ni siquiera habría sido capaz de oír una bomba que explotase a su lado?

Michael no pudo oír nada porque se había quedado dormido en el sofá.

Tommi debió de llegar hacia las once. Avisó a su madre, y como ésta sabía que a sus vecinos les encantaba que el niño pasara a verlos, le dio permiso sin pensárselo dos veces. Entonces, sin que Michael ni Virginia se dieran cuenta, el niño probablemente se acercó al coche que estaba aparcado en la pendiente y descubrió que no estaba cerrado con llave, así que debió de subirse, sentarse al volante y quitar el freno de mano. Con lo que el coche empezó a rodar cuesta abajo.

Virginia, que en aquel momento empezaba a meter las hojas en bolsas de plástico, justo al otro lado del jardín, oyó en la calle una especie de detonación que hizo añicos la paz de la mañana. Frenos que chirriaban, una bocina aguda y desesperada, un choque violento y mucho ruido metálico.

Se incorporó y pensó: «Un accidente justo delante de casa.»

Cruzó el jardín y salió a la calle a mirar la pendiente.

Fue uno de esos momentos en que la mente se niega a aceptar lo que ve, a dar sentido a lo que entiende, aunque sabe que no hay lugar a dudas y que no es posible vacilar entre dos interpretaciones. Virginia vio que su coche no estaba en su sitio. Había desaparecido. La puerta del conductor yacía al final de la pendiente, sola, a los pies del enorme poste marrón que delimitaba su jardín. Evidentemente, el poste la había arrancado del resto del coche. En la calle, tres vehículos cruzados, en posiciones inverosímiles, de los que no se podía decir con seguridad si habían chocado o si estaban así precisamente por haber realizado bruscas maniobras de frenado para evitar la colisión.

Uno de esos coches —la certeza fue abriéndose paso lentamente por el paralizado cerebro de Virginia— era el suyo.

—¿Qué ha pasado? —Michael apareció a su lado con el pelo revuelto y el semblante pálido. Miró el extraño espectáculo—. ¡Ése es nuestro coche! —exclamó perplejo, y miró hacia el sitio en que el coche tendría que haber estado—. ¿Qué...? ¿Cómo ha llegado nuestro...? —Entonces miró a Virginia y los dos gritaron al unísono—: ¡Tommi!

Corrieron pendiente abajo. Virginia estaba tan nerviosa que apenas podía respirar, y al llegar estaba sin aliento y con un flato terrible. Michael parecía a punto de vomitar.

Vieron a Tommi tendido inmóvil sobre el pavimento. Un hombre con una herida sangrante en la cabeza se inclinó sobre el niño y le buscó el pulso rápida y torpemente. En un Rover negro que había quedado encarado hacia la casa de Tommi, una mujer rubia miraba fijamente el salpicadero con los ojos muy abiertos, como si éste escondiera un secreto fascinante. Parecía sufrir una conmoción y era incapaz de moverse.

El hombre de la herida en la cabeza se incorporó y gritó:

—¡Aún tiene pulso!

Virginia cayó de rodillas junto al niño. Estaba boca abajo, pero ella no se atrevió a darle la vuelta por miedo a perjudicarlo o empeorar sus heridas.

—¡Tommi! —susurró—. ¡Tommi!

—Apareció en el cruce como una bala, marcha atrás —dijo el hombre—. Yo frené a fondo, hice todo lo que pude, pero... fue todo tan rápido...

Virginia gritó a Michael:

—¡Date prisa! ¡Llama a una ambulancia, rápido!

Pálido como un muerto, Michael salió corriendo.

—Cho... choqué de pleno, y el niño salió disparado —añadió el hombre.

Necesitaba hablar, estaba claro, pero Virginia no quería oír sus explicaciones. Sólo quería que Tommi se volviera. Quería ver su cara llena de pecas. Quería que sonriera y dijera: «¡Menuda desgracia! ¡Lo siento!»

Pero el niño no se movía.

El hombre seguía hablando:

—... y entonces apareció esa mujer del Rover, lanzada como un bólido. ¡Ésta es una zona residencial, caray, debería haber tenido más precaución! Y lo atropello. Ni siquiera tuvo tiempo de frenar, con la velocidad que llevaba...

—Tommi —susurró Virginia—. ¡Di algo, Tommi, vamos!

—¡La puerta está ahí! —prosiguió el hombre—. El niño no la cerró bien, así que se abrió y chocó con el poste. Oiga, ¿cómo permite que su hijo suba al coche? Es demasiado pequeño...

Virginia no tenía ganas de discutir. Aquel hombre seguramente estaba tan conmocionado como la mujer del Rover. Pero mientras ella parecía incapaz de

moverse, él parecía incapaz de callarse.

Vio movimiento en el jardín de los padres de Tommi. La madre salió corriendo a la calle. Gritó algo que Virginia no entendió. Michael también apareció a su lado.

—La ambulancia llegará de un momento a otro.

Estaba pálido. Virginia jamás había visto una cara tan blanca. Meneaba la cabeza todo el rato, sin dar crédito a lo sucedido.

—¡Por Dios, por Dios! —repetía—. ¡No cerré el coche! Habría jurado que... ¡pero debo de haberlo olvidado! Dios mío, ¿cómo puede haber pasado? —La miró a los ojos con una expresión de desesperación infinita.

Ella habría jurado que en aquel momento vio cómo se le rompía el alma.

4

Hacia las cinco de la tarde llegaron a Kyle of Lochalsh, un pequeño pueblo cuyo puerto fue durante mucho tiempo el punto de partida de los barcos que iban a Skye. Ahora estaba también el puente, que se tensaba sobre el Loch Alsh como un arco colosal y llegaba hasta la isla. Tenían a Skye a tiro de piedra, despuntando sobre un mar bravío y de color pizarra. La cima de la montaña más alta desaparecía entre oscuros nubarrones, dramáticamente concentrados, que recorrían el cielo perseguidos por el viento. De vez en cuando se formaba alguna grieta en aquella masa densa y amenazadora, y entonces surgía un fragmento de cielo azul y con él un rayo de sol refulgente que aprovechaba para proyectarse con toda teatralidad, convirtiendo el gris acero del mar en un hermoso tono plateado y creando un baile de sombras bizarras sobre la tierra. Cuando la grieta volvía a cerrarse, el mundo se cubría de nuevo de oscuridad y luz crepuscular.

Estaban sentados en el coche, en el aparcamiento de un edificio imponente y blanco como la nieve, el hotel Lochalsh. Habían comprado agua en una tienda del pueblo, y cada uno sostenía su botella sobre el regazo y daba algún sorbo de vez en cuando. Las calles estaban desiertas. El verano había acabado y los turistas ya no se desplazaban tan al norte. Las gaviotas graznaban, persiguiéndose unas a otras sobre las rocas que iban a dar al mar. Por lo demás, no se veía un alma.

Virginia habría querido hablar otra vez con Kim, pero no se atrevía a llamarla por miedo a que Frederic estuviese en casa de los Walker, junto al teléfono. Seguro que desde aquella mañana esperaba ansioso que ella volviera a ponerse en contacto con ellos. ¿O quizá no? ¿Tal vez había vuelto a Londres? Era viernes por la tarde. Dentro de tres horas empezaría aquella fiesta tan importante para él. Quizá tenía pensado asistir pese a todo, aducir alguna excusa para su mujer y capear la situación en la medida de lo posible. Probablemente pálido, indudablemente preocupado. Sabía que su mujer estaba viva, pero no sabía dónde ni qué le había sucedido en realidad. Debía de estar devanándose los sesos en busca de respuestas. ¿Habría intuido que su fuga

tenía algo que ver con Nathan Moor? Debía de estar desesperado, por completo desconcertado. Y era precisamente esa desesperación lo que más temía Virginia. Si él había renunciado a la fiesta para quedarse en casa de los Walker, junto al teléfono, todo se volvería el doble de complicado. Y ella no sabría qué hacer al respecto.

—Espero que Kim no esté preocupada por mí... —dijo.

Nathan bebió un sorbo de su botella.

—Por lo que me has dicho, estoy seguro de que los Walker la tratan como a una reina y ella está disfrutando de lo lindo —dijo—. Además, desde que la llamaste esta mañana sabe que a su mamá no le ha pasado nada, así que no te preocupes. Yo creo que está perfectamente.

Virginia asintió.

—Ojalá tengas razón.

Apoyó la cara en la ventanilla del coche. Una vez más, como le sucedía siempre, se quedó admirada ante la belleza de aquel paisaje. Y sintió la necesidad de convertirse en parte de aquella agua, de aquel cielo, de aquella luz tenue y sombría, porque era el único modo de saciarse de ellos. Ni siquiera ese día tan oscuro y otoñal lograba paliar el efecto de la zona. Era como llegar a casa, como volver a un lugar que parecía haber sido el suyo durante varias vidas.

—¿Te parece bien que crucemos ya el puente? —preguntó Nathan.

Virginia negó con la cabeza. Ella le había pedido quedarse un rato más en la península, sin dar ninguna explicación, pero Nathan creyó entender lo que le pasaba por la cabeza: tenía la sensación de que si llegaban a la isla todo sería ya irrevocable. Habían conducido durante dos días, habían cruzado Inglaterra y Escocia, pero ella siempre había tenido la sensación de que podía dar media vuelta en cualquier momento. Y volver a Ferndale, a su antigua vida. Tendría que dar un sinfín de explicaciones, aceptar que Frederic la agobiara con preguntas y reproches, toparse quizá con una Grace decepcionada y un Jack intransigente que le exigieran también alguna justificación a sus actos... Pero en realidad aún no se había alejado de ellos. A Frederic podía decirle que todo era producto de un ataque de pánico provocado por aquella fiesta, y a los Walker... seguro que se le ocurría algo que alegar. Pero en cuanto abandonase tierra firme, en cuanto llegara a la isla en compañía de Nathan, cortarían definitivamente los lazos. No los que aún la unían a ellos, sino los que la unían a sí misma. Después de aquello, lo sabía bien, sería incapaz de volver.

—Aún no me veo capaz —dijo.

—Vale —respondió Nathan.

A ella le gustaba su manera de ser. Parecía comprenderla perfectamente cuando no quería dar explicaciones, y entonces optaba por retirarse sin insistir.

Y sabía escuchar largo y tendido, sin interrumpir. Ella se había pasado casi todo el viaje hablando de Michael y Tommi y él apenas había abierto la boca. Sólo algún monosílabo de vez en cuando, más que nada para darle a entender que seguía prestando toda su atención al relato de ella. Había sido una experiencia única recorrer

aquel paisaje solitario y en ocasiones extraordinariamente árido y sacar a la luz las viejas historias, los recuerdos, liberadores y al mismo tiempo entristecedores.

—¿Tommi no sobrevivió al accidente? —preguntó entonces Nathan.

Virginia volvió a quedarse atónita ante su intuición: precisamente en ese momento ella estaba pensando en el niño.

—No. Es decir, al principio sí. Aún estaba vivo cuando llegó al hospital, pero ya no salió del coma. Sufrió heridas cerebrales irreversibles y los médicos dijeron que aunque se recuperara del coma nunca volvería a ser el mismo. Que no evolucionaría con normalidad. Que su capacidad intelectual sería siempre apenas la de un niño. Pese a todo, sus padres esperaron y rezaron para que siguiera con vida.

—Lógico.

—Desde el punto de vista de los padres, sí, claro. En mi caso me debatía entre los dos polos. A veces pensaba que la muerte sería lo mejor para él...

—¿Y cómo vivió Michael aquel tiempo?

—Fatal. Él había ido en coche a Cambridge el viernes del accidente. Yo me quedé en casa preparando un trabajo para la universidad, y después me entretuve en el jardín. Al regresar por la tarde, Michael aparcó frente a nuestra puerta, y por lo visto olvidó cerrar el coche con llave. Se culpó de todo. Se consideró el único responsable del accidente, y desde luego no fue capaz de aceptarlo. Fue todos los días a visitar a Tommi al hospital, hizo guardias, lloró junto a su cama. Apenas dormía y se quedó en los huesos.

—¿Tú crees que fue culpa suya?

Ella lo miró sin verlo, con la vista fija en la distancia. El viento había abierto un poco las nubes y por unos instantes pudo ver la cima del Sgurr Alasdair, la montaña más alta de Black Cuillin. El sol la iluminó unos segundos, pero las nubes volvieron a cubrirlo todo y desapareció.

—Fue un accidente —dijo—. Un trágico accidente. Creo que no fue culpa de nadie.

—Pero no fuiste capaz de decírselo a Michael, ¿verdad?

—No. Hablamos una y mil veces sobre el asunto, pero él no dejaba de repetir que en el fondo era como si hubiese cometido un asesinato. Y entonces, el once de abril, Tommi murió. A partir de entonces las cosas no hicieron más que empeorar.

Recordó el entierro del pequeño. Michael estaba trastornado. Tenía incluso peor aspecto que los inconsolables padres. Pálido como un muerto y con una expresión de agotamiento infinito y de vacío en los ojos.

—Michael intentó seguir con su vida en la medida de lo posible, pero cada día resultaba peor que el anterior. Al principio pensé que poco a poco recuperaría el ritmo de la rutina, pero cada vez tenía menos fuerzas, y también menos voluntad, para dejar atrás lo sucedido. Algunos días ni siquiera iba a trabajar; se quedaba en el salón mirando fijamente la pared. Dejó de ir al gimnasio, que siempre le había encantado, y prefirió no verse más con sus amigos. El sentimiento de culpabilidad crecía

imparable. Era como... como si no quisiera seguir viviendo. Como si quisiera morir igual que Tommi. Sé que pensó en suicidarse, pero Michael no era la clase de persona que se quita la vida. Le faltaba decisión.

—Podrías haberlo ayudado casándote con él. Eso seguro que le habría dado estabilidad.

Ella asintió.

—Es posible, pero no pude. Ya me sentía muy distante antes de aquello. Su tendencia a la depresión, sus continuas quejas y lamentos... lo cierto es que ya no lo soportaba. Y todo había empeorado. ¿Cómo iba a resistirlo? —Se pasó la mano por el pelo. Seguía con la mirada fija en la isla bajo el cielo encapotado—. Sabía cómo habría sido mi vida a partir de aquel momento. Cada día, cada hora, habría girado en torno al tema de la culpa. Michael no habría parado nunca, porque con el matrimonio se habría visto obligado, además, a perdonarse, y aquello le habría parecido una traición a Tommi y su trágica muerte.

—¿Pensaste en abandonarlo?

—Era una idea fija, lo pensaba continuamente. Pero sabía que si lo hacía lo hundiría para siempre. Me sentía encadenada a Michael, por mucho que ya antes del accidente hubiese barajado muchas veces la posibilidad de dejarlo. Fue algo que... que no querría volver a vivir por nada del mundo. —Al fin miró a Nathan—. Y entonces fue él quien decidió romper con nuestra patética vida en común. Un día regresé a casa después de pasar el fin de semana en Londres con una amiga, y descubrí que se había ido. Se llevó dos maletas y casi toda su ropa. En la mesa del salón había una carta de despedida. Reflejaba la desesperación en que estaba sumido desde la muerte de Tommi y describía con detalle la magnitud de su sentimiento de culpa. Ya no sólo se reprochaba haber dejado el coche abierto, sino también su adoración por Tommi, que lo llevó a mantener un contacto tan estrecho con el chico y convertirlo en un invitado sempiterno en casa, una especie de prelude de la tragedia. En fin, en aquella carta dejó por escrito todo lo que solía decir a viva voz. Y para acabar me daba, en cierto sentido, la libertad.

—¿Adónde fue?

Ella se encogió de hombros.

—Ni él mismo lo sabía. Creo que se planteaba convertirse en una especie de nómada. Creía que si se mantenía en constante movimiento lograría que todos nos olvidáramos de él, al menos en parte. Hoy aquí, mañana allá. En la carta me aconsejaba que no lo buscara. Que viviera mi vida, libre de él.

—¿Lo has buscado alguna vez? —preguntó Nathan.

—No.

—¿No tienes ni idea de lo que ha sido de él?

Ella negó con la cabeza.

—No he vuelto a saber de él. Desapareció como si nunca hubiese existido.

—Qué desatino —comentó Nathan, pensativo—. Un hombre joven e inteligente,

con buenas perspectivas laborales en la universidad, que habría podido ser catedrático en Cambridge... Y una historia como ésta. ¿Dónde estará? ¿Vivirá como un vagabundo? ¿Dormirá en la calle? ¿Será alcohólico? ¿O habrá logrado rehacer su vida?

—No lo sé.

—¿Y te gustaría saberlo?

—Creo que no.

Él la miró.

—Lo que no acabo de entender es por qué te afectó todo tanto a ti. Es decir, no me cabe duda de que la muerte del joven te entristeció mucho, eso nos habría pasado a todos, y también es evidente que la desaparición de Michael te afectó lo suyo. Quizá tengas también, de vez en cuando, un sentimiento de culpa por no haber ido a buscarlo; o sea, por no haberlo salvado. Pero todo lo que me cuentas basta para justificarte. ¿Qué te llevó a esconderte en la oscuridad de Ferndale? ¿De qué intentabas escapar parapetándote tras sus enormes árboles? ¿Qué te abruma tanto como para no disfrutar de la vida?

Ella miró el horizonte. La cima del Sgurr Alasdair asomó de nuevo entre las nubes rotas, bañado ahora por la luz del atardecer. En lugar de responderle hizo un gesto y dijo:

—Crucemos el puente.

Sábado 2 de septiembre

1

Llevaba varias horas sin apartar la vista del teléfono. Primero esperanzado, después cada vez más desmoralizado, cansado y frustrado. Al final ni siquiera esperaba ya que Virginia volviera a llamar. Desde que Jack le informó de la llamada aquella mañana, no se había movido del teléfono en el salón de los Walker. Estaba casi seguro de que Virginia no llamaría a casa. Por lo visto, sólo quería ponerse en contacto con Kim, y mientras la niña estuviese en casa de los Walker no llamaría a ningún otro lugar. Aunque seguramente imaginaba que él también estaría allí.

Intentó localizarla varias veces más en su móvil, pero siempre saltaba el contestador. Debía de tenerlo apagado, lo cual significaba que de ningún modo quería hablar con él.

«Pero ¿por qué? —se repetía una y otra vez—. ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué le he hecho?»

¿Era por la fiesta? ¿Tanto se había pasado él? ¿Tanto la había presionado, como para obligarla a fugarse? Ella había aceptado con titubeos, con muchos titubeos, pero él no había tenido la impresión de que fuera a sufrir un ataque de pánico. Hasta se había comprado un vestido. Aquél era sin duda un gesto muy positivo, ¿no? Las mujeres que se compran vestidos para reuniones sociales no suelen encontrarse en estados de absoluta desesperación, ¿no? Al menos eso había pensado. Ahora pensaba que no tenía la menor prueba de ello.

Había llamado a Londres, a casa del anfitrión de la fiesta, para pedir disculpas por su ausencia y la de su mujer. Había enfermado repentinamente y no podía dejarla sola. El hombre le respondió con impecable educación, pero tuvo la impresión de que no le creía.

Entonces llamó también a un compañero del partido para informarle que no asistiría a la fiesta. Mantuvo la versión de la esposa enferma y de nuevo tuvo la impresión de que no daban crédito a sus palabras.

—Es de lo más inoportuno —le dijo su amigo—. ¡Faltar justo a esta cena!

—Lo sé, lo sé, no es algo que haya buscado.

—Tú sabrás lo que haces.

«Sí —pensó él—, debo saber lo que hago. Y hacerme responsable de ello.»

El reloj de pared que había en la esquina le indicó que ya eran las doce y media de la noche. Llevaba más de quince horas en aquella habitación. Grace le había llevado algo de comida, pero él no tenía nada de hambre y sólo aceptó una taza de café. El teléfono sonó dos veces durante el día y una al anochecer, y él lo cogió sin

demora, pero en la primera ocasión se trataba de un operario que confirmaba la hora para una reparación, en la segunda una amiga de Grace y en la tercera un compañero de Jack que quería concertar la ruta por los bares típica del domingo. Eso fue todo. El resto, silencio.

Virginia no iba a llamar.

Tendría que haber asistido a la fiesta en lugar de quedarse ahí plantado, esperando algo que no iba a suceder. Junto a su cansancio empezó a nacer la ira. ¡Qué injusta estaba siendo su mujer! Fueran cuales fuesen sus motivos, y por muy comprensibles que pudieran parecer al final, era injusto escaparse de aquel modo. Tenía que haber hablado con él. En el peor de los casos, discutido. Pero nunca irse sin más.

«No puedo dejarme arrastrar por la rabia —se dijo—. No me quedan fuerzas. Si cedo a la ira, me desmayaré.»

Se llevó un susto de muerte cuando alguien estornudó a su espalda. Era Grace, que acababa de entrar en la habitación vestida con una bata blanca bordada con rosas rojas hasta los pies.

—¡Virgen Santísima! ¿Sigue aquí? Si me permite la observación, tiene usted un aspecto terrible. —Estornudó de nuevo—. ¡Ay, creo que me he constipado!

Él se frotó los ojos con las manos. Se sentía como si llevara años sin dormir.

—¡Oh, Grace! Creo que ya ni siquiera veo bien. ¿Cómo está Kim? ¿Se ha dormido?

—Como un angelito. Señor, usted también debería acostarse. No creo... no creo que la señora Quentin llame esta noche. Seguro que no quiere despertarnos, ni a nosotros ni a Kim.

Sí, Grace tenía razón. Era evidente que aquella noche no habría ninguna novedad. Se levantó.

—Me voy a casa. Si por casualidad llamara...

—Se lo diré inmediatamente, no se preocupe. Ahora intente dormir un poco. Parece usted un espectro.

Lo acompañó hasta la puerta y le dio la linterna de Jack para que encontrara el camino hasta la casa. Él respiró hondo. El aire fresco le sentó bien; el paseo también. Había pasado demasiadas horas sentado en el mismo lugar.

Al llegar a casa abrió la puerta suavemente y entró. No quería despertar a Livia, que sin duda necesitaba descansar mucho y bien, pero cuando encendió la luz del pasillo la vio sentada en la escalera. Llevaba el pijama de Virginia que él mismo le había ofrecido y se tapaba con una gruesa manta de lana verde. Estaba pálida.

—¡Livia! ¿Qué hace aquí sentada, a oscuras?

—No podía dormir.

—¿Y por qué no ha puesto la tele, o cogido un libro, o algo?

Ella se encogió de hombros.

—Estaba pensando.

—¿En qué?

—En la situación. En mi situación. En cómo es posible que...

—¿Qué?

—Que esté ahora aquí sentada. —Hizo un movimiento con la mano para abarcar la casa en general—. Con un pijama prestado y una manta prestada. ¿Sabe de qué me he dado cuenta? De que no tengo ni carnet de identidad. Ni de conducir. No tengo nada.

—La embajada alemana sabrá cómo ayudarla.

—Ya.

Él suspiró y se frotó los ojos. Le ardían de cansancio.

—Pero ya hemos hablado de eso. La embajada le buscará una casa. Es que... —Meneó la cabeza—. Creo que no seguiré hablando de esto. Estoy exhausto. Ni siquiera me veo capaz de hablar con claridad.

—Tiene que dormir —dijo Livia. Entonces dudó un momento y añadió—: Ella... no ha vuelto a llamar, ¿verdad?

—No. Supongo que imaginaba que yo cogería el teléfono. Que me plantaría ahí como si me hubiesen salido raíces. Y está claro que no tiene la menor intención de hablar conmigo.

Reflexionó unos segundos. Aunque estaba muerto de cansancio, las preguntas se agolpaban en su mente. Y sabía que no podría pegar ojo hasta que no abordara al menos alguna de ellas.

—Tanto Grace Walker como Kim están seguras de que Virginia llamaba desde el coche, y ninguna ha tenido la sensación de que estuviera aturdida o desesperada. No como si estuviera actuando contra su voluntad.

—¿Acaso esperaba que fuera así?

—Lo había considerado, sí. Pensaba que quizá su marido...

—¿Que la había secuestrado?

—¿No es lógico suponerlo cuando dos personas desaparecen al mismo tiempo y uno nunca ha visto a una de ellas comportarse así?

—Pero ¿por qué habría de hacer Nathan algo así?

—¿Por dinero?

—¡No! —Sacudió la cabeza—. No, él no es así. No es un criminal. Cuenta historias que no son ciertas, manipula en cierto modo la realidad para que se amolde a sus intereses, pero no es un delincuente. Si Virginia y él están juntos, seguro que es por propia voluntad. No me cabe la menor duda.

Aunque la idea de un secuestro no le había gustado nada, pensar que su mujer se había dado a la fuga con Nathan Moor tampoco le resultaba agradable, antes bien, le provocaba una angustia indescriptible. Esta posibilidad hacía que la cabeza se le llenara de imágenes que no habría querido ver ni en sus peores pesadillas.

—Bueno —dijo en tono cortante—, se me ocurren diferentes modos de interpretar el concepto «delincuente». Yo diría que todo cuanto usted me ha explicado sobre él lleva a presuponer una incuestionable tendencia al comportamiento anómalo.

Permitir que tu suegro te mantenga durante años, escribir cosas que nadie acepta publicar, o peor aún, que nadie quiere leer... Coincidirá conmigo en que todo resulta de lo más insólito, ¿no? ¿Y qué ha hecho él? Esperar a que muriera su padre para convertir en dinero unas pertenencias que en realidad no le pertenecían, comprar un barco y empeñarse en dar una vuelta al mundo que a usted no le apetece lo más mínimo. Hay una buena dosis de desconsideración en sus actos, ¿no cree? Priva a una mujer de su hogar y la obliga a acompañarlo en un periplo por el globo. Pero aún muestra más desconsideración al obligarla a realizar trabajos eventuales en los distintos puertos en que amarren. Entonces consigue que se le hunda el barco, literalmente, y para colmo no se le ocurre otra cosa que dejar a su mujer en un hospital y darse a la fuga. ¡Ahora mismo podría estar usted en la calle, por el amor de Dios! ¿Qué esperaba Nathan? ¿Qué quería que hiciera? ¿Dormir en un centro de acogida para los sin techo?

Livia lo miró en silencio. Las lágrimas le anegaban los ojos. Una de ellas se separó de las demás y le resbaló por la mejilla.

—No sé qué quería. No lo sé.

Tenía que hacerle la pregunta. Tenía que hacerla. Era terrible para ambos, pero estaba seguro de que, por exhausto que estuviera, no lograría pegar ojo si no la formulaba.

—Livia, le ruego que me disculpe por la indiscreción, pero... es decir, su marido... ¿ha tenido algún lío de faldas durante su matrimonio?

Ella levantó la cabeza de golpe y lo miró fijamente.

—¿Qué pretende decir?

—Pues lo que he dicho, precisamente. ¿Han tenido alguna crisis por culpa de otras mujeres?

—¿Qué espera que le diga?

Frederic cogió aire. Era todo tan absurdo...

—Acaba de decirme que si mi mujer está ahora con su marido tiene que ser por voluntad propia. Que está segura de que no la ha raptado ni forzado a irse con él ni nada por el estilo. Así que es lógico preguntarse si cabe que se haya encaprichado de Virginia.

Livia tardó en responder, y por fin dijo:

—¿Por qué me lo pregunta?

—¿Cómo que por qué...?

—Si su mujer se ha ido con Nathan por voluntad propia —lo interrumpió—, debería hacerse la pregunta a usted mismo. —Su voz era apenas un susurro, pero no sonaba agresiva—. ¿Cabe que ella se haya encaprichado de Nathan? ¿Han tenido alguna crisis por culpa de otros hombres?

Fue como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza.

No se vio capaz de articular palabra.

Pero si algo tenía claro era que, pese al agotamiento, no podría pegar ojo en toda

la noche.

2

El teléfono de Liz Alby sonó de madrugada y la liberó de golpe de su pesadilla. Estaba soñando con Sarah. No era un sueño hermoso, porque la niña lloraba y gemía y se pasaba todo el rato intentando subir al tejado de un edificio muy alto. Trepaba por las rejas de los balcones mientras Liz se quedaba abajo, sabiendo que sólo era cuestión de tiempo que su hija se cayera. Corría de un lado a otro, intentando descubrir el sitio donde caería para así esperarla con los brazos abiertos, pero no lo conseguía; daba igual dónde se pusiera: siempre tenía la sensación de que Sarah se precipitaría justo más allá. Estaba desesperada, pero entonces oyó una especie de sirena y supo que los bomberos venían en su ayuda. Despertó de golpe y comprendió que aquél era el sonido del teléfono.

Miró el reloj de la mesilla: las seis y media. ¿Quién llamaba a esas horas?

El teléfono estaba junto al reloj electrónico. Liz se incorporó, encendió la luz y cogió el auricular.

—¿Sí? —preguntó con voz de dormida.

Nadie contestó.

—¿Sí? —repitió Liz, algo más impaciente.

La voz que sonó al otro lado también parecía adormilada, algo ronca. Sin fuerzas.

—¿Señorita Alby?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Claire Cunningham.

Liz necesitó unos segundos para comprender.

—¡Oh! —dijo al fin, sorprendida—. ¡Señora Cunningham!

—Ya sé que es una hora intempestiva —dijo Claire.

Hablaba arrastrando las palabras y apenas se la oía. Como le pareció muy poco probable que Claire Cunningham estuviera ya borracha a las seis y media de la mañana, Liz supuso que había tomado un buen cóctel de tranquilizantes.

—Ya estaba despierta —dijo. Al fin y al cabo, estaba encantada de que le hubiera interrumpido la pesadilla.

—Mi marido acaba de dormirse, por fin —dijo Claire—. Él no... desde que... —Respiró hondo—. Desde que identificó el cuerpo de Rachel no ha vuelto a dormir con normalidad. Y no he querido despertarlo.

—Comprendo.

—Pero creo que voy a volverme loca. No puedo dejar de hablar. Si me callo, tengo la sensación de ahogarme. Necesito hablar de Rachel. Sobre lo que... sobre lo que le ha pasado.

—A mí me ocurrió lo mismo —repuso Liz—. Durante los primeros días no quería

callar.

Recordó sus intentos vanos de mantener una conversación con su madre. Casi se lo había suplicado. Pero, por supuesto, ésta no reaccionó.

—Mi marido me ha dicho que usted llamó a casa —dijo Claire—. Lo ha hecho tanta gente... Periodistas, principalmente. Pero yo no quiero hablar con ellos. Sólo quieren sacar provecho de la muerte de mi niña.

Liz pensó en el programa de televisión en que había participado poco después de la muerte de Sarah. Tuvo que pasar un tiempo para que comprendiera hasta qué punto la habían utilizado.

—Sí, hay que andarse con cuidado —coincidió.

—¿Podría usted... quiero decir, le parece que podríamos vernos algún día? —preguntó Claire con timidez—. No sé si tiene tiempo, pero...

—Tengo tiempo. ¿Quiere que busquemos un rato ya mismo, esta mañana?

—¡Sería fantástico! —Claire pareció aliviada—. Sé qué aspecto tiene, yo la reconoceré. Sentí tanta lástima por usted cuando sucedió lo de su hija... Qué poco imaginaba que en poco tiempo yo misma... —Enmudeció, paralizada por el peso de un dolor que apenas la dejaba respirar.

«Hijo de puta —pensó Liz tras colgar el teléfono. Miró el techo fijamente—. ¡Hijo de puta! Acaba con los niños y también con su familia. ¡Maldito hijo de puta!»

Como estaba claro que ya no podría volver a dormirse, se levantó, se puso la bata y se enfundó los pies, que tenía siempre helados, en unos gruesos calcetines de lana a rayas. Descorrió las cortinas y se quedó junto a la ventana, mirando el exterior y el rápido despertar de aquella mañana ya teñida de otoño.

Se preguntó si había querido referirse también a sí misma al escoger precisamente aquel verbo: acabar. Acabada. Era terrible verse a sí misma como un ser acabado. Siempre había creído que el mejor ejemplo de una mujer acabada era su madre, y se había jurado que no acabaría como ella. Era aún tan joven, tan llena de vida... Quería reír, bailar, ser feliz. Amar. Sería maravilloso encontrar un hombre al que amar, alguien que la correspondiera con sinceridad y ternura. Pero... ¿una mujer acabada podía amar?

Nubes de lluvia en el cielo. Otra vez. El verano se había despedido definitivamente. Quizá necesitara algo de sol para sentirse mejor.

Aquello era, al menos, un esbozo de proyecto. Un pensamiento, una perspectiva. No sabía aún de qué modo se materializaría, pero la simple idea de marcharse de allí, de irse a algún lugar más cálido, le infundió, por primera vez desde aquel día de agosto en Hunstanton, cierta energía. Energía positiva. Otro país. España. El sur de Francia. Italia. Mucho sol y un cielo azul. Olivos y una hierba alta y seca meciéndose al viento. Noches bajo un cielo negro de terciopelo. El murmullo del mar, la arena caliente bajo los pies. No volver a sentarse tras la caja de la droguería. No tener que presenciar la decadencia física, espiritual y moral de su madre. Y quizá, algún día, volver a ser madre. No para sustituir a Sarah, sino como muestra de su fe en la vida.

Con la cara apoyada en el cristal de la ventana, empezó a llorar.

3

El frío viento que el día anterior los había recibido en Kyle of Lochalsh y permitido que cruzaran el puente hacia Skye con una magnífica luz de atardecer se convirtió en tormenta durante la noche. Llegaba a la isla desde el mar y barría la tierra entre aullidos. Las olas se convirtieron en amenazantes muros de agua de varios metros y los árboles se combaban lastimosamente. En el cielo, las nubes corrían hechas jirones, impelidas por una fuerza colérica, y a veces formaban torres altísimas que de pronto volvían a desgarrarse y separarse entre sí.

A Virginia la despertaron los silbidos y crujidos, y se sorprendió de haber podido dormir tanto y tan profundamente, pese a aquel fragor. Sin duda, el largo viaje en coche la había dejado agotada. La noche anterior, el cansancio la había abordado repentina y bruscamente. De pronto no le quedaba ni un ápice de fuerza. Abrió la casa, se arrastró hasta su habitación y con un esfuerzo sobrehumano logró hacerse la cama, lavarse los dientes y ponerse el pijama. De inmediato estaba dormida entre los mullidos cojines y disfrutaba de un sueño profundo y sin memoria.

Eran las siete de la mañana. El día empezaba a despertar. Vio el cielo por la ventana. Los agujeros que se formaban entre las nubes dejaban huecos de tonos pastel. No tardaría en imponerse el azul.

Bajó de la cama temblando de frío. La noche anterior ni siquiera había tenido fuerzas para encender la calefacción; se había zambullido literalmente bajo las mantas. Con un gesto rápido se puso el jersey de lana sobre el pijama y metió los pies en sus zapatillas forradas hasta los tobillos. Con el pelo revuelto y la cara sin lavar supuso que tenía el aspecto de un espantapájaros, pero no le importó. Necesitaba con urgencia un café. Una taza grande y caliente con la que volver a meterse en la cama y empezar el día más lentamente. Seguro que Nathan aún dormía.

Sin embargo, cuando entró en el salón lo encontró mirando por la ventana. Llevaba tejanos y un jersey de cuello alto de Frederic que, como todos, le quedaba demasiado estrecho. La habitación olía a café. Nathan sostenía una taza humeante.

Él no se dio la vuelta, pero notó su presencia, porque dijo:

—¿Has visto las luces del amanecer? ¿La tormenta? ¿Las nubes? Es increíble.

Ella asintió, aunque él no pudo verlo.

—Un día fantástico. De aquellos que me recuerdan por qué me gusta tanto el norte.

—¿Más que el sur? —preguntó él.

—Sí. Mucho más.

Nathan se dio la vuelta y la miró. Una barba incipiente le sombreaba el rostro.

—Yo también —dijo—. Yo también prefiero el norte al sur.

No supo explicar por qué el corazón empezó a latirle con más fuerza.

—Creía que era la única persona en el mundo que pensaba así.

—No. No lo eres.

—También prefiero el otoño a la primavera.

—Y yo.

—Y el vino blanco al tinto.

Él rió.

—Y yo.

—Prefiero tener que abrirme paso en una tormenta de invierno que salir a dar un paseo en verano.

Él dio un paso hacia ella.

—¿Qué deseas en realidad? —le preguntó en voz baja.

—¿En realidad?

—No deseas lo que es deseable. La suavidad, el calor, la ternura. Deseas lo que es áspero, frío, cortante. Deseas todo lo que te hace sentir que estás viva. Te mueres por estar viva, Virginia. Suponiendo que eso sea posible al vivir rodeada de viejos muros y altos árboles que se encargan de mantener alejado el sol, el viento y todo el mundo exterior.

Para su espanto, Virginia se dio cuenta de que estaba a punto de ponerse a llorar. «¡Por el amor de Dios, no llores ahora!», se ordenó. ¿Qué registro sensible habían tocado aquellas palabras?

—Quiero... —dijo, pero se interrumpió.

—¿Qué? ¿Qué es lo que quieres, Virginia?

Ella respiró hondo.

—En realidad sólo quiero prepararme un café —dijo.

Él dejó su taza en la mesa y se acercó un paso más.

—¿Y qué más? ¿Qué más quieres?

Ella miró por encima del hombro de Nathan. En los dos últimos minutos algo había cambiado; se habían metido en un camino nuevo. El tono había cambiado. Al principio sólo hablaban de sus preferencias, ¿no? Pero, de algún modo, parecía que habían intercambiado un tipo de información muy diferente. Todavía no comprendía bien qué había sucedido ni, sobre todo, por qué había sucedido.

—¿Qué más quieres? ¿Por qué has venido conmigo hasta Skye?

—No lo sé.

—Sí. Sí lo sabes.

—No.

—Lo sabes —insistió él con tozudez, y se acercó aún más.

Lo tenía ya muy cerca. Pudo percibir el jabón con que se había lavado. Su boca sonriente estaba a pocos centímetros de la de ella. Su respiración le acariciaba la mejilla.

Y para su sorpresa, no sintió la necesidad de echarse atrás.

Se amaron durante todo el día. A mediodía dejaron la cama durante dos horas y anduvieron por la playa en plena tormenta de nubes, sol y gotas aisladas. Corrieron cogidos de la mano, bordeando los fiordos de Dunvegan, notaron el agua salada en los labios y olieron las algas del mar. No había nadie más en muchos kilómetros a la redonda. Las gaviotas que los rodeaban parecían enfrentarse con sus graznidos al bramido de la tormenta; después abrían sus potentes alas y se precipitaban volando como si fueran montadas en una tremenda y aérea montaña rusa.

Corrieron hasta que les dolieron los pulmones y los costados y el aire frío les enrojeció las mejillas. Entonces volvieron a la casa, abrazados, y fueron directos a la cama. Continuaron donde lo habían dejado, más cansados que por la mañana, más cariñosos, más tranquilos, más pacientes. Desde su época con Andrew, Virginia no había vuelto a encontrar a un hombre que la atrajera tanto sexualmente, de un modo tan inevitable. Parecía que no fuera a cansarse nunca. Quería que la tomara una y otra vez, y que en los descansos se apretara contra ella y la rodeara con sus brazos. Quería notar en la espalda los latidos de él, mientras en su interior afloraban sentimientos olvidados durante mucho tiempo y que ya creía perdidos para siempre: la vida, la paz, la confianza, el sosiego y la felicidad. El espíritu aventurero y la curiosidad. Una confianza esperanzada en el futuro.

«Y todo porque él está aquí —se dijo asombrada—. Todo es distinto sólo porque él está aquí.»

Eran casi las seis de la tarde cuando se dieron cuenta de que tenían hambre.

—Y sed, la verdad —dijo Nathan, sacando las piernas de la cama—. En todo el día no he tomado más que el café de esta mañana.

—Pues yo ni siquiera eso. Pero hasta ahora no lo he echado de menos.

Se vistieron, bajaron la empinada escalera e inspeccionaron la despensa. Por suerte había algo de comida en conserva, y también algunas botellas de vino. Pusieron a enfriar una de vino blanco y Virginia se dispuso a preparar la comida, mientras Nathan recogía leña en el jardín y encendía la chimenea del salón. Virginia estaba junto al horno y miraba por la ventana con ojos brillantes: una tormentosa tarde de septiembre que ofrecía un increíble juego de contrastes: un cielo medio tapado por oscuras nubes y una luz dorada y maravillosa. De pronto pensó: «Consérvalo. Conserva en tu memoria estas horas y estos días en Skye, con este hombre. Consérvalo todo lo posible.»

Y al punto comprendió que con ese pensamiento había expresado instintivamente la frontera que separaba el mundo real de su sentimiento de felicidad en la isla. Independientemente de lo que sucediera entre ellos, no había duda de que en el mundo habría problemas.

En la chimenea crepitaba un fuego cálido y reconfortante, y al otro lado de la ventana la oscuridad empezaba a descender sobre la tierra. Los últimos árboles del jardín no eran ya más que sombras que se inclinaban con desmesura bajo la tormenta.

Virginia y Nathan se sentaron frente a las llamas, en el suelo, y dieron cuenta de su sencilla comida, que les pareció la más deliciosa que habían tomado nunca. Se bebieron el vino y no dejaron de mirarse, sorprendidos y embelesados. Después de todos los días y noches que habían pasado juntos en Ferndale House, donde ni siquiera se les había ocurrido rozarse, estaban más que perplejos por la intensidad de la pasión que los había unido al dejar atrás tierra firme. En cierto modo tenían la sensación de haber ido a parar a otro plano de la realidad.

—Tendremos que regresar algún día —dijo Virginia al cabo de un rato—. Skye y esta casa... no durarán para siempre.

—Lo sé.

Ella movió la cabeza, no en señal de negación sino de admiración.

—Es la primera vez que engaño a Frederic.

—¿Te parece que esto es un engaño?

—¿A ti no?

Él lo pensó un momento.

—Ha sucedido de un modo natural, inevitable. No habríamos podido impedirlo. Desde que vi aquella foto tuya, ya sabes, la antigua foto en Roma, supe que...

—¿Qué? ¿Que querías acostarte conmigo?

Él rió.

—Que quería recuperar a aquella mujer. Y aquí está.

Virginia bebió otro sorbo de vino y contempló el fuego.

—¿Qué sientes al pensar en Livia?

—¿La verdad? Todavía no he pensado en ella. ¿Pretendes decirme que tú has estado pensando en Frederic? —La miró tan horrorizado que esta vez fue ella quien rió.

—No, de verdad que no. Pero ahora sí. Me pregunto qué le diré.

—Lo mejor es decir siempre la verdad.

—¿Tú dirás a Livia la verdad?

—Por supuesto.

—¿Qué le dirás?

—Que te quiero. Que a ella nunca la he querido.

Virginia tragó saliva.

—Yo creo que tampoco he querido nunca a Frederic —reconoció en voz baja. Y suspiró profundamente.

Frederic no se merecía lo que ella sentía en aquel momento, lo que pensaba e incluso acababa de decir. Pero era la pura verdad.

—Estuvo allí cuando lo necesité. En una época muy solitaria y muy triste de mi vida. Tras la muerte de Tommi y la desaparición de Michael, a quien parecía habérselo tragado la tierra. Fue comprensivo y atento. Me amaba. Me daba cariño y lograba que me sintiera protegida. Fue como un puerto donde amarrar. Pero yo no lo amaba. Por eso no fui capaz de superar el entumecimiento que me paralizaba desde la

muerte de Tommi. Seguía estando sola, aunque ya no lo notaba con tanta intensidad. —Miró a Nathan—. ¿Crees que esto es posible? ¿Que podemos seguir sintiéndonos solos al vivir con alguien a quien no amamos?

—Si ya nos sentíamos solos antes, sí. En ese caso, algo muy importante en nuestra vida permanece intacto. Ya no estamos solos, pero nos sentimos solos.

—Yo estaba medio muerta de soledad. Tras el nacimiento de Kim la cosa mejoró algo, pero no es más que una niña. No puede llenar el vacío de una pareja.

Él le acarició la cara con las manos, con ternura. En las últimas horas, Virginia se había dado cuenta de lo mucho que le gustaba la delicadeza de aquellas manos tan grandes y fuertes.

—Pues ahora me tienes a mí —le susurró.

Con cuidado, apartó las copas de vino y con el peso de su cuerpo la empujó suavemente hasta el suelo. Ella suspiró de puro placer y deseo. Volvieron a hacer el amor, esta vez arrullados por la cálida luz de las llamas que bailaban frente a ellos, mientras fuera la noche caía sobre la isla.

Domingo 3 de septiembre

1

Se preguntó cómo era posible que no se le hubiese ocurrido antes.

Por primera vez desde aquel jueves que lo cambió todo, la noche del sábado al domingo Frederic durmió profundamente. No porque de pronto se sintiera más tranquilo o seguro, sino más bien porque su agotamiento había adquirido tales proporciones que ni siquiera el miedo y la inquietud lograron mantenerlo despierto. Quizá también influyera el hecho de que a lo largo de la tarde había tomado unas copas de más. Sea como fuere, el caso es que en un momento dado perdió el mundo de vista, y cuando se levantó ya era de día y una fina lluvia repiqueteaba contra la ventana de su habitación.

Se incorporó en la cama y pensó: «Skye.»

¿A qué otro lugar habrían podido ir? Virginia adoraba aquella isla, y también su casita con aquel jardín tan grande y natural. Si se había sentido desorientada o perdida —y estaba claro que algo de eso había, porque de otro modo no se habría fugado así—, era más que probable que quisiera retirarse a un lugar que tuviera significado para ella.

Se levantó y se puso la bata. Sintió un dolor agudo en la cabeza, unos pinchazos que no dejaban lugar a dudas: definitivamente, se había excedido con las copas.

Había pasado todo el sábado debatiéndose entre la rabia, la desesperación y una especie de resignación. Por la mañana volvió a hacer guardia junto al teléfono de los Walker, pero al final se sintió tan avergonzado y ridículo que se fue al zoo con Kim. La niña notaba que algo no iba bien, pese a que los adultos que la rodeaban hacían lo posible por asegurarse de que todo estuviera en orden. En cualquier caso, los animales lograron concitar su atención. El día era frío y gris y el cielo estaba nublado, aunque todavía no llovía, y Frederic logró contagiarse durante un rato del entusiasmo de su hija. A la hora de la merienda fueron al McDonald's, donde tomaron un Big Mac y un vaso de chocolate con leche.

—¿Quieres venir conmigo a casa? —le preguntó Frederic, y, aunque en casa de los Walker estaba encantada, Kim asintió con alegría.

Aquello le llegó al corazón. Al menos su hija quería estar con él.

De vuelta a Ferndale, lo primero que hizo fue preguntar a los Walker si Virginia había llamado. Ambos, Jack y Grace, lo miraron con preocupación. El resfriado de Grace había empeorado considerablemente: tenía los ojos enrojecidos y se cubría el cuello con una bufanda.

—No, señor, y le aseguro que hemos estado aquí todo el rato. Pero no ha llamado

nadie.

Grace se entristeció cuando supo que Kim iba a marcharse a la casa grande con su padre, pero, dado su dolor de cuello, le pareció que sería lo más sensato. Una vez en casa, Livia y Kim extendieron varias hojas de papel sobre el mármol de la cocina, cogieron acuarelas de colores y se pusieron a pintar. Frederic, que estaba rendido y se sentía vacío, aceptó agradecido la tácita oferta de Livia de concederle unas horas libres para ocuparse de sí mismo. Fue a la biblioteca, anduvo de una ventana a otra y miró los árboles del otro lado. Sus ramas oscuras rozaban los cristales.

«¿Por qué no los talamos de una vez? —pensó—. ¿Qué es lo que mueve a Virginia a enterrarse viva en esta casa?»

No supo responderse. Por primera vez en su vida, se le ocurrió que conocía muy poco a la mujer con que llevaba ya nueve años casado.

Entonces se sirvió una copa, a la que siguieron varias más, y fue entonces cuando cayó rendido en la cama, justo después de oír que Livia leía a Kim un cuento de buenas noches, lo cual indicaba que por aquel día ya no lo necesitarían más.

Ahora eran poco más de las ocho. Llamaría a Dunvegan ya mismo. Dado que Virginia no cogía el móvil, lo más probable era que tampoco reaccionara al teléfono, pero quizá pudiera pillarla por sorpresa: como no esperaba que él llamara, era posible que contestara con un gesto reflejo.

En la casa reinaba el silencio. Parecía que Livia y Kim aún dormían. Fue al salón y cerró la puerta. No quería que nadie lo molestara.

Mientras oía el tono del teléfono miró la lluvia al otro lado de la ventana. Podría haber sido noviembre. Tenía frío.

Se quedó perplejo cuando oyó una voz tras el cuarto tono.

—¿Sí? ¿Diga? —Era Virginia.

Necesitó unos segundos para recomponerse.

—¿Virginia? —preguntó entonces, su voz apenas un ronquido. Carraspeó—. ¿Virginia? —repitió.

—¿Sí?

—Soy yo, Frederic.

—Lo sé —dijo ella.

Carraspeó de nuevo.

—Me sorprende que hayas cogido el teléfono.

—No puedo huir eternamente.

—Así que estás en Skye.

La observación no era demasiado aguda, para qué negarlo, pero Virginia respondió:

—Sí, estoy en Skye. Ya sabes que...

—¿Qué?

—Ya sabes cuánto me gusta esta isla.

—¿Hace buen tiempo? —preguntó sólo para coger fuerzas antes de abordar la

cuestión.

—Borrascoso. Pero aún no llueve.

—Aquí llueve desde esta mañana.

Ella no siguió con aquel patético intercambio de información climatológica.

—¿Cómo está Kim?

—Bien. Duerme conmigo. Grace está bastante constipada...

La oyó suspirar. Tenía que hacerle la siguiente pregunta, aunque le entraba un sudor frío al pensar en la respuesta.

—¿Está... está contigo Nathan Moor?

—Sí.

Eso era todo. Un simple sí. Como si escaparse con otro hombre y dejar a su familia en la incertidumbre fuera lo más normal del mundo.

¿Se había escapado con él? ¿Y qué implicaba el concepto «escaparse»?

—¿Por qué, Virginia, por qué? ¡No lo entiendo!

—¿A qué te refieres? ¿Por qué Nathan Moor? ¿Por qué Skye? ¿Por qué ahora?

—Todo. Supongo que va todo junto.

Hubo un largo silencio. Tan largo que por unos momentos creyó que Virginia había colgado. Estaba a punto de volver a preguntárselo cuando ella dijo:

—Tienes razón. Va todo junto. No quería ir a Londres.

Él estuvo a punto de lanzar un gemido.

—Pero ¿por qué? ¡No era más que una fiesta! ¡Una ridícula, simple y normalísima fiesta! ¡Por el amor de Dios, Virginia!

—No podía. Sencillamente.

—Pues tenías que habérmelo dicho. Pasé horas esperándote en la estación. Te llamé cien veces al móvil. Me he llevado un susto de muerte. He vuelto locos a los Walker, que tampoco entendían nada. ¡Estábamos todos destrozados, Virginia! ¡Esto no es propio de ti! ¡No sabía que pudieras ser tan... tan egoísta, que pudieras tener tan pocos escrúpulos!

Ella no respondió. Al menos no intentaba justificarse.

La situación no mejoraría si le preguntaba por el papel que representaba Nathan Moor en todo aquel drama, pero no le quedaba más remedio que hacerlo.

—¿Fue idea suya? ¿Fue Nathan Moor quien te convenció para...?

—No. No tuvo que convencerme nadie. Quería irme. Él sólo me ha ayudado.

—¿Ayudado? ¿Tienes idea de cómo suena eso? ¡Parece que hayas necesitado la ayuda de alguien para escaparte! ¿Acaso yo te tenía aquí encerrada contra tu voluntad? ¿Apresada, encarcelada?

—Tonterías —lo interrumpió ella—. No era así, y sabes que no pretendía decir eso.

—¿Pues qué pretendías decir? ¿Qué ha pasado? ¿Seguro que sólo se trata de la fiesta de Londres?

—Me temo que no puedo explicártelo todo.

—Ah, ¿no? ¿No te parece que después de todo lo que has hecho merezco al menos una explicación?

—Sí, desde luego que la mereces —dijo. De pronto su voz parecía cansada—. Es sólo que no me parece apropiado hablarlo por teléfono.

—Eres tú la que se ha marchado. No es culpa mía si sólo podemos comunicarnos por teléfono.

—No pretendo eludir mi responsabilidad en todo esto, Frederic.

—¿En todo esto? ¿A qué te refieres?

Ella no respondió.

Él preguntó con agresividad:

—¿Qué hay entre Nathan Moor y tú?

De nuevo silencio.

Se dio cuenta de que un miedo frío como el hielo le subía por la garganta, mezclado con una ira igual de fría. De hecho, hasta le pareció que esta última era más intensa que el miedo.

—¿Qué hay entre Nathan Moor y tú? —repitió—. ¡Maldita sea, Virginia, haz el favor de ser sincera! ¡Me merezco que lo seas!

—Lo amo —dijo ella.

Él sintió que le faltaba el aliento.

—¿Qué?

—Lo amo. Lo siento, Frederic.

—¿Te fugas a Dunvegan, a nuestra casa, y te limitas a informarme por teléfono que amas a otro hombre?

—Tú me lo has preguntado. Y tienes razón: mereces que sea sincera.

Frederic estaba mareado y tuvo la sensación de haberse quedado atrapado en una pesadilla.

—¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo hay algo entre vosotros? ¿Desde que se presentó aquí, en Ferndale?

La voz de Virginia sonó extraña. No le resultaba fácil hablar.

—No me di cuenta hasta llegar aquí, a Skye. Pero creo...

—¿Sí? ¿Qué?

—Creo —dijo en voz baja— que me enamoré de él desde el primer momento. También aquí, en Skye. Después de que se hundiera su barco.

A Frederic le pareció que las paredes de la habitación se cernían sobre él.

—Así que fue por eso. De ahí tu repentina y exagerada vena caritativa. No dejaba de preguntarme por qué no podías dejar de ofrecer tu ayuda a esos completos desconocidos. De recibirlos con los brazos abiertos. Pero ahora está todo claro. Y seguro que no has abierto sólo los brazos. Nathan Moor debe de haber recibido mucho más que tu beneficencia.

—Estás herido y comprendo que...

—Ah, ¿sí? ¿Puedes comprender que esté herido? ¿Cómo te sentirías tú en mi

situación? ¿Si desapareciera sin más y de pronto te dijera que me he enamorado de otra?

—Sería terrible. Pero... no puedo evitarlo, Frederic. Ha sucedido sin más.

El efecto del golpe empezó a remitir. Las paredes se irguieron hasta recuperar su posición normal y Frederic recuperó el aliento.

—¿Sabes que has caído en las garras de un mentiroso y estafador? —le preguntó con dureza.

—Frederic, es evidente que...

—¿Te ha dicho ya que en realidad no es escritor? ¿Que no es ni de lejos un autor de *best sellers*? ¿O sigue vanagloriándose de sus fantásticos logros editoriales?

—No sé a qué te refieres.

—Quizá tendrías que hablar un rato con Livia. Y es que, por si lo habías olvidado, tu nuevo amante también está casado. Claro que eso no te importará demasiado, ¿eh? Al fin y al cabo tú también estás casada y no has tenido ningún impedimento para meterte en su cama.

Ella no respondió.

«Claro —pensó él con rabia—. ¿Qué iba a responder?»

—Lo cierto es que no ha publicado ni un solo libro. Que ni una sola editorial se ha interesado en publicar sus mediocridades. Durante los últimos doce años, Nathan Moor no ha hecho más que vivir a costa de su suegro, y tras la muerte de éste obligó a su mujer a desprenderse de todos sus bienes. ¡He aquí los modales de tu parásito! Pero a quién le importa esto si el tío es bueno en la cama, ¿eh?

—¿Qué esperas que diga? —repuso ella, incómoda.

—¿De verdad quieres saberlo? —gritó él, y colgó con un golpe seco.

Se quedó mirando el negro aparato como si éste fuera a explicarle el sentido de algunas de las atrocidades que acababa de escuchar, pero, evidentemente, no ocurrió así. El teléfono se quedó tan silencioso como el resto de la habitación; como toda la casa. Nadie le dijo: «Ha sido un mal sueño, Frederic. Una pesadilla. Una broma. Una broma de muy mal gusto, claro, pero broma al fin y al cabo. En realidad nada de esto ha pasado.»

Se dejó caer en el sofá y se cubrió la cara con las manos. Sí había pasado. Y quizá había empezado a sospecharlo en la estación de Londres, cuando Virginia no apareció. Sí, estaba seguro. Lo había sospechado. Cuando se enteró de que Nathan Moor había aparecido en Ferndale House y Virginia no se lo había dicho inmediatamente, una sospecha sorda y pesada intentó abrirse camino en su interior, pero él no quiso prestarle atención. Ciertas verdades resultan tan insoportables que uno puede componérselas para no verlas aunque sean de color rojo chillón y cuelguen de la pared de enfrente. Frederic siempre había creído que él no era de los que dan la espalda a la realidad, pero estaba claro que debía revisar aquella suposición: era excelente dando la espalda a la realidad.

Levantó la cabeza y miró fijamente por la ventana, hacia la oscuridad que

provocaban los árboles. Esos árboles que Virginia se había empeñado en mantener; la alegoría de su propia esencia, melancólica e insólitamente encerrada en sí misma. Pero hacía unos segundos, al teléfono, su voz había sonado diferente. Ni rastro de la tristeza que la había distinguido siempre, desde que él le dirigiera la palabra por primera vez en un tren que avanzaba en la oscuridad invernal. En aquella ocasión él había sabido que su compañero de toda la vida la había abandonado y había desaparecido sin dejar rastro porque se sentía culpable de la trágica muerte de un niño del vecindario. A él le había parecido lógico y natural que todo aquello la hiciera sufrir y sentirse triste, y que muchas veces prefiriera estar aislada del mundo. Y en algún momento acabó por acostumbrarse a aquel estado y dejó de cuestionarse si era normal que su tristeza durara tanto. Se había convertido en parte de Virginia, en un rasgo de su persona, igual que los brazos o las piernas, o el pelo rubio o los ojos azul oscuro. Virginia solía estar triste, eso era todo. Evitaba la compañía. Vivía en una casa tan tapada por los árboles que a veces tenían que encender la luz de las habitaciones incluso en días soleados. Pero él se había acostumbrado.

¿Tendría que haberse alarmado y haber hablado con ella? ¿Podía reprocharse indiferencia, ceguera? Evidentemente, había notado las continuas depresiones de ella, más o menos agudas según la ocasión. ¿Tendría que haberse interesado más por ella, preguntarle, ofrecerle su ayuda? Le había preguntado muchas veces cómo se sentía, por supuesto, pero ella siempre respondía que todo iba bien. Y era más cómodo conformarse con aquella respuesta que continuar indagando. Con aquel «todo va bien» resonando en sus oídos, Frederic había realizado viajes de varios días a Londres y dedicado mucho tiempo y esfuerzo a su carrera política. ¿Era eso reprochable?

«No, joder, ése no es motivo suficiente para irse a la cama con otro —pensó—. Estamos casados, tenemos una hija. Si no era feliz conmigo, tenía que habérmelo dicho. Deberíamos haber hablado o acudido a un asesor matrimonial. Qué sé yo. Teníamos que haber luchado. ¡Uno no puede desaparecer sin más!»

Y lo más absurdo, en su opinión, era que precisamente Nathan Moor, un liante gorrón, arruinado y don nadie, un aprendiz de ladrón, hubiese sido quien lograra encontrar el camino hacia el alma de Virginia en apenas unos días. El camino hacia el punto donde se originaba su tristeza. El camino que él, Frederic, jamás encontró. ¿Había pulsado Nathan Moor una tecla que nadie antes se había atrevido a tocar?

«Tonterías —decidió—, sólo piensas tonterías.»

Pero si no había sido eso... ¿qué, entonces?

Se incorporó con movimientos cansinos. Kim no tardaría en despertarse. Y Livia también. ¿Debía ponerla al corriente de lo que pasaba? La verdad es que no tenía ningunas ganas de sentarse con aquella alma en pena y, de pronto, sentirse unido a ella por un inesperado y desafortunado destino común. Dos cornudos a la espera de que sus infieles cónyuges se dignaran regresar.

Eso suponiendo que lo hicieran algún día.

«Volveré a Londres —decidió—. No seguiré aquí, esperando a que se harte de su nuevo amante. O a que recuerde que tiene una hija que cuidar.

»Lo lleva claro.»

2

Hacía justo una semana de la desaparición de Rachel. Era domingo, 3 de septiembre. El domingo 27 la pequeña había salido hacia la iglesia pero ya no volvió, y al poco Robert tuvo que identificar su cadáver ante la policía.

Hacía una semana. Pero parecía mucho más, toda una vida, una eternidad.

Inmersa en el dolor de los últimos días, aquella mañana de domingo fue si cabe más angustiada para Claire Cunningham. El tiempo avanzaba tal como hacía siete días, y las horas, en su transcurso, no dejaban de martillearle la cabeza.

«A esta hora me levanté —pensó—. Ahora estaba en la cocina preparando el desayuno. Más o menos entonces apareció Rachel en la cocina. Vestía su pijama azul claro con una cabeza de caballo estampada en el pecho. La reñí porque iba descalza y las baldosas de la cocina estaban muy frías, como siempre. ¿Hice bien en reñirla? No. Tuve poca paciencia; pero es que ya le había dicho antes, cientos de veces, que se pusiera las pantuflas por la mañana. Porque tenía tendencia a sufrir catarros. Pero no nos peleamos. Sólo le dije: “Pero ¿cómo es posible que hayas vuelto a bajar descalza? ¿Cuántas veces tengo que repetirte que el suelo está muy frío?” Ella farfulló algo, subió a su habitación y volvió con las pantuflas puestas. No nos peleamos, no. Yo no le grité. No me enfadé con ella en su último día...»

Hasta ese momento no había pensado en aquel episodio. El de las zapatillas. Lo recordó de pronto, tras su encuentro con Liz Alby el día anterior. Porque Liz no podía dejar de martirizarse por el episodio del tiovivo. Por lo visto no sólo se negó a conceder a su hija el placer de dar una vuelta en el caballito, sino que se mostró muy antipática y nerviosa por los lloriqueos de la niña.

—Si al menos supiera que durante sus últimas horas fue feliz... —le había dicho Liz, sentada a su lado en la pequeña cafetería de la plaza del mercado.

Liz había tomado un café; Claire, sólo un té. Ninguna de las dos había querido comer nada. De hecho, desde la desaparición de Rachel, Claire apenas se había llevado nada al estómago. Tenía la sensación de que se le había cerrado por completo.

—¿Sabe, Claire? Si pudiera recordarla sentada en el caballo del tiovivo, chillando de alegría y con el pelo ondeando al viento, todo me resultaría más fácil.

Tras decir aquello se había echado a llorar. A Claire le habría gustado llorar con ella, pero no había podido. Se limitó a quedarse allí sentada, como petrificada, tamborileando en su taza de té con movimientos automáticos. Sabía que había ríos de lágrimas esperando autorización para resbalar por sus mejillas de una vez, pero no había sido capaz de darles rienda suelta desde que supo que Rachel no iba a volver.

Le pasó lo mismo que con el estómago: sus lágrimas quedaron bloqueadas, encerradas tras alguna puerta mágica de momento infranqueable. Claire no sabía si sorprenderse de que esa puerta no se abriera. Había momentos en que intuía que las lágrimas le aliviarían el dolor, pero muchísimos otros en los que le daba pánico lo que podría encontrarse más allá de su aparente compostura, de la ausencia del llanto. Sufría más de lo que nunca había sufrido, pero sabía que no era más que una tímida muestra del padecimiento que aún la esperaba, al acecho.

No estaba segura de si el encuentro con Liz Alby le había aportado algo. De hecho, a primera vista Liz no le gustó mucho. Demasiado desaliñada, de apariencia ordinaria, aunque indudablemente marcada por la tristeza y seguro que más delicada que antes. Su modo de hablar y moverse delataba sus humildes orígenes. Además, Claire no tardó nada en darse cuenta de que, pese a las lágrimas de Liz y su dolor — indudablemente sincero—, la joven no había mantenido una relación materno-filial basada en el amor, ni mucho menos. La pobre y pequeña Sarah había sido una niña no deseada; había escogido un mal momento para aparecer en la vida de aquella mujer que aún no había encontrado su propio lugar en el mundo. Sin duda recibió al bebé como si se tratase de un fatídico obstáculo para sus sueños y aspiraciones. Mientras escuchaba los lamentos de la chica, Claire no pudo evitar el agresivo pensamiento de que Liz había tenido lo que se merecía, porque estaba claro que había pasado mucho tiempo pensando en cómo librarse de la niña, a quien consideraba un incordio.

«Pero ¿por qué me tocó a mí una desgracia así? —se preguntó—. ¡Es injusto! Yo adoraba a Rachel. Era mi primogénita, el milagro, el cumplimiento de un sueño. Era un regalo del cielo. No pasó un solo día en que Robert y yo no nos sintiéramos afortunados por tenerla.»

Entonces volvió a sentir miedo de sí misma; no era correcto pensar así. Liz Alby merecía aquel escalofriante destino tan poco como cualquier otra persona. Y, sobre todo, la pequeña Sarah no tenía que haber pasado por algo así. Ningún niño tendría que sufrir una experiencia tan horrible.

Fue arrastrando los pies desde la cocina hasta el comedor, una habitación muy agradable con una gran mesa de madera a la que Rachel solía sentarse a dibujar. El comedor, con su chimenea incorporada y sus cortinas de flores y encarado hacia un jardín de aspecto algo silvestre pero encantador, era el lugar donde solía reunirse toda la familia, por encima del salón, que daba a la calle. Allí habían pasado mucho tiempo los cuatro. Habían jugado todos juntos, o sólo las niñas, quienes —en repentina concordia— intercambiaban la ropa de sus muñecas, mientras Robert y ella leían tranquilamente, sentados en las mecedoras situadas frente a la chimenea o tomaban una copa de vino y charlaban tranquilamente.

Ya nada volvería a ser igual. Aunque su obligación respecto a la pequeña Sue era rescatar cuanto pudieran de la vieja rutina, recuperar en la medida de lo posible su antigua vida para que la pequeña disfrutara de una infancia feliz, estaba claro que

jamás dejarían de sangrar por la herida que había desgarrado a su familia con la muerte de Rachel.

El domingo anterior aquella mesa había estado preparada para el desayuno. Cereales con leche y fruta para las niñas, además de una tostada y diferentes mermeladas. Rachel bebió una taza de cacao que, como siempre, le dejó un bigote marrón. Pese a haber tenido que subir a ponerse las pantuflas, aquella mañana parecía muy contenta. Tenía ganas de ir al servicio religioso.

Ese día la mesa estaba vacía. Ni Claire ni Robert tenían ganas de tomar nada, y Sue seguía instalada en Downham Market. Tendrían que ir a buscarla un día de esos. Aún no le habían dicho lo ocurrido, pero seguro que ya empezaba a ponerse nerviosa. Rachel siempre había tenido celos de Sue. No pasa nada, se decía siempre Claire, es normal. ¿O acaso Rachel había sufrido más de lo que ella había creído por la existencia de su hermana menor? Al fin y al cabo, ¿qué significaba «normal» en aquel contexto? ¿Tendrían que haber sido más comprensivos con las rabietas de Rachel por el bebé? ¿Haberla tomado más en serio? ¿No quitar leña al fuego restando importancia a sus sentimientos?

Tendrían, podrían, deberían... Aquel horrible condicional los acompañaría siempre. Pero sin concesiones, sin darles la menor oportunidad de cambiar los hechos.

En aquel momento, Claire oyó unos golpecitos en la puerta, así que se dio la vuelta y cruzó aquella estancia que guardaba tantos recuerdos en dirección al pasillo. Robert estaba arriba, en el despacho, y seguro que no había oído llamar. Abrió la puerta sin recelo. Desde luego, no tenía ningunas ganas de hablar con los periodistas, pero no habría tenido el menor reparo en enviar a freír espárragos a cualquiera de ellos, sin contemplaciones. En aquel momento no se le ocurría nada que pudiera infundirle miedo. Debía de ser lo que le sucedía a uno cuando ya había pasado por lo peor.

Quien llamaba a la puerta era el párroco de su comunidad, Ken Jordan. Parecía algo inseguro. Al fin y al cabo, Claire no formaba parte de la comunidad...

—Si vengo en mal momento no dude en decírmelo, se lo ruego —empezó—. Lo último que querría es importunarla. Pero es que... he pensado que hoy hace una semana desde...

—¿Y no tiene que ir a la iglesia?

Él sonrió.

—Aún me queda tiempo.

Lo invitó a pasar al salón. En la estantería había un marco con una foto de Rachel, de una excursión con la clase el pasado marzo. Llevaba un anorak rojo, tenía el pelo alborotado por el viento y la cara le brillaba de felicidad.

—Una niña tan guapa y adorable... —dijo Ken.

—Sí —asintió ella.

—¿Y ésta es su otra hija?

Al lado de la foto de Rachel había una de Sue. Una Sue satisfecha, sentada en la playa de Wells-next-the-Sea. Con un bañador azul y un sombrero blanco en la cabeza.

—Ésta es Sue, sí. —«¡Ojalá no se le ocurra decir que al menos tengo la suerte de tenerla a ella!», pensó.

No lo dijo. En este caso no había nada que decir, y él lo sabía.

—Tome asiento, por favor —dijo Claire.

Se sentó en el sofá. No tenía aspecto de cura, pensó ella. Tejanos, jersey de cuello alto y color gris antracita, chaqueta a juego... Y aún era bastante joven.

—A Rachel le encantaba asistir al servicio religioso para niños que celebraba Donald Asher —dijo Claire—. Le gustaba mucho Donald. Sobre todo cuando tocaba la guitarra y los niños bailaban a su alrededor.

Él sonrió.

—Sí, Donald sabe tratar a los niños. Tiene mucha intuición para ello.

—Ayer me encontré con la madre de... de la otra niña —dijo Claire. La verdad es que no sabía por qué se lo contaba. Quizá porque aquel religioso inspiraba confianza. O sólo para mantener una conversación. Ella era así, incluso aunque en su fuero interno tuviera ganas de estar muerta—. Liz Alby. La madre de Sarah Alby.

—Sí, lo sé. Un caso tan lamentable como el suyo.

—No deja de reprocharse cosas. Poco antes de... de perder a su hija le prohibió montarse en el caballito de un tiovivo; algo que la niña deseaba con todas sus fuerzas. Por lo visto, se pelearon. Y ahora se arrepiente tanto... La entiendo. Yo llevo toda la mañana... —Se mordió el labio.

Él la miró amigablemente, con gesto de comprensión.

—¿Sí?

—Llevo toda la mañana intentando recordar cómo fueron mis... mis últimas horas con Rachel. Si tuvimos alguna riña o si estuvimos bien. Yo me disgusté porque bajó a la cocina descalza. El suelo es de baldosas, ¿sabe?, y ella tenía la garganta muy sensible. Bueno, en realidad no nos enfadamos, pero yo me disgusté, eso sí, porque ya le había dicho muchas veces... ya no lo sé con seguridad... es decir, aún recuerdo lo que dije, pero no estoy segura del tono que utilicé: no sé si se lo ordené o si se lo dije con impaciencia...

No pudo seguir. Qué importaba si se lo insinuó, se lo exigió o se lo comentó con impaciencia. Fuera como fuese, no cambiaba nada que se hubiera mostrado contrariada, indignada o algo irritada. En todos los casos se trataba de algo superficial.

¡Y todo porque iba descalza! Era un asunto tan nimio, tan increíblemente nimio...

Ken Jordan se inclinó por encima de la mesita y le cogió la mano entre las suyas, en un gesto tranquilizador y de consuelo.

—No se atormente por eso. Todas las madres prohíben a sus hijos cosas que a éstos les apetece hacer. Todas las madres gritan y se enfadan cuando no les obedecen.

Y se enfadan, sobre todo, porque en la mayoría de los casos tienen razón y lo que los niños quieren puede ser malo para ellos. Pero eso no cambia lo mucho que los quieren. El domingo pasado usted no hizo más que preocuparse por Rachel. La mandó a ponerse las pantuflas precisamente porque no le era indiferente si se constipaba o no. Y aunque ella pusiera los ojos en blanco en cuanto la oyó sacar de nuevo ese tema, seguro que notó que usted se preocupaba por ella. Puede apostar a que así fue.

Sus palabras la reconfortaron, pero el dolor era demasiado intenso, estaba aún demasiado fresco para poder sentir un verdadero consuelo. En realidad ni siquiera era capaz de imaginar que algún día fuera a sentir de nuevo consuelo.

—No dejo de pensar en lo contenta que se veía por ir al servicio religioso aquella mañana —dijo—. Le hacía mucha ilusión, ¿sabe?; principalmente por lo del pastor de Londres que iba a mostrarles unas diapositivas. Se moría de ganas de verlas. — Suspiró y evocó a Rachel llena de alegría y emoción. Siempre había tenido una capacidad inaudita para ilusionarse con cualquier cosa; una cualidad que Claire siempre había admirado.

—¿Qué pastor? —preguntó Ken.

Ella lo miró y vio que había fruncido el ceño.

—El que vino de Londres para proyectar unas diapositivas a los niños —respondió—. Sobre... sobre la India, creo. Rachel estaba emocionada con la idea.

—Qué extraño —repuso el religioso—. No me consta eso que dice. Ni sabía de la visita de ese pastor ni me habían informado de que fuera a ofrecerse ninguna proyección. Y Don suele planear conmigo estas cosas.

—Pues Rachel estaba convencida de que iba a hacerse, estoy segura. Me lo comentó cuando ya salía de casa. Le pregunté por qué estaba tan contenta y... A Rachel le interesaba todo, ¿sabe? Nada le era indiferente.

En ese momento rompió a llorar quedamente. Pero no fue el esperado llanto liberador, no. Sólo unas lágrimas sueltas y esquivas. «Ah, mi Rachel —se lamentó para sus adentros—. Ojalá pudiera tenerte entre mis brazos una vez más. Escuchar tu risa y observar tus miradas luminosas. Deleitarme con las pequitas de tu nariz. Ojalá pudiera notar una vez más el calor de tu mejilla pegada a la mía. ¡Pasar otro día, aunque sólo fuera uno, a tu lado!»

—Claire, quizá éste no sea el mejor momento, pero tendría que investigar este asunto —dijo Ken. Parecía muy concentrado—. Estoy casi seguro de que no teníamos planeado nada de lo que me ha dicho. Ni para el domingo pasado ni para ningún otro. Donald Asher no me ha comentado nada acerca de un pase de diapositivas, y tampoco se me ocurre nada con lo que Rachel pudiera haberse confundido. Quizá se trate sólo de un simple malentendido, pero, dadas las circunstancias, creo que no deberíamos pasarlo por alto.

Levantó la cabeza. Las lágrimas habían vuelto a desaparecer. El momento del llanto aún quedaba lejos.

—¿Y eso ahora qué importa? —dijo.

Ken se inclinó hacia ella.

—Mucho, Claire, mucho. Podría tener algo que ver con lo ocurrido. Yo también haré mis averiguaciones. Para empezar hablaré con Don. Y tenemos que informar a la policía. Supongo que desea ver entre rejas al hombre que ha malogrado la vida de Rachel, y la de todos quienes la querían, de un modo tan cruel, ¿no?

Ella asintió, pero en realidad no había llegado aún al punto de desear algo así. En el mar de dolor en que se ahogaba no había aparecido aún esa necesidad: la de luchar por la justicia tras la muerte de su hija. Ken se dio cuenta.

—¿Cómo puedo ayudarla, Claire? ¿Quiere que recemos juntos?

—No —dijo.

No volvería a rezar en su vida.

3

Dejó que Kim decidiera si prefería quedarse en casa al cuidado de Livia o si prefería volver con los Walker, y la niña se decantó por éstos, a quienes conocía muy bien. Se marchó a mediodía, aunque, dado el terrible resfriado de Grace, estuvo a punto de retractarse por los remordimientos de conciencia. Si al final lo hizo fue porque ella, con la misma amabilidad de siempre, lo convenció para que se fuera.

—Seguro, señor, Kim es como nuestra nieta, y todas las nietas van a ver a sus abuelas aunque éstas estén un poco constipadas.

—Es que tendría que volver a Londres...

—Claro.

—Y mañana empieza el colegio...

—Nosotros la llevaremos e iremos a recogerla. No hay problema. No le dé más vueltas. Usted cuide de sí mismo, señor. Si me lo permite, le diré que no tiene buen aspecto. Está blanco como la tiza.

Se había mirado en el espejo y Grace tenía razón. Daba pena. Le dolía muchísimo la cabeza, y los labios, que estaban grisáceos, formaban apenas una fina línea en su rostro.

—Bueno, mi situación... esto que estamos pasando no es lo que se dice... fácil.

Ella lo miró con compasión. ¡Cuánto detestaba él aquella mirada! Y lo peor era que tendría que aguantar muchas similares a partir de que se conociera el verdadero motivo de la desaparición de Virginia.

—Su mujer... ¿sigue sin dar señales de vida?

—Sí —mintió.

No tenía ningunas ganas de contarle la verdad. Ni la verdad ni una variante más suave.

Se volvió a Londres en el coche alquilado. Tenía los nervios a flor de piel y sabía

que habría sido preferible no conducir, pero meterse en un silencioso vagón de tren y saberse condenado a la inactividad le resulta impensable. Al conducir, al menos, se obligaba a estar atento. A actuar. Y como era domingo y había poco tráfico, iría con rapidez.

Llegó a su piso londinense hacia las cuatro de la tarde, y lo primero que hizo fue servirse un *whisky* doble que se bebió de un trago. Por primera vez en su vida sentía la necesidad de dejarse llevar, de emborracharse hasta perder el conocimiento, hasta olvidarse de sí mismo. O de Virginia. A ser posible, hasta olvidar que en algún momento de su vida hubo una mujer.

Sin embargo, el alcohol recreó en su cerebro las imágenes más dolorosas y horribles, imágenes de Virginia desnuda, gimiendo de placer en brazos de Nathan Moor, y le negó el olvido que tanto deseaba. De pronto se sintió presa de un deseo infantil e irracional: estropear en la medida de lo posible el éxtasis amoroso que debía de estar teniendo lugar en su casa de Skye. Fue al teléfono y dictó un telegrama: «He vuelto a Londres. Citas insoslayables. Kim con Grace, que está enferma. Mañana empieza colegio. Tu hija te necesita. Frederic.»

Se despreció brevemente, pero pensó que no estaba diciendo ninguna mentira y que era de lo más conveniente recordar a Virginia sus obligaciones maternas. Al fin y al cabo, era insólito que hubiese olvidado hasta a su hija. ¿Qué le había hecho Nathan Moor? ¿Qué le había dado? ¿Qué había visto Virginia en él?

Era para volverse loco. Estaba seguro de que ese tipo no era de fiar. Lo sabía, simplemente, y su convencimiento no tenía nada que ver con los celos. Antes de tenerlos, Livia ya le había dado suficiente información al respecto. ¡Autor de *best sellers*! Se habría reído con gusto, si no fuera porque tenía ganas de llorar.

Livia.

La idea de dejarla sola en Ferndale House no le había gustado demasiado, aunque desde luego no haría nada inadecuado. No era la clase de persona que sale corriendo con la cubertería de plata. No había sido capaz de ponerla de patitas en la calle. Además, le pareció que no estaba obligado a deshacerse de la mujer de Moor. Mejor que lo esperara y que lo enviara ella misma al infierno en cuanto se enterara de su aventura con Virginia. Sólo cabía lamentar que fuera una mujer tan frágil, porque seguro que no atacaría a su marido con la ira que éste merecía.

A Grace le dijo que era una amiga que había conocido en vacaciones y que pasaría una temporada en Inglaterra. La mujer era demasiado discreta como para hacerle preguntas, pero debió de resultarle bastante extraño. Seguro que Kim le había comentado ya sobre la presencia de Nathan en Ferndale, y la repentina desaparición de Virginia tenía que haberla llevado a conclusiones obvias. Quizá ya las había comentado con su marido Jack, quien desde entonces se referiría a él, en privado, como «el cornudo».

Hacia las cinco y media se sintió incapaz de seguir en el apartamento ni un segundo más. En la calle llovía, para variar. Se puso su chaqueta impermeable

Barbour y salió de casa. Anduvo por la ciudad y acabó en Hyde Park. Pese a la incómoda llovizna que caía, en la calle había bastante gente. Jóvenes con monopatines, familias con hijos, ancianos que daban el obligatorio paseo recomendado por sus médicos. Y parejas de enamorados. Lo que más vio fueron parejas de enamorados. Caminaban cogidos de la mano, o estrechamente abrazados, y de pronto se detenían para besarse, ajenos al resto del mundo. Con la mirada agudizada por la experiencia, observó que en su mayoría parecían encantados, sumergidos en una burbuja privada que los salvaguardaba del mundo y sus miserias. Se esforzó, pero no logró recordar ningún momento en que Virginia y él se hubiesen sentido de aquel modo, exclusivamente absortos en sí mismos y en su amor. Nunca. Ni siquiera al principio. Bueno, él sí había sentido por Virginia el arrobamiento que observaba ahora en los rostros de aquellos jóvenes, pero había sido sólo cosa de uno. La había querido, adorado, admirado. La había idolatrado. Había estado loco por ella. Y, arrastrado por aquel torbellino de sentimientos, no había reparado en que las muestras de cariño del otro lado eran sospechosamente tenues y exiguas. Virginia había respondido a su amor sólo de palabra —aunque sólo en muy contadas ocasiones fue capaz de decirle «te quiero»—, y aceptó casarse con él sin demasiado entusiasmo. Mientras que él sabía que moriría si ella no le daba el «sí quiero», Virginia se había mostrado bastante indiferente, y el día del enlace estuvo tan absorta en sí misma como todos los demás.

Miró a una joven rubia que no apartaba la vista de los labios de un hombre de pelo largo y parecía escuchar fascinada todo lo que él decía. Por supuesto, no era cierto que él no se hubiese dado cuenta de nada. De hecho, la frialdad de Virginia lo había hecho sentir infeliz en muchas ocasiones. Pero siempre había pensado que su manera de ser estaba marcada por aquella tendencia a la melancolía y la soledad. Ni por un segundo se le ocurrió que aquella distancia pudiera deberse a una falta de sentimientos hacia él. Probablemente prefirió no pensarlo: el amor que le profesaba era demasiado intenso, lo tenía aprisionado. Él, que siempre se había considerado un hombre razonable y sensato, había estado tan obsesionado por aquella mujer, que había moldeado y manipulado la realidad hasta convertirla en lo que él quería que fuera, y nunca se había parado a pensar en el telón que había dejado caer en su interior. Era un ejemplo perfecto de ceguera absoluta. Y la historia acababa allí, en Hyde Park, en un lluvioso día de septiembre, viendo con frustración y cansancio a las parejas de enamorados y sabiendo que una mujer, su mujer, la mujer que más amaba en este mundo, estaba ahora en su casa de las Hébridas, dejando que un don nadie, un bribón de tres al cuarto, la hiciera feliz y decidiendo seguramente que ya no iba a volver. A fin de cuentas, ¿por qué habría de hacerlo? Desde su desaparición, él no había cesado de imaginar que ella regresaría, martirizada por los remordimientos, después de que Moor la dejara tirada como una colilla; que hablarían y discutirían; que él le exigiría explicaciones y ella se las daría... y que al final volverían a estar juntos.

Pero ¿y si no volvía?, se preguntó.

Se acercó a un banco que brillaba de humedad bajo la llovizna, y se dejó caer en él como un peso muerto. Habría dado lo que fuera por una botella de vodka. Quería sentarse en un banco como un mendigo y quemarse la garganta con aquel licor cruel, para no tener que pensar que probablemente Virginia se había ido para siempre.

O que sus sentimientos no serían capaces de soportar la carga de profundidad que el comportamiento de ella conllevaba. Porque eso también podía pasar. Y era la peor posibilidad.

4

Habían dado las cinco de la tarde cuando Ken Jordan llamó a la puerta de los Lewis. Conocía muy bien a Margaret y Steve Lewis, los padres de Julia. Eran miembros activos de la comunidad de feligreses y casi nunca faltaban a la celebración dominical. Él sabía que Julia y Rachel eran muy buenas amigas, así que no le sorprendió que Margaret le abriera la puerta con los ojos enrojecidos por el llanto. Aquella mañana, durante su sermón —que dedicó expresamente a Rachel y su terrible final—, tampoco había dejado de hacerlo.

—Espero que mi visita no les moleste más de la cuenta —dijo Ken—, pero es importante.

Ella lo invitó a pasar.

—No, al contrario, me alegro de verlo, pastor. No he dejado de llorar en todo el día. Quizá porque hace justo una semana que pasó todo... —Se mordió el labio.

—Todos estamos consternados —dijo Ken.

—¿Quién puede hacer algo así? ¿Quién es capaz de hacer algo tan espeluznante?

—Sea quien sea, tiene que estar enfermo. Muy enfermo.

La siguió hasta el salón. Junto a la mesita redonda de la esquina, Steve Lewis estaba sentado tomando una taza de té. Se levantó en cuanto lo vio.

—¡Pastor! ¡Cuánto me alegra su visita! Siéntese, por favor.

Ken se sentó y Margaret le sirvió una taza de té.

—He venido para hablar con Julia —dijo Ken—, pero quisiera hacerles una pregunta: antes del servicio dominical infantil de la semana pasada ¿les comentó algo Julia sobre un pase de diapositivas? ¿Uno que iba a ofrecer un pastor venido de Londres?

Margaret y Steve lo miraron con extrañeza.

—No, no mencionó nada al respecto.

—No quiero entrometerme en el trabajo de la policía —dijo Ken— ni jugar a los detectives, pero es que estoy algo sorprendido. Esta mañana fui a visitar a la madre de Rachel... —Les explicó sucintamente lo que ella le había comentado, y luego añadió —: Después de comer hablé con Donald. Al fin y al cabo, podía haber planeado

aquello sin comentármelo, aunque no suele hacerlo. El caso es que Don no tenía ni idea de nada de eso. No sabía a qué pudo haberse referido Rachel. Así que...

—¿Qué? —preguntó Steve con interés.

—Quizá sea una tontería, pero tal vez haya alguna relación. Entre la desaparición y muerte de Rachel y la imaginaria charla con diapositivas de ese pastor londinense que ni Donald ni yo conocemos.

—Sí, parece muy extraño —coincidió Steve.

—Voy a buscar a Julia —dijo Margaret.

La niña bajó de su habitación. Estaba algo pálida y no irradiaba la misma felicidad que una semana atrás. Su mejor amiga no iba a volver nunca. Ken tuvo la impresión de que la pequeña estaba casi en estado de *shock*.

—El pastor quiere hablar contigo, Julia —dijo Margaret.

La niña lo miró con sus grandes ojos, y Ken se preguntó cómo influiría todo aquello en su vida. Le sonrió.

—Sólo quiero hacerte una pregunta, Julia; enseguida podrás volver a tu habitación y seguir jugando.

—No estoy jugando —precisó la niña.

—Ah, ¿no?

—No. Estoy pensando en Rachel.

—Querías mucho a Rachel, ¿verdad?

Julia asintió.

—Era mi mejor amiga.

—Eran casi como hermanas —dijo Margaret.

—Como hermanas... —repitió Ken—. Entonces debíais de teneros mucha confianza. Seguro que tú lo sabías todo sobre ella, ¿no? Quizá la conocías mejor incluso que su papá y su mamá.

—Sí —dijo Julia.

—¿Y te contó también lo del pase de diapositivas? ¿El que iba a hacer un pastor venido de Londres?

Los ojos de Julia se abrieron como platos. Un temblor le cruzó la mirada.

«Diana», pensó Ken.

—¿Te lo contó? —insistió.

Julia se quedó callada, mirándose los pies.

—Julia, si sabes algo tienes que decírnoslo —le advirtió su padre—. Es muy importante.

—Donald no sabe nada de eso —continuó Ken—, así que a Rachel tuvo que decírselo otra persona. Alguien le habló de ello. ¿Tú sabes quién fue?

Julia negó con la cabeza.

—Pero sí sabes que alguien se lo dijo, ¿no es así?

Julia asintió sin levantar la vista del suelo.

—Por favor, dinos qué pasó —le pidió Margaret—. Quizá nos ayude a saber

quién fue la persona que... que hizo daño a Rachel.

Con un hilo de voz, la niña dijo:

—Prometí a Rachel que...

—¿Qué? —la urgió Ken con tono amable—. ¿Qué prometiste a Rachel? ¿Que no le dirías a nadie lo del pastor de Londres?

Ella volvió a asentir.

—Mira, estoy seguro de que a Rachel ya no le molestaría que rompieras tu promesa. Alguien fue muy malo con ella y le hizo daño. Alguien en quien confiaba. Creo que ahora ella querría que lo castigaran.

—Julia, debes decirnos lo que sepas —terció su padre—. Ya eres mayor y reconoces las cosas que son importantes, ¿verdad?

Julia asintió una vez más. No parecía haber comprendido del todo la importancia que los adultos iban a conceder a sus palabras, pero sí percibió la expectación y preocupación con que las esperaban, y la tranquilizó saber que Rachel no se enfadaría si ella rompía su promesa.

—El... el hombre le dijo a Rachel que nos enseñaría unas imágenes. Diapositivas. Sobre los niños de la India.

Todos contuvieron la respiración.

—¿Qué hombre? —preguntó Ken.

Al fin, Julia levantó la cabeza.

—El hombre de la iglesia.

—¿Tú también lo viste? —le preguntó Margaret. Su rostro se demudó repentinamente—. ¿Hablaste con él?

—No.

—¿Rachel estaba sola cuando se lo encontró?

—Sí. Un domingo antes de... antes de... eso. Fue hace varias semanas. Ella iba al servicio religioso y se lo encontró en la calle de la iglesia.

—¿Y habló con Rachel?

—Sí. Él le preguntó adónde iba y si podía ayudarlo...

—¿Y entonces?

Julia tragó saliva.

—Entonces le dijo que era pastor, que venía de Londres y quería proyectar unas diapositivas chulísimas en el servicio religioso infantil. Sobre los niños de la India. Pero tenía que ser una sorpresa, así que Rachel no podía decírselo a nadie. Ni siquiera a su mamá o su papá, porque ellos se lo dirían a otros y al final lo sabría todo el mundo.

—Mmm —dijo Ken—, y supongo que Rachel quiso hacerlo todo bien y no estropear la sorpresa, ¿no?

Julia agachó la cabeza.

—Pero me lo contó a mí. Cuando volvió de sus vacaciones.

—Bueno, pero es que tú eras su mejor amiga. Y las mejores amigas siempre se lo

cuentan todo, ¿no? Aquel hombre también lo sabía, tranquila, es distinto que con los padres.

—Ah, ¿sí? —preguntó Julia, esperanzada. Era evidente que por nada del mundo quería decir algo malo sobre la malograda Rachel.

—Sí, puedes estar segura. ¿Cuándo te comentó todo esto?

—Pues... no fue hasta el sábado. El día antes de que... desapareciera. Acababa de volver de sus vacaciones y vino a verme enseguida.

—¿Quería quedar con el desconocido?

—Sí. Él le dijo que necesitaba una ayudante, y ella se ofreció. Iban a encontrarse antes del servicio religioso, en Chapman's Close. Allí, él le explicaría lo que tenía que hacer y después irían juntos a la iglesia.

Margaret cerró los ojos unos segundos. Steve respiró hondo.

—Chapman's Close —repitió Ken.

Una calle con algunos edificios de apartamentos al principio, pero después sólo campos a derecha e izquierda, y al final un camino de tierra. Si alguien pretendía llevarse a una niña en su coche sin que nadie se enterara, podía estar seguro de que allí lo conseguiría. También podía apostarse en una de las callejas perpendiculares para asegurarse de que su víctima viniese sola. Y desde luego tendría bastantes opciones para desaparecer sin dejar rastro. Un plan sencillo y sin demasiados riesgos.

—Me enfadé con ella —dijo Julia, los ojos empañados—. Nos peleamos.

Ken intuyó el motivo.

—Tú también habrías querido hacerlo, ¿no? Ayudar a ese pastor tan importante.

—Sí. ¡Estaba... estaba superenfadada! —Las lágrimas le resbalaron por las mejillas—. Era tan injusto... ¡Siempre Rachel! A ella siempre le pasaban cosas chulas. Me daba rabia imaginármela allí delante, ayudando al hombre de las diapositivas, mientras yo tenía que quedarme atrás, sentada con los demás niños. No quise ir a la iglesia.

—Entonces el dolor de garganta te vino como anillo al dedo, ¿no?

Julia rompió a llorar.

—No me dolía tanto —balbuceó—. Sólo me picaba un poco la garganta. Le dije a mami que me dolía mucho, pero no era verdad. Es que no quería ir al servicio por nada del mundo. ¡Me daba tanta envidia! Y eso que...

—¿Qué?

Julia se pasó la manga del jersey por la cara húmeda.

—Que Rachel fue muy buena. Al final me dijo que podía acompañarla a Chapman's Close. Que preguntaría al pastor si yo también podía ayudar en algo. Pero yo estaba demasiado enfadada y me negué a ir.

—Oh, Dios mío —musitó Margaret.

Hubo un silencio, los tres adultos pensando lo mismo. ¿Qué habría pasado si Julia hubiese acompañado a Rachel? ¿Habría compartido su trágico destino? ¿O quizá, como parecía más probable, habría provocado que el hombre pusiese pies en

polvorosa al ver una segunda niña? ¿Seguiría Rachel entre ellos, feliz y contenta, si las dos amigas no se hubiesen peleado?

Aunque en este último caso, Rachel tampoco habría propuesto a su amiga que la acompañara, pensó Ken Jordan mientras se frotaba los ojos, que le ardían por el cansancio. El último cuarto de hora lo había agotado por completo.

—Tenemos que informar de esto a la policía —dijo a Steve y Margaret—, y es probable que quieran volver a hablar con Julia. Lo siento, pero...

—No importa, no importa —repuso Steve—. Todos queremos que encuentren a ese tipo, y si la información de Julia puede ayudar en algo...

—Pero ¿por qué no nos dijiste nada hasta ahora? —le reprochó Margaret; su hija no dejaba de llorar—. ¿Por qué ninguna de las dos abrió la boca? Te he dicho miles de veces que no debes hablar con extraños, y estoy segura de que la madre de Rachel también se lo ha dicho, así que... ¿por qué...?

—No sigas, Margaret —la interrumpió Steve en voz queda—, esto ahora no sirve de nada. Ya lo hablaremos más adelante, con calma.

Ken se dirigió una vez más a Julia. No esperaba que la niña pudiera responder realmente a su pregunta, pero sabía que tenía que hacerla.

—¿Te dijo Rachel qué aspecto tenía el hombre?

Julia asintió.

—Dijo que era superguapo, como el actor de una peli.

Los adultos se miraron unos a otros. Aquello podía ser cierto o no. Era muy probable que Rachel lo exagerara todo y convirtiera a su asesino en un *mister* Universo. En cualquier caso, aunque se tratara de un verdadero Adonis, ¿de qué servía saberlo?

«De nada —pensó Ken Jordan—. La policía sabría sólo que Rachel fue asesinada por un hombre apuesto.»

Aun así, y por muy domingo que fuera, llamaría a comisaría. Quizá pudieran hacer más de lo que él imaginaba con la información recabada.

5

El cielo de Skye tenía un tono azul metálico, frío, despejado. La tormenta había ido deshaciendo las últimas nubes a lo largo del día. El aire era fresco y claro como un diamante. El mar reflejaba el cielo y sus agitadas olas arrastraban coronas de espuma blanca y densa. El sol rozaba ya el horizonte. No faltaba nada para que desapareciera del todo y se diluyera en colores pastel que poco a poco se extenderían por el cielo hasta abarcar toda la isla, antes de dar paso a la noche.

La segunda noche. Su segunda noche con Nathan.

Había salido a dar un paseo. Necesitaba concederse un par de horas para sí misma y Nathan lo comprendió sin que ella tuviera que expresarlo en palabras: dijo a

Virginia que iba a cortar leña para asegurarse de que la chimenea tuviera suficiente, y cuando ella le lanzó una mirada de agradecimiento se limitó a sonreír.

Anduvo más de una hora junto al mar, por el largo paseo de madera de Dunvegan Head. No se cruzó con un alma y pudo centrarse en sus pensamientos, que fue ordenando poco a poco:

Amo a Nathan.

Y este amor me ha cambiado para bien.

Vuelvo a sentirme viva después de muchos años.

Le he contado cosas de mí que nadie sabe, ni siquiera Frederic.

Mucho menos Frederic, claro.

Le he hablado de mi sentimiento de culpa.

No quiero volver a mi antigua vida.

No quiero perder esta sensación de libertad, de felicidad, de vitalidad.

Se acabó: no volveré a lo de antes.

Dejaré a Frederic. Me iré de Ferndale. Incluso de Inglaterra.

Todo, absolutamente todo, ha cambiado.

La poca altura del sol la hizo caer en la cuenta de que sería mejor ir regresando si no quería que la oscuridad la sorprendiera a medio camino. La ilusionaba pensar en aquella noche. En el pequeño y cómodo salón. En la crepitante chimenea. En el vino. En la dulzura de Nathan. Se moría de ganas de volver a acostarse con él. Sentía que nunca se cansaría de hacerlo.

Frederic se había quedado destrozado al teléfono. Profundamente herido. Conmocionado. Desesperado. Pero ella no se planteó ni por un segundo abandonar la nueva vida que acababa de iniciar. No le quedaba opción. Respiraba diferente de como lo hacía antes. Soñaba diferente. Quería abrazar la vida, estrecharla entre sus brazos.

El aire le golpeó en la cara cuando dio media vuelta. La tormenta había remitido bastante, pero aun así tuvo que esforzarse para avanzar a contraviento. El atardecer era frío; se subió el cuello del jersey.

También perdería Skye, pero daba igual. Nathan y ella se buscarían un nuevo Skye. Mientras estuvieran juntos, todo iría bien.

¿Por qué se había sentido tan falta de vida junto a Frederic? ¿Porque no lo amaba? ¿Porque el amor de él, tan intenso, tan correcto, a veces la hacía sentirse una piltrafa? ¿Cuántas veces se había ahogado en la culpa? Quizá siempre había sabido que un día lo abandonaría. Quizá siempre había sabido que aquél no era el hombre con el que quería pasar el resto de su vida. Quizá había optado por vivir en un estado de semiinercia para no dejar que aquellos sentimientos aflorasen. Quizá se había limitado a esconderse de la realidad tras los enormes árboles de Ferndale House.

Y jamás, ni en sus más remotas expectativas, había barajado la posibilidad de contar a Frederic todo sobre sí misma. Sobre su vida. Sobre su culpa. Él sabía que durante años había mantenido una relación casi conyugal con su primo; sabía de la

muerte del pequeño Tommi y la desaparición de Michael. Y de su propio abandono de sí misma. En una ocasión llegó a mencionarle cómo se había sentido después de todo aquello: el opresivo sentimiento de culpabilidad que le provocó su alivio tras la desaparición de Michael, su tranquilidad ante aquella ausencia, el hecho de que jamás saliera a buscarlo, de que lo dejara librado a su destino. Pero Frederic no sabía nada más. Nada de sus desenfundados años en Londres, sus numerosos ligues, sus líos de drogas. No sabía nada de Andrew. A Virginia no le hubiera pasado por la cabeza contarle nada de eso. Quizá por su manera de ser: era tan conservador, estaba siempre tan pendiente de la rectitud y el orden, se ceñía tanto a las reglas de lo que estaba permitido o prohibido... Todo lo que sabía sobre el pasado de su mujer había sido minuciosamente cribado y filtrado por ella con anterioridad, y no era más que un pálido boceto, apenas un esquema, plagado de vacíos y cubierto de niebla. Pero a él nunca le había importado. No conocía a su mujer, a la madre de su hija, a la persona con la que quería compartir el resto de su vida. No la conocía porque se había conformado con las migajas de confianza que ella le concedió.

Y tampoco le contaría el resto de la historia con Michael. Hasta ahora ni siquiera se lo había contado a Nathan, pero lo haría. Nathan lo sabría todo sobre ella.

«Porque Nathan no es un cobarde —pensó—, él puede aceptar que la imagen de una mujer esté pintada con los colores erróneos.»

El cielo se había cubierto de los tonos pastel que tanto la maravillaban. Se detuvo y contempló el mar. En el horizonte despuntaban líneas rosa pálido, lila suave, rojo tierno, y se fundían con el azul del mar, robándole su luminosidad. El sol se había convertido en una esfera naranja que contenía su brillo y no tardaría en hundirse rápidamente en el agua. El aire refrescaría y las gaviotas graznarían con más fuerza.

Privaría a Kim de su padre. Haría añicos la atmósfera de estabilidad en que había crecido su hija. Aquello le provocaría sentimientos de culpa, que de hecho ya percibía desde su marcha, cuando se marchó a Skye y cruzó durante casi dos días toda Inglaterra para alejarse de su vida todo lo posible. Cuando se lanzó a los brazos de Nathan, no sólo engañó a Frederic, sino también a Kim. Quizá llegaría el día en que alguien le pidiera cuentas por ello. Quizá tendría que pagar por su culpa. Pero no se veía capaz de abandonar el camino que había iniciado.

Ya de lejos vio el humo que salía por la chimenea de la casita, y la luz tras las ventanas dándole la bienvenida, amable y cálida en aquel crepúsculo cada vez más sumido en la oscuridad. Apretó el paso. Quería estar con Nathan.

Él estaba arrodillado junto a la chimenea, apilando junto a la pared los troncos que había recogido. Parecía muy concentrado en lo que hacía.

—Hola, Nathan.

Él se volvió.

—Hey, Virginia. —Se levantó y se dirigió hacia ella. Le sonrió—. Estás muy guapa. Me gustas con las mejillas sonrojadas y el pelo revuelto.

Algo inhibida por el cumplido, se pasó la mano por la cabeza y se mesó el pelo.

—Fuera hace bastante frío, y mucho viento.

—Mmm... —Se acercó más a ella, se inclinó y hundió la nariz en su cuello—. Hueles de maravilla. A mar. A viento. A todo lo que amo.

Lo miró. Sabía que sus ojos brillaban embelesados, pero no podía evitarlo. Él sonrió de nuevo, plenamente consciente del efecto que su sonrisa ejercía en Virginia.

—No sé por qué —le dijo—, pero hoy no tengo tantas ganas de abrir una lata de conservas y pasar la tarde mirando crepitar el fuego. ¿Te apetecería ir a un restaurante? Me muero por unas costillas con judías y una cerveza negra.

Ella dio un respingo.

—Creo que por aquí tengo una lata de judías... —dijo, y dio un paso hacia la cocina. Pero Nathan la retuvo por el brazo.

—No se trata de eso. Es que me apetece salir contigo.

—Pero es que no es la mejor noche del año para salir por Skye. Por estas fechas la mayoría de los restaurantes y bares están cerrados.

—¡Anda ya, Virginia! ¡Como si la gente de Skye pudiera pasar un día sin bares, *whiskies* y música! Seguro que quedan varios abiertos. Conozco algunos de los de Portree. ¿Qué tal el Portree House? ¡Tienen un pescado delicioso!

Virginia suspiró. Era la primera vez que él no interpretaba sus sentimientos.

—No me parece buena idea —dijo.

Él dejó de sonreír.

—Ya veo —repuso—. Quieres tenerme escondido, ¿no? Conmigo puedes pasear por playas solitarias, o sentarte a la chimenea, o follar con las puertas cerradas, pero no salir a tomar algo. No quieres que nadie se entere de que estoy aquí; que nadie sepa que existo. En la isla te conocen y se dispararían los rumores y cotilleos, ¿no es eso?

Ella se quitó la chaqueta lentamente y la colgó en el respaldo de una silla. El rostro le ardía.

—Nathan, no es que quiera mantenerte en secreto para siempre, ni a ti ni a nuestra relación. Más bien lo contrario. Pero creo que Frederic no se lo merece. No ahora. No en la isla. Ésta es su casa. Volverá otras veces. Todo el mundo sabe que en agosto estuve aquí con él. Ahora estamos apenas a principios de septiembre y ya he venido con otro hombre. ¿Es necesario ridiculizarlo de este modo?

Él se encogió de hombros.

—Te preocupas mucho por él, ¿no?

—Nunca me ha fallado. No tengo nada que reprocharle. Lo que estoy haciendo ya le ha dolido suficiente. No quiero empeorar las cosas provocando que los isleños se pasen años cuchicheando a sus espaldas.

Nathan seguía molesto, pero ella tuvo la sensación de que en realidad no le importaba salir a cenar, sino saber hasta dónde llegaba su poder. Y el resultado no le había satisfecho.

Le acarició el brazo para apaciguar los ánimos.

—Vamos —le dijo en voz baja—, no nos peleemos. Propongo una copa de vino y...

Él le apartó la mano.

—En la mesa hay un telegrama para ti —refunfuñó.

—¿Un telegrama? ¿De quién?

—Y yo qué sé. ¿Crees que me dedico a leer las cartas de los demás?

Ella cogió el sobre marrón. No estaba cerrado, sólo tenía la lengüeta doblada hacia dentro.

—Cielo santo —susurró, después de haberlo leído.

Nathan la miró con curiosidad.

—¿Y bien? ¿De quién es?

—De Frederic. Desde Londres. —Y se lo leyó en voz alta.

—Muy efectista —comentó Nathan—. Utiliza a la niña para alejarte de mi lado. Me pregunto qué busca con todo esto. ¿Que vuelvas con él? Yo nunca intentaría recuperar así a una mujer.

—No creo que piense en recuperarme. Es cierto que tenía que ir a Londres, y es muy probable que Grace esté enferma. Y tampoco miente al decir que mañana empieza el colegio. —Virginia se mordió el labio—. Nathan, creo que he de volver.

—Veo que te tiene dominada.

—Kim tiene sólo siete años. Y si es cierto que Grace está enferma...

—Pero también está su marido.

—Quizá no pueda con todo. Tendrá que cuidar a su mujer y...

—... y llevar a Kim al colegio por la mañana y recogerla por la tarde. ¡Vamos, por favor! ¿Qué problema hay? Seguro que Grace no está postrada agonizando. Quizá se haya resfriado, pero seguro que sobrevive.

—Nathan, tengo una hija. No puedo...

—¡El jueves, cuando decidiste marcharte de casa, también sabías que tenías una hija!

Ella le contestó sintiéndose de pronto tan indignada como él:

—¿Y qué quieres que haga? Para ti es más fácil. ¡No has renunciado a tanto!

—Sí, claro. ¡Sólo a una esposa enferma!

—Pero te importa menos que... que...

Nathan se rió, pero sin la calidez de siempre. Fue una risa cínica y fría.

—¿Menos que qué?

—Que el tiempo que hacía hoy hace diez años. ¡No irás a decirme ahora que tienes remordimientos de conciencia por haberte acostado conmigo!

—En absoluto. Aunque tampoco es tan simple como lo pintas. Me preocupa mucho Livia, pero es un tema con el que no debo importunarte. Tengo una vida y un pasado, igual que tú. Y cada uno tiene que apañárselas.

—Yo no quiero importunarte con Frederic, pero...

—Pues eso es exactamente lo que haces. Por culpa de Frederic estamos obligados

a permanecer encerrados en esta cabaña. En cuanto Frederic te envía un telegrama, tú ya estás con un pie en Ferndale. Frederic por aquí, Frederic por allá... ¡El pobre Frederic, al que estás haciendo tanto daño! ¡El pobre Frederic, al que debemos consideración! ¡No creo que puedas decir lo mismo de mi manera de actuar, porque hasta el momento no te he incomodado con Livia ni con el indudable sufrimiento que le han provocado nuestros actos!

A Virginia empezaba a dolerle la cabeza. Estaban hablando de aquel tema porque Nathan lo había querido. Mencionó a Frederic porque quería obligarla a salir a cenar. Pero no valía la pena recordárselo, porque él lo negaría. Estaba enfadado y no quería ser justo.

—Se trata de Kim. Ella es lo más importante —dijo, cansada.

—Te equivocas. A partir de este momento Kim no va a ser más que un instrumento en vuestra guerra. Porque este telegrama no es ni más ni menos que una declaración de guerra. Tu marido luchará con uñas y dientes, y ahí te lo deja bien claro.

Ella se pasó las manos por la cara y le sorprendió darse cuenta de lo mucho que la asustaba ya perderlo.

—Sea como sea, tengo que volver —dijo.

—Tienes que escoger.

—¿Entre mi hija y tú?

—Entre tu marido y yo. Si vuelves ahora, estarás doblegándote a sus deseos, y descubriéndote como una mujer incapaz de alejarse de su marido.

—Pero es que también soy madre. Y ésa es una obligación de la que no puedo, ni quiero, librarme.

—Sin el telegrama no habrías pensado demasiado en ello.

—Sin el telegrama no habría sabido que Grace está enferma. Ni que Frederic ha vuelto a Londres. Está claro que con estas líneas sólo pretendía presionarme, pero no puedo enzarzarme en una lucha de poder que al final sólo tendrá como víctima a una niña de siete años, tienes que entenderlo.

Él no respondió y ella se sintió como si estuviera presa en una telaraña. Frederic la presionaba, pero Nathan también lo hacía, y con tan poco tacto como el primero, sin importarle cómo pudiera sentirse ella. Así pues, ceñuda, se refugió en el contraataque:

—¡Y no finjas tenerlo todo controlado! ¡Te atreves a juzgarme por mi comportamiento como si estuvieras por encima del bien y del mal, pero ni siquiera has sido sincero conmigo al hablarme de ti!

Él se quedó desconcertado.

—Ah, ¿no?

—No. ¿Qué me dices, por ejemplo, de los muchos *best sellers* que has escrito? ¿Y de lo conocido y querido que eres entre los lectores alemanes?

Nathan dio un paso atrás. Sus ojos empequeñecieron.

—Oh... ¿hemos estado investigando?

—No. No suelo espiar de este modo a la gente. Livia se lo contó a Frederic.

—Ya veo. Y a él le ha faltado tiempo para comentar las novedades con su esposa infiel, ¿no?

—¿No habrías hecho tú lo mismo?

—Supongo que Livia no se lo dijo todo.

—Pues ni idea. ¿Eres autor de *best sellers* o no?

—¿Dónde pones los límites en tu vida?

—¿Y tú en la tuya?

Se miraron fijamente. Al final, Nathan dijo con tono más suave:

—Tenemos que contárnoslo todo. Si no, no funcionará.

Agradecida, Virginia notó que la insoportable tensión de los últimos minutos desaparecía. Volvió a sentir la ternura de Nathan y recuperó sus propios sentimientos por él. Pero el día había perdido su brillo. Se habían peleado por primera vez. Se había sentido incómoda a su lado por primera vez. Él no se había mostrado nada comprensivo con su situación, y tampoco había desmentido la acusación que había recibido sobre su supuesta profesión. Lo cual hacía pensar que era cierta. Entonces se preguntó por qué había insistido en salir a cenar fuera justo aquella noche, la noche de su llegada, estresándola y haciéndola infeliz. La única explicación era que él ya estaba de mal humor antes de que ella volviera de su paseo, y de ser así sólo podía deberse al telegrama de Frederic. Lo cual implicaba, pues, que sí lo había leído. Como no estaba cerrado, podía haberlo hecho sin problemas. Lo leyó, se enfadó e hizo todo lo posible por provocar una discusión. Por manipularla de tal modo que al final se encontrara entre la espada y la pared y no le quedara más remedio que hablar de los sentimientos de Frederic y salir en su defensa. Lo cual le daría pie a él para enfadarse por su lealtad hacia su marido. En resumen: sus falsedades sobre su trabajo, sumadas a la posibilidad de que hubiese leído el telegrama, no contribuían precisamente a reforzar la confianza mutua. No pudo evitar recordar cómo había obtenido su dirección de Norfolk, revolviendo en los cajones de su casa, y cómo había aparecido una mañana con su antigua foto en la mano.

«No actúa como haría yo —pensó Virginia—, eso es todo. Ve las cosas de otro modo, pero eso no significa que sea un mentiroso o un estafador.»

Él esbozó su antigua sonrisa, la que lograba envolverla con su calor.

—Si es lo que quieres —le dijo—, mañana volveremos a King's Lynn.

Ella respiró hondo.

—Te explicaré todo sobre mí. Todo.

Él asintió.

—Y yo todo sobre mí.

—¿Debo tener miedo?

Él sacudió la cabeza.

—No. ¿Y yo?

—Sí —dijo ella, y rompió a llorar.

Lunes 4 de septiembre

1

«Faltan sólo dos semanas para mi cumpleaños», pensó Janie, deprimida.

Para ser exactos, un día menos. El próximo domingo no, el otro. Y todavía no sabía cómo iba a celebrarlo.

Era lunes, así que volvía a tener la oportunidad de encontrarse con aquel hombre tan amable de la papelería. Aunque, para ser sinceros, parecía haberse olvidado de su cita. O se había enfadado porque ella no fue el primer día. Ojalá pudiera decirle que no había sido culpa suya, que no le había quedado más remedio... pero seguramente no podría hacerlo.

Suspiró. Apartó la manta y sacó los pies de la cama. Anduvo a tientas hasta su escritorio, abrió el cajón y cogió con cuidado las cinco invitaciones que guardaba al fondo del mismo. Las había cogido tantas veces para mirarlas que una de ellas ya tenía doblada una punta. Intentó alisarla. ¡Qué bonito sería, qué bonito, poder rellenarlas y repartirlas entre los niños de su clase!

—¡Janie! —Al otro lado de la puerta, su madre se impacientaba—. ¡Primer día de cole! ¡A levantarse!

—¡Ya estoy despierta, mami! —contestó ella, también a gritos.

Doris Brown abrió la puerta y asomó la cabeza en la habitación de su hija.

—¡Hala, se acabó perder el tiempo! ¡Date prisa! ¡El baño está libre!

—Vale. —Janie intentó volver a meter las tarjetas en el cajón sin llamar la atención, pero lo único que consiguió con ello fue alertar a su madre.

—¿Qué tienes ahí? —Dori se acercó en dos pasos y le cogió las tarjetas de la mano. Las miró, sorprendida—. Pensaba que lo había dejado claro. ¡No haremos ninguna fiesta!

—Ya lo sé, pero...

—Podías haberte ahorrado el dinero. —Doris devolvió las tarjetas a su hija—. No esperarás que cambie de opinión, ¿verdad?

Si había algo en el mundo que Janie no creyera, era precisamente eso. Doris jamás había cambiado de opinión tras tomar una decisión.

—Es que he... —empezó, y concluyó para sus adentros: «conocido a un hombre muy simpático». Pero no estaba segura de que conviniese decirlo. Quizá mamá se enfadara y le prohibiera directamente hablar con ese hombre. Aunque en realidad involucrar a su madre en sus planes era una opción.

«Mami, no te preocupes por nada —le habría gustado decirle—, ¡la fiesta ya está organizada! Imagínate, conozco a alguien que se ha encargado de todo. Tiene una

casa preciosa con un jardín muy grande y puedo invitar a todos los niños que quiera. Y si hace mal tiempo podemos trasladar la fiesta al sótano. Ha celebrado ya muchas fiestas de cumpleaños. El único problema es que no lo encuentro. Habíamos quedado el sábado que estuviste enferma y tuve que quedarme en casa. ¿Puedes ayudarme? ¿Se te ocurre una idea para encontrarlo?»

—¿Y bien? —preguntó Doris.

—He... —Janie cerró los ojos. Le habría encantado decírselo a su madre, pero es que Doris Brown era imprevisible. Si se lo decía, podría estropearlo todo—. Nada —dijo finalmente—, ya no recuerdo lo que iba a decir.

Doris meneó la cabeza.

—Eres de lo que no hay. Vamos, ahora hay que darse prisa. No querrás llegar tarde el primer día de colegio, ¿eh?

2

—¿Cuándo volverá mamá? —preguntó Kim.

Aquella mañana estaba muy quejosa y tenía los ojos brillantes. Grace, que estaba bastante afónica y tenía un dolor de cabeza que parecía que iba a volverla loca, puso la mano en la frente de la niña, preocupada.

—No tienes fiebre —constató con un susurro—. Tengo la sensación de que voy a contagiarte.

—¡No quiero ir al cole! —gimió Kim.

—Pero si siempre te ha gustado ir —repuso Grace—. Piensa en todos los niños que volverás a ver. ¡Seguro que los has echado de menos!

—No —se obcecó Kim.

Dio un largo sorbo a su taza. Estaba cansada. No quería ir al colegio, donde tendría que pasarse varias horas quietas prestando atención. Echaba de menos a su madre. ¿Por qué no estaba con ella en su primer día de cole?

Grace cogió un pañuelo y se sonó. Le dolían todos los músculos y casi no podía tragar. Al principio creyó que se trataba de un simple resfriado, de esos que se controlan con vitaminas y vahos de eucalipto, pero al final resultó una gripe de primera categoría. Se encontraba fatal. Si no hubiese tenido que encargarse de Kim, aquel día ni siquiera se habría levantado. Para colmo, aquella mañana Jack había tenido que irse a Plymouth por dos días para conducir un camión con planchas de poliestireno, puesto que ya se había comprometido hacía varias semanas. Al ver lo mal que se encontraba su mujer estuvo a punto de no ir, pero ella le insistió para que fuera.

—¡De ningún modo! El señor Trickle es siempre muy amable y debemos agradecerle que te ofrezca estos trabajos. Con tan poco tiempo no encontrará a nadie para sustituirte, y no debemos decepcionarlo de este modo.

—¡Pero es que estás fatal! —Jack estaba indignado—. Lo que está haciendo la señora Quentin no tiene perdón. El señor Quentin tenía que marcharse a Londres por necesidad, porque tiene trabajo y no puede dejarlo todo en el aire, pero las obligaciones de la señora Quentin se encuentran aquí, en Ferndale. ¿Cuándo se ha visto que una madre se comporte así? ¡Desaparecer de la noche a la mañana y dejar el cuidado de su hija en manos de otras personas!

—Bueno, no sabía que iba a ponerme enferma justo ahora... —lo tranquilizó Grace—. Y yo le dije que estaría encantada de ocuparme de Kim y que la niña podía quedarse con nosotros todo el tiempo que quisiera.

—Da igual. Las cosas no se hacen así. Y eso sin tener en cuenta el susto que nos ha dado a todos, yo creo que...

—¡Chist! ¡No quiero que Kim te oiga!

Jack había seguido gruñendo y refunfuñando, pero al final se había dejado convencer para marchar a Plymouth. Grace le prometió que se metería en la cama en cuanto hubiese llevado a Kim al colegio. No habría podido hacer otra cosa. Tenía mucha fiebre y le dolían todos los músculos.

«¿Tenía que enfermar justo ahora?», pensó, cansada.

No había querido que Jack, un hombre de pronto fácil, siguiera encolerizándose y había intentado tranquilizarlo en cuanto empezó a echar pestes de la señora Quentin, pero lo cierto es que ella también estaba enfadada. Indignada. Y es que sabía más cosas que su marido. Había hablado con Kim y se había enterado de que Virginia había vivido varios días con un desconocido en su casa, mientras su marido se encontraba en Londres. Y ahora ambos habían desaparecido.

Grace sabía sumar dos más dos. ¡Pobre señor Quentin! Engañado en su propia casa, y encima abandonado con una hija pequeña.

«Jamás lo habría imaginado —se dijo—. Supongo que me equivoqué con ella. Una mujer tan tranquila y dulce... Pero ya lo dice el refrán: las aguas quietas corren profundas.»

—Va, dime, ¿cuándo volverá mamá? —insistió Kim.

Grace suspiró.

—No estoy segura. —Estornudó y se sonó por enésima vez aquella mañana. Los ojos le ardían y no dejaban de caerle lágrimas.

—¿Ya no te apetece estar conmigo? —le preguntó con leve reproche.

Kim suspiró.

—Sí, pero es que... —Se interrumpió y empezó a dar vueltas a su taza.

—¿Qué? —preguntó Grace, y volvió a estornudar.

—Es que pensaba que mamá estaría aquí el primer día de cole —dijo Kim, estornudando también.

Grace suspiró, agotada. Virginia Quentin era la esposa del patrón de Jack, pero por Dios que le cantarían las cuarenta en cuanto estuvieran de nuevo cara a cara. Si es que volvían a estarlo. La verdad es que no acababa de estar segura. Pero no hacía

falta que Kim se enterara de eso todavía. Ahora la niña tenía que superar su primer día de colegio.

Después ya se vería.

3

El hombre se presentó como el comisario Baker y estaba al frente de la investigación de los asesinatos de Sarah Alby y Rachel Cunningham. Liz había estado en su habitación hojeando folletos sobre ciudades y pueblos españoles. No quería hacer pasar a Baker al salón, donde la tele estaría encendida como siempre había un penetrante olor mezcla de chupitos y sudor. A Liz le parecía que su madre estaba más deteriorada cada día, y que empeoraba a pasos agigantados. ¿O había sido siempre así pero ella no se había dado cuenta? Desde la muerte de Sarah estaba más susceptible, tenía unas antenas más largas. Y a esas alturas creía que no sería capaz de soportarla ni una semana más.

Invitó al comisario a sentarse en su sofá-cama, y ella hizo lo propio en un viejo taburete de cocina que había tapizado en colores vivos y alegres. Ojalá nunca más recibiera una visita como aquélla.

—Veo que proyecta unas vacaciones —dijo Baker, señalando los folletos.

¿Le parecería inapropiado, dada la tragedia que se había abatido sobre su vida? Meneó la cabeza hacia los lados.

—No, no son vacaciones. Yo... bueno, quiero irme de Inglaterra. Quiero alejarme de todo, ¿comprende? —Hizo un gesto hacia el salón, donde el televisor recitaba en voz alta las noticias del día.

—Entiendo —dijo Baker—. Después de lo sucedido, seguro que es buena idea empezar de nuevo.

—Quiero encontrar un lugar que me guste, y buscar trabajo en el ramo de la hostelería. Ya he trabajado de camarera algunas veces, y no lo hago mal. En fin —dijo, y se encogió de hombros—, al menos allí hace menos frío que aquí. Y quizá un día conozca a un hombre bueno.

—Se lo deseo de todo corazón —dijo Baker, y pareció sincero. Carraspeó—. Señorita Alby, el motivo de mi visita es que tenemos nuevas pistas sobre el presunto asesino de la joven Rachel Cunningham. —Y le resumió la información aportada por Julia sobre la cita de Rachel con el hombre que probablemente acabó violándola y matándola—. Lo conoció unas semanas antes y se moría de ganas de verlo otra vez. Por desgracia, a su amiga sólo le dijo que era un hombre «superguapo, como el actor de una peli». —Suspiró—. Pero eso no nos sirve de mucho.

—Ya —dijo Liz.

—En todo caso, ahora nos preguntamos si ese mismo hombre entró en contacto con su hija Sarah antes de su desaparición. Y es que provisionalmente vamos a

suponer que se trata del mismo autor. Al parecer, suele dirigirse a los niños y engatusarlos con promesas. Quizá su hija mencionara algo en este sentido. Algo a lo que usted no hubiese dado importancia en su momento, pero que ahora, a la luz de las investigaciones, le resulte digno de mención. O quizá la vio usted en compañía de alguien... ¿Puede ser? —La miró, esperanzado.

«Están dando palos de ciego —pensó Liz—. No tienen nada y se agarran a cualquier clavo ardiendo.» Reflexionó.

—No, no vi a nadie que se le acercara. Mi hija sólo tenía cuatro años, no iba sola por la calle.

—Bueno, quizá alguna vez dejó de vigilarla en el parque y...

—¿Qué está insinuando? —replicó Liz, cortante—, ¿que no cuidaba bien de mi hija? ¿Que la olvidaba en cualquier parque?

—Disculpe, señorita Alby, no pretendía...

—Ya sé que mis vecinos opinan que no soy una buena madre, pero...

—Por favor, señorita. —Baker levantó las manos en un gesto conciliador—. No se tome todo tan a pecho. Sólo me limito a hacer mi trabajo. Lo único que me importa es meter entre rejas a un sujeto que se ha cobrado la vida de dos niñas y quizá ahora mismo esté tras los pasos de su tercera víctima. Solo intento barajar posibilidades, imaginar circunstancias en las que podría haber hablado con ella. Eso es todo.

Liz respiró hondo. Aquel poli sólo intentaba cazar un monstruo, y no podía perder el tiempo reflexionando sobre qué pregunta podía molestar a quién.

—No me dijo nada —dijo, ya más calmada—. Lo recordaría. Y nunca la vi con ningún desconocido. Quizá... quizá alguien se le acercó en la guardería. Pero allí están muy vigilados... —Movié la cabeza—. No, no creo que sucediera así.

—Volveremos a interrogar a los responsables de la guardería, por supuesto.

Baker parecía cansado. Liz comprendió que el caso le afectaba mucho.

—¿Tiene usted hijos? —preguntó.

Él asintió.

—Dos chicos. Ocho y cinco años.

—Los niños no corren tanto peligro —dijo Liz.

—No lo crea —repuso Baker—. Los pedófilos también se sienten atraídos por los chicos. Ningún menor está a salvo.

—¿Usted y su mujer consiguen tenerlos siempre vigilados, al alcance de su vista?

—No, desde luego que no. El mayor es capaz de perderse varias horas con su bici. Casi siempre sale con sus amigos, pero nosotros no podemos saber si se separan a medio camino o algo así. Es imposible mantenerlos quietos a tu lado y vigilarlos las veinticuatro horas del día. Sólo podemos esforzarnos por hacerles entender que no deben hablar con extraños. Ni subir al coche de un desconocido, ni seguir a nadie que no sea de confianza. Y que nos avisen si un desconocido les dirige la palabra. Pero —meneó la cabeza con resignación— los Cunningham también advirtieron de todo esto a la pequeña Rachel. Era una niña sensata y buena, pero lo que el desconocido le

propuso le pareció tan tentador que olvidó toda precaución.

—Joder —masculló Liz.

—Sí —dijo Baker—. Ya lo puede decir. —Reflexionó un momento y añadió—: ¿Había algo especial que pudiera tentar a su hija, seducirla de algún modo? ¿Algo por lo que habría seguido a un desconocido?

Liz volvió a sentir aquel peso insoportable en el pecho. Sus ojos deambularon involuntariamente por los folletos que proponían una España cálida y de cielo azul. ¿Podría olvidarlo todo allí? ¿Podría olvidar alguna vez?

—El tiovivo —dijo.

Baker se inclinó hacia delante.

—¿El tiovivo?

—Sí. El tiovivo de New Hunstanton. El que está a unos metros de la parada de autobús. Le encantaba.

—Lo conozco. ¿Le gustaba montar en él?

Liz asintió.

—Sí. Cada vez que íbamos a la playa en Hunstanton... —Se interrumpió.

—¿Sí?

—¿Sabe?, me costaba mucho hacerla bajar —añadió Liz en voz baja—. No quería. Lloraba y pataleaba cuando yo le decía que las vueltas se habían acabado, que debíamos marcharnos. Se ponía como loca.

Él sonrió.

—Los niños son así. No hay que darle importancia.

Liz tragó saliva.

—Yo... bueno, sus arranques me desquiciaban. Por eso...

—¿Sí?

—El día que... que pasó todo no la dejé subir ni una vez. Le dije que no, directamente. Yo... yo...

—¿Qué pasó entonces?

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

—No me apetecía quedarme ahí plantada al sol, mirando ese absurdo tiovivo —dijo Liz, angustiada—. Me dio pereza. No tenía ganas de pasar por sus llantos y quejas. Quería encontrar rápido un sitio en la playa. Tumbarme a tomar el sol y descansar. Yo... —Se interrumpió al borde de las lágrimas.

—La entiendo perfectamente —la consoló el comisario Baker en voz queda.

Liz comprendió, agradecida, que no sólo estaba intentando tranquilizarla, sino que de verdad la entendía.

—No se atormente más —añadió—. Todos los padres negamos cosas a nuestros hijos, y la mayoría de las veces por puro egoísmo. Porque no nos apetece, o porque estamos hasta la coronilla o nos ocupan otras cosas más importantes o urgentes. Es normal. Cuando nos convertimos en padres no dejamos a un lado todo lo que nos define como personas individuales: nuestra comodidad, nuestros intereses personales,

nuestras necesidades. Nuestras imperfecciones, a fin de cuentas. Es normal.

Ella respiró hondo. No se sentía completamente reconfortada, eso era impensable, pero las palabras del comisario actuaron como un bálsamo para sus heridas. Podía seguir hablando.

—Se puso muy triste. Lloraba a mares y le dio una pataleta, intentando que no nos alejáramos del tiovivo. Pero yo la arrastré hacia delante. Me enfadé mucho. Detestaba que se pusiera así. Detestaba...

—¿Qué?

Tragó saliva.

—Detestaba que existiera —admitió con un hilo de voz.

Baker no respondió y Liz creyó que iba a cogerle la mano, pero al final no lo hizo. Estaban sentados uno al lado del otro; en la habitación contigua se oía el rumor del televisor; en la mesita de noche sonaba el tictac del despertador. Los folletos brillaban con sus colores y de pronto parecían terriblemente inapropiados. No había nada más que decir, estaba claro. Liz lo tenía claro. La gente podía hablar con ella sobre el tiovivo, podía suavizar su negligencia, incluso justificarla, pero jamás borrar su culpa: haber rechazado siempre a su hija; no haberla visto nunca como un regalo del cielo, sino siempre como una carga que soportar. Y de algún modo todo estaba relacionado. Liz intuía vagamente que, si hubiese sido una madre amorosa y entregada, no se reprocharía con tanta crudeza haber negado a su hija montar en el tiovivo. En aquel caso, el tiovivo representaba todo lo que no funcionaba entre ella y Sarah.

Por fin, Baker rompió el silencio. Tenía trabajo que hacer. Tenía que pensar más allá.

—Dice que Sarah se opuso con pataletas a alejarse del tiovivo. ¿Cree que alguien pudo verlas?

La objetividad de su tono ayudó a Liz a recomponerse un poco.

—Desde luego que sí. Casi podría decirse que nos peleamos. Tuve que arrastrarla, literalmente, varios metros.

—¿Y es posible que alguien se enterara del motivo de esa «pelea»?

Liz reflexionó un momento.

—Sí, supongo que sí. Sarah gritaba que quería subir al tiovivo, y al final yo también empecé a gritarle, para que entendiera que no iba a salirse con la suya. Cualquiera pudo haberme oído, claro.

—Así pues —dijo Baker—, es posible que alguien presenciara la escena, las siguiera y aprovechara la oportunidad (cuando usted fue a comprar bocadillos) para dirigirse a la pequeña y ofrecerle dar una vuelta en el tiovivo. ¿Cree que Sarah habría seguido a un desconocido?

—Sin duda —aseguró Liz—. Por una vuelta en tiovivo se habría ido con cualquiera.

—Mmm...

—Pero —añadió Liz—, ¿cómo iba a saber ese tipo que Sarah se quedaría sola? Es imposible que supiera que yo... que iba a ausentarme tanto rato.

—No, claro, no podía saberlo. Pero esta clase de sujetos se limita a esperar una oportunidad. La playa estaba abarrotada. Era más que probable que alguna madre perdiera de vista a su hijo durante unos minutos... O que la madre se durmiera y su hijo se alejara de ella... Seguramente sabía que tenía que actuar con rapidez, coger a Sarah y perderse entre la gente. Esperó, y por desgracia tuvo su oportunidad.

—¡Esos cuarenta minutos! —exclamó Liz, desesperada—. ¡Esos malditos cuarenta minutos! Yo...

—No siga atormentándose —le dijo Baker—. Si las cosas sucedieron como imagino, el tipo ya se había fijado en su hija, y si usted no hubiese ido a comprar bocadillos habría encontrado otra oportunidad. Quizá se durmiera usted durante unos segundos. A mí me entra sueño cada vez que me tumbo al sol.

Pero sus hijos seguían vivos. Esta vez Liz tuvo la sensación de que no estaba siendo sincero, que sólo pretendía consolarla. Había gente que no perdía de vista a sus hijos ni un segundo. A ellos no les pasaban cosas así, pero a ella sí. Por su negligencia, su ligereza, sus ansias de abarcarlo todo.

—¿Recuerda haber visto a alguien en el autobús que ya le sonara de antes? —preguntó Baker—. ¿Alguien que pusiera la toalla cerca de la suya? ¿Alguien que estuviera en la parada de autobús y reconociera después en la playa, aunque en aquel momento no le llamara la atención? Quizá si lograra hacer memoria... —La miró.

Ella se devanó los sesos intentando recordar, pero en vano. Cuando pensaba en aquel aciago día sólo se veía a sí misma y a su hijita. Y, de fondo, el sonido del tiovivo dando vueltas sin parar. Lo demás era un mar de rostros, voces y cabezas. Una masa de gente indefinida e indistinguible. Fue incapaz de separar a nadie de aquella marea humana.

—No —dijo al cabo—, no recuerdo a nadie que me llamara la atención. En el autobús iba ensimismada en mis cosas. Creo que cualquiera podría haberme mirado todo el trayecto sin que yo me diera cuenta. Y después... no, nada.

Decepcionado, Baker se levantó.

—Bueno —dijo—, aquí tiene mi tarjeta por si se acuerda de algo. No dude en llamarme. Aunque piense que su recuerdo es una tontería, una nimiedad, por favor, llámeme. Todo puede ser importante. Todo.

Le tendió la tarjeta.

«Jeffrey Baker», leyó ella. Le gustaba. Había sido bueno con ella. El primer poli por el que no se había sentido despreciada. El primero que no le echaba nada en cara. El primero que no le reprochaba tácitamente su actitud como madre.

—Así lo haré —le prometió.

Lo siguió por el corto pasillo hasta la entrada. En el salón, al otro lado de la puerta entreabierta, se veía el cuerpo abotargado de Betsy en el sofá. Los participantes de un *reality show* aireaban sus miserias sin ningún tipo de

consideración.

Al abrir la puerta, Baker se dio la vuelta y le sonrió.

—Su idea de irse a España me parece muy acertada —le dijo.

4

Apenas abrió la boca en todo el viaje. La noche anterior habían logrado serenarse, abrir una lata de conserva, encender unas velas y escuchar algo de música, pero no volvieron a hacer el amor. Ninguno de los dos tuvo ganas.

Salieron a las seis de la mañana, tras tomar sólo una taza de té. No tuvieron ánimo para nada más. Virginia atribuyó el silencio de Nathan al madrugón, al hecho de que no hubiese dormido lo suficiente. Pero luego empezaron a recorrer kilómetros y más kilómetros, primero a oscuras y después con la luz incipiente de la mañana, que siguió gris y nublada y se negó a regalarles un solo rayo de sol, y Nathan continuó sin decir nada. Ella observaba su perfil bien recortado, y habría querido llorar por la sensación de libertad y felicidad que había sentido hacía apenas unos días, cuando recorrieron aquel mismo camino en la otra dirección, cuando el paisaje se ensanchaba y su distancia respecto a Frederic iba aumentando cada vez más. Ahora regresaban a aquella parte de Inglaterra tan densa, tan poblada. Al lugar donde se originaban sus problemas y preocupaciones. Y Nathan seguía sin hablar. Pronto llegarían a la zona de Leeds, plagada de fábricas. Pensó en Dunvegan y en su cielo del día anterior: limpio, alto, azul, previo a la tormenta. Y sintió un peso en el corazón.

«Reorganizaremos nuestros pasados —pensó—, y entonces todo irá mejor.»

Al llegar a Carlisle no pudo aguantar más.

—Nathan, ¿qué te pasa? Casi no has abierto la boca desde que salimos. ¿Es culpa mía? ¿Te has enfadado conmigo?

Él la miró.

—No me he enfadado contigo.

—Entonces, ¿qué es? ¿Qué pasa? No tenías ganas de volver a Norfolk, lo entiendo, pero...

Él no respondió enseguida. Al poco detuvo el coche en un área de descanso que llevaba anunciándose varios kilómetros en la autopista. Se detuvo frente al local en que se pagaba la gasolina y se vendían recuerdos y tentempiés.

—Necesito un café —dijo. Cogió unas monedas de la guantera y se bajó.

Cinco minutos después volvió con dos vasos grandes con tapa de plástico.

—Ven, vamos a sentarnos a algún sitio —le propuso, y Virginia tuvo la sensación de que él no soportaba la estrechez del coche, la obligación de estar ahí encerrados.

Por suerte había dejado de llover y no hacía mucho frío. Se sentaron a una mesa de *picnic* justo al lado de un parque infantil, y sostuvieron sus vasos de café entre las manos.

—He estado pensando —dijo Nathan.

Virginia creyó que su corazón dejaba de latir.

—¿Y bien? —dijo, ansiosa.

Él la miró con ternura.

—No me resulta fácil explicarte mi vida de los últimos años —le dijo—, pero prometimos que seríamos sinceros. Me gustaría explicarte las cosas de modo que las comprendieras correctamente.

Ella respiró hondo. Había creído que Nathan iba a decirle que se marchaba, que se olvidara de él. Por culpa de Frederic, y de Livia, y de la cantidad de problemas que les tocaría afrontar.

—Es cierto, ¿verdad? —le preguntó—. Nunca has publicado un libro.

Él asintió.

—Pero también es cierto que hace años que escribo. O que lo intento, al menos.

—¿Qué ha fallado?

Él miró más allá de ella, hacia las primeras hojas teñidas de amarillo en los densos arbustos que rodeaban el parque infantil.

—Nada —dijo—, o todo, según se mire. Todo ha fallado.

—¿Las ideas? ¿Su ejecución? —Quería decir algo para demostrarle que lo comprendía, pero no tenía ni idea de cómo vivía o trabajaba un escritor, ni de los problemas con que podía toparse en su actividad.

—Tuvo que ver con la puesta en práctica —dijo—, que a su vez estaba íntimamente relacionada con la vida que llevaba. Era una vida que me aburría mortalmente: limitada, agobiante, paralizante. A veces tenía la sensación de que me faltaba el aire; de que iba a asfixiarme literalmente. Me sentaba a mi escritorio, observaba la pantalla del ordenador y no encontraba más que vacío en mi interior. Fue durísimo. Espantoso.

—Te entiendo —dijo Virginia, y era cierto. Alargó la mano, vacilante, y le acarició el brazo suavemente—. ¿Qué te resultaba tan agobiante? ¿Qué era lo que te paralizaba?

Él se reclinó en el respaldo del banco. De pronto parecía cansado. Gris como el cielo sobre sus cabezas, marchito como el follaje húmedo y pesado que pendía de los árboles a su alrededor. Ella lo había visto siempre fuerte y potente, muy seguro de sí mismo y optimista, pero de pronto descubría su otra cara. La que había sufrido. Una cara que sin duda había aprendido a esconder muy bien. Su fragilidad la emocionó y le habría gustado decírselo, pero algo la hizo contenerse. Su instinto le dijo que él no quería escuchar algo así.

—¿Por dónde empiezo? —le preguntó.

—Imagina una pequeña ciudad en Alemania. La más pequeña, arrogante y provinciana que seas capaz de imaginar. Una ciudad en la que todos se conocen. En la que todo el mundo se preocupa por lo que los demás piensen de uno. En la que parece de vital importancia saber quién barre correctamente el camino de entrada a su casa, quién tarda demasiado en lavar las cortinas o quién tiene mal recortado el seto del jardín. Un lugar donde unas ramas mal podadas pueden provocar un levantamiento ciudadano.

»Por desgracia, no exagero.

»Conocí a Livia en la universidad. Hoy me pregunto qué me hizo enamorarme de ella. Creo que fue por su manera de ser, apacible e introvertida. Imaginé que tras aquella calma se escondía algo más, y quise descubrirlo. Tardé mucho en averiguar que no había nada, o que yo no era la persona adecuada para encontrarlo. Tal vez sea así.

»Sea como fuere, empezamos a salir. Yo trabajaba para el diario de la universidad, escribiendo artículos, pero me rondaba por la cabeza escribir una novela, una muy larga. Mis ideas eran aún demasiado vagas, difíciles de formular, pero sabía que estaban ahí y no tardarían en surgir a la luz. Le pregunté a Livia si se imaginaba casada con un escritor, y ella lo interpretó como una petición de mano que aceptó encantada. Creo que en aquel momento ni siquiera pensó en lo dura que podía ser la vida junto a un escritor.

»Los fines de semana solía escaparme al mar. Yo no tenía barco, claro, pero salía a navegar con un colega. Obtuve el título de patrón de yate y descubrí mi pasión por el agua. La amplitud del mar me fascinaba. Creo que fue entonces cuando empecé a pensar en la posibilidad de dar algún día la vuelta al mundo. Tendría que ser más adelante, por supuesto. Mucho más adelante. A Livia, en cambio, la idea no la atraía en absoluto. Algunas veces la llevé conmigo en el barco, pero el mundo náutico nunca la atrajo. Livia tiene mucho miedo al agua.

»Cada dos o tres semanas visitábamos a sus padres, mis futuros suegros, que vivían en aquella espantosa ciudad. No me gustaba ir a verlos, pero no me quejaba porque sólo lo hacíamos muy de vez en cuando. Además, la madre de Livia cocinaba muy bien. Era amable, pero estaba inmersa en aquella clase de vida y absolutamente dominada por su marido. Éste iba en silla de ruedas por culpa de una apoplejía y necesitaba cuidados y atención constantes. Dependía por completo de su mujer, y a cambio le hacía la vida imposible, la humillaba a todas horas y la hacía llorar a menudo con su mal genio y sus comentarios hirientes. Era extraordinariamente tacaño, aunque percibía una buena pensión. Se negaba, por ejemplo, a contratar una mujer de la limpieza; de modo que su esposa, cuya salud también era frágil, tenía que ocuparse de todo en aquella casa tan grande y tan poco práctica. En invierno nos helábamos porque él no quería poner demasiado alta la calefacción. Y se negaba a pagar cualquier tipo de reparación necesaria. Las ventanas dejaban pasar todo el aire del mundo. Estoy seguro de que él tampoco estaba cómodo, pero lo aguantaba porque

le compensaba ver sufrir a los demás. En mi opinión, odiaba a todos porque no íbamos en silla de ruedas como él. Porque podíamos movernos con normalidad. Así que intentaba complicarnos la vida en la medida de lo posible.

»Concluí mis estudios y pusimos fecha para la boda. Empecé a tomar notas para mi novela mientras hacía algún trabajillo aquí y allá. Algunos personajes empezaron a cobrar forma y yo me moría por ponerme a ello en serio. Fue como un parto largo, un parto eterno, pero que no me provocó dolor, sino alegría.

»Entonces sobrevino la catástrofe.

»Apenas tres semanas antes de nuestra boda, la madre de Livia murió. Fue una muerte rápida e inesperada. Un ataque al corazón. Su marido llamó para decírnoslo. Habló conmigo, y tuve la sensación de que, incluso en un momento como ése, el hombre sentía cierta satisfacción porque su esposa hubiese muerto primero. Porque él, el inválido, iba a vivir más.

»Evidentemente, Livia fue a su lado y se ocupó de él. El viejo ni siquiera podía ir al lavabo solo... No podía cocinarse unos huevos, y por lo visto ni siquiera llegaba a la puerta de la nevera para coger un yogur con sus manos tullidas. Necesitaba ayuda para todo, alguien a su servicio. Y Livia se convirtió en la sustituta de su madre, las veinticuatro horas del día.

»Las semanas antes de la boda ni siquiera la vi. Finalmente nos casamos por lo civil con dos vecinos como testigos. Después de la boda ni siquiera pudimos salir a cenar, porque Livia tuvo que volver a cuidar a su padre.

»Yo no esperaba que lo dejara inmediatamente para irse de viaje conmigo, pero supuse que le buscaríamos una residencia y luego venderíamos o alquilaríamos la casa. La verdad es que ella llamó a algún que otro asilo y leyó varios folletos; incluso fue a ver uno de ellos... pero, por algún motivo, la cosa no pasó de ahí, no fue más que una idea. Poco después me confió que su padre se había negado a abandonar su casa para que lo cuidara un desconocido, y que ella no se había visto capaz de obligarlo a ingresar en un asilo contra su voluntad.

»Así que se acabó. La suerte estaba echada. Livia iba a quedarse con su padre, había aceptado su nuevo papel. En el fondo era igual que su madre. Las palabras de aquel hombre eran órdenes para ella. Qué extraño que hoy en día aún haya gente así, ¿no? Y quizá no sea un fenómeno raro...

»Pero yo no quise separarme de ella justo después de la boda. Intenté convencerme de que, a fin de cuentas, daba igual dónde escribiera mi novela. Y por supuesto me propuse hacerla cambiar de opinión y buscar otra solución. Decidí que nos quedaríamos como mucho un año, y luego nos iríamos de allí.

»Fueron doce. Doce años muy difíciles de explicar. En varias ocasiones retomamos el tema de la residencia de ancianos y nos pusimos una fecha límite para partir. Pero cada vez sucedía algo inesperado que nos impedía llevar a cabo nuestros planes. "Esperaremos hasta Navidad. Hasta su próximo cumpleaños. Deja que pase aquí su último verano. No lo obliguemos a entrar en el asilo en otoño, cuando todo se

ve tan gris...” ¿Te lo imaginas? Pasamos doce años esperando marcharnos. Creo que ni siquiera éramos conscientes de que, con el paso del tiempo, cada vez era menos probable.

»Y yo deambulaba por aquella pequeña ciudad como una fiera enjaulada. Diez pasos a un lado, diez al otro. Sabía que todo el mundo me tenía por un parásito y a Livia, en cambio, por una santa. Cuando me sentaba en la única cafetería de la plaza para tomar notas con vistas a mi novela, me sentía atravesado por las miradas de las obesas amas de casa que iban a comprar el pan con un pañuelo en la cabeza, cubriéndoles los rulos. Si alguna tarde decidía cenar en el restaurante, me topaba con la asociación de madres o la de cazadores. Y siempre, sin excepción, alguien comentaba que nuestro porche no estaba bien barrido o que algún estúpido arbusto de nuestro jardín había extendido sus ramas hasta la parcela del vecino. Se advertía con hostilidad que yo no tomaba parte en la tertulia masculina de los sábados ni me dejaba engatusar para hacer barbacoas en las fiestas del barrio o para arbitrar en las carreras de sacos de los niños del colegio. Pero yo no me metía con nadie. Iba a lo mío, simplemente, y eso en aquel sitio era el peor delito. Llegó el momento en que habría preferido no salir de la vieja y fea casa de mi suegro, pero entonces no me habría quedado más remedio que verle la cara a todas horas, y aquello me parecía sencillamente insoportable. No me sentía bien en ningún sitio. Nada me aportaba paz.

»Me resultaba imposible encontrar un lugar adecuado para escribir.

»Pensé en irme de allí, muchas veces. O en dar a Livia un ultimátum. Decirle que tenía hasta cierto día para dejar a su padre y venirse conmigo, o de lo contrario me marcharía solo. Pero nunca lo hice. Al fin y al cabo, sabía lo que pasaría: que ella no vendría conmigo. Que se quedaría con su padre porque no sería capaz de librarse de su sentido de la obligación. Y yo me quedaría solo, atormentado por los recuerdos: su padre tiranizándola, humillándola, machacándola, negándole el menor agradecimiento o consideración; Livia agobiada por sus muchos quehaceres y por el continuo esfuerzo, no sólo físico, sino también emocional.

»Me pregunto si seguí queriéndola con el paso de los años. Las circunstancias no contribuyeron precisamente a forjar unos cimientos firmes para el adecuado desarrollo de la relación, para la consolidación de sentimientos. Yo estaba frustrado, a menudo indignado; tenía la sensación de caminar directo hacia una jaula de la que ya ni siquiera quería librarme. Me sacaba de quicio no ganar dinero propio. Vivía gracias a mi suegro, lo cual tampoco me parecía del todo injusto, porque yo trabajaba mucho en la casa y el jardín y era el encargado de llevarlo al médico o de sacarlo a pasear en coche. Pero no era lo mismo que tener un trabajo propio y contar con un sueldo. Además, el viejo no desperdiciaba la ocasión de incomodarme y hacerme sentir que vivía de gorra.

»De algún modo, involuntariamente, culpé a Livia de todas nuestras miserias. El sentido común me decía que ella también se había visto atrapada en algo que no había buscado, pero entonces pensaba que jamás me habría visto envuelto en ese embrollo

si no la hubiese conocido. Y ese razonamiento quedaba sólo a un paso de otro: ojalá no la hubiese conocido.

»Además, dejé de preocuparme por ella, de prestarle atención. ¿Quién era? Una mujer cada vez más taciturna, delgada, pálida, sometida, que se dejaba maltratar por un anciano. Su servilismo me ponía de los nervios. ¿Por qué no decía a su padre lo que pensaba? ¿Por qué no le cantaba las cuarenta de una vez por todas? ¿Por qué no le daba a entender que ella podía marcharse cuando quisiera, y que entonces qué iba a ser de él?

»Pero ella no es así. Nunca lo ha sido y nunca lo será.

»Así que nos quedamos allí, y los años pasaron. Por fin, el último año, el viejo apareció muerto en su cama. Al principio apenas pude creerlo, pero era cierto: se había ido, y nosotros éramos libres.

»Sabía que a Livia no le apetecía nada dar la vuelta al mundo en barco y quizá no fue correcto por mi parte obligarla a seguirme, pero, joder, al fin tenía la oportunidad de librarme de mis cadenas y no pensaba desperdiciarla. No me bastaba con vender la casa, cambiar de ciudad, olvidar aquellos horribles años y comenzar de nuevo como si nada hubiese pasado. Tenía que distanciarme de todo. Mi país, mis conocidos, mi ciudadanía. Quería zarpar, tener el cielo como único techo, estar rodeado sólo de agua. Quería sentir en los labios la salada espuma de las olas y escuchar el graznido de las gaviotas. Conocer otros países y otra gente.

»Quería librarme del peso que me había hundido en la tierra.

»Quería escribir mi libro.

»Acabó en tragedia, como bien sabes. Llegué a Skye y mi barco se hundió con todo lo que tenía. Tengo cuarenta y tres años y no me queda nada. No poseo nada en absoluto. ¿Podría ser ésta la suprema felicidad? No tener nada más que perder. No depender de nada más.

»¿Ésta es la felicidad con que soñé durante doce años?

»¿O acaso soy más dependiente que nunca? ¿Un fracasado, un perdedor? Mi situación podría describirse tanto con palabras hermosas como terribles, y quizá ninguna de ellas se correspondiera con la realidad. Quizá la realidad sea demasiado ambigua, contradictoria, heterogénea. Algunos días pienso que soy un ser envidiable; otros, sólo anhelo despertar de mi pesadilla.

»Pero hay algo más. Lo menciono al final pero es muy importante. Hace que todo lo que he dicho se tina de un nuevo color.

»Cuando naufragué en Skye, tú apareciste en mi vida. Tuve que perderlo todo para encontrarte a ti. Y esto es lo más increíble de mi situación. Un naufragio se ha convertido en un milagro.

»Te he dicho que tengo días buenos y malos.

»Desde el fin de semana pasado intuyo que los malos han acabado.

A las cuatro menos cuarto Janie comprendió que, una vez más, el amable desconocido no iba a aparecer. No se había atrevido a entrar en la papelería, pero se acercó al escaparate y vio que el establecimiento estaba vacío. Dentro sólo estaba el dueño, aburrido tras el mostrador, hojeando una revista y bostezando sin parar.

Entonces cruzó la calle y se quedó en la acera, junto a una agencia inmobiliaria. En el escaparate había fotos de varias casas y complejos residenciales, y Janie simuló estudiar atentamente lo que ponía sobre ellas y observar las fotografías con admiración. Con el rabllo del ojo podía ver la puerta de la papelería. Desde las tres menos cuarto hasta las cuatro menos cuarto sólo entraron en ella tres personas, que salieron al cabo de poco tiempo. Una señora mayor que caminaba apoyándose en un bastón, una joven de pelo negro pero salpicado de mechaz rubias, y un hombre de traje gris y corbata roja.

Eso fue todo. El amigo de Janie no apareció. Era para echarse a llorar. Estaba claro que se había enfadado por su falta de seriedad. Quizá había conocido a otra niña e iba a organizarle su fiesta de cumpleaños. Una niña que hubiese acudido a su primera cita con él.

Janie miró su reloj. Era viejo y había pertenecido a su madre, que se lo había regalado el año anterior por Navidad. Estaba orgullosa de tenerlo.

Las cuatro menos diez. Sería mejor regresar a casa.

La puerta de la inmobiliaria se abrió y una mujer muy elegante, vestida con un traje chaqueta azul marino, la miró.

—¿Qué, jovencita, quieres comprar una casa? —bromeó—. ¿O es que nuestro escaparate te parece de lo más interesante?

Janie se llevó un susto de muerte.

—Yo... yo... —balbuceó—. Es que me encantan las fotos.

—Sí, bueno, pero ya hace más de una hora que las miras. Ya tendrías que sabértelas de memoria, ¿no te parece? Dime, ¿no tienes casa?

Janie estaba horrorizada. La mujer empezaba a interesarse demasiado por ella. ¿Se imaginaría que estaba haciendo novillos en la clase de gimnasia?

Porque eso era exactamente lo que estaba haciendo. De lo contrario no habría podido ir a la papelería. Ahora la clase de gimnasia de los lunes duraba de las tres a las cinco. El curso pasado había sido distinto: los lunes acababan a las dos y media. Y aquella mañana Janie no se había imaginado que aquello pudiera cambiar. Cuando les dictaron los nuevos horarios se quedó pálida. Pero enseguida decidió que en ese momento de su vida había cosas más importantes que someterse a las normas. Ya tendría tiempo para ser sensata y buena estudiante.

—Yo... ya me voy —dijo.

La mujer la miró fijamente.

—¿Tienes algún problema? ¿Quieres que llame a tu madre? Si me das su número...

Por el amor de Dios, aquello era lo último que necesitaba.

—No tengo ningún problema, de verdad —le aseguró—. El tiempo se me ha pasado volando.

Sonrió con cierta inseguridad, cruzó la calle y lanzó una última mirada a la papelería. Era su última oportunidad... pero no sucedió nada. Nadie entró ni salió del establecimiento. Un lunes de lo más aburrido.

Y Janie supo que pasaría el resto del día mirando sus invitaciones, cuya utilidad parecía cada vez más improbable, y conteniendo las lágrimas. Intuyó que sus primeros novillos acarrearían un buen jaleo.

Antes de que su madre se enterara, tendría que inventar una buena excusa.

7

Con un último esfuerzo, agotando la poca energía que aún le quedaba, Grace recogió a Kim en el colegio a las cinco. Notaba que la fiebre le había subido, pero no se atrevía a ponerse el termómetro porque le daba miedo comprobar lo que marcara y sentirse aún más chafada. Jack había llamado hacia las tres. La comunicación no había sido demasiado buena: había oído demasiado fuerte el monótono sonido del motor, y demasiado lejana la voz de su marido.

—¿Cómo te encuentras? —le había preguntado él.

Le dolían todos los huesos, pero había respondido:

—Bien. Bueno... dadas las circunstancias...

—No tienes buena voz.

—No te preocupes, enseguida me pondré bien.

—No tenía que haberme ido.

—Que sí, hombre, era importante que lo hicieras.

—¿Ha llamado la *madame*?

Madame era una palabra despectiva, y él nunca había llamado así a la señora Quentin. Estaba claro que Virginia había caído muy bajo en su consideración, y para siempre.

—No, no ha llamado.

Jack había murmurado algo que Grace prefirió no entender. La conversación acabó después de que él le pidiera que se cuidara, y, tras colgar el auricular, Grace se había arrastrado de vuelta a la cama. Le horrorizaba pensar que tendría que volver a levantarse para recoger a Kim en el colegio. Durante unos segundos barajó incluso la posibilidad de pedir ayuda a Livia Moor, que por lo visto iba a pasar unos días en la casa principal. El señor Quentin le había informado de su presencia, pero a Grace no

le había quedado claro quién era ni por qué se había instalado allí. Dedujo que tenía algo que ver con el hombre que se había marchado con la señora, y decidió que todo era demasiado complicado. No confiaría a su pequeña Kim a aquella desconocida.

De algún modo logró conducir hasta el colegio y volver a casa. Kim no dejó de hablar en todo el trayecto, emocionada y radiante. Tenía dos compañeros nuevos, un profesor nuevo, una clase nueva. Había olvidado por completo su tristeza del día anterior. Pero Grace temía que por la noche volviera a ponerse melancólica. Seguro que habría preferido contar todas aquellas novedades a su madre.

«Si no estuviera tan enferma, me enfadaría muchísimo con la señora», pensó Grace.

Al llegar a casa preparó leche con cacao y galletas para Kim, y entonces se dio cuenta de que tenía que volver a la cama. Las piernas apenas la sostenían y tenía tanto frío que los dientes no dejaban de castañetearle.

—Kim, mi vida —dijo, haciendo un esfuerzo—, necesito acostarme un rato. Lo siento en el alma, pero es que no me encuentro bien. ¿Te apetece ver un rato la tele?

—Tenemos que forrar los libros nuevos —repuso la niña.

—¡Ay, tendríamos que haber comprado papel! —dijo Grace, sintiéndose culpable—. Lo haremos mañana, ¿vale? Si algún profesor te dice algo, explícale que yo estaba enferma, pero que mañana sin falta nos ocuparemos de todo, ¿de acuerdo?

Kim pareció afligirse. Le habría encantado forrar sus libros con papeles bonitos y nuevos, empezar a escribir en sus libretas y sacar punta a sus lápices en la enorme mesa de la cocina de Grace, cómodamente sentadas bajo la lámpara.

—¿Cuándo volverá mamá? —preguntó.

Grace suspiró.

—No lo sé, cielo. Pero ahora, por favor, sé buena. Necesito dormir una o dos horas, y después seguro que me encontraré mejor.

No era cierto, y lo sabía. La esperaba una noche espantosa. Se metió en la cama con esfuerzo, se acurrucó en posición fetal y casi se tocó la barbilla con las rodillas. Estaba muerta de frío.

«Quizá tendría que llamar a un médico», se dijo, pero se quedó dormida mientras se decidía.

Cuando despertó ya había oscurecido. La lámpara de pie de su habitación estaba encendida. Se había levantado viento y las ramas de los árboles se mecían suavemente. Grace vio sus sombras bailando en las paredes.

Se incorporó lentamente. Le dolía la cabeza y notaba cada músculo del cuerpo, pero le pareció sentirse algo mejor que al mediodía. Echó una mirada al reloj: casi las ocho. Kim solía cenar mucho antes. ¡Qué buena había sido al no hacer ningún ruido que pudiera despertarla!

Salió de la cama. En cuanto se puso en pie, todo le dio vueltas durante unos

segundos y tuvo que apoyarse en la mesita de noche. Pero después se recuperó. Metió los pies en sus abrigadas zapatillas, se puso la bata y se dirigió a la cocina.

Allí sólo estaba el gato, dormitando en su cesta. Sobre la mesa, el vaso en que sirvió el cacao para Kim, y a su lado el plato en que había puesto las galletas. Se lo había bebido y comido todo. El reloj marcaba los segundos con constancia inalterable. Tictac, tictac.

Grace fue al salón esperando encontrar a Kim viendo la tele, pero la habitación estaba a oscuras, y el televisor, apagado. Frunció el ceño. ¿Se habría ido a la cama?

Contigua al baño había una pequeña habitación que los Walker utilizaban para los invitados. Con una inquietud cada vez mayor, Grace echó un vistazo a la habitación: vacía. Y la cama, hecha.

—Qué raro —murmuró.

En el baño tampoco había nadie. Ni en la despensa, ni siquiera en el sótano. También miró en el cuartito de la lavadora y en la alacena. Pero no había el menor rastro de la niña.

Se llevó las manos a las sienes. ¿La fiebre estaba jugándole una mala pasada? ¿Era posible que Kim le hubiese dicho adónde iba y que ella no se hubiese enterado por culpa del sopor en que estaba inmersa? No, no había llegado a tal extremo. Recordó que la pequeña quería forrar sus libros. Quizá había ido a casa de sus padres en busca de papel.

«Tranquila —se dijo—, mantén la calma. —Pero el corazón le palpitaba—. No puede haberle pasado nada. Si no me hubiese... si no me hubiese enterado de los asesinatos de esas dos niñas en King's Lynn, ni siquiera me preocuparía.» Tal vez Kim había ido a dar una vuelta por el bosque. En circunstancias normales, nadie le daría importancia a algo así, pero había habido dos crímenes. Aquel lugar tan idílico había dejado de serlo.

Marcó el número de la casa con dedos temblorosos. Sonó muchas veces hasta que por fin una voz suave respondió:

—¿Diga?

—Soy Grace Walker, la señora del encargado de Ferndale. ¿Puede decirme si Kim está con usted?

—¿Quién es? —preguntó la vocecilla.

Grace habría querido atravesar el teléfono y sacudir a esa mujer tan lenta de reflejos.

—Grace Walker, la mujer de Jack Walker, el encargado de la finca. Vivimos en la casita que se encuentra a la entrada del terreno...

—¡Ah! —dijo la vocecilla.

—Kim está viviendo temporalmente con nosotros. Me he quedado dormida un par de horas porque estoy muy constipada, y ahora no la encuentro. ¿Está ahí con usted?

—No. Me habría enterado.

—¿Le importaría asegurarse? La casa es bastante grande y quizá... —Dejó la frase sin acabar.

—Claro. Echaré un vistazo —prometió la vocecilla—. Enseguida la llamo.

«Por favor, Señor, por favor —rogó Grace para sus adentros—. Una niña de siete años bajo mi custodia, y no se me ocurre otra cosa que echar una siesta, y tan profundamente que no vi ni oí nada durante horas. Si le ha pasado algo... no me lo perdonaré en la vida. Jamás.»

Pero no tenía por qué haberle pasado nada. ¿Por qué pensar lo peor? Era una tontería. La culpa era de la fiebre, que estaba a punto de volverla loca.

Para entretenerse con algo, puso a hervir un poco de agua para hacerse un té. Estaba poniendo una bolsita en su taza cuando sonó el teléfono.

—Soy Livia Moor. Lo siento, señora Walker, pero la he buscado por toda la casa y Kim no está.

Grace sintió un frío helado.

—No puede ser —exclamó.

—Pues he mirado en todos los rincones —le aseguró Livia.

Ambas mujeres callaron.

—Es que... no me encuentro bien —dijo Grace, al fin—. Tengo fiebre alta. De no ser así jamás me habría acostado a media tarde.

—Quizá esté jugando en el jardín.

—Pero ya ha oscurecido.

—Bueno, puede que se le haya hecho tarde...

Grace sintió un nudo en la garganta.

—Santo Dios, sólo tiene siete años...

—¿Quiere que vaya a su casa? —se ofreció Livia—. Quizá pueda ayudarla.

—¿Sería usted tan amable? —susurró Grace.

No es que necesitara realmente la compañía de aquella desconocida, pero tenía la sensación de que iba a enloquecer y quizá hablar con alguien la tranquilizaría. Aunque fuera una alemana.

Jack. ¡Ah, ojalá estuviera Jack allí!

Grace llenó su taza de agua y marcó el número de Jack con decisión. Tenía el móvil apagado, pero al final logró encontrarlo en el hostel de Plymouth.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó él.

—Mal, muy mal. Kim ha desaparecido.

—¿Qué?

Entonces Grace se sintió incapaz de seguir reprimiendo las lágrimas.

—Me acosté para descansar un poco, pero al final dormí tres horas. Kim quería ver la tele, pero ahora no está. No está en casa.

—Quizá ha ido a la otra...

—No. Tampoco está allí.

—Escucha, no pierdas los nervios. Tiene que estar en algún sitio.

—Estaba muy triste por la ausencia de su madre el primer día de colegio... Y quería forrar los libros nuevos, pero yo me olvidé de comprarle papel. Estaba decepcionada, y...

—¿Y qué? —preguntó Jack con aspereza. Grace se dio cuenta de que él también estaba preocupado, pero intentaba disimular.

—Quizá salió de casa, triste y decepcionada, y...

—Madre mía —murmuró Jack.

—... y se topó con el tipo que... —añadió Grace innecesariamente, pues su marido ya lo había imaginado.

—Tonterías —dijo él con brusquedad. Reaccionaba así siempre que algo lo sacaba de quicio—. Grace, me gustaría ayudarte, pero aunque me pasara toda la noche conduciendo...

—No, no, no lo hagas. Tienes que dormir.

—No sé cómo te encuentras, pero quizá podrías salir fuera y echar un vistazo, aunque esté oscuro. Kim conoce muchos escondites. Quizá si coges una linterna...

Grace gimió en voz baja. La verdad es que no se veía capaz de ponerse a buscar nada en aquel terreno tan grande y poblado de vegetación.

—Se lo pediré a Livia.

—¿A quién?

—Es... ay, es complicado de explicar. Jack...

—Dime.

—Tengo miedo.

—Tranquilízate. Y llámame en cuanto tengas alguna novedad, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, claro.

—Grace...

—¿Sí?

—Llámame también si no tienes ninguna novedad. Sólo quiero... ¡Mierda! ¡Ya sabía yo que no tenía que venir! Lo presentía, y normalmente hago caso a mis presentimientos. ¿Por qué me dejé convencer esta vez?

8

Livia se ofreció para salir por el bosque con una linterna, pero se retractó tras pensarlo mejor.

—Es que... no sé, el terreno es enorme —dijo, atemorizada—, y seguro que me pierdo y al final no sé cómo volver.

Por entonces ya era noche cerrada. Grace comprendió que a Livia le daba pánico deambular en la oscuridad por aquel bosque, y que al final no lo haría por nada del mundo.

—Iré yo —dijo ella, con voz ronca.

—Ni hablar —replicó Livia—. Está hirviendo de fiebre. Si sale ahora, cogerá una pulmonía.

—¡Pero no podemos quedarnos aquí sentadas sin hacer nada!

—Quizá deberíamos llamar a la policía.

—¿No hay que esperar un tiempo antes de notificar una desaparición?

—Bueno, después de todo lo que ha pasado... quizá actúen con más rapidez —observó Livia. En el hospital no se había enterado de nada, pero Frederic le había contado de los dos asesinatos cometidos en la zona—. Si al menos tuviera un perro, podría...

—Ya, pero no tenemos perro —respondió Grace, nerviosa.

Estaba claro que Livia era de esa clase de gente que se pasa la vida lamentándose sin hacer nada, y que no iba a poder ayudarla. Se limitaba a abrir mucho los ojos y apretar los labios. No tenía ni idea de qué hacer. Grace pensó que en parte comprendía al hombre que la había abandonado por otra mujer. Pero sólo en parte.

Jamás comprendería que aquel hombre llegara a ser el motivo, o que lo hubiera sido ya, de la separación de Frederic y Virginia Quentin.

—Voy a llamar a la policía —decidió—. No podemos quedarnos cruzadas de brazos. Enviarán a alguien que rastree el bosque.

Se dirigió al salón, pero cuando iba a descolgar el teléfono, Livia, que se había quedado en la cocina, gritó:

—¡Viene alguien!

—¡Kim! —chilló Grace, y corrió hacia la cocina.

Pero quien se acercaba no era la niña, sino Virginia y Nathan.

Se detuvieron y abrieron la verja del terreno. Livia vio los faros del coche.

Grace abrió la puerta de su casa y se apresuró hacia la entrada, en bata y zapatillas, para detenerlo. Nathan, sentado al volante, frenó abruptamente. Virginia se apeó en cuanto reconoció a la mujer, que estaba completamente desencajada.

—¡Grace! ¿Qué sucede? ¿Le ha pasado algo a Kim?

Grace, que había logrado volver a mantener el tipo durante los últimos minutos, se echó a llorar una vez más.

—Ha desaparecido —sollozó.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Virginia con voz estridente—. ¿Qué significa? Nathan también bajó del coche.

—Tranquilícese —le dijo—. ¿Dice que la niña ha desaparecido? ¿Desde cuándo? Grace les explicó todo.

—No lograba tenerme en pie —sollozó—; necesitaba descansar un rato. No quería dormir. No sé cómo... cómo...

—Nadie le reprocha nada —la tranquilizó Nathan—. Estaba enferma y no podía con todo.

Virginia se mordió el labio, aún atónita.

—¿Y dónde está Jack?

—Tenía que realizar una entrega en Plymouth. No podía aplazarla.

—Tenemos que llamar a la policía —dijo Virginia, al borde del pánico.

—Quizá se ha escondido en algún rincón del bosque —aventuró Grace—. Le encanta construir cabañas y pasadizos secretos...

—Pero ¿por qué habría de esconderse?

—Estaba triste y afligida —explicó Grace, evitando mirar a Virginia—. Era su primer día de cole y no lograba entender por qué... bueno, por qué no estaba aquí su madre. Y yo tampoco me ocupé lo suficiente de ella. Quizá se le ocurrió... —Se encogió de hombros—. ¡Quizá se le ocurrió irse!

—Oh, Dios —susurró Virginia.

—Necesitamos una linterna —terció Nathan—. Lo que dice Grace suena plausible. Quizá se ha escondido en algún sitio y ahora le dé miedo volver en la oscuridad. Tenemos que peinar el terreno.

—Deberíamos informar a la policía lo antes posible —insistió Virginia. Su voz sonaba aguda y extraña.

Maldición. Kim no. ¡Kim no!

Nathan le puso la mano en el hombro.

—No creo que puedan hacer demasiado —le dijo—. No hace tanto que Kim se ha ido, y no ha faltado al colegio ni ha desaparecido de un parque u otro lugar público. Estaba en casa. Nadie ha venido a llevársela.

—Pero ella...

Nathan le presionó el hombro con más fuerza. Estaba tranquilo y seguro de sí mismo. Inspiraba confianza.

—Esto no se parece en nada a lo que les sucedió a esas niñas. No hay ningún paralelismo. La encontraremos, descuida.

Ella respiró hondo.

—Vale, la buscaremos. Pero si no la encontramos en una hora, llamaré a la policía.

—De acuerdo —dijo Nathan.

—Tenemos linternas —intervino Grace.

Estornudaba y lloraba mientras precedía a Virginia y Nathan hacia su casa. En la puerta, iluminada por un potente foco, estaba Livia. Miraba fijamente a su marido y estaba pálida como un cadáver.

—Nathan —dijo.

Él se limitó a arquear las cejas. Virginia bajó la cabeza. No se atrevía a mirar a Livia.

—No es buen momento para hablar —la atajó él con determinación.

Ella dio un respingo y cerró la boca.

Grace volvió de la cocina con dos linternas grandes.

—Son muy potentes. Tendría que bastar.

—¿Os... os acompaño? —musitó Livia.

Su marido meneó la cabeza.

—Quédate con Grace y cuida de ella. Tiene mucha fiebre. Virginia lleva su móvil encima. Os llamaremos si necesitamos ayuda.

Livia volvió a enmudecer y, si cabe, sus mejillas palidecieron aún más. Inmóvil y silenciosa, observó cómo su marido desaparecía entre los árboles con aquella mujer.

Grace, que hacía unos segundos se había sentido tan molesta por la incapacidad de decisión de la alemana, le pasó un brazo por los hombros en señal de comprensión.

—Está blanca como un papel —le dijo—. Parece a punto de desmayarse. ¿Sabe qué? Voy a darle una copita para que recupere el color.

Livia iba a protestar, pero Grace meneó la cabeza.

—Usted hará lo que yo le diga. Tenemos algo que devuelve las fuerzas a cualquiera, o al menos eso dice mi Jack. —Le dedicó una sonrisa algo forzada y llena de compasión—. ¡Y está claro que usted va a necesitar mucha fuerza en los próximos tiempos!

9

Rastrearón juntos el terreno. Al principio anduvieron sin dificultad por los senderos de tierra que Virginia solía recorrer en sus ejercicios matinales. Iluminaban los arbustos que quedaban a derecha e izquierda y no dejaban de llamar a Kim. Hasta que en cierto momento Virginia se detuvo, casi sin resuello.

—Si de verdad se ha escondido, no creo que lo haya hecho junto a un camino, pues resultaría fácil encontrarla. Seguro que se ha adentrado en el bosque. Allí es donde juega siempre.

—Pues entonces vamos allí —dijo Nathan y la cogió de la mano—. Intenta recordar los lugares que más le gustan. Iremos a todos.

A los lugares preferidos de Kim sólo se accedía por viejos senderos en su mayor parte ya tan cubiertos de vegetación que apenas podían distinguirse. A la luz de las linternas, cuyos focos creaban figuras fantasmagóricas en el aire, parecía que la naturaleza iba a impedirles por completo adentrarse en sus terrenos, pero de un modo u otro Virginia y Nathan lograron ir avanzando, aunque cada pocos pasos se les enredara el pelo entre las ramas, engancharan las mangas del jersey en los zarcillos o tropezaran con raíces de árboles.

—Un verdadero paraíso para los niños —murmuró Nathan después de lanzar un grito de dolor tras golpearse la cara con una rama—. Joder, si fuéramos medio metro más bajos nos moveríamos por aquí sin problemas. ¡Cuando volvamos a casa parecerá que venimos de la guerra!

Virginia tenía pensado ir hasta las zarzaparrillas, bajo las que Kim se había

inventado todo un mundo de escondites, y hasta la cantera, en la que había construido un pueblo para sus muñecas, y hasta un bosquecillo donde Frederic le había colgado una hamaca el año anterior. Conocía bien aquellos lugares, había estado en ellos muchas veces, pero siempre a la luz del día. A oscuras todo parecía diferente. En más de una ocasión se detuvo, indecisa, sin saber qué dirección tomar. Y no dejó de llamar a Kim en todo momento.

Pero el bosque, oscuro y silencioso, no le devolvió ninguna respuesta.

Llegaron a las zarzaparrillas y lo iluminaron todo lo mejor que pudieron, pero no encontraron ni rastro de la pequeña. Y tampoco en la cantera. Virginia se dejó caer en una roca y ocultó el rostro ente las manos.

—Se ha ido, Nathan, se ha ido, y tengo la sensación de que...

—¿De qué?

—¡De que la tiene él! ¡El psicópata! Nathan —dijo entonces, levantándose de un brinco—, estamos perdiendo el tiempo. Debemos llamar a la policía. No está en el bosque. ¿Qué sentido tiene que sigamos aquí?

—Recuerda que está enfadada y confusa —le dijo Nathan. Y al cabo de unos segundos añadió, con cautela—: ¿Has pensado que tal vez... Frederic tenga algo que ver?

—¿Cómo dices? —Lo miró, estupefacta.

—Quizá pretenda vengarse. Tú le pones los cuernos y él te lo devuelve con esto. Sabe perfectamente cuál es tu punto débil: lograr que te sientas como una mala madre que se ha desentendido de sus obligaciones.

De una manera abrupta e inesperada, aquellas palabras hicieron que las lágrimas le afloraran.

—¡Y eso es lo que soy! Si no me hubiese ido contigo a Skye...

Él le apretó las manos con suavidad.

—¡Chist! No seas tan dura contigo misma. Las madres también tienen derecho a pasar crisis y necesitar su espacio. Creías que Kim estaba en casa y bien cuidada. Si Grace no hubiera enfermado, si hubiese podido estar más con ella, la niña no habría estado tan triste por tu ausencia. Y para colmo, Jack tampoco estaba. No ha sido más que una cadena de circunstancias desfavorables. Cosas que pasan.

Ella asintió, liberó sus manos y se secó las lágrimas con determinación.

—No es momento de llorar —dijo, y se levantó—. Aún quiero mirar en la hamaca. Si no está allí, volveremos a casa y llamaré a Frederic y a la policía.

Cuando por fin encontraron la hamaca en el oscuro bosquecillo, estaban rendidos. De Kim no había rastro alguno, y daba la sensación de que en los últimos días nadie había pasado por ahí. Nathan iluminó toda la zona pero no vieron ni una brizna de hierba aplastada, rastro de huellas o ramas rotas.

—Ni está ni ha estado aquí —dijo Nathan—. Vamos, volvamos a la casa.

Durante el camino de vuelta no dejaron de llamar a Kim, en vano. Cuando divisaron entre los árboles la ventana iluminada de los Walker, Virginia abrigó

fugazmente la esperanza de que su hija hubiese vuelto y se encontrara a buen recaudo, en compañía de Grace. Pero en cuanto se acercaron a la puerta, la anciana salió preguntando:

—¿La han encontrado? ¿La traen consigo?

Livia apareció tras ella. Nathan hizo como si no existiera.

—¿Podemos llamar por teléfono? —preguntó.

Grace volvió a luchar contra las lágrimas.

—Por supuesto. Está en el salón.

Virginia había entrado ya en la casa.

—Primero Frederic —dijo—, después la policía.

10

Frederic había ido a comer a un restaurante indio con algunos de sus colegas políticos, pero apenas participó en la vehemente discusión que mantuvieron, y ni siquiera se enteró mucho de qué demonios debatían. No podía dejar de pensar en Virginia; en lo que estaría haciendo en esos momentos en Skye, con otro hombre. Jamás habría imaginado que podía sufrir tanto por imaginarse situaciones como las que ahora le pasaban por la cabeza. Jamás habría creído que podía dejarse dominar por ese tipo de fantasías. Imaginarse a su mujer en brazos de otro... ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué no podía parar? ¿Y por qué sentía un dolor tan intenso, casi físico, al hacerlo? Siempre había creído que era un tipo demasiado objetivo, sobrio y sensato para esa clase de emociones. Si una mujer era infiel, el hombre no tenía que sufrir como un desgraciado. Contra el mal de amores, contra la decepción, había toda una serie de mecanismos que podían activarse apelando a la razón y ayudaban a evitar que uno acabara convertido en una piltrafa. Había que evitar verse dominado por las emociones, tanto si eran buenas como malas. Frederic siempre había creído en la supremacía del intelecto sobre el corazón.

Claro que jamás se había imaginado que Virginia pudiera abandonarlo, y menos por culpa de otro hombre. Virginia era la mujer de su vida, la persona junto a la que quería pasar el resto de sus días, y jamás, en ningún momento, había tenido la menor duda al respecto, y creía que ella pensaba igual. Pero se había equivocado por completo y ahora no tenía ningún recurso para mitigar aquel dolor lacerante. Estaba completamente a su merced.

Desesperado, desde su vuelta a Londres no había hecho más que esforzarse por aparentar normalidad. Acudió a sus citas, estuvo pendiente de las celebridades e hizo todo cuanto había programado para aquella semana antes de que se produjera la catástrofe. Lo que lo impulsó no fue tanto la preocupación por su carrera política cuanto la voluntad de no desmoronarse por completo. Si se hubiese quedado en casa sentado, mirando fijamente la pared, habría acabado por perder el juicio o por

convertirse en un alcohólico. Tenía que hacer lo posible por ajustarse a una rutinaria jornada laboral; era lo único que podía hacer, su única oportunidad.

«Pero ¿oportunidad para qué?», se preguntó. ¿Para no volverse loco? ¿Para descubrir lo que tenía que hacer? ¿Para reducir el dolor? ¿Para evitar que la rabia y la desesperación se adueñaran de él?

Sí, en parte para todo eso. Pero, principalmente, para no tener que pasar el resto de su vida dándole vueltas al asunto. Cuando se encontraba frente a un interlocutor y tenía que concentrarse, la noria que se había instalado en su cabeza dejaba de girar.

Aquella noche, en cambio, se sentía incapaz de seguir la conversación, de ajustarse a las risas, el optimismo, los chistes de sus acompañantes. La discrepancia con lo que sucedía en su interior era tan insalvable que apenas podía soportarla.

Poco después de las diez dijo que tenía migraña y que prefería irse a casa. Ninguno de los presentes se sorprendió: a todos les había llamado la atención lo ausente, silencioso y taciturno que había estado toda la velada. Cogió un taxi y se dejó llevar por la metrópolis nocturna, iluminada por miles de luces. Se había pasado el día buscando cosas con las que distraerse, pero ahora se moría de ganas de llegar a su piso y encerrarse en él, como un animal enfermo en su jaula.

Oyó sonar el teléfono en cuanto encajó la llave en la cerradura. Le costó girarla, parecía atascada, y tuvo que hacer un esfuerzo para no perder los nervios. Por fin abrió la puerta y de un salto llegó al aparato.

—¿Sí? —dijo, intentando ocultar que estaba sin aliento.

Se enfadó consigo mismo al constatar su desesperación, al comprender cuánto deseaba que se tratara de Virginia, pese a saber que no sería ella. Por eso se quedó estupefacto al escuchar su voz.

—¿Frederic? Temía que no estuvieras. Ya casi iba a colgar...

—Oh... Virginia. Acabo de llegar. —«Bien. Que crea que llevas una vida normal. Que no adivine que estás hecho polvo», pensó, y se sintió como un pobre adolescente—. Estaba cenando con unos conocidos —añadió.

—Yo estoy en Ferndale —dijo ella. Y sin más preámbulos añadió—: Kim ha desaparecido.

—¿Qué?

—Grace fue a recogerla al colegio, pero se acostó un rato porque tiene gripe. Cuando se despertó, tres horas después, Kim había desaparecido.

—¡No es posible!

—No está. He recorrido el bosque de arriba abajo, pero no he encontrado ni rastro de ella. Estoy desesperada. Yo...

—Voy inmediatamente —dijo Frederic.

La vacilación de ella fue muda, pero al mismo tiempo tan perceptible a través de la línea, que Frederic sólo necesitó un segundo para superar el desconcierto y comprender. Le sorprendió constatar lo mucho que le dolía pese a su preocupación por Kim.

—Entiendo —dijo—. Tu amante está ahí. Supongo que en estos momentos no encaja en el asunto, ¿no?

—¿Y eso qué importa ahora?

—Entonces ¿por qué prefieres que no vaya?

La voz de Virginia sonó agotada y deprimida.

—No he dudado por eso —dijo—. Es sólo que...

—¿Qué?

—Es que... no sabía si sentirme aliviada o no. Temía... pensaba... que quizá Kim estaba contigo. Está claro que no es así, pero si hubiese estado... bueno, al menos sabría que no corre peligro.

Él se quedó sin respuesta unos segundos.

—¿Pensabas que Kim estaba conmigo? —preguntó entonces.

—Sí.

—¿Y cómo iba a estarlo? ¿Cómo iba a traérmela sin decir nada a nadie?

Ella inspiró.

—Para castigarme —dijo.

Mientras Frederic se esforzaba por asimilar aquella terrible acusación, perplejo hasta la médula, Virginia añadió:

—Voy a llamar a la policía. Tienen que hacer algo de inmediato.

—¿Me crees capaz de conducir desde Londres, arreglármelas para sacar a Kim de casa de los Walker sin que nadie se entere y volver a Londres en estampida sólo para sobrellevar mejor mi enfado?

—Eso ahora no importa. Lo único que de verdad importa es encontrar a Kim.

Tenía razón. No era momento de enfados y discusiones. Ya tendrían tiempo más tarde. Mucho más tarde.

De pronto se le ocurrió algo.

—¿Has ido a su cabaña del árbol?

—¿Qué cabaña del árbol?

—La que construí con ella cuando tenía cuatro años.

Fue durante un verano largo y cálido. Por entonces aún vivían en Londres y ese año habían pasado julio y agosto en Ferndale, no en Skye. Kim atravesaba una etapa de estar muy pendiente de su padre y dependía mucho de él, y Frederic le había dedicado mucho tiempo. Iba con ella a la piscina y a recorrer los bosques; a observar los animales y coger flores. Y construyeron una cabaña en un árbol. Una cabaña preciosa, con una escalera que podía recogerse desde arriba, un banquito para sentarse y hasta una mesita tambaleante.

—Pero hace una eternidad que no va a la cabaña —dijo Virginia.

—Bueno, pero se acuerda de ella. Y como fue una época especialmente feliz, es posible que quisiera esconderse allí...

Aquel verano la convivencia familiar había estado marcada por una gran armonía. Algunas tardes iban los tres a la cabaña, aunque a Virginia siempre le parecía que

estaba a punto de hundirse por el peso. Simulaban que Kim los invitaba a tomar el té, y ella les servía tierra en las tacitas y los platitos de sus muñecas. Lo habían pasado muy bien. Ciertamente, la cabaña podía representar todo lo que Kim temía perder.

—¿Crees que la encontrarás? —preguntó Frederic.

—Sí, desde luego.

—Bien, ve a echar un vistazo. Y si Kim no está allí, llama a la policía. Y llámame. Yo me las arreglaré para ir a Ferndale esta misma noche.

—De acuerdo. —En su voz se notaba el desaliento. El miedo que sentía por Kim le oprimía literalmente la garganta.

—Esperaré aquí, junto al teléfono —dijo él, y colgó.

No creía que hubiesen secuestrado a Kim. No en casa de los Walker. No; se había ido en protesta por el derrumbe de su mundo, y lo había hecho del único modo que sabía. Pero esa certeza ya era suficientemente dura. Él pensaba pasar una temporada en Londres, a la espera de que Virginia diera el siguiente paso, ya que si ella había demolido la familia, a ella le correspondía recoger los escombros. Sin embargo, ahora se daba cuenta de lo infantil que era su reacción, porque todo aquel asunto no les afectaba sólo a ellos, a Frederic y Virginia, a sus recíprocos sentimientos, a la herida que ella le había hecho y al modo en que él podía haber provocado aquel desastre con su comportamiento. No; aquí se trataba sobre todo de Kim. Tenían que pensar primero en la niña, sólo así podrían pensar luego en ellos.

Por la mañana, como muy tarde, saldría hacia King's Lynn. Tenían que hablar. Decidir qué hacer las próximas semanas, organizar los posibles cambios familiares para que Kim los aceptara sin sufrir demasiado.

Kim.

Miró el teléfono.

«¡Kim, vuelve! —le suplicó mentalmente—. ¿Dónde estás? ¡Vuelve, todo irá bien!»

La siguiente hora fue la más larga de su vida.

Martes 5 de septiembre

1

Era poco antes de las seis de la mañana cuando el taxi llegó a la entrada de Ferndale House. Llovía. Los faros del coche iluminaron el sinuoso camino de tierra, que serpenteó fantasmagóricamente, acompañado por los oscuros y húmedos árboles que lo flanqueaban.

El coche se detuvo delante de la casa, cuyas ventanas seguían oscuras. No se veía ni una luz. La niebla caía sobre las chimeneas como una suave red. Aquella madrugada recordaba el final del otoño. Si las ramas de los árboles no conservasen aún tantas hojas, uno habría pensado que se trataba de un día de noviembre.

La puerta de la casa se abrió y apareció Livia. Llevaba tejanos, zapatillas deportivas y un chubasquero azul. En la mano, la bolsa con ropa que le había dado Virginia.

El taxista se apeó y le abrió la puerta de atrás.

—He llegado puntual —se ufanó.

Ella asintió.

—Sí, gracias.

—Así pues, ¿a la estación? —preguntó para confirmar sus datos.

Ella volvió a asentir.

—A la estación. El coche arrancó.

—¿Adónde se va? —preguntó el taxista.

—A Londres.

—No sé si hay algún tren a estas horas.

—No importa. Esperaré.

El coche desanduvo el camino. El taxista había dejado la puerta del jardín abierta. Más allá del muro de la entrada, los árboles se espaciaban bastante. La mañana empezaba a llenarse de luz, aunque la niebla yacía sobre los campos como si fuera plomo, y el aire estaba cargado de humedad.

—No es un buen día para viajar —comentó el hombre.

No obtuvo respuesta. Cuando miró por el retrovisor, vio que su pasajera estaba llorando.

Encendió la radio con el volumen bajo, para que la mujer no tuviera que escuchar las noticias necesariamente. Si no podía charlar con ella, al menos quería entretenerse oyendo alguna voz. «Pobre mujer», pensó. Qué demacrada estaba y qué triste parecía. No, sólo triste no. Lanzó otra mirada al retrovisor para confirmarlo: mucho más que triste, desesperada y hundida.

—¿También irás a recogerme al salir del cole, mamá? —preguntó Kim.

Iba sentada en el asiento de atrás, con la mochila sobre el regazo, pálida y delgada.

Temblaba como una hoja cuando Virginia y Nathan la habían encontrado ya casi a medianoche en la cabaña del árbol. Había pasado varias horas allí, asustada y tiritando de frío. Nathan la llevó en brazos mientras Virginia iluminaba el camino. Quiso llevar a su hija al médico inmediatamente, pero Nathan dijo que con eso sólo conseguiría alterarla aún más.

—Lo que necesita es un tazón de leche caliente con miel, un baño calentito y un sueño reparador —añadió, y Virginia decidió hacerle caso.

Estaba conmocionada. Jamás había visto a su pequeña, siempre tan feliz y tranquila, en un estado semejante.

—¿Por qué te has escondido? —le preguntó cuando la llevó a la cama, bien abrigada y con calcetines gruesos en los pies.

—No pretendía esconderme. Sólo quería pasar un rato, pero entonces se hizo oscuro y me dio miedo volver por el bosque.

—Pero ¿por qué querías estar ahí en una tarde lluviosa y fría? No era un día para pasarlo bien en la cabaña del árbol.

Kim miró hacia otro lado.

—Sé que estabas triste porque no estuve contigo tu primer día de cole —le dijo Virginia—. Y lo lamento en el alma. Pensé... bueno, como te gusta tanto estar con Grace... Estaba convencida de que no me echarías de menos.

Más adelante, después de haber llamado a Frederic a Londres y haber logrado que Kim se durmiera, le dijo lo mismo a Nathan. Se lo encontró en la cocina, junto a la nevera, bebiendo un vaso de leche. Tenía mal aspecto. Había pasado mucho rato hablando con Livia.

—Claro que le gusta estar con Grace —le dijo—, pero esta vez las cosas eran diferentes. Tú no te habías ido de un modo normal. Seguro que se enteró de que los mayores, y sobre todo su padre, no sabían dónde estabas. Los niños son muy sensibles. Seguramente no sabe que la relación entre sus padres se ha roto, pero nota el temblor de tierra... Algo malo está pasando, y ella escoge escaparse a su cabaña.

Virginia se sentó a la mesa y se sujetó la cara con las manos.

—Estamos fastidiándolo todo —susurró—. Haciendo daño a tanta gente...

—Pero eso ya lo sabíamos.

Virginia lo miró.

—¿Has hablado con Livia?

—Lo he intentado.

—¿Intentado?

—No ha hecho más que llorar. Ha sido imposible mantener una conversación. No dejaba de repetir lo del naufragio, y parecía a punto de derrumbarse. Creo que ni siquiera se ha enterado de lo que le he dicho.

—Estaba traumatizada por aquello, y ahora sólo le faltaba...

—Ya —dijo Nathan—, sólo le faltaba esto.

Se sentó frente a ella, al otro lado de la mesa, y le cogió las manos. Fue un gesto lleno de magia, como los que habían compartido los días anteriores en Dunvegan.

—Pero no puedo echarme atrás —dijo ella—. No puedo olvidarme de ti.

Él no respondió. Se limitó a mirarla. En la cocina sólo había una luz encendida. Pasaron varias horas de aquel modo, cogidos de la mano y en silencio. En algún momento de la noche fueron al salón, se tendieron en el sofá, abrazados, e intentaron dormir. Seguían vestidos y el sofá era estrecho e incómodo, así que no lograron conciliar el sueño hasta que empezaba a despuntar el alba. Pero a Virginia le pareció una noche mágica y encantadora. A la mañana siguiente, cuando se levantó y notó que le crujían todos los huesos y le dolía la espalda, su sentimiento de culpa respecto a Frederic y sobre todo Kim seguía igual de intenso, pero su convicción de que Nathan era ahora su único camino se había multiplicado por mil.

Ahora estaba en el coche, acababa de detenerse frente al colegio de Kim, y cuando la niña le preguntó si también iría a recogerla a la salida, pensó en responderle con un sencillo sí tranquilizador. Pero temió estropear la confianza que, pese a todo, la niña seguía teniendo en ella, y le dijo:

—No sé si podré, cielo. Papá llegará en tren de Londres hacia las cinco, y es posible que tenga que ir a recogerlo a la estación. No tiene coche esperándolo, ¿sabes?

La noche anterior Frederic le había dicho que saldría hacia Ferndale lo antes posible, para «aclarar la situación», y que llegaría a King's Lynn al día siguiente, hacia las cinco. Cuando ella se ofreció para ir a buscarlo a la estación él se negó rotundamente, pero Virginia pensaba hacerlo de todos modos. Le parecía más sensato tener su primer encuentro en suelo neutral. Además, prefería charlar con él en una cafetería o un restaurante, y no en su sala de estar. No sabía muy bien por qué, pero el caso es que así era. Quizá se debiera a los días que había pasado con Nathan en Ferndale. La casa estaba impregnada de su historia, aunque ahí nunca habían hecho el amor. Pero para Virginia la pasada noche había sido más importante que cualquiera de sus apasionados encuentros en Skye. Aquella noche se habían fundido sus almas. ¿Cómo iba a sentarse en ese sofá para hablar con Frederic?

—Pero, entonces, ¿quién me recogerá? —preguntó Kim. Tenía unas leves ojeras.

—Te prometo que alguien vendrá —le dijo—. Quizá Grace, si se encuentra mejor, o Jack, si ya ha vuelto, o...

—¿Sí?

—O Nathan.

Kim dudó, y ella insistió:

—Nathan te cae bien, ¿no?

—Es simpático —respondió la niña.

—Quizá te recoja él y te lleve a tomar chocolate al pueblo. ¿Te apetecería?

—Claro —dijo Kim sin demasiado entusiasmo.

Virginia la miró.

—Cielo, yo... nunca volveré a marcharme de tu lado. Te lo prometo.

Kim asintió.

—¿Y papi?

—Papi tiene que ir de vez en cuando a Londres, ya lo sabes.

—Pero ¿después volverá con nosotras? —quiso asegurarse la niña.

—Jamás perderás a papá —dijo Virginia, y miró por la ventanilla para que su hija no viera las lágrimas que se agolpaban en sus ojos.

«Que Dios me perdone», se dijo para sus adentros.

3

—Se ha ido con mi dinero —dijo Nathan, indignado—. Es decir, el dinero que tú me diste. Dejó diez libras, pero ha desaparecido con el resto.

Virginia, al pie de la escalera, lo miraba fijamente.

—¿Livia se ha ido?

—También se ha llevado su ropa. Tu ropa. Parece evidente que se ha marchado.

—La ropa no importa. Se la regalé.

Nathan bajó la escalera.

—Supongo que pretende volver a Alemania.

—¿Y te sorprende? —repuso Virginia—. Después de lo sucedido, comprendo que no quiera quedarse aquí.

—¡Pero me deja con diez libras!

—¡Nathan! ¿Qué problema hay? Ahora puedo dejarte dinero siempre que quieras.

—Esperaba no tener que volver a pedirte nada —refunfuñó—. Es decir, ya sé que era tu dinero, pero no pretendía gastarlo. No te imaginas cómo... —Se interrumpió.

Ella le puso la mano en el brazo.

—Nathan... no hablemos de esto. El dinero no es un problema.

—Pues para mí sí lo es. Tengo cuarenta y tres años y no me queda nada. Me limito a gorronear a la mujer que amo. Joder, ¿puedes imaginar lo patético que me resulta? ¿Lo mal que me siento?

—Sí, puedo imaginarlo.

Él bajó el último peldaño y se apartó el pelo de la cara. Un movimiento de cansancio, más que de indignación.

—¡Si al menos viese una salida! Sé que escribiré y que tendré éxito, pero no es un camino rápido.

—Algún día lo lograrás, ¿no? Hasta entonces, deja que te ayude.

—No se me ocurre nada más —admitió Nathan.

A Virginia le impresionó su mal aspecto. Estaba claro que él no quería pedirle más dinero, aunque, la verdad, ella no imaginaba de qué otro manera iba a conseguirlo. El hecho de que Livia se hubiese llevado su escasísimo patrimonio parecía haberle afectado mucho.

—No se me ocurre nada más —repitió—. De algo tengo que vivir. Y, tal como están las cosas, imagino que durante un tiempo no podré estar en Ferndale.

Ella lo miró.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sin comprender.

Él sonrió amargamente.

—Cariño, hoy viene tu marido. ¿Lo habías olvidado? No tengo nada contra él, pero ¿crees que se alegrará de que lo espere en el salón y le ofrezca una copa en cuanto llegue?

Ella se sorprendió de no haber pensado en eso, en el serio problema que supondría un encuentro entre Nathan y Frederic. Había estado demasiado preocupada por Kim.

—Es cierto —dijo—. Será mejor que no estés aquí.

—Me instalaré en algún *bed and breakfast*. Por desgracia, tendré que pedirte...

—No te preocupes. Yo lo pago.

—Te devolveré hasta el último centavo. Te lo juro.

—Si así te sientes mejor...

—De lo contrario no podría soportarlo —dijo.

Se quedaron mirándose, indecisos.

—No sé cómo aguantaré las próximas noches sin ti —musitó Virginia.

—Tenemos toda una vida para estar juntos —respondió él, también en voz baja.

En la cabeza de Virginia, las imágenes se sucedieron a cámara rápida, como breves *flashes*: Una casita en el campo. Un jardín florido. Ambos sentados a la mesa de la cocina, con tazas de café humeante, hablando apasionadamente sobre su próximo libro, indiferentes al resto del mundo pero no aislados, porque estaban juntos. Noches compartidas, los cuerpos entrelazados, sintiendo la piel y la respiración del otro. Una copa de vino al atardecer. Horas enteras frente a la chimenea mientras fuera cae la nieve y cubre el mundo con un manto blanco y silencioso. Paseos cogidos de la mano, riendo y hablando, o en un silencio cómplice. Fiestas, gente, música, tácita comprensión en las miradas. Felicidad, felicidad, felicidad.

Iba a recuperarla. La notaba muy cerca, al alcance de su mano. La tenía delante de ella, tan cerca que le aceleraba el corazón. Los labios de Nathan estaban junto a su cuello.

—Me voy —dijo.

—¿Ya? ¿Por qué? Frederic no viene hasta la tarde.

—No importa. Necesito estar un rato solo. Quizá me vaya al mar. Han pasado demasiadas cosas.

—Coge mi coche. Yo utilizaré el de Frederic.

Él apretó los puños.

—Un día lograré ser independiente, y todo será distinto —dijo.

—Estoy segura —lo animó ella, y pensó: «No te agobies tanto por eso.»

Le entregó las llaves del coche y sacó algo de dinero del bolsillo. Entonces recordó algo.

—¿Podrías recoger a Kim en el colegio? Me temo que Grace sigue enferma y Jack aún no ha vuelto. Te diré cómo llegar, ¿vale?

—Sí, claro.

—Sólo tienes que traerla a casa de Grace. Yo iré a buscar a Frederic a la estación para hablar con él.

—Lo haré, no te preocupes.

Ella asintió. Se aferró a las palabras «no te preocupes» como a un clavo ardiendo. Aquél iba a ser un día duro. Una semana dura. Una temporada dura.

—Nathan —dijo—. Lo conseguiremos, estoy segura.

Él volvió a sonreír. Esta vez no con acritud, sino con ternura.

—Te quiero —le dijo.

4

Grace no se encontraba del todo bien, pero sí algo mejor. Había pasado el día en la cama y sólo se había levantado para ir al lavabo o prepararse un té. Las piernas aún le temblaban, pero no estaba tan mareada como el día anterior, y los huesos también le dolían un poco menos. Había pasado lo peor.

Jack había llamado dos veces y le había dicho que regresaría después de comer. Ella nunca lo había visto tan inquieto e impaciente. Era un hombre algo tosco, pero siempre se mostraba atento cuando alguien lo pasaba mal. Seguro que cocinaría algo para ella y le llevaría la tele al dormitorio para que viese los culebrones de la tarde.

Estaba tan feliz, tan aliviada de que Kim hubiese vuelto a casa sana y salva, en brazos de su madre... No habría podido perdonarse que a la niña le sucediera algo porque ella se había quedado dormida en lugar de vigilarla. Pero pese a la gripe y la angustia por Kim, que casi la tenía paralizada, no se le escapaba en absoluto la difícil situación que estaban viviendo. Entre la señora Quentin y aquel atractivo alemán había algo, y eso estaba tan claro como si hubiesen escrito sus sentimientos en un anuncio de neón. Por su parte, Livia Moor parecía que iba a desmayarse en cualquier momento. Al ver a su marido había palidecido como la cera y los labios empezaron a temblarle, pero al mismo tiempo le tenía miedo, Grace lo notó enseguida. Aunque él le estaba siendo infiel de un modo tan grotesco, ella no se había atrevido a montarle

un numerito. Él le lanzó una mirada que bastó para dejarla muda. La trataba como un trapo, con desprecio y sin ninguna consideración por sus sentimientos. Grace se preguntó cómo era posible que Virginia Quentin se hubiera liado con un hombre capaz de tratar tan mal a su mujer. ¿Es que no lo notaba? ¿O creía que ese Moor sería un hombre distinto a su lado? Grace, a la que le encantaba cotillear, habría disfrutado comentando el asunto con sus amigas, pero, aparte de que se encontraba fatal, había un gran impedimento para que lo hiciera: una de sus máximas morales consistía en no cotillear jamás sobre «su familia». Los habitantes de King's Lynn quizá llegaran a enterarse de la separación de los Quentin por la prensa sensacionalista, pero no por Grace Walker.

Eran las cuatro de la tarde. Grace estaba en bata frente a la ventana, contemplando el jardín. Seguía lloviendo. ¡Qué septiembre más malo estaban teniendo! No habían disfrutado de ningún día de verano tardío, de esos con el aire despejado y cálido, el cielo azul y la hierba brillante. Sólo lluvia y niebla. Aires de noviembre. ¡No le sorprendía haber pillado aquella gripe! Grace detestaba sentirse débil. Por su forma de ser, enérgica y emprendedora, le parecía horrible tener que pasar las horas acostada como una anciana torpe e inútil. A ella le gustaba moverse, trastear en la casa o el jardín, preparar la comida o cocinar algún pastel, hacer la colada, planchar la ropa y meterla en los cajones, donde ponía ramilletes de lavanda para que olieran bien. Le gustaba ocuparse de los demás, preocuparse por ellos. Podría haber tenido seis hijos y cuidarlos a todos con absoluta entrega maternal, pero al principio de su matrimonio tenían muy poco dinero y Jack siempre estaba de viaje, así que prefirieron esperar a que llegara un momento más oportuno. Cuando al fin llegó y se vieron capaces de tener un hijo, Grace tenía ya más de cuarenta años y no pudo quedarse embarazada. A menudo pensaba que aquella desgracia, la de no haber sido madre, la acompañaba como un estigma en su vida, que por lo demás transcurría en un ambiente de felicidad. ¡Qué alegría haber podido ser, al menos, como una abuela para la pequeña Kim!

Pero mientras veía caer la lluvia y se sonaba la nariz por enésima vez, se preguntó si todo seguiría así. ¿Qué pasaría si los señores se separaban y la señora se marchaba con aquel tipo? ¡Seguro que se llevaría a Kim consigo! Los hijos siempre se van con las madres. Entonces era probable que el señor Quentin vendiera Ferndale House, ¿no? Él pasaba la mayor parte del tiempo en Londres, así que... ¿para qué iba a querer conservar una casa llena de tristes recuerdos?

El corazón empezó a palparle, tanto que tuvo que incorporarse en el sofá y respirar hondo. Jack siempre le decía que no debía preocuparse por lo que aún no había sucedido.

—Al final todo sucede distinto de como esperabas, y entretanto has desperdiciado un montón de energía —solía decir. Y la mayoría de las veces tenía razón.

«Quizá esté viéndolo todo demasiado negro», se dijo para consolarse, aunque su corazón no se sosegaba. Empezó a sudar.

En ese momento de angustia y desasosiego sonó el teléfono.

Ojalá fuera Jack para decirle que estaba a punto de llegar a casa; así podría comentar con él sus miedos y escuchar las respuestas tranquilizadoras que él le daría.

—¿Sí? —dijo, esperanzada.

Pero era el alemán. Lo reconoció por el acento.

—Señora Walker, soy Nathan Moor. El... invitado de la señora Quentin.

—Sé quién es —respondió Grace con frialdad.

—La llamo desde una cabina de Hunstanton porque el coche se ha calado.

A Grace no se le ocurrió nada mejor que responderle:

—¿Y qué hace usted en Hunstanton, con este tiempo?

Nathan sonó algo impaciente:

—Hay gente a la que le gusta pasear por la playa aunque llueva. Escuche, señora Walker, el problema es que he prometido a Virginia... a la señora Quentin, que recogería a Kim a las cinco en el colegio, pero me temo que no podré poner el coche en marcha a tiempo. He intentado localizar a Virginia por teléfono, pero no lo coge y también tiene apagado el móvil.

—La señora Quentin se marchó hace media hora. Por lo que sé, iba a recoger a su marido —enfaticó «marido»— a la estación.

—¡Mierda! —exclamó Nathan.

—Debe de haberse dejado el móvil apagado —dijo Grace, disfrutando del apuro de Moor. Aunque de todos modos ya se imaginaba el motivo de su llamada: si la señora Quentin estaba ilocalizable, le tocaría a ella, a Grace, ir a recoger a Kim. Otro día sin poder quedarse en la cama para recuperarse de la gripe.

La petición no se hizo esperar:

—Lamento mucho tener que pedirle esto, señora Walker, pero... ¿podría ir usted a recoger a Kim? Ya sé que no se encuentra bien, pero...

—¿Y qué hay de su mujer? —preguntó Grace.

Una breve pausa.

—Mi mujer se ha marchado.

—Oh.

—Y se ha llevado el dinero. Bueno, dígame, ¿podría...?

Tiñendo su voz con el mayor desprecio que le fue posible, Grace respondió:

—Recogeré a Kim. Evidentemente, no dejaré a la niña tirada. —Y colgó sin más.

Así que Livia Moor se había largado. La historia se complicaba aún más.

«Tranquila —se aconsejó—, tú tranquila, no pierdas la calma.»

Pero los pálpitos del corazón continuaban y de pronto se sintió tan mareada como el día anterior. Habría querido meterse en la cama, pero debía ponerse en movimiento.

Llamó al móvil de Jack y le explicó la situación, pero él estaba parado a las afueras de Londres, en un atasco de hora punta, y no creía que pudiera llegar a King's Lynn antes de las siete.

Desde luego, era para echarse a llorar.

—Pues entonces tendré que ir a buscar a Kim —dijo Grace.

—¡Pero si estás enferma! —replicó su marido—. ¡Tendrías que quedarte en la cama! ¿Cómo se atreve la señora Quentin a confiar su hija a ese hombre? ¿Y por qué no coge el teléfono?

—Es una historia muy larga. Ya te la contaré después. Ahora tengo que vestirme —dijo Grace.

Cuando colgó, rompió a llorar.

5

Grace no logró llegar puntual a las cinco, sino con quince minutos de retraso. Se enfadó consigo misma. En circunstancias normales, la virtud que mejor la definía era la fiabilidad. Pero no había imaginado lo mucho que le costaría realizar cada movimiento en su estado; el tiempo que le llevó sólo en vestirse. Cuando se inclinó para ponerse los zapatos todo su cuerpo empezó a temblar y sudar, y se sintió tan mareada que tuvo que incorporarse y esperar unos minutos antes de realizar el siguiente movimiento.

—Estoy muy enferma —masculló en voz baja—. Muy enferma. ¡Justo ahora!

La lluvia se había convertido en una suave llovizna y llenaba el mundo de una tristeza gris. El edificio de la escuela, de ladrillos rojos, estaba en silencio y desierto. En el patio alquitranado se habían formado charcos y sobre el muro de la entrada se había posado un gorrión que miraba el mundo con aire melancólico.

Kim también solía sentarse en ese muro cuando Grace iba a buscarla y la niña había salido unos minutos antes. Pero aquel día Grace sólo vio al gorrión, lo cual tampoco la sorprendió demasiado, dada la pertinaz lluvia.

«Estará dentro», pensó con cansancio. Ahora tendría que buscar un sitio para aparcar y luego apearse, pese a la fiebre y los temblores que la recorrían. Aquel día no iba a librarse de nada. Añoraba su cama más que nunca, y se moría por una taza de té y reposo, mucho reposo.

Dejó el coche justo a la entrada del colegio, debajo de la señal de prohibido aparcar allí. Bajó y cruzó el patio tan rápido como pudo. Había olvidado coger el paraguas. Con las prisas, metió el pie en un charco y de inmediato notó que el zapato y la media se le empapaban de agua fría.

—Caray —murmuró.

Por fin alcanzó el porche y empujó la puerta batiente de cristal que conducía a la escalera principal. A derecha e izquierda vio pizarras y tabloneros cargados de notas y anuncios: informaciones, propuestas, noticias de todo tipo... Subió tres peldaños y se encontró en el enorme vestíbulo de entrada, en el que también se hacían reuniones y se dictaban conferencias. De su centro salía una ancha escalera con barandilla que

conducía a una galería, y, a sus lados, las numerosas puertas de las distintas aulas, despachos y salas de conferencias.

Allí no se veía un alma.

Grace esperaba haber encontrado a Kim sentada en la escalera, así que volvió la cabeza hacia los lados, desconcertada. La niña no se veía por ninguna parte.

Se dio la vuelta con el ceño fruncido y miró el patio a través de la puerta de cristal. ¿Estaría fuera y no la había visto? ¿Debajo de un árbol, quizá? No, no, fuera no había nadie.

Su pie mojado estaba ya helado y el zapato escupía agua a cada paso. Grace estornudó y volvió a recorrer el vestíbulo. Después, con rodillas temblorosas, subió la escalera sujetándose a la barandilla con esfuerzo.

De algún sitio llegaba el sonido suave de un piano y varias flautas. Grace se asomó a un par de aulas al azar. Nada. Ni rastro de Kim.

En la siguiente dio con un grupo de chicos y chicas que tocaban sus flautas con más torpeza que habilidad, dirigidos por una joven que parecía algo estresada. Un chico sentado al piano aporreaba el teclado sin guardar mínimamente el compás.

—¿Sí, qué desea? —dijo la profesora, nerviosa, cuando vio a Grace.

Los niños se interrumpieron con alivio.

Grace estornudó de nuevo. Necesitaba un pañuelo, pero no llevaba ninguno en los bolsillos del abrigo.

—Disculpe, señorita, vengo a recoger a la hija de... de una amiga. Su clase acabó a las cinco, pero por desgracia me he retrasado, y ahora no la encuentro por ninguna parte.

—Ya, bueno, pues aquí no está.

—No, claro. Kim no toca la flauta, pero quizá usted la conozca. Kim Quentin.

A la joven le costaba mostrarse educada.

—No, no la conozco. Y por lo que sé, los del grupo de música somos los últimos en salir hoy. En principio sólo deberíamos estar aquí nosotros y el portero.

—Entiendo... ¿Hay alguna sala de espera o de descanso? Kim tiene que estar en alguna parte, ¿no? Suele esperarme fuera, pero con este tiempo...

—Abajo, en la entrada. Primera puerta a la derecha —dijo el chico que estaba al piano—. Allí hay una sala de espera.

—¡Oh, gracias! —dijo Grace, aliviada.

Cerró la puerta y enseguida volvió a sonar aquel desafinado y disonante concierto de flautas.

«Qué trabajo más duro», pensó mientras se apresuraba hacia la sala que le habían indicado, ya más tranquila, segura de que Kim estaría allí. Tenía ganas de verla. «¡No me extraña que la profesora esté tan tensa!», pensó con una sonrisa.

Abrió la puerta a la derecha de la entrada y vio una sala llena de mesas y bancos dispuestos desordenadamente. No había duda: era la sala de espera.

Pero estaba vacía.

Grace resopló, decepcionada.

Ya eran más de las cinco y media. ¿Habría ido Kim hacia la parada de autobuses al ver que nadie la recogía a las cinco?

Grace había ido algunas veces en autobús con la pequeña, pero sólo cuando hacía buen tiempo o por dar un paseo. La parada que quedaba más cerca de Ferndale House estaba a media hora larga a pie, justo en pleno campo. Kim nunca lo había cogido sola. Y Grace no sabía si la niña llevaba dinero encima.

Entonces se lo ocurrió otra cosa: quizá el alemán había logrado al fin hablar con la señora Quentin y ésta había pasado a recoger a Kim. Y ahora estaban las dos en casa, tranquilamente, mientras ella deambulaba por ahí.

Pese a la lluvia rodeó todo el edificio, miró incluso en los lavabos que había en un módulo del patio y no regresó al coche hasta que ya no le quedó ninguna duda de que Kim no estaba allí. Subió al vehículo y cerró los ojos. Se moría de ganas de quitarse el zapato mojado y frío. De estirar sus músculos doloridos. De quedarse dormida y no tener que pensar.

Abrió los ojos.

«Seguro que Kim está en casa», se dijo una vez más. Cuando encendió el motor eran las seis menos diez. Tenía un mal presentimiento.

6

Frederic y Virginia abandonaron la cafetería de la calle mayor poco después de las seis. Estuvieron allí más de una hora, bebieron dos tazas de café respectivamente e intentaron mantener una conversación y comprender lo que había sucedido.

Al verla en la estación, Frederic le había dicho:

—¡No tenías que haber venido a recogerme! Te dije que...

—Ya lo sé, pero quería hablar contigo sin que nos oyera Kim.

—¿Cómo está?

—Mejor. Esta mañana se la veía mucho más tranquila.

—¿Quién irá a recogerla al colegio?

—Grace —mintió Virginia. En ese momento no le pareció conveniente mencionar que la recogería su amante; una mentira piadosa era lo más adecuado.

Frederic no hizo ningún comentario al ver que había ido a recogerlo en su coche, no en el de ella, pero pensó que ni siquiera se habría dado cuenta. En cualquier caso le alegró que no lo hiciera, porque no quería decirle que había dejado su coche a Nathan.

Una vez en la cafetería, tardaron un buen rato en romper el silencio. Virginia notó la intensidad con que su marido la miraba, y comprendió lo que veía y el efecto que tenía que causarle. Pese a los nervios pasados por Kim, pese a lo mucho que le preocupaba aquella situación, tenía el aspecto de una mujer feliz. Lo supo al mirarse

en el espejo aquella mañana, y no pudo hacer nada por disimularlo. Mejillas sonrosadas, ojos brillantes, una especie de brillo interior que se reflejaba en su rostro por muy seria que estuviera. Su hasta entonces apariencia triste y apesadumbrada había desaparecido como por ensalmo. Había recuperado las ganas de vivir que había tenido en su juventud y que a tantos hombres sedujeron sin remedio. Eso fue lo que más la había sorprendido por la mañana, cuando se puso ante el espejo tras aquella noche mágica y maravillosa con Nathan: había recuperado la expresión de la Virginia veinteañera. Sus ojos tenían el brillo vivo, desafiante y curioso de su juventud, como si los años que la separaban de aquella época nunca hubiesen existido.

Después de haberla mirado larga y fijamente mientras removía su café, Frederic se inclinó hacia delante y le preguntó en voz baja:

—¿Por qué?

Dijera lo que dijese, sólo podría herirlo.

—Ni yo misma lo sé —dijo—. Es como... como...

—¿Como qué?

—Como si me hubiese despertado tras un largo sueño —dijo ella al fin, en voz tan baja como él, y la expresión de Frederic le hizo intuir que éste se preguntaba qué demonios quería decir con eso. Aunque quizá sí comprendiera algo, al fin y al cabo, porque tras un momento que pareció eterno, le dijo:

—Siempre creí que tu melancolía era parte de ti, y la acepté sin más. Como si fuera imposible separaros. Nunca pretendí cambiar tu manera de ser, no creía tener derecho a ello.

—O quizá tenías miedo.

—¿De qué?

—La mujer que vivía a la sombra de los árboles de Ferndale y apenas se atrevía a salir no era nada peligrosa. La melancolía me hacía débil. Necesitaba protección y amparo. Quizá eso era lo que no querías cambiar.

—Caramba —repuso él con tono más seco—. A eso le llamo yo dominar los clichés, ¿eh? ¿Qué pasa, me ves como un chulo que se siente grande y fuerte al tener a su lado a una mujer pequeña y débil? Un poco simple, ¿no crees? No fui yo quien te convirtió en la mujer que eres, o que fuiste a mi lado. No fui yo quien te escondió tras los árboles de nuestra casa. Al contrario. Yo quería vivir en Londres, quería que participaras en mi vida, y me habría encantado participar en la tuya si me hubieses dejado. Pero no me diste ninguna opción. Así que, ¿cómo te atreves a reprocharme nada?

—No estoy reprochándote...

—¿Que no te presioné lo suficiente? Pues sí, quizá debería haberlo hecho. Pero ¿qué sucedió la única vez que insistí para que me acompañaras a una fiesta en Londres? ¿Qué pasó entonces? Me dejaste tirado en la estación, como a un imbécil, y esperé tres trenes más antes de admitir que no ibas a presentarte, y el motivo era que te habías fugado con un tipejo. Es genial sentirse así, créeme, muy agradable. —

Entonces abandonó el sarcasmo y dijo con tono triste y quedo—: Por el amor de Dios, Virginia, jamás pensé que esto pudiera sucedernos. Otras cosas quizá sí, pero esto no. ¡No un adulterio, al principio siempre banal pero al final nefasto y horrible!

Ella no respondió. ¿Qué iba a decirle? Tenía razón y ella no. No había nada que pudiera alegar en su defensa. Cualquiera podía romper un matrimonio, eso estaba claro, pero no de aquella forma.

Ser infiel y mentir no era la manera. Nadie merecía ser tratado así, y mucho menos Frederic.

Él volvió a preguntar:

—¿Y ahora? ¿Qué vamos a hacer?

Ella no respondió, y su silencio resultó más que elocuente.

—Comprendo —dijo él con amargura—. No ha sido sólo una aventura, ¿eh? Va en serio. No se ha acabado.

Ella se odió por su cobardía, pero no se atrevió a mirarlo cuando lo confirmó:

—No. No se ha acabado.

—Ya veo. —Hizo una pausa—. Comprenderás que no esté dispuesto a quedarme de brazos cruzados esperando a que acabe algún día —dijo entonces.

—Por supuesto. Tampoco creo que vaya a... —Se mordió el labio.

Él supo lo que había querido decir.

—Tampoco crees que vaya a acabarse nunca, ¿no?

—Así es.

Frederic hundió la cabeza entre las manos, como si quisiera tirarse del pelo, y añadió:

—Virginia, es lógico que supongas que no soy nada imparcial respecto a Moor, y desde luego no lo soy, pero... Mira, odio a ese hombre, me gustaría romperle la cara por haberse metido en nuestro matrimonio y haber despertado en ti un sentimiento que te ha llevado a enviar al garete todo lo que habíamos construido, todo lo que había entre nosotros, pero te aseguro que ya me desagradaba antes. Desde el principio. No lo soporté desde el primer instante, y entonces no tenía nada que ver con mi subjetividad. Es un tipo turbio, ambiguo, sospechoso. En cierto modo... falso. Es muy guapo, de acuerdo, y agradable a su manera. Pero me provocó un rechazo absoluto nada más verlo. No me preguntes el motivo, porque no lo sé. Sólo sé que me resultó sospechoso y antipático.

Ella calló. No quería decirle que ahora sabía que se había enamorado de Nathan nada más verlo la primera vez. Quizá amor era una palabra demasiado categórica para describir aquel sentimiento inicial, pero no cabía duda de que se había sentido atraída por él, incluso hechizada por él. No había querido reconocerlo, pero el sentimiento estaba ahí y seguramente Frederic también lo percibió a su modo, inconscientemente. De ahí su sensación de rechazo y desprecio. Sus sentimientos por aquel hombre estaban provocados, sin que él lo supiera, por el miedo y la intuición de algo terrible, que se resumía en una frase: aquel desconocido iba a robarle a su mujer.

—Como ya te dije, jamás ha publicado un libro —continuó Frederic—. No es cierto que...

—Lo sé. Me lo ha explicado todo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué motivos te ha dado? Sea como sea, nos mintió al respecto. No es precisamente el modo más honesto de comportarse, ¿no crees?... Vaya. ¡Te has enamorado tan locamente que estás dispuesta a perdonárselo todo!

—Me ha convencido con sus razonamientos.

—Es un parásito. Un gorrón. Y un pobre diablo sin blanca. No posee nada, ¡literalmente nada! Y es más que cuestionable que un día llegue a publicar un libro y ganar dinero. Se arruinó cuando su maldito barco se hundió, y ahora está en una situación desesperada. ¿No se te ha ocurrido que lo único que quiere es tu dinero? ¿Seguridad? ¿Una vida regalada?

—Los días que he pasado con él...

—¿Sí? ¿Qué?

—Los días que he pasado con él me hacen pensar lo contrario.

Frederic cerró los ojos, dolido.

—Y seguro que las noches también —susurró.

Virginia guardó silencio.

Seguía lloviendo cuando al fin salieron a la calle. Había refrescado mucho.

—Éste es el septiembre más frío y húmedo que recuerdo —dijo Frederic.

—Sí, hace que una se sienta triste.

—Pero eso no es sólo culpa del tiempo.

Y ya no dijeron nada más.

Volvieron a casa en coche. Era la época en que los árboles teñían sus hojas de colores y las dejaban caer al suelo, húmedas y desconsoladas.

«¿Dónde pasaremos las Navidades Kim, Nathan y yo?», se preguntó Virginia de pronto. Aún no se había planteado siquiera la sencilla cuestión de dónde vivirían a partir de entonces. Aún no había pensado en nada tan concreto. ¿Cómo había dicho Frederic? «No posee nada, ¡literalmente nada!»

Ella tampoco tenía demasiado. La casa de sus padres en Londres se había vendido hacía tiempo y ellos se habían marchado a vivir a Menorca. Seguro que estarían dispuestos a acoger a su nieta, a su hija y al nuevo compañero de ésta, pero su casita en la isla no era una solución a largo plazo. Además, Virginia no se imaginaba a Nathan viviendo en las Baleares, donde sobre todo en otoño e invierno la población tenía una media de edad muy elevada. Vivir durante años en casa de su suegro le había robado su creatividad, y la rutina exageradamente solícita del aburguesado matrimonio Delaney no contribuiría precisamente a inspirarlo en ese sentido.

«Tengo que hablar con él sobre esto», se dijo.

La puerta de entrada al bosque de Ferndale estaba abierta. Virginia esperaba que Nathan hubiese dejado a Kim en casa de Grace y se hubiese marchado, porque desde luego aquél no era momento para que ambos hombres se vieran las caras. Se detuvo

delante de casa de Grace.

—Recojo a la niña y enseguida vuelvo —dijo.

Pero en ese momento se abrió la puerta y apareció Grace, desencajada.

—Señora Quentin, estaba esperándola... ¿Ha recogido a Kim?

—No. Pensé que... —Evitó pronunciar el nombre, porque Frederic ya bajaba del coche.

—¿Qué sucede?

—Kim ya no estaba en el colegio cuando fui a recogerla, señor, pero pensé que...

—Ella tampoco se atrevió a seguir hablando. Sus ojos febriles pasaron de uno a otro, angustiados.

Virginia hizo acopio de valor. Aquella situación era penosa e indigna. La culpa era suya, así que le correspondía aclararla.

—Frederic, lo siento, pero pedí a Nathan que recogiera a Kim a las cinco. Yo tenía que hablar contigo, Jack aún no ha regresado y Grace está enferma, así que...

Los ojos de Frederic se entornaron levemente, pero no dijo nada.

—Señora Quentin —dijo Grace, aliviada al poder hablar por fin sin tapujos—, el señor Moor me llamó para decirme que estaba en Hunstanton y tenía problemas con el coche. No se ponía en marcha o algo así. Intentó localizarla, pero usted tenía el móvil apagado.

—Así es —dijo Virginia.

—Me pidió que fuera a recoger a Kim. Yo llamé a Jack, pero estaba en medio de un atasco y me dijo que no llegaría antes de las siete, así que cogí el coche y fui al colegio. Llegué un poco tarde porque estaba mareada y me costaba moverme, y... — Se le quebró la voz, pero hizo un esfuerzo y continuó—: Kim no estaba allí. La busqué por todo el colegio, pero en vano. Ni rastro. Frederic consultó su reloj.

—Son casi las seis y media. ¿Y Kim no ha aparecido? ¿Desde las cinco?

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Grace.

—Quizá el señor Moor haya logrado llegar a tiempo, ¿no? Quizá al final puso el coche en marcha, recogió a Kim y olvidó decírmelo...

—¿Ha mirado usted en casa? —preguntó Frederic.

Grace asintió.

—No hay nadie. Pero seguramente el señor Moor...

Frederic comprendió.

—Seguramente no habrá querido esperarnos allí, claro. Por cierto, ¿con qué coche va?

—Con el mío —reconoció Virginia.

—Comprendo —dijo Frederic—. ¿Y dónde está Livia Moor?

—Se ha ido.

Frederic reflexionó un instante.

—Si Moor recogió a Kim, ¿por qué no la trajo aquí?

—Yo tampoco lo entiendo —dijo Grace.

—Quizá se hayan cruzado —dijo Virginia—. Quizá Nathan llegó aquí justo cuando Grace estaba en el colegio buscando a Kim.

—¿Y entonces dónde está ahora? —preguntó Frederic—. ¿Adónde ha ido Moor con mi hija?

Los tres se miraron.

—Quizá la pequeña ha vuelto... —empezó Grace.

Virginia concluyó la frase:

—¿A esconderse? ¿Como ayer?

—Está claro que Kim está desesperada y angustiada —dijo Frederic—. Vayamos a la cabaña del árbol antes de emprender cualquier otra acción.

—Pero no me explico cómo podría haber llegado sola hasta la cabaña desde el colegio —dijo Virginia, que empezaba a tener mucho frío.

No habían pasado ni veinticuatro horas desde que la pequeña había desaparecido por primera vez. La desesperación de la noche anterior había sido repentina y espantosa, pero esta vez el miedo empezaba a inundarla de un modo lento y perverso. Todo parecía indicar que se había producido un malentendido o un error de coordinación entre Nathan y Grace, y en ese caso cabía que Kim estuviera con Nathan tranquilamente en un Burger King, pasándolo bien con un batido de helado. Pero había otra posibilidad, mucho menos agradable: que su hija hubiera vuelto a esconderse en algún sitio. En ese caso, aparte de lo difícil que resultara encontrarla, habría nuevos y arduos problemas. Quizá necesitarían la ayuda de un psicólogo infantil. Al menos, los acontecimientos del día anterior hicieron que Virginia no pensara inmediatamente en el asesino de niñas.

Se frotó el cuerpo con los brazos.

—Tienes razón —dijo—. Lo primero que haremos será ir a la cabaña. Grace, espérenos aquí y no dude en llamarnos si Kim aparece, ¿de acuerdo?

—Pero encienda usted su móvil, ¿eh?

—Sí, descuide.

—¿Por qué demonios lo habías apagado? —le reprochó Frederic mientras se dirigían al bosque a toda prisa.

Virginia no respondió.

—Claro —dijo él, comprendiendo—. Tenías miedo de que él llamara mientras hablábamos, ¿no? Los líos amorosos pasan una factura muy alta a las familias. En este caso, especialmente a los hijos.

Virginia apretó los dientes. No quería llorar. Tenían que encontrar a Kim. No había tiempo para las lágrimas. Rezó para que su hija estuviera en la cabaña, pero algo le decía que esta vez no sería así.

TERCERA PARTE

Miércoles 6 de septiembre

1

Virginia tenía la sensación de haberse metido de pronto en un drama terrible, mucho peor de lo que nunca hubiera imaginado, y en el que ella representaba el papel principal.

Un frío día de septiembre. Las nueve de la mañana. Fuera se había levantado viento. Un viento que cimbreaba el follaje de los árboles y disipaba los nubarrones del día anterior. Virginia sabía que aquel día el cielo se mostraría cada vez más azul. Tras el penoso tiempo de los últimos días, hoy hasta saldría el sol.

Le sorprendió su capacidad de prestar atención a esas cosas, al incipiente cambio del tiempo, y de repetírselas incluso con una cadencia reiterativa y monótona: «Brillará el sol. Hará más calor. Llegará el momento en que todo esté bien.»

En cualquier caso, era de lo más extraño estar ahí sentada, frente a un policía que se había presentado como Baker y que, libreta en mano, no dejaba de hacerle preguntas sobre su hija desaparecida.

Porque Kim no había vuelto.

No había estado en la cabaña del árbol. No se había repetido la historia de la noche anterior, cuando la encontraron allí arriba exhausta, helada y muerta de miedo, pero sana y salva. El trayecto desde el colegio hasta allí era largo; costaba imaginar que una niña de siete años lo hubiese recorrido sin más.

Peinaron buena parte del bosque, pero empezó a oscurecer y no llevaban ninguna linterna. En un momento dado, Frederic, a quien las espinas de los zarzales le habían hecho dos cortes en la cara, se detuvo.

—No tiene sentido que sigamos, Virginia. No hacemos más que dar palos de ciego, y sabemos que no ha podido llegar tan lejos. Volvamos al coche y vayamos a casa.

Cuando llegaron al coche, que estaba aparcado delante de la casita de Grace y Jack, éste cruzaba con el suyo la amplia puerta de entrada. El vehículo se detuvo y un Jack agotado y medio adormilado se apeó y se les acercó.

—¡Señora Quentin! ¡Señor! —exclamó, y su expresión de incredulidad reveló a Virginia que tanto ella como Frederic tenían un aspecto de lo más inusual tras su incursión por la maleza y los matorrales del bosque—. ¿Ha pasado algo?

—Kim ha desaparecido —informó Frederic, lacónico.

—¿Desaparecido? ¡Pero si Grace me dijo que iba a buscarla al colegio! Ella...

—La niña no estaba en el colegio cuando Grace llegó —lo interrumpió Virginia.

—Jack, sé que acaba de hacer un viaje muy largo y que debe de estar cansado,

pero ¿me haría el favor de acompañarme al colegio? —pidió Frederic—. Me gustaría buscar por todo el recinto del edificio y por las calles colindantes. Ayer Kim se escondió en su cabaña, y puede que hoy haya querido hacer algo semejante. Y cuatro ojos ven más que dos.

—Claro, señor, cuente conmigo —dijo Jack.

Frederic se dirigió a Virginia.

—Ve a casa y llama a todos sus compañeros de clase. Y a su profesora. Quizá se haya ido con alguien y le haya dicho que nosotros ya lo sabíamos. Y después...

—¿Qué? —preguntó Virginia, cuando lo vio dudar.

—Intenta ponerte en contacto con Moor. Quizá él sepa algo.

—Eso no será posible. No tiene móvil y no sé dónde va a dormir. Tengo que esperar a que me llame.

—No importa. Está claro que lo hará —repuso Frederic con dureza.

En ningún momento lo dijo expresamente, pero estaba claro a quién culpaba él de la desaparición de su hija: a su esposa, cuyo comportamiento estaba a punto de destrozar su familia.

Mientras Frederic y Jack salían hacia el colegio, llamaban a la puerta, explicaban la situación al conserje, recorrían todas las instalaciones y luego buscaban en el parque que rodeaba el edificio, Virginia se dedicó a llamar a todos y cada uno de los padres que aparecían en la lista de la clase de Kim. Y todos le respondieron del mismo modo: «No, aquí no está.»

Solicitó incluso hablar con los niños, pero ninguno supo decirle nada que le sirviera de ayuda. La información más interesante se la proporcionó la mejor amiga de Kim, la pequeña Clarissa O'Sullivan: «Salimos juntas de clase. Dijo que pasarían a buscarla y se quedó en la verja. Yo me fui corriendo porque llovía mucho.»

No parecía que Kim se hubiese propuesto esconderse o escaparse. Virginia visualizó a su hija, de pie bajo una lluvia que caía a raudales, junto a la verja del colegio, con la capucha del chubasquero amarillo bien sujeta a la cabeza. «Pasarán a buscarme...» Pero no pasó nadie. Ni mamá ni papá ni Nathan. Grace sí, pero con un cuarto de hora de retraso.

¿Qué había sucedido en ese cuarto de hora?

La lluvia.

Virginia se frotó los cansados ojos, anegados en unas lágrimas que no iba a dejar salir. La lluvia tuvo que haberla alejado de la calle. Pero entonces tendría que haber vuelto al colegio, y, según les dijo una y otra vez, Grace había mirado en todas partes.

¿Por qué no llamaba Nathan?

¿Por qué había apagado su móvil?

¿Por qué ella había vuelto a dejar a su hija en manos de los demás?

La profesora de Kim, a la que localizó tras varios intentos fallidos, tampoco pudo ayudarla. No, aquel día la niña no le llamó la atención. Parecía un poco cansada, eso sí, pero no confusa ni angustiada. En los descansos charló animadamente con los

demás niños.

Virginia le pidió los teléfonos de los demás profesores y los llamó a todos, uno tras otro, aunque ninguno le proporcionó ninguna pista. Aquel día todo parecía haber transcurrido con normalidad.

El profesor que impartió a Kim su última clase del día, la de dibujo, recordó haberla visto en la verja de entrada.

—Me pareció que estaba esperando a que la recogieran —dijo—. Recorría la calle con la mirada. Recuerdo que pensé: «¡Niña, ponte a cubierto!» Llovía bastante, pero ella llevaba unas buenas botas de agua y un chubasquero largo. Yo estaba en el coche y no podía pararme porque ya estaban tocando las bocinas, pero si no hubiese sido así, le habría dicho que entrara de nuevo y esperara allí. En cualquier caso, estaba seguro de que alguno de ustedes aparecería en cualquier momento.

—¿No vio... no vio a nadie hablando con ella? —preguntó Virginia. Quizá Nathan sí había llegado a tiempo.

—No —dijo el profesor—. Lo siento, pero no.

Era desesperante. No había nada a lo que agarrarse. Nada absolutamente.

Fue a la cocina para prepararse un té con el que esperaba calmar un poco sus nervios, pero no encontró la tetera y fue incapaz de recordar dónde solía guardarla. Tenía la cabeza aturdida. Fuera ya era noche cerrada, su hija no estaba en casa y ella no tenía la menor idea de dónde podía encontrarla. Era una situación que provocaría pánico a cualquier madre del mundo, una situación que nadie querría vivir jamás, que anhelamos evitar desde el mismo nacimiento de nuestro hijo.

Cuando sonó su teléfono se precipitó a la habitación de al lado, deseando con toda su alma que fuera Frederic para comunicarle que había encontrado a Kim y volvía a casa con ella.

Pero no era Frederic, sino Nathan.

Su voz sonaba algo estresada.

—¿Virginia? ¿Puedes decirme por qué llevas tanto rato con el móvil apagado y...?

Ella lo interrumpió.

—¿Está Kim contigo?

Él se quedó de piedra.

—No. ¿Por qué? Llamé a Grace y le dije que...

—Grace llegó tarde al colegio. Kim ya no estaba allí. Aún no ha aparecido.

«Oh, Dios —pensó Virginia—. Otra esperanza rota.» Todo ese rato se había aferrado a la idea de que Kim estuviera con él, pero ahora tenía que renunciar también a eso.

—Seguro que ha vuelto a esconderse en algún sitio. ¿Habéis buscado ya en su cabaña?

—¡Pues claro que sí! ¡Y no está! —Volcó en Nathan toda su crispación—. ¿Por qué no fuiste a recogerla? —lo increpó—. Confié en ti. Se trata de una niña de siete

años. ¿Cómo pudiste...?

—¡Un momento! Tuve problemas con el coche, y no me los busqué a propósito. ¡Así que no me culpes a mí! —se alteró—. Intenté localizarte cien veces, pero fue imposible. Te aislaste por completo. Al final encontré el número de Grace en la guía telefónica, no sin antes estrujarme la cabeza para recordar como demonios se apellidan. Hice lo que pude para salvar la situación.

La ira de Virginia desapareció de golpe, quedaron sólo el miedo y la angustia.

—Perdona —dijo—, pero es que estoy muy asustada. Frederic y Jack llevan una hora y media recorriendo el colegio y sus alrededores, pero está claro que no la han encontrado.

—Ya sé que es espantoso —dijo Nathan, ya más calmado, y su voz se tiñó de aquella dulzura que a ella tanto le gustaba—, pero no tienes que pensar necesariamente en lo peor. Ayer por la tarde pasó lo mismo. Seguro que ha vuelto a meterse en algún escondite. Está triste y se siente desplazada; quizá éste sea su modo de llamar tu atención.

Efectivamente, Virginia se dio cuenta de que estaba algo más tranquila. Su corazón empezó a recuperar la normalidad.

—Ojalá tengas razón. Pero dime, ¿dónde estás?

—En Hunstanton. En un *bed and breakfast*.

—¿En Hunstanton? ¿Por qué tan lejos?

—Cariño, de todos modos durante los próximos días no podremos vernos demasiado. No puedo aparecer en vuestra casa, y sin duda tendrás mucho que hablar con tu marido. Además, tendrás que estar con tu hija. Te necesita. Ahora ella es lo más importante. Más que nosotros. —Tenía razón, por supuesto. Virginia se alegró de que pensara así—. Y ya que tengo que pasar tanto tiempo alejado de ti, prefiero que sea junto al mar. Así puedo pasear por la playa, que es lo que más me gusta.

—Sí, lo entiendo.

—¿Qué tal va todo con tu marido?

Virginia suspiró.

—Está herido. Desconcertado. Desesperado. Es una situación horrible.

—Estas cosas siempre son horribles. Pero las superaremos.

—Si al menos Kim...

—Chist —la interrumpió—. Kim estará pronto contigo. Ni se te ocurra pensar lo contrario.

De pronto ella cayó en la cuenta y preguntó:

—¿Y cómo está el coche? ¿Qué le ha pasado?

—La batería, por lo visto. No sé por qué se descargó. Me han dejado unas pinzas y ya la he recargado. Vuelve a funcionar.

—¡Justo hoy! ¡Tenía que pasar justo hoy!

—Quizá tampoco la habría encontrado aunque hubiese llegado puntual. Si tenía pensado escaparse...

—Pero es que estaba en la verja, esperando. Sus amigas y un profesor me lo han confirmado.

Nathan suspiró.

—Vale. Estuvo esperando. No apareció nadie y volvió a sentirse abandonada por su mamá. ¿Su reacción? Escaparse. Sabemos que eso es lo que hace.

—Nathan...

—Dime.

—¿Querías darme tu teléfono? Me gustaría saber que puedo localizarte.

Él le dictó la dirección y el teléfono del hostel en que se alojaba.

Cuando colgaron, Virginia se sintió terriblemente sola y cansada. Abandonada con su miedo. Frederic no estaba. Nathan, demasiado lejos.

Su hija, ahí fuera, en la oscuridad.

En algún momento de la noche volvieron Frederic y Jack. Cansados y empapados. Y sin Kim.

—Nada —dijo Frederic—. Hemos buscado por todas partes. No hay rastro de ella.

—El conserje nos ha acompañado por todo el colegio —añadió Jack—, incluso hemos ido al sótano. Hemos revisado todos los rincones. Absolutamente todos.

—Voy a llamar a la policía —dijo Frederic y se dirigió al teléfono.

¿Cómo había pasado aquella noche? Durante el resto de su vida, Virginia sería incapaz de recordar con claridad ninguna de las horas que precedieron al amanecer. Por lo que respectaba a aquella noche, su memoria estaría llena de lagunas. Ni Frederic ni ella se acostaron en la cama. Jack se quedó un rato con ellos, con el rostro demudado por el cansancio, y acabaron diciéndole que se fuera tras verlo dar cabezadas en el sofá.

—Grace también lo necesita —le dijo Frederic, y Jack se marchó no sin antes pedirles que lo llamaran en cuanto tuvieran novedades.

La policía les dijo que al día siguiente enviarían a alguien a su casa, y les pidió una descripción de la niña: edad, altura, color de ojos y el pelo, y la ropa que llevaba puesta.

En algún momento, hacia la una de la madrugada, Frederic volvió a salir al jardín, linterna en mano, para buscarla. Virginia quiso acompañarlo, pero él se lo impidió.

—Reserva las fuerzas. Además, es mejor que alguien se quede junto al teléfono.

Cuando era pequeña, Virginia solía tener fiebre alta cada vez que se ponía enferma. Aquella noche, la que siguió a la desaparición de Kim, fue como una de aquellas noches febriles de su infancia: irreal. Un lapso de tiempo angustioso y desesperante, colmado de imágenes y voces extrañas.

Frederic regresó al cabo de varias horas. Solo.

Tomaron café y miraron al vacío. A la oscuridad. La lluvia remitió al amanecer. Oyeron que se levantaba un viento susurrante entre las ramas otoñales. Por fin, las primeras luces empezaron a filtrarse entre las espesas copas arbóreas y llegaron al

salón. Finos haces luminosos que hicieron que los cansados rostros de Virginia y Frederic parecieran más demacrados aún.

—El policía dijo que llegarían hacia las nueve —dijo Frederic.

—Voy a preparar más café —dijo Virginia.

Ya había bebido bastante, o demasiado, pero se aferraba al calor de su taza llena como a un clavo ardiendo.

Y ahí estaba ahora el comisario Baker, un hombre agradable y alto que inspiraba calma e irradiaba autoridad. Aun así, aquél fue el inicio del verdadero horror: encontrarse de pronto ante la policía para hablarle de una niña que nadie había visto desde hacía dieciséis horas. Virginia le contó la desaparición de Kim del día anterior, y Baker pareció interpretarlo como un indicio tranquilizador.

—Todo parece indicar que su hija ha vuelto a esconderse —le dijo.

Virginia miró por la ventana, vio un par de fragmentos de cielo azul entre las ramas de los árboles y pensó: «Eso espero. A eso me aferró. A su desaparición de anteayer. Si no hubiese sucedido aquello, ahora mismo estaría al borde del abismo. A punto de enloquecer.»

Y entonces el comisario Baker se inclinó hacia delante, miró a ambos padres y dijo con cautela:

—Soy el oficial que investiga los casos de Sarah Alby y Rachel Cunningham.

Y entonces Virginia comprendió las opciones que en realidad rondaban por la cabeza del comisario.

Empezó a gritar.

2

—Dado que el día anterior sucedió lo mismo, todo parece indicar que su hija ha vuelto a esconderse —repitió Baker en tono suave.

Se quedó un rato a solas con Frederic en el salón, mientras Virginia subió al piso de arriba a secarse las lágrimas y sonarse la nariz. No es que aquella vez no hubiese pensado en las niñas asesinadas, pero, tras el episodio de la cabaña del árbol, había aparcado aquel mal presentimiento y ni siquiera se había permitido pensarlo. Sin embargo, cuando el comisario pronunció los dos nombres, comprendió de repente que aquélla seguía siendo, realmente, una posibilidad muy cierta, y sintió que se la tragaba como una ola enorme y la convertía en presa de un pánico indescriptible. Frederic la había cogido por los brazos y la había sujetado con fuerza, y por fin, en el baño, logró recuperar la compostura. Unos ojos rojos e hinchados le devolvieron su mirada en el espejo. Un rostro pálido. Unos labios agrietados.

—No es posible —susurró a su imagen para tranquilizarse—. Sencillamente, no

es posible.

De vuelta en el salón, el frío y el vacío la embargaron. Estaba helada, pero no intentó poner algún remedio. Entre otras cosas, porque creyó que nada lograría quitarle ese frío que le recorría el alma.

Baker la miró con sus ojos amables y comprensivos.

—Señora Quentin, mientras estaba usted arriba su marido me dijo que quien tenía que haber recogido a su hija era un conocido suyo, que al final no pudo hacerlo. Un tal... —echó un vistazo a su libreta— Nathan Moor. Un alemán.

—Sí.

—Me gustaría hablar con él. ¿Podría decirme dónde localizarlo?

Ella sacó del bolsillo de sus tejanos el papelito con la dirección de Nathan.

—Aquí. Es un hostel de Hunstanton. Se ha instalado allí.

Baker anotó la dirección y el teléfono y le devolvió el papel.

—Bien, señora Quentin, la verdad es que no me queda claro quién es este señor. Su marido me ha dicho que se trata de alguien que conocieron en sus vacaciones, en la casa que tienen en Skye. ¿Fue allí donde el señor Moor tuvo un accidente de barco?

—Sí, así es. Pretendía dar la vuelta al mundo con su mujer, pero justo delante de las Hébridas su barco colisionó con un carguero se hundió. Como la señora Moor había trabajado un tiempo para nosotros me sentí... en cierto modo me sentí responsable. Lo habían perdido todo en un instante. Les ofrecí nuestra casa.

—Entiendo. Y ahora el señor Moor se ha instalado por aquí cerca, ¿no es así?

—Sí.

—¿Dónde está su mujer?

—Se marchó ayer por la mañana. Seguramente intentará llegar a Alemania con la ayuda de la embajada alemana.

—¿Y él se ha quedado aquí?

—Así es.

Baker se inclinó algo más hacia delante.

—Discúlpeme, pero sigo sin entenderlo. ¿Por qué sigue ese señor en Hunstanton? Y si está allí, ¿cómo pretendía recoger a su hija en la escuela?

—Le presté mi coche. —Virginia comprendió lo extraño que debía de sonarle todo al comisario—. Ése fue también el motivo... Ayer por la tarde se estropeó de repente. No se ponía en marcha. Por eso llamó a Grace. Grace Walker, nuestra...

—Lo sé, ya me ha hablado de ella. Me decía que el señor Moor llevaba su coche.

«Ya empieza a atar cabos», pensó Virginia. Evitó mirar a Frederic.

—El señor Moor y yo... queremos vivir juntos en el futuro... Yo... jamás habría dejado a mi pequeña en manos de un mero conocido, comisario. A estas alturas el señor Moor es mucho más que eso para mí.

Sus palabras fueron seguidas por un tenso silencio. Frederic se miró los zapatos. El comisario hizo algunas anotaciones en su libreta.

—¿Su hija conocía la situación? —preguntó.

—No —dijo Virginia—, pero creo que era consciente de que las cosas habían cambiado. Tenía miedo. Por algo se escapó la noche anterior, es evidente que todo está relacionado.

—Bueno —dijo Baker—, por delicados que sean en este momento sus asuntos familiares, considero que las circunstancias deberían tranquilizarnos un poco. Cada vez me parece más probable que Kim quisiera huir de los cambios que notaba cernirse sobre su cabeza, y que se ha escondido en algún sitio. Lo único que me sorprende es que una niña de siete años aguante tanto tiempo escondida, pues hay que contar con el hambre, la sed y el miedo natural a la oscuridad. Es muy probable que se perdiera mientras buscaba el camino de vuelta. —Observó que el pánico asomaba a los ojos de sus interlocutores, y alzó las manos en gesto apaciguador—. Ya sé que la idea no es tranquilizadora, pero piensen que desde luego es mejor que... que la opción de los luctuosos sucesos de los últimos días.

Virginia y Frederic se miraron, los dos estaban pensando lo mismo: Kim quizá se había escapado de verdad. Quizá ahora estaba muerta de miedo, intentando encontrar el camino de regreso. En cualquier caso, ahí fuera aún andaba suelto un perverso obsesionado con las niñas, y hasta que Kim no volviera a casa no se libraría del peligro de caer en sus garras.

—¿Qué van a hacer ahora, comisario? ¿Qué, exactamente? —preguntó Frederic.

—Enviaré varias patrullas a batir la zona con perros. Miraremos debajo de cada piedra, se lo garantizo. Y es posible que informemos de la pérdida por radio.

—¿No sería peligroso? —preguntó Virginia—. De ese modo el... el psicópata ese podría enterarse de que hay una niña que anda perdida y sola.

—Sí, pero no podrá saber dónde está. Además, ya voy conociendo mejor sus métodos. No se lanza sobre cualquier niña y la mete en su coche a la fuerza (eso sería quizá demasiado arriesgado), sino que primero entra en confianza con la pequeña, de modo que ésta no desconfía de él y desaparece sin llamar la atención. Planifica bien las cosas y actúa premeditadamente. —Hizo una pausa y después añadió—: En su caso no ha sucedido nada así, ¿no? ¿Les ha hablado Kim de algún amigo nuevo o de alguien amable a quien haya conocido últimamente?

—No, no. En absoluto.

—Por si acaso hablaré con todas sus amigas —dijo Baker—. Las niñas suelen confiar más en sus amigas que en sus padres. Seguro que podrá darme usted números y direcciones, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Virginia, y se levantó.

Cuando regresó con la lista de la clase, oyó lo que Frederic estaba diciendo en ese momento.

—Le ruego que investiguen en profundidad a ese Nathan Moor, señor comisario. Me parece un hombre de lo más sospechoso. Supongo que pensará usted que mi repulsa se debe a motivos obvios, dadas las circunstancias, pero le aseguro que ya me

causó un profundo desagrado mucho antes de que... de que se relacionara con mi mujer.

—El señor Moor está en los primeros puestos de mi lista —le aseguró Baker.

Cuando el comisario se hubo marchado, Virginia miró a Frederic con ira.

—Me parece perfecto que investiguen a Nathan —dijo—. ¡Pero no tenías por qué criticarlo así ante ese policía!

—No lo he criticado. Únicamente le he dicho lo que pensaba. Estamos hablando de la vida de mi hija, y no pienso callarme nada sólo porque afecte a tu sensibilidad.

—¡Él no tiene nada que ver con la desaparición de Kim!

—Pues encaja perfectamente con el perfil, diría yo. El hombre amable que se relaciona de pronto con una niña y luego la invita a subir al coche, cosa que ella hace confiadamente.

—Nathan no se ha acercado a Kim.

—No, esta vez ha sido más listo. Se ha follado a su madre. Como estrategia no está nada mal.

—¡Eres despreciable! —le espetó Virginia.

Salió corriendo escaleras arriba y de un portazo se encerró en su dormitorio. Cayó de rodillas junto a la cama matrimonial. A través de sus lágrimas vio el rostro de su hija rodeado por un marco de plata. Esa cara tan dulce y adorable. Hundió el rostro en las sábanas y lloró a mares.

Un dolor indescriptible.

3

Hacia el mediodía aparecieron Grace y Jack. Se notaba que Grace había llorado y parecía que aún tenía fiebre. Volvieron a escapársele las lágrimas en cuanto vio a Virginia.

—Nunca podré perdonármelo —dijo entre sollozos—. Haber llegado tan tarde es imperdonable.

—Deje de pensar en eso —la tranquilizó Frederic antes de que Virginia pudiera abrir la boca—. La culpa es nuestra, no suya. Puede estar segura.

Aunque tenía a los Walker delante, Virginia no pudo contenerse y le espetó:

—¡Vamos, dilo, di que la culpa es mía, no nuestra! Porque eso es lo que piensas, ¿verdad? ¡Pues dilo de una vez!

—Nuestra —repitió él—, porque tal como estaban las cosas no debí haberme ido a Londres.

«Tal como estaban las cosas...»

Virginia sabía lo que había querido decir: «Dado que mi mujer era presa de un desarreglo hormonal y había descuidado por completo a su hija, debería haberme quedado en casa para hacerlo yo.»

Le habría gustado abalanzarse sobre él y pegarle, y lo habría hecho si no fuera porque quiso evitar que Jack y Grace presenciaran una escena tan desagradable.

Jack, que por lo general no atendía a sensibilidades, pareció percibir la tensión reinante y dijo rápidamente:

—Bueno, por eso hemos venido. Quizá podríamos ayudarlos a peinar de nuevo la zona, señor. Aunque supongo que la policía ya está haciéndolo...

—Sí —dijo Frederic.

—... pero no pueden estar en todas partes a la vez. Es que... ¡no soporto quedarme en casa sin hacer nada!

—Tiene razón —dijo Frederic—. Vamos. ¿Te quedarás junto al teléfono, Virginia?

—No me moveré de aquí.

—¿Hay algo que yo pueda hacer, señora Quentin? —preguntó Grace, y se sonó la nariz. Tenía un aspecto tan débil y demacrado que, pese a su terrible preocupación por Kim, Virginia empezó a preocuparse por ella también.

—Grace, debería ir al médico. O llamar para que vengan a su casa. En cualquier caso, debería estar en la cama. ¿De qué le servirá coger una pulmonía? Eso no va a ayudarnos.

—Pero es que no puedo... —Grace rompió a llorar una vez más y sacó un pañuelo del bolso.

Tras un largo tira y afloja, Virginia consiguió convencerla de que fuera a acostarse. Después se marcharon también los dos hombres, Frederic visiblemente aliviado de poder hacer algo y no tener que seguir junto a su mujer, y ella también se alegró de librarse un rato de él y sus reproches.

Cuando el teléfono rompió el silencio, Virginia dio un respingo, como si hubiese oído un disparo.

La policía. Quizá era la policía. ¡Quizá habían encontrado a Kim!

Al descolgar el auricular, el corazón le latía desbocado.

—¿Sí?

Tras unos segundos respondió una voz débil y ahogada:

—Soy Livia Moor.

—Oh —se limitó a decir Virginia.

—Llamo desde Londres. Me he hospedado en un hotel. En la embajada me han dado dinero. Esta noche viajo a Alemania.

Virginia no lograba sobreponerse a la vergüenza que la embargó. Amaba al marido de aquella mujer e iba a vivir con él. Habría querido colgar sin más.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó torpemente, consciente de que era una pregunta estúpida.

—No muy bien, la verdad —respondió Livia con una dureza desconocida en ella —, pero al menos tengo dónde dormir. Una amiga de mi fallecida madre se ha ofrecido a dejarme una habitación, al menos hasta que... bueno, tendré que encontrar

un trabajo.

—Se lo deseo de todo corazón.

—Gracias. Llamo porque necesité dinero para mi viaje a Londres y se lo cogí a mi marido, pero sé que en realidad el dinero es de usted. Sólo quiero decirle que se lo devolveré. En cuanto tenga trabajo y pueda ahorrar algo... se lo enviaré por correo.

—No es necesario. De verdad que no.

Livia volvió a quedarse callada. Lo que dijo unos segundos después no sonó irónico ni malintencionado:

—No debería rechazar el dinero. Si tiene pensado vivir con mi marido, va a necesitarlo todo.

Ahora fue Virginia la que se quedó callada. Su mano sujetaba el auricular con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Al fin logró encontrar las palabras:

—Lo siento, Livia. Sé que Nathan y yo... sé que estamos haciendo daño a dos personas. A usted y a Frederic. Ojalá... —se interrumpió.

¿Qué podía decirle? «¿Ojalá no hubiese sucedido nada?» Habría sido una mentira. «¿Ojalá no hubiésemos tenido que hacer daño a nadie?» Era ridículo. Por lo menos a Livia le sonaría a broma. Así que dejó la frase inconclusa.

—Mire —dijo Livia—, después de todos los años que he pasado con Nathan, ahora siento alivio. Estoy muy triste y no sé qué va a ser de mí, pero en los últimos días he comprendido que... que entre nosotros las cosas tampoco habrían funcionado, aunque no hubiese estado usted. Y no sólo por culpa del naufragio. Nuestro matrimonio ya había fracasado antes. Él se aferraba a la idea de la vuelta al mundo, y yo me decía que los dos seríamos felices cuando él fuera feliz... Pero las cosas no funcionan así. Yo odiaba el barco y los puertos y los trabajos que tenía que buscarme. Soy una persona que necesita un hogar en tierra firme. Quiero plantar flores y charlar con los vecinos por encima de la verja del jardín. Lavar la ropa con mi propia lavadora, comprar el pan en el mismo sitio cada mañana y conversar con la gente que me cruzo en el camino. No quiero vivir en un sitio diferente cada día y no poder tener amigos porque nunca me quedaré demasiado en ningún lugar. Quiero... quiero tener hijos, Virginia. Me muero de ganas de tener hijos. Y tienen que crecer en un ambiente tranquilo y seguro. Hijos.

—Kim ha desaparecido —dijo Virginia.

—¿Otra vez?

—Después del colegio. Ayer. Pero aún no la hemos encontrado.

—Lo siento. Ha de ser horrible para ustedes.

La sinceridad de Livia le llenó los ojos de lágrimas. Intentó controlarlas con todas sus fuerzas.

—Sí —dijo—, es terrible. La policía está buscándola con sus perros. Frederic y el señor Walker también han salido a buscarla, por segunda vez. No dejo de preguntarme dónde habrá pasado la noche... —Se le quebró la voz. Las imágenes que aparecieron ante sus ojos eran espeluznantes.

—Le daré el teléfono de mi amiga en Alemania —dijo Livia al fin—. Podrá encontrarme allá en los próximos días. Le agradecería que me llamara cuando encuentren a Kim. Me gustaría saberlo.

—Por supuesto, Livia. Así lo haré. —Y apuntó el teléfono.

—Sólo una cosa más —dijo Livia con cierta indecisión—. También puede darle el número a mi marido. Quizá desee ponerse en contacto conmigo. Habrá cosas que aclarar, sin duda.

—De acuerdo —dijo Virginia.

Se despidieron. Virginia colgó y fue a la habitación de su hija. Ordenó los muñecos de peluche que estaban sobre la ventana, nerviosa, y corrió las cortinas. Echó un vistazo a la libreta que había sobre el escritorio, junto a la caja de lápices de colores. Kim había intentado dibujar un caballo, aunque más bien parecía una rata muerta.

«¡Deja que regrese! —rogó en silencio—. ¡Deja que regrese pronto y que vuelva a ser feliz!»

Muerta de miedo y desesperación, regresó al piso de abajo y llamó al hostel de Nathan. Una mujer malhumorada contestó y le dijo que el señor Moor había salido a dar un paseo. Y que no sabía cuándo volvería.

¿Por qué no la llamaba? ¿Por qué no se preocupaba por Kim? ¿O por ella misma, por Virginia? ¿No se imaginaba lo mal que estaba pasándolo?

Frederic volvió poco después de la una de la tarde.

—No la habéis encontrado —dijo Virginia. No era una pregunta, sino una afirmación.

—No. —Frederic se pasó las manos por la cara. Estaba muy pálido y tenía los ojos sanguinolentos de cansancio—. No hemos encontrado nada. Hemos vuelto a la cabaña y a los zarzales donde construyó un escondite. Recorrimos buena parte del camino hasta el colegio. Y ni rastro de ella.

Ella alargó la mano y le acarició brevemente el brazo.

—Ve a acostarte un rato. Tienes un aspecto horrible.

—No creo que pueda dormirme —dijo Frederic.

Pero poco después Virginia fue a la cocina a servirse un vaso de agua, y al regresar al salón se lo encontró dormido en su sofá, frente a la ventana.

Fue al dormitorio para ponerse algo más abrigado —estaba helada, aunque el día no era demasiado frío—, cuando sonó su móvil. Supuso que se trataba de Nathan, y se alegró de estar en el primer piso, lejos de Frederic.

Nathan parecía muy animado.

—Buenos días, cariño —dijo, pese a que ya era más de la una—. He salido a dar un largo paseo por el mar. Hoy hace un día increíble: cielo azul y sol. No sé si los enormes árboles que rodean tu casa te lo han dejado ver.

A ella le pareció que su tono era de lo más inapropiado.

—Mi hija ha desaparecido. De momento no he tenido ganas de admirarme del

tiempo.

—¿Sigue desaparecida?

—Sí. ¡Lo sabrías si me hubieses llamado a lo largo de la mañana para interesarte por ella!

Él suspiró.

—Perdona. Creía que ya habría aparecido. Me resulta complicado llamarte. No puedo saber si tu marido está a tu lado, y me siento incómodo...

—Lo entiendo.

—Tengo una idea. ¿Por qué no vienes un rato, paseamos por la playa e intentas calmarte un poco, eh? ¿Qué te parece?

—No quiero alejarme de aquí.

—Aunque te quedes, no puedes hacer nada.

—De todos modos quiero quedarme. Kim puede aparecer en cualquier momento y...

Él suspiró de nuevo.

—Yo iría encantado, pero no me apetece encontrarme con Frederic. Además, no puedo gastar demasiada gasolina. De verdad, creo que tendrías...

Ella necesitaba que la consolaran y apoyaran, pero de pronto fue como si aquel deseo hubiese desaparecido. No era el momento de pedir consuelo, sino de dejarse la piel intentando encontrar a Kim.

—No —lo interrumpió. Y al darse cuenta de lo brusca que había sido, añadió con suavidad—: Lo siento. Sé que lo haces con buena intención.

Él pareció ofenderse.

—No puedo obligarte a que vengas. Si cambias de opinión ya sabes dónde encontrarme. —Y colgó.

Ella también colgó y miró la pantalla, que tenía una foto de Kim como fondo. Kim apoyando la mejilla en su suave osito de peluche.

—¿Dónde estás? —susurró—. Cielo, ¿dónde estás?

En una cosa tenía razón Nathan: en casa no podía hacer nada, y no le hacía ningún bien pasarse el rato deambulando de habitación en habitación, mirando fotos y deprimiéndose más.

Escribió una nota a Frederic, que aún dormía, y la dejó sobre la mesa de la cocina: «He ido a dar un paseo. Necesito salir para no enloquecer. Virginia.»

Cinco minutos después estaba en su coche y cruzaba la verja de la entrada dejando atrás los árboles altos y espesos de Ferndale House. Ante ella se abrió un paisaje amplio y verde.

Lo que había dicho Nathan era verdad: el cielo estaba azul y el sol brillaba en lo alto.

Pese a que era miércoles, un día que no guardaba relación con lo que el desconocido le había indicado, Janie volvió a parapetarse tras la inmobiliaria frente a la papelería y observó la puerta con toda la atención del mundo. Había pasado más de media noche desvelada pensando en su fiesta de cumpleaños, y en un momento dado se le ocurrió que aquel hombre, que a fin de cuentas había sido tan simpático, tal vez no se había enfadado con ella, sino que por alguna razón había tenido que alterar su rutina. La gente hace cosas así. Quizá ya no iba a la papelería los lunes, sino los miércoles o los jueves. Y como no sabía su apellido ni su dirección, no había podido comunicárselo a ella.

En cualquier caso, valía la pena intentarlo.

La mala noticia era que, por desgracia, tendría que volver a hacer novillos en la escuela. Esta vez no en gimnasia. Entre la una y las dos era la hora de comer, y Janie esperó que su ausencia no llamara demasiado la atención. De dos a cuatro tenían dibujo. La profesora, evidentemente, notaría que faltaba alguien. Preguntaría a sus compañeros y éstos le dirían que Janie había estado por la mañana. Entonces supondrían que se había encontrado mal. Hacía pocos días otro niño se había marchado a casa a mediodía porque se encontraba mal. La diferencia era que lo había notificado en la escuela. Era obligatorio. Uno no podía marcharse sin más.

Así pues, tendría problemas. Todavía no se creía que anteayer no le hubiese pasado nada. Seguro que enviarían una carta a su madre, pero no sería demasiado difícil interceptarla porque ella llegaba a casa primero y cogía el correo del buzón. No obstante, presentía que al final el colegio emprendería alguna otra acción, cansado de enviar cartas que no obtenían respuesta. Bueno, para cuando estallara el asunto era posible que ella ya hubiera dado con aquel amable desconocido y pudiese explicar a su madre de qué iba todo y jurarle que no volvería a pasar.

Ojalá.

Echó un vistazo a su reloj. Las dos menos diez. Nadie había entrado ni salido aún del establecimiento. Si hoy tampoco aparecía... tendría que volver mañana a su puesto de observación. ¿Y qué asignaturas se saltaría? Música, si no recordaba mal. La señora Hart, la profesora, era muy estricta y algo histérica. Se alteraba por todo y se enfadaba mucho cuando un alumno susurraba en clase o hacía algún ruido con el papel en el momento inadecuado. Janie suspiró. La señora Hart montaría una buena si se saltaba su clase, estaba segura.

¿Y cómo podía saber si el desconocido no había cambiado también la hora de sus visitas a la papelería? Quizá ahora iba a las nueve de la mañana. En realidad tendría que montar guardia a todas horas, de la mañana a la noche.

«Mañana, al salir de casa, vendré directa aquí —se dijo—. No iré a la escuela.»

Se llevó un susto de muerte al notar de pronto que alguien le tocaba el hombro. No había oído acercarse a nadie. Se dio la vuelta y vio la cara seria de la mujer de la inmobiliaria. Llevaba un vestido gris y tenía un aspecto tan pulcro y estudiado como

el lunes pasado.

—Tú otra vez —dijo.

Janie sonrió, angustiada.

—Mira, empiezo a pensar que algo no va bien —añadió la mujer—. Creo que esta vez sí voy a llamar a tu madre.

—Todo va perfectamente —le aseguró Janie—. Estaba a punto de marcharme...

Dio un paso hacia un lado, pero la mujer la retuvo. Esta vez le cogió el brazo con fuerza y no era fácil librarse.

—A estas horas tendrías que estar en el cole, ¿no? Y me llama la atención que hayas escogido esta esquina para quedarte. Aquí no hay nada interesante.

Los ojos de Janie se humedecieron. Aquella mujer iba a estropearlo todo.

—Vamos a mi despacho y llamaremos a tu madre —dijo la mujer, dirigiéndola hacia la puerta de cristal de la inmobiliaria—. ¡Siéntate!

Señaló una de las dos sillas negras que había frente a una mesa igualmente negra y concienzudamente ordenada. La mujer se sentó tras la mesa y cogió el teléfono.

—Dime tu teléfono.

—Mamá no está en casa —susurró Janie. Le habría gustado expresarse en un tono normal, pero su voz no parecía dispuesta a obedecerla.

—¿Y dónde está?

—Trabajando.

—¿Dónde?

—No lo sé.

La mujer volvió a mirarla con dureza.

—También puedo llamar a la policía, señorita... Dime, ¿cómo te llamas?

—Janie —murmuró.

—Bien, Janie, escúchame. Estoy preocupada por ti. Haces novillos y te pasas horas en esta esquina sin motivo aparente. Y llevas haciéndolo ya dos días, que yo sepa. Quizá más. Me gustaría aclarar la situación. O me dices cómo localizar a tu madre o tu padre o te llevo directamente a la policía. Decide.

—Mi mamá trabaja en una lavandería —dijo Janie.

Las lágrimas le resbalaron por las mejillas. Se inclinó hacia su mochila, rebuscó y al final sacó una tarjetita.

—Aquí está su teléfono.

—Vaya —dijo la mujer. Cogió la tarjeta y marcó el número—. Así que lo sabías.

—¿Cómo te atreves a hacerme esto? —Doris había encendido un cigarrillo, pero se le consumió sin que ella se diera cuenta.

Estaba en la sala e iba vestida aún con la bata del trabajo. Llevaba el pelo recogido en un moño tirante y algo encrespado en la frente debido a la humedad que había en la lavandería. Tenía un aspecto triste y miserable.

«Pero es que siempre tiene el mismo aspecto», pensó Janie.

—¿Tienes idea de lo que se ha enfadado mi jefa cuando de pronto le he dicho que tenía que marcharme? ¿Cómo las he dejado a todas al abandonar mi puesto? Así no voy a ganarme muchas amigas, ¿sabes? Éste es el tipo de cosas de las que todos se acuerdan cuando hay que despedir a alguien. Hasta tú tendrías que saber lo precaria que sería nuestra situación si me quedara sin trabajo...

—No hacía falta que fueras a buscarme...

—Ah, ¿no? Una mujer me llama para decirme que mi hija de ocho años está haciendo novillos y deambulando por la calle, ¿y quieres que me comporte como si no pasara nada? ¿Qué querías que le dijera a esa bruja? ¿Que me importa un pito lo que haga mi hija? ¿Que te dejara otra vez en la calle? Por el modo en que hablaba, estoy segura de que habría acabado llamando a la oficina de protección de menores y nos los habría echado encima. ¿Te apetecería vivir en un orfanato?

Janie no había pensado en eso. Cuando su madre entró en la inmobiliaria hecha una furia y con cara de pocos amigos (una imagen dolorosamente opuesta a la de la mujer del traje gris) y la agarró de la mano con tanta fuerza que le hizo daño, Janie pensó que no podía haber nada peor que aquello. Se veía que Doris estaba a punto de explotar, y Janie habría dado lo que fuera porque el suelo se la tragara.

Pero un orfanato... Eso era diferente. No quería acabar en uno, por nada del mundo. En su edificio, los tres hijos de la familia del piso de abajo habían tenido que irse a un orfanato porque su padre siempre estaba borracho y su madre había intentado suicidarse en dos ocasiones saltando desde el balcón, pero no había logrado más que romperse algunos huesos. Janie vio cómo se los llevaban, acompañados por una mujer que no parecía nada simpática. Recordaba que aquella noche había tenido escalofríos y pesadillas al revivir la escena.

No. Un orfanato era la peor opción. Se echó a llorar otra vez.

Doris notó al fin que su cigarrillo se había consumido, y encendió uno nuevo. Dio una calada profunda y pareció calmarse un poco. Miró a su hija, acurrucada en el sofá como un perrito abandonado.

—Bueno. ¿Me dirás de una vez qué demonios hacías en esa esquina? No irás a decirme que querías comprarte una de esas casas de ensueño que se anuncian en la inmobiliaria, ¿verdad?

Janie calló. Durante todo el rato no hizo más que pensar: «Si se lo digo todo y se lo explico bien, mamá me entenderá. Dejará de estar enfadada y quizá hasta me ayudará a encontrar al desconocido. ¡Se alegrará de que alguien quiera hacerme un regalo tan guay!»

Pero de pronto ya no estaba segura de que fuera así. Su madre estaba enfadadísima.

Doris entornó los ojos.

—Mira, si no me dices lo que pasa, empezaré a plantearme realmente que he fracasado con tu educación, que me han superado los acontecimientos, y tendré

que...

—¡No! —Janie alzó los ojos—. ¡No quiero ir a un orfanato! ¡Por favor, mami! ¡No!

—Pues dime qué está pasando. —Doris echó un vistazo a su reloj—. Y rápido. Tengo que volver al trabajo.

—Quería ver al hombre —susurró la niña.

—¿Qué hombre?

—El de la fiesta de cumpleaños...

Doris suspiró.

—No entiendo nada. ¿Qué fiesta de cumpleaños? ¿La tuya?

—Sí. Tenía muchas ganas de celebrar una fiesta con mis amigos.

—Lo sé. Ya hemos discutido el tema largo y tendido.

—El hombre dijo que podía ayudarme.

—Pero ¿qué hombre?

—No sé quién es. No sé su nombre. Eso es lo malo. Y ya no va a la papelería donde nos conocimos, aunque me dijo que iba todos los lunes. Me dijo que estaba dispuesto a cambiar sus costumbres e ir un sábado para enseñarme su casa, pero tú cogiste aquel dolor de barriga tan fuerte y yo no pude ir a verlo. Creo que se ha enfadado conmigo, y eso que no fue culpa mía. Ya no ha vuelto ningún lunes, y ahora pienso que quizá venga algún otro día. Por eso lo he intentado hoy. Ya sé que no tendría que haber hecho novillos, pero es que me hacía tanta ilusión...

Doris miró a su hija con los ojos como platos. Su cigarrillo volvió a consumirse sin que ella fuera capaz de darle una sola calada más.

—¿Te he entendido bien? ¿Un desconocido quería ayudarte a organizar tu fiesta de cumpleaños?

—Sí. Me dijo que tenía una casa muy grande con un jardín muy bonito y que era un experto organizando fiestas de cumpleaños. Quería enseñármelo todo y ayudarme a decidir cómo decoraríamos el jardín o el sótano. Me dijo que podía invitar a todos los niños que quisiera. Por eso compré las invitaciones.

Doris se dejó caer en el sofá. Janie observó que su madre parecía aún más pálida que de costumbre.

—Dios mío —susurró Doris.

—Es muy simpático, mami, de verdad —dijo Janie.

Hubo un largo silencio. El cigarrillo se consumió hasta el filtro y llegó a los dedos de Doris, que dio un respingo y lo tiró en el cenicero que había sobre la mesa.

—¿Cómo empezasteis a hablar? —preguntó.

—En la papelería. Yo estaba allí, mirando las invitaciones, y él me preguntó si era mi cumpleaños. Entonces le dije que tú no querías que invitara a mis amigos a casa y que yo... que yo estaba muy triste...

Doris asintió a cámara lenta. Luego se levantó con repentina decisión, se quitó la bata blanca y cogió su bolso.

—Vamos —dijo a su hija.

Janie la miró con recelo.

—¿Adónde?

—A la policía. Tienes que contarles lo que acabas de decirme, ¿vale? Y descríbeles ese hombre con toda exactitud.

Es muy importante.

—¡Pero si no ha hecho nada malo!

Doris cerró los ojos un segundo.

—No —dijo al fin, en voz baja—. Contigo no. No le salió bien. Y por primera vez en mi vida doy gracias al buen Dios, de todo corazón, por mi dolor de barriga.

Janie no entendía nada, pero al menos ya no parecía enfadada.

Y eso era más de lo que habría osado desear apenas media hora atrás.

5

Lloró durante toda una hora. Dejó correr por sus mejillas todo el miedo y la desesperación de las últimas horas, y al final se sintió algo mejor. No es que sus miedos hubiesen desaparecido, eso no pasaría hasta que Kim estuviese de nuevo en casa, sana y salva, pero la tensión se había liberado un poco; los inflexibles dedos del terror la ahogaban con un poco menos de fuerza.

—Volverá. Claro que volverá —dijo al final en voz alta, y se sonó la nariz. Dejó de llorar.

Sin haberlo planeado, siguiendo un impulso o quizá una necesidad, condujo hasta el colegio de Kim, aparcó a cierta distancia y anduvo hasta el edificio cuyo verde patio de entrada estaba en ese momento abarrotado de estudiantes en el recreo. Jugaban al pilla-pilla, a la rayuela, paseaban en grupo o charlaban mientras tomaban el sol. Los gritos y las risas llenaban el aire.

Hasta el día anterior Kim había estado entre ellos.

Y tenía que volver a estarlo. Lo contrario era impensable.

No es que Virginia pensara encontrar a su hija, ni alguna pista para localizarla, porque Frederic y Jack ya habían estado allí y habían rastrillado la escuela y todo el recinto a conciencia, pero había sentido el deseo de estar simbólicamente cerca de su hija, visitando el último lugar en que Kim había estado. Antes de desaparecer.

Ahí había estado Kim. Frente a la enorme verja de entrada, que debía de tener un aspecto poderoso e inmenso frente a una niña de siete años. Había llovido, no cuatro gotas sino una buena tormenta. Pero, por lo visto, Kim no se había puesto a resguardo. Tenía que estar muy segura de que pasarían a recogerla, tanto como para no volver al edificio a guarecerse bajo el porche de entrada.

Era tan confiada...

¿Quién la habría invitado a subir a su coche?

Virginia se quedó de pie en el camino de entrada, observando el lugar en el que debió de estar su hija, e intentó imaginar qué habría pensado.

«¿O no has subido a ningún coche? —le preguntó mentalmente—. El tiempo pasa, nadie viene. Piensas que mamá ha vuelto a fallarte. Que no está en tu primer día de colegio. Te entra el pánico y te sientes sola. Lo único que quieres es marcharte, como la tarde anterior. Pero ¿adónde has ido? ¿Adónde?»

Pensó en Skye. En su propia escapada, impulsiva y desconsiderada. En las noches con Nathan. En su decisión de compartir la vida con él. No había sido precisamente cuidadosa con los sentimientos de quienes la rodeaban. No con los de Frederic, desde luego, pero tampoco con los de Kim. A su marido le había explicado lo que sucedía, pero Kim sólo lo había intuido, y aquello tenía que ser aún peor, más angustioso. Se escapó una vez y ahora quizá otra. Estaba pidiendo ayuda a gritos. Su madre estaba a punto de echar por la borda el centro de su mundo: su familia. Un horror para cualquier niño.

Virginia dio media vuelta y se dirigió al parque contiguo al edificio de la escuela. Había algunas personas paseando, pero nadie le prestó atención. Cuando empezaron a caerle las lágrimas se puso las gafas de sol. Descubrió un banco oculto entre la vegetación; se sentó y lloró, lloró y lloró de miedo y culpa. Y cuando acabó, supo que pese a todo volvería a hacer lo mismo, porque llevaba mucho tiempo soñando con una nueva vida. ¿Una vida con Nathan?

«Pero tendría que haberlo hecho con más tacto —se dijo—, con tacto y sensibilidad.»

Volvió al colegio, que ahora estaba en silencio, al sol. Se habían reiniciado las clases. De una ventana abierta le llegaron las notas de un piano.

Pero ninguna respuesta. Aquel lugar tampoco quería darle pistas sobre el paradero de su niña. Ni una idea, ni un presentimiento, ni un instinto que le revelara algo.

Sólo la sensación de que Kim la llamaba. De que estaba viva y necesitaba a su madre.

Cuando detuvo el coche en Ferndale, frente a la entrada de la casa, la puerta se abrió de golpe y Frederic salió presuroso. Parecía estar esperándola; quizá estaba preocupado por ella. Había estado fuera casi dos horas y media.

Se preparó para recibir sus reproches y bajó del coche.

—Frederic —dijo.

Para su sorpresa, no tuvo que aguantar ningún escándalo por haberse marchado. Su marido estaba blanco como el papel, los ojos sombríos, casi negros.

—Kim —dijo él.

El temblor que recorrió a Virginia fue tan intenso y repentino que creyó que iba a desmayarse y se apoyó en el brazo de Frederic. Él la sostuvo. Sus rostros quedaron muy cerca el uno del otro.

—¿Qué pasa? ¿Qué sabes de Kim? —Virginia necesitó un segundo para comprender que aquella voz chillona y aguda era la suya.

—Ha llamado alguien —dijo Frederic—, y ha pedido un rescate por ella.

—¿Un rescate?

—La han secuestrado.

6

—Lo más probable —dijo el comisario Baker— es que se trate de un listillo aprovechado. O de un bromista. No obstante, sea quien sea quien se dedica a jugar estas malas pasadas, tendrá que vérselas con la justicia.

—Pero si se trata de alguien que pretende sacar provecho... —dijo Frederic.

—Entonces intentará alargar el juego lo máximo posible —dijo Baker—. Seguramente hasta que le den dinero. Pero eso no significa que tenga a la niña. Sólo intenta sacar partido pícaramente de la situación. Ha oído en la radio que se ha perdido una niña y...

—Pero el apellido Quentin es muy corriente en esta zona —dijo Frederic—. ¿Cómo es posible que haya llamado justo aquí?

Baker se encogió de hombros.

—Usted es bastante conocido, señor Quentin. Como banquero, y sobre todo últimamente como político. El tipo se limita a intentarlo sólo porque en su caso es posible que reúna una buena cantidad de dinero. Y, ¡bingo!, ha dado de lleno en la diana. La que ha desaparecido es realmente la hija del banquero y político Frederic Quentin. Seguro que lo supo inmediatamente, por el modo en que usted le habló. De no haber sido así, habría colgado sin más. ¿Qué podía perder?

—Pero no puede desestimar sin más la posibilidad de que Kim haya sido secuestrada, ¿no? —dijo Virginia.

Desde su regreso de la ciudad había estado callada, sentada en un balancín del salón, incapaz de reaccionar. Frederic la había acompañado hasta allí y la había ayudado a sentarse. Ella se había comportado como una anciana achacosa. Nunca se había sentido tan débil y agotada. Se diría que había perdido de pronto todas sus fuerzas, su vitalidad y juventud.

Antes de que ella volviera, Frederic había llamado al comisario, que se había presentado en la casa con dos oficiales. Pincharon el teléfono, aunque Baker se había mostrado más bien escéptico. Hoy en día la gente está muy bien informada. Por mucho que se intente alargar la conversación para localizar la llamada, es muy probable que cuelgue rápido. De todos modos, había que intentarlo.

Virginia se enteró entonces de lo que el tipo en cuestión había dicho. Antes ni siquiera se le había ocurrido preguntárselo a Frederic.

—Era un hombre —explicó Frederic—, pero su voz sonaba distorsionada. Me recordó a...

—¿A quién? —preguntó Baker.

Frederic meneó la cabeza.

—No, por desgracia no me recordó a nadie conocido. Sólo quería decir que el sonido distorsionado me recordaba a un juguete de mi hija. Cuando cumplió cuatro años le regalamos un radiocasete infantil. Tenía un micrófono incorporado para que los niños cantaran sus canciones, y varias opciones para distorsionar la voz: aguda, grave... A Kim le encantaba. La voz del tipo que llamó me lo recordó. Como si la hubiese distorsionado con aquel juguete.

Baker fue tomando nota.

—¿Qué paso entonces? —preguntó.

—Me preguntó si yo era Frederic Quentin, y cuando le dije que sí, replicó: «Tengo a su hija. Se encuentra bien. La recuperará por cien mil libras.»

—Tengo que insistir —lo interrumpió Baker—. ¿Está seguro de que la voz no le resultó familiar? ¿En ningún momento pensó en alguien siquiera unos segundos?

—En absoluto, no. La voz estaba tan manipulada que tenía que esforzarme para comprender lo que me decía.

—Pero ¿está seguro de que se trataba de un hombre?

Frederic dudó.

—Era una voz masculina. Aunque también podrían haberla programado para que sonara de ese modo. Así pues, no, comisario, no estoy seguro de que se tratase de un hombre.

—Entiendo. ¿Qué más le dijo?

—Le pregunté quién era y me dijo que eso no importaba. «Consiga el dinero; ya lo llamaré», dijo. Y colgó.

Virginia ocultó la cara entre las manos.

Los hombres siguieron hablando sobre la posibilidad de que se tratara de un aprovechado que hubiese tenido la suerte de dar en la diana al llamar a la prominente familia Quentin.

—Pero no puede desestimar sin más la posibilidad de que Kim haya sido secuestrada, ¿no? —repitió Virginia, como ausente.

—En este momento no podemos desestimar ninguna posibilidad —le respondió Baker.

—Nuestro nombre no aparece en la guía —dijo Frederic—, y también he eliminado nuestra dirección. ¿De dónde puede haber sacado nuestro número?

—De Kim —dijo Virginia. Una vez más, se sorprendió de lo aguda que sonaba su voz—. ¡De Kim, porque la ha secuestrado!

Baker, que estaba sentado frente a ella en el sofá, se inclinó un poco hacia delante.

—Señora Quentin, sé que es más fácil decirlo que hacerlo, pero debería controlar los nervios. Quizá su hija haya sido secuestrada, cierto, pero eso significaría, al menos, que no está en manos del asesino y violador que buscamos. A ése el dinero le importa bien poco.

—Es una pesadilla —musitó ella—. Esto es una pesadilla.

—Tenemos que considerar todas las posibilidades —dijo Baker—. Hasta podría tratarse de un compañero de clase de su hija, o del hermano o hermana mayor de algún compañero. Ellos seguro que tienen su número. Es posible que se trate sólo de unos adolescentes permitiéndose una broma pesada.

—¿Qué va a hacer ahora, comisario? —preguntó Frederic.

Baker pasó por alto la pregunta y miró a Virginia.

—¿Dónde estuvo esta mañana, señora Quentin? Su marido nos dijo que llegó a casa poco después de la llamada. Se apartó el pelo de la frente.

—Fui al colegio de Kim, no sé por qué... De algún modo quería estar en el lugar donde fue vista por última vez. Y tuve la sensación de que... —Se interrumpió.

—¿De que qué?

—De que me llamaba. Pude oírlo claramente. —Respiró hondo—. Mi hija está viva, comisario —dijo, esta vez sin que le temblara la voz—. Estoy segura de que vive.

—Por supuesto, nosotros también partimos de esa premisa —dijo Baker, pero Virginia se preguntó si en realidad estaba tan seguro como parecía.

Tras unos instantes de silencio, Frederic preguntó:

—¿No quería hablar también con Moor, comisario?

Baker asintió.

—Aún no he tenido tiempo. —Se dirigió a Virginia—. Supongo que el señor Moor sabe que su hija ha desaparecido, ¿no?

—Desde luego. ¿Qué está insinuando?

—Nada. Sólo quería confirmarlo.

—¿Y cuándo hablará con él? —insistió Frederic.

—Lo antes posible, señor Quentin, se lo aseguro. Estaba a punto de hacerlo cuando surgió otra cosa.

Frederic lo miró con curiosidad.

—Este mediodía fueron a comisaría una mujer y su hija de ocho años —explicó Baker—. Hace menos de dos semanas la pequeña mantuvo una charla con un desconocido que, coincidiendo con el patrón que hemos adoptado para definir al asesino de niñas, se presentó ante ella como el hombre capaz de hacer realidad su máximo sueño. El azar quiso que la niña no se fuera con él, y también que acabara contándoselo todo a su madre. Tuve que reunirme con ellas y por eso aplacé el interrogatorio del señor Moor.

—¿De modo que tienen una descripción del asesino?

Baker ladeó la cabeza.

—Bueno, no precisamente. Cuando me fui de comisaría, el dibujante estaba intentando hacer un retrato robot, pero la niña se encontraba nerviosa y han pasado ya muchos días desde que lo vio por primera y única vez; sus recuerdos son bastante imprecisos. Sea como fuere, por fin tenemos algo a lo que agarrarnos.

—Pero eso no tiene nada que ver con nosotros —dijo Virginia.

—Creo que no —la tranquilizó Baker.

—¿Qué van a hacer ahora? ¿Qué quieren que hagamos nosotros? —preguntó Frederic, al ver que el comisario guardaba su libreta y hacía ademán de marcharse.

—Hablaré con Moor, y con los profesores y los compañeros de clase de Kim. Nuestras patrullas seguirán buscando. Me temo que de momento no podemos hacer mucho más. Sólo mantener la calma. Intenten que haya siempre alguien en casa, por si el sujeto vuelve a llamar. Si lo hace, avísenme de inmediato.

—Por supuesto —dijo Frederic.

Acompañó a Baker y a los policías hasta la puerta. Virginia siguió sentada en su mecedora. No fue capaz de levantarse.

Cuando Frederic regresó al salón, ella intentó descifrar su expresión para saber lo que pensaba, pero Frederic parecía una estatua. Por lo visto, no estaba dispuesto a compartir con ella el entumecedor miedo que sentía.

—Me voy arriba —dijo—. Llamaré al banco desde allí.

—¿Para qué?

—Para que preparen las cien mil libras. Quiero tener el dinero a mano y pagar inmediatamente si ese hombre vuelve a llamar.

—¿Y si no llama?

—Entonces Baker tendrá razón: era un farsante. Y Kim no ha sido secuestrada, sino...

—... sino que se ha perdido —se apresuró a concluir Virginia.

—Pronto volverá a estar con nosotros —dijo Frederic, y se marchó.

«Con nosotros», pero «nosotros» se había convertido en un concepto vacío, y él lo sabía bien. Ya no había «nosotros». Virginia quiso llorar, pero había gastado todas sus lágrimas aquella mañana, en el parque junto al colegio.

Ahora estaba vacía.

7

—Por supuesto, no sabe el nombre de la persona que lo ayudó a cargar la batería del coche, ¿no? —preguntó el comisario Baker.

Nathan Moor se encogió de hombros, como si lo lamentara.

—No; lo siento. Su coche estaba aparcado junto al mío, y cuando llegó y vio que tenía problemas, sacó unas pinzas e hicimos un puente de batería a batería. No intercambiamos nombres ni direcciones.

—Es una lástima —dijo Baker.

—No imaginé que pudiera necesitar una coartada.

El comisario meneó la cabeza.

—No necesita usted una coartada, señor Moor. Pero todo lo que sirva para

corroborar o incluso documentar la declaración de una persona puede sernos de ayuda.

Estaban sentados en el pequeño comedor del hostel donde servían los desayunos. Tres mesas de madera con cuatro sillas respectivamente, cactus en las ventanas, cortinas blancas. Un óleo en la pared: un barco naufragando en un mar embravecido.

«Qué apropiado —pensó Baker—. Porque fue un naufragio lo que catapultó a Nathan Moor a inmiscuirse en la vida de la familia Quentin, ¿no?»

Fuera empezaba a oscurecer. Aquel día de septiembre estaba tocando a su fin. Aún se distinguían tenuemente las dunas. Más allá, el mar.

«Bonito lugar para vivir», pensó el comisario.

Más allá de su interés profesional por Nathan Moor, Baker sentía curiosidad por saber cómo era el hombre que había sido capaz de destrozar el matrimonio de los Quentin. Él ya había oído hablar de Frederic Quentin antes de que desapareciera la pequeña Kim; era un personaje mediático: salía en el periódico y hasta en la tele. Un hombre atractivo, culto y erudito, que además gozaba de muy buena reputación y una considerable fortuna. El típico hombre, supuso Baker, que toda mujer desearía tener y en ningún caso dejaría escapar. Excepto Virginia Quentin.

«He aquí —se dijo Baker con cierta resignación— un nuevo ejemplo que viene a demostrar la diferencia entre la esencia y la apariencia.» Quizá las cosas no habían funcionado tras la armónica fachada de los Quentin.

Nathan Moor era el típico triunfador con las mujeres; saltaba a la vista. No sólo era guapo, sino que también tenía encanto y sabía utilizarlo. Además, emanaba cierta agresividad sexual que las mujeres debían de percibir con mucha más intensidad que él. Una gran sensibilidad, un olfato intuitivo para las necesidades y quizá también para las carencias del prójimo, y una disposición erótica latente pero perceptible.

Así lo habría descrito Baker si hubiese tenido que caracterizarlo en pocas palabras, consciente de que se quedaba en la superficie. Con ello ni siquiera rozaba las profundidades del alma de Nathan Moor.

—¿Desde cuándo conoce a la señora Quentin? —le preguntó entonces, en tono profesional.

Moor no vaciló.

—Desde el diecinueve de agosto de este año. Hará ahora tres semanas.

—¿Antes de aquel día no conocía a nadie de la familia?

—No personalmente. Pero mientras estuvimos amarrados en el puerto de Portree, en Skye, mi mujer trabajó para los Quentin. Los ayudaba a llevar la casa y el jardín. De ahí que ya supiera de su existencia.

—¿A Kim Quentin la conoció también el diecinueve de agosto?

—Sí.

—¿Qué piensa la niña de usted?

—Creo que le caigo bien. Aunque todavía no sabe que... —Se interrumpió.

Baker lo miró con atención.

—¿Sí? ¿Qué es lo que Kim aún no sabe?

Moor se inclinó hacia delante.

—Comisario, no sé si usted lo sabe...

—Señor Moor, estoy informado de que mantiene usted una relación íntima con la señora Quentin y de que proyectan una vida en común. De hecho, me parece más que probable, y también a sus padres, que la desaparición de la niña venga provocada precisamente por esta situación.

—Así que está usted informado. Bien, eso significa que puedo hablarle con toda franqueza.

—Le ruego que lo haga —apuntó Baker.

—Pues volviendo a su pregunta sobre lo que Kim piensa de mí, creo que la niña aún no sabe nada de la aventura que mantengo con su madre. De modo que su simpatía hacia mí no se ha visto perjudicada en ese sentido. Sin embargo, opino que Kim se siente abandonada por Virginia, y no hay duda de que percibe una amenaza indefinida en el aire. Por eso ha vuelto a escaparse. Seguro que ha sido por el mismo motivo.

Baker asintió y tomó nota de un detalle: Moor había utilizado la palabra «aventura» para referirse a su relación con Virginia Quentin. Como tenía que expresarse en un idioma que no era el suyo, cabía la posibilidad de que le hubieran pasado por alto los matices lingüísticos de aquel asunto, pero también era posible que su historia con Virginia no fuera igual de importante para él que para ella. Aquello no parecía relevante para el caso, pero Baker solía fijarse en ese tipo de detalles.

—Comprendo —se limitó a decir. Reflexionó un momento y añadió—: ¿Qué hizo cuando comprobó que su coche no arrancaba y, por tanto, no podría cumplir con su promesa de recoger a Kim en el colegio?

—Estaba en el aparcamiento que hay junto a la playa, en New Hunstanton —explicó Moor—, donde por suerte hay una vieja cabina telefónica. Yo ya no tengo móvil: se hundió con el barco.

—¿La utilizó? ¿Llamó por teléfono?

—Sí. Primero intenté localizar a Virginia varias veces, pero tanto en su casa como en su móvil saltaba el contestador. Aquella tarde había quedado para hablar con su marido, y no quería que la molestaran.

—Comprendo.

—Bueno, entonces me vino a la mente el matrimonio Walker, aunque la verdad es que me costó bastante recordar su nombre. Walker. Jack y Grace Walker. Sabía que Jack estaba en Plymouth y Grace tenía gripe, pero no me quedaba otra opción. Encontré su teléfono en la guía e informé a Grace de la situación. Después volví al coche y seguí intentando que arrancara.

—¿Qué hora era cuando al fin lo puso en marcha, tras recargar la batería con las pinzas de aquel buen samaritano?

—Supongo que casi las seis —dijo Nathan.

—¿Y ya no intentó ir al colegio, en King's Lynn?

—No, claro que no. No habría llegado hasta las siete. Supuse que todo había ido bien y que Kim ya estaría en su casa.

—¿Cuándo se enteró de que no fue así?

—Bastante tarde, por la noche. Llamé a Virginia desde aquí. Debían de ser las diez y media, por lo menos. Ella estaba fuera de sí y al principio se mostró algo agresiva. Me culpaba de la desaparición de Kim.

—Mmm. —Baker cambió de tema bruscamente—. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse en Inglaterra, señor Moor?

—¿Es importante?

—Sólo es una pregunta.

—No lo sé. Aún no he tenido oportunidad de reflexionar con calma sobre mi futuro.

Hacía tres semanas que se había hundido su barco, pensó Baker, y él aún no había tenido oportunidad de reflexionar sobre su futuro. Ya.

Quizá lo que sucedía era que lo tenía todo más que decidido, y que ya había puesto manos a la obra. Estaba claro que por el momento vivía a costa de Virginia Quentin. Conducía el coche de ella y probablemente pagaba su estancia en aquel bonito hostel con el dinero de ella. Y para más detalles, ella estaba dispuesta a compartir su vida con él. Si todo seguía su curso, se haría con una buena pieza.

Pese a todo, Baker se recordó que debía ser cauto con las imputaciones. Su experiencia le había enseñado que las cosas no solían ser lo que parecían. Quizá Moor amara realmente a la señora Quentin. El hecho de que un naufragio lo hubiese convertido en un mendigo no tenía por qué implicar necesariamente que su relación fuese espuria. Con los clichés hay que andarse con ojo. Muchas veces las cosas son distintas de lo que creemos, y casi siempre mucho más complejas.

Además, era muy probable que esa relación sentimental no tuviera nada que ver con la desaparición de la pequeña Kim.

—Pero su mujer ya ha vuelto a Alemania, ¿no? —insistió.

—No estoy seguro. Sé que se ha marchado. Es de suponer que intentará volver a nuestro país, pero no puedo decirle con exactitud dónde se encuentra en estos momentos.

Baker cerró su libreta y se la metió junto con el bolígrafo en el bolsillo interior de la chaqueta. Se levantó.

—Esto es todo por ahora, señor Moor —dijo—. Supongo que no hace falta que le recuerde su obligación de decirme todo cuanto crea que pudiera guardar relación, aunque fuera remota, con la desaparición de Kim Quentin. De modo que si se le ocurre algo...

—Lo llamaré enseguida, comisario —dijo Nathan, levantándose también.

Ambos abandonaron el comedor en dirección a la puerta del hostel. Baker salió a la calle y respiró hondo. ¿Eran imaginaciones suyas o era cierto que la noche

acentuaba siempre los olores? La mezcla de agua salada, brisa marina y rosas de septiembre le pareció de pronto sorprendentemente bella.

«Nadie debería vivir en la ciudad», pensó.

Cuando subió a su coche, Nathan Moor ya había cerrado la puerta. Sólo quedaba iluminada la lamparita del jardín. Por lo demás reinaba la oscuridad. Como siempre, Baker resumió para sus adentros las impresiones que le suscitó aquella entrevista: «Un tipo ambiguo. Se entiende el desagrado que produjo a Frederic Quentin desde el principio, con independencia de que seguramente vaya a quitarle a su mujer. Es inteligente, educado y seguro de sí mismo. No permite que nadie se asome a su interior. ¿Es un asesino?»

«Respecto a eso —pensó mientras miraba el salpicadero—, no tenemos ni la más mínima prueba.» Por cuanto hacía al caso Kim Quentin, Moor no le había aportado ninguna pista, al menos por el momento.

Jueves 7 de septiembre

1

Por primera vez desde que empezó la escuela, Janie pudo quedarse en casa sin estar enferma. Y ni siquiera lo había pedido: fue su madre quien lo había decretado el día anterior, al volver a casa tras pasar cuatro horas en la comisaría, donde la cabeza había empezado a darle vueltas y había acabado hecha un lío.

E incluso se produjo otro milagro: Doris también se tomó el día libre. Y eso que tampoco estaba enferma. Eso nunca había sucedido; al contrario: aunque tuviera fiebre o escalofríos, Doris jamás faltaba a la lavandería. Janie siempre había creído que su madre sólo tenía miedo a una cosa en el mundo: a perder su trabajo.

Pero de pronto comprendió que había algo que le provocaba aún más miedo, quizá incluso pavor: la seguridad de su hija. Janie jamás la había visto tan mal, tan pálida, tan desesperada como el día anterior. Sobre todo al principio, Janie no había entendido qué le pasaba. A lo largo del día, no obstante, se dio cuenta de que a nadie le gustaba el hombre que quería ayudarla a celebrar su fiesta. Estaba claro que nadie lo veía con los mismos ojos que ella. Todos los que escuchaban su historia parecían escandalizarse, y los policías la obligaron a repetir una y mil veces hasta el más mínimo detalle. Sobre todo los referentes al aspecto físico de él. Lo que más le costó fue describirlo. La verdad es que no había hablado demasiado rato con él y había pasado ya cierto tiempo...

—¿Crees que lo reconocerías si lo vieras? —le preguntó aquella mujer tan amable, de pelo largo y castaño.

Janie no sabía si también era policía. ¡Era tan guapa! Se llamaba Stella y Janie también podía llamarla así.

—Creo que sí —respondió—. Sí, lo reconocería.

—¿Cuántos años crees que tiene?

Qué pregunta más difícil.

—Era mayor.

—¿Como tu mami?

—Más.

—¿Como tu abuelo?

—No tengo abuelo.

—Pero conoces al abuelo de algún amigo, ¿no?

—Sí —dijo. «Pero parecen tener edades muy distintas», pensó—. No lo sé —añadió.

Stella tuvo mucha paciencia todo el rato. Incluso cuando Janie no logró recordar

el color de ojos del desconocido ni la ropa que llevaba. Al menos sí creía estar segura del color de pelo.

—Castaño —dijo—. Como el de usted.

—Ya —dijo Stella—. El color más corriente del mundo.

—Creo que con algunas canas... —dijo Janie, aunque no se habría atrevido a jurarlo.

Llegó un dibujante para retratar al desconocido a partir de sus recuerdos, pero éstos eran vacilantes e imprecisos. Todos fueron muy amables con ella, pero Janie notó que estaban decepcionados. Se sintió como en el colegio, cuando un profesor no se quedaba contento con sus respuestas, y al final se puso a llorar. Sabía que no tenía que hacer novillos, pero no tenía ni idea de que provocaría semejante alboroto.

Por fin la dejaron irse a casa, pero esta vez no cogieron el autobús, como a la ida, sino que fueron en un coche de policía. Al despedirse, el agente había dicho:

—Debería hablar muy en serio con su hija, señora. Debe saber el peligro que ha corrido.

Y Doris le respondió:

—Hablaré con ella. Puede usted estar seguro.

Janie se había puesto muy nerviosa, porque estaba convencida de que iba a caerle una buena: nada de regalos de cumpleaños ni de semanas durante una temporada, y seguramente nada de pasar la tarde en casa de alguna amiga o de asistir a ninguna fiesta, por lo menos hasta Navidad.

Sin embargo, su madre no la riñó en absoluto, sino que le preparó un bocadillo, le dio un baño espumoso y la envió a la cama.

Durante la cena, mamá también lloró. Y al final le dijo que al día siguiente no iría a trabajar y ella tampoco iría al colegio, porque tenían que hablar.

—No volveré a hacerlo, te lo juro —le dijo Janie durante el desayuno—. Nunca más haré novillos.

—No, no deberías. No es bueno saltarse clases. Pero...

—¿Sí?

—Pero eso no es lo peor. Dios sabe que eso no es lo peor —dijo Doris, y se frotó los ojos con las manos. Miró a Janie.

—Ese hombre —dijo al fin—, ese que quería ayudarte con la fiesta... ¿sabes qué quería hacer en realidad?

—No.

—Quería matarte.

Janie estuvo a punto de soltar su taza de leche con cacao.

—¿Matarme? ¿Por qué?

—Es difícil que entiendas esto a tu edad, pero hay gente así. Hombres que matan niñas y niños. Les divierte. Están enfermos, locos, qué sé yo. Tampoco importa cómo y por qué se han convertido en monstruos. Lo que de verdad importa es mantenerse alejada de ellos. Nunca jamás debes subir a sus coches. Da igual lo que digan o

prometan. Nunca. Por ningún concepto. Ya te lo había dicho antes, ¿recuerdas? Que no tenías que hablar con desconocidos.

—Sí —musitó Janie. Era verdad: ya se lo había dicho. Pero ella lo olvidó—. Es que era muy amable —intentó justificarse—. De verdad, mami, supersimpático, encantador.

—Claro, ¿cómo si no iban a conseguir lo que se proponen? —repuso Doris, alterada—. ¿Crees que los niños se irían con ellos si se comportaran de un modo antipático o maleducado? No, claro que no. Son muy amables y prometen siempre cosas fantásticas. Pero al final te llevan a cualquier sótano inmundo y te hacen cosas...

—¿Cosas? ¿Qué cosas, mami? —preguntó Janie, sorprendida.

—Cosas horribles. Te hacen daño. Te torturan. Te hacen llorar y llamar a tu mamá, pero a ellos no les importa y se ríen. Y al final te matan para que no puedas contar a nadie lo que te han hecho. Y todo porque fuiste tan insensata como para creer lo que te prometían.

Janie no daba crédito a lo que oía. ¿Aquel hombre tan amable quería hacerle daño? ¿Matarla? Mamá estaba segura de que sí. Stella también. Y la policía. Quizá tuvieran razón...

Las lágrimas volvieron a resbalar por sus mejillas.

—No volveré a hacerlo, mami —dijo, entre sollozos—. No me iré con nadie, aunque me lo pida con mucha educación.

Doris encendió un cigarrillo. Las manos le temblaban levemente.

—¿Quieres acompañarme mañana por la mañana a un entierro? —preguntó.

—¿Mañana por la mañana? ¿Y que vuelva a saltarme las clases?

—Sí. Y yo tampoco iré a trabajar.

—¿A quién van a enterrar? —preguntó Janie. No habría sido capaz de expresar lo confuso que le resultaba todo en aquel momento.

—A una niña. Tenía más o menos tu edad.

Janie tuvo una escalofriante sospecha. Apenas se atrevió a formularla en voz alta:

—¿Esa niña es... fue...?

—Sí —dijo Doris—. La asesinaron. La mató un hombre que también le había prometido cosas maravillosas. Por eso ella se subió a su coche.

Janie tragó saliva. Sintió que le faltaba aire para respirar.

—No —se oyó decir—. No quiero ir.

Doris le cogió la mano y se la apretó.

—Stella me ha pedido que vayamos. Es posible que... que haya sido el mismo hombre. ¿Entiendes lo que te digo? No están seguros, pero hay alguna posibilidad de que sea así y... bueno, a veces esa gente necesita estar presente cuando... cuando entierran a sus víctimas. Les gusta verlo porque así se sienten más fuertes. Tú...

—¡No! ¡No quiero! ¡No quiero ir!

—Janie, eres la única persona que lo ha visto. Escucha, lo más probable es que no

vaya y que no vuelvas a verlo nunca. Pero quieres que lo encierren, ¿verdad? Quieres que no haga daño a nadie más, ¿verdad?

Janie escuchaba a su madre, pero tuvo la sensación de que su voz iba alejándose, como si Doris estuviera saliendo de la habitación y marchándose cada vez más lejos, hasta que apenas pudo oírla. Entonces empezó a oír un zumbido en su cabeza y de pronto sintió que el suelo temblaba bajo sus pies, y que la mesa y todo lo que había en ella empezaba a zarandearse ante sus ojos.

—No quiero —dijo, aunque esta vez ni siquiera fue capaz de oír su propia voz. Quizá ni siquiera había dicho nada. Quizá sólo le había parecido que lo decía—. No quiero. No quiero.

Y entonces todo se quedó a oscuras.

2

Virginia estaba frente al espejo del pasillo, contemplándose. El viejo espejo pertenecía a la familia de Frederic, y seguramente siempre estuvo en el mismo sitio. El cristal, pese a estar enmarcado en un precioso y carísimo marco de oro, tenía algún defecto, pues quienes se miraban en él encontraban un reflejo alterado de la realidad: se veían más delgados y extrañamente alargados. Antes, cuando le daba la sensación de que estaba demasiado gorda, Virginia solía plantarse delante de aquel espejo para perder varios kilos, al menos ópticamente.

Aquel día, en aquella soleada mañana de otoño, se vio a sí misma grotescamente delgada, y por primera vez reparó en que a lo largo de los últimos días, quizá semanas, había adelgazado mucho. En efecto, el vestido le bailaba, aunque no se había dado cuenta hasta entonces. En el espejo parecía un espantajo de mejillas hundidas y bolsas bajo los ojos. Llevaba una camiseta escotada y los huesos se le marcaban como si fueran pequeñas vigas.

«¿Cuándo fue la última vez que dormí?», se preguntó.

Parecía que hacía una eternidad.

No pudo dedicar más tiempo a contemplar su penosa figura porque en ese momento sonó el teléfono. Se dio la vuelta, sobresaltada, corrió al salón y llegó al aparato al mismo tiempo que Frederic. Ambos estaban pensando lo mismo: el supuesto secuestrador volvía a llamar.

Pero era el comisario Baker. Aunque Virginia estaba ansiosa por recibir la llamada del supuesto secuestrador, el temblor de sus manos evidenciaba lo mucho que temía ese momento. Le daba miedo oír la voz distorsionada que Frederic había mencionado. Miedo del espanto que le provocaría.

Fue él quien al fin contestó, pero enseguida puso el altavoz para que ella oyera la conversación.

—He de pedirles algo muy importante —dijo Baker—. Si de aquí a mañana no

tenemos ninguna novedad, ¿podrían asistir al entierro de Rachel Cunningham?

—¿Rachel Cunningham? —repitió Frederic—. ¿No es la niña que...?

—La que encontramos en Sandringham, sí. La entierran mañana. Y no es del todo descartable que... que su asesino acuda al cementerio. No sería la primera vez que sucede.

—¿Y cómo podríamos ayudarlo?

Baker suspiró.

—Sólo es una probabilidad remota, lo sé, pero quizá logren reconocer a alguien que últimamente hayan visto cerca de su hija. Alguien a quien ahora no recuerdan porque su aparición fue fugaz. Pero al verlo tal vez...

Ahora fue Frederic quien suspiró con impaciencia.

—Sé que se trata de una petición muy dura, señor Quentin, dada su situación. Pero seguro que entienden que...

—Por supuesto —dijo Frederic—. Lo entendemos perfectamente, y es algo que también redundará en nuestro interés.

«Qué cansado parece», pensó Virginia.

Los dos hombres concluyeron su conversación. Frederic se dirigió a Virginia.

—Me voy —dijo—. Me voy a Londres a coger el dinero.

—¿Ya lo tienes?

—Lo tendré a mediodía.

El día anterior, Frederic había hablado con su colaborador más antiguo y de mayor confianza y le había explicado qué estaba pasando y los pasos a dar.

—Volveré en cuanto lo tenga. No quiero que nos demoremos ni un segundo en cuanto el... en cuanto ese hombre vuelva a ponerse en contacto con nosotros.

—¿Por qué no haces que te envíen el dinero?

Él sacudió la cabeza.

—Ahora mismo sólo confío en mí.

Ella asintió y se sintió aludida, aunque él apenas había dejado entrever su reproche: ya ni siquiera podía confiar en su mujer.

—Conduce con cuidado —le dijo.

Lo mismo que le había dicho mil veces durante años. Lo que le decía siempre que se iba a Londres.

—¿Te quedarás aquí, junto al teléfono? —quiso asegurarse él.

—Claro.

—Yo no lo veo tan claro. Quizá hayas quedado en verte con alguien.

Ella no pudo mirarlo a los ojos. Aquella frase le pareció tan hiriente, la hizo sentirse tan culpable, que apenas pudo soportarlo.

—Me quedaré aquí —dijo—, esperándote. Y por favor... ¡vuelve lo antes posible!

Cuando Frederic se marchó, la casa se quedó sumida en un horrible silencio. Un silencio mucho más intenso que el de las pasadas horas, pese a que Virginia y

Frederic apenas habían intercambiado palabra. El silencio de una casa en la que viven dos personas no es tan intenso como el de una en la que se vive solo.

Llamó al hostel de Nathan, pero la recepcionista le dijo que el señor Moor había salido.

—¿Se ha marchado en coche? —preguntó Virginia.

—No me dedico a controlar a mis clientes —respondió la mujer.

—Pero puede ver si el coche está aparcado en su sitio, ¿no?

La mujer lanzó un gruñido, pero se acercó a la ventana y echó un vistazo.

—El coche no está —dijo.

¿Por qué nunca podía localizarlo? ¿Por qué no se quedaba en casa?

Claro que... ¿qué significaba «casa» en sus circunstancias? Una pequeña habitación en un hostel barato de un país extranjero. ¿Qué pretendía ella? ¿Que él se pasara el día ahí sentado mirando por la ventana? ¿Esperando a...? ¿A qué, en realidad? A que Kim apareciese y Virginia y él pudieran planear su futuro juntos. Pero ¿cómo sería? A Nathan no le quedaba nada. Virginia se quedaría con la custodia de Kim, aunque le parecía más que dudoso que la niña quisiera vivir en compañía de un padre postizo. Si Nathan había pensado en todo eso, seguro que le había dado un ataque de nervios. Era un dilema irresoluble.

¿Lo era? ¿Se trataba de un callejón sin salida? ¿O siempre era posible encontrar un camino? ¿Pensaría Nathan en aquel camino? ¿Estaría en ese momento paseando por la zona y cavilando al respecto? ¿O estaría más bien escapando de ella, recorriendo el soleado paisaje e intentando huir de sus miserias, de las de Virginia, de las de ambos?

Empezó a pasearse por toda la casa, pero sin entrar en el cuarto de Kim. Aquella imagen le dolía demasiado. Los minutos se sucedían con lentitud. Tictac, tictac. El día parecía alargarse, vaciarse, endurecerse. Como si las agujas del reloj se ralentizaran.

Estaba cada vez más inquieta. Crecía en ella una angustiada sensación de claustrofobia, de que el aire no le llegaba a los pulmones. Fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua. Lo miró fijamente y de inmediato lo vació, porque la mera idea de beberlo le dio náuseas. Fue al salón, salió del salón, subió la escalera, entró en el baño y observó de nuevo, como hiciera por la mañana en el pasillo, a la desconocida del espejo. Tenía las manos heladas. Alguien suspiró, y Virginia tardó unos segundos en comprender que había sido ella misma.

Recordó que la primera vez que vieron al comisario Baker, un día por la mañana (en realidad el día anterior, aunque parecían haber pasado varias semanas), éste les preguntó si tenían pensado acudir a algún psicólogo, y les dijo que él podía enviarles a alguien, en caso de que así fuera. Ambos se habían negado. No porque creyeran que no necesitaban ayuda, sino porque tuvieron miedo de que las estereotipadas frases de consuelo de un profesional ajeno a su realidad pudieran provocarles un desconsuelo aún mayor.

Pero ahora Virginia pensó: «Necesito a alguien. Si no hablo con alguien, no seré capaz de superar el día.»

Estaba a punto de sufrir un ataque de pánico, y lo sabía.

Kim. Kim. Kim. Quizá estuviera gritando en ese preciso momento, llamando a su madre. Muerta de miedo y desesperación. Sola. Abandonada.

Se le aceleró el pulso y le costaba respirar. Su aliento parecía llenar todo el cuarto de baño. Intentó recordar las técnicas de respiración aprendidas durante los cursos de parto y consiguió normalizarse un poco, pero no pudo dejar de pensar que en cualquier momento perdería la razón.

De algún modo logró bajar al salón. Acercó la mano al teléfono, dispuesta a llamar al comisario y pedirle ayuda, pero volvió a dudar.

¿Cómo podría ayudarla un desconocido, por especialista que fuese? ¿Cómo lograría disipar sus miedos?

Su hija había desaparecido. Nadie lograría calmarla diciéndole que todo iba a salir bien. No tenía ningunas ganas de que alguien le aconsejase pensar en positivo y no perder la esperanza, no dejarse llevar por el temor de que las cosas no salieran como era de esperar.

«Tengo que hacer algo —pensó—, tengo que hacer algo, o empezaré a lanzarme contra las paredes y a gritar como una loca.»

Baker había dicho que hablaría con Nathan. Claro, a ojos de la policía Nathan era uno de los principales sospechosos, o, para ser más exactos, el único sospechoso.

«El hombre amable que aparece de pronto en la vida de Kim.»

Por supuesto que ella no lo veía así, en absoluto, aunque... Nathan debía haber recogido a Kim. El coche se había averiado, de acuerdo, pero nadie había podido comprobarlo. Según sus palabras, había tenido que quedarse en Hunstanton sin ninguna posibilidad de llegar a King's Lynn.

Pero... ¿y si el coche no se había estropeado?

¿No se comportaba de un modo extraño desde ayer? Llamaba muy poco, apenas preguntaba por Kim, y parecía estar pasándolo bien.

¿Era posible que Nathan tuviera algo que ver con la desaparición de su hija?

Jamás lograría saberlo si se quedaba ahí quieta. Ni siquiera bastaría con llamarlo por teléfono. Tendría que mirarlo a los ojos.

Podía desviar las llamadas de casa al móvil y seguir estando localizable. Para el secuestrador, para el comisario, para Frederic. En cualquier caso, éste no regresaría a casa hasta la tarde.

Su único problema ahora era conseguir un coche.

Cogió el teléfono y marcó la clave para desviar las llamadas. Luego recogió el bolso y salió. Fuera hacía calor. ¿Quién iba a imaginar que volvería a hacer calor?

Por suerte, Jack Walker estaba en casa y le prestó su vehículo. Virginia le pidió que controlara la verja de entrada y que la llamara si veía llegar a la policía —o a quien fuera—, y al cabo de unos minutos recorrió el camino de salida con el

inconfundible sonido del *jeep*. Se serenó un poco.

Pero el miedo siguió allí.

3

Las calles estaban desiertas y tardó poco en llegar. Entró en Hunstanton hacia las doce y preguntó a un transeúnte por el hostel. Lo encontró enseguida y sin demasiados problemas. Tras echar un vistazo comprobó que el coche de Nathan, mejor dicho, el de ella, aún no estaba en el aparcamiento. Suspiró decepcionada, porque había esperado que a esas horas ya hubiese vuelto. Bueno. Quizá estuviera a punto de aparecer.

Encontró a la dueña en el jardín de entrada, arrancando malas hierbas, y ésta respondió a su pregunta: no, no tenía ni la menor idea de adonde había ido el señor Moor o cuándo volvería.

—Probablemente haya ido a comer a algún sitio —dijo—. Aquí sólo servimos el desayuno.

«Tenía que haberlo pensado», se reprochó Virginia. Estaba agotada, vacía y descorazonada.

—¿Le molesta si lo espero aquí? —preguntó.

La mujer se encogió de hombros.

—Como quiera... Entre y siga recto. Irá a parar al comedor donde servimos el desayuno. Puede esperar allí. Por supuesto, no puedo permitirle que entre en su habitación.

Virginia recorrió el estrecho pasillo y llegó al comedor. Empezó a pasearse por la pequeña estancia, miró por la ventana y vio el soleado paisaje. Observó el cuadro del naufragio.

«¡Nunca estás aquí!», le recriminó mentalmente. Pero ¿acaso tenía la obligación de quedarse allí encerrado, esperando, por si a ella le entraban ganas de ir a preguntarle si tenía algo que ver con la desaparición de su hija?

Había conducido hasta allí para tener algo que hacer, y ahí estaba de nuevo, apresada entre cuatro paredes y condenada a la espera. Para su desesperación, notó resurgir el pánico que había sentido en casa. Un miedo atroz y amenazador. Debería haberlo pensado mejor y no salir de un modo tan precipitado. Habría sido mejor dar un paseo por los alrededores de su casa, o tomar un té en compañía de Jack y Grace, aunque ésta habría vuelto a desgranar todo su elenco de autorreproches y ella no habría sido capaz de soportarlo.

Abrió una ventana y se asomó para respirar mejor. Indudablemente, lo más apropiado habría sido llamar al comisario y pedirle la ayuda de un psicólogo. La policía sabía muy bien por qué ofrecía aquel servicio, y había sido una arrogancia por su parte creer que saldría adelante por sí sola.

Miró su reloj. No habían pasado más de diez minutos, aunque habría jurado que llevaba al menos media hora en aquel comedor. Decidió no hacer caso de la advertencia de la dueña y buscar la habitación de Nathan. No era una desconocida. Era su futura mujer. Quizá se encontrara mejor arriba, entre las cosas de él.

«¿Entre qué cosas?», se preguntó mientras subía la escalera lentamente. Nathan no tenía nada.

Al final de la escalera había dos puertas. La primera, que intentó abrir haciendo girar el pomo, estaba cerrada. La segunda estaba abierta, y la habitación tenía un aspecto tan impersonal y poco vivido que tenía que ser la habitación de un náufrago sin ninguna posesión.

La ventana estaba abierta; el cuarto, impregnado de brisa marina. El viento jugueteaba levemente con las cortinas. La cama estaba muy bien hecha y cubierta con una manta de estampado floral. En las paredes, cuadros con motivos náuticos. Por suerte, ninguna escena de naufragio.

Entró en el minúsculo cuarto de baño. Una pastilla de jabón en la pila, un tubo de crema de afeitar, una cuchilla y un peine. Nathan se las arreglaba con muy pocas cosas, no había duda. Claro que tampoco tenía opción.

De nuevo en la habitación, volvió a mirar por la ventana. Se sentó en el borde de la cama, juntó las manos y entrelazó los dedos. Cuando sonó el móvil, lo sacó del bolso con extraordinaria rapidez, como si llevara toda la vida esperando aquel momento.

—¿Sí? Soy Virginia Quentin.

Era Frederic.

—Soy yo, no te asustes. ¿Qué te pasa? Tienes una voz horrible.

Ella hizo un esfuerzo por recuperar la compostura.

—No... no me pasa nada. Todo sigue igual. Nadie llama. Yo... mis nervios...

—Ya lo sé. Haré lo posible por volver cuanto antes. Estoy en Londres y ya tengo el dinero. Tomaré un café rápido por aquí y enseguida estaré de vuelta.

«Y yo estoy en Hunstanton —pensó ella—, en la habitación de mi amante, intentando desechar una sospecha terrible y a punto de sufrir un ataque de nervios.» No lo dijo, por supuesto. Sólo repitió las palabras de aquella mañana:

—Conduce con cuidado.

Hubo un silencio, y cuando Virginia empezaba a pensar que su marido había colgado, éste dijo:

—Lo superaremos, Virginia, lo superaremos.

—Sí —dijo ella, y colgó. Metió el teléfono en su bolso.

Volvió a sentarse en la cama, pero no lograba tranquilizarse y se levantó una vez más. Podía salir a dar un paseo y volver al cabo de una hora, ¿no? Aquello parecía más razonable que quedarse en aquella estrecha habitación e ir perdiendo lentamente la razón.

Se dirigió hacia la puerta, pero entonces se fijó en un objeto pequeño y colorido,

medio escondido entre el armario y la pared. Se acercó con curiosidad y lo sacó de allí. Al principio no lo reconoció. Qué sorpresa: era un radiocasete infantil. Parecía un despertador grande y redondo, y tenía tres patas. Las casetes se metían por la parte superior, donde estaban también los botones. Tenía un asa ancha para transportarlo de un lado a otro. A un lado, en su soporte, había un micrófono para cantar o hablar con voces grotescas y distorsionadas.

Voces grotescas y distorsionadas...

Su cerebro parecía funcionar a cámara lenta, como si se negase a aceptar la evidencia.

Kim tenía un radiocasete exactamente igual.

En algún rincón remoto de su cerebro oyó de nuevo las palabras de Frederic: «Era un hombre... Su voz distorsionada me recordó a un juguete de mi hija... Tenía un micrófono incorporado... y varias opciones para distorsionar la voz...» Frederic se lo había dicho al comisario Baker el día anterior, cuando le informó de la llamada del supuesto secuestrador.

Virginia no quiso aceptarlo. No quiso admitir lo que parecía obvio, pero en cierto momento la verdad estalló en su interior y todo se iluminó con luz brillante y clara. Y en ese preciso instante, Nathan entró en la habitación.

Tiempo después, Virginia pensaría que en aquel momento debió de parecer una estatua de sal o algo así, de pie junto al armario y con el juguete en la mano.

Él la miró y dijo:

—De modo que has estado fisgoneando, ¿eh?

Ella no respondió. Sólo pudo emitir un gemido débil y extraño, como un sollozo.

—¿Qué esperas que diga? No comprenderías mis motivos y no querrías creerme —dijo Nathan. Y añadió—. O eso supongo...

Virginia no sabía cuánto tiempo había pasado desde que emitiera aquel gemido extraño, incapaz de mover un músculo del cuerpo, de pie en aquella habitación, paralizada. Podían haber sido minutos, o quizá sólo segundos. Por fin, cuando notó que recuperaba la movilidad, hizo un esfuerzo por levantar un poco el terrible artefacto que llevaba en la mano y con voz vacilante preguntó:

—¿Qué es esto?

Evidentemente, Nathan comprendió que no tenía que darle una definición del objeto, sino una explicación de por qué se encontraba en su habitación. De algún modo, en su fuero interno aún esperaba que él tuviera una justificación inofensiva. Una alternativa intrascendente. Pero al mismo tiempo temió que él empezara a buscar excusas y empeorara aún más la situación, si cabía, perdiéndose en un mar de falsas explicaciones y convirtiendo la realidad en algo insoportable.

No sucedió ninguna de las dos cosas. Él no le dio ninguna explicación. Decidió no perder el tiempo, ya que, en cualquier caso, ella no le creería. Y así confirmó su culpabilidad.

—¿Dónde está? —preguntó entonces ella, con más dureza—. ¿Dónde está Kim?

Y como él no contestó, empezó a gritar:

—¿Dónde? ¿Dónde está Kim? ¿Dónde está?

Él se encogió de hombros.

—Ni idea.

El gesto de indiferencia, su expresión indolente, la ayudaron a comprenderlo todo en un segundo. Se sintió tan mareada que pensó que iba a desmayarse, pero en lugar de caer ella al suelo, lo que hizo fue soltar el radiocasete, que crujió al chocar contra el entarimado, y abalanzarse hacia Nathan con los puños alzados. No sabría decir con cuánta fuerza le golpeó la cara, los hombros, el pecho.

—¿Dónde está Kim? —chillaba—. ¿Dónde está Kim? ¿Dónde está Kim?

Él logró sujetarle las manos y la zarandeó con brusquedad.

—¡No lo sé, joder! ¡No tengo ni idea!

Ella dejó de luchar.

—¿Dónde está?

Precavido, Nathan continuó sujetándole los brazos. Le hacía daño. Sus manos eran como fuego en la piel.

—No la tengo —dijo—. Nunca la he tenido. Sólo quería el dinero.

La desconfianza y el espanto eran demasiado grandes. Virginia no podría soportarlo.

—Vas a decirme dónde la tienes. Y qué le has hecho. ¿La has...? —Se le hizo un nudo en la garganta, incapaz de pronunciar la palabra—. ¿Le has hecho lo mismo que a las otras niñas?

—¡Joder! ¡Cojones! —estalló Nathan.

Le soltó los brazos y se apartó. Virginia se tambaleó, pero no llegó a caerse. Él dio un paso atrás. Tenía el rostro pálido y los labios grisáceos.

—No le he hecho nada. No he hecho nada a ninguna niña, joder, deberías saberlo. No soy un... Jamás haría algo así.

Aquello era una pesadilla. Una pesadilla horrible de la que no podía salir. Se frotó las enrojecidas muñecas con un movimiento mecánico. El dolor físico era lo único que le indicaba que aquello era real.

—Llamaste a casa. Dijiste...

—Sé lo que dije. Quería cien mil libras. No fue más que una idea estúpida. No pensaba volver a llamar. Ni siquiera pensé en cómo hacer para recibir el dinero. Estaba seguro de que me pillarían con las manos en la masa. Fue una locura por mi parte. Sólo me quedaba deshacerme de esa cosa. —Señaló el radiocasete.

La serenidad con que describía su escalofriante comportamiento dejó boquiabierta a Virginia.

—Sabías lo desesperada que estaba. Sabías el miedo que tenía. Y aun así te aprovechaste de la situación para... —Se interrumpió, buscando las palabras adecuadas. Le resultaba imposible describir lo que Nathan había hecho.

—Ya te he dicho que no comprenderías mis motivos —insistió él.

A ella se le anegaron los ojos en lágrimas.

—¿Y qué demonios tengo que comprender?

—¿No lo adivinas?

Ella lo miró a los ojos y él se mesó el pelo.

—Tú no haces más que hablar de nuestro futuro en común. Los dos juntos en algún lugar, de algún modo... Pero ¿has pensado en cómo íbamos a lograrlo? ¡No tenemos dinero!

—¡Nuestro futuro no es cuestión de dinero!

—Ah, ¿no? Pues entonces es que no vives en la realidad, sino en un cuento de hadas. Desde el primer momento te he dicho que no tengo ni un céntimo. Ni casa, ni hogar, ni barco... Nada. Yo...

Ella lo interrumpió con una voz áspera y extraña, incluso para ella misma.

—No, no me lo dijiste desde el principio. Hasta que Frederic descubrió la verdad me dejaste creer que eras un escritor de éxito que cobraba derechos de autor con regularidad.

—Vaya, y eso te pareció bien, ¿no? ¿Es o no es cuestión de dinero?

Estaba manipulando sus palabras, pero ella ni siquiera tuvo fuerza para enfadarse por eso.

—No comprendo cómo has sido capaz...

Él suspiró.

—Ya. Lo imaginaba. No fue más que... que una ocurrencia alocada. Un modo de lograr dinero en efectivo para empezar nuestra vida en común. Una idea de lo más estúpida que, como ya te he dicho, enseguida desestimé.

—Pero ¿sabías lo que hacías? ¿Olvidaste cómo estamos pasándolo Frederic y yo? ¿No pensaste que la llamada de ese supuesto secuestrador nos llenaría de esperanza? ¿Que desde entonces no veíamos la hora de que volviera a llamarnos? Hoy Frederic se ha ido a Londres a recoger el dinero y yo me he quedado en casa, sola, a punto de perder la cordura. —Las lágrimas empezaron a bajarle por las mejillas. Eran lágrimas de incredulidad e ira—. ¡Nadie en su sano juicio habría sido capaz de hacer algo así! —chilló.

Nathan dio un paso hacia ella, pero Virginia se apartó. Tenía la espalda pegada a la ventana.

—¡No se te ocurra tocarme! —le dijo.

Él volvió a encogerse de hombros.

—Para eso has venido, ¿no? Para que te abrazara y consolara.

—¿Qué? ¿Acaso crees que todavía quiero tu consuelo?

—¡Maldita sea! —estalló él—. No me trates ahora como a un asesino. No he tocado un pelo a tu hija y no tengo la menor idea de dónde está. No tengo nada que ver con su desaparición, ni con la de las otras niñas. He cometido un error terrible y estúpido, y lo siento, pero... Vamos, te pido perdón. ¿Puedes perdonarme?

—¿Y cómo puedo saber que me dices la verdad? Quizá todo lo que has contado

es mentira. ¿Que el coche no se puso en marcha? Muy astuto. Si hubiese funcionado no habrías podido ir al colegio, recoger a Kim y secuestrarla sin levantar sospechas, ¿no? Pero así todos creímos que estabas aquí en Hunstanton, cuando en realidad estabas en King's Lynn justo antes de que Grace... —No pudo seguir hablando. Las lágrimas se lo impidieron.

Nathan sacudió la cabeza.

—¡Que no! ¡Que no me gustan las niñas! ¡Los violadores y asesinos me resultan repugnantes! ¡No sería capaz de comprenderlos ni en mis más perversos sueños!

—¿Y por qué debería creerte? —gritó ella.

—¡Porque me conoces! —gritó él—. ¡Porque has sido mi amante! ¡Porque habrías notado algo si hubieras follado con un corruptor de menores!

Ella se cubrió la cara con los brazos y esperó unos segundos. Tenía que dejar de llorar. No podía llorar ni un segundo más. Había que actuar.

Cogió el radiocasete y lo metió en su bolso.

—Seguro que la policía puede descubrir la verdad mejor que yo —dijo—. Explícales a ellos dónde estabas cuando mataron a la primera niña. En Skye no estabas, eso seguro.

—Y aquí tampoco. Será fácil demostrarlo, porque en todos los puertos hay que registrarse para amarrar. Te aseguro que no encontrarás ni rastro del Dandelion en los puertos de esta zona. Di al comisario Baker que lo compruebe. Seguro que sabe hacer su trabajo.

Quiso pasar a su lado, pero él la cogió por el brazo.

—Suéltame —le dijo.

—¿Vas a ir a la policía?

—Por supuesto. Y si no me sueltas inmediatamente, empezaré a gritar. La dueña está en el piso de abajo. Gritaré pidiendo socorro.

La soltó.

—Pues vete —le dijo, y se apartó.

Virginia salió de la habitación sin volver la vista atrás.

4

Tiempo después sería incapaz de explicar cómo regresó a Ferndale. Sin duda fue un milagro que no provocara ningún accidente. En varias ocasiones prorrumpió en llanto y las lágrimas le nublaban el camino. Cuando por fin cruzó la verja de su casa pensó que nunca había estado tan desesperada y conmocionada.

Una vez dentro, cerró la puerta y apoyó la espalda contra la hoja, respirando con dificultad. Sintió entonces, una vez más, el plúmbeo silencio de aquella casa. Hacía una eternidad que no resonaban en ella las alegres risas de Kim, al menos eso le parecía. Habría jurado que habían pasado años, aunque en realidad hacía apenas dos

días. Los dos días más largos de su vida.

Se arrastró hasta el salón con el paso cansado y lento de una anciana. Desconectó el desvío de llamadas y miró el teléfono. Tenía que llamar al comisario.

¿Qué habría pasado si Jack no le hubiese dejado su coche? ¿O si los Walker no hubiesen estado en casa? Pues que no habría podido salir de Ferndale y seguramente jamás habría descubierto que el supuesto secuestrador no era otro que el propio Nathan. Él habría hecho desaparecer el radiocasete y Frederic y ella habrían esperado en vano la llamada, y al fin habrían llegado a la conclusión de que se trataba de una broma de humor más que negro.

La desconfianza que la había llevado hasta Hunstanton aquella mañana se habría disipado y ella se habría ido a vivir con Nathan. Jamás habría sabido el pérfido papel que él había desempeñado en el peor momento de su vida.

Todo habría sido distinto. Todo su futuro.

Miró el radiocasete que se había convertido en una prueba para la investigación del comisario Baker. Tenía que entregárselo. ¿Por qué tardaba tanto en llamarlo?

Cuando salió del hostel de Hunstanton y pasó como un rayo junto a su dueña, que seguía trabajando en el jardín y la miró con sorpresa, estaba más que decidida a ir a comisaría y explicar lo que había descubierto sobre Nathan. Sus mentiras, su estafa, todo. Pero en lugar de eso había conducido hasta Ferndale y en ese momento estaba ante el teléfono, vacilante.

¿Por qué?

Una voz interior le contestó: «Porque tendrías que admitir lo mucho que te has equivocado al juzgar al hombre con quien engañaste a tu marido y por el que estabas dispuesta a abandonar a tu familia. Su modo de jugar con tus miedos y los de Frederic no tiene perdón, pero lo cierto es que tú tendrías que haberte alejado de él mucho antes, en cuanto te enteraste de la desvergüenza con que te mintió sobre su profesión. ¿Qué va a pensar Baker de ti? ¿Que estabas tan enamorada que perdonaste las mentiras e incluso les encontraste una justificación? ¿Qué concepto se va a formar de ti el comisario? El de una ninfómana. El de una mujer sin la menor dignidad. En el mejor de los casos, el de una pobre idiota... ¿Es por eso? ¿Es éste el motivo de tus dudas? ¿Pretendes no destruir definitivamente tu reputación?»

Movió la cabeza lentamente. Sí y no. Había algo que estaba claro: si por un instante creyera que Nathan sí tenía algo que ver con la desaparición de Kim, habría ido inmediatamente a la policía. No lo habría pensado ni un segundo. Lo cual significaba que no creía que fuera culpable. Por alguna razón inexplicable, algo en su interior le decía que, al menos en esta cuestión, Nathan decía la verdad. Que no tenía a Kim. Que sólo había intentado sacar partido de la situación y, de un modo abyecto, embolsarse cien mil libras que lo sacaran de la encrucijada.

¿Era eso cierto, o estaba intentando convencerse a sí misma? La verdad era que aquella mañana había dudado mucho de él. Tanto que incluso había ido a verlo para aclarar personalmente su papel en la situación.

Cuando el teléfono rompió de pronto el silencio que la rodeaba, se llevó tal susto que el radiocasete se le cayó de las manos. De inmediato reconoció el escalofrío que le recorrió el cuerpo: era el mismo que sentía desde la llamada del supuesto secuestrador. Pero entonces cayó en la cuenta de que éste no volvería a molestarlos.

Quizá era la policía. Las manos empezaron a temblarle de un modo incontrolado. Intentó calmarse. «Si tuvieran malas noticias vendrían en persona —pensó—. No me las dirían por teléfono.»

—¿Sí? —contestó.

—¿Señora Quentin? —Era Livia.

Respiró hondo y se frotó la frente con la mano libre.

—Oh, Livia. ¿Ya ha llegado a Alemania?

—Sí. Quería saber si ha aparecido Kim.

Era como una buena amiga. Cumplidora y detallista.

—No, Livia, por desgracia aún no. Seguimos sin noticia de ella.

Hubo un largo silencio.

—Es horrible —dijo Livia entonces, impresionada—. Deben de estar pasando por un infierno.

—Así es, efectivamente. —La voz de Virginia tembló al añadir—: Es una pesadilla insoportable. No entiendo cómo aún no he perdido el juicio.

—Ojalá pudiera ayudarlos —dijo Livia, y pareció sincera.

A Virginia se le ocurrió algo.

—Escuche, Livia, sé que es una pregunta extraña, pero... ¿recuerda en qué puerto estuvieron antes de llegar a Skye? ¿Amarraron en la zona de King's Lynn?

—No. Empezamos lejos, por el norte. Navegamos un buen tramo antes de...

—Vale, pero no estuvieron aquí, ¿no?

—No. ¿Por qué?

—No puedo explicárselo ahora, Livia, es... Escuche, he roto con Nathan.

—Oh.

—Tengo que saber algo más. Él nunca ganó dinero, ¿verdad? ¿Se debió a vuestra situación? ¿En todos esos años no pudo cambiar nada, encontrar un trabajo?

Livia permaneció callada tanto tiempo que Virginia llegó a preguntarse si aún estaba al teléfono. «¿Por qué iba a querer escucharme y responderme?», se dijo.

—Era una situación difícil para él —dijo Livia, al fin—, pero sin duda contribuyó a perpetuarla. Mire, a mí me resultaba muy complicado decidirme a enviar a mi pobre padre a una residencia, pero cuando al final lograba convencerme a mí misma de que era lo mejor para todos (y le aseguro que llegué a esa conclusión muchas veces), Nathan me lo sacaba de la cabeza. Como odiaba a mi padre, supongo que no lo hacía para protegerlo, sino para asegurarse de que seguiría teniendo dinero. Vivíamos exclusivamente gracias a él, y si teníamos que pagar una residencia ya no podríamos hacerlo. Nathan jamás se habría puesto a trabajar.

—¿No podía ganar dinero con sus escritos?

Livia rió y entonces dijo las palabras más duras que había pronunciado nunca sobre su marido:

—No tiene talento ni arrestos. Nathan... él nunca soñó con ser escritor, sino con ganar dinero sin esfuerzo. Eso es todo.

—Da mucha importancia al dinero, ¿no?

—Por decirlo de un modo suave —repuso Livia—: de la mañana a la noche, no hace más que pensar en dinero.

Virginia asintió con la cabeza, como si Livia pudiese verla.

—Gracias —dijo entonces—. La llamaré si tenemos alguna novedad sobre Kim.

Colgó el auricular y enseguida volvió a descolgarlo para marcar el número del comisario Baker.

Nathan no había estado allí cuando desapareció la primera niña, y su instinto le decía que era cierto que no había raptado a Kim. Pero lo que ella pensara, sintiera o creyera, era totalmente indiferente. Nathan era un mentiroso empedernido, un farsante, un chantajista. Y se trataba de su hija, no de su reputación. No de proteger a un hombre probablemente inocente y de librarlo de una investigación policial. Se trataba exclusivamente de Kim. Y por pequeña y difusa que fuera la sombra que planeaba sobre Nathan, tendrían que seguirle la pista.

Con voz clara y decidida, pidió que le pasaran al comisario Baker.

5

Frederic se dirigía hacia el salón cuando sonó el teléfono, y ahora iba de vuelta a la cocina, donde Virginia estaba sentada a la mesa, con un vaso de leche delante. «Leche caliente con miel, va bien para los nervios», le había dicho Frederic mientras calentaba la leche. Pero eso había sido hacía una hora. Dio dos sorbos al brebaje, pero enseguida notó que se le cerraba el estómago. Ahora la leche estaba más que fría y en su superficie se había formado una fina película. A Virginia le parecía oír a Kim gritando «¡Puaaaj! ¡Leche con piel, qué asco!».

Hundió la cabeza en las manos. ¡Kim, Kim, Kim!

—Era el comisario Baker —dijo Frederic—. Llevan horas interrogando a Moor, pero en vano. Ha admitido ser el autor de la llamada, pero niega cualquier relación con la desaparición de Kim.

Virginia levantó la cabeza.

—¿Y bien? ¿Baker se lo cree?

Frederic se encogió de hombros.

—¿Qué puede creer de un hombre como él?

Virginia asintió despacio. Seguramente, sólo había una cosa cierta sobre Nathan. Livia la había expresado con claridad: «De la mañana a la noche, no hace más que pensar en dinero.»

Frederic se sentó al otro lado de la mesa. Tenía el semblante pálido por el cansancio.

—Baker insiste en que nos pasemos por el entierro mañana. Al fin y al cabo, es posible que Moor sea realmente inocente y...

—Estoy segura de que no tiene nada que ver con la muerte de las otras niñas —dijo Virginia—. Ni siquiera estaba por aquí cuando...

—Eso dice él.

—Y Livia.

—De la que sabemos tan poco como de él —dijo Frederic—. Quiero decir, ¿cómo podemos estar seguros de que no nos encontramos ante una pareja de estafadores muy astutos? Quizá Moor se lió contigo con el consentimiento de su mujer. Sabían muy bien que tienes una posición acomodada.

—¿Yo? Quien tiene una posición acomodada eres tú, y es más que evidente que no ibas a pasarme una pensión para que viviera con otro hombre. Cualquiera llegaría a esa conclusión.

—Aun así, Moor se habría ocupado de desplumarte bien.

Virginia miró a su marido.

—Pero eso no lo convierte en asesino.

—¿Y en un secuestrador?

Ella bajó la mirada. Frederic se inclinó hacia delante, por encima de la mesa.

—¿Qué sabes del hombre con el que querías pasar el resto de tu vida? —le preguntó.

No respondió. Ninguna respuesta a esa pregunta serviría para justificar aquella terrible situación. Frederic esperó unos segundos y comprendió que ella no iba a decirle nada. Entonces se reclinó en la silla.

—Pero ¿por qué lo hiciste? —preguntó—. ¡Si al menos hubiera un motivo comprensible!

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para mirarlo.

—¿Tenemos que hablar de esto ahora?

—Habrà que hacerlo algún día.

—Aquel día, cuando fuimos a hablar a la cafetería, el día que... que Kim desapareció, me hiciste la misma pregunta, por qué, y yo intenté responderte. Está claro que no te bastó con mi explicación. Quizá nada sea suficiente. —Tragó saliva—. Me enamoré de Nathan —dijo en voz baja—, o al menos eso creí, lo cual, en el fondo, es lo mismo.

Frederic se frotó los ojos enrojecidos. Parecía más cansado que antes.

—¿Y ahora qué? ¿Ya no lo amas? ¿O crees que ya no lo amas?

Virginia guardó silencio. Miraba fijamente el vaso de leche, pero ni siquiera lo veía. Veía a Nathan, y se veía a ella misma. En Dunvegan, en Skye. Veía la chimenea encendida y las velas. Olía el aroma del vino. Veía los ojos de Nathan, su sonrisa, y sentía sus manos sobre su cuerpo. Y sentía el indescriptible dolor de la pérdida y la

decepción. Habría dado lo que fuera por volver a vivir aquellas horas. Pero formaban parte del pasado y ya nunca podría repetir las.

—Ahora pienso que la gente a veces confunde el amor —dijo—. El anhelo de ciertas emociones. Nathan me hizo sentir viva de nuevo. Y yo confundí «viva» con «enamorada».

—Sentirse vivo es básico. Si Moor logró despertar en ti ese sentimiento... te hizo un buen regalo.

Frederic tenía razón. Pese a todo lo sucedido, Nathan le había abierto una puerta que ella jamás habría logrado mover por sí misma.

—Independientemente de lo que suceda entre tú y yo —dijo entonces—, Nathan y yo no tenemos ningún futuro en común, si eso es lo que quieres saber.

—Eso y mucho más —repuso Frederic.

Ella empujó el vaso de leche y se levantó. No podía seguir sentada allí. Sintió que le costaba respirar, como por la mañana.

—No me encuentro... —dijo, e hizo un esfuerzo por respirar hondo.

Frederic se levantó y la sostuvo por las axilas. Ella oyó su voz muy cerca de su oreja.

—Respira hondo. Despacio. Respira tan hondo como puedas.

Por fin logró introducir algo de oxígeno en sus pulmones. Su corazón se ralentizó un poco. El impulso de salir corriendo, de escaparse de aquellas cuatro paredes, disminuyó.

—Gracias —susurró.

—Tienes los labios pálidos —dijo Frederic—, y las pupilas muy dilatadas.

Lo miró a los ojos. ¿Cómo explicarle las imágenes que de pronto habían pasado por su cabeza? Nathan y ella, Skye; ambos en el coche; Kim, muerta de frío y miedo en su cabaña del árbol; Grace recorriendo el colegio en estado febril, buscando a Kim; el rostro sonriente de Tommi; Tommi en el hospital; el suave y pequeño cuerpo casi enterrado bajo decenas de tubos; la madre de Tommi; sus ojos cerrados.

Rompió a llorar. Con tanta fuerza como si estuviera liberándose de un dolor que llevara décadas esperando salir. Temblaba. Tuvo que sujetarse de los hombros de Frederic. Lloró como si ya nunca fuera a dejar de hacerlo.

Al cabo de un rato oyó una voz en la distancia.

—¡Tranquilízate, Virginia! ¡Tienes que tranquilizarte!

Trató de decir algo, pero sólo balbuceó sonidos inconexos.

—Nathan —logró decir al fin—. Nathan... fue porque... preguntó. Porque me preguntó por Michael.

—¿Te preguntó por Michael? ¿Por tu ex novio, el que desapareció sin dejar rastro?

Virginia logró volver a sentarse. Seguía llorando, pero ya no como si fuera a ahogarse en sus propias lágrimas.

Miró a su marido, que se había puesto de cuclillas frente a ella.

—¿Te preguntó por Michael?

Virginia asintió.

6

Michael

Era una de las primeras tardes agradables de 1995, el 24 de marzo, cuando Michael decidió por primera vez ir al entrenamiento en bicicleta. El invierno había sido frío y lluvioso, pero al fin podían intuirse las primeras señales de la inminente primavera. El aire era suave y sedoso y el cielo estaba teñido de ese azul claro que sólo sabe lograr el mes de marzo. Los narcisos aparecían por todas partes, cubriendo la tierra negra y húmeda y abriendo sus corolas, y los pájaros trinaban en un concierto sin fin.

Michael se puso el chándal azul oscuro y las zapatillas de deporte, metió en la mochila patines, toalla y una botella de agua mineral y sacó la bicicleta del garaje. Aquella mañana ya había comprobado las ruedas y las había hinchado un poco. Tommi estuvo todo el rato a su lado, dándole consejos técnicos.

—Oye —le dijo Michael—, si el domingo hace buen tiempo, iremos a dar un paseo en bici, ¿vale?

A Tommi se le había iluminado la cara. Después se había ido a su casa, para cenar con su familia, y Michael aprovechó para decir a Virginia que seguramente volvería tarde:

—Después del entreno saldré con los chicos a tomar algo. Hoy es el cumpleaños de Rob y seguro que invita a una ronda de chupitos.

—De acuerdo —dijo ella—. Pásatelo bien. Yo seguramente me acostaré pronto, porque estoy muy cansada.

Y era cierto. Estaba cansada. Había pasado toda la mañana trabajando en el jardín; inspirada por el repentino buen tiempo, había estado sacando macetas del garaje, llenándolas de tierra y preguntándose qué plantaría en aquella ocasión. También arrastró hasta la terraza los muebles del jardín y les quitó el polvo acumulado durante el invierno. Incluso se habría puesto encantada algún vestidito veraniego, vaporoso y ligero, pero todavía hacía demasiado frío para eso. Por el momento, los tejanos y un jersey seguían siendo la opción más adecuada.

A mediodía se entretuvo con una tarea para la universidad. Trabajaba como ayudante en la biblioteca, ordenando los libros, colocándolos en su sitio e introduciendo en el ordenador listas infinitas de títulos y autores. Le gustaba, pero no le producía ninguna emoción. Era una ocupación, no un trabajo. Y ya iba siendo hora de que decidiera a qué quería dedicarse en el futuro. Los demás ya lo hacían. Se forjaban una meta y luchaban por alcanzarla. Ella era la única que aún no lo tenía claro. En ningún sentido.

Y menos aún respecto a Michael. En su último cumpleaños, a principios de

febrero, él había vuelto a pedirle que se casaran, pero ella había esquivado el bulto, como siempre, y no le había dado ninguna respuesta. Le avergonzaba seguir dándole largas, pero no se veía capaz de decirle la verdad: «No, no quiero casarme contigo. Ni ahora ni nunca, seguramente. Pero de momento me gusta vivir contigo. No para siempre.»

Michael era diametralmente opuesto a ella. Quería planear su futuro, afianzar la situación. Casarse y tener hijos. Soñaba con formar una familia. Bastaba con ver lo que disfrutaba haciendo cosas con el pequeño Tommi, el vecino. Adoraba a los niños. Y adoraba sentir seguridad: el paso monótono de los días, ordenados y tranquilos, su casa, su jardín, su trabajo. Una mujer que lo esperara a la vuelta del trabajo. Un perro que se acurrucase a sus pies. Unos hijos que le contasen con lujo de detalles cómo les había ido el día, a quienes pudiera enseñar a ir en bici y acompañar a sus partidos de fútbol los domingos. No eran deseos inalcanzables, y Virginia era consciente de que él tenía derecho a vivir la vida que deseaba.

Habría dado lo que fuera por llegar al punto en que él se encontraba. Por librarse de la inquietud que le impedía entregarse completamente a alguien o a algo. A una persona, a un estilo de vida, a un empleo. ¿Por qué no era capaz de comprometerse? ¿Por qué siempre tenía la absurda impresión de que al escoger una cosa se perdía todo lo demás? Era ridículo, infantil. Pero no podía evitarlo.

Cuando Michael se marchó, barrió la tierra de la terraza y entró en casa. Se lavó las manos a conciencia, se frotó las uñas llenas de tierra. Miró las noticias en la tele, y cuando éstas acabaron, se dirigió a la ventana y observó cómo iba oscureciendo. Imaginó cómo sería vivir en un ático de Nueva York y ver las luces de la ciudad. Y aquel pensamiento desató en ella una melancolía que casi le dolió.

Cuando sonó el teléfono sintió el impulso de no hacerle caso. Sería una de sus amigas, con ganas de cotillear sobre cualquier tontería, y ella no tenía ganas de hablar. Estaba cansada y sólo quería meterse en la cama con una copa de vino y un buen libro. Eso era lo que le apetecía.

Tiempo después se preguntaría si aquella indecisión a la hora de coger el teléfono sólo se debió al cansancio, o si fue más bien una advertencia muda de su inconsciente. Porque la tragedia subsiguiente jamás habría sucedido si no hubiese levantado el auricular. Si se hubiese ido a la cama.

Pero entonces pensó que podría tratarse de Michael, que tal vez se le hubiese estropeado la bici y tuviese que ir a buscarlo. En cualquier caso, cogió el aparato.

—Virginia Delaney.

Hubo un breve silencio, y entonces oyó una voz que le hizo temblar las rodillas y le secó la garganta.

—¿Virginia? Soy Andrew.

—Oh. —Eso fue todo lo que alcanzó a decir.

Una vez más reinó el silencio, y después Andrew preguntó:

—¿Cómo estás?

Virginia logró recuperarse un poco y contestó:

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Bien, también. Pero...

—¿Sí?

—Me gustaría verte —dijo Andrew.

—No sé, yo...

—Ahora mismo, a ser posible —insistió.

Habría podido decirle tantas cosas... Que Michael estaba allí y que no podía salir de casa, que no tenía coche, que tenía jaqueca. O habría podido preguntarle cómo demonios se atrevía a llamar a su casa a las ocho de la tarde para proponerle una cita. Habría podido enviarlo directamente al infierno y colgarle sin más.

Pero en cambio se asomó a la ventana para mirar el coche. Michael se había ido en bici.

—¿Dónde estás? —le preguntó.

—En el hotel Old Bridge de Huntingdon.

—¿En un hotel?

Él rió.

—En el restaurante. Tienen una comida deliciosa y una carta de vinos fantástica.

Durante mucho tiempo había deseado no volver a verlo nunca. Él le había hecho demasiado daño. Le constaba que lo mejor era dejar las cosas como estaban y abstenerse de cualquier contacto con él.

—De acuerdo —se oyó decir—. Sólo una copa.

Casi pudo verlo sonreír al otro lado de la línea.

—Claro —dijo—. Sólo una copa.

Lo que sucedió en el hotel no tiene demasiada importancia para las consecuencias de esta historia. En este sentido, baste decir que el encuentro se prolongó mucho más allá de una copa y que más adelante la haría sentirse horriblemente culpable. Sólo se quedaron un rato en el restaurante; Virginia apenas logró probar bocado, pues la presencia de Andrew la hacía sentirse tan nerviosa y al mismo tiempo tan enfadada consigo misma que no fue capaz de comer nada.

Él le cogió la mano y preguntó:

—¿Pido una habitación?

Ella asintió con la cabeza y se odió por ello.

Había sudado en el jardín, pero no se había duchado ni cambiado de ropa, con la esperanza de que así le diera vergüenza meterse en la cama con él. Había olvidado —o querido olvidar— que con Andrew nada le pareció nunca vergonzoso. Sacaron una botella de cava del minibar, charlaron de cosas intrascendentes e hicieron el amor. Andrew le dijo que olía a hierba y tierra y que nunca le había parecido tan irresistible. Y ella volvió a sentir la felicidad de siempre entre sus brazos, y aquella embriagadora

mezcla de emoción, excitación y juventud. De vida. Andrew la hacía sentirse más viva de lo que Michael habría logrado jamás.

—¿Por qué no lo dejas? —le preguntó él después, cuando estaban tendidos uno junto al otro y Virginia comprobó horrorizada lo tarde que se había hecho.

—¿Por qué no quieres vivir conmigo? —le preguntó ella, a su vez.

Él suspiró.

—Ya sabes por qué. No puedo. Ya no.

—¿Y por qué has querido verme esta noche?

—Porque no logro olvidarte.

«Y yo a ti tampoco —pensó, aunque en realidad era sólo porque Michael la aburría mortalmente—. ¡Te has salido con la tuya gracias a Michael, sólo por eso!»

Sacó las piernas de la cama y recogió su ropa.

—Esto no volverá a pasar, Andrew. Por favor, no vuelvas a llamarme.

—¿Lo dices en serio?

—¡Muy en serio! —exclamó.

Y dicho aquello, salió de la habitación. Se contuvo de dar un portazo.

Durante el camino de vuelta sintió mucha rabia. La había citado como a una colegiala y ella se había derretido en sus brazos.

«Tengo que acabar con esto para siempre», pensó.

No habían quedado lejos de St. Yves, pero esta vez el trayecto se le hizo eterno. ¡Ya eran casi las once! Quizá Michael ya hubiese vuelto a casa. ¿Qué iba a decirle? Tendría que inventarse una cita imprevista con alguna amiga y rezar para que él la creyese. Además, tendría que ducharse. Hasta ella podía oler el olor a sexo en su piel, así que los demás lo notarían aún más.

Superó el límite de velocidad en todo el trayecto y tuvo suerte de no cruzarse con ningún coche de policía. Llegó a la entrada de su casa y no vio ninguna luz encendida. O Michael se había dormido —lo cual no era probable, porque estaría preocupado por su ausencia—, o había tenido más suerte de la que merecía y él aún no había vuelto.

Dejó el coche en la entrada, en el mismo sitio de antes, y corrió hacia la casa. Abrió la puerta, encendió la luz y llamó, vacilante:

—¿Michael?

No obtuvo respuesta. Lanzó su bolso a un lado, fue al cuarto de baño, se sacó la ropa y la metió en el cesto de ropa sucia, debajo de todo. Acababa de salir de la ducha cuando oyó el ruido de la puerta. Michael acababa de llegar.

Se envolvió en la toalla y durante unos segundos se apoyó contra los fríos mosaicos del cuarto de baño, respirando hondo.

Había tenido suerte, pero aquella situación era de lo más humillante. Entonces decidió que tenía que cambiar su vida. O se comprometía definitivamente con Michael o se separaba de él.

Seguramente lo segundo, admitió.

En la cocina había sólo una luz encendida. Virginia permanecía inmóvil en la silla. No se movió ni un centímetro durante el rato que duró su explicación. Habló con tono monótono, escuchando su propia voz como en la distancia. Y de pronto se quedó callada, mirando más allá de Frederic, hacia la ventana, hacia la oscuridad.

Pasados unos minutos en los que no se oyó más ruido que el suave zumbido de la nevera, él dijo al fin:

—Tú fuiste la última en coger el coche. No Michael, como dejaste que todos creyeran. Fuiste tú.

Ella no lo miró al contestar:

—Sí, fui yo. Y yo quien olvidó cerrar el coche con llave. Lo aparqué y me apeé presurosa, y al día siguiente el pequeño Tommi pudo subir sin ningún problema.

—¿Le contaste todo esto a Moor?

Ella negó con la cabeza.

—No. Sólo le hablé de mi infancia y mi juventud con Michael. Y de mi aventura con Andrew. Y de la muerte de Tommi. No sabe que...

—... que Michael era inocente.

Ella asintió.

—Dios mío —dijo Frederic—. Yo no tenía ni idea de ese tal Andrew.

Ella le restó importancia con un gesto de la mano.

—Ocurrió hace mucho tiempo. Fue sólo una aventura, aunque yo me empeñé en creer que era mucho más. Mi gran amor. Un hombre casado que de ninguna manera iba a dejar a su mujer y su hijo por mí.

—Qué frivolidad —dijo Frederic.

Callaron. Al final, él rompió el silencio una vez más:

—Según parece, nunca te has tomado demasiado en serio la fidelidad, ¿eh?

¿Qué podía responderle?

—Engañé a Michael con Andrew —asintió—, pero eso no fue lo peor. Lo peor fue...

Frederic se levantó y dio un par de pasos, como si quisiera asegurarse de que no estaba soñando. De que todo aquello era real.

—Michael sucumbió bajo el peso de la culpa —dijo—, y tú le dejaste creer que era culpable de la muerte de Tommi. ¿Por qué lo hiciste, Virginia? ¿Por qué?

—No lo sé. ¿Qué importa eso ahora?

—No es propio de ti. Tú no eres una... una cobarde.

—Quizá sí lo sea.

Él la miró.

—Ahora comprendo la sombra que te acompaña.

—Nathan encontró una foto —dijo Virginia—. Una foto de cuando era joven. Y me dijo que no lograba hacer coincidir a la joven Virginia con la de ahora. Dijo que tenía que haberme sucedido algo, e insistió hasta averiguarlo. Le conté de la muerte de Tommi, y él intuyó que había algo más. Pero... bueno, no tuve tiempo de explicárselo.

—¿Estás reprochándome que no haya sido tan intuitivo como él? ¿Que no haya tenido telepatía y no te haya interrogado en este sentido?

—No. No te reprocho nada. ¿Cómo iba a hacerlo, precisamente yo, después de todo lo que te he hecho? He provocado tanto dolor en tanta gente... —Cerró los ojos—. Quise decírselo a Michael. Quise decírselo inmediatamente. Contarle mi aventura con Andrew. Nuestra absurda y estúpida cita en Huntingdon. Mi descuido al no cerrar el coche, obsesionada por llegar a casa antes que él. Que Tommi murió por mi culpa. Pero cada día lo aplazaba un poco más. Ahora creo que en realidad no era que me diera miedo decírselo a él, sino reconocerlo en voz alta y tener que enfrentarme a mis errores. Tener que arrostrarlos. Al decirlos, habrían cobrado realidad. Ya no habría podido seguir reprimiéndolos. Y eso me daba pánico. Tanto, que me alegré cuando Michael se marchó. Porque así ya no podría decírselo.

Las últimas frases las dijo en voz muy baja, mirando al suelo. Se quedó anonadada cuando Frederic repuso:

—Acabo de preguntarte por qué lo hiciste, pero ahora veo que esa pregunta no puede responderse. Y te comprendo.

—¿Qué?

—Que te comprendo. Comprendo que no le dijeras nada a Michael. Comprendo tu angustia. Comprendo tu intento desesperado de reprimirlo todo. Lo comprendo. Es probable que yo hubiese hecho lo mismo.

—Tú no. Jamás.

A Frederic casi se le escapó una sonrisa al ver lo convencida que estaba Virginia sobre su integridad.

—Yo también tengo cierta tendencia a esconder la cabeza bajo tierra, Virginia, lo sabes.

Casi en un susurro, ella le respondió:

—Quizá nos pase a todos.

En un gesto lleno de ternura —uno de esos que no se dedicaban hacía muchos días—, él le acarició el pelo.

—Tendrás que poner las cosas en su sitio si quieres encontrar la paz —le dijo—. Esconderte entre unos árboles grandes y frondosos y lanzarte de vez en cuando a los brazos de los Nathan Moor de este mundo... no es algo que funcione a largo plazo. Tanto si estás conmigo como con otro hombre, al final no funcionará.

Lentamente, ella asintió.

Viernes 8 de septiembre

1

El cementerio estaba repleto de gente; teñido de negro.

Rachel Cunningham debió de ser una niña muy querida, pensó Janie, y se preguntó qué habría pasado si aquél hubiese sido su entierro y no el de Rachel. ¿Cuánta gente habría ido a despedirse de ella? Sus compañeros de clase sí, seguro, y quizá también algún vecino. ¡Pero jamás semejante multitud!

Su madre y ella se quedaron bastante atrás, de modo que no podían ver a los padres ni a la hermana de Rachel, y tampoco enterarse de lo que sucedía junto a la tumba. Lo cual le parecía genial. No quería ver el ataúd por nada del mundo, y menos aún cuando lo metieran en la fosa.

La tarde anterior, Stella había vuelto a presentarse en su casa, para enseñarle la foto de un hombre y preguntarle si era el tipo de la papelería. Janie dijo que no, y una vez más tuvo la sensación de estar decepcionando a Stella. Eso era lo que le resultaba más duro: que los adultos estuvieran siempre esperando algo de ella, y que no lograra complacerlos. Doris había preguntado en voz baja:

—¿Han arrestado a este hombre?

Y Stella respondió en el mismo tono:

—Sí. Pero parece que éste tiene otras cuentas pendientes.

Janie lo habría dado todo por que fuera él. Entre otras cosas, porque así no habría tenido que ir al cementerio. Ahora mismo preferiría incluso estar en el colegio. En cualquier sitio menos allí, atrapada en una pesadilla en la que le habían adjudicado uno de los papeles principales.

Stella también estaba. Iba vestida de negro, como todos, y se había situado varios pasos detrás de Janie y su madre. Le había dicho que mirara a todos atentamente para ver si reconocía al desconocido de la papelería. Y en caso de que así fuera, tenía que decírselo a ella sin llamar la atención.

Janie observó todos los rostros que pudo, recorrió el cementerio con la mirada una y otra vez, pero no logró reconocer al hombre. La verdad es que se alegraba, porque no tenía ningunas ganas de volver a verlo. No obstante, sabía que Stella se alegraría mucho si lo descubría entre la multitud. Suspiró. ¿Cuándo acabaría todo?

Stella le guiñó un ojo en señal de complicidad. Al menos una persona que no lloraba. Casi todo el mundo a su alrededor tenía las mejillas húmedas, estrujaba pañuelos o se enjugaba los ojos cada poco. Hasta su madre había dejado escapar algún que otro sollozo, y eso que ni siquiera conocía a la difunta.

Todos los reunidos se acercaron a la tumba, unos detrás de otros. Lanzaban flores

al agujero o encendían alguna velita. Sólo Doris y Janie se quedaron donde estaban.

—No quiero presionar demasiado a Janie —había dicho Doris a Stella, y ésta se había mostrado de acuerdo.

Poco a poco, todos fueron dirigiéndose hacia la salida. Muchos se quedaron a las puertas, conversando con voz queda en pequeños círculos. Un manto de tristeza cubría todo el lugar.

—Mamá, por favor, ¿podemos irnos ya? —susurró Janie.

—¿No lo has visto por ninguna parte? —preguntó Stella.

—No, aunque no sé... —La niña se encogió de hombros, angustiada—. ¡Es que hay tanta gente!

—Quizá sospechara que iban a venir ustedes, ¿no? Que estaría la policía —dijo Doris.

Stella asintió.

—Sí. Pero no olvidemos que es un psicópata, un enfermo —recordó—, y en algún momento olvidará toda precaución. Además, no sabe que nos hemos puesto en contacto con Janie, y ella es la única que puede ponerlo en peligro, la verdad.

—¿Podemos irnos? —preguntó Doris.

—Supongo que sí —dijo Stella.

Se dirigieron despacio hacia la salida. Costaba abrirse paso entre tanta gente. Janie reconoció a uno de los policías que había conocido en la comisaría. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Baker. Estaba con un hombre y dos mujeres. El hombre llevaba un traje negro y tenía aspecto de lord (Janie había visto fotos de lores en las revistas que solía leer su mamá), y una de las mujeres tenía una fantástica melena oscura, llevaba una falda corta y era muy delgada. La otra estaba pálida y parecía a punto de desmayarse. Lo sabía porque su madre se había desmayado en una ocasión, y un momento antes había palidecido como aquella mujer.

Stella se acercó al grupo y Baker le preguntó:

—¿Nada?

Stella meneó la cabeza.

—Aquí tampoco —dijo el comisario.

—Por desgracia, ni siquiera sabía hacia dónde mirar —dijo la mujer delgada de la falda corta.

Baker presentó a los adultos.

—Señorita Alby —ésa era la delgada—, el señor y la señora Quentin —ésos eran el lord y la mujer a punto de desmayarse—, la señora Brown —ésa era mamá—. Y —señaló a la pequeña— ésta es Janie Brown.

La señora Quentin se inclinó hacia ella y le dio la mano.

—Hola, Janie.

—Hola —respondió.

Jamás había visto a nadie con unos ojos más tristes. Tenía los párpados hinchados. Debía de haber llorado mucho.

—Bueno —dijo el comisario—, pues no me queda más que darles las gracias por haber venido. Sé que ha sido un trago amargo, pero teníamos que intentarlo aunque las probabilidades fueran escasas.

—Faltaría más, comisario —dijo el señor Quentin, y Janie decidió seguir llamándolo «el lord».

Ahora el grueso de los asistentes salía del cementerio. Janie intentó mirar a todos a la cara, lo cual no era una tarea nada fácil porque no dejaban de moverse y eran una verdadera multitud. ¡Ojalá lo reconociera! Porque Stella era muy amable, y también porque últimamente ella había preocupado mucho a su mamá. Por su culpa hacía dos días que no iba al trabajo; seguro que su jefa la reñiría. Ay, ojalá pudiera ayudar a mejorar un poco las cosas...

Vio que Stella la miraba y sonreía dándole ánimos. Se había dado cuenta de que la pequeña seguía esforzándose y quería brindarle su apoyo. Janie se sintió reconfortada por su gesto.

El cementerio se quedó vacío.

—Bueno —dijo Baker—, se acabó.

El grupo dio media vuelta para marcharse.

—Vaya mierda —dijo la mujer de la falda corta, y Janie se preguntó a qué se referiría. ¿Al hecho de que no hubiesen visto al desconocido, o al horror de que sucediesen cosas así (que alguien fuese capaz de secuestrar y asesinar a una niña y provocara que la gente se reuniera en un cementerio y llorara y se sintiera fatal)?

«¿Y por qué tengo que estar yo aquí? —pensó Janie entonces, desesperada—. ¿Por qué no puedo seguir con mi vida normal?»

¿Vida normal?

De pronto, la pequeña tuvo la angustiada sensación de que su vida ya no volvería a ser la de antes. No habría sabido decir por qué, pero así era: tenía miedo. O más que miedo la certeza de que sería así.

Tenía que ver con el féretro de Rachel Cunningham. Sabía lo cerca que ella misma había estado de acabar en uno igual.

Hasta aquel día, siempre que había preguntado a su madre sobre la muerte, Doris le había respondido: «¡Todavía queda mucho tiempo para eso! No tienes que pensar en la muerte hasta que seas mayor.» Y aquella respuesta siempre le había parecido de lo más tranquilizadora. Como quedaba tan lejana, la muerte no le parecía peligrosa. Pero a partir de aquel momento jamás volvería a pensar que la muerte le quedaba lejos. La había tenido a su lado, la había rozado. Los demás niños podrían seguir comportándose como si la muerte no existiera, pero ella no. Ya no.

Quizá ya ni siquiera fuera una niña, pensó, y un repentino escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Salieron del cementerio. Los coches empezaban a moverse. En la calle reinaba cierta confusión porque los vehículos iban incorporándose al tráfico para ir en distintas direcciones. Más que confusión era un caos, pero, en contra de lo habitual en

esos casos, nadie soltó ningún grito de impaciencia ni tocó la bocina ni profirió ningún insulto. Los frenos no chirriaron y los motores no rugieron. Reinaba un silencio inusual.

«Porque todo es muy triste —pensó Janie—, y la tristeza se ha apoderado hasta de los coches.»

—Bien, me despido —dijo el comisario Baker. Comenzó por dar la mano a la señora Quentin, la mujer infeliz de ojos enrojecidos, y añadió—: Ya los llamaré.

La señora Quentin asintió. Su tristeza era conmovedora.

—Hasta la vista —dijo Doris con un deje nervioso.

Janie comprendió que su madre necesitaba un cigarrillo con urgencia. Encendería uno apenas se alejaran diez pasos del cementerio.

«Vámonos de aquí», pensó, agotada, y apartó la vista de la desconsolada señora Quentin.

Y entonces lo vio.

Ya había dejado de buscar y, como no se lo esperaba, no logró reaccionar. Se quedó inmóvil, estupefacta, mirándolo fijamente, con la sensación de que su mente no era capaz de asimilar lo que sus ojos veían.

Era un espejismo. Tenía que serlo.

—Hasta la vista, Janie —dijo Baker.

Ella no respondió.

—Vamos, Janie, da la mano al comisario —le espetó Doris, impaciente, pero al mirarla se dio cuenta de que algo no iba bien—. Hija, ¿qué pasa?

—Está ahí —susurró la niña. Tenía una bola de algodón en la boca y la garganta reseca. No podía hablar más alto.

—¿Quién? —preguntó Doris.

—Está ahí —repitió Janie—. El hombre.

—¡Dios mío! —musitó Doris—. ¿Dónde?

—¿Qué ocurre? —preguntó Stella.

—Acaba de ver al hombre —dijo Doris, y todo el grupo se sobresaltó.

El comisario se inclinó hacia la niña.

—¿El hombre de la papelería? ¿Está aquí? ¿Dónde?

—Allí. —Señaló, pero justo allí aún quedaba bastante gente.

—¿Cuál es? —insistió Stella.

La expresión del hombre estaba un poco alterada. Janie se preguntó si tendría una pistola y estaría a punto de disparar a alguien.

—Allí —repitió—. El que está junto al coche grande y negro.

Por fin los adultos lograron distinguirlo.

—¿Jack? —susurró la señora Quentin—. No, no, ése es Jack. Jack Walker.

Y en aquel momento la mujer de la falda corta gritó:

—¡Ése es el hombre que me recogió el bolso en Hunstanton aquel día!

Baker y Stella salieron corriendo hacia él y, sin que Janie pudiera explicarse

cómo, el cementerio se llenó de policías. ¿De dónde demonios habían salido?

Janie gritó, se dio la vuelta y escondió la cara contra el pecho de su madre, que llevaba una camiseta negra. Le daba pánico que fueran a disparar a aquel hombre, tener que ver cómo lo mataban porque ella lo había reconocido.

—¿Qué te pasa, cielo, qué te pasa? —la apremió su madre.

—¡Que no le disparen, por favor! —suplicó.

—No, cariño, no van a dispararle —la tranquilizó Doris, pasándole la mano por el pelo—. Nadie va a disparar a nadie, no temas. Van a meterlo en la cárcel, sólo eso.

Janie se echó a llorar, desconsolada.

2

Fue una de aquellas situaciones en que el comisario Baker, en lo más hondo, lamentaba que se hubiesen prohibido ciertas prácticas de los viejos tiempos, como la tortura, para obligar a confesar a los acusados.

Jamás lo habría admitido en voz alta, evidentemente. En realidad, apenas se atrevía a pensarlo. Se trataba de una pulsión latente en su subconsciente y que él no estaba dispuesto a dejar aflorar a la superficie.

Stella y él llevaban ya tres horas interrogando a Jack Walker.

Un hombre agradable y simpático, en apariencia digno de confianza y dispuesto a ayudar.

«Un hombre —pensó Baker— a quien habría confiado a mis hijos sin pensarlo dos veces.»

Janie se había reafirmado varias veces: no le cabía duda de que Jack Walker era el hombre de la papelería. El que quería llevarla a su casa para organizarle una fiesta de cumpleaños. Y Liz Alby también se había mostrado convencida de que era el hombre que había visto en Hunstanton, primero cerca del tióvivo y después sentado en la playa, muy cerca de la toalla de Sarah. En cuestión de una hora, Baker consiguió una orden de registro para la casa de Jack Walker. No encontraron nada significativo, aunque confiscaron su ordenador. Los informáticos estaban intentando descifrar las claves de acceso a sus contenidos. Baker estaba casi seguro de que encontrarían pornografía infantil.

Jack Walker trabajaba para los Quentin, era el encargado de su finca. Los había llevado al cementerio y luego había vuelto a recogerlos, porque Frederic Quentin temía que con tanta gente no pudieran aparcar.

Lo negaba todo rotundamente. Dijo que no conocía a ninguna Janie Brown. Que jamás había hablado con ninguna niña en una papelería y, por tanto, no podía haberle propuesto organizar ninguna fiesta de cumpleaños. Y que jamás había estado en aquella tienda.

Baker se inclinó sobre él para intimidarlo.

—Ah, ¿no? Entonces no le importará que traigamos al dueño de la tienda para ver si lo reconoce, ¿verdad? ¡Él podrá decirnos la verdad!

Walker dudó por primera vez. Bueno, en realidad no podía jurar que nunca hubiese estado allí. Evidentemente, compraba periódicos y revistas de vez en cuando, a veces en una tienda y a veces en otra. Quizá alguna vez sí había entrado en esa papelería. No sabía que estuviese prohibido.

—¿Dónde estaba el lunes siete de agosto? —le preguntó Baker.

Walker arrugó el entrecejo y pareció pensar, pero al final levantó las manos en señal de impotencia.

—No lo sé, de verdad, no me acuerdo. ¿El siete de agosto? Por Dios, ¿sabe usted dónde estaba ese día?

—¡Pero no estamos hablando de nosotros! —le espetó Stella con dureza.

—Le daré alguna pista, a ver si le refresca la memoria —dijo Baker—. El siete de agosto fue un día soleado y cálido, y me consta que usted decidió acercarse a la playa. Fue a Hunstanton, en coche o autobús. No estoy diciendo que tuviera planeado cometer un crimen. Quizá sólo quería darse una chapuzón o tomar el sol.

—Se equivoca. ¡Hace años que no voy a Hunstanton!

—Junto a la parada de autobús presencié usted un momento de tensión entre una madre y su hija de cuatro años. La pequeña quería subir al tiovivo, y como su madre no accedió, empezó a llorar y patalear. Opuso tal resistencia que a la madre se le cayó el bolso al suelo. Usted se lo recogió caballerosamente. Ella lo ha reconocido. Recuerda su rostro con toda claridad.

—¿Cómo? ¿Más de cuatro semanas después cree recordar mi cara por un encuentro fortuito de unos segundos? ¿Eso es todo lo que tiene contra mí, señor comisario? ¿En eso basa sus acusaciones? ¿En la afirmación de una niña que, sin duda presionada por ustedes, se ha sentido obligada a reconocer a un desconocido, y en la dudosa memoria de una joven egoísta con ganas de hacerse la interesante? ¿Por eso me tiene aquí encerrado durante horas?

—Oiga —le dijo Stella—, le hemos tomado una muestra de saliva y en unas horas utilizaremos su ADN para declararlo culpable. Tanto en el caso de Sarah Alby como en el de Rachel Cunningham hemos encontrado huellas suficientes. No tiene escapatoria, señor Walker. Si admite ahora su culpabilidad el juez será misericordioso. ¿Desea llamar a un abogado? Seguro que él le aconsejará lo mismo.

—No necesito ningún abogado —respondió Jack, terco como una mula—. No he hecho nada malo.

—¿Por qué escogió a Rachel Cunningham? —lo apremió Baker—. ¿Fue mera casualidad? ¿O era su tipo?

—No conozco a ninguna Rachel Cunningham.

—¿Qué promesas le hizo a Sarah Alby para lograr que lo acompañara? ¿Que la llevaría al tiovivo?

—¿Sarah...? No conozco a ninguna Sarah.

—¿Y dónde está Kim Quentin? ¿Qué ha hecho con Kim Quentin?

Por primera vez una sombra cruzó los ojos de Jack Walker.

—¿Kim? ¡Nunca haría daño a Kim! ¡Jamás!

—¿Y a las otras niñas? ¿A Sarah Alby y Rachel Cunningham?

—No las conozco.

—¿Dónde estuvo el domingo veintisiete de agosto?

—No lo recuerdo.

—¿No va todos los domingos a una tertulia?

De nuevo, una sombra en su mirada.

—Así es.

—Entonces el domingo veintisiete estaba allí, ¿no es así?

—Es probable, sí. Pero no estoy seguro. No voy todos los domingos.

—Ah, ¿no? ¡Pues acaba de decirnos que sí!

—No; usted es quien acaba de decirlo.

—Y usted lo ha confirmado.

—No sé adonde pretende llegar —se impacientó Walker.

Tenía la frente perlada en sudor. Se había vestido con formalidad para ir a recoger a los Quentin al cementerio: traje y corbata. Baker supuso que se moría de ganas de aflojarse la corbata, pero no se atrevía. Desde luego, no iba a ser él quien se lo propusiera.

—¿Que adónde pretendo llegar, señor Walker? A que confiese que el veintisiete de agosto citó usted a la pequeña Rachel Cunningham en el apartado barrio de Chapman's Close, la invitó a subir a su coche, la llevó a algún lugar apartado, la violó y finalmente la mató. Encontramos su cuerpo días después, en Sandringham.

Walker se sobresaltó al oírlo mencionar Chapman's Close, seguramente sorprendido de que la policía tuviera noticia del punto de encuentro, pensó el comisario.

—La primera vez que habló usted con Rachel Cunningham fue el seis de agosto, frente a la iglesia de Gaywood. Desde luego, no serán pocos los que puedan reconocerlo y ubicarlo en esa fecha y a esa hora cuando les mostremos una foto suya.

Walker calló. Estaba sudando a mares.

Baker, que todo el rato había permanecido de pie, cogió una silla y se sentó justo frente a Jack Walker, al otro lado de la mesa. Se inclinó hacia delante y lo miró a los ojos. Su voz, hasta entonces cortante, se suavizó ligeramente.

—Señor Walker, una niña de siete años ha desaparecido. Se llama Kim Quentin. Aún no hemos encontrado su cuerpo, y eso que tenemos varias patrullas con perros rastreando la zona de King's Lynn casi sin descanso. Eso puede indicar que Kim Quentin sigue con vida. Quizá sepa usted dónde se encuentra. Si no nos lo dice, la niña morirá. De hambre o de sed. Mire, Walker —bajó la voz a casi un susurro—, está usted a un paso de la cárcel, y lo sabe. Tal vez piense que en su situación es indiferente que muera una niña más o menos, pero le aseguro que se equivoca. Si

descubrimos que Kim Quentin podría haberse salvado gracias a usted, pero que la dejó morir sin compasión porque se negó a hablar, las consecuencias no sólo serán significativas para determinar la dureza de su condena, sino también, y quizá sobre todo, para resolver el modo en que será tratado más adelante, cuando esté ya en prisión. Y no me refiero al personal de la prisión, a los funcionarios, sino a sus colegas reclusos. —Hizo una pausa. Walker se toqueteó la corbata. Tenía el rostro brillante—. En la cárcel hay jerarquías, ¿sabe? —continuó Baker—, y se respetan escrupulosamente. Los infanticidas ocupan el último lugar en la escala. Los tipos que abusan de los niños son más odiados de lo que usted pueda imaginar. Le harán notar ese odio, Walker, puede estar seguro. Ahora bien, todo sería distinto si contribuyera a salvar la vida de una niña. Le juro que se arrepentirá si no lo hace. Día y noche, año tras año. Lo que le espera, Walker, es un infierno. Pero hasta el infierno tiene su jerarquía. Yo en su lugar haría lo posible por situarme lo más arriba posible. —Se reclinó en la silla y concluyó—: No es más que un consejo, créame, un buen consejo por mi parte.

Walker balbuceó:

—Yo... no he hecho nada.

—¿Dónde está Kim Quentin? —le preguntó Stella.

—No lo sé.

—El miércoles seis de septiembre —dijo Baker—, es decir anteayer, estuvo usted en la carretera, fue y vino de Plymouth, ¿no es así? Transportó algo hasta allá.

—Tengo testigos que pueden confirmarlo —repuso Walker, alterado—. Puedo darles el nombre de varias personas de Plymouth que...

Baker levantó la mano.

—Ahórrese el esfuerzo. Ya hemos confirmado su viaje. Sabemos que efectivamente estuvo en Plymouth. Pero también sabemos a qué hora se marchó de allí el miércoles, y fue muy temprano. Sin embargo, llegó usted muy tarde a casa.

—¿Pretende que condujera a toda pastilla, como un desaprensivo? Me encontré con varios atascos y...

—El miércoles no hubo ningún atasco importante en su recorrido, señor Walker. Ningún accidente. Nada. Pero usted tardó una eternidad en llegar a casa.

—¡Por el amor de Dios!, ¿acaso no sabe cómo es el tráfico de las horas punta? Se avanza muy lentamente, la carretera es una cola eterna... —Se encogió de hombros—. ¿Quiere mandarme a la cárcel porque tardé demasiado en recorrer la distancia entre Plymouth y King's Lynn? ¿Porque me detuve en un área de descanso y me quedé dormido un par de horas? Estaba muerto de sueño e intenté comportarme de un modo responsable. No quise empezar a dar cabezadas al volante. Pero por lo visto fue un error. Intenté hacer las cosas bien hechas, y mire, lo único que he logrado es meter un pie en la cárcel. —Había adoptado un tono quejicoso.

—Le diré lo que creo —repuso Baker, sin molestarse en disimular el desprecio que le provocaba la autocompasión de su interlocutor—. Creo que, cuando su mujer

lo llamó para preguntarle si podía recoger a Kim en la escuela, estaba usted mucho más cerca de King's Lynn de lo que admitió. Seguramente ya había llegado a las afueras de la ciudad, pero le dijo que de ningún modo podría llegar a tiempo. Después de colgar, no obstante, cambió de opinión. O quizá lo decidió mientras hablaba con su esposa. Y fue directo al colegio de Kim.

—Qué va, desvaría —replicó Walker, y volvió a toquetearse la corbata.

—Llegó a su destino mucho antes que su mujer, que venía desde Ferndale y conducía aquejada de fiebre alta. Kim estaba junto a la verja del colegio, esperando. Varios testigos pueden confirmarlo. Fue muy sencillo: Kim lo conocía y confiaba en usted. No se sorprendió al ver que iba a recogerla, y subió a su coche sin vacilar.

—Absurdo —murmuró Walker, con voz ronca. Tenía la cara enrojecida y por fin se aflojó la corbata.

La voz de Baker se convirtió en un susurro; hasta Stella tuvo que hacer un esfuerzo por oírlo.

—¿Y qué sucedió entonces, señor Walker? La niña iba a su lado, porque su vehículo no tiene asientos atrás. ¿Se habría controlado si la hubiese tenido más lejos? Pero ahora estaba allí, rozándolo, empapada. ¿Acrecentó la lluvia el olor de su piel? ¿De su pelo? Ella parloteaba, se reía... ¿Qué le pasó entonces, Jack? No puede evitarlo, ¿verdad? Esa atracción que siente por las niñas. Por sus tiernos cuerpos y sus suaves melenas. Por su inocencia tan femenina... Y entonces de pronto...

—¡No! —gritó Jack con dureza, y de un manotazo se aflojó más la corbata—. ¡No! —repitió—. ¡A Kim no! ¡No he tocado a Kim! ¡Lo juro por Dios! ¡No la he tocado! ¡No!

Y entonces se dejó caer sobre la mesa y ocultó el rostro entre las manos. Sus hombros empezaron a temblar.

Jack Walker estaba llorando como un niño.

3

Varios coches de policía avanzaban velozmente por la soleada carretera. A la cabeza, el comisario Baker y Stella. Conducía ésta.

—Yo voy más rápido —había dicho a Baker, arrebatándole las llaves—. Tengo menos escrúpulos.

Y era cierto. Conducía tan rápido que los demás a duras penas podían seguirla. Llevaba gafas de sol oscuras. Incluso de perfil, sus labios apretados mostraban una firme determinación.

Después de que Jack Walker se derrumbara, no les había costado demasiado que confesara los asesinatos de Sarah Alby y Rachel Cunningham. También reconoció su acercamiento a Janie Brown con la intención de hacerla subir a su coche. Pero con respecto a Kim no lograron sacarle nada claro. Todo lo que decía resultaba confuso o

disparatado. No podía hablar de ella sin ahogarse en sollozos, a tal punto que apenas se entendían sus palabras.

—¡La quería! ¡Yo la quería! ¡Nunca la habría tocado! ¡Jamás! ¡Jamás!

—¿Fue a recogerla anteayer al colegio?

—Sí.

—¿La subió a su coche?

—Sí.

—¿Y adónde la llevó? ¿Adónde?

—¡No le he hecho nada!

—¿Dónde está?

—Ella es mi muñequita. Mi princesa. ¡Jamás le haría daño!

—Pero ¿dónde está, Walker? ¡Maldita sea! ¿Adónde la ha llevado?

—No puedo evitarlo. Es superior a mis fuerzas. No quiero hacerlo, créame. No quiero hacerles daño. Ojalá... ojalá...

—¿Qué?

—Ojalá no hubiera nacido —dijo Walker, y rompió a llorar de nuevo, con tanto desconsuelo que tardó varios minutos en recuperarse.

Pero después pareció sentirse liberado de poder hablar por fin abiertamente de sus obsesiones y sus crímenes. Quería explicarlo todo, hasta el menor detalle, como si así fuera a sacudirse el peso de la culpa, dado que ya no tendría que cargarla en silencio y soledad. Baker podría haber escuchado una pormenorizada confesión que habría dado respuestas a todas sus preguntas. Jack Walker estaba más que dispuesto a hablar durante horas sobre su infancia y juventud en una familia de clase media y en apariencia normal, pero dolorosamente desestructurada; sobre el origen y desarrollo de su perversa tendencia sexual y sus vanos esfuerzos por reprimirla.

—¡No quería matar a esas niñas! ¡Tiene que creerme! ¡No quería, no quería! Pero... lo hice con ellas y temí que... Dios mío, me habrían acusado, me habrían encerrado en la cárcel... Tenía tanto miedo...

Era como si se hubiese abierto una esclusa. Baker sólo habría tenido que dejar fluir el agua.

Pero mientras existiera una única probabilidad, por remota que fuera, de que Kim Quentin siguiese con vida, no podía perder ni un minuto. Tenía que descubrir adónde la había llevado. Luego habría tiempo para escuchar su horrible historia y la descripción de sus escalofrantes actos, de sus balbuceantes justificaciones y su autocompasión, que buscaba una comprensión que a Baker le provocaba repulsión, aunque comprendiera en parte la angustia de aquel desdichado y su dificultad para enfrentarse a sí mismo. Fuera como fuese, ahora lo único importante era salvar la vida de Kim Quentin... si es que aún era posible.

—Eso ahora no me interesa, Walker —lo interrumpió con aspereza—. Ya aliviará su conciencia más tarde. Ahora sólo dígame adónde llevó a Kim. ¿Dónde está la niña, maldita sea?

Lo cogió por los hombros y lo zarandeó, y Jack Walker se echó a temblar.

—La he... la tengo guardada. Encerrada. Es tan dulce... tan suave...

Baker se consideraba un policía curado de espantos, pero aquellas palabras le revolviéron el estómago. Tuvo que hacer un esfuerzo por guardarse la repugnancia que Walker le producía. No quería asustarlo. Tenía que hacerlo hablar.

—Lo comprendo, Walker. Es normal que sintiera miedo. Miedo a que Kim explicara a sus padres que usted la había tocado, ¿verdad?

Walker volvía a sollozar con desconsuelo.

—El viejo... terreno... de la empresa para la que trabajo de vez en cuando, Trickle & Son...

—¿La empresa tiene un viejo terreno? ¿Uno abandonado?

—Sí, de camino hacia Sandringham. Trickle se marchó de allí hace diez años. Toda una historia. Antes yo trabajaba a jornada completa para ellos. Ahora no queda nadie...

Baker se había inclinado hacia delante, tenso como un arco.

—¿Fue allí con Kim?

—Sí...

—¿Y ella sigue allí?

Walker inclinó la cabeza y siguió llorando. Baker se había incorporado de un brinco.

—Vamos. Al antiguo terreno de Trickle & Son.

Y ahí estaban ahora, conduciendo a toda pastilla camino de Sandringham, después de que un agente les indicara dónde se encontraban los antiguos edificios de la empresa, desocupados desde hacía tiempo. Baker sabía que aquel terreno estaba completamente abandonado. Era el lugar ideal para tener un escondite. Allí había llevado Walker a Kim. Pero ¿qué le había hecho? Al principio negó haberle hecho nada, ni siquiera tocado, pero después admitió que había «jugado un poco» con ella. Probablemente ni él mismo lograba recordarlo. Baker sabía que los tipos como Walker se arrepentían realmente de sus actos y sólo lograban sobrellevar su culpa reprimiéndola. Al contrario que con las otras dos víctimas, Kim Quentin existía en la vida de Jack Walker. Si le había hecho algo malo, no querría asumirlo y haría todo lo posible por borrarlo de su conciencia. Así que quedaba aún una pregunta por responder: ¿seguiría Kim con vida?

—A mí no me parece atractivo —dijo Stella.

Baker, ensimismado en sus pensamientos, se sobresaltó al oír a su compañera y la miró.

—¿Quién? ¿A quién te refieres?

—A Walker. Yo lo describiría como un insípido abuelo. Como Rachel Cunningham dijo que parecía una estrella de cine...

El comisario suspiró.

—Seguramente lo veía así en su recuerdo. Pero con las descripciones sucede

siempre lo mismo, ¿no crees? Casi nadie logra ser objetivo.

Rachel Cunningham. Pensó en lo que Walker había dicho de ella durante su confesión: que había querido citarla para el domingo siguiente, pero que la pequeña le pidió aplazarlo tres semanas porque se iba de vacaciones con su familia. Walker, que por lo visto mantenía una lucha interna con su abominable desviación sexual, lo había aceptado con la esperanza de que en ese tiempo lograra perder interés por la niña. Pero cuando llegó el domingo acordado, su lascivia adquirió tal intensidad que ni siquiera le dejó pegar ojo la noche anterior. Según sus propias palabras, se dirigió a Chapman's Close casi contra su voluntad, deseando en lo más recóndito de su corazón que la niña hubiese cambiado de opinión. Pero cuando llegó, Rachel ya estaba allí, esperando nerviosa y emocionada.

El antiguo terreno de la empresa Trickle llevaba años abandonado, y su aspecto, pese a lo soleado del día, resultaba desolador. Baker ya había estado allí en una ocasión, hacía mucho tiempo, pero había olvidado lo grande que era y la cantidad de garajes, almacenes y viejos edificios que había. Todo estaba cubierto de vegetación y malas hierbas. No quedaban cristales en las ventanas, y desde los sucios muros de la fábrica los observaban agujeros muertos y oscuros. Los tejados estaban sólo medio cubiertos, y las puertas de acero se encontraban abiertas y torcidas en sus goznes. Frente a uno de los grandes y alargados almacenes había una furgoneta oxidada, destartada y sin ruedas. En el parabrisas crecían dientes de león. Stella se apeó.

—Va a ser complicado... —dijo—. Si todos estos edificios tienen sótanos...

—No debemos perder ni un minuto —la apremió Baker mientras bajaba del coche.

Los agentes se desplegaron rápidamente por todo el recinto. Como podía verse a simple vista, la mayoría de los edificios parecía a punto de derrumbarse, así que deberían moverse con máxima precaución. Por lo demás, enseguida comprobaron que casi todos, en efecto, tenían sótanos.

—Si sigue viva —dijo Stella—, hará lo posible por llamar nuestra atención.

—A no ser que esté paralizada de miedo —repuso Baker—, o exhausta. No debemos pasar por alto ni un rincón.

Durante los tres primeros cuartos de hora no encontraron nada. Ni el menor indicio de la presencia de la niña. En un edificio hallaron botellas de cerveza vacías y velas consumidas sobre el suelo de madera.

Baker meneó la cabeza.

—No creo que sea de Walker. No lo imagino viniendo aquí a encender unas velas y tomarse unas cervezas. Probablemente sean los restos de una pandilla de jóvenes con ganas de celebrar una fiesta.

—¡Aquí, comisario! —exclamó de pronto un agente desde una habitación contigua—. ¡Esto sí podría ser de Walker!

La habitación era más bien una especie de armario empotrado cuya puerta, empapelada como las paredes, quedaba tan camuflada que apenas se distinguía. El

suelo estaba lleno de fotos de niños en diversas posturas pornográficas. En la pared, el póster de un adulto copulando con una niña de unos diez años. Sus ojos estaban abiertos como platos y reflejaban un espantoso horror.

—Pese a los años que llevo de policía —dijo Stella, que entró en la habitación detrás de Baker—, soy incapaz de ver estas cosas sin que me entren ganas de llorar.

—Pues no eres la única —repuso Baker, dándose la vuelta—. Qué malnacido —masculló—. Claro, no podía llevar toda esta mierda a su casa.

—¿De verdad crees que su mujer no tiene ni idea? —preguntó Stella.

—No lo sé... Pero estoy seguro de que prefiere no tener ni idea —dijo Baker. Se dio la vuelta y se dirigió a sus hombres—. ¡Vamos! ¡Seguid buscando! Ésta es la guarida de ese perverso, así que Kim ha de estar por aquí.

Una hora y media después estaban todos agotados y frustrados.

—Lo hemos rastreado todo —resopló uno de los agentes—, hasta el último rincón, y ni rastro de la pequeña.

—Nos ha mentado —dijo Stella—. Es posible que viniera aquí con Kim, pero después... es decir, las otras niñas fueron encontradas en otros sitios...

Baker se frotó los ojos. Le ardían de agotamiento.

—Eso significa que Kim estaría muerta. Sin embargo, los cuerpos de las otras dos aparecieron en las cercanías de King's Lynn, en lugares por los que antes o después alguien acaba pasando. Pero no hemos encontrado a Kim, pese a que hay decenas de policías peinando la zona desde hace dos días. ¡Hemos removido cada brizna de hierba!

—Quizá la dejó en otro sitio precisamente porque la ciudad estaba llena de policías —observó Stella—. No iba a resultarle fácil deshacerse del cadáver en alguna cuneta. Quizá fue hacia Cromer, o hacia el sur, en dirección a Cambridge. La verdad es que pudo haber ido a cualquier sitio...

Baker guardó silencio. No sabía por qué, pero se negaba a abandonar aún aquel lugar, pese a que seguramente Stella tenía razón. Era muy probable que Walker hubiese estado allí con Kim, pero después la hubiera llevado a otro sitio. Y eso aumentaba vertiginosamente las posibilidades de que la niña estuviese muerta.

Pero algo en su interior lo instaba a seguir buscando un poco más. Era como una vocecilla, tal vez la del instinto que había desarrollado a lo largo de tantos años de servicio. No debían marcharse de allí. No debían rendirse.

—Lo registraremos todo una vez más —decidió.

Todos lo miraron.

—Pero señor... —empezó uno de los agentes, pero Baker lo acalló con una mirada dura.

Stella, en cambio, no se tragó sus objeciones.

—Jeffrey, no tiene sentido. Ya lo hemos puesto todo patas arriba y estamos

agotados. Además, perderíamos un tiempo precioso para encontrar a Kim allá donde realmente esté.

—Si la niña no está aquí, significa que está muerta —replicó Baker—. Si la ha mantenido con vida, si la ha escondido en algún sitio, tiene que ser aquí. Es el lugar ideal para eso.

—Vale —cedió Stella a regañadientes—. De acuerdo, volvamos a empezar.

El grupo se dividió de nuevo, y, aunque ninguno de ellos conservaba esperanzas de encontrar a la pequeña, pusieron aún más empeño que la primera vez en removerlo todo. Stella fue con Baker.

—Vamos a los sótanos —dijo éste—. Allí es donde debemos mirar con más atención. Cualquier recoveco, cualquier despensa o cavidad que podamos haber pasado por alto. Los sótanos están a oscuras y no son nada simétricos. No creo que arriba se nos haya pasado nada.

—Bien —dijo Stella—. Vamos allá.

Bajaron a los sótanos del principal edificio de oficinas. La humedad había ido asentándose a lo largo de los años y los había convertido en mazmorras frías y húmedas.

En las paredes quedaban estanterías de madera casi podridas. Costaba imaginar que en otra época hubiesen contenido papeles y documentos. Y aún más pensar que alguien había trabajado allí, que en el pasado hubiese reinado el orden y la limpieza y que aquél hubiera sido el emplazamiento de una de las mayores empresas de transporte inglesas, con destinos en toda Europa.

Cuando acabaron con el primer edificio y salieron fuera, Stella respiró hondo, se apoyó contra una pared y se dejó resbalar hasta el suelo, donde se quedó sentada, exhausta, entre cardos y dientes de león.

—Dame cinco minutos —suplicó, enjugándose la frente—. Sólo cinco minutos, Jeffrey. Necesito un cigarrillo.

Él sonrió. La adicción de Stella a la nicotina era motivo de muchas bromas entre sus colegas policías.

—Claro. Estropea un poco más tus pulmones, adelante —le dijo—. Mientras tanto iré a echar un vistazo al siguiente edificio.

—Enseguida te sigo —prometió ella, mientras encendía un pitillo.

El comisario se dirigió hacia el siguiente sótano. Era similar al anterior, sólo que algo más grande. Por supuesto no había electricidad, pero Baker llevaba una linterna potente con la que fue iluminándose.

Aquel sótano tenía muchos recovecos. Siempre había un par de escalones ascendentes o descendentes, lo que obligaba a ir concentrado para no resbalar por culpa de la humedad. Baker lo recorrió iluminando todas las estancias, centímetro a centímetro. Esperaba dar con alguna puerta secreta, o algo sospechosamente desplazado para tapar alguna entrada. Algo que les hubiese pasado por alto la primera vez. Pero no encontró nada. Muros perfectamente compactos. Ninguna entrada,

ningún pasillo secreto. Nada.

«Me he equivocado», pensó, y bajó una escalera. El cansancio y la resignación se apoderaron de él repentinamente, como un veneno de efecto rápido. No podría salvar a Kim Quentin. Tendría que presentarse ante sus padres con las manos vacías. Quizá Stella tenía razón y estaban desperdiciando un tiempo valiosísimo. Quizá habría debido seguir interrogando a Jack Walker cuando éste se mostraba tan dispuesto a confesarlo todo, haber dejado que se explayara sobre Sarah y Rachel, porque de ese modo habría acabado hablando sobre Kim casi sin darse cuenta, revelando involuntariamente lo que le había hecho y dónde la había dejado.

Tal vez había cometido un gran error. Se había guiado por la corazonada de que Kim aún estaba viva y debían encontrarla, convencido de que no tenían tiempo para escuchar las interminables y detalladas explicaciones de Walker, de que no podían quedarse a esperar hasta que les dijera exactamente lo que necesitaban saber. Intuición. Instinto. Se había dejado llevar por ellos muchas veces, y en la mayoría de los casos le había funcionado. Pero no siempre.

«¡Dios, si me he equivocado y al final la niña tiene que pagar mi error con su vida...!»

Se detuvo y tragó saliva. Tuvo ganas de correr al coche, volar de vuelta a King's Lynn, coger a Jack Walker y darle una paliza hasta que le revelara el paradero de Kim Quentin. Pero aquella habría sido una reacción primitiva, provocada por la ansiedad, y si algo había aprendido con los años era que, en su profesión, la ansiedad era una mala compañía.

«Tranquilo —se dijo—. Continúa hasta el final. Acaba lo que has empezado. Revisa este sótano y después el siguiente. Sólo entonces podrás dar por acabado tu trabajo aquí.»

Y en ese preciso momento lo oyó.

Era un sonido tan débil que se habría confundido con sus propios pasos de no haberse detenido. Seguro que la mera presencia de Stella y el resto de los agentes les impidió oírlo durante el primer registro de aquel sótano. Ahora lograba percibirlo porque estaba solo, se había detenido y permanecía en completo silencio.

Era como si alguien arañara algo suavemente, como el eco de un arañazo. Un sonido tan débil que al cabo de unos instantes pensó que se había equivocado, pero entonces volvió a oírlo. Procedía del oscuro pasillo que tenía ante él.

Olvidando todo su cansancio, se precipitó hacia allí. Se dijo que no debía cantar victoria, que quizá no fueran más que ratas moviéndose por el suelo de piedra.

Cada dos o tres pasos se detenía y contenía el aliento para escuchar de nuevo aquel ruido. Temía perderlo, dejar de oírlo antes de encontrar su fuente.

Pero no fue así. Siguió sonando suave, débilmente.

Baker llegó al final del pasillo. A derecha e izquierda, dos recintos. Las puertas llevaban mucho tiempo rotas, desprendidas de sus bisagras, y yacían en el suelo.

Aguzó el oído. El sonido provenía de su derecha. Entró. Stella y él ya habían

estado allí la primera vez. Les había llamado la atención un cúmulo de tablas rotas, apiladas sin ton ni son, y las habían iluminado con sus linternas, pero no habían visto nada sospechoso. Sin embargo, ahora habría jurado que el ruidito surgía precisamente de allí. Se acercó. Las maderas amontonadas eran tantas que costaba mucho distinguir si había algo detrás o debajo. Colocó la linterna a un lado, de modo que el haz las iluminara, y empezó a apartarlas una tras otra. Tenía que ir con cuidado, porque no sabía lo que iba a encontrar. No quería que aquella montaña se desmoronase de repente.

Se detuvo. El sonido había cesado.

Entonces oyó pasos a su espalda y la luz de otra linterna iluminó la habitación.

—Estás aquí —dijo Stella—. ¿Qué haces?

—He oído algo. Ayúdame a mover estas tablas.

Ella dejó también su linterna. Entre ambos fueron más rápido. Ella apartaba las maderas de una en una, mientras él procuraba que las demás no se desmoronasen. La montaña fue reduciéndose.

—Ahí hay algo —dijo Stella. Cogió su linterna y enfocó el agujero que había quedado entre las tablas—. ¡Una caja! —exclamó sorprendida.

A Baker empezaron a zumbarle los oídos: un sonido como de alguien rascando, una caja de madera bajo una pila de tablas amontonadas... Su instinto le había dicho que no dejara de buscar, y había acertado.

—Sujeta la linterna —dijo.

Con una mirada rápida se aseguró de que no fuera a caerle ninguna madera encima, y entonces avanzó entre las pocas que aún quedaban y se inclinó sobre la caja. No tenía cerradura, pero la tapa pesaba mucho. Necesitó toda su fuerza para abrirla.

Entonces vio a Kim Quentin. La niña yacía entre unas mantas, con las piernas encogidas porque no había sitio para estirarlas. La luz la deslumbró y cerró los ojos instintivamente.

Estaba viva.

Baker cogió aquel cuerpo ligero y debilitado. Parecía una pluma entre sus brazos.

—Dios mío —murmuró Stella detrás de él—, menos mal que hemos... —Suspiró.

—Kim —dijo el comisario, mientras le pasaba la mano por el pelo húmedo y apelmazado—. Kim, estás salvo, todo va a salir bien.

La niña abrió los ojos y lo miró. Parecía lúcida.

—Tengo mucha sed —dijo.

Martes 12 de septiembre

1

Estaba oscureciendo. Eran casi las ocho de la tarde, y el otoño se acercaba a pasos agigantados. En cuanto el sol se ponía, empezaba a hacer frío.

Virginia se encontraba en el porche trasero, inspirando la frescura que llegaba del jardín. Sobre su cabeza, las ramas de los árboles se mecían en silencio. Miró hacia arriba. Le habría encantado ver la evanescente luz de aquel momento, pero el denso follaje se lo impidió. Sorprendida, se preguntó por qué nunca le había molestado.

Estaba tiritando. Volvió a la cocina, pero dejó la puerta abierta. Empezó a recoger la mesa y meter los platos en el lavavajillas. Pese a que no tenía nada de hambre, había preparado una cena succulenta para Kim, pero al final la niña apenas probó bocado. Frederic fue el único que comió algo. La cena quedó casi intacta.

Virginia suspiró.

Hacía cuatro días que Kim estaba en casa, con su familia, pero resultaba muy difícil hablar con ella y lograr que comiera. Incluso con sus platos preferidos se limitaba a picotear un poco, y luego apartaba el tenedor y miraba a su madre con tristeza.

—No puedo, mami. Lo siento. Es que no me pasa.

Al día siguiente tenían hora con una psicóloga especializada en niños con experiencias traumáticas. Todavía les quedaba mucho camino por recorrer, eso estaba claro, pero al menos Kim estaba viva y podía estrecharla entre sus brazos.

Con eso ya tenía suficiente.

En la casa reinaba el silencio. Como todos los días desde que la encontraron, Kim se fue temprano a la cama y se abrazó a sus ositos de peluche, como un animalito en su cueva, en busca de protección. Su madre la cubrió con las mantas, le leyó un cuento y le preguntó si quería que se quedara un rato más, pero la niña negó con la cabeza y le respondió:

—No, mamá, estoy cansada. Quiero dormir.

Diez minutos después, Virginia volvió a la habitación para ver cómo estaba. La niña ya tenía los ojos cerrados y su respiración era profunda y acompasada.

A las ocho menos cuarto, Frederic salió de casa para acompañar a la estación a Grace Walker, que se encontraba destrozada, terriblemente conmocionada. Se iba a vivir a Kent con su hermano, donde trataría de sobreponerse a la espantosa tragedia que se había cernido sobre ella. Todo su mundo se había desmoronado cuando el viernes la policía irrumpió en su casa, lo puso todo patas arriba e incautó el ordenador de Jack. Cuando se enteró de los crímenes cometidos por su marido y de sus

perversiones sexuales, mantenidas en secreto durante tantas décadas, quiso morirse. En pocos segundos toda su vida se había deshecho en mil pedazos. Frederic, que estaba seguro de que Grace lo ignoraba todo, le había ofrecido que siguiera trabajando en Ferndale, pero, como cabía esperar, ella decidió marcharse de allí. Sólo se llevaba dos pequeñas maletas y su gato en una cesta. Necesitaba marcharse lejos, irse a algún lugar donde pudiera salir a la calle sin morirse de vergüenza, para intentar sobrevivir a la tragedia en que la había metido su marido.

Virginia estaba tirando los restos de comida a la basura cuando de pronto oyó un ruido a sus espaldas. Dio un respingo, asustada, y se dio la vuelta. Era Nathan, apoyado en el marco de la puerta.

Aún estaba moreno. Los pocos días pasados en prisión, entre interrogatorios, no habían minado su aspecto saludable. Como de costumbre, llevaba un jersey demasiado estrecho para sus hombros, esta vez uno de los preferidos de Frederic, que siempre se dejaba en el armario de Dunvegan para cuando iban a la isla. Estaba claro que, en los días que habían pasado allí juntos, Nathan había vuelto a servirse sin ningún reparo.

Ella lo miró con incredulidad, incapaz de pronunciar palabra, así que fue él quien rompió el silencio.

—Hola, Virginia —dijo—, ¿puedo entrar?

Logró recuperarse un poco y respondió:

—¿Por dónde has entrado? ¿Cómo es que te han soltado?

Nathan pareció interpretar su respuesta como una invitación a entrar en la cocina, puesto que avanzó dos pasos y cerró la puerta tras de sí.

—La puerta estaba abierta. Y respecto a la cárcel, ya no tienen motivo para retenerme allí.

Virginia retrocedió un paso. Le habría gustado decirle que se marchara inmediatamente, pero no quería traslucir lo nerviosa que estaba. Sin embargo, él pareció notarlo, porque le sonrió y le dijo:

—¿Acaso te doy miedo?

—Frederic está...

—Frederic acaba de salir en coche. ¿O es que me crees capaz de presentarme en tu casa sin estar seguro de que estás sola?

—Volverá en cualquier momento.

Nathan volvió a sonreír. Su sonrisa no parecía fría ni perversa, pero tampoco cálida o dulce. Era una sonrisa que no reflejaba ninguna emoción, una sonrisa completamente mecánica.

—¿De qué tienes miedo? No violé ni maté a esas niñas. Tampoco secuestré a Kim. No soy un criminal.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo defines tú el chantaje? ¿Pretendes decirme que eso no es un crimen?

—Intento de chantaje. La cosa cambia.

—Para mí no.

Poco a poco, Virginia iba recuperándose, y de pronto sintió el amargo sabor de la rabia. Rabia por todo lo que él le había hecho: por su vil llamada tras la desaparición de Kim, pero también por las mentiras sobre su supuesta profesión. Por la desvergüenza con que se había colado en su vida.

—¡Lárgate! —le espetó—. Desaparece y búscate la vida. Déjanos en paz a mi familia y a mí.

Él levantó las manos en gesto conciliador. Sentía la ira de Virginia, pero también su decepción. Sabía que ella quería odiarlo, pero que en su odio se mezclaban otros sentimientos, muchas heridas, y le pareció que eso era suficiente para pasar por alto aquel expeditivo «¡Lárgate!».

—Virginia, me gustaría...

—¿Cómo han podido dejarte libre? ¿Cómo permiten que andes por la calle como si nada?

—Ya te lo he dicho. Resulta obvio que yo no cometí esos crímenes. Respecto al otro asunto, al de la llamada a vuestra casa, lo admití desde el principio. De momento no puedo salir del país ni alejarme de la zona de King's Lynn, y he de informar a la policía dónde me encuentro en cada momento, pero soy un pez demasiado pequeño para la pecera de la cárcel. Me impondrán una multa y eso será todo.

—¿Y eso será todo, dices? Pues si ya lo tienes todo solucionado, ¿a qué has venido? ¿Para qué quieres verme?

Él no respondió enseguida.

—Porque entre nosotros hubo algo que no tenía nada que ver con toda esta historia —dijo por fin.

—Tú lo has dicho: hubo. Y ya no lo hay. Así que...

—¿Ya ni siquiera quieres hablar conmigo? Virginia, para mí era tan importante verte que he caminado toda la mañana para llegar aquí y luego he pasado horas sentado en el maldito bosque, esperando, con la esperanza de poder hablar contigo aunque sólo fuera un momento. Así que hazme un favor, ¿quieres? Concédeme esta media hora que quizá aún tengamos, y después podrás enviarme al infierno.

—Puedo llamar a la policía.

Él se encogió de hombros.

—Desde luego que puedes. No te lo impediré.

Aquello la desarmó. Se sentía demasiado cansada y triste, demasiado vacía para pelearse con él. Demasiado agotada, incluso, para odiarlo. Con movimientos lentos y cansinos se dirigió a la mesa y se sentó en la silla que había utilizado Kim durante la cena.

—La verdad es que ya no importa. Ni lo que hubo entre nosotros ni el daño que me has hecho. Lo único que cuenta es que Kim está sana y salva.

—¿Cómo se encuentra?

Virginia suspiró.

—Encerrada en sí misma. Habla poco y duerme mucho. Eso no es bueno, así que mañana iremos a ver a un psicólogo. Físicamente está bien, según el médico. Y no la violaron. Gracias a Dios, al menos no la violaron.

Nathan movió la cabeza.

—Quién iba a decirlo de Jack Walker, un hombre tan amable. ¿Quién lo habría imaginado?

—Cuando pienso en las veces que dejé a Kim en casa de los Walker estos dos últimos años, me entran ganas de vomitar... —musitó Virginia. Se le puso carne de gallina—. Pero era imposible notar nada, ver nada. Jamás se me habría ocurrido que... —Se detuvo. ¡Era tan espeluznante!

—¿Confesó anteriores relaciones con menores? ¿Había matado ya a otras niñas?

Virginia meneó la cabeza.

—Él dice que no, y el comisario Baker quiere creerlo. Al parecer, Jack descubrió sus instintos ya de joven y se pasó casi toda la vida intentando sofocarlos. Consumía pornografía infantil por Internet, pero procuraba mantenerse alejado de los pequeños. Fue él quien impidió que Grace se quedara embarazada, y solicitó este trabajo en Ferndale House para aislarse todo lo posible de los niños y llevar una vida tranquila y solitaria. Siempre había intuido lo que podía pasar...

Nathan, que se había quedado junto a la puerta, avanzó un paso, intuyendo que en ese momento Virginia no lo rechazaría. Estaba ensimismada en sus pensamientos, en el horrible descubrimiento de haber estado viviendo puerta con puerta con un peligroso criminal, y no haberse dado cuenta hasta que fue demasiado tarde.

—Entonces Frederic y tú vinisteis a vivir a Ferndale...

—Hace dos años. Para Jack fue una catástrofe. De pronto había una niña que revoloteaba delante de sus narices, a diario, y para colmo Grace vio en ella la posibilidad de ejercer su instinto materno, o cuando menos de abuela postiza. Solía invitar a Kim a su casa, y poco a poco la voluntad de Jack empezó a flaquear.

—Y eso se convirtió en la sentencia de muerte de dos niñas inocentes.

—Necesitaba desahogarse para sobrevivir. No podía hacerlo con Kim, así que empezó a hablar con otras niñas. Montó una trampa para Rachel Cunningham y se llevó a Sarah Alby de la playa de Hunstanton. Iba en el mismo autobús que la niña y su madre y vio las ganas que tenía la pequeña de montar en el tiovivo. Las siguió, y cuando Sarah se quedó sola le resultó muy fácil convencerla. Le propuso dar un par de vueltas en el tiovivo y se la llevó con él...

—Actuó con toda premeditación, ¿no?

—Sí. No secuestró a ninguna niña en plena calle, presa de un repentino arrebato de sus perversos instintos, sino que lo planeó todo al detalle. Por increíble que parezca, no es un hombre con predisposición a la violencia. Preparaba sus secuestros con todo cuidado y se encargaba de no llamar la atención. Las niñas lo acompañaban libremente y sin despertar sospechas. Y también lo intentó con Janie Brown.

—La pequeña que lo reconoció en el cementerio, ¿no? —dijo Nathan. Estaba bien

informado. Los periódicos de los últimos días no hablaban de otra cosa.

—Le prometió una fiesta de cumpleaños. Por suerte, una cadena de casualidades impidió que acabara también con su vida. La primera vez su madre se puso enferma y la pequeña no pudo acudir a la cita, y en la otra...

—¿Sí?

—Pues que yo misma le salvé la vida, por lo visto —dijo Virginia y sonrió con amargura—. Jack se lo ha contado a Baker. El día que fui a la ciudad para comprarme un vestido... ya sabes, para la fiesta en Londres...

—Ya —asintió Nathan.

—Antes de comprarlo pasé por una papelería. Precisamente la misma en que habían quedado Jack y la pequeña Janie. Recuerdo que el dueño estaba riñendo a una niña que no hacía otra cosa que toquetear las tarjetas de cumpleaños. La pequeña parecía consternada y me dio mucha pena. Era Janie Brown.

—Y Walker...

—Me vio entrar en la papelería y se marchó de allí a toda prisa. De lo contrario se habría llevado a Janie aquel día.

—¡Dios mío! —dijo Nathan—. ¡Esa niña debe de tener todo un ejército de ángeles de la guarda!

—El domingo es su cumpleaños —dijo Virginia—, y vamos a celebrar su fiesta aquí, en casa. Ha invitado a toda su clase. Tendrías que haber visto lo feliz que se puso cuando se lo dijimos...

—Un gesto muy generoso por tu parte.

—Le estaré eternamente agradecida. Sin ella jamás habríamos recuperado a Kim.

—¿Por qué no la mató como a las demás?

—No tuvo fuerzas para ello. La conocía demasiado bien. Kim era parte de su vida. Por muy trastornado que esté, es también un ser humano con capacidad de establecer vínculos con otras personas. Kim era una de ellas. Por eso, cuando Grace lo llamó para que recogiera a Kim se negó de plano, horrorizado, y le dijo que estaba demasiado lejos de King's Lynn. Tenía miedo de sí mismo. Pero al final no pudo reprimirse. Evidentemente, Kim subió a su vehículo sin pensárselo dos veces. Condujo un rato y al fin se detuvo. Se moría de ganas de tocarla y eso se puso a hacer, pero Kim se asustó y empezó a pegarle y le entró un ataque de pánico. Jack comprendió que nos lo contaría todo, y supo que ya no podía dejarla en libertad. Pero en lugar de matarla como a las otras niñas, la llevó a aquel sitio abandonado en que había trabajado hacía años y que conocía tan bien. La encerró en una caja y la cubrió con tablas y maderas.

—Lo cual habría acabado matándola.

—Sí. Pero no lo habría hecho él con sus propias manos.

—Ese hombre tiene que estar loco de remate —dijo Nathan—. Si uno piensa en la clase de muerte que habría provocado a Kim...

Virginia sacudió la cabeza.

—No quiero pensarlo. No quiero. Ni un segundo. Si lo hago me volveré loca. ¡Hemos tenido mucha suerte, Nathan! Kim se moría de sed, estaba débil y agotada y sufría una profunda conmoción, pero seguía con vida. Y se recuperará. No puedo dejar de rezar y de dar las gracias.

—¿Grace Walker no sabía nada?

—Parece que no. Todo esto le ha destrozado la vida, como si le hubiese caído un rayo encima. Está completamente hundida. No creo que logre recuperarse.

Nathan asintió, pensativo. Entonces, sin más preámbulos, preguntó:

—¿Y qué será de nosotros?

Apenas unos minutos antes Virginia habría saltado de indignación ante semejante pregunta, pero en ese momento sólo sintió una profunda tristeza. Y responderla le provocó un terrible cansancio.

—Ya te lo he dicho antes —le dijo—. No existe un nosotros. Ya no.

—¿Por mi llamada? ¿Por un error estúpido del que me arrepiento con toda mi alma y no dudaría en borrar de mi vida si fuera posible?

Sí y no. Virginia se preguntó si sería capaz de explicárselo.

—Fue un *shock* terrible descubrir que aquella llamada la habías hecho tú —le dijo—. Que querías aprovecharte de mi (de nuestro) miedo, o mejor pánico y desesperación, para sacar partido. Pero lo más importante es que entonces... te vi por primera vez como eres en realidad. Fue como si se me cayera un velo y te tuviese de pronto ante mí como a una persona con la que me había confundido completamente. O con la que había querido confundirme completamente.

—¿Y esa persona no te gustó?

—Me pareció imprevisible. Opaca. Con demasiadas sorpresas y contradicciones. Demasiada falsedad.

—¿Y no quieres conocerla mejor? Es posible que esas cosas pierdan importancia cuando...

Ella meneó la cabeza.

—No. No quiero conocerte mejor. —Respiró hondo—. Se ha acabado, Nathan. Yo... ya no puedo. Se acabó.

Las palabras resonaron en el silencio que inundó la cocina durante varios minutos.

Al fin, Virginia escondió la cara entre las manos y añadió en un susurro:

—Lo siento, pero no puedo. De verdad.

—Está bien —dijo Nathan—. Tendré que aceptarlo.

Ella levantó la cabeza.

—¿Qué harás ahora?

Él se encogió de hombros.

—De momento tendré que quedarme por aquí. La policía quiere «tenerme controlado», como dice el comisario Baker. Pero en cuanto pueda volveré a Alemania. Quizá allí consiga una indemnización por el barco. Si me dieran una buena

suma, al final hasta habría ganado tiempo. Escribiré. ¡Quizá esté cerca el día en que se publique un libro con mi nombre!

—Ojalá sea así.

Se acercó un poco más a ella, dudó, levantó la mano, y cuando se dio cuenta de que Virginia no iba a responder a su gesto, le acarició breve y dulcemente la mejilla.

—Todavía me debes algo.

—¿Qué?

—El final de tu historia. La que, según decías, acababa cargándote con una gran culpa. Falta el último capítulo.

—Se lo conté a Frederic.

—¡Oh! —se sorprendió Nathan—. ¿Precisamente a Frederic?

—Pues sí.

—Así que nunca lo sabré.

—No.

—¿Te quedarás con él? ¿Te ha perdonado? ¿Volveréis a ser una familia?

—Nathan, eso ya no es asunto tuyo.

—Por el amor de Dios. Qué cruel llegas a ser si te lo propones.

—Sólo intento ser sincera.

—Bueno, entonces... será mejor que me vaya.

—Tienes un largo camino por delante.

Él suspiró.

—North Wooton. Allí es donde he encontrado el alojamiento más barato. Tendré que caminar casi toda la noche.

—No me refería sólo a ese camino.

Él sonrió, ya no con aquella sonrisa mecánica, sino con la que no hacía tanto la había cautivado. Y Virginia se concedió entonces un respiro: debía admitir que era una sonrisa llena de promesas, ternura y sensualidad. Nathan sabía envolver a sus interlocutores con ella, como si los abrazara. Aunque en realidad fuera un hombre falso y calculador que tenía muy estudiados sus efectos. «Y lo hace muy bien», se dijo.

—Ya sé que no te referías sólo a ese camino —dijo él—. En fin. Supongo que... ha llegado el momento de la despedida, ¿no?

Ella se levantó, fue hasta la puerta de la cocina y la abrió.

—Ha llegado el momento —confirmó.

Él asintió, pasó por su lado y se perdió en la oscuridad de la noche. Virginia agradeció que no intentara besarla, que no la abrazara. Sintió un dolor terrible. Tristeza. No por él, sino por todas las promesas que le había hecho... y que no eran más que mentiras. Si la hubiese cogido en sus brazos, se habría echado a llorar. También por culpa del jersey que llevaba, y que olía a Skye.

De pronto vio que él se había detenido a unos metros de la puerta, como una sombra grande y alargada. Estaba mirándola. Ella lo distinguió al claro de luna, que

apenas iluminaba el camino entre los árboles, y observó su cara. Sus rasgos le resultaban tan conocidos que tuvo que morderse el labio para no dejarle ver cuánto estaba sufriendo.

Y de pronto volvió a ser Nathan. El Nathan del que Livia le había dicho con absoluta seguridad: «De la mañana a la noche, no hace más que pensar en dinero.» El Nathan que, por muy adorable, comprensivo, atractivo y sensual que resultara, en el fondo sólo pensaba en sí mismo y en su beneficio personal.

«Un gorrón —pensó Virginia con objetividad pese a la tristeza de aquel momento—. Un gorrón en toda regla.»

Nathan recurrió a su mejor arma y sonrió una vez más.

—Antes de que lo olvide, Virginia, cariño, ¿podrías prestarme algo de dinero?

2

Cuando Frederic regresó, Virginia estaba junto a la ventana del salón, mirando hacia la oscuridad. Había oído el coche y luego sus pasos al acercarse, así que no se sobresaltó al oír su voz. Él nunca andaba a hurtadillas, como Nathan. Frederic era claro y previsible.

—Ya he vuelto —dijo—. Grace y su gato están en el tren. Ni siquiera podía mirarme a los ojos. ¿Cómo está Kim?

Virginia se volvió hacia él.

—Está durmiendo. He subido a verla y parece tranquila. Por ahora no tiene pesadillas...

—Me temo que dentro de un tiempo...

—Sí, claro. Aún nos quedan muchas etapas. Pero está viva y en casa. Y eso ya es mucho.

—Cierto.

Frederic tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Por primera vez, Virginia se dio cuenta de lo mucho que él había adelgazado en los últimos días. Y no sólo por culpa de Kim, sino también por ella.

—Grace estaba destrozada —dijo—. Creo que nunca he visto a nadie tan desesperado.

—¿Le has repetido que...?

—¿Que podía quedarse aquí? Desde luego, pero no quiere. Dice que no podría soportarlo, y lo entiendo.

—Jack Walker ha truncado muchas vidas.

—Es un enfermo.

—¿Y eso basta para justificarlo?

—No. Sólo lo explica.

Estaban uno frente al otro, sin saber muy bien qué hacer.

—Liz Alby llamó esta mañana —dijo Frederic—. Quería decirnos lo mucho que se alegra de que Kim esté sana y salva. Se marcha a España con el padre de su hija.

—¿De vacaciones?

—A vivir. Quieren volver a intentarlo, me dijo. En otro país. Empezar de nuevo. Una buena decisión, sin duda.

—Hay que seguir adelante —asintió Virginia—. No se puede hacer otra cosa, ¿no? Es el único modo de soportar el destino. —Sonrió sin alegría—. Todos tendremos que recoger los trozos e intentar juntarlos, al menos en parte. Pero han muerto dos niñas, y otras dos han estado a punto de hacerlo. Eso no se supera.

—Lo sé —dijo Frederic.

—¿Y sabes qué es lo peor? Que ya no estamos solos. Que nos hemos fundido inevitablemente con nuestra culpa. Para siempre.

—Virginia...

Ella sacudió la cabeza. Estaba muy pálida.

—Casi, Frederic, casi ha vuelto a pasar. Exactamente lo mismo que la otra vez. Hace once años murió un niño porque yo fui egoísta e inconsciente, porque me dejé llevar. Y ahora casi muere mi propia hija. Porque no he hecho más que pensar en mí. Porque no he estado a su lado. Porque he dedicado más tiempo a otras cosas. ¡Es... es el maldito hilo conductor de mi vida!

Él sintió pena por ella. Nunca la había visto tan desesperada. Deseó estrecharla entre sus brazos, pero no se atrevió.

—En realidad lo tengo fácil, ¿no crees? —le dijo—. Podría echarle en cara no sólo tu aventura con Moor, con la que me rompiste el corazón, sino también lo sucedido con Kim. Y así nuestro matrimonio quedaría tan perjudicado como tu propia alma. Pero no sería justo por mi parte, y tampoco cierto. El día que Jack se llevó a Kim no olvidaste tus responsabilidades maternas: intentaste lidiar con las circunstancias lo mejor que supiste. Todo estaba cambiando. Para ti, para Kim, para nosotros. Podría haber sucedido en cualquier otra circunstancia. ¿Lo entiendes? Una visita demasiado larga al dentista. Un coche averiado. Un tobillo torcido. Miles de cosas podrían haberte impedido que pasaras a recoger a Kim aquel día, que te vieras obligada a pedirle ayuda a Grace y que ella, enferma, recurriera a su marido para el encargo. Y estaríamos en las mismas. La misma historia. No es cuestión de culpas, sino de mala suerte. Quizá incluso de destino, pero no de culpa.

—Pero...

Él la interrumpió:

—Olvídate de una vez del pequeño Tommi, Virginia. Lleva once años oscureciendo tu vida. Literalmente. Por su culpa te has escondido entre estas paredes y estos árboles. Con la esperanza de dejar de verlo por culpa de esta luz eternamente crepuscular. Olvídate de él. Deja que se vaya. Es agua pasada. Ya no puedes hacer nada por él.

Virginia ni siquiera se dio cuenta de que estaba sollozando. Las lágrimas le

resbalaban lentamente por las mejillas.

—El pequeño Tommi... —empezó, pero se interrumpió y bajó la cabeza—. ¿Cómo voy a olvidarlo? No puedo. Nunca podré.

—No digo que lo olvides —replicó Frederic—, sino que aceptes lo que le pasó. Como algo que sucedió en tu vida. No te queda más remedio que verlo así.

Se secó las lágrimas y miró sus manos mojadas. Y de pronto pensó: «Es la primera vez que lloro por Tommi. La primera vez en once años.»

—Michael —dijo entonces, con voz ronca y temblorosa—. Tengo que encontrar a Michael, Frederic. No sé ni dónde vive ni qué ha sido de él. Pero tienes razón: sólo podré vivir tranquila si logro liberarme al menos de una parte de mi culpa. Tengo que decirle que no fue él quien olvidó cerrar el coche con llave. Tiene que saber que la muerte de Tommi no fue por su culpa.

—Si quieres, te ayudaré a encontrarlo.

Virginia asintió.

Entonces se miraron a los ojos. En los últimos días sólo habían pensado en Kim, sólo se habían preocupado por ella, no habían tenido ni un minuto para hablar de su situación como pareja. Ambos sabían que las cosas habían cambiado. Que ya nada era como antes y jamás volvería a serlo. Pero ninguno sabía lo que pasaría a continuación. Intuían que no era el mejor momento para hablar del tema y que debía pasar cierto tiempo antes de reconocer el camino a seguir. Quizá volviera a ser el mismo camino para ambos, o quizá no. Aún no podían saberlo.

Frederic se acercó y ambos miraron por la ventana. Reflejadas en el cristal pudieron ver sus sombras, una junto a la otra. Al otro lado, imperceptibles, estaban los oscuros árboles que asfixiaban la casa.

«No quiero seguir viviendo en la oscuridad —pensó Virginia—. Y quizá vaya siendo hora de buscarme un trabajo. Todo debe cambiar. Mi vida debe cambiar.»

Dejó de ver su imagen en el cristal y empezó a ver otras muy diferentes, que la llenaron de melancolía y tristeza porque pertenecían al pasado, pero que le indicaron el camino a seguir.

La voz de Frederic le llegó muy lejana:

—¿Estás pensando en Moor?

Debía de haber reconocido la nostalgia en su rostro.

Ella meneó la cabeza.

—No. No pienso en él. —Se preguntó si la creía.

No era el recuerdo de Nathan lo que la acompañaría el resto de su vida, no su persona, sino los dos días de septiembre que había pasado con él en Skye.

Y el cielo azul brillante sobre Dunvegan.

Y el frío viento que llegaba del mar.



CHARLOTTE LINK. Nació en Frankfurt, Alemania, en 1963. Ha cultivado distintos géneros literarios, desde la narrativa al libro infantil, sin olvidar la narración corta o los artículos periodísticos. Hija de la reconocida escritora Almuth Link, Charlotte descubrió su vocación a edad muy temprana y empezó a escribir a los dieciséis años. Desde entonces, su trayectoria ha sido rápida y ascendente. Con una técnica minuciosa y depurada a la vez se documenta a conciencia antes de escribir sus libros, sus obras han alcanzado los primeros puestos en las listas de los más vendidos de varios países, y algunas han sido llevadas a la televisión. Entre sus obras se cuentan *La casa de las hermanas* y *La cultivadora de rosas*, que obtuvieron un fenomenal éxito así como el thriller psicológico *Después del silencio*. Charlotte Link ha vendido millones de libros tanto en su país como en las otras lenguas en que se han publicado sus obras.